



Montserrat Llor

Guerra civil y represión. Hablan las víctimas de Franco



CRÍTICA

Dedicatoria y agradecimientos

AL IGUAL QUE HICE en el anterior volumen titulado *Vivos en el averno nazi*, la intención de *Atrapados* consiste en rendir homenaje a todos los hombres y mujeres que lucharon, resistieron y sobrevivieron para contar su experiencia, en este caso de guerra civil, postguerra franquista y segunda guerra mundial en la URSS de Stalin. En 2016 se cumple el 80 aniversario del inicio de la guerra civil en España y, por ello, justo será rescatar la experiencia de estos nonagenarios que vivieron el conflicto y sus consecuencias. Son Memoria Viva. De algunos se ha hablado en diversas ocasiones, pero una gran mayoría son desconocidos para el gran público y creo que los jóvenes también deberían conocerlos. *Atrapados* es directo, ágil de lectura, una aproximación humana a cada entrevistado al tiempo que se evocan algunos episodios de nuestra Historia.

Por ello agradezco el apoyo incondicional de todos los entrevistados así como a sus familias. Ellos abrieron las puertas de su casa para rescatar su pasado, cruel a veces, despiadado, pero siempre emocionante. Son relatos de guerra, amor y muerte. Gracias por facilitarme material e información: Nadia y Jordi Cánovas, hijos del veterano guerrillero Antonio Cánovas; Antonio Vilella, hijo del mecánico de aviación republicano de la 4.^a Escuadrilla de *Chatos*, Antonio Vilella, uno de los fundadores de la Asociación de Aviadores de la República (ADAR); Marcos Macarro, operador de cámara de televisión y productor de documentales, hijo del poeta Marcos Ana del que está siempre pendiente; Bassi, la esposa del legendario aviador de *Katiuskas* Gregorio Gutiérrez «Guti» y presidente de ADAR; Pilar Sanz, profesora de la Universidad de Valencia, pendiente en todo momento de la gran e ilustre Alejandra Soler a sus ciento tres años;

Luis Montejano, hijo de Vicente Montejano, superviviente de los gulags de Stalin, depositario de la memoria de su padre y con quien hemos compartido momentos inolvidables.

Imposible evitar manifestar un especial cariño por dos mujeres: Teresa Alonso, niña de la guerra de la que jamás había oído hablar. Me transportó al horror del Sitio de Leningrado durante nuestros sucesivos encuentros que se transformaron en amistad. Y María Salvo, que, durante numerosas visitas, entrevistas y dosis de paciencia por su parte, me ayudó a descender al infierno de las mujeres en las cárceles franquistas. Pura química y sincronidad. Descubrí que había sido vecina de mis padres, en Barcelona, años atrás, antes de que yo naciera. Todos hablaban de ella y su esposo, encarcelados durante largos años en las prisiones de Franco.

A María José Palma, profesora e impulsora de la Asociación Internacional de Conflictos Contemporáneos (AICC) y la asturiana Ana González, psicoanalista, por conducirme hasta la entrañable «Maricuela» que me transportó a los años treinta y a la matanza de Carbayín, en Asturias.

A los cuatro especialistas que aceptaron colaborar aportando sus conocimientos y experiencia sobre el trauma y la guerra desde una perspectiva psicoanalítica y psicobiológica: Anna Miñarro, psicóloga clínica-psicoanalista, investigadora y autora de obras como «Trauma y transmisión»; Manuel Martín-Loeches, profesor de Psicobiología de la Universidad Complutense de Madrid y director de la Sección de Neurociencia Cognitiva del Centro de Evolución y Comportamiento Humanos (UCM-ISCIH); Esteban González López, médico, profesor de la asignatura «El Holocausto, una reflexión desde la Medicina», en la Universidad Autónoma de Madrid, y Manuel Moros Peña, médico y escritor.

Agradecer también a entidades y asociaciones como la Asociación Guerra y Exilio (AGE), cuya secretaria, Dolores Cabra, una todoterreno de la Memoria Histórica es una fuente de energía y actividad.

A la Associació Catalana d'Expresos Polítics, en Barcelona, presidida por Enric Pubill, con Lluís Martí Bielsa de secretario, ambos en este libro, la incansable Rosario Cunillera, hija de republicano que luchó en la guerra

civil, y Antonia Jover, Toñi, una recién nacida cuando entró con su madre en la cárcel donde permanecería tres años.

A la Asociación de Aviadores de la República (ADAR), que con pocos recursos hacen mucho gracias a la labor de personas como Antonio Valldeperes, su vicepresidente, que me acompañó en algunas visitas históricas, siempre atento, y Mari Carmen Martín, secretaria técnica de la entidad e hija del aviador Hilario Martín Núñez. En este capítulo no puedo dejar de nombrar a alguien también especial: Miquel Comas Illas, hijo de uno de los más avezados aviadores republicanos, el que fuera jefe de la 3.^a Escuadrilla de *Chatos* y capitán del Grupo 26 en la Batalla del Ebro, Joan Comas Borrás.

A la Asociación de la Memoria Social y Democrática (AMESDE) por la constante labor de Jaime Ruiz, Goyi Sanz y el periodista, escritor y amigo Ignasi Riera. También al periodista Javier Alfaya, uno de los primeros que en 1970 escribió sobre los españoles y el III Reich.

Al Museo Marítimo de Barcelona donde, buscando marinos e información para este y futuros libros conté con la inestimable ayuda de Enric García, jefe del Área de Gestión de Colecciones, Conocimiento y Conservación, y Silvia Dahl.

De igual modo agradecer al fantástico e interesantísimo archivo del CRAI Biblioteca del Pabellón de la República, así como a su equipo de archiveros; también al Arxiu Nacional de Catalunya (ANC) por la predisposición y rapidez de Rosa María Cruellas (responsable del Servicio de Información y Referencia) y de Mireia Bo (biblioteca y sala de consulta). También al Arxiu Nacional d'Andorra por el apoyo de Lidia Arbués (Área de Archivos y Gestión de Documentos) y Virginia. De igual modo, consulté el Archivo General Militar de Ávila, con un personal muy eficiente en su gestión, y también los archivos del Tribunal Superior de Justicia de Catalunya (TSJC) en Barcelona, donde conté con la ayuda de Joan Ignasi Salcedo, archivero responsable del archivo central del TSJC y de la Audiencia Provincial de Barcelona.

El agradecimiento también se traslada a Canarias donde, tras impartir una charla sobre los españoles supervivientes en campos nazis, conocí a Mercedes China, Patronato de Cultura de Arona (Tenerife) y Eliane

Ortega, historiadora, especialista del exilio republicano en África.

Asimismo deseo mencionar a la periodista Marisa Real, quien me invitó a participar en una de las charlas del Club Faro de Vigo que ella organizó durante años, y al también periodista Xosé María García Palmeiro por su cariño y presentación.

A alguien muy cercano que me dio buenas indicaciones, siempre atento al mundo cultural, Javier Lezcano, historiador, librero en la Machado y, sobre todo, buen amigo.

Agradecer a la editorial Crítica por darme la oportunidad de publicar este libro, con Carme Esteban al frente y que cuenta con un excelente equipo humano y profesional, Raquel Reguera, Sergi Díaz, Laura Gamundí. Y, por supuesto, un guiño a Laura Franch (Planeta).

Imposible obviar nombrar a dos personas especiales que siempre han apoyado mis proyectos: Ángela Mausó y Rosa Serra, suegra y madre, respectivamente, ya que han sido la memoria y los recuerdos de Rosa, una niña durante la guerra, el origen de este libro. Su narración del pasado era terrible pero real y queda resumida brevemente en el capítulo 2.

A todos los compañeros del trabajo cotidiano en la Delegación de la Generalitat en Madrid y el Centro Cultural Blanquerna, por remar desde hace tiempo juntos en el mismo «barco».

A Ángel Viñas por su prólogo, todo un lujo para estas páginas.

Por último, agradecer a Pablo Villarrubia, periodista, el inductor de la investigación de *Vivos en el averno nazi*, al darme a conocer la historia de su abuelo muerto en el campo nazi de Gusen (Austria) que recuperó para «Cuarto Milenio»-Cuatro TV. Aquel abuelo desconocido murió durante la segunda guerra mundial, pero había luchado previamente en la guerra civil en España. Por eso, *Atrapados* está dedicado también a todos los luchadores incansables contra el fascismo, contra el nazismo y los supervivientes de las últimas guerras del siglo xx.

Prólogo

HACE ALGUNOS AÑOS, Montserrat Llor tuvo la gentileza de pedirme que presentara en Madrid un libro de entrevistas a españoles apresados en el implacable rodaje de los campos de concentración nazis. Si no recuerdo mal, tuvo un gran éxito.

Ahora me ruega que escriba unas líneas a modo de prólogo a esta obra, también de entrevistas, a hombres y mujeres que lucharon contra Franco en la guerra civil, sufrieron en la europea y que, de una u otra manera, padecieron las consecuencias de la no menos implacable represión durante la dictadura franquista. Algunas de estas entrevistas las ha hecho, con pudor, respeto y pulcritud, a personajes conocidos. La mayoría son anónimos. Varios han escrito memorias de escasa circulación. Otros se han abierto ante ella por primera vez. Todos son, por razones de tiempo y de generación, mayores. No faltan los que han fallecido antes de ver publicados sus testimonios en esta obra.

Montserrat ha hecho una labor impagable: la de sacar a la luz en formato de libro bien estructurado los testimonios de una quincena de personas, una gota de agua, cierto, entre los muchos millones que dijeron no al fascismo. España, no se recordará nunca lo suficiente, fue el único país de Europa en el que una parte sustancial de la ciudadanía se negó a aceptar el orden que, por la sangre y las bayonetas, quisieron imponer unos militares felones con concomitancias nazi-fascistas y que desembocó en una dictadura de casi cuarenta años. No lo hicieron los austríacos. No lo hicieron los checos. Lo hicieron únicamente los etíopes en África, los chinos en Asia y los españoles en Europa, mientras las democracias occidentales se bañaban en la dulce ilusión del apaciguamiento de, forzando un poco la conocida expresión de F. D. Roosevelt, los tigres fascistas.

Esta recuperación de los sentimientos y vivencias de ciudadanos corrientes y molientes está en línea con las tendencias más avanzadas de la historiografía, española y extranjera, que van incorporando al estudio de la acción humana en el pasado (que es al fin lo que es la Historia) las que la hicieron y padecieron en la base. Muchos de tales ejemplos quedan relegados a archivos específicos. En ellos bucean historiadores, sociólogos, politólogos en busca de datos con los cuales apuntalar planteamientos teóricos.

Dar luz a tales testimonios de actores y testigos en textos escritos estructurados se remonta en nuestro país a ejemplos como el de Ronald Fraser, pionero en abordar su introducción para el caso específico de la guerra civil. Desde entonces los avances en historia social, de género y de las mentalidades, los progresos registrados en psicología social y en sociología han ampliado el abanico de posibilidades para enriquecer y superar una historia centrada en los «grandes hombres» a lo Carlyle. Incluso en historia militar, tan refractaria durante tanto tiempo a planteamientos renovadores, la incorporación de las nuevas tendencias historiográficas es un hecho. Los éxitos editoriales de autores que escriben esta «nueva historia» muestran hasta qué punto los lectores están abiertos a los mismos.

El título elegido por Montserrat Llor es un acierto. ATRAPADOS es el término más adecuado bajo el cual englobar las entrevistas que ha recogido o reelaborado. Los actores que dan fe de sus vivencias y testimonios estuvieron, en efecto, atrapados en el engranaje (por utilizar la terminología de un Jean Paul Sartre hoy un tanto en olvido) de la guerra civil, del exilio o de la dictadura. De los primeros ya quedan muy pocos. Del exilio, afortunadamente, hay más y los sobrevivientes a la represión franquista, experiencia completamente exótica para la mayor parte de los españoles, todavía están en buenas condiciones de desgranar sus recuerdos.

Todos ellos fueron víctimas de dos concepciones aberrantes, que las nuevas generaciones de estudiantes e incluso sus padres tendrán dificultades en reconocer:

La primera fue que los vencidos representaban la «escoria» de la nación. Este fue el epíteto que les dedicó el general Francisco Franco en uno de sus primeros discursos ante las sumisas Cortes que se había inventado. O también el que permeabilizó la acción de uno de los represores que no tuvo el menor inconveniente en plasmarlo en una memoria sobre la actuación de la fiscalía del denominado «Ejército de Ocupación». Hombre acreedor, sin duda, de las más altas distinciones, no en vano fue el fiscal que solicitó la pena de muerte contra Julián Besteiro y uno de los gobernadores civiles de que «gozó» Barcelona.

La segunda concepción reconoció que quienes en realidad se habían rebelado contra el Gobierno «legítimo» eran los defensores de la legalidad republicana. La prosa insuperable de la denominada «Justicia Militar», que era sin duda militar pero no justa, omnipotente y omnipresente durante la mayor parte de la dictadura, lo afirmó por activa y por pasiva. ¿Por qué? Porque en una manifestación de proyección casi patológica (característica muy común entre los vencedores y los historiadores que les apoyaron y, a veces, todavía les apoyan).

... Desde el momento en que el Ejército se alzó en armas el 17 de julio último adquirió de hecho y de derecho el poder legítimo, lo mismo en su origen que en su ejercicio y, por consiguiente, convierte en rebeldes a todos los que a dicho movimiento se oponen...

Este trastocamiento de los hechos se vio siempre acompañado, desde 1936 a 1975, de algunas otras características: la presunta necesidad de oponerse a una «revolución comunista» a punto de estallar; el desastre total en que la República permitió que se sumiera la sociedad española en una oleada (u orgía) de violencia ya que, como señala todavía hoy una historia oficial del Ministerio del Interior, había creado una situación de «preguerra civil»; la voluntad de implantar en España, caso de que triunfara el Gobierno «ilegítimo» de 1936, una República popular a remedo de lo que ocurriría en la Europa del Este, etcétera.

Para impedirlo actuaron las fuerzas armadas (dirigidas contra el «enemigo interior») y la Brigada Política-Social, omnipresente en los recuerdos de muchos de los entrevistados en este libro. Una policía repleta

de torturadores que respondía exactamente a lo previsto en la ley de 8 de marzo de 1941 sobre reorganización de los Cuerpos de Seguridad:

La victoria de las armas españolas, al instaurar un régimen que quiere evitar los errores y defectos de la vieja organización liberal y democrática, exige de los organismos encargados de la defensa del Estado una mayor eficacia y amplitud (...)

En consecuencia, la «nueva policía española» realizaría una «vigilancia permanente y total para la vida de la Nación que en los Estados totalitarios se logra merced a una acertada combinación de técnica perfecta y de lealtad». De aquí que en esta obra aparezcan nombres inolvidables como los de los comisarios Polo y Conesa o los hermanos Creix, funcionarios que sin duda se beneficiaron de la transmisión de *know-how* sobre técnicas de interrogación practicadas por organismos tan sobresalientes como la Gestapo o las SS y con los cuales previsoriamente se habían establecido acuerdos de cooperación bien conocidos pero que, ¡oh, milagro!, desaparecen en la historia oficial a que nos referimos.

Este trasfondo, examinado por innumerables autores de las más variadas tendencias historiográficas, es el que late detrás de las experiencias que retoma o da a conocer Montserrat Llor. Las de una selección de ciudadanos que sobrevivieron a todas las penalidades, a todas las injusticias y a todas las luchas. Hay algunas que son literalmente increíbles como la del niño mutilado en el exilio soviético que terminó siendo llamado a asistir como neurorradiólogo a los últimos días de vida de Franco y que se empeñó en que lo trasladaran desde el botiquín de urgencia del Palacio del Pardo al Hospital de La Paz en Madrid. O la de la niña que sufrió las inauditas privaciones del cerco nazi a Leningrado durante casi un año.

Estas páginas están repletas de heridas de la guerra, heridas del exilio, heridas de la represión. Experiencias que demuestran la capacidad de supervivencia de seres normales en circunstancias totalmente anormales. Una recopilación de recuerdos que, de no haberse fijado en otros lugares o en este libro, habrían desaparecido de la historia pero que, en su sencillez y en su entereza, ilustran las mismas muestras de resistencia a la adversidad que siempre recogieron los grandes historiadores o que han alumbrado páginas inmortales de la literatura universal.

Mi más cordial enhorabuena a Montserrat Llor y mis mejores deseos a los lectores que tengan la suerte de profundizar en este libro.

ÁNGEL VIÑAS
Catedrático emérito de la UCM

1

Atrapados entre dos guerras. Sus heridas por Tierra, Mar y Aire

LA HISTORIA DE UNA ÉPOCA se fija casi siempre en sus aspectos más trágicos y dolorosos. Uno de ellos cumple ochenta años en julio de 2016 y permanece aún vigente: la guerra civil en España.

Pertenece a unas generaciones que han experimentado en su propia carne lo que para otras no es más que historia. Somos generaciones sacrificadas y sufridoras. Toda tu poesía es de testimonio: testimonia la tristeza, la crueldad, el dolor permanente adherido a los huecos del ser humano en su dramática andadura. Es lo que hizo aquel tiempo tremendo que nos tocó vivir: signó los corazones de amargura y nos moriremos con su estigma indeleble. Pero nada se pierde y todo sirve para empujar la vida hacia el futuro.

No es ningún extracto de un libro, no es un fragmento de un artículo; son las palabras que el poeta Leopoldo Urrutia de Luis, más conocido como Leopoldo de Luis (Córdoba, 1918-Madrid, 2005) le dedicó a una poetisa, la nonagenaria Ángeles García-Madrid, presa en cuatro cárceles franquistas. Nunca han trascendido estas palabras ni muchas otras que su amigo y compañero de literatura, ideales y presidio le dedicó a finales de los años setenta e inicio de los ochenta. Para entonces, Ángeles, con su rebeldía innata, editaba sus memorias y poemas de cárcel mientras batallaba para legalizar en Madrid la Asociación de Expresos y Represaliados Políticos Antifascistas, nacida clandestinamente durante el franquismo.

Son textos y cartas que ella me mostró personalmente, con interés, cariño y nostalgia. «Esto no puede perderse», me decía al rescatar tan minúscula parte de un extenso pasado. Son documentos que no forman

parte de la historia oficial y que solamente se recuperan con el testimonio vivo, con la recopilación de la Historia Oral. Éste es el objetivo de *Atrapados*.

El emisor de aquellas letras, el poeta cordobés Leopoldo de Luis, sabía de qué hablaba, había vivido la semilla de la democracia y la libertad en su propia casa. Era hijo de padre intelectual, poeta y republicano, Alejandro Urrutia, además de amigo del poeta Miguel Hernández y otros autores combatientes. Participó en la guerra civil, se alistó voluntario en el Ejército Republicano y al finalizar la guerra fue cautivo durante cuatro años en las cárceles y campos franquistas.

Por eso es importante recordar, para aprender del pasado. En el año 2016 se cumplen dos históricas efemérides: el 85.º aniversario de la proclamación de la Segunda República (14 de abril de 1931) y los ochenta años del golpe de Estado militar (17-18 de julio de 1936) que quiso derrocar al gobierno legítimo de la Segunda República y cuyo fracaso supuso el inicio de la guerra civil en España.

Contextualizando brevemente este libro en un marco histórico, cabe recordar que en febrero de 1936 una coalición de izquierdas, el Frente Popular, conseguía situarse al frente del gobierno legitimado por las urnas. Eran las terceras elecciones generales de la Segunda República española y las últimas porque toparía con una derecha contrariada que provocaría un golpe de Estado militar. El intento de derrocar por la fuerza aquel gobierno democrático generaría una reacción por parte del pueblo que, desde el primer instante, tomó las armas para defenderse, primero improvisadamente con milicias y, poco después, se reorganizaría el Ejército Republicano, el Ejército Popular de la República.

La guerra civil marcó el destino de la población española, muchas familias quedaron destrozadas, empobrecidas, mujeres viudas, muertos durante el conflicto armado, pueblos arrasados, campos de cultivo quemados por las bombas... La guerra también marcó la vida de miles de extranjeros antifascistas que acudieron a la lucha armada en España para defender la democracia. Muchos brigadistas internacionales murieron; otros fueron heridos o presos en campos de concentración españoles, como el de Miranda de Ebro o el de San Pedro de Cardeña.

Después, la represión generada en la posguerra, especialmente durante el primer franquismo, aún fue más cruenta. Si queremos olvidar, rememoremos primero aquel pasado porque se acerca el día en que ya no quedará nadie para contarlo. *Atrapados* da voz a algunos de los últimos testimonios, aún vivos, que sufrieron en carne propia las consecuencias de la derrota violenta de la Segunda República. Eran jóvenes, algunos de dieciséis años, cuando cogieron el fusil para alistarse voluntarios a la lucha.

Hoy, nonagenarios y centenarios con una maravillosa capacidad de recordar, quieren contar, retroceder en el pasado y volcarse en mostrar sus archivos, documentos y fotografías. La mayoría de ellos son testigos de ambos momentos históricos —proclamación de la Segunda República y guerra civil—, pues la entrevistada de mayor edad, una profesora de niños de la guerra en la Unión Soviética, nació en 1913 —¡tiene ciento tres años! — y el más joven en 1930. Son relatos de guerra, pero también y fundamentalmente son historias humanas, de excepcional capacidad de supervivencia durante la guerra, de resistencia en la posguerra y de subsistencia durante muchos años. De una u otra forma, todos ellos vivieron atrapados por la lucha de las democracias europeas contra el fascismo, primero en la guerra civil española (1936-1939) y, algunos, después en la segunda guerra mundial (1939-1945).

Dos guerras, diez años de lucha, cuarenta de franquismo. El objetivo de este libro es testimoniar la guerra civil y sus consecuencias por Tierra, Mar y Aire. Se trata de atestiguar la represión cometida contra los republicanos, pero también contra una gran parte de la población civil anónima, de gente humilde y trabajadora que sin ninguna afiliación política ni sindical en muchos casos se vio envuelta en el manto del miedo, de las represalias y las delaciones. Un ejemplo de ello son mis abuelos. Precisamente fue su recuerdo, lo que me contaron desde niña, el motor principal para iniciar este ensayo que recoge la memoria oral de los vencidos de la guerra.

Otro motivo para llevar a cabo este proyecto reside en que *Atrapados* completa y complementa el anterior libro, *Vivos en el averno nazi*, donde recogía la experiencia traumatizada y silenciada durante muchos años de los exiliados españoles supervivientes que acabaron deportados a los campos de concentración nazis entre 1939 y 1945. Ellos también vivieron la guerra

civil antes de su deportación a los campos nazis. Por eso decidí dar voz a estas personas que, antes de pensar en exilio alguno, combatieron en la guerra civil por la defensa de la Segunda República y la democracia entre 1936 y 1939, perdieron contra las fuerzas golpistas y tuvieron que sufrir en su propio país y fuera de él las consecuencias de la derrota. En este sentido, *Atrapados* es una precuela de *Vivos*, porque la historia de lucha contra el fascismo que narran sus protagonistas precede en el tiempo y anticipa lo que sucedería inmediatamente después en Europa.

Mujeres hacinadas en las cárceles, niños muertos, hombres torturados en los campos de concentración españoles, padres que ahogaron sus llantos al ver partir para siempre a sus hijos a lejanos continentes, frío, hambre, bombardeos, cadáveres en las calles... Ahora no hablamos de los campos nazis, sino de nuestro país ochenta años atrás. A medida que converso con los testimonios de *Atrapados* me doy cuenta de lo extremadamente complejos que fueron el inicio y el desarrollo de la guerra civil. Mucho peor fue la represión. ¿Arrastramos todavía las consecuencias de la guerra civil? No me cabe la menor duda de que sí. No se ha cerrado capítulo y las víctimas necesitan justicia, reconocimiento y reparación, algo más que palabras.

Los protagonistas de este libro rememoran el inicio del conflicto, los bombardeos, los frentes de guerra, la cárcel, los interrogatorios, el día a día de su ciudad en plena contienda, la huida. Todos, sea cual sea su experiencia, se consideran *hijos de la guerra* porque mientras unos la padecieron directamente con toda su crueldad, luchando y sobreviviendo, otros la sufrieron en la distancia, desde su exilio forzado como niños de la guerra hacia las lejanas y desconocidas tierras en México y la Unión Soviética donde, más tarde, se verían inmersos en un conflicto bélico de mayor envergadura provocado por el Reich alemán.

Algunos confiesan por primera vez opiniones, sentimientos callados, miedos y traumas del pasado que sólo con el paso de los años lograron desvanecerse. Es el caso de Lluís Martí Bielsa, quien durante muchos años no pudo dormir con la ventana abierta porque el ruido de los pasos le retrotraía a su pasado en las cárceles franquistas, cuando los carceleros caminaban por la galería, acercándose a la celda en busca de algún preso, o,

retrocediendo aún más en el pasado, cuando escuchaba el caminar de las botas de los nazis, durante la Francia ocupada de la segunda guerra mundial, en busca de antifascistas y judíos a los que exterminar. Otra entrevistada, María Salvo, interrogada y golpeada duramente por la Brigada Político-Social del franquismo en el año 1941, en los sótanos de la Dirección General de Seguridad, no soporta las películas de violencia y no cierra las puertas en el interior de su casa. «Es algo inconsciente, a veces salta el resorte del recuerdo, del presidio, sabes que pertenece al pasado, pero surge espontáneamente, un segundo, no puedes evitarlo», dice cuando nos adentramos en el terreno delicado de las secuelas de la represión y dieciséis años tras las rejas.

Atrapados recoge el testimonio de quince entrevistados a los que, quien suscribe estas líneas, entrevistó en su domicilio para rescatar una parte de la Memoria Viva, del pasado en nuestro país. Es la Historia Oral propiamente dicha. Conversan sobre sus vivencias, pero también reflexionan sobre determinados acontecimientos actuales, como los movimientos migratorios, seres humanos buscando refugio, huyendo de sus propios países en guerra... ¿Les suena? Sí, ellos también huyeron de la guerra hace ochenta años. Tienen experiencia, opinión y quieren contarla.

Los testimonios están estructurados en tres partes diferenciadas: por Tierra, Mar y Aire.

POR TIERRA. Hablan los jóvenes que lucharon directamente en el conflicto: guerrilleros, soldados, milicianas, personas que combatieron por tierra arriesgando sus vidas. Tras la derrota, fueron presos durante años, incluso décadas, en las cárceles españolas y en campos de concentración franquistas.

Es el caso de Lluís Martí Bielsa que, de guardia de asalto durante la guerra pasó a luchar en la Resistencia, sería preso en campos de concentración franceses, se evadiría de un tren rumbo a Dachau y, al finalizar la segunda guerra mundial, sería detenido al regresar clandestinamente a Cataluña con una imprenta móvil para imprimir folletos y carteles comunistas. Preso en varias cárceles, conocería al intelectual y

poeta Marcos Ana, el hombre que más tiempo permaneció encarcelado por Franco: veintitrés años de su vida. Ambos coincidieron en el penal de Burgos, como me dijo Bielsa con un tono en el que detecto cierta nostalgia: «Fuimos compañeros de cárcel y de las noches más oscuras».

Con su mensaje fui a visitar al estimado poeta Marcos Ana, quien me contó su tránsito por los campos de concentración españoles y las cárceles, la importancia de las «Comunas» de solidaridad establecidas entre los presos políticos, y la labor cultural de la prisión entendida como una gran universidad. Desde el interior de la cárcel brotarían sus primeros poemas y textos que quedarían reflejados en dos publicaciones clandestinas en las que colaboró intensamente: *Juventud*, nacida en la cárcel de Porlier y *Muro* en el penal de Burgos. Mientras, Enric Pubill, también compañero del mismo presidio, y desde hace años presidente de la Associació Catalana d'Expresos Polítics en Barcelona, recordaba cómo, durante la noche, a la luz de una vela o en la semioscuridad, escribía a mano un boletín interno y clandestino que circularía entre los presos, oculto dentro de los pies de las literas.

Es también la historia del soldado Antonio Cánovas. Luchó en varios frentes de batalla durante la guerra civil: Mallorca, Aragón, Madrid, Teruel, Ebro; tras la derrota partió hacia la frontera pisando los campos franceses. La apoteosis de su relato llegaría con su estancia en la base naval de Brest, momento de la capitulación de Francia ante la Alemania nazi y trepidante huida a bordo de un destructor francés, rumbo a Marruecos, donde terminaría preso en un campo cerca de la frontera con Argelia, en Bou Arfa, zona desértica, donde fue obligado a trabajar en la construcción del Transahariano.

Igual de apasionante y completamente diferente es el relato de Marià (Mariano) Gadea, soldado de una compañía de esquiadores y escaladores, que narra cómo tras su paso por la cárcel se vería obligado a realizar el servicio militar. Por fortuna pudo desempeñar su profesión, cartógrafo. «Tuve en mis manos todas las fortificaciones franquistas del Pirineo fotocopiadas en casa», me contaba con ánimo de hacerme comprender la vital importancia de aquella información que guardó en su propia casa durante años.

Pero también quería conocer la situación de lucha, resistencia y presidio que sufrieron las mujeres vencidas de la guerra. La Segunda República les había concedido derechos políticos y sociales que la monarquía les había negado antes y, al perder la guerra civil, con el franquismo volverían a quedar en el ostracismo. De hecho, las mujeres entrevistadas se vieron atrapadas por la guerra y relegadas por la victoria militar del franquismo a ser sujetos pasivos de la Historia. Son las grandes invisibles, calladas, silenciadas por la fuerza, maltratadas en las cárceles franquistas, sufriendo en comunidad el hacinamiento, el hambre, la insalubridad, la separación de los hijos, incluso la muerte de los pequeños que padecían sus mismos males. Ángeles García-Madrid se horroriza aún ante el recuerdo de unos ataúdes amontonados con niños muertos por disentería y otras enfermedades en la cárcel de Ventas, Madrid. «Esta imagen la tengo clavada como una espina, no se me va de la mente, ha quedado ahí, siempre», decía durante nuestras entrevistas y conversaciones. Por desgracia, al escribir estas líneas me llega la noticia de que Ángeles ya no está con nosotros. Quedará su testimonio en nuestra historia y su recuerdo en nuestros corazones.

Otras mujeres tan reivindicativas como María Salvo lamentan que el protagonismo que la mujer pudo conseguir con la República, como el derecho al voto, una mayor culturización y una mejora laboral, quedara relegado por el franquismo al hogar, a los hijos y a la iglesia. «Era un triste y gravísimo retroceso, yo estaba en contra de eso», me decía constantemente. María, la última con vida de las integrantes de la asociación Les Dones del 36 (Las Mujeres del 36), se mantuvo activa en la clandestinidad durante la guerra civil y sufrió después la tiranía de la posguerra. Durante nada más y nada menos que dieciséis años estuvo presa, transitando por las diversas cárceles de mujeres de los años cuarenta y cincuenta acusada de haber conspirado contra la Seguridad Interior del Estado. En nuestra primera conversación descubrí que años atrás, antes de nacer yo, había sido vecina de mis padres en Barcelona. ¡Vivían en el mismo edificio! Es algo que nos emocionó y nos acercó. María y su esposo Domènec eran el matrimonio de la cuarta planta del que todos hablaban en voz baja, contaban con espanto que habían sido apaleados por Franco, tal

vez por comunistas... Ahora tenía la oportunidad de que me lo explicara ella misma. Gracias a María Salvo he podido descender al infierno de las cárceles de mujeres para comprender todo su sufrimiento adicional.

Otra valiente, antes citada, es Ángeles García-Madrid, compañera de cárcel de Las Trece Rosas en Las Ventas, verano de 1939. Con una de ellas habló en más de una ocasión, habían trabajado como cobradoras de tranvía cuando los hombres comenzaron a partir hacia el frente de batalla. El recuerdo de aquellas jóvenes es indivisible de su propia esencia. Por eso les dedicó unos poemas que recitó durante los días que charlamos. De igual modo me mostró algunos textos y cartas del pasado, auténticos retazos culturales de nuestra historia, como las mantenidas con autores como Rafael Alberti y Leopoldo de Luis o entidades antifascistas como el Komitee der Antifaschistischen Widerstandskämpfer (Comité de Resistencia Antifascista de la República Democrática Alemana) dirigiéndose a la «camarada Ángeles». Igualmente camarada fue otra luchadora, Ángeles Flórez Peón, alias «Maricuela», cocinera y enfermera durante la guerra, activa en la retaguardia, pero también en el frente, llevando comida a los soldados en las trincheras, sorteando las balas. Tiene mucho que contar de su paso por el temido penal de Sarrararán, una de las cárceles más inhumanas de la época gobernada por las inclementes monjas mercedarias. De igual modo ofrece un panorama de lo que fue la revolución en Asturias de 1934 y los mártires de Carbayín, suceso sangriento y cruel en el que fue asesinado trágicamente su hermano. Algunas de estas mujeres reflexionarán durante nuestras entrevistas acerca de la actual situación de los refugiados que huyen de sus países en guerra, como es el caso de Siria. Se identifican plenamente con el sufrimiento de estas personas y, especialmente, con las mujeres que, con sus niños en brazos, buscan asilo y protección en países europeos. Ochenta años atrás, Maricuela huyó con su hija a Francia tras su excarcelación, y María Salvo fue conducida a campos de concentración y «centros de acogida» en territorio francés, siempre a bordo de trenes de mercancías. Ambas se sienten sensibilizadas con esta grave situación actual. ¿Por qué no reciben ayuda? ¿Por qué no actúan los políticos? ¿Hacinarlos en nuevos campos de refugiados?, preguntan indignadas.

POR MAR. Hablan los niños de la guerra, aquellos menores que, para salvarles de la violencia de la guerra civil en España, sus familiares les embarcaron hacia otros países, como el México de Lázaro Cárdenas y, especialmente, la Unión Soviética de Iósif Stalin. Más de tres mil niños y jóvenes llegarían en barco a la URSS tras un largo viaje a bordo de dos barcos: *El Habana* —rumbo a Francia— y el *Sontay*. Otros, ya adultos, como la profesora Alejandra Soler y su esposo, el periodista Arnaldo Azzati, llegarían igualmente a territorio soviético tras su paso por algunos campos franceses. El relato de esta mujer de ciento tres años es impresionante.

Nada sabían de la existencia de los gulags de Stalin y nada les invitaba a suponer que vivirían poco después otro conflicto aún más cruel con el desencadenamiento por parte de Hitler de la Operación Barbarroja. Permanecerían atrapados en territorio soviético durante la segunda guerra mundial, en el momento de su peor mortandad. Mientras Alejandra corría protegiendo a sus alumnos del hostigamiento de las bombas en la Batalla de Stalingrado, otra heroína, Teresa Alonso, cuenta imágenes dantescas del Sitio de Leningrado (1941-1944). Lo vivió en primera persona. Estuvo en el frente, levantando barricadas, cavando trincheras, y en la retaguardia, como voluntaria en las brigadas del Komsomol. Mientras los morteros caían reventando Leningrado por doquier, el enemigo nazi bloqueó la ciudad metódicamente, dejando morir de inanición, frío y miseria a su población. Teresa narra situaciones que presencié de canibalismo, muerte y violencia, pero también de humanidad, ayuda y compasión, labor encomiable que ella misma ejerció. Miedo, guerra y amor, porque allí quedaría para siempre Ignacio, el joven aviador con el que iba a casarse, el mismo que luchó defendiendo la URSS hasta ser derribado en batalla y enterrado en Estonia.

Algunos de estos niños y jóvenes de guerra regresaron, años más tarde, en la década de los cincuenta, a una España franquista que les interrogó y les acosó sin tregua. Una tarde, Teresa me habló de un niño de la guerra con una historia escalofriante. De inmediato me puse en contacto con él.

Así conocí a Manuel Arce, un neurorradiólogo que se licenció en la Unión Soviética, un hombre con un espíritu de superación desde que, de niño, un fatal accidente de tranvía en la antigua Rusia le cercenó ambas

piernas. Tras su regreso a la España de mediados de los años sesenta y el desempeño de su profesión, recordará siempre una anécdota como médico: se desplazó hasta el Pardo para tomar una radiografía a un Franco enfermo, casi moribundo...

POR AIRE. Los protagonistas son los últimos aviadores de la República que aún viven. Algunos, como Gregorio Gutiérrez «Guti», surcaban los cielos de España con gestas heroicas para bombardear y destruir objetivos enemigos. Me impresionó su narración del momento de mayor tensión de toda su trayectoria como aviador durante la guerra, a punto de explotar, de ser atacado por el enemigo. Nueve aviones en formación, una escuadrilla, con cazas de protección, Guti y los suyos fueron sorprendidos por aviones italianos y por la artillería antiaérea batiendo desde tierra. Un impacto brutal recibió su aparato, quedando la cabina repleta de gasolina y metralla. De no ser por su pericia, le cuesta la vida. Su trayectoria de guerra es emocionante; escucharle, también. Al finalizar la guerra en España, transitó por las cárceles franquistas y tras su liberación fue obligado a realizar el servicio militar en la Legión. Aun siendo republicano, años después este apasionado del mundo de la electrónica trabajaría como técnico en Radio Intercontinental, la emisora de Serrano Suñer, el «cuñadísimo» de Franco. «Ojo, todo esto hay que contarlo muy bien», me dice en más de una ocasión.

Otros apenas volaron, pero llevaron a cabo tareas cruciales para la aviación desde su posición en tierra. Es el caso del interpretador-fotógrafo Miguel de Miguel quien, gracias a su habilidad, ubicó cámaras fotográficas en los aviones que permitieron rastrear el territorio desvelando posiciones enemigas. Con él aprendí qué era el «uno a cincuenta mil» en el mundo de la cartografía y la importancia de los paineles para indicar a la aviación dónde bombardear en el campo de batalla. Era una tarea sumamente peligrosa que llevó a cabo Miguel en primera línea del frente. Poco después acudí a conocer a uno de los mecánicos más reconocidos de la aviación

republicana, Antonio Vilella, para recuperar su pasado, las acciones de alto riesgo que llevó a cabo para el rescate de aviones averiados en plena contienda.

No hay que olvidar a los jóvenes aviadores que quedaron atrapados en territorio soviético. Es el caso de Vicente Montejano, quien tras realizar sus estudios de formación en Kirovabad, Azerbaiyán, no imaginaba que terminaría preso durante dieciséis años en los gulags de Stalin. En el peor de los momentos, en uno de los campos aparecería su amada Hansi, una joven judía deportada como él a Karagandá, cuyo recuerdo nos remite a unas cartas del año 47, las primeras que darían noticia en España de lo acontecido con los jóvenes pilotos presos en la Rusia de Stalin.

Del millar de aviadores republicanos que, aproximadamente, hubo durante la guerra, hoy quedan pocos con vida. Son los cuatro testimonios aquí narrados, cuyo contacto fue gracias a la gestión de Antoni Valldeperes, secretario de la Asociación de Aviadores de la República (ADAR), una entidad cuya labor incombustible permite mantener viva la memoria histórica de los aviadores de la República.

Por todo ello, los testimonios orales de *Atrapados*, por Tierra, Mar y Aire, constituyen un pequeño homenaje a estos valientes en una efeméride tan señalada como son los ochenta años del inicio de la guerra civil. A partir de su relato individual nos permite recuperar nuestra memoria colectiva y, también, repasar determinados momentos de nuestra Historia.

Tras entrevistarles, me doy cuenta de que las heridas siguen abiertas. No hay que olvidar que la sociedad de la posguerra fue silenciada por una educación católica y un gobierno represivo durante cuarenta años que relegó el pasado al olvido mientras los perdedores «purgaban» sus «pecados». Por ello decidí terminar este libro con las reflexiones de algunos especialistas que, a partir de su experiencia y de su trato directo con afectados, emiten su opinión sobre la transmisión del trauma en la unidad familiar y la capacidad del ser humano para superar las situaciones límite más insospechadas.

¿Las heridas de la memoria son eternas? ¿Pervive el trauma *ad eternum*? ¿Está archivada y enterrada la guerra civil? Después de conversar con los protagonistas de este libro, sus familias y amigos, obviamente, debo decir

que la respuesta a esta última cuestión es No.

Recuerdos de familia: «¿Mamá, nos van a matar?»

UN RUIDO SECO LA DESPERTÓ bruscamente. Sobresaltada, entre la vigilia y el sueño, entorna los ojos con dificultad y aturdimiento. Enfrente, dos hombres les encañonan, fusil en mano, a pie de cama. ¿Era una pesadilla? Mira a un lado y a otro, abre los ojos totalmente, asustada, sin acertar a entender qué ocurre. De fondo se escuchan gritos, en la calle suenan disparos y, a lo lejos, retumba el sonido de explosiones. Es de noche, hace frío. Mira a su derecha, Antonio, su marido, sobresaltado, da un brinco en la cama y se incorpora como un resorte. A su izquierda, la pequeña Rosa, su hija de seis años, está paralizada, con la mirada desorbitada, fija en aquellos hombres.

Fuera de la habitación donde dormitaban, ven pasar a varios hombres.

—¡Rápido, más rápido!... Quietos, no os haremos daño —les decían.

Estaban decomisando su tienda, una tocinería de Barcelona que crearon con gran esfuerzo de la nada. Todo el mundo tenía hambre, los soldados también. Ahora los tenía allí delante, impávidos. En pocos minutos sus camaradas salen con sacos llenos, de prisa, ellos también salen a la carrera. Golpe de puerta, no hay más recuerdos. El miedo, el shock del momento paralizó la mente, las palabras, los colores, la fisionomía, el recuerdo de sus trajes... todo quedó borroso aquella madrugada hasta que una persona amiga y bien relacionada consiguió un salvoconducto para evitar la requisa.

Los tres se quedaron paralizados en la habitación, tendidos aún en la cama, incrédulos, intentando despertar. Súbitamente suena la sirena. Conocen el sonido, son los bombardeos, los aviones se acercan. A la carrera, sin pensar en nada más, envuelven a la pequeña en una manta y salen corriendo a la calle. Se topan atropelladamente con otros vecinos que corren al refugio, a unos cien metros de distancia. Descienden a su interior por una pendiente pronunciada, no hay escaleras en el refugio de la calle Castillejos de Barcelona, está repleto, todos con la respiración contenida. Alguien grita, otro llora, una anciana solloza, alerta a la gente de que los franquistas se han llevado a su hijo, dice que están fusilando a los muchachos, que hay campos y cárceles de donde no salen, que las palizas y torturas son enormes, que cuidado no se os lleven a vuestros hijos a la Jefatura de Policía, allí hay unos asesinos que los matan a palos...

En un impulso la pequeña, agarrando fuertemente la mano de su madre preguntó:

—¿Mamá, nos van a matar?

Su pregunta no obtuvo respuesta. Estos recuerdos, aunque vagos, quedaron siempre en la retina y en la memoria de la pequeña Rosa y en la de su madre, María, que lo contaba repleta de rabia hacia aquel franquismo «largo y agónico» —como siempre decía— que les tocaría sufrir durante los cuarenta años posteriores. Acabada la guerra y con Franco en el poder, un día vería cómo un coche negro detenía a su marido, Antonio, se lo llevaban. ¿Adónde si él no militaba en ningún partido ni sindicato? A la Jefatura Superior de Policía, un centro de detención donde muchos protagonistas de *Atrapados* recibieron graves palizas, cuyo edificio de la Vía Layetana todavía existe.

María solamente recordaba la voz de aquella anciana del refugio: «Cuidado, se los llevan a fusilar». Nunca supo quién le denunciaría ni de qué se le consideraría culpable, pero eran tiempos de delación, cualquier persona, enferma de envidia, podía acusar a otra por comunista, por traidor al régimen, por lo que fuera. María tuvo que correr como nunca, pedir favores, suplicar a una vecina con un hijo policía. Aquello le valió muchos paquetes de comida durante largo tiempo. La fortuna quiso que Antonio regresara vivo a casa. Era un hombre hábil e inteligente con una infancia

difícil, carente de afecto familiar. De niño iba de pueblo en pueblo, horas de caminata y un burro con alforjas con grandes tinajas repletas de aceite. «¡Un petricón!», gritaba como reclamo para su venta. Con menos de diez años, tras una intensa disputa, recibiría una última bofetada de su padre. Tan pequeño tomó una gran decisión: marcharse. Envolvió su ropa y enseres, los de un niño, en un hatillo y se marchó. Años después conocería a María, su esposa, mi abuela, y con grandes esfuerzos lograrían abrir su pequeño negocio, el mismo que fue decomisado durante la guerra y luego, en la posguerra, la amenaza se institucionalizó sibilinamente.

Por eso María siempre odió a Franco, se mostró rebelde contra las injusticias y solidaria con los pobres.

Por eso, siempre ofreció comida a los necesitados que acudían a su tienda, como ocurrió con una pequeña gitana hambrienta. Graciosa, sucia y descalza, se marcaba unos pasos de flamenco a cambio de un pedazo de jamón. Era la misma niña que con los años sería la conocida bailaora La Chunga.

Y por eso, cuando durante el primer franquismo los inspectores corruptos acudían a su comercio, como práctica habitual, amenazándola con malos informes y la ruina o la cárcel a cambio de dinero y comida, un día, harta de tanta corrupción y presión, en un acto incontrolado y espontáneo, vertió toda su rabia contenida y, cuchillo en mano, encerró a uno de ellos, su constante pesadilla, dentro de la cámara frigorífica. Aquella cámara era grande, como un habitáculo, hermético, cerrado por fuera, imposible de abrir desde el interior. Entre aquel frío y olor a carne animal, colgaban grandes cerdos abiertos en canal y viandas para su venta. Siempre me pareció un lugar tétrico, un escondite perfecto y un lugar idóneo para ocultar a alguien. Sólo el destino quiso que aquel indeseable no muriera allí dentro congelado.

Fue Antonio, su marido, mi abuelo, quien abrió la cámara y sacó medio gélido a tan siniestro personaje. Esperaron inminentes represalias que, inexplicablemente, jamás acontecieron. Aquel hombre nunca regresó, algo incomprensible. Llegaron otros «inspectores», mismo método, diferente talante. Sólo mucho después sabrían que alguien se había tomado la justicia por su mano, lo había aniquilado; alguien que sería preso y ejecutado.

Ochenta años: Los abuelos silenciados y los 14 fusilados de Carabanchel

ASÍ ME CONTARON ALGUNOS de los acontecimientos de la guerra civil y de la posguerra, cuando se respiraba siempre un aire enrarecido, cuando el miedo siempre sobrevolaba de una forma u otra.

Eran mis abuelos y así quise plasmarlo en «*¿Mamá me van a matar?*», un acontecimiento que aquella niña, mi madre, aún recuerda con absoluto detalle y precisión. Es un intento de recuperar unos recuerdos guardados en el baúl de la desmemoria familiar durante los cuarenta años de dictadura franquista y, después, olvidados bajo la capa del silencio. Es una «herencia», no hablan si nadie les pregunta.

Cuando comprendí la dimensión de sus vivencias ya era tarde, ya no estaban. Nunca es tarde para rescatar el pasado, para entender una parte de nuestra historia que no se encuentra en los libros de texto. Por ello, un primer porqué de este libro reside en un intento de dar vida a los abuelos silenciados cuyo recuerdo quedó en un papel escondido entre las páginas de un libro. Sí, un día, a inicios de la década de los noventa encontré por casualidad, oculto dentro de un gran tomo de la Enciclopèdia Catalana, un documento muy desgastado, escrito a mano y plastificado, muy peculiar, alguien se había tomado la molestia de guardarlo celosamente entre las páginas de aquel libro. Era evidente que el objetivo era su preservación. Nunca he sabido qué hacía allí y aunque pregunté en diversas ocasiones tampoco le di más importancia.

Sin embargo sí la tiene ahora. Era una especie de salvoconducto donde se solicitaba no requisar más el local de mis abuelos. Tenía el sello de la CNT (Confederación Nacional del Trabajo) y el Sindicato Único de Industria de los Obreros del Arte Fabril y Textil de Barcelona y sus contornos. Estaba firmado por el Comité Revolucionario. Aquel salvoconducto les protegió de futuros asaltos. Finalizada la guerra, durante el franquismo, llegarían los inspectores, una forma diferente, muy sibilina de sometimiento y presión a los comercios, de extorsión, como ocurrió con los abuelos. Dinero y comida o denuncia. Era algo peligroso, podía, cuando menos, acabar con la existencia del local y acarrear la ruina; pero, en sus máximas consecuencias, podría terminar en la cárcel ante la más mínima delación, algo habitual en la posguerra. Así pues, durante años, durante lo que en casa llamaron «un largo y agónico franquismo», fueron guardando celosamente sus paquetes para tan inquisitorial visita.

El segundo porqué familiar de *Atrapados* tiene un nombre propio: Nicanor Villarrubia, fusilado en Carabanchel. ¿Cómo supe de él? Era el hermano del abuelo de mi familia política, Pablo Villarrubia Martín, un carabinero muerto en Gusen a finales de 1941 y el detonante para escribir el anterior libro, *Vivos en el averno nazi*. Ambos hermanos fueron propietarios de una imprenta de carteles de cine en el Madrid de los años treinta hasta que la guerra civil destruyó su empresa y su hogar y fueron a la lucha armada. Una fotografía de los dos hermanos juntos al iniciarse la guerra, sin fecha ni indicación alguna, y dos recortes de diario con su nombre, Nicanor, como uno de los ejecutados por Franco en agosto de 1947, son todos los recuerdos que mi suegro tiene en una pequeña y vieja caja guardada celosamente desde siempre, heredada de su familia, concretamente de su madre.

Abrimos la caja. De entre muchas fotografías familiares antiguas, apareció un recorte de periódico con el nombre de Nicanor Villarrubia. El texto revelaba que había sido uno de los fusilados en Carabanchel durante la madrugada del miércoles 27 de agosto de 1947, en el patio de la cárcel, en una «saca» junto con otros 14 antifascistas, que bien podrían llegar a ser, como señala, hasta 17 los ejecutados.

Dicha noticia, recortada, sin referencia del medio en que se publicó decía así:

Es preciso que el mundo diga: ¡BASTA!

17 antifranquistas asesinados en el patio de la cárcel de Carabanchel

No se llega a encontrar el calificativo adecuado. La noticia es más brutal que todas las palabras. Catorce antifranquistas asesinados a la vez. Noticias de última hora dicen que son diecisiete. Diecisiete hombres que lucharon por la libertad, por la independencia de su patria descuartizada y vendida. Diecisiete hombres que enarbolaron en su país la bandera por la cual lucharon todos los pueblos de las Naciones Unidas.

Franco sigue su carrera de terror. ¿Es que cree que a fuerza de crímenes, cometiéndolos cada vez más monstruosos, llegará a adormecer la vigilancia internacional y amortiguar la protesta del mundo civilizado? ¿Es que considera la debilitación de la unidad republicana como una ocasión para redoblar el sanguinario terror en que se sustenta?

Hay que contestarle y rápidamente. Un inmenso clamor universal de protesta tiene que probar a los verdugos de España la terrible deuda que con sus crímenes multiplicados contraen. Y el estrechamiento de la unidad entre los republicanos tiene que mostrarles que todo lo honrado de España agrupa más sus fuerzas para terminar antes con tan bestial salvajismo.

El texto cita también en un recuadro algunos nombres propios: Emilio Santiago, Claro García, Manuel Puig, Julio Carrero, Benito Bullosa, Vicente Rey, Nicanor Villarrubia (supuestamente el tío abuelo de este escrito aunque no aparece el segundo apellido), José Revilla, Luis Giménez Díaz, Nicolás Martínez Gallego, Eugenio Moya y Antonio González Barahona, miembro de la Guerrilla Urbana madrileña del que, en otro recorte francés, se ensalza su figura como hombre conocido por sus sentimientos democráticos.

Éste sería el único recuerdo que tendría mi suegro de su tío Nicanor fusilado hace casi setenta años.

Pero hoy, profundizar en aquel acontecimiento me ha generado una duda de identidad. Ocurre que en el cementerio Sur de Carabanchel existe una placa homenaje a los 14 fusilados de Carabanchel y una lápida con sus nombres grabados. Es la misma fecha, existe un Nicanor Villarrubia, pero su segundo apellido es diferente, Orozco. ¿Dos hombres con idéntico nombre y primer apellido fusilados en la misma fecha? ¿Tal vez está enterrado en otro cementerio?

La duda aún no está resuelta tras contactar con el Centro de Documentación de la Memoria Histórica que me ha remitido al Archivo General e Histórico de Defensa —donde se encuentran los juicios sumarísimos—, el cual, a su vez, me ha reconducido al Archivo General del Ministerio del Interior, donde se custodia el expediente carcelario.

Pendiente de respuesta y buscando algún dato más en las hemerotecas para arrojar luz a esta cuestión, tan sólo consigo verter más dudas y sombras. En el diario *ABC* del viernes, 6 diciembre de 1946, aparecía una noticia de la Dirección General de Seguridad en la que se asegura la detención de los autores de la colocación de «petardos» en Madrid. Me parece significativa para entrar en la estructura represiva y el lenguaje de aquella época.

Tras una inteligente y activa labor, la Brigada de Investigación Criminal ha logrado detener a los autores de la colocación de petardos en diversos establecimientos de comestibles y otros lugares de esta capital en la noche del 4 de noviembre último y otras fechas. Los detenidos llamados Julio Antonio Carralero Vicente, «El Chaval», Benito González García, «El Pitouto», Nicanor Villarrubia Orozco, «El Manco» y «El Nene», Manuel Ruiz Miguel, «El Pintor» y «El Manolo», formaban parte de un «grupo de acción» según le llamaban, capitaneado por Luis Arnau Castañares «El Guiti», quien, como es sabido, resultó muerto hace algunos días en la calle del General Mola al pretender evitar a tiros su detención [...] Se han confesado autores materiales de las explosiones ocurridas en las calles [...] declarando que tales actos de sabotaje obedecían a órdenes del llamado partido comunista clandestino. «El Pitouto», «El Chaval», «El Pintor» y «El Manco» están relacionados, además, como autores de asesinato y robo a mano armada. Todos ellos han sido puestos a disposición del Juzgado correspondiente.

En este breve artículo aparece el segundo apellido: Nicanor Villarrubia Orozco. Las fechas encajan.

A la espera de una respuesta por parte del Archivo General del Ministerio del Interior para conocer si existe expediente carcelario sobre nuestro familiar, sea cual sea la respuesta, sirvan estas líneas para rendir un pequeño homenaje a Nicanor Villarrubia Orozco, a los desconocidos de los que nadie se acuerda y a todos nuestros desaparecidos y olvidados, hombres y mujeres que fueron ejecutados por defender los valores de la libertad y la democracia.

Campos de concentración españoles.

Panorama carcelario, 1936-1959

EL FUSILAMIENTO DE NICANOR fue publicado en agosto de 1947 en aquel recorte de periódico que tenía entre manos bajo el título: «Es preciso que el mundo diga: ¡BASTA!». Pero, como todo documento histórico, en el reverso de aquel fragmento de diario pude leer otras noticias de gran interés. Todas reflejaban una gran preocupación por la sangría franquista.

Así lo hacía saber un país como Cuba, que anunciaba en un recuadro de la página una exposición sobre la prensa clandestina española; o Chicago, donde se celebró un Congreso Nacional de la Federación Sindical que instó a la ruptura con Franco y al reconocimiento del gobierno republicano; incluso en Washington, donde el Comité Coordinador pro República Española, los veteranos de la Brigada Abraham Lincoln, junto con personalidades liberales y políticos, se unían para alzar su voz contra el terror de Franco. Decían: «Apoyemos decididamente a la Comisión Jurídica Mundial que ha de trasladarse a España para investigar y denunciar ante los pueblos, gobiernos y la ONU hasta dónde llega el salvajismo franquista». De poco sirvió. Una última noticia publicaba la denuncia formulada por un grupo de parlamentarios uruguayos en la Conferencia Interamericana que entonces tenía lugar en Río de Janeiro (Brasil). Recordaron una vez más las atrocidades cometidas en España, indignados por el hecho de que, tras la reprobación del franquismo por parte de la Asamblea de las Naciones

Unidas un año antes, el 12 de diciembre de 1946, el régimen fascista siguiera asesinando a los ciudadanos españoles y perturbando las relaciones internacionales sin que nadie tomara medidas enérgicas.

Analizando estos breves artículos en el contexto mundial, es preciso recordar que nos encontramos en un momento de recién estrenada libertad en Europa tras el fin de la segunda guerra mundial (2 de septiembre de 1945). Derrotados los nazistas y las potencias del Eje, Franco se mantuvo en el poder para desesperación de los grupos antifascistas del mundo entero. Así lo reflejaban aquellas noticias que manifestaban gran indignación, más aún cuando el 24 de octubre de 1945 se había creado la Organización de las Naciones Unidas con la entrada en vigor de la Carta, firmada meses antes, el tratado internacional que establecía las bases de su constitución interna, a la que pronto se adherirían una cincuentena de países.

Para entonces Franco tenía nuevos objetivos: buscar el reconocimiento del país a nivel internacional, pero España fue vetada continuamente con una política de aislamiento seguida por la ONU durante el quinquenio 1945-1950. No podía ser de otra forma con las cifras de muertos, desaparecidos y el panorama de torturas que inundaba el país, especialmente en la década de los cuarenta. No sería hasta noviembre de 1950 cuando la Asamblea General declaró rescindidas las sanciones internacionales que pesaban sobre el gobierno franquista, formalizando el ingreso oficial de España en la ONU el 14 de diciembre de 1955. Es la misma fecha en la que muchos de nuestros encarcelados de este libro siguen en las cárceles de Franco en auténtica situación de miseria y de persecución.

Si hasta entonces les había parecido atroz la situación en nuestro país, mucho peor fue antes, durante el primer franquismo. Retrocedamos en el tiempo. Desde el inicio de la guerra civil se produjo un movimiento depurador salvaje por parte de los insurrectos, los militares sublevados. Impusieron un proceso de represión global, de sometimiento y control ideológico de la población española que perduraría cuarenta años. Para los derrotados de la guerra, llegarían tiempos de persecución, serían objeto de una venganza implacable, de muerte y violencia.

Un ejemplo de este concepto de depuración y sometimiento lo encontramos desde los primeros violentos discursos del general jefe de la Segunda División, Queipo de Llano, al inicio de la guerra, en julio de 1936.

Hago saber que ha llegado a mi conocimiento el propósito que el gremio de matarifes tiene de declararse en huelga y, como esta conducta constituye un ataque al movimiento depurador del pueblo español, decreto que en todo gremio que se produzca una huelga o un abandono de servicio que por su importancia pueda estimarse como tal, serán pasados por las armas inmediatamente todas las personas que compongan su Directiva y además un número igual de individuos de éste discrecionalmente escogidos. [...] Toda persona que resista las órdenes de la autoridad o desobedezca las prescripciones de los bandos publicados o que en lo sucesivo se publiquen será también fusilada sin formación de causa. Sevilla, 23 de julio de 1936.¹

Una estimación de datos globales sobre la violencia franquista durante la guerra acota un balance catastrófico que varía según los investigadores. No obstante, nos ubicamos en un panorama con cifras entre los 94.699² y los 130.000 muertos en manos de militares rebeldes, datos provisionales y en aumento hasta incluso superar las 150.000 víctimas.³

A finales de 2013 un grupo de trabajo de la Organización de las Naciones Unidas sobre las Desapariciones Forzadas e Involuntarias, tras una serie de contactos en España, redactó un informe en el que quedaron patentes los delitos cometidos masiva y reiteradamente durante la guerra civil, cifrando provisionalmente unas 114.226 personas desaparecidas, 30.960 niños robados por la dictadura⁴ —otros datos disparan las cifras— y más de 2.000 fosas comunes esparcidas por la geografía española, aún sin exhumar. Se detectó un cúmulo de negligencias por parte del Estado, por lo que se recordó sucesivamente al gobierno español dicho informe constatando que los delitos de lesa humanidad son imprescriptibles. Por ello se instó a crear en España un plan nacional de búsqueda de personas desaparecidas, motivo por el cual se creó la Plataforma por la Comisión de la Verdad. Dos años más tarde todavía se evidenciaba la ausencia de investigación de los crímenes de la guerra civil y el franquismo por parte del gobierno español, así como el nulo interés por proceder, como habían hecho en otros países, a la aplicación del llamado principio de jurisdicción universal.

La Plataforma por la Comisión de la Verdad está integrada por cerca de un centenar de asociaciones de víctimas y de memoria histórica junto con FIBGAR —Fundación Internacional Baltasar Garzón—. Fue precisamente esta última entidad quien, en abril de 2015, organizó el congreso «Jurisdicción Universal en el siglo XXI» al que asistió quien suscribe estas líneas. Un auditorio repleto y expectante pudo escuchar la impactante intervención de Benjamin. B. Ferencz, el último de los fiscales con vida que intervino en los juicios de Nüremberg. A sus noventa y cuatro años llegó de su residencia en Nueva York para contar cómo se procesó y se juzgó a los principales culpables del genocidio nazi.

Retrocediendo al pasado, las cifras de la represión indican cientos de miles de prisioneros de guerra esparcidos por los campos de concentración españoles y unas cárceles abarrotadas. En la posguerra inmediata, finales de 1939 e inicios de 1940, se desbordaron las cárceles, para desesperación del entonces director general de prisiones, el general Máximo Cuervo Radigales, alcanzando los **280.000** internos⁵ allí donde inicialmente se disponía, un año antes, de 20.000 plazas.

¿Cómo comenzaron a proliferar los campos de concentración? Durante la contienda y especialmente a inicios de 1937, las detenciones y los fusilamientos se hicieron masivos, por lo que las cárceles y los cuarteles de la denominada «zona nacional» comenzaron a desbordarse con los combatientes republicanos del Ejército Popular capturados por las fuerzas facciosas. Este superávit de detenidos condujo a la creación improvisada de los primeros campos, habilitando para ello desde páramos y terreno baldío, al aire libre, cercado con alambres hasta cuarteles destartados, palacetes abandonados y conventos. Se establecieron los primeros en Zaragoza, Burgos, A Coruña, Ávila y Talavera de la Reina, pero casi toda la geografía española acabaría repleta de estos centros de reclusión. Comenzarían a ser regulados mediante órdenes específicas que acabarían centralizadas en 1937 en la Inspección de Campos de Concentración de Prisioneros de Guerra (ICCP) con un jefe inspector, Luis de Martín Pinillos. Poco después se crearían los primeros Batallones de Trabajadores, sistema de trabajo forzoso basado en la explotación de los prisioneros de guerra.

Como aparato de represión, la mayoría de estos campos funcionaron hasta finales de los años cuarenta, o inicios de los cincuenta, pero el proyecto carcelario y represivo de la dictadura pervivió hasta el final de sus días con la muerte de Franco (1975), perdurando incluso hasta el inicio de la llamada Transición.

Existieron 104 campos, ampliables hasta 190 si se tienen en cuenta los que fueron estables y los provisionales por los que pasaron entre trescientos mil y quinientos mil prisioneros de guerra y refugiados,⁶ coordinados por el Servicio de Colonias Penitenciarias Militarizadas. Tras su cierre serían demolidos y olvidados, ya no queda prácticamente nada de ellos. De una inmensa mayoría no existe ni rastro; de otros, como el de Miranda de Ebro, de los últimos en cerrar, permanecen algunos restos, pocos, y un gran cartel que anuncia lo que fue en su día a modo indicativo. Por este lugar de Memoria desfilan estudiantes y colegios que acuden para conocer en primera persona una pequeña parte de la historia del pasado de nuestro país. Creo que es una labor fundamental, la visita de jóvenes a los lugares de la Memoria.

Así nacieron los campos de concentración españoles, de alguna manera, aunque existe disparidad de opiniones al respecto, con ciertas similitudes a los que ya había dispuesto la Alemania nazi dentro de su propio territorio desde el año 1933, mucho antes de estallar la segunda guerra mundial (1939-1945), para castigar a los opositores del nazismo. Los campos de concentración españoles seguramente no fueron creados como el prototipo de campo nazi que conocemos, pero desarrollaron unas estrategias que perseguían, entre otros objetivos, la venganza, la eliminación del ideario político del *desafecto*, como denominaban al preso, su conversión, su redención —era una España católica— y también su muerte, no masivamente ni con cámaras de gas, como ocurrió con los nazis, pero sí de una forma selectiva y constante, generando un sistema de fusilamientos, «sacas», palizas, torturas, deficiencia alimentaria, insalubridad, plagas, enfermedades propias de situaciones de miseria...

El poeta Marcos Ana, uno de los Atrapados cuyo testimonio queda recogido en estas páginas, contaba también su paso no sólo por las cárceles sino, mucho antes, a partir de marzo de 1939, por el campo de prisioneros

de Los Almendros y, después, por el de Albatera. El hambre era atroz, el trato inhumano dentro de un recinto completamente hacinado y descontrolado.

Los Almendros era un campo estrecho y largo, se extendía al costado de una carretera. Allí nos fueron hacinando. Por lo menos el hambre lo aplacamos con el fruto de los almendros. Al día siguiente buscábamos las cáscaras ásperas que habíamos tirado el día anterior, las hojas y los tallos más tiernos de los árboles quedaron con sus ramas desnudas, como si una plaga hubiera devastado el campo. Ya no había nada que llevarse a la boca. Había dos o tres pozos y, después de horas de espera, conseguías un poco de agua, turbia, como caldo de barro. El hambre estaba haciendo estragos. [...] Al día siguiente los altavoces anunciaron que iban a separar hombres de mujeres y los soldados y grupos de falangistas se encargaron de dividir el campo en dos. Hubo despedidas desgarradoras, abrazos que los falangistas deshicieron a culatazos. Nos inquietó la medida y nos entró el temor de que los hombres íbamos a ser fusilados. Pero no, teníamos otro destino, quizá más duro: Albatera.⁷

Del campo de Albatera recuerda que previamente había sido un lugar de reclusión de presos comunes, que durante el inicio de la guerra civil fue ocupado por unos cuatrocientos presos franquistas y que, hacia el final de la contienda, estaba saturado con quince o veinte mil presos en terribles condiciones. Estuvo allí detenido junto con su hermano, dormían sentados, sin apenas comer, sin beber, haciendo colas infinitas para obtener un simple vaso de agua. Planearon una fuga imposible, el campo estaba rodeado de alambradas con puestos de vigilancia ocupados por soldados.

A veces traían a compañeros que se habían escapado y los fusilaban por intento de fuga, para escarmiento a la vista de todos.⁸

Al preguntarle durante la entrevista por el momento en que probablemente tuvo más miedo de todo su tránsito como preso, tras mucho titubear ante la dificultad que conlleva la selección de un instante, súbitamente contesta:

—Eso es difícil, pero creo que mi detención en Albatera, porque era al principio, cada mañana llegaban los falangistas de los pueblos a coger gente y matarles. Hacían unas matanzas desmedidas, la gente huía despavorida, tenías que esconderte, los mataban en cualquier parte, en cualquier cuneta, era una represión terrible.

Logró escaparse gracias a su atrevimiento y a su ingenio cuando permitieron salir a los menores de quince y dieciséis años. Él era algo mayor, pero les engañó eficazmente. Por desgracia, días después un confidente le entregó a la policía. Pasaría veintitrés años preso en distintas cárceles franquistas.

Otro de nuestros entrevistados que estuvo preso en un campo de concentración español, concretamente en Miranda de Ebro, julio de 1940, es el cartógrafo y fotógrafo de la aviación republicana Miguel de Miguel Montañés. En su capítulo nos recordará sus arriesgadas misiones de guerra, su paso por los campos franceses, su detención y traslado al presidio español. A pesar de permanecer en Miranda de Ebro pocos días, aún recordaba:

—Habían armado un tinglado de madera con unas letrinas y teníamos que pasar por unos puentes hasta que llegábamos a la vertical del río, y allí bajarnos los pantalones y hacer nuestras necesidades. ¡Era una vergüenza aquello! Algunos decían que antes había sido infinitamente peor. Allí dentro había brigadistas también, sí, aunque no tuve tiempo de contactar con ellos. Yo era jefe de barracón y todas las noches tenía que llevar el parte al jefe de campo y entonces ahí estaban. En ese momento me encontraba con los otros jefes de barracón y por eso conocí a algunos. Había polacos, checos, del centro de Europa...

¿Cuántos presos hubo en los campos? Existe un baile de cifras, pero fueron miles, cientos de miles. Buscando en el mercado del libro antiguo, práctica habitual y necesaria, hace tiempo encontré dos ensayos de un escritor imprescindible: Joan Llarch (Barcelona, 1920-1987), quien vivió en primera persona la guerra civil pues, con tan sólo dieciocho años, se alistó voluntario al Ejército Republicano, formó parte de la Quinta del Biberón, y participó en la Batalla del Ebro, en la 60.^a División republicana. Fue capturado, preso en campo e integrado en el «Batallón de Trabajadores 69», de ahí el título de uno de sus libros. Entre los años 1938 y 1939, realizó trabajos forzados en la cantera de Puigmoreno (Alcañiz), las Salinas de Medinaceli (Soria) y en otras obras de Casilla del Puente (Tarragona). Finalmente sería condenado a cinco años de servicio de armas, el servicio militar obligatorio en el ejército franquista.⁹ En otra de sus obras clave en

esta temática, *Campos de concentración en la España de Franco* (1978), apunta la cifra de setecientos mil internados en los campos de concentración españoles, muy elevada si la comparamos con otras, pero interesante por ser una de las primeras referencias de la época en manos de alguien que lo vivió en primera persona:

Millares de españoles se vieron condenados a sufrir brutalmente una serie de crueldades que la mayoría de los casos dejaron huellas perennes y en muchos casos quedaron mermadas sus facultades físicas y mentales. De hecho, algo más de 700.000 miembros del Ejército de la República se hallaban detenidos a mediados de abril de 1939.¹⁰

Otros autores, como Antony Beevor, retoman las actuales cifras de Javier Rodrigo para afirmar que existieron hasta 190 campos de concentración por los que pasaron entre 367.000 y 500.000 personas.¹¹

Después de ser encerrados serían explotados. En octubre de 1938 se constituyó el Patronato de Redención de Penas por el Trabajo, que permitía utilizar a los presos políticos como mano de obra barata. El inspirador principal de este sistema que proporcionaba mano de obra explotada tanto al propio Estado como a una serie de empresas privadas fue el jesuita José Antonio Pérez Pulgar. Si en un principio, durante la guerra, comenzaron cavando trincheras, explotando canteras, reparando y construyendo carreteras o el sistema ferroviario, tras la guerra, miles de presos construirían todo tipo de infraestructuras repartidas por la geografía española, trabajando en minas, pantanos, en la reconstrucción de pueblos destruidos como Belchite o en obras descomunales como sería el Valle de los Caídos, construido entre 1940 y 1958 con veinte mil hombres, muchos prisioneros de guerra. Eran obligados a trabajar como mano de obra esclava y barata a favor de los intereses económicos y políticos del Movimiento.

Y junto con los campos llegaron las cárceles, de esta forma se constituía un enorme sistema preventivo y punitivo. *Toda España era una cárcel* es el título de un libro¹² sobre los presidios franquistas, pero también es una expresión utilizada por todos los presos entrevistados en *Atrapados* para indicar la triste realidad de la posguerra. Dos mujeres de este libro decían: «Siempre estabas con el “ay” en el cuerpo, incluso después de salir de la cárcel, cuando tenías la condicional porque siempre andaban buscando a

alguien para llevarse, siempre tenías que estar alerta». Son Ángeles García-Madrid, tristemente fallecida en el momento de escribir estas líneas, y Ángeles Flórez Peón, «Maricuela», siendo que esta última tuvo que huir de España y refugiarse en Francia, donde vivió durante cincuenta y siete años antes de regresar a España para quedarse.

Algunos arrastran la carga del pasado sin terminar el duelo. Sus vivencias siguen muy presentes, más aún en la vejez, pues en lugar de aletargarse se avivan enormemente. Los familiares son todavía los «herederos» de un silencio que logran en ocasiones contrarrestar publicando las memorias de su familia, como es el caso de *En las cárceles de Franco*, donde Clemente Sánchez¹³ recopila las memorias, escritos y dibujos de su padre, con idéntico nombre, en su intenso recorrido por diversos campos y cárceles.

En cuanto a los presos republicanos que fueron a parar a las cárceles de Franco, el *Libro blanco de las cárceles franquistas* ofrece una visión de conjunto del universo penal en España desde la posguerra hasta el fin de la dictadura y recupera la cifra de reclusos del Ministerio de Justicia:¹⁴

El 1 de abril de 1939 la población carcelaria en la zona nacionalista estaba cifrada en 100.292 prisioneros, pero durante los meses siguientes se encarceló en la zona recién ocupada a un número de personas probablemente igual al doble de esa cifra. Los tribunales militares actuaron con premura durante la primavera de 1939 juzgando a decenas de miles de acusados. Las ejecuciones en masa comenzaron inmediatamente en las grandes prisiones y en los campos de concentración... A principios de 1940 la población penitenciaria española era aún más numerosa, 270.719 según las cifras oficiales. Los fusilamientos no terminaron en el primer año de paz, sino que continuaron en gran número en 1941 y 1942. A partir de esta fecha, comenzaron a menguar, no sólo porque faltaban víctimas, sino también porque había pasado ya el apogeo de las potencias fascistas europeas [...]

Por último y para finalizar el contraste de cifras, un último dato. Una inspección europea del año 1952 solicitó al gobierno franquista llevar a cabo un informe sobre el sistema carcelario español. Los orígenes de tal proyecto acontecieron en octubre de 1950, cuando las asociaciones de antiguos prisioneros, deportados y resistentes antifascistas constituyeron una Comisión Internationale contre le régime concentrationnaire (CICRC). Tras numerosas e intensas negociaciones y presiones de Europa, el régimen franquista se vio obligado a autorizar dicha inspección de prisiones, campos

de concentración y colonias penitenciarias españolas por parte de un comité de la CICRC durante la primavera de 1952. Este comité estaba compuesto por su fundador, David Rousset, Elisabeth Dussauze, deportada presa en la Alemania nazi y condenada a pena de muerte, Lise Borsum, presa de Ravensbrück, y André Alers, resistente belga deportado a Buchenwald.

Constataron que las condenas más duras eran impuestas a los presos políticos y que, al finalizar la guerra civil, los encarcelados y detenidos sobrepasaban con creces las 300.000 personas. Entre 1939 y 1946 las prisiones centrales y en particular las provinciales albergaban una población tres o cuatro veces superior a su capacidad.

Al final de la guerra, la máquina del terror y la violencia del nuevo Estado, ya institucionalizado, comenzaría a entretejer una serie de disposiciones represivas, de entre las cuales una de las más conocidas y representativas sería la Ley de Responsabilidades Políticas del 9 de febrero de 1939. Quedaban al margen de la ley todos los partidos o grupos, fueran políticos o sociales, y todas las personas físicas o jurídicas que integraran o fueran afines a la coalición de izquierdas del Frente Popular ganador de las elecciones democráticas del 16 de febrero de 1936, así como en todas aquellas vinculadas, aunque fuera indirectamente, con la revolución obrera de octubre de 1934. En consecuencia, todos eran susceptibles de ser perseguidos. ¿Quién quedaba exento de responsabilidades? Leyendo el texto y según el artículo 5.º, tan sólo los menores de catorce años quedaban aparentemente exentos de tales acusaciones. Acerca de esta ley el *Libro blanco* matiza:

Esta ley de responsabilidades, que moviliza un importante volumen de caudales, disponía que los inmuebles, las obras de arte, las alhajas y metales preciosos se subastaran. Esto permite suponer las facilidades que algunos obtuvieron... Es de suponer que algún día se sabrá el camino que siguieron tales caudales, que se sabrá con concreción, pues ya consta que en gran parte son el cimientto de más de una de estas súbitas fortunas que ha propiciado el franquismo.¹⁵

Parte de la población también contribuyó, fuera por miedo o por venganza, a provocar esta situación al generar numerosas denuncias. Era una práctica corriente delatar para ganar el favor del gobierno represor. Con respecto a este sistema represivo y depurativo, Joan Llach lo explica, trasladado a su tiempo:

La tarea de clasificación, depuración y en muchas ocasiones procesamiento, llevó consigo un ansioso y arduo trabajo en el que participó media España de aquellos años trágicos, como atacada de una epidemia psicológica y mimética de influencia hitleriana, a la persecución del bando opuesto y vencido que había participado en la lucha en los frentes o colaborando en las retaguardias. Por tales motivos se desencadenó unas veces con fundamento y otras con implacable desproporción una oleada de denuncias, delaciones, a veces amañadas y falsas, que conllevaron detenciones, prisión y condena de millares de españoles. El resultado de estos dos años y medio de guerra acarrearón odios y resentimientos animando a muchos a la venganza.¹⁶

Todos los condenados políticos fueron juzgados por tribunales militares en aplicación del Código de Justicia Militar y condenados por delito de «rebelión militar». Las sentencias de los consejos de guerra acababan pasando por manos de Franco, quien solía leer las sentencias de muerte tras la comida, a la hora del café, muchas veces acompañado de su asesor espiritual, el capellán José María Bulart.¹⁷ Franco procedía a anotar en los expedientes una «E» de enterado (que significaba ejecución de la sentencia), un «C» de conmutado, o una anotación manuscrita de «garrote y prensa» (para los casos que debían tener un efecto-demostración). Tras el café, se enviaba notificación a los capitanes generales, y éstos al gobernador militar, quien designaba juez para la notificación de la sentencia y ejecución de la pena. Luego el gobernador militar enviaba un telegrama al director de la prisión con la relación de presos que debían ser ejecutados. Esta relación solía ser leída en voz alta, en las galerías y algunos funcionarios encontraban satisfacción personal al pronunciar determinados nombres, manteniendo la tensión entre el auditorio.

Ésta es la parte «visible» de la historia, pero ¿qué ocurre en el interior de la mente del represaliado al vivir estos momentos límite dentro de las cárceles? En *Atrapados* nos lo cuentan algunos testigos del terror generado entre los penados en el momento de escuchar los nombres voceados por los carceleros. Hombres y mujeres, el miedo a las «sacas», a los fusilamientos y a las «diligencias» o interrogatorios brutales era constante.

Recordando al pariente Nicanor y los fusilados de Carabanchel me pregunté por la cifra de fusilamientos. Varían según el autor y la fecha de la investigación, pero dan una idea de la locura y muerte en nuestro país ochenta años atrás. Algunos investigadores establecieron ya en los años setenta diversas cifras. Mientras unos apuntaban a 300.000 entre los años

1939 y 1944,¹⁸ otros, ante la imposibilidad de verificar tal cifra, se remitían a la única información emitida, al parecer, por una fuente gubernamental a un corresponsal norteamericano en 1944, según la cual en los años indicados se llevaron a cabo 192.684 ejecuciones.¹⁹

Los que se salvaron de la muerte soportaron años de cárcel en alguno de los 500 centros penitenciarios repartidos por la geografía española entre los años 1939 y 1940 en las peores condiciones que uno se pueda imaginar. Indicativas son las palabras del director de la cárcel Modelo de Barcelona, Isidro Castrillón López, quien, en abril de 1941, se dirigía a sus presos para decirles: «Hablo a la población reclusa: tenéis que saber que un preso es la diezmillonésima parte de una mierda».²⁰

Las cárceles llegaron a ser la tumba de miles de hombres, mujeres y niños, no sólo por las ejecuciones llevadas a cabo, sino también y muy especialmente, por las condiciones de vida en el interior. Hambre, suciedad y hacinamiento hacían mella en los presos generando epidemias producidas por tan nefasta situación.

Terminada la guerra civil, su secuela más temida, la represión, traspasaba los muros de las cárceles llegando hasta el último rincón de la población española.

En el interior de España se necesitaba un salvoconducto expedido simplemente por la policía. Policías rondaban los vagones del ferrocarril pidiendo la documentación y la guardia civil patrullaba carreteras y sendas. El interior de las casas estaba sujeto a registros intempestivos. La delación contribuía a estrechar el cerco sobre los sospechosos. Al perseguido sólo le quedaba algo tan poco apetecible como la propia cárcel, es decir, convertirse en un topo.²¹

LAS CÁRCELES DE NUESTROS *ATRAPADOS*

Los entrevistados de este libro vivieron la guerra y sus consecuencias. Algunos fueron detenidos y presos en campos de concentración, como Marcos Ana, en el Campo de Los Almendros y en el Campo de Albaterra (Alicante), pero la mayoría permanecieron en las cárceles franquistas entre

los años 1937, fecha en la que entró detenida Ángeles Flórez Peón, «Maricuela», y 1961, que es el momento de la liberación de Marcos Ana, detenido en 1939.

Por ello *Atrapados* se centra en el período de tiempo de cárcel más cruento de sus entrevistados, entre 1937 y 1959. Cada uno de ellos posee su propia experiencia y su particularidad, algo esencial para tener una visión de conjunto. La relación de cárceles y testimonios es la siguiente:²²

Cárcel Modelo de Oviedo (Ángeles Flórez Peón, «Maricuela», capítulo 6)
Penal de Saturrarán, Guipúzcoa (Ángeles Flórez Peón, «Maricuela»)
Prisión provincial Les Corts, Barcelona (Ángeles García-Madrid, capítulo 7/María Salvo, capítulo 8)
Cárcel de mujeres de Las Ventas, Madrid (Ángeles García-Madrid/María Salvo)
Cárcel de mujeres de Tarragona (Ángeles García-Madrid)
Cárcel de mujeres de Gerona (Ángeles García-Madrid)
Cárcel de Segovia (María Salvo)
Cárcel de Alcalá de Henares (María Salvo)
Prisión de Ocaña, Toledo (Lluís Martí Bielsa, capítulo 10)
Prisión Modelo, Barcelona (Lluís Martí Bielsa, capítulo 10/Enric Pubill, capítulo 12/Marià Gadea, capítulo 13)
Penal de Burgos (Lluís Martí Bielsa/Enric Pubill/Marcos Ana, capítulo 11)
Campo de concentración de Los Almendros, Alicante (Marcos Ana, capítulos 4 y 11)
Campo de concentración de Albaterra, Alicante (Marcos Ana)
Campo de concentración de Miranda de Ebro (Miguel de Miguel Montañés, capítulos 4 y 14)
Prisión de Porlier, Madrid (Marcos Ana/Gregorio Gutiérrez, «Guti», capítulo 15)
Cárcel Modelo, Valencia (Gregorio Gutiérrez)
Penal de San Miguel de los Reyes, Valencia (Gregorio Gutiérrez)
Cárcel de Santa María del Puig, Valencia (Gregorio Gutiérrez)

Ante la inminente derrota al final de la guerra civil, algunos entrevistados cruzaron la frontera francesa buscando auxilio en su huida de las represalias franquistas, pero terminaron en alguno de los múltiples campos de concentración franceses repartidos por el país. Otros, como Antonio Cánovas, fueron trasladados a Marruecos, en su caso a Bou Arfa, donde trabajaría en la construcción del Transahariano. Y, por último, viajaremos hasta el vasto territorio de la Unión Soviética, a los gulags de Stalin donde permaneció durante dieciséis años el aviador Vicente Montejano.

Argelès-sur-Mer (Lluís Martí Bielsa, capítulo 10/Antonio Cánovas, capítulo 9)
Agde (Lluís Martí Bielsa/Antonio Cánovas) Saint-Cyprien (Lluís Martí Bielsa/Antonio Cánovas)

Centro de refugiados Le Pouliguen/Saint-Brévin (María Salvo, capítulo 8 y Alejandra Soler)
Moisdon-la-Rivière (María Salvo)
Gurs (Miguel de Miguel, capítulo 14)
Bou Arfa, Marruecos (Antonio Cánovas)
Penal de Port Lyautey, Marruecos (Antonio Cánovas)

Campos de trabajo forzado de:
Krasnoyarsk (URSS) (Vicente Montejano)
Kok-Usek (Karagandá, URSS) (Vicente Montejano)
Odessa (URSS) (Vicente Montejano)

VIVOS EN EL AVERNO NAZI VERSUS ATRAPADOS

Con más de 50 entrevistas realizadas entre *Vivos en el averno nazi*, con el testimonio de españoles presos en campos nazis durante la segunda guerra mundial, principalmente en Mauthausen, y *Atrapados*, con relatos de la guerra civil —además de otras que aún no han visto la luz— y atendiendo a una visión de conjunto partiendo de la experiencia individual de cada entrevistado, me parece de interés establecer algunas similitudes y diferencias entre el perfil psicológico del vencido de la guerra civil y el preso en los campos de la segunda guerra mundial.

El preso en España: No sólo sufrió la cárcel y los campos de concentración españoles sino que seguiría su represión más violenta durante la posguerra, especialmente durante el primer franquismo aunque, en realidad, perduraría hasta la muerte de Franco (las últimas ejecuciones tuvieron lugar en 1975 y la pena de muerte sería abolida en 1978). Las familias sufrieron también las consecuencias, vivieron el estigma del pariente encarcelado y las consiguientes dificultades económicas para seguir adelante durante la dictadura. Hoy, ochenta años después, aún lo viven y siguen el duelo en muchos casos.

El preso fuera de España: El deportado a campos de concentración como Mauthausen, vivió la catarsis nazi, el terror más absoluto generado por el Tercer Reich, concentrado intensamente durante los más de cinco años que duró la segunda guerra mundial (1939-1945), con el agravante de que, al finalizar el conflicto, no pudo regresar a España por miedo a represalias del gobierno de Franco. Aquellos «apátridas» tuvieron que partir

de cero en otros países, una mayoría en Francia no podían siquiera visitar a sus familias. Sin embargo, permanecieron en un país sin dictadura, sin el miedo a delaciones, persecución, fusilamientos ni cárcel por su ideología política. Eran libres. Libres del fascismo tras la muerte de Hitler y de Mussolini y libres del franquismo en la distancia geográfica. Habían padecido graves secuelas, pero pudieron recuperarse porque se crearon los medios para su sanación, los centros de recuperación y sanatorios establecidos en Francia para recuperar las heridas de la guerra. Después rehicieron sus vidas, aprendieron el idioma, se reinventaron, trabajaron y formaron su familia con hijos, este último un factor decisivo especialmente en las mujeres para su recuperación de la barbarie nazi. Nunca olvidaron. Con el tiempo crearon los Memoriales en los campos de concentración nazis, auténticos centros de peregrinaje para recordar el pasado y rendir homenaje a los muertos. Esto en España sería impensable. Así me lo han contado y así lo he percibido.

En ambos casos, franquismo, o nazismo, fascismo al fin y al cabo, existe un objetivo claramente común: desarrollar estrategias de destrucción sobre los individuos considerados diferentes, enemigos, fundamentalmente por su afiliación política o sindical, aquellos que lucharon por las libertades democráticas.

Dentro de estas estrategias de destrucción, el preso es un ser infrahumano, susceptible de ser castigado en cualquier momento, por cualquier causa. El método incluye la eliminación de la autoestima a través del maltrato prolongado y una serie de penalidades propias de la miseria: hambre, frío, agotamiento, insalubridad y hacinamiento generarían enfermedades propias de la falta de higiene causando elevadas tasas de enfermedad y mortalidad.

Otro factor es el traslado en convoyes de mercancías hasta su destino en los distintos campos distribuidos por la geografía española. Sucios, malolientes, amontonados, con un destino incierto. En estas condiciones, durante días, viajó María Salvo en su trayecto entre la frontera de España y los campos franceses. También, de forma especialmente cruel los recordaba Ángeles García-Madrid, durante un traslado de presas, en mayo de 1940, de

la cárcel de Ventas a la de Tarragona: «Fueron dos días y dos noches de viaje miserable, porque nos metieron en un asqueroso y maloliente tren de mercancías, dormíamos en el suelo. Nosotras éramos la mercancía».

La tortura psicológica también estaba a la orden del día, la incerteza de ser seleccionado para la muerte. En cualquier momento los presos eran susceptibles de ser torturados físicamente, de sufrir palizas, ser reclamados a «diligencias» y brutalmente interrogados. Podían ser objeto de atrocidades de las que nadie pasaría factura.

Por último, el franquismo enterró el rastro de su represión destruyendo los campos de concentración españoles y demoliendo muchas de sus prisiones; otras se reconvirtieron. Apenas quedan en pie algunos vestigios que apuntan lo que pudieron ser. Cubren su ausencia numerosos monumentos y placas conmemorativas erigidas en plena democracia y, especialmente, la buena voluntad y perseverancia de diversos grupos, asociaciones y plataformas que promueven acciones para que nuestra Memoria no se extinga.

Mujeres en las cárceles franquistas.

«No estamos locas»

UNA VERGONZANTE REPRESIÓN de género llegó a límites insospechados de crueldad. Por sí solas hablan las conocidas imágenes de mujeres rapadas en público, obligadas a beber aceite de ricino para luego ser «paseadas», humilladas y sometidas. Algunos testigos aún vivos y anónimos —todavía hoy no desean dar sus nombres— presenciaron tales barbaridades durante la posguerra. Era el castigo social.

Las mujeres presas en las cárceles franquistas fueron derrotadas, anuladas, invisibilizadas. No estaban locas o histéricas como pretendían algunos psiquiatras como Antonio Vallejo Nájera (Palencia, 1889-Madrid, 1960), coronel del ejército, director de los Servicios Psiquiátricos Militares del franquismo, que escribió textos como «La locura en la guerra» o «Psiquismo del fanatismo marxista» en los que calificaba de enfermas mentales a las personas de ideología marxista y de histéricas inferiores a las mujeres concebidas como seres de atrofiada inteligencia. Algunas de sus frases lapidarias sonaban así: «La mujer histérica supone un conflicto moral de pavorosas dimensiones. Sería deseable la promulgación de una ley que rigurosamente negara a estas histéricas amorales el derecho a conservar a su lado y a educar a sus hijos».

No eran histéricas, eran mujeres que reivindicaron sus derechos, su libertad y los valores de la democracia durante la República. Habían sobrevivido a la guerra, pero permanecieron con el estigma del vencido. Durante mucho tiempo apenas se habló de ellas y, sin embargo, realizaron

tareas fundamentales. Un ejemplo es Maricuela, cocinera primero, enfermera después, que, cerca del frente y bajo las bombas, llevó la comida a los soldados de las trincheras. O también María Salvo, que desde la retaguardia llevó a cabo una fundamental labor de apoyo a los desasistidos durante la guerra.

Después soportaron años de cárcel, de presidio y, para las que llegó la libertad, desde el exterior seguirían siendo invisibles, pero con otra derrota añadida, el dolor físico consecuencia de las palizas y sus secuelas, y, si cabe peor, el dolor moral infligido.

Callaron, ocultaron su duelo ante la sociedad y ante su propia familia. Las presas entrevistadas coinciden al decir que tras la libertad pocas veces comentaron su paso por las cárceles, sus relatos parecían inverosímiles a los demás. Y aquellos que lo sabían no acertaban a creer todas las penurias y barbaridades que contaban a modo de confidencia. Tanta incredulidad dolía. Por ello, escondieron sus duelos incluso dentro de sus propias familias y superaron en soledad un sentimiento de culpa y vergüenza. Era necesario si querían conseguir un trabajo digno en una sociedad católica y franquista que había borrado su propia memoria. Pasaron los años, las heridas no cicatrizaron, permanecieron aun sin saberlo, sus traumas también, pero tenían que seguir adelante, sobrevivir a una dictadura que aplicaba sus preceptos de forma implacable.

Algunas mujeres se rebelaron contra esta situación, como Tomasa Cuevas, amiga de una entrevistada del libro, María Salvo, que compartieron presidio en Segovia. Hace tiempo cayó en mis manos una reedición condensada de los tres volúmenes de la agotadísima trilogía *Cárcel de Mujeres y Mujeres en la Resistencia* de Tomasa Cuevas Gutiérrez (Brihuega, 1917-Barcelona, 2007), activista y represaliada en las cárceles franquistas. En sus páginas recopiló los testimonios de otras mujeres presas, luchadoras que ella misma fue a buscar, grabadora en mano, y que luego transcribiría a mediados de la década de los ochenta.

De inmediato me acordé de Neus Català, una de las veinte personas entrevistadas de *Vivos en el averno nazi* (Crítica, 2014) para narrar su paso por los campos nazis de la segunda guerra mundial. Había sufrido la guerra civil como enfermera en la retaguardia, pasó la frontera con 180 niños de la

Colonia Negrín que tenía a su cargo, colaboró con la Resistencia en Francia y finalmente fue presa en el campo nazi de Ravensbrück, Alemania y Holleischen, en Checoslovaquia. Al finalizar la segunda guerra mundial decidió buscar a otras compañeras de la Resistencia y de la guerra para recoger su testimonio. «¡Aquello había que contarlo de inmediato!», dice siempre Neus. Lo hizo, el resultado final fue el libro *De la Resistencia y la Deportación. 50 testimonios de mujeres*, uno de los primeros que leí sobre la deportación de mujeres. Neus y Tomasa lucharon contra la dictadura y el fascismo, pero, además, crearon una nueva batalla: dar voz a las mujeres.

No creo equivocarme mucho si digo que ambas fueron de las primeras mujeres europeas del siglo xx, que recogieron el testimonio oral de las mujeres resistentes, encarceladas y supervivientes del franquismo y del nazismo. Y ambas tienen una vida intensa. Tomasa, casi una adolescente cuando ingresó en las Juventudes Socialistas, sería encarcelada tras la guerra civil, pasaría por diferentes cárceles como Las Ventas, Santander y Segovia entre otras hasta su libertad provisional en 1944, cuando es desterrada a Barcelona, se une al Partido Comunista (PSUC) e inicia una intensa labor de resistencia contra el franquismo. Esta mujer guardó siempre en su cuerpo el recuerdo de una salvaje paliza a manos de los agentes de la Brigada Político-Social del franquismo que, en 1945, la torturaron en los calabozos de la Jefatura de Policía de la Vía Layetana de Barcelona. Su marido, el político comunista Miguel Núñez, de larga trayectoria política, también sufrió en propia carne las torturas de tan lúgubre lugar y permaneció encarcelado en Burgos hasta 1967.

Acerca de las mujeres me pregunto: ¿padecieron males adicionales por su condición de género dentro del sistema penal franquista? Evidentemente sí. En primer lugar, el dolor por los hijos, unas veces arrancados de su lado y otras enfermando o falleciendo a consecuencia de tanta miseria. En segundo, la falta de higiene íntima. El tercero, el escaso apoyo masculino desde el exterior pues los hombres, por lo general, se encontraban presos, habían sido fusilados o permanecían exiliados.

Por lo general todos los entrevistados, al iniciar la entrevista, se retrotraen al entorno familiar, a su niñez y a su sentimiento de adoración hacia la figura de la madre. Un segundo momento nos traslada al inicio de

su militancia política, la rebeldía, la lucha. Por último retroceden al momento de la derrota, la cárcel. Al entrar en este relato, en la mayoría de ocasiones parten de tres conceptos plenamente vividos y sufridos: hacinamiento, miseria carcelaria y solidaridad entre presos políticos.

Las tres entrevistadas, por orden de fecha de su ingreso en prisión, son:

Ángeles Flórez Peón, alias «Maricuela» (presa entre noviembre de 1937 y agosto de 1941 en La Modelo de Oviedo y el penal de Saturrarán, Guipúzcoa).

Ángeles García-Madrid (mayo de 1939 y febrero de 1942 en Las Ventas, Tarragona, Les Corts, Gerona).

María Salvo (octubre de 1941 a 1957 en Les Corts (Barcelona), Las Ventas (Madrid), Predicadores (Zaragoza), Segovia, Alcalá de Henares).

Las tres a su vez, mencionan otros nombres: Mercedes Núñez, Matilde Landa, Juana Doña, Carlota O'Neill, María Lacrampe... Pertenecen todas a la primera generación de presas políticas del franquismo que fueron objeto de una doble represión, como «rojas» y como mujeres. Cada una tiene su propia experiencia y su particularidad, pero existen unos rasgos comunes a la mayoría de las encarceladas en la España en guerra y posguerra. Tras horas de conversación con ellas, revisar su pasado y proceder a numerosas lecturas, bien vale la pena estructurar algunos de los principales aspectos que han resaltado de su cotidianidad carcelaria.

LA VIDA DENTRO DE LA COMUNIDAD

Militancia política

Las presas políticas nunca permanecieron pasivas dentro de la cárcel. La mayoría continuó militando, coordinándose entre sí, infiltrándose en el entramado del poder de la prisión. Su necesidad organizativa fue una cuestión de supervivencia, llegando algunas a ocupar puestos en la oficina del presidio, absolutamente decisivos para conseguir información, solicitar indultos, manipular o traspapelar documentos, incluso para favorecer alguna fuga histórica. Eran la Resistencia dentro del penal.

La mayoría, al igual que nuestras tres entrevistadas, se sienten orgullosas militantes de las Juventudes Socialistas Unificadas que llegaron al partido siendo muy jóvenes, con apenas dieciséis años. Son presas políticas, con un elevado espíritu de lucha y rebeldía, por lo que su encarcelamiento les sirvió incluso para consolidar sus convicciones políticas y su ideología. Es el caso de Ángeles García-Madrid, quien, en sucesivas ocasiones de nuestra entrevista, afirmaba: «era cuestión de recomponerse y salir adelante, a mí nadie me quitaba de las Juventudes Socialistas, me reafirmaba en mis ideales si cabe».

Todas defienden su condición de presas políticas, reivindicaron siempre su separación de las comunes. Entre ellas existían fuertes lazos de solidaridad internos, se organizaron en «familias» y potenciaron su culturización dentro del presidio. Al conversar sobre este aspecto fundamental, María Salvo me decía: «Nosotras éramos las derrotadas, las vencidas, pero un delito común no es igual que uno político, eso hay que dejarlo muy claro. Nosotras teníamos unos ideales, transformamos las cárceles, éramos las presas políticas».

Hacinamiento

Por lo general, los relatos de los presos de *Atrapados*, especialmente las mujeres, comienzan con un aspecto muy concreto y sumamente conflictivo en la época: el hacinamiento. A la crudeza del régimen interno del penal habría que añadir éste, uno de los problemas más graves desde el primer momento porque desbordaron enseguida su capacidad.

La primera de nuestras tres protagonistas que pisó la cárcel fue Ángeles Flórez Peón, «Maricuela», el 7 de noviembre de 1937, en plena guerra civil, en la cárcel Modelo de Oviedo, denominada entonces «el campo rojo». Después sería trasladada al penal de Saturrarán en mayo de 1938, uno de los peores por el hambre que sufrieron las detenidas y el hacinamiento que hacía la vida imposible dentro de sus muros.

Ángeles García-Madrid llegaría a la cárcel de Ventas, Madrid, el mes de junio de 1939, al poco de finalizar la guerra, uno de los peores momentos de la historia de este presidio. En su relato describe que llegó a ver tantas

mujeres tendidas, durmiendo amontonadas, que parecían cuerpos inertes en medio de la semioscuridad de la noche, porque dentro de la cárcel nunca es noche cerrada, siempre hay un mínimo claro de luz, lo cual es otro problema que genera secuelas. Lo describe como una catarsis: «¡Cómo impresionaba aquello, parecía un mar de muertos, cuerpos tumbados por aquí, por allá, era un auténtico caos, sin espacio, amontonados, incluso por los lavabos!».

La saturación fue un grave problema para las autoridades por tres razones. En primer lugar, la amenaza de colapso de la administración de justicia, pues se produjo una entrada masiva de presos durante los primeros meses de la posguerra y, en consecuencia, una desproporción entre sumarios instruidos y delitos. La segunda razón era la presión económica porque los presos constituían un gasto importante para el Estado. La tercera, la insubordinación, la masificación de presos generó situaciones de conflictividad en aumento y motines, como en la cárcel de mujeres de Segovia tal como se explicará más adelante. Era necesario aligerar la presión demográfica en los centros penitenciarios, idear una estrategia de excarcelaciones. Comenzaron así las primeras expediciones de los presos y, más tarde tendría lugar las conmutaciones de penas, motivo por el cual los presos salían de la cárcel mucho antes del tiempo de condena establecido en los consejos de guerra.¹

Las «familias» comunales

«Solidaridad» es la palabra que todos y todas pronuncian al instante. Las presas políticas se apoyaron y solidarizaron desde el comienzo extendiéndose, casi como norma para sobrevivir, el establecimiento de las «familias» internas de la cárcel. Sirvieron de apoyo a las presas sin recursos, desamparadas, sin ayuda externa, nadie a quien recurrir. Estas «familias», creadas bajo el concepto de necesidad y compartir, eran integradas por cuatro o cinco mujeres. Compartían la ayuda que recibían del exterior, procedente de familiares o amigos, algo de comida, utensilios de aseo, todo salvo el escaso dinero que pudieran llegar a tener con los trabajos realizados en el penal, siempre explotadas y mal pagadas.

Los hombres contaron además con una estructura de apoyo espontáneo del que las presas políticas carecieron: la figura de las «madrinas», mujeres que velaron por las necesidades de uno o dos reclusos de un presidio sin tener necesariamente ninguna relación de parentesco o de amistad. Velaban por sus necesidades, mantenían correspondencia, eran un apoyo emocional externo. De hecho, algunos acabaron casándose con sus «madrinas». Como es el caso de uno de nuestros Atrapados, Enric Pubill.

Las expediciones

Es una de las consecuencias del hacinamiento, el traslado de presas de un penal a otro. Se formaban con mujeres juzgadas y condenadas que estaban liberadas de la pena de muerte, salían expediciones de las cárceles hacia otras provincias, algo que ayudaba a aligerar el espacio. Las tres protagonistas formaron parte de alguna expedición en un momento determinado.

Esta situación generaba un grave problema, alejaba a las presas de sus compañeras con las que habían construido su nuevo mundo en el interior del penal. El segundo problema era la familia, quien la tuviera, porque por ejemplo María Salvo durante años no la tuvo, su madre había fallecido, su hermano estaba preso y su padre en el exilio francés.

Con las expediciones las presas quedaban exentas del pequeño paquete de comida que, con suerte, recibían con gran sacrificio, generalmente, de sus abnegadas madres y hermanas. Significaba la pérdida del apoyo externo de la propia familia, un mínimo de estabilidad emocional y alguien a quien recurrir en caso de necesidad. Como me decía reiteradamente en nuestras entrevistas la propia Ángeles García-Madrid: «Era un problema, nos alejaba de la familia, del poco tiempo de visita que nos daba un poco de respiro y de vida, el mínimo arraigo de cariño si eso era ya posible. No avisaban de adónde te llevaban, ni nosotras lo sabíamos. Cómo sufrió mi madre cuando me trasladaron, pobrecita, lo tengo clavado esto en mi cabeza, de verdad que no me la quito, habría que hacerle un monumento».

Suciedad, inmundicia, insalubridad

Cada una de las cárceles tenía su ritmo de vida interno, pero en todas reinaba la miseria, una deficiente alimentación, la inexistencia de medicamentos y una ausencia de higiene. Estas circunstancias provocaron diversas plagas de parásitos, al tiempo que se producían enfermedades propias de la inmundicia, como el tifus, la disentería, o la colitis entre otras.

Ángeles García-Madrid habla con pesar de la enfermería de sarnosas como algo nauseabundo, sin medicinas, mal atendidas y con un olor a putrefacto. Las condiciones sanitarias eran tan sumamente deficientes que los familiares que podían visitar a las presas se llevaban su ropa para desinfectarla adecuadamente, incluso hervían la ropa en grandes cubos o barreños.

María Salvo llegó a la cárcel en un período posterior, concretamente a Les Corts en octubre de 1941, pero el hacinamiento todavía era patente y la insalubridad también. Debido a la mala alimentación y la falta de higiene arrastraría una colitis crónica: «Dormíamos en el suelo. Las condiciones higiénicas eran terribles, ¡no había apenas agua y mucho menos duchas! Éramos presas que habían tenido ocupaciones durante la guerra, sabíamos organizarnos de una forma dirigida políticamente, pidiendo mejoras a la dirección de la prisión de Les Corts, lo cual suponía un castigo porque era antirreglamentario».

En terribles y similares condiciones se encontraría nuestra Maricuela, quien contaba que las mujeres que entraron en la cárcel después de ella ya no tenían sitio, dormían en el suelo, incluso en la zona de los lavabos, encima de una especie de petate, no había camas. De su paso por La Modelo de Oviedo comenta: «Había poca higiene. Habilitaron un lavadero en un patio cubierto, pero no había más que una pila o lavabo para tantas presas como éramos. No había agua caliente, hacía mucho frío, poca higiene, empezaron a salir piojos y enfermedades. Todo con mala comida, olía fatal, a base de alubias o garbanzos, un día semanal con una patata, que eso era un lujo. Por la mañana un líquido que parecía un café por su color, que era de todo menos café. Algunas veces daban patatas con sal, eso sí que era un lujo, se hacía una larga cola para comer este manjar».

Los hijos

Éste fue el gran drama en las cárceles de mujeres: los hijos. Para las que eran madres, el sufrimiento de sus pequeños se transformaría en su propio infierno. Los niños eran separados de diferentes formas, bien al nacer, o, por ley franquista, al cumplir los tres años. La Orden de 30 de marzo de 1940 permitía a las reclusas el derecho a amamantar a sus hijos en las prisiones hasta cumplir los tres años, después serían separados. Muchos fueron dados en adopciones irregulares de las cuales no quedan más que algunos testimonios orales; otros serían carne de hospicio, irían a algunas de las escuelas religiosas, o asilos bajo la tutela del Estado, donde se les transformaría con traumas de por vida.² Se haría cargo de ellos el Patronato de Protección a Hijos de Penados, que fueron educados con los valores absolutamente opuestos a los de sus progenitores.

Otro problema incluso peor que el primero fue la elevada mortandad infantil de los que permanecían dentro de la cárcel. Tenían el amparo de sus madres, pero recibirían como herencia el hambre y la enfermedad. Carecían de alimentos, de higiene, dormían en el suelo helado, en un petate, compartiendo las mismas míseras condiciones de sus madres. Ellas sufrían doblemente, veían sufrir a sus pequeños las mismas condiciones y sus propios males. Pronto apareció la disentería y aumentaron las muertes.

Una de las entrevistadas, María Salvo, me dio a leer un texto de *Cárcel de mujeres*, uno de los tres volúmenes de Tomasa Cuevas, una primera edición, en rústica, de febrero de 1983, donde se aprecia, escrita con letra inteligible, la dedicatoria que Tomasa le dedica a su «*Mari*» con todo su cariño y agradecimiento. Acerca de la situación de los niños, la describía así de conciso:

Ventas era como una masa de humanos. Al ser comadrona, trabajaba en la enfermería; como es lógico parían y abortaban mujeres, los niños eran una gran cantidad, porque al tener al padre preso y detener a la madre los traían con ella. Entre sarampión, tos ferina, viruela, tifus, los niños empezaron a morir y Carmen Castro, la directora, ante el hacinamiento de tantísimas mujeres, pidió que se abriera un sitio, para llevar a las madres con los niños.

Ante los gravísimos y alarmantes índices de mortandad, la entonces directora, la oscense Carmen Castro Cardús, hija de un alto funcionario del Ministerio de Hacienda y monja teresiana nada querida por las presas, se vio obligada a poner remedio. Tenía que evitar que tal situación de abandono ofreciera una mala imagen en el seno de una España católica y, supuestamente, modélica. De este modo encargó a otra presa conocida de la cárcel de mujeres de Las Ventas, María Lacrampe, enfermera de vocación y socialista a la que Ángeles García-Madrid había conocido durante la guerra, que pusiera remedio a la tan extrema situación de cerca de trescientos niños reclusos. Gracias a su intensa labor y los lazos de solidaridad, lograron mejorar la salud y la alimentación de los pequeños, introduciendo botes de leche condensada, otras provisiones esenciales y algunos medicamentos. Este hecho lo vivió la propia Ángeles García-Madrid, quien recordaba a otra mujer por la que se deshace en elogios: María Teresa Toral (Madrid, 1911-1994).

De ella me hablaría precisamente la investigadora y escritora Antonina Rodrigo, reconocida por sus estudios biográficos de grandes personajes de la Historia y autora de obras como la vida de esta científica, *María Teresa Toral. Una mujer silenciada*, química de profesión, presa en Las Ventas en junio de 1939, que colaboró activamente con Lacrampe organizando aquella enfermería de niños dentro del penal. Toral desempeñó el cargo de farmacéutica y puericultora después cuando, a mediados de 1940, el Ministerio de Justicia habilitó un destartalado y viejo edificio que convertiría en Prisión Maternal de San Isidro o de Madres Lactantes, bajo la dirección de María Topete Fernández.

—¡Una bruja! —me dijo al punto Ángeles García-Madrid cuando mencioné el apellido Topete—. Decían que sería una cárcel modélica del franquismo, mentira, fueron desatendidos y separados madres de hijos. Lo hacían para apropiarse poco a poco de los niños, buscaban el desarraigo todo el rato, luego los reeducaban lejos de sus madres. Ése era el objetivo.

Una de las acciones más arriesgadas y humanitarias que las presas Lacrampe, Toral y otras llevaron a cabo fue modificar la edad de los niños reclusos para retenerlos más tiempo al lado de sus madres antes de la trágica separación. Por desgracia fueron descubiertas, penalizadas y

trasladadas al penal de Ávila a finales de 1940. Cuatro años después de su salida en libertad condicional, María Teresa Toral sería nuevamente detenida y conducida a Las Ventas en 1945, una nueva etapa en la que coincidirá con otra presa de este libro, María Salvo. Encontrará en 1945, tras la victoria de los aliados en la segunda guerra mundial, un panorama carcelario algo diferente al que sufrió, en abril de 1939, nuestra protagonista Ángeles García-Madrid. Las penas se irán atenuando ligeramente, el hacinamiento disminuirá y las presas políticas se organizarán llegando a constituir el *alma mater* de las cárceles de finales de los años cuarenta.

Por último, como recuerda Antonina Rodrigo, el robo de niños en cautiverio fue permitido por Franco para «regeneración de la raza» mientras la Iglesia, cómplice, lo consideraba una purificación para liberarlos del estigma de sus padres rojos. Llegó a tal punto que incluso una ley de 4 de diciembre de 1941 permitió proceder al cambio de sus apellidos, con lo cual los familiares, al salir de la cárcel, perdían muchas veces el rastro de su identificación. Hasta bien entrados los años ochenta no se levantó la veda informativa sobre la realidad de aquellos niños purificados y entregados a familias del Régimen. En la postguerra, durante décadas, en hospitales y clínicas, muchos recién nacidos fueron robados a sus madres y vendidos en total impunidad bajo el pretexto de su muerte. Éste es un capítulo aún no cerrado.

Tortura psicológica, las carceleras

Las presas entrevistadas todavía se estremecen al hablar de sus carceleras, trabajadoras adheridas al Régimen bajo las órdenes de la directora de la cárcel. Al finalizar la guerra, aquellas que hubieran desempeñado su trabajo durante la etapa republicana, de no «convertirse», eran encarceladas o fusiladas, dejando su trabajo en manos de las falangistas del Auxilio Social. Una orden promulgada por el nuevo Estado derogaría un anterior decreto de 1931 de la republicana Victoria Kent en el que disponía de carceleras laicas en las prisiones. Ahora, derogado el decreto, regresaban las monjas en

calidad de carceleras de los presidios de donde habían sido desterradas durante la República. Inmediatamente se intensificaron los valores morales y la redención.

Oblatas, mercedarias, adoratrices, de la orden de San Vicente de Paúl, carmelitas, capuchinas... Ellas, junto con algunas funcionarias de carrera, eran las carceleras del franquismo. Sus castigos, como recuerda María Salvo, eran psicológicos en muchas ocasiones, malvados y refinados, derivados de su intransigencia y normas estrictas hasta lo inimaginable.

El peor castigo para las presas no pasaba muchas veces por estar en períodos de aislamiento o incomunicación en una celda de castigo, como ocurrió con nuestra Maricuela, sino, como comenta María Salvo: «Lo que más temíamos las presas era perder la comunicación con el exterior. Las monjas, por el hecho de no seguir a rajatabla sus estrictas normas, muchas absurdas, te suprimían las visitas de familia o te rompían la carta de un familiar, o te prohibían un paquete. Eso era lo peor». El bien máspreciado era la información del exterior, algo que llegaba, con suerte, una vez al mes, era el equilibrio emocional de las detenidas, su conexión con el mundo exterior.

Otra experiencia fue la de Maricuela durante su presidio en el temido penal de Saturrarán, gobernado por las monjas mercedarias. Antes de comer eran obligadas a cantar el *Cara al Sol*, brazo extendido, y luego a rezar. Un día una compañera de Maricuela no lo hizo, y las religiosas, injustamente, la acusaron a ella de desacato grave. Fue castigada en una celda, un sótano, incomunicada durante dos meses, en un espacio vacío, sin apenas iluminación, con frío, humedad, durmiendo en el suelo. Nos lo cuenta en su capítulo.

Ángeles García-Madrid arremete sin piedad contra las preladas, pues estuvo en manos de sus peores enemigas, las oblatas, en la cárcel de Tarragona: «Eran muy pocas las guardianas que se podían considerar como personas normales. Con las expediciones, cada cambio de cárcel implicaba un cambio de guardianas, de ellas dependía que tu vida en la cárcel fuera o no un infierno, no eran personas normales. Y lo peor eran las monjas, locas por redimirte, intransigentes... Y tampoco hacían gran cosa, por no decir nada, para mejorar la salud de las presas enfermas».

Libertad condicional y destierro

Tras la libertad condicional generalmente se imponía la política penitenciaria del destierro. El preso no podría regresar a su residencia habitual, debía trasladarse a una distancia de entre sesenta y doscientos kilómetros de su domicilio con el fin de evitar su reincidencia en función del Decreto de Libertad Vigilada establecido por el Estado el 23 de marzo de 1940.

El destierro se aplicó a aquellos presos de guerra, como Maricuela, que no consiguieron dos informes favorables de los tres que eran prescriptivos (guardia civil, alcaldía y párroco) para formalizar la libertad condicional y el regreso a su localidad de origen. Pero también se aplicó a los presos de posguerra como María Salvo, condenados por delito contra la seguridad interior del Estado. Un mínimo de cinco años era el tiempo de destierro salvo gracia del juez o alguna fuerza mayor. Todos los presos debían rendir cuentas ante la guardia civil o ante el juez asignado hasta conseguir la libertad definitiva.

TESTIMONIOS

POR TIERRA

Luchadores en la guerra, vencidos en las
cárceles

... hasta en el sueño sólo tengo cárcel.

MARCOS ANA

6

Ángeles Flórez Peón, «Maricuela»

(Blimea-San Martín del Rey Aurelio, Asturias, 17 de noviembre de 1918)

Una miliciana en el penal de Saturrarán.
De la matanza de Carbayín a cincuenta y siete
años de exilio francés

Cárceles (1937-1941): Modelo (Oviedo), Colegio de San José,
penal de Saturrarán



Todo fue rapidísimo. Parece mentira que pueda acabarse tan pronto con tantos hombres. Con los machetes desenvainados, nos arrojamos sobre ellos. El miedo y la sorpresa los dejó sin voz. Algunos cayeron enseguida,

otros gritaron desesperadamente.

—Echadles la cuerda al cuello —avisó el sargento.

Le disparé la pistola en la nuca a uno, sonaron varios tiros.

Gritó el sargento:

—¡Tiros no, puñetas! Arrancadles las lenguas a los que gritan.

Echales la cuerda al cuello a los que gritaban. Yo estaba como ciego, golpeaba con furia para ahogar los gritos. Oíase el ruido de los machetes al clavarse en la carne. Se les atravesaba a bayonetazos. La bayoneta de un guardia pasó de parte a parte a un muchacho.

ME IMPACTÓ TANTO la lectura de este fragmento extraído de un pequeño libro, más bien un cuadernillo anónimo, titulado *Los veinticuatro asesinatos de Carbayín. Mujeres que descubrieron los cadáveres en Carbayín*, que decidí comenzar este capítulo con aquella cruel matanza que tuvo en vilo a esta población de Asturias. Tal salvajada ocurrió durante la represión que siguió a la revolución asturiana de 1934, la misma que se llevó la vida de Antonio, el hermano de nuestra protagonista: Ángeles Flórez Peón.

Carbayín, Asturias, 24 hombres asesinados el 24 de octubre de 1934. Fue el inicio de lo que vendría dos años más tarde: la guerra. Este texto también está incluido en el libro autobiográfico que Ángeles escribió y que llegó un buen día, casi por casualidad, a mis manos. Fue a través de dos amigas, María José Palma, profesora e impulsora de la Asociación para la Investigación de Conflictos Contemporáneos (AICC) y la asturiana Ana González, psicoanalista. Ellas me regalaron un libro titulado *Ángeles Flórez Peón «Maricuela»*, publicado por la Fundación José Barreiro y me dijeron: «léelo, verás qué interesante es la vida de esta mujer». Así lo hice y así fue cómo quedé atrapada en las redes de la humildad y humanidad de esta asturiana a la que muchos aún conocen como «Maricuela» por ser el personaje protagonista de una obra de teatro que, de joven, ella interpretó hasta que estalló la guerra civil.

Por lo general, las mujeres entrevistadas en este libro han vivido experiencias de guerra, tortura y exilio, todas sumamente intensas. «Maricuela» también. Sus cerca de cien años, noventa y siete para ser

exactos, y una memoria excepcional abalan su experiencia de vida. Todavía recuerda los tiempos en que se proclamó la Segunda República, la revolución obrera en la Asturias del 34, la guerra civil, la matanza de Carbayín que descuartizó salvajemente a su hermano y otros compañeros, su lucha como miliciano bajo las bombas, su detención, su peregrinaje por las cárceles en las que estuvo presa entre los años 1937 y 1941, su libertad condicional, su huida trepidante hacia Francia con los inspectores franquistas pegados a los talones. Es una historia repleta de suspense, de resistencia, miedo, pánico por momentos... Ha residido en Francia con su esposo, *Chano*, un guerrillero, un *fugao* (*fugáu*) durante cincuenta y siete años. Al enviudar decidió regresar a Asturias, la tierra de la que tuvo que escapar tras la guerra, y se instaló en Gijón. No se arrepiente del cambio, los recuerdos en Francia son imperecederos, pero ama su tierra. A su vuelta, tal como me comenta, ha comprendido algunas claves de su pasado.

Pero también la suya es una historia de amor y desamor, casi adolescente, de un joven llamado Quintín que, en plena guerra, sacrifica su salvación a bordo de un barco rumbo al exilio para rescatar a la joven a la que ama, Ángeles. Y es también la historia de los *fugaos*, guerrilleros lanzados al monte, escondidos ante la implacable persecución de los falangistas.

La llamé por teléfono. Su voz es tal cual su escritura, cariñosa, directa, atrevida, sincera y, sobre todo, muy decidida, repleta de vitalidad.

—¿Cómo quiere que la llame, Ángeles o Maricuela?

Su sonrisa telefónica es toda una evidencia, se percibe, debe de estar acostumbrada a una pregunta tan simple.

—Bueno, pues —una expresión que suele utilizar con suma gracia— puedes llamarme Maricuela, que a mí no me importa, oye, que me gusta.

Ahora sonreía yo por cómo se expresaba. Desde la adolescencia, Ángeles Flórez Peón es conocida como Maricuela por ser el personaje central de la obra de teatro *Arriba los pobres del mundo* que representó en Carbayín, una de las actividades que organizaban antes del estallido de la guerra.

Acordamos de vernos un fin de semana en Gijón en su casa, por la mañana. Al abrir la puerta me encontré con una mujer guapa, muy bien peinada, elegante, incluso algo maquillada y, sobre todo, una amplia sonrisa y una increíble capacidad para adaptarse a las circunstancias. Lo digo porque no le dije nunca que iría acompañada y, en esta ocasión, me acompañó el infatigable Pablo Villarrubia.

—Bueno, pues no me habías dicho que vendrías acompañada y además de un hombre —me dijo en un arrebato de coquetería, entre risas, abriendo de par en par la puerta de casa.

Desde el minuto cero, quedamos fascinados con Maricuela, por su espíritu tan positivo, por su actividad incansable, casi inconcebible en una nonagenaria, y por su fantástica memoria. Eso no es todo, sabe manejarse bien en el ordenador, lee, consulta información y escribe sus crónicas. En un instante entra en un buscador para mostrarme un reportaje realizado por la televisión turca sobre la matanza de Carbayín, la historia de su hermano. Hablando de Turquía terminamos conversando de la crisis migratoria, de la memoria histórica mermada en nuestro país y de la Europa que tanto le preocupa.

—Veo mucha crisis, gente desesperada y me preocupa esta sociedad europea que es muy de derechas. Veo a estas familias que huyen de la guerra, que buscan un país donde vivir con respeto, el respeto que no encuentran en su propio país. Los veo con hijos, lo que pasan... y me acuerdo del pasado, de cuando tuve que huir a Francia con mi hija, entonces un bebé, el miedo que pasé, escondida, temerosa de que me detuvieran... Nunca dejaré de reivindicar, de hablar en voz alta y escribir para que se escuchen los derechos de los que no tienen nada y de los inmigrantes.

Me sorprende y me alegra enormemente encontrar a alguien como ella, con un espíritu tan grande y una capacidad de vida tan descomunal.

Pasan los minutos y al buscar el espacio adecuado para grabar la entrevista, rápida como una flecha, se levanta de la silla y me conduce al sitio indicado, con luz, ya tiene decidido el rincón, el atrezo, todo. Es entonces cuando me enseña el libro de la matanza de Carbayín, el que cité al comienzo de este capítulo, un hecho que la afectó para siempre.

Carbayín, Asturias, España. Nos situamos a finales de 1933 cuando, tras unas elecciones que darían lugar al segundo bienio de la Segunda República elegida democráticamente dos años antes, el 14 de abril de 1931, comienza un período de agitación social. Este *bienio negro* con el gobierno republicano de Alejandro Lerroux pactó, en octubre de 1934, la entrada de tres ministros del partido de la CEDA, Confederación Española de Derechas, que aprovechó su éxito para desmontar las reformas iniciadas. Esta situación generó desconfianza y una fuerte oposición por parte del anterior gobierno de coalición republicano-socialista, pero también por parte de la población, que veía en esta circunstancia un grave retroceso de sus derechos y su economía. Así, el Partido Socialista y la UGT llaman a una huelga general en España a la que, en Asturias, se unirá la CNT. Una oleada de huelgas aumenta la crispación de la población.

—Los obreros se defendían, los sindicatos estaban muy activos, las huelgas eran muy duras. Incluso las mujeres defendían a sus maridos. La guardia civil los iba a buscar para obligarles a trabajar a la fuerza y ellas les tiraban piedras. Mi madre también, era una mujer muy valiente, se revolvía contra las injusticias.

Los conflictos en los distintos puntos de la geografía española son aplacados por el ejército, sólo adquiere grandes dimensiones en Asturias, convertida, durante octubre de 1934, en el bastión de una revuelta coordinada entre las diferentes fuerzas de la izquierda asturiana. Los mineros toman el mando, organizan un movimiento armado, crean comités, se defienden, confiscan armas de las fábricas de Trubia, La Vega, Mieres y de un barco que fondea a unas millas de la costa, entre San Esteban de Pravia y Muros de Nalón, el vapor *Turquesa*.

En medio de un clima prebélico el ministro de la Guerra de Lerroux, Diego Hidalgo, propuso al entonces general Francisco Franco la coordinación de las acciones militares que tenían que aplastar aquella revolución. Fue un gran despliegue, llegaron tropas gubernamentales, fuerzas de los regimientos de Artillería e Infantería, la Legión y las tropas regulares procedentes del Marruecos español al mando del coronel Yagüe.

Abortada la Revolución de Octubre se abre entonces una cruenta etapa de terror, represión y ejecuciones sumarias para sofocar hasta el más mínimo aliento detectable del movimiento obrero asturiano. Entre 1.500 y 2.000 es la cifra oscilante de muertes recabada por diversos historiadores y miles de detenidos. Es en este contexto donde iniciamos este capítulo, con la matanza de Carbayín, en Asturias, donde, entre centenares de detenciones y barbaridades cometidas entre los días 20 y 21 de octubre, se produciría la tortura y matanza de veinticuatro hombres, entre ellos el hermano de Ángeles.

El año 1934 marcó dramáticamente la vida de Ángeles, a quien llamaremos indistintamente Maricuela. Era una joven de quince años que aprendía costura y vivía con sus padres, un matrimonio humilde con cinco hijos, en Sotrondio, concejo de San Martín del Rey Aurelio. Su padre, madrileño, iba de pueblo en pueblo vendiendo libros, militaba en el PSOE, participaba de las acciones de la UGT; su madre, una asturiana de ideología socialista pero no militante, desempeñó múltiples trabajos para subsistir, obrera en una fábrica de tabaco, o comadrona en una clínica. Fueron trasladándose de población hasta llegar a Sama de Langreo, donde su padre trabajó en la mina.

La mala fortuna quiso que su padre muriera atropellado bajo las ruedas de un coche en Oviedo. Fue su primer gran drama. De inmediato se trasladaron a Carbayín en octubre y ella decide desplazarse a visitar a una de sus hermanas en Gijón, Aurora, que estaba sirviendo en una casa. Justo entonces fue cuando se declaró la huelga general y cuando detuvieron a su hermano Antonio, militante comunista, que acabaría muerto y mártir allí, en Carbayín.

—Aquí estaban los comercios cerrados y tenía que buscar el pan en un cuartel de milicianos, el Cuartel de Simancas, recuerdo que no había trenes para regresar a casa. Decían que la cuenca minera estaba muy mal, que no me moviera. Madre iba como loca aquellos días porque habían detenido a mi hermano Antonio y no lo encontraban por ningún lado... Así fue hasta que se descubrió una fosa en Carbayín con varios cadáveres. No les mataron a tiros, sino con bayonetas, por donde fuera, a mi hermano le faltaba un trozo... Cogían a la gente, había crímenes, mi madre quiso ir a

vivir donde mi hermano estaba enterrado, en Carbayín, porque entonces vivíamos en Sotrondio. Para mí fue un trastorno, éramos muy pobres y sufrí cuando llegué a ese pueblo donde no conocíamos a nadie. Tenía quince e iba a hacer dieciséis años.

Con bayonetas los mataron tal como dice Maricuela y queda reflejado en el texto inicial de este capítulo, recuperado y publicado en *Los veinticuatro asesinatos de Carbayín. Mujeres que descubrieron los cadáveres en Carbayín*. Leyendo sus pocas páginas nos retrotrae a la noche del 21 de octubre de 1934. Dos días antes se había pactado la liquidación de la revolución armada bajo la «palabra de caballero» del general López Ochoa, quien garantizó que no habría represalias. Sin embargo, la guardia civil se presentó en los días siguientes en la casa de los veinticuatro hombres.

Eran las dos de la madrugada, violentamente penetraron el sargento Juan Ballesteros y el guardia Ramiro Sánchez. A culatazos de pistola y por los pelos tiraron a los dos hermanos fuera de la cama. Allí mismo, en presencia de sus padres, se les pisoteó y se les anunció ya el fin que tenían destinado [...] No había ninguna acusación contra ellos. No había más que el odio ciego, el rencor repugnante que el sargento Ballesteros no supo ocultar en ningún momento de la trágica actuación. La venganza la encarriló cada miembro de la benemérita según su particular criterio. El sargento Ballesteros, el cabo Recio y el guardia Ramiro llevaban la batuta de la selección.

Este texto precede a la macabra descripción de cómo tuvo lugar este asesinato colectivo que da inicio al capítulo de Maricuela; redactado en 1935 por Díaz Benavides, escritor, periodista y político socialista en su reportaje *La revolución fue así*.

Mientras me enseña el libro, Maricuela comenta con dolor:

—A mi hermano vinieron a buscarlo para hacer una pequeña declaración, no parecía nada más, pero no regresó. Mi madre se enteró de que estaba en Sama de Langreo y fue a verlo, lo habían hecho sufrir, estaba tirado en un camastro, medio comatoso, lo pasaba mal, luego al otro día ya no estaba. Había 15 cadáveres en una fosa y en otra al otro lado de Carbayín había 9, en total 24. Todos desfigurados y dijeron estos hombres son mártires. Y de ahí que les nombraran los mártires de Carbayín. Y, cuando en las elecciones de 1936 ganó el Frente Popular, hicieron una

bandera roja con los mártires. Luego nos acusaron de que llevábamos una bandera comunista, pero era la de los mártires, porque éramos hermanas de los asesinados.

El 16 de febrero de 1936 fue el día de las elecciones generales. Ángeles, menor de edad, observó el ambiente de la calle, algo que despertó, según cuenta, su curiosidad e interés hacia el mundo de la política. Ganó la izquierda, el Frente Popular, y entonces comenzaron a salir de la cárcel los presos de la Revolución del 34. En medio de un clima de bonanza, conoció en una de las tardes de juventud y baile del pueblo a un joven de nombre Quintín Serrano. Acababa de salir de la cárcel y, tras muchos días de bailes y conversaciones, se hicieron novios. Sería una peculiar y juvenil relación, imposible por la guerra primero y por su asesinato después.

Un día le brindaron la oportunidad de participar en una pieza de teatro, incluso le ofrecieron el papel principal de la obra *Arriba los pobres del mundo*. La protagonista se llamaba Maricuela, ella accedió, fue un éxito y representaron la obra en distintas poblaciones. Mientras, se formaron las Juventudes Socialistas Unificadas (JSU) y ella se afilió al partido al igual que una de sus hermanas, Argentina. Pero precisamente el 18 de julio de 1936, en uno de los ensayos en Pola de Siera, se sucedieron los hechos.

—Al salir del ensayo nos dicen: «¡Corred, hay un golpe de Estado, que se han sublevado los militares contra la República!», y todos en autocar para Carbayín. Mi madre siempre lo decía: «Esto va a terminar en una guerra, esta gente de derechas ha mandado siempre, no van a soportar que de repente gobierne el pueblo». Era muy lista mi madre, ¿eh? Siempre lo decía: «¡Va a haber una guerra, no lo van a soportar!». Efectivamente, no se extrañó nada.

Una vez en Carbayín ante un miedo generalizado y a la expectativa de los acontecimientos, por altavoz invitaban a los defensores de la República que se unieran en la lucha y actuaran para defenderla.

—En la plaza había mucha gente amontonada, decían: «Hay que ir a luchar a defender la República». Eran voluntarios, no importaba hombres o mujeres, porque las mujeres podían servir para cocinar, en hospitales... Entonces vi a una mujer que salía del grupo y se apuntaba porque le habían matado al hijo. Pues dije yo voy también y mi hermana y mi hermano... y

nos montamos en un camión y para la guerra... Ese camión nos llevó a la entrada de Oviedo, a Coyoto, lo que duró la guerra en Oviedo estuvo rodeado.

—¿Cuántas mujeres hicieron como usted?

—Aquel día, que yo sepa, fuimos tres: una señora que le habían matado al hijo, una de mis hermanas, Argentina y yo. Como te digo, nos subimos a una camioneta y para Oviedo, donde pasamos noche, y al día siguiente a Coyoto, donde estuvimos en una casa desalojada, organizándolo todo, colchones en el suelo, iban llegando voluntarios, lo organizaron todo muy rápido.

Con lo menuda y dulce que es me imagino de joven su valentía, capacidad de riesgo y, quizás, inconsciencia, para estar tan cerca del frente en la guerra. Día y noche escuchando bombas y tiroteos. Recuerda cómo en poco tiempo se organizaron los primeros batallones, el suyo y el de su hermana Argentina lo bautizaron con el nombre de Los Mártires de Carbayín. Su hermano Secundino también fue a la lucha, se encontraba en otro batallón, en el frente, al igual que su novio Quintín. Pronto comenzarían las bajas, las muertes de amigos, compañeros y vecinos, a despertarse el drama mortífero de la guerra. Aun así, como recuerda nuestra entrevistada, confiaban en que otras naciones acudirían para salvar a la República y a España. No fue así. Las desilusiones fueron en aumento, al igual que el miedo y la desesperanza.

—¿Durante la guerra escuchaba algunas noticias?

—Sí, sí, por la radio. Se oía a la derecha diciendo que éramos nosotros los rojos criminales, que había que eliminarnos a todos. Cuando entraron en Asturias eso fue increíble... Oíamos también en la Radio de Oviedo a Queipo de Llano, salía para decir que había que matar a todos los rojos... Qué miedo daba.

No recuerda más al respecto de las emisiones radiofónicas del teniente general Gonzalo Queipo de Llano, quien, junto con los generales Mola y Sanjurjo, fue uno de los cabecillas principales del golpe militar contra el gobierno del Frente Popular, la coalición política de izquierdas, ganadora de las elecciones del 16 de febrero de 1936. El resultado electoral provocó la reacción de la derecha y el posterior golpe de Estado de 17 de julio, cuando

se rebelan las guarniciones de Marruecos, y el 18 de julio de 1936, que derivó en la guerra civil. Es precisamente ese día cuando Queipo de Llano procedió a la lectura del Bando de Estado de Guerra, que él mismo firmaba declarando la guerra delante del Ayuntamiento de Sevilla. Dispuso que se emitiera constantemente por radio con el fin de dejar manifiesto que convertía en traidores a los leales luchadores de la República. El texto que, tal vez, Maricuela escuchó decía así:

ESPAÑÓLES: Las circunstancias extraordinarias y críticas por que atraviesa España entera; la anarquía que se ha apoderado de las ciudades y los campos, con riesgos evidentes de la Patria, amenazada por el enemigo exterior, hacen imprescindible el que no se pierda un solo momento y que el Ejército, si ha de ser salvaguardia de la Nación, tome a su cargo la dirección del país, para entregarlo más tarde, cuando la tranquilidad y el orden estén restablecidos, a los elementos civiles preparados para ello. En su virtud y hecho cargo del mando de esta División,

ORDENO Y MANDO

Primero: Queda declarado el estado de guerra en todo el territorio de esta División.

Segundo: Queda prohibido terminantemente el derecho a la huelga. Serán juzgados en juicio sumarísimo y pasados por las armas los directivos de los Sindicatos, cuyas organizaciones vayan a la huelga o no se reintegrasen al trabajo los que se encuentren en tal situación a la hora de entrar el día de mañana.

Tercero: Todas las armas, largas o cortas, serán entregadas en el plazo irreductible de cuatro horas en los puestos de la Guardia Civil más próximos. Pasado dicho plazo serán igualmente juzgados en juicio sumarísimo y pasados por las armas todos los que se encuentren con ellas en su poder.

Cuarto: Serán juzgados en juicio sumarísimo y pasados por las armas los incendiarios, los que ejecuten atentados por cualquier medio a las vías de comunicación, vidas, propiedades, etc., y cuantos por cualquier medio perturben la vida del territorio de esta División.

Quinto: Se incorporarán urgentemente a todos los Cuerpos de esta División, los soldados del Cap. XVII del Reglamento de Reclutamiento (cuotas) de los reemplazos 1931 a 1935, ambos inclusive y todos los voluntarios de dicho reemplazo que quieran prestar servicio a la Patria.

Sexto: Se prohíbe la circulación de toda clase de personas y carruajes que no sean de servicio, desde las nueve de la noche en adelante.

Espero del patriotismo de todos los españoles, que no tendré que tomar ninguna de las medidas indicadas en bien de la Patria y de la República.

Sevilla, a 18 de julio de 1936. El general de la División: GONZALO QUEIPO DE LLANO

Y aprovecho para rescatar aquí la transcripción de dos de sus más conocidas y crueles arengas que generaron terror entre la población. Son famosas charlas emitidas por Unión Radio Sevilla, que a diario y para amedrentar al enemigo, animaba a los suyos con un lenguaje vulgar e hiriente:

Es necesario crear una atmósfera de terror, hay que dejar sensación de dominio eliminando sin escrúpulos ni vacilación a todo el que no piense como nosotros. Tenemos que causar una gran impresión, todo aquel que sea abierta o secretamente defensor del Frente Popular debe ser fusilado. Instrucción Reservada. Base 5.^a

Nuestros valientes legionarios y regulares han demostrado a los rojos cobardes lo que significa ser hombres de verdad. Y de paso también a sus mujeres. Esto está totalmente justificado porque estas comunistas y anarquistas predicán el amor libre. Ahora por lo menos sabrán lo que son hombres y no milicianos maricones. No se van a librar por mucho que berreen y pataleen.

—¿Y no tenía miedo cuando escuchaba tales barbaridades en la radio?

—Bueno, era para estremecerse, pero era joven y decidida. Desde luego no iba a cambiar mi idea de ir al frente.

No me cabe la menor duda. Se levanta, trae un portafolio y me dice: «Mira, éste es el documento que firmé antes de ir a la guerra». Me parece francamente interesante, nunca había visto una Hoja de Ingreso en las Milicias. Es un documento firmado por ella, Ángeles Flórez, de dieciocho años, perteneciente a las Juventudes Socialistas Unificadas, ingresa como cocinera del Batallón del Siero n.º 1 «Los mártires de Carbayín». Se compromete a acatar las órdenes del alto mando, a percibir una asignación diaria de diez pesetas —importe establecido para los milicianos—, y firma diez cláusulas, de entre las cuales destacaré dos. En la sexta se denunciaría irregularidades que pudieran cometer los milicianos:

Con conocimiento de que soy defensor de la causa del pueblo, acepto que al miliciano que cometa actos de pillaje que desprestigien a nuestra clase, según los casos, debe ser sancionado llegando al máximo rigor. Lo mismo en cuanto se refiere a actos de venganza personal, malos tratos a las gentes de los pueblos ocupados y de aquellos otros que atenten contra la moral y los principios de la muy noble y honrada causa que defendemos.

La décima y última cláusula, a modo de colofón de todo lo manifestado anteriormente, los firmantes milicianos acataban la última cláusula, en realidad su premisa ideológica y moral:

En estos momentos para mí no existe más que una sola consigna: VENCER UNIDOS AL FASCISMO. Esta aspiración franca y decidida determina el que yo luche con fervoroso entusiasmo, prestigiando los ideales de liberación.

El documento, firmado el mes de septiembre de 1936, tiene estampado el sello del Departamento Provincial de Guerra. Fue el comienzo de la participación de Maricuela en la contienda, dentro de un batallón en el cual su misión consistía en trabajar en la cocina y alimentar a los milicianos. La mayoría de mujeres desempeñaban tareas en la retaguardia.

—¿Cuál era su misión?

—Bueno pues nada —dice utilizando frecuentemente dicha expresión—, teníamos que pelar patatas, hacer tareas propias de la cocina y llevar la comida a los milicianos al frente, que es donde estábamos, pero había que llevarla a las trincheras. Ellos comían allí, en las trincheras. Nos tiraban bombas por todos lados, íbamos medio agachadas, pasaba una bomba y *boooooom* oías el silbar... por poco no me pilla una bomba... éramos jóvenes, no teníamos miedo o apenas y no veíamos el peligro, ¿comprendes? Luego hice de enfermera. La mujer trabajó mucho en la guerra, las asturianas eran muy valientes.

—¿Nunca resultó herida?

—No, ya te digo, soy una mujer muy afortunada. En la guerra también tuve suerte. Una vez alguien me tuvo que coger y *piuuf* tirarme rápido al suelo porque cayó una bomba allí cerca, casi al lado. Yo tuve suerte, pero una amiga, la pobre, a la que llamábamos la de Valdesoto, una bala la traspasó la columna vertebral, la dejó unos días sufriendo y al final murió. Comenzamos a ver muertos y crímenes atroces.

Aquella bala perdida podía haber ido destinada a Ángeles, pero precisamente ese día fue reemplazada para llevar la comida por aquella desafortunada que pereció tras una larga agonía. A partir de entonces dormía vestida, la situación en el frente se agravaba, en el momento más inesperado, ante el avance de posiciones del adversario, cambiaban de destino en mitad de la noche. Carbayín, sus recuerdos de juventud se habían esfumado, ahora se había convertido en un pueblo vacío, con miedo.

—Al principio de todo nos pasábamos el día corriendo, piensa que una camioneta nos recogió a los que nos apuntábamos para defender la República, teníamos que buscar rápido dónde dormir, se formaron los batallones, todo... otro día vinieron rápido a recogernos porque el enemigo había avanzado. Estábamos en peligro y corrimos. Siempre así, corriendo.

Me impresionó el primer muerto, un joven conocido de diecinueve años, amigo, estaba en un alto y lucharon cuerpo a cuerpo, cayó. Su nombre, Marino. Después ya cayeron tantos... Y cuando llevamos la comida a los milicianos en el frente, que estaban en un sitio muy peligroso, tiraban tiros por todas partes.

El siguiente destino de Maricuela y su hermana sería Gijón, como enfermeras en un hospital en La Calzada, cerca del puerto del Musel.

—La aviación atacaba mucho, disparaban a los barcos. Sonaba la sirena y todos al refugio, siempre corriendo.

Esto me hace recordar el libro *Relatos inéditos de los submarinos republicanos de la guerra civil española* (Editorial Club Universitario, 1999) en el que Ramón Cayuelas Robles (Orihuela, Alicante, 1916) relata el bombardeo de la aviación alemana precisamente en el puerto del Musel en Gijón del que nos habla Maricuela. Ramón vivió y sufrió a bordo del submarino republicano C-5 las horas más angustiosas y difíciles de su vida, al ser hundido a 85 metros de profundidad, pudiendo sobrevivir gracias a la pericia del comandante y al esfuerzo de toda la dotación. Según Cayuelas, en 1937 los submarinos ya habían perdido casi toda su efectividad para la lucha.

Una llamada de teléfono interrumpe la entrevista. Era la sobrina de Maricuela, quería comentarle que estaba leyendo una crónica escrita por ella en Internet. Había recibido muchos elogios, al igual que recibe homenajes constantemente. Cuando colgó el teléfono, de vuelta al salón quise saber su opinión de aquellos hechos con su punto de vista actual, transcurridos ochenta años.

—Mira, cuando era joven no teníamos nada y, por lo tanto, nada que perder. Los jóvenes ahora no saben nada del abuelo y tienen todo al alcance fácilmente. Fue una guerra muy cruel, yo creo que en la guerra civil ensayaron armas para la segunda guerra mundial. Europa nos abandonó. Luego, Mitterrand fue el que más hizo por Europa, el resto nada... Europa estaba en la miseria, ahora podemos hablar, tenemos libertad de expresión. ¿Quién lo consiguió? Los socialistas. Ahora estoy preocupada, estamos en

manos de la extrema derecha europea. En España, en el PP, está la gente de Franco. Perdí muchos amigos en la guerra y en la posguerra. Es por eso que luché toda mi vida, para que no se olvide.

A mediados de 1937 es cuando la guerra estampa su huella con furor. Cuenta Maricuela que para entonces la situación se agravaba, muchos de sus amigos murieron, incluido el hermano de Quintín. Para que no vivieran la guerra ni el hambre muchos padres inscribieron a sus hijos para partir hacia el exilio. Es en este instante, hacia junio de 1937, cuando algunos de los entrevistados de este libro parten rumbo a un supuesto mundo mejor, la URSS. Más de 1.500 niños evacuaron desde el puerto de Santurtzi, a los que se sumarían otros desde los puertos de Santander y Asturias. Más de tres mil en total. Para la mayoría fue un viaje de no retorno, o, cuando menos, de regreso muchos años después. Serían bien recibidos por la población soviética de Stalin, pero desconocían que poco después se sumergirían en el infierno de la segunda guerra mundial y el ataque de las tropas alemanas en aquel vasto territorio. En junio de 1941 la Alemania nazi inició el ataque de mayor dimensión de la segunda guerra mundial. Una superviviente de *Atrapados* a la que Maricuela no conoce nos contará el escenario apocalíptico en el que se encontró inmersa durante el sitio de Leningrado.

Pero, siguiendo con lo acontecido a unos cuatro mil kilómetros de distancia de Moscú, en Gijón, Ángeles recuerda la situación de caos que se produjo con la caída de Asturias. La entrada de las tropas navarras en Gijón la tarde-noche del 21 de octubre de 1937 marca el fin del frente Norte. Era el último territorio leal a la República en la costa del Cantábrico. La represión comenzó en el momento en que las tropas nacionales iban tomando uno a uno los pueblos de toda Asturias. Los que pueden huyen a Francia en barco.

En medio del horror Maricuela vivió una historia romántica. Hablamos de Quintín, el joven del pueblo que la cortejó sin tregua ni descanso. Su perseverancia y la poesía que revelaban sus sentimientos hacia ella le valieron su consentimiento para ser su novia. Quintín, preso en la Revolución obrera del 34 y activo como militante de las JSU en el frente durante la guerra civil, acudió a buscarla al hospital donde estaba destinada,

cerca del Musel. Mucho más tarde, años después, sabría que Quintín ya se encontraba a bordo de un barco junto con el dirigente Belarmino Tomás, el que fue presidente de Asturias y León, con quien tenía gran amistad, y otros miembros del gobierno. A punto de partir, él decidió súbitamente descender del navío para ir a buscar a su amada.

—Recuerdo que estaba en el hospital cerca del Musel y caían bombas por todos lados. Salimos con Quintín, mi hermana y yo corriendo y fuimos a coger la carretera que iba al Musel, me dijo: «Vamos a ver si podemos coger un barco», pero había una cola larguísima de gente que quería subir a uno de los barcos. Era imposible. Ni siquiera llegué a verlos. No había nada que hacer, así que Quintín nos llevó en coche hasta Carbayín. Él se marchó, no sabemos adónde y nosotras nos fuimos a casa. No podíamos hacer otra cosa entonces. La confusión era grande, muy grande. Si no hubiera salido de aquel barco habría llegado a México como los otros y estaría vivo.

Escenas dantescas en el puerto del Musel se sucedieron. El miedo, el pavor cundió por doquier, intentaban escapar. Quien no conseguía subir a un barco debía esconderse para no ser apresado por el camino, internado en campos de concentración.

Tiempo después, sabría lo crucial que significó para ella y su hermana la noble acción de Quintín al ir a buscarla, pues el director del hospital de La Calzada y varias de sus antiguas compañeras fueron asesinados.

En pocos días comenzaron los registros en las casas. Quintín había sido detenido, todos iban cayendo. Maricuela y Argentina corrían peligro, militaban en las Juventudes Socialistas Unificadas. Una noche, inesperadamente, cuando todos dormitaban, se escucha el motor de un vehículo parar delante de casa y la voz de un hombre preguntando sus nombres a una vecina que aseguró no conocerlas. Rápida, su madre apaga la luz. Golpes en la puerta, más golpes, gritos... «¡Abran la puerta, la casa está rodeada!». La madre, obligada a abrir, quedó petrificada al ver a aquellos hombres, como dice Maricuela, entrando como alma que lleva el diablo.

Maricuela y su hermana, fueron conducidas, en aquella triste camioneta, junto con otras compañeras igualmente presas, a la comisaría de Oviedo, donde pasaron noche fría en unas celdas tumbadas en camastros. Maricuela

se preguntaba quién les habría denunciado y por qué estaban presas.

—Ahora al regresar de toda mi vida en Francia, cincuenta y siete años he estado viviendo fuera de España hasta que he enviudado, estoy descubriendo cosas de mi juventud. Por ejemplo, que los que nos habían denunciado eran unos campesinos de Colloto a los que había conocido vagamente. Decían que mi hermana y yo éramos terribles, incluso que yo había matado a un moro... ¡Qué locura! Pero si ni siquiera conocía a esa gente ni nada, era la guerra, el odio que había entre la religión y la clase obrera porque nos estaban explotando y más aún en los pueblos, no era como ahora, claro que había gente buena, pero muchos curas influían negativamente en el pueblo y en las mujeres.

—Imagino la importancia de la religión entonces...

—Sí, claro, Imagínate... Bueno, las mujeres asturianas de clase obrera no eran muy religiosas, ¿eh? —ríe en complicidad—. Los curas solían decir: «Si votáis para izquierda votáis para el diablo»... o simplemente: «Vota a Dios», ellos eran los que mandaban.

Comienza con tan sólo dieciocho años su peregrinaje carcelario desde el 7 de noviembre de 1937 hasta agosto de 1941, cuatro años tras las rejas para, luego, sufrir la represión y terminar en el exilio. Su primer destino fue la cárcel Modelo de Oviedo, el «campo rojo» como la llamaban entonces.

—Nací con una buena estrella —repite en varias ocasiones—, podía haber sido peor, decían que me iban a dar el paseo cuando estaba en la comisaría de Oviedo, pero no fue así...

La entrada en la cárcel es algo que guardan milimetrado en su memoria todas las mujeres detenidas de este libro. Los hombres también. En la cárcel Modelo el paso por el rastrillo fue impactante, después numerosos pasillos, una puerta que se abre y se cierra a sus espaldas y, de repente, se encuentran ante una masa de detenidas expectantes por verlas y hacerles innúmeras preguntas. El proceso es el mismo, la celadora las conduce hasta un juez para rellenar su ficha de identidad, huellas digitales y, a continuación, a ubicarse, en la sala común. Solamente había dos camas, el problema de espacio era común y global en todos los tiempos del proceso carcelario. La compañía de su hermana mitigó el dolor de la situación.

Tres trágicos momentos en la cárcel despuntan en sus recuerdos: la entrada en la celda de unas mujeres con la cabeza totalmente rapada, amoratadas por los palos recibidos, alguna incluso «paseada» por el pueblo de Noreña; una anciana con el rostro oscurecido a golpes y dos jóvenes violadas por los soldados.

—Eso me marcó mucho, mucho, pobrecinas. Pero también me impresionó y me dolió mucho una noche cuando sacaron a fusilar a una madre con una hija, eso me marcó mucho... —comienza a relatar mientras se emociona, le tiembla la voz—. Dormíamos, o eso intentábamos, cuando de repente se escucha aquella puerta, aquella llave de hierro girar, unos pasos avanzan, se paran, llamaban sus nombres y las veías salir de frente. Es que eso se queda... Como lloro por todo, a veces estoy hablando y me caen las lágrimas cuando recuerdo ese momento. Veo de nuevo a aquella madre, la pobre, llevaba un abrigo negro, las vi como dos robots salir y luego nos enteramos de que habían sacado a dos hijos con ella. Te pones en esa situación, seguro que ella no haría más que pensar en sus hijos. El marido se tiró de arriba y se rompió las piernas pero no se mató. Toda la vida he pensado qué habrá sido de ese hombre... Las vi salir a todas. Cuando pienso en ese momento, ver salir a la muerte... lloré mucho. Me marcó muchísimo. ¡Se iban con tanta resignación! Una compañera comunista, Rosario Casanova, se puso en medio de la sala y dijo a grito pelao: «Compañeras, daros cuenta de dónde estáis, viva la República y mueran los criminales fascistas». Como puedes imaginar, la llamaron una madrugada, que era cuando venían a sacar a las presas... —y mientras lo recuerda deja caer sus lágrimas.

Comenzaron a llegar detenidas de otras cárceles. Maricuela cuenta auténticas barbaridades llevadas a cabo con estas mujeres en las cárceles de los pueblos: violadas, apaleadas, asesinadas en las playas. Mientras, la guerra seguía su curso.

—A las condenadas las venían a buscar a las cuatro de la madrugada, de hombres había camiones llenos, mujeres pocas. Solamente en Ceares hay 1.934 fusilados y otros lugares con dos mil y pico y más. Pero fuera, en la

calle, había unos crímenes horribles, horribles... Aquello me marcó, me marcó, me marcó de verdad. En la cárcel podían condenarnos a muerte, pero al menos no te hacían aquellas matanzas salvajes de los pueblos.

Llegó el momento de su Consejo de Guerra, Oviedo, 2 de febrero de 1938, en su caso, al igual que otros integrantes de este libro, fue Sumarísimo de Urgencia, procedimiento con apariencia de juicio, casi siempre en grupo, que reunía en un solo acto todos los informes y pruebas para juzgar, condenar y ejecutar la sentencia en pocas horas. La ausencia de garantía para los detenidos era habitual y constante, el acusado siempre era condenado a penas muy superiores bajo acusaciones irrisorias. Como bien dice nuestra protagonista, aquel tribunal militar dejaba claro con su atuendo, su rigidez y su mirada que iban a eliminar a todo «rojo» posible.

Transcribo un fragmento de la sentencia de su Consejo de Guerra que me enseña guardada en el interior de una de sus carpetas:

...Ángeles Flórez Peón y su hermana, ambas de ideas extremistas demostraban un odio enorme a los militares sobre todo desde que falleció un hermano suyo a raíz de la represión hecha con motivo del movimiento subversivo de 1934; estaban afiliadas a la Juventud Socialista Unificada de Carbayín y eran las encargadas de portar la bandera marxista en los mítines y en las manifestaciones de tal matiz político, marcharon ambas voluntarias al frente con el Batallón «Mártires de Carbayín»; durante su permanencia en Pola de Siero, ambas insultaban a las personas de derechas amenazándolas con ser fusiladas y ambas tomaron parte en el saqueo del Palacio que en Lugones posee el Teniente Coronel de Artillería D. José María F. Ladreda...

—Insultando, amenazando, saqueando... ¿Y eso era cierto?

—¡Cómo iba a serlo! Lo de las JSU sí, lo de la bandera no era cierto, llevábamos la bandera de los «Mártires de Carbayín», pero no la de los marxistas... y las otras acusaciones eran una vergüenza.

—Y su abogado ¿qué decía? ¿O no tenían?

—Se suponía que sí, que era un abogado de turno, pero no nos defendió ni nada. Sólo hacía que pedir clemencia porque éramos jóvenes.

Ángeles tiene celosamente guardado no sólo la sentencia sino todo el procedimiento desde su inicio, el día 16 de noviembre de 1937. Desde el comienzo de su causa judicial consta su detención por «asuntos políticos, por delito de Rebelión en Carbayín». Uno de los documentos del expediente añadía la siguiente barbaridad:

...la acusada incitaba a los milicianos rojos para que fusilaran a las personas de derechas, fue voluntaria al frente con el Ejército marxista desde el inicio del Glorioso Movimiento Nacional y al regreso del mismo se jactaba de haber fusilado por sí misma a dos moros prisioneros con una pistola ametralladora.

Al final del documento, firmado en Pola de Siero el 18 de diciembre de 1937, añade en mayúsculas, «Segundo Año Triunfal». Al leer tal acusación Ángeles ha dejado de reír.

—Me tuve que enterar años después de una cosa tan absurda de la que me acusaban, matar a dos moros. Imagínate de qué podían acusarte, de cualquier cosa.

Las penas siempre eran muy superiores para, después, ser conmutadas por otras inferiores. Finalmente el fallo de la sentencia la condenó a quince años de reclusión, como «autora de un delito de auxilio para cometer un delito de rebelión militar, cuya pena fue conmutada por la definitiva de nueve años de prisión mayor y diez para su hermana». Más tarde llegarían los indultos y conmutaciones de penas, por lo que lograrían salir antes del presidio.

Para dar cuenta de cómo fue publicada la noticia de su Consejo de Guerra, vale la pena transcribir el texto redactado en el diario *La Nueva España* el 3 de febrero de 1938:

Eran tres muchachas. Muy jóvenes las tres. Cuando vino el Movimiento glorioso; fueron como milicianas a integrar las filas del batallón «Mártires de Carbayín». Eran bellas y lucían pistola al cinto. Tenían un hambre atroz de comerse a todos los fascistas. Pero no lo consiguieron, teniendo que conformarse con los «desperdicios» que, de cuando en cuando, les regalaban los jefecillos del batallón.

—¿Son ustedes comunistas? —les preguntan.

—Sí, pero nos hicimos durante el movimiento.

—¿Qué papel desempeñaban entre los milicianos?

Titubea un poco una de las preguntadas y luego dice:

—Éramos sólo cocineras.

Ha terminado el interrogatorio y las tres, muy pintaditas, salen de la sala con el paso firme y la mirada un tanto provocativa.

Ellas eran así. Muy inocentes. Sólo eran cocineras de los «Mártires de Carbayín».

La miro para ver su expresión mientras leo el texto en voz alta y le insinúo un gesto como requiriendo su opinión...

—¿Y?

—¡Sin palabras! —dice mirándome mientras suspira sin remedio.

Hoy nos produce risa y burla por aquella visión y tales calificativos repletos de desprecio, pero seguro que vivirlo entonces desde la cárcel produciría pánico, cuando menos temor. Situémonos en el momento de su publicación, en plena contienda, febrero de 1938, el texto era intencionado a todas luces. Era algo corriente en este diario que publicaba titulares como: «Aspectos humorísticos de la zona marxista», siempre con desprecio hacia «los rojos insensatos que acarician en la adormidera de su cerebro conceptos extravagantes» o imprimía frases como: «Durante el dominio rojo en Asturias hubo tantos casos grotescos que retratan exactamente la psicología y la “cultura” de unos jerifaltes que han luchado contra el imposible de querer estructurar nuevos moldes a una sociedad sin contenido espiritual alguno». Esto era lo más delicado que escribían entonces, obviamente finalizando siempre con aquel «¡Arriba España!» que tanto ha hecho temblar.

—Si tuviera que hacerlo todo lo haría, me siento orgullosa. No me hubiera gustado coger un fusil porque me parecía que iba a matar a alguien, pero no tuve miedo en la guerra. Lo único que no puedo olvidar y aún lloro es cuando sacaban a las mujeres, compañeras presas, a fusilar. Fusilar por nada, por tener una ideología nada más, a veces ni siquiera... Eso no lo puedo olvidar.

Mayo de 1938, se prepara un traslado de presas a otro presidio, una expedición en autocar, hacia Guipúzcoa con Maricuela y su hermana en un grupo de reclusas rumbo al Penal de Saturrarán, previo paso durante unas semanas por el Colegio de San José, habilitado como cárcel.

—En aquel colegio-cárcel veías el campo. ¿Sabes lo que es ver el campo cuando estás presa y nunca ves nada y de repente ves algo tan sencillo como el agua correr? No te das cuenta de lo que tenemos en la vida hasta que te falta. ¡Aquellos prados! Pero lo terrible es que desde allí oíamos los tiros cuando fusilaban y, seguramente, habría un cementerio... por el tiro de gracia sabíamos a cuántos fusilaban. Aquello era horroroso.

Antes de llegar al penal de Saturrarán, un recinto penitenciario emplazado en la playa que separa Ondarroa de Motrico, en el límite de Vizcaya y Guipúzcoa, pernoctaron un par de noches en los sótanos de la

cárcel de Lagarrinaga. Por aquellos días, supo que su hermano Secundino y su amado Quintín estaban presos en un campo de concentración: Candás, creado desde finales de 1937 en las instalaciones de la antigua fábrica de Conservas de Portanet y operativo hasta el final de la guerra.

Penal de Saturrarán, entre Guipúzcoa y Vizcaya, último destino de Maricuela aun sin ella saberlo. En este lugar fueron encerradas alrededor de cuatro mil republicanas entre los años 1938 y 1944, vigiladas por las religiosas mercedarias. También dejó su temida huella por estos lares, aunque fuera por breve espacio de tiempo, Carmen Castro, monja teresiana miembro de la Quinta Columna, antes directora de la cárcel de Ventas en una de sus más tétricas etapas, la del fusilamiento de Las Trece Rosas. Una de las presas históricas de este penal de Saturrarán fue Rosario Sánchez Mora, conocida militante de las Juventudes Socialistas Unificadas, cuya labor queda reflejada en uno de los poemas de Miguel Hernández: «Rosario la dinamitera».

—Las monjas eran terribles, cumplían con exceso las normas, te trataban mal, buscaban la conversión de las presas a la religión católica... Pero, claro, yo no soy creyente, no creí ni de niña, tenía una hermana católica que me quería llevar a misa y no lo consiguió.

Con respecto a sus creencias personales y religiosas, insiste:

—Mi Dios es la tierra, el cielo y el agua. La tierra es la que nos da la vida y nos la quita, ésa es mi creencia.

Un petate, un espacio de cincuenta centímetros para dormir —otros presos como Bielsa tuvieron hasta ochenta—, un retrete y un fregadero comunitarios en una comunidad que llegó a contabilizar hasta mil quinientas reclusas hacinadas en un solo tiempo. Bajo una habitabilidad deplorable, la prisión de Saturrarán fue cerrada en el año 1944 registrando la muerte de, al menos, 120 mujeres y 87 niños.

De entre los muchos aspectos que nuestra protagonista comenta sobre este lugar, destaca el asedio y desprecio de las monjas carceleras, una constante de todos los penales que gobernaban, buscando la redención de las penadas, su conversión al catolicismo como forma de sumisión. En el comedor paseaban controlando a las presas, papel y lápiz en mano para anotar el nombre de las que osaran hablar o infringir alguna de sus absurdas

normas. En ocasiones, el castigo consistía en no tener correspondencia, aspecto clave y fundamental para el ánimo y la estabilidad emocional de las penadas. Era el contacto mínimo con el exterior. Por una carta de su hermana supo que su hermano Secundino se encontraba en un batallón de trabajadores en Santander y que Quintín, condenado a pena de muerte, había sido trasladado a la cárcel Modelo. Maricuela, desde el penal, podía enviar una tarjeta cada quince días, que, obviamente, debía pasar por censura.

—Mira, ves éste, es un modelo de lo que podíamos escribir —dice mientras ríe—, lo tengo muy ordenadito, y fíjate en el detalle, ¡la cara de Franco!

Si el asedio de las carceleras era el primer aspecto marcado a fuego en su memoria, el segundo sería el castigo. Uno de los peores consistía en confinar a las reclusas en celdas ubicadas en el sótano de un pabellón, muchas veces, anegado en agua por las lluvias y la subida de la marea.

—Me castigaron en una especie de celda en un sótano, sola. Era un lugar que no sé definir, entrabas, en el pasillo no había nada y luego una celda de cemento con un tragaluz muy alto y allí te quedabas en el suelo, con dos mantas, una para taparte... ni una silla para sentarte. Tenía dos mantas, un plato de aluminio y una cuchara de madera, y eso allí pasé lo que pasé. Ni cama para dormir, al suelo. Mojado, húmedo, mucho frío, mucho frío.

—¿Por qué el castigo?

—Fui a la celda porque cuando tocaban la campana teníamos que cruzar los brazos y no podías ni mirar para los lados. Entrábamos en el comedor, éramos 500 en el primer turno y 500 en el segundo. Si levantabas la vista te castigaban, te hacían ponerte allí, rezar, levantar el brazo así, al estilo fascista, y un día la chica que estaba a mi lado no lo levantó. Se quedó temblando de miedo y no paraba de decirme: «¡Ay que me vio la monja, que me vio la monja!», toda asustadina, y la monja se acerca y me culpa a mí y, ya ves, al final me tocó a mí. Piensa que antes de comer nos hacían cantar el *Cara al Sol* con el brazo estirado, luego rezar. Era invierno y hacía mucho frío, pasaba un frío tremendo en la celda sin nada, con lo puesto,

humedad, no podía pensar ni entender que eso fuera cierto, por qué me pasaba eso si yo no había hecho nada, en todo caso era la otra la que no levantó el brazo...

Dos meses de castigo por nada, por un absurdo. El 1 de enero de 1939 la trasladan a otra celda de una planta superior, como dice ella, menos fría, más humana. Allí tendría conocimiento de la muerte de una de sus mejores compañeras de Carbayín y el traslado de su hermana, enviada a Durango, un penal de Bilbao. Aun así, sale a relucir su carácter positivo, y dice:

—De lo malo hay peor, porque cuando estuve en la celda de castigo al salir en libertad fue muy bueno.

Medio año más tarde no opinaría lo mismo: el 29 de julio de 1939 fusilaron a Quintín. Veintitrés años de vida, trece meses de condena.

A raíz de la Ley de Redención de Penas por el Trabajo comenzaron a explotar laboralmente a las presas, utilizándolas como mano de obra barata, permitiéndoles redimir días de condena por días de trabajo realizado. Cabe precisar que en las cárceles de mujeres se crearon pocos talleres, la mayoría en fechas tardías y que no todas las reclusas podían redimir pena, sino solamente aquellas que habían sido sentenciadas a penas más cortas.

Trabajo y estudio, se organizaron las primeras escuelas, Maricuela estudió, incluso participó en un taller de costura. Todas las presas que he conocido de este período carcelario guardan fotografías suyas cosiendo, tricotando o haciendo manualidades, siempre con una pose distendida, grupal, de forma ordenada, «limpia», mirando recatada y sumisamente a la cámara, incluso a veces con una cierta sonrisa.

Me resulta un tanto peculiar que, conociendo sus penurias internas en un ambiente de represión y enfermedad, estas mujeres debilitadas anímica y físicamente, aparecieran sonrientes en las imágenes tomadas durante el primer franquismo.

—Eso formaba parte de la comedia que hacían las monjas. Mira esta foto, aquí estaba yo, la segunda por la izquierda, nos hicieron poner el vestido que teníamos y sentarnos en sillas formando un semicírculo y mirando a la cámara. Todas limpias y ordenaditas.

Cierto, la imagen es exactamente como lo cuenta.

—Y mira esta otra. Aquí no salgo yo, pero eran compañeras. Ves una veintena de chicas sentadas trabajando muy aplicaditas cada una con su máquina de coser, pero solamente cosían una o dos. Era todo una pose. Un día dijeron de ir bien arregladas para hacerles unas fotografías, era propaganda, tenían que aparentar que todo iba muy bien. Les dijeron que hicieran ver que cosían todas y así hicieron la foto. Después les dieron género para hacerse dos vestidos. Y ya está, eso fue todo, luego el taller se acabó. Fue muy corto.

Con María Salvo profundizaremos en la imagen carcelaria y la propaganda franquista.

Un cambio importante se produjo a inicios de 1941: les permitieron recibir paquetes y visitas, algo que ayudó en gran manera no sólo a su estado anímico, sino también a mejorar su salud mermada por el hambre, por una deficiente alimentación y las enfermedades propias causadas por la miseria, como la tuberculosis, la ictericia y diversas plagas de insectos que tuvieron que erradicar sin medios ni medicamentos. Maricuela enfermó, pero afortunadamente era anemia.

—Nunca habíamos comido carne, dos años atrás algo de pescado, sólo legumbres, jamás leche y en la Pascua de 1941 comimos un huevo... ¡el único que comí durante el presidio! Comíamos lentejas con cocos, seguramente eso me mantuvo sana y las *fabes* de mayo blancas con piel gorda. A veces había bichos. A una presa le decía: «¿Cómo puedes comer eso?». Y me contestaba, «hay que vivir Ángeles», se los ponía en la lengua y andando, sin masticar, a tragarlo. Esto era así, no exagero nada ni aumento nada, tal cual.

Ante el serio problema de hacinamiento generado en las cárceles franquistas y con el fin de desmasificarlas, comienzan a conmutarse penas de muerte por años de prisión y a reducirse el número de años de las condenas ya impuestas. La ley de 4 de junio de 1940 concedió la libertad condicional a Maricuela.

—Para mí fue todo extraordinario, nací de pies. La libertad era como tocar el cielo. No lo veía fácil, piensas que nunca vas a salir... Llegó un indulto para revisiones de seis años o menos, yo estaba en Guipúzcoa y mi hermana en Vizcaya. Ese día llegó la monja y me dice: «Venga aprisa,

aprisa, que tiene usted la libertad». Esa monja, una de las pocas buenas que había, me hizo salir el día 7 y no el 8 como tenía que ser porque no quería que pasara ni una noche más allí dentro. Salgo por aquella puerta, aquel portalón, había un camino y me dijeron: «Usted siga y cuando llegue a la carretera, pare y cuando la vean ya parará el autocar». Así lo hice.

Maricuela salió de la cárcel el 7 de agosto de 1941, se reencontró con su hermana Argentina, igualmente liberada de presidio, desterrada a Baracaldo y, después, con su madre en Tuilla. La libertad condicional acarrea la obligación de presentarse periódicamente en la guardia civil. Ángeles, menudita, pesaba solamente 40 kilos. Hoy se mantiene muy bien con todo lo que ha pasado, pero sigue siendo delgadita y se la nota llena de energía y vital.

—¿Qué hace? —le pregunto.

—Pues nada, bebo muy poca agua para comer, nada de alcohol. Mantengo la cabeza atenta a todo lo que pasa, me gusta saber, me gusta hablar con los jóvenes.

Era libre, pero sin saberlo comenzaba una etapa aún si cabe más dramática tras las rejas de la cárcel: la represión.

—Cuando llegó la libertad había otra España tan diferente...Tenía que presentarme cada ocho días... había mucha hambre y el pan estaba muy racionado, era un país miserable. Estaba sirviendo en una farmacia, incluso cuando más tarde conocí a Chano y me casé, nadie sabía nada de la cárcel, no dije nada, estuve callada. No podía decir que pertenecía a un grupo socialista ni que había estado presa. No sabía ni que habían reuniones clandestinas, ni que estaban los *fugaos* en el monte... todo era desconocido, yo salía de un túnel.

En 1944 conoció, en El Entrego, al que sería su marido durante cincuenta y siete años, un joven que había estado preso, Graciano Rozada, alias *Chano* o *Chapito*, con el que terminaría casándose en julio de 1946 y tendría una hija. Había participado en la Revolución de Asturias, luchó en la guerra civil y, hacia el final del conflicto, se refugió en el monte.

En aquella época se hablaba mucho de *los fugaos*, los que se habían ido al monte conscientes del peligro que corrían sus vidas y sus familias a manos de las represalias fascistas. Atentos a las noticias clandestinas y a la

información publicada en la prensa republicana, temían acabar en una cuneta. Huyeron al monte donde, con el paso de los años, formaron grupos organizados y se reorganizaron por comarcas, en torno a partidos políticos y sindicatos a los que pertenecían en la mayoría de ocasiones. Unos acabaron formando parte de la guerrilla; otros eran perseguidos tan sólo por ser parientes de un miliciano huido. A partir de 1940 la dictadura franquista dirige hacia ellos toda su atención y su violencia organizándose entonces masacres perpetradas por los franquistas y venganzas por parte de los guerrilleros con las familias de los colaboradores del régimen.

Debido a su pasado y a su militancia política, el mes de agosto de 1947, Chano decide trasladarse a Francia, donde fue auxiliado por sus camaradas de partido que enseguida le ofrecieron trabajo. Mientras, Maricuela permanecía en España, fue a visitar unos días a un primo suyo en la montaña, un lugar tranquilo lejos del bullicio, donde, casualmente, conocería a cuatro *fugaos* durante una cena. Allí, una vez más salvaría la vida de milagro de una matanza. En el grupo se había infiltrado un enemigo que les hizo creer tener armas para ellos. El personaje en cuestión fue anotando nombres y, cuando se dieron cita para la entrega del material, cayeron todos en una ratonera. Los mataron y los tiraron al tristemente conocido Pozo Funeres (Laviana).

—En el 48 hubo unos crímenes aquí terribles en Asturias, ¿eh? Mataron salvajemente y tiraron a 22 jóvenes a ese pozo y algún pastor que se dio cuenta apareció muerto después. Fue ahí que me salvé la vida de verdad, milagrosamente porque yo había subido al monte a ver a un primo, nada más... Es que si tenías cualquier contacto con los *fugaos* te pegaban fuego a casa, te mataban, lo que fuera... Yo no iba a ver a los del monte sino a un primo, pero estaba allí, en el monte y, como había estado presa, estaba marcada y corría peligro. Me salvé de casualidad, escapé y me escondí en Baracaldo.

Las redes se extendieron, el cerco se cerró, las detenciones atemorizaban al pueblo, ocurrían a diario. Su familia la alertó: «¡Corre, márchate!», le decían todos. La policía interrogaba a vecinos, familiares y amigos, la buscaban como autora de algún delito. Ante esta situación, decidió seguir la senda de su marido ya exiliado en Francia. Su familia la

ayudó a tejer un plan, una huida trepidante, sorteando a la guardia civil, la policía. Su serenidad fue crucial. Fueron distintas conexiones de trenes hasta llegar a San Sebastián, muchas horas de calma tensa, de incerteza y de esconderse. Mientras, unos amigos la alojan hasta poder trazar un plan para su traslado a Francia con su hija. Luego sabría que Chano, desde Francia, para entonces especialista de la mina con un buen trabajo, pagaría su rescate. Llega el momento. Un «pasador» bajo la apariencia de guía en barca de turistas hizo el resto. No podía llevar maleta ni bolsas, debía aparentar ser turista ocasional. Él era la clave: pasaba gente por mediación del Partido Socialista Español.

Lo consiguió, Maricuela traspasó la frontera de Francia el 24 de marzo de 1948, a las tres de la tarde. ¿Es importante la hora? Pues sí, como dice Maricuela con su infinita ironía: «Era una buena hora porque los que no dormían la siesta estaban en la iglesia, así no te veían».

—A Francia pasé con lo puesto, un bolso, dos vestidos y un abrigo, me lo puse todo encima porque, como tenía que parecer turista, no podía llevar equipaje, sólo lo puesto. Así que me vestí por capas. Con los nervios, el calor que hacía a finales de marzo, toda aquella ropa encima y mi niña en brazos casi que me desmayo, lo pasé muy mal...

El reencuentro fue el momento más feliz que recuerda. Partieron en tren a Niza y al día siguiente se hicieron los tres, Maricuela, Chano y su hija bebé de diez meses, una fotografía histórica, tal como le había aconsejado su cuñada, para mandársela y que, personalmente, la pudiera mostrar a la guardia civil de El Entrego, que iba constantemente a preguntar por ella. Así verían que habían formado una familia.

—Yo he tenido la vida en un pelo muchas veces, pero siempre he tenido una estrella que me salvó. Yo no hice mal a nadie, nunca, ni tuve odio, no sé lo que es odiar.

—¿Vivieron bien?

—Me trataron fenomenal, fui muy feliz. Fíjate, cuando llegué a Francia, estaba todavía racionado el café porque aún hacía poco que había acabado la segunda guerra mundial, pero si lo comparas con España en esa misma época, en el 48, te daban 200 gramos de azúcar todo el mes. En cambio, en Francia te daban un kilo o kilo y medio si tenías un niño.

En Francia llevó una vida tranquila y al año tuvo a su segundo hijo. Pasó el tiempo. En 1959 le dijeron de ir a hacer una visita a su familia, que ya no pasaba nada en España. Le hacía ilusión, necesitaba ver a su madre, la animaron. Organizó el viaje para trasladarse primero ella con sus dos hijos, de trece y once años, a Baracaldo y más tarde iría Chano cuando tuviera vacaciones. Lo preparó todo. Tren a Irún. Allí miran su pasaporte, revisan sus maletas, hablan entre ellos, se acerca otro guardia civil y le dice: «Queda usted detenida».

—El mundo cayó sobre mí. ¡Madre del alma! Pero, bueno, vengo a España con niños con toda la confianza e ilusión y me llega esto... me dijeron: «Señora, nosotros no es por nada pero tenemos que hacer nuestro trabajo y pone aquí que si pasa la frontera tiene que ser conducida a la justicia española». El guardia civil decía que me tenía que recibir un coronel, que era buena persona y tiene nietos, «mire si los niños lloran»... Llegó el coronel y dijo: «No sé nada de usted, hoy es domingo, pero mañana lunes llamo a mi compañero a Asturias y verá que todo se pasa bien». Y nos llevaron a un orfanato y nos meten en una habitación pequeñita para pasar la noche. Tras aquella noche eterna llegó el día y su traslado al Cuartel de Simancas, en Asturias.

—¡Me comunicaron que había sido procesada por política, pero que me habían convocado para entregarme la libertad definitiva! El mundo se abrió para mí. Resulta que mi condena era por nueve años, desde el 7 de noviembre de 1937 al mes de abril de 1947 y ya se había cumplido.

Guardado durante años casi como una reliquia, amarillento, escrito con una máquina que tecleaba las letras de forma irregular, el Certificado de Liberación Definitiva para la extinción de su condena. Los términos de su redacción son peculiares, especifican que: «Desde su puesta en libertad condicional su comportamiento ha sido irreprochable, demostrando con ello que ha hecho buen uso de la gracia que se le concedió». Y para que conste firma Francisco Franco de Blas, director de la Prisión Provincial de San Sebastián y presidente de la Junta de Disciplina de la misma, en San Sebastián el 7 de noviembre de 1952. Al margen izquierdo aparece la firma de nuestra Maricuela junto con la impresión dactilar del pulgar derecho.

En aquel cuartel de Simancas, como bien dice, se acabaron sus peripecias y comenzó a pensar en sus memorias.

—No paro de recibir homenajes, no lo merezco, pero estoy conservando todo para que no mueran los recuerdos de los que sufrieron, es mi lucha, todo lo que hablo es por ellos. Hay que reconocer que esa pobre gente que murieron jóvenes, amigos de veinte años, Quintín de veintitrés, tan joven fusilado, que dio la vida por mí... Me sentí muy mal y muy triste cuando lo supe.

Uno de los momentos más emotivos que ha vivido en los últimos años fue la entrega de un galardón en 2014 de manos del cantautor Joan Manuel Serrat, el V Premio Trece Rosas de Asturias, concedido por la asociación que lleva dicho nombre, en reconocimiento a su lucha por los derechos humanos y por ser fiel defensora de la recuperación de la Memoria Histórica.

A su regreso a España, nada más y nada menos que cincuenta y siete años después de su partida, logró reconstruir el pasado donde lo dejó, descifrar algunas incógnitas gracias a la ayuda de la gente de su pueblo, el párroco, amigos e historiadores. Descubrió el monumento que tanto quería su madre, dedicado a los mártires, en el cementerio de Carbayín. Tuvo acceso a la parte secreta de su Consejo de Guerra y se encontró con grandes sorpresas, algunas emocionantes, otras muy tristes, como saber quién la traicionó dando malas referencias. Fue entonces cuando contactó con ella la propia familia de Quintín, su hermana. Ella le recuerda aquel episodio en el que Maricuela trabajaba en el hospital y la gente huía en barco con desesperación. Ahora sabría que Quintín ya estaba dentro de un barco junto con el dirigente socialista Belarmino Tomás, por eso decía que había políticos dentro del barco, pero ya a bordo decidió: «Voy a buscar a Ángeles», y desembarcó. De ello se enteraron por la hija de Belarmino Tomás, Pura. Este episodio impresionó a Ángeles y por ello escribió *Las sorpresas de Maricuela* tras encontrar testimonios de amigos, familiares y unas cartas con revelaciones personales que le darían las claves para comprender ciertos episodios de su vida y del pasado durante la guerra.

—Es que con Franco era una dictadura criminal, eliminaba a los que le estorbaban, eso ocurre en todas las dictaduras, pero la de Franco la he sufrido muchísimo. Y más cuando he vivido la República. Yo lucho contra las injusticias, que recuerden a los muertos, que no los olviden, que los dejen dormir, pero que no me los maten.

Chano fallece en Saint-Eloy-les-Mines el 25 de junio de 2003, a los noventa años. Y es entonces cuando Maricuela comienza a pensar en establecerse progresivamente en Gijón. Fueron años de idas y regreso España-Francia hasta que decide, después de pasar cincuenta y seis años juntos, regresar a Gijón. Sus cenizas reposan en El Entrego, su pueblo natal.

—Quiero que, cuando me toque a mí, pongan las mías con las suyas donde están los fusilados, los 1.934 fusilados. Hay tantos muertos y tantas injusticias...

Y ni la suerte ni el destino, si acaso existen, tampoco estuvieron de su parte en algunas ocasiones. Al menos así ocurriría una vez más en su vida, cuando un 15 de noviembre de 1987 el drama alcanzaría a su familia. Un tren hacia Bilbao descarrilaba en el puente de Leceda. Hubo cuatro muertos, dos eran sus hermanos: Andrés y Argentina, su querida hermana y compañera de presidio. Fue un golpe duro, si cabe aún más injusto, sin lucha.

Han pasado horas de conversación con nuestra nueva amiga nonagenaria y decidimos invitarla a comer. Antes de finalizar tan intensas horas de grabación le pido que formule su deseo personal, algo particular, qué le gustaría decir a los jóvenes, a la gente que desconoce su lucha, qué mensaje desearía transmitir. Con el buen talante y profesionalidad a la que nos tiene acostumbrados, se detiene unos segundos en pausa, pensativa, silenciosa, y dirigiéndose a la cámara dice con gran seriedad, acento y emoción:

«Me llamo Ángeles Flórez Peón, nací en un pueblo de Asturias en 1918. No tuve niñez porque era la miseria en España, vi la República, la Revolución que asesinaron a mi hermano, la guerra civil a la que fui de miliciana, me tocó la prisión, Consejo de Guerra urgente, reclusión perpetua me pidieron, y estuve después de presa casi cuatro años, salí en libertad y desde entonces estoy luchando contra las injusticias y quiero, deseo que

recordéis a todos los que dieron la vida, aquellos jóvenes que dieron su vida por la libertad, por una vida digna, que penséis en ellos y que luchéis porque haya una libertad en España, una democracia sana y que todo esté en orden. Yo lucharé hasta mi muerte. Tengo casi noventa y siete años, quédame poco, pero sigo luchando.»

Ríe...



Ángeles García-Madrid

(Torrejón de Ardoz, 17 febrero 1918-
Madrid, 8 noviembre 2015)

«Trece ninfas, trece manantiales»...
Poemas a Las Trece Rosas en la cárcel de Ventas
Cárceles (1939-1942): Ventas, Tarragona, Les Corts, Gerona



De entre los seres que entraban y salían de la siniestra sala, sin más oficio que torturar a sus semejantes, destacaba por lo extraño de su presencia, una jovencita de alrededor de veinte años que, a diario, tarde y noche, acompañaba a los verdugos en su repugnante trabajo. Noche tras tarde y tarde tras noche, llegaba altanera haciendo resonar los altos tacones de sus zapatos, vestida con el uniforme de Falange. Los detenidos podían oír su

rabiosa y clara voz enardecido a los hostigadores. Es difícil entender en cualquier ser humano tanta ferocidad, pero todavía es más inconcebible en quien por su edad y su sexo debería haber sido especialmente sensible y compasivo. Es muy posible que aún viva, pero si acaso alguien nació de ella, es seguro que no se atreverá a referirle cómo supo interpretar el que después había de ser el artículo número cinco de la ley de Derechos Humanos.

Réquiem por la libertad

ÉSTE ES UNO DE LOS FRAGMENTOS extraídos de *Réquiem por la libertad*, autobiografía que Ángeles García-Madrid escribió, a inicios de los ochenta, sobre su paso por las cárceles franquistas. Su dedicatoria, muy adecuada a la histórica invisibilidad sufrida por las mujeres presas en los penales franquistas, dice así: «A cuantas mujeres sufrieron la injusta represión: que el olvido no llegue a hacer estéril su martirio». Fueron muchas, ignoradas, olvidadas, cuya memoria fue rescatada gracias a la valentía y decisión de otras mujeres que decidieron hablar. La precisión testimonial de Ángeles, sus palabras crueles a veces y, al mismo tiempo, su serenidad, impactan. Sentimiento, rebeldía, miedo, rabia, injusticia, hipocresía, violencia... Todo ello brota de estas páginas entremezclándose con imágenes dantescas y un fondo de humanidad y solidaridad. Es un relato con nombres propios, no los evita como hacen algunas víctimas represaliadas. Ángeles no teme ni omite, transmite emoción. Por ello comencé este capítulo con su detención y el primer interrogatorio, en la calle Almagro, 36, lugar de tortura que jamás olvidará, uno de sus terrores personales.

—No puedo leer este libro porque me hace daño, he pasado mucho y, te diré, que a fecha de hoy no lo he leído...

Ángeles se proclama estandarte de la lucha en favor de los derechos humanos y, aunque ahora sus fuerzas están mermadas por la edad, recuerda que todo lo que se luchó en el pasado ha de servir para que no se produzcan más guerras. Rebelde e inconformista, menciona el final del párrafo anterior, el artículo cinco de la ley de Derechos Humanos: «Nadie será sometido a torturas ni a penas o tratos crueles, inhumanos o degradantes».

—¡Imagínate, hablar de derechos humanos a personas salvajes como aquéllas! Hay que escribir las memorias, el pasado, para que se sepa todo, que se han pasado muchas penurias, se ha pasado hambre, miedo, de todo. Y hoy siguen ocurriendo barbaridades a las que habría que poner freno.

Visité a esta nonagenaria valiente y tenaz en tres ocasiones diferentes y le llevé un ejemplar de su libro para que me lo dedicara. Abre la última página y con el dedo señala la palabra con que finaliza su obra: *Sobrevivir*.

—Pues sí, sobreviví —me dijo convencida con esa voz pausada y profunda que emerge de su garganta y expresa su carácter—, fueron tres largos años de cárcel en cuatro presidios y luego otros trece más de condicional, con la guardia civil acechándome cada quince días en mi casa. Logré salir, aún no sé cómo y logré salir viva. Otros han pagado con la vida, como Las Trece Rosas. Ay, eso lo tengo clavado como una espina en mi corazón, no puedo recordarlo sin emocionarme, eran tan jóvenes y las fusilaron. Todas las compañeras llorábamos en la cárcel de Ventas...

Cuatro años, cuatro cárceles —Las Ventas, Tarragona, Les Corts, Gerona— y mucho por contar. Tras la libertad tuvo que presentarse a la policía durante trece años consecutivos. Hoy ríe sarcásticamente al recordarlo, pero cuando en los primeros años de posguerra alguien le preguntaba si había estado presa ella lo negaba.

—Decía: «¡Yo, nunca!». Ésa era mi contestación, ¡qué iban a entender! Luego sí, se supo. Mira, he trabajado mucho en la vida, treinta y tantos años trabajando, he sido muy feliz, he recorrido incluso media Europa impartiendo charlas.

La primera vez que vi a Ángeles fue en unas jornadas tituladas «Memoria y Trauma» que organizamos un grupo de mujeres afines a esta temática en octubre de 2011, la mayoría psicólogas, psicoanalistas, profesoras y una servidora, periodista, con la colaboración del Instituto de la Mujer. Teníamos algunos testimonios, entre los cuales se encontraban Janine Altounian, traductora y ensayista cuya familia vivió el genocidio armenio, y la propia Ángeles, a quien debíamos ir a buscar para conducirla hasta el lugar para impartir su charla. Así fue cómo el solícito y entregado periodista, Pablo Villarrubia, acudió a su encuentro para conducirla en coche, con su silla de ruedas, hasta el lugar del evento. La dificultad de

acceso y movilidad no eran un obstáculo para ella. Fuerte y rebelde, durante el trayecto hizo gala de todas estas cualidades y de muchas más, como su capacidad de conversación, de diálogo y buen humor.

Un auditorio expectante la aguardaba. Al entrar, recibió numerosos aplausos que no callaron hasta que comenzó el evento. Desglosó su vida María José Palma, doctora en Filología Francesa, con formación psicoanalítica realizada con Julia Kristeva, Luce Irigaray y Hélène Cixous, autora de obras como *Identidad femenina y poder* e impulsora del grupo Memoria y Trauma, después reconvertido en la actual AICC, Asociación para la Investigación de Conflictos Contemporáneos. Con sólo llegar al estrado y sentarse, Ángeles la miró y sonriendo le increpó cariñosamente:

—Querida amiga, ¿qué vas a contar de mí? Hablar sí puedo, ¡pero no decir nada bueno!

Y el público estalló en risas por su talante, su forma de hablar tan peculiar y porque todos queríamos conocer la historia de aquella mujer represaliada, de origen humilde, que había trabajado desde los trece años como modista, que fue cobradora de tranvías durante la guerra cuando los hombres estaban en el frente, después fue denunciada por una vecina envidiosa, encarcelada por militar en las Juventudes Socialistas Unificadas, golpeada en el centro de detención de la calle Almagro de Madrid, trasladada a la cárcel, a la galería de las penadas a muerte y, más tarde, condenada a treinta años de presidio recorriendo cuatro penales: Las Ventas, Tarragona, Les Corts —Barcelona— y Gerona. Enfermaría gravemente en presidio y viviría el fusilamiento de varias compañeras cuyos nombres eran voceados durante la noche del oscuro presidio para conducir las a la muerte. Aún hoy las ráfagas de metralleta resuenan en su mente.

El recuerdo de su charla aquella mañana es imborrable, creo que a todos nos atrapó su sencillez y sinceridad. Tanto es así que meses después decidí ir a visitarla a su residencia para entrevistarla, encuentro que se repetiría en sucesivas ocasiones porque la conversación con esta mujer eternamente inquieta y juvenil siempre resulta interesante.

El primer encuentro fue casi hipnotizador. Me encontré con una señora coqueta, cariñosa, simpática y salerosa, de hablar directo, algo rudo tal vez, pero con unos ojos que reflejan humanidad y bondad. Se presentó arreglada,

guapa, con un jersey que le confería luz al rostro, con los labios pintados, el pelo corto, bien peinado, liso, muy liso, con raya al lado y un curioso clip de recogido al lado opuesto.

¿Y ese clip? Pues sí. Un sujetapelos, un anillo y un pañuelo de cuello. Éstos eran los tres objetos que las compañeras de presidio de Ventas de Ángeles se prestaban entonces para ir a juicio, a modo de consigna interna, como un amuleto de la buena suerte. Me llamó la atención conocer este detalle.

Ese día estaba leyendo la prensa absolutamente inmersa en las páginas del diario...

—Siempre leo, lo leo todo, bueno, ahora ya no porque veo poco, es un problema de la vista —dijo con cierta pena—, pero me gusta saber las noticias.

Ángeles, de familia obrera y humilde, nació en Torrejón de Ardoz, el 17 de febrero de 1918, pero a los pocos meses de nacer, su padre, ferroviario, pide el traslado y se marcha con toda la familia a vivir a Madrid. Se vanagloria y se ríe al mismo tiempo de haber sido una niña «atípica» de su época, pues le gustaba jugar al fútbol, «liberaba toda la energía», dice riendo a carcajadas. A los trece años la familia se mudó al barrio madrileño de Pacífico, una edad decisiva porque es cuando se desencadenan dos factores fundamentales en su formación: el trabajo en un taller de sastrería y su pasión por la poesía.

—Lo de trabajar en ese taller lo hice para ayudar un poco económicamente a mi familia, era muy joven pero yo ya tenía mi pequeño jornal trabajando, cobraba una peseta diaria en la calle Calvario. ¡Una peseta! Aún me acuerdo de la calle, ¡me acuerdo de tantas cosas! Pero, sobre todo, la lectura. A los trece años comencé a hacer poemas aunque no sabía medirlos, ni rimarlos... piensa que yo no tengo estudios. Pero, mira, me dio por leer, leer sin parar, me cultivé así. Te contaré una anécdota. Una vez, leyendo me di contra una columna, y los que estaban en las ventanas de unas oficinas se mondaron de risa... Parece que los estoy viendo, y yo con un chichón... En otra ocasión me caí por un pequeño terraplén, me caí

de culo por ir leyendo y no me di cuenta de que llegaba. He tenido un afán terrible de leer, leer, leer, una cosa seria... Cultura la que me he hecho yo misma, yo sola.

Y lo conseguí, con el tiempo llegó a publicar varios poemarios como *Al quiebro de mis espinas (poemas desde la cárcel)*, *Aguas revueltas*, *Títere de corcho* y *Pasos tranquilos*, entre otros, además del libro testimonial con el que inicié este capítulo *Réquiem por la libertad*.

De repente, sin más, recita...

Trece flores de trece limoneros
hacia el valle que seca los trigales.
Trece ninfas de trece manantiales
que le ceden su canto a los jilgueros.
Trece sueños, fragantes de romeros
que se crecen ante los peñascales.
Trece estrellas que rompen las cadenas
que les impiden alcanzar su cielo
y se deprenden de sombrías arenas.
Trece idas con un solo desvelo, trece penas,
trece flores tronchadas en el suelo...

—Es lo que más recuerdo, el poema dedicado a Las Trece Rosas que escribí aunque fue bastante después. Aquellas chicas me quedaron muy en la cabeza, no me las quito. Condenadas a pena de muerte, todas... con qué facilidad ponían la pena de muerte... desde luego yo no sé cómo juzgaban ni cómo condenaban...

A sus noventa y siete años, con más de ochenta como militante del Partido Socialista, se muestra muy orgullosa de serlo. Fue en 1934, con tan sólo dieciséis años, coincidiendo con la época de la Revolución minera en Asturias, cuando entró en las Juventudes Socialistas Unificadas, comenzó a sentir interés por la política y después se afilió al PSOE.

Dos años después, en 1936, al estallar la guerra civil, entró a trabajar, como muchas jóvenes de su tiempo, en un taller de costura que confeccionaba ropa para el frente, concretamente los uniformes de la 49.^a Brigada Mixta del Ejército Popular de la República. Tenía entonces dieciocho años en un período de tiempo de incertidumbre y de reconversión del papel de la mujer en el mundo laboral. Los hombres partían al frente y ellas debían ocupar sus puestos de trabajo.

—Necesitaba comer, me fui a intendencia, me dieron trabajo, hice unas cuantas polainas, pero luego pidieron trabajadoras a última hora, para cobradoras de tranvía. Durante ocho meses, yo me presenté voluntaria, hacía buena recaudación... bueno, algunos no pagaban —ríe pícaramente—, había los que se subían al estribo atrás, o al parachoques y decían que cuando entraban pagaban pero no pagaban.

Fue así cómo Ángeles García-Madrid se convertiría en cobradora de tranvía, un trabajo en el que conocería a Julia Conesa, quien, dos años más tarde, protagonizaría uno de los episodios más trágicos de la represión franquista como una de Las Trece Rosas fusiladas. Ángeles y Julia se reencontrarían en la cárcel de Ventas.

—Con Julia estuvimos ocho meses trabajando intenso, durante la guerra, en el tranvía. Y al acabar la guerra querían echarnos pero yo pedí que nos dieran un plazo porque no teníamos ni para el pan del día. Tuvimos una reunión, nos recibió un coronel. Nos dijo que nos daba 20 días, nada más. Con eso tuvimos que valernos...

—¿Recuerda alguna escena particular de la guerra? —le pregunté con curiosidad.

—Por supuesto que sí y muy bien. Recuerdo una escena que daba miedo. Un día, vi desde arriba del tranvía a los moros desfilando... Los vi desfilar, con sus fusiles, eufóricos, barbudos, sucios, y dije: «Dios mío», haciéndose los amos de Madrid. Aquello era un espectáculo, pero también un insulto. Sabía lo que me esperaba... palabra, no he hecho nada malo nunca a nadie...

—¿Y los bombardeos?

—Sólo lo recuerdo un poco. Íbamos a un refugio, había un túnel cerca de mi casa... Por la noche se escuchaban las bombas y bajábamos abajo corriendo, teníamos miedo de que se derrumbara todo encima nuestro. Escuchábamos las sirenas, luego los aviones y decíamos: «¡Ya estamos otra vez!». Y bajábamos, no era muy seguro porque si se hundía íbamos todos para abajo. Otros iban a refugiarse al metro, allí había mucha gente, el metro estaba repleto de gente.

Es curioso que mientras otros entrevistados reviven con terror el momento de los bombardeos, Ángeles, quizá por tener anclado el horror en otra parcela de sus recuerdos, en las cárceles, parece haberlo dejado un poco de lado.

El primero en ser carne de presidio fue su padre, detenido justamente al finalizar la guerra, el 1 de abril de 1939.

—Mi padre decía que era republicano, pero la verdad es que no militaba en ningún partido. Un día fueron a detenerle, estuvo preso en la cárcel de las Comendadoras casi cinco años y le echaron a la calle, sin juicio alguno, porque no tenían nada de que acusarle. ¡Cinco años! Y le sobreseyeron el caso... ¡Qué injusticia! Cinco años una persona y no tener de qué acusarle...

Pocos días después irían a por ella. Una fecha que jamás olvidará, la noche del 14 al 15 de mayo de 1939, Ángeles y su madre fueron detenidas en su domicilio de la calle Juan de Urbietta junto con otros 26 vecinos del inmueble que, al parecer, fueron acusados por otra vecina. Pronto sería enviada a uno de los lugares más emblemáticos y terroríficos del Madrid de entonces, el centro de detención de la calle Almagro.

El momento exacto de la detención no escapa a la memoria de nuestra protagonista. Su relato es salvaje. Varios policías de paisano se presentan de noche, repentinamente, gritando, golpeando brutalmente la puerta de los vecinos, obligándoles a salir de sus camas, pistola en mano, en medio de un gran desconcierto. Fueron empujados a la fuerza hacia la calle mientras registraban sus domicilios en busca de cualquier pista, por irrisoria que fuera, para condenarles aún sin motivo. Un carné de militancia era suficiente. Al bajar las escaleras, otros agentes uniformados les empujan hacia el exterior, hacia la calle, en medio de un gran despliegue de fuerzas militares en una operación espectacular. Ángeles y su madre, entonces enferma, fueron conducidas también sin contemplaciones al interior del vehículo que les llevarían a algún lugar entonces incierto. El miedo se palpaba, era generalizado.

¿Quién fue culpable de este arresto múltiple? Según cuenta nuestra protagonista, la delatora fue una anciana del mismo edificio donde vivían. Se había perturbado tiempo atrás al presenciar el asesinato de su hija a balazos, en un arrebató pasional de su examante, quien acabó suicidándose

acto seguido. La escena fue monumental, con los dos examantes, agonizantes en la escalera, que terminarían siendo trasladados a un centro médico. Como dice Ángeles, «su mente semioscurecida por la tragedia fue engendrando odio hacia aquellos que tenían una mejor situación que la suya». En aquella época la denuncia de una persona envidiosa, resentida, o con un especial deseo de venganza personal, era suficiente para ser detenida, encarcelada y para que pesara a sus espaldas la más inaudita acusación.

—Yo siempre he tenido un carácter fuerte, pero me he llevado bien con todos. Incluso con esta señora y su hija, que se sabía que eran de derechas, incluso que si habían estado en la Quinta Columna, pues nos hablábamos y había cortesía, por lo menos de mi parte, incluso al principio de la guerra, cuando los republicanos estaban en el poder, ella tenía miedo de que fueran a por ella porque decía que tenía un crucifijo o no sé qué cosa en casa, pero yo la calmaba.

En esta primera detención colectiva fueron puestos todos en libertad, pero se produjo una segunda días después repitiendo los mismos esquemas, lo que auguraba una búsqueda más precisa por parte de la policía. Una vez más, de noche, irrumpieron con violencia, golpes en la puerta de la calle, gritos, pasos subiendo a toda prisa por la escalera. Todavía hoy, cuando lo recuerda, balancea la cabeza de lado a lado con las manos sujetando la cabeza como diciendo ¡qué desesperación!

—¡Abran, la policía! —gritaba un hombre golpeando la puerta de su casa. Entraron como la furia tres individuos, armados con pistolas, intimidándola, obligándola a vestirse rápidamente para acompañarles sin más explicaciones.

De nuevo fue conducida, esta vez junto con seis vecinos, al mismo centro de detención, la calle Almagro, lugar con el que inicié este capítulo. Militaba en las Juventudes Socialistas, motivo más que suficiente para su detención. Ahora formaba parte del expediente Juan de Urbieto y a ella y a los demás detenidos les esperaban unos días de auténtico calvario. Veinte días. Llamaron a las mujeres detenidas, las dejaron esperando durante horas en una sala contigua a la estancia utilizada para interrogar y torturar a los detenidos. Desde allí escuchaban día y noche gritos y lamentos, era el

espacio utilizado para conseguir declaraciones, las que fueran, a fuerza de golpes. Veían salir a los arrestados desfigurados, a rastras, ensangrentados, con el cuerpo hinchado a palos. El suplicio era inmenso y el golpe de efecto psicológico hizo su efecto en aquellas mujeres. Hoy, aún recuerda vivamente aquel episodio.

—El comisario, de madrugada, nos tuvo allí a los siete que pertenecíamos a un partido, sólo a nosotros. Se pasó mucho, incluso a un hombre le rompieron las piernas a palos, sufrió brutales torturas hasta que, hundido y dolorido, le dijo a su mujer: «Ahora ya no voy a ser un hombre nunca más, déjame» y, al final, gritando, se tiró por la ventana, rompió la claraboya y se mató. Jamás olvidaré eso.

En este tétrico espacio fue precisamente donde conoció, sin saberlo en aquel preciso instante, a un matrimonio extranjero, al pintor húngaro Thomas Malonyay (Budapest, 1902), un toledano de adopción apasionado por el mundo del arte, y a su esposa. Afincado en Toledo hasta la caída de la ciudad a manos de los franquistas, formó parte del Comité de Defensa del Patrimonio de Toledo. Luego, tras su traslado a la ciudad de Madrid, se incorporaría a la Junta de Defensa del Tesoro Artístico Nacional llevando a cabo una tarea de salvaguarda del patrimonio artístico español. Fue acusado por los franquistas de utilizar en su beneficio el cargo que ostentaba, tildado de «rojo», judío, antinazi, lo cual era cierto, y «desafecto a la causa nacional». Sería condenado a veinte años, y enfermó durante su reclusión en las prisiones franquistas. Con la conmutación de condenas salió en 1944 desterrado a Utrera, Sevilla. En los sótanos del centro de detención de la calle Almagro, estaría acompañado por su esposa, una doctora en medicina de nacionalidad alemana, Gustava Isabel Nohl Prussak, pero según Ángeles García-Madrid, de origen polaco. Es otra olvidada pues apenas existe información de su labor en la retaguardia en el transcurso de la guerra civil. Asimilada a teniente médico durante la contienda, en octubre de 1938, desarrolló su labor entre el Hospital Militar de Madrid n.º 15 y la Agrupación Hospitalaria de Murcia. Ahora, ambos estaban presos, conversando sobre su destino con Ángeles.

—Eran muy buena gente. Hablábamos mucho. Supe después quiénes eran, pero ya llevaban tiempo allí y entablamos una buena relación. Luego los separaron, ella lo pasaba muy mal, muy mal, la pobre...

—¿Supo algo de ellos más tarde? —le pregunté como un resorte.

—Nada, nunca más. Si es que coincidías con mucha gente, hacías amistad con tus compañeras de cárcel, de tantas y tantas horas de condena. Éramos presas políticas, había unos lazos de solidaridad increíbles.

Tenía interés por saber cómo fue el interrogatorio de Ángeles. Dos nombres repite constantemente: el agente Abelardo, que fue quien le propinó el primer puñetazo y el comisario Cofiño. Nada más, no hay apellido, ninguna otra indicación. La obligaron a entrar a un despacho mientras, sin mirarla, con indiferencia absoluta, le preguntaron sus datos, nombre, apellido, anotaban todo fríamente en una máquina de escribir. Pronto comenzaron a preguntar por sus vecinos, afiliaciones políticas, movimientos detectados... El agente Abelardo le aseguró que uno de ellos afirmó haberla visto con una pistola al llegar a casa en una ocasión, a lo cual ella respondió que era absolutamente falso. El interrogatorio fue subiendo de tono con suma rapidez.

—Sentí todo el desprecio de aquellos hombres, me llamaron cínica, mentirosa, me gritaban, me insultaban, amenazaban hasta que uno me gritó: «¡Asquerosa, puta roja!».

En un instante se abalanzó sobre ella y de un brutal golpe le hundió los dientes en los labios haciéndole brotar instantáneamente sangre de la boca. Eso no era más que el inicio. Días después, el mismo individuo la llevó casi a rastras hasta la temida sala de tantos interrogatorios.

—Allí sentí miedo de verdad...

Han pasado setenta y siete años de aquellos hechos y, lógicamente, con el paso del tiempo, apenas recuerda la estructura de aquella sala. Por eso he rescatado de sus memorias tan macabra descripción, pues esta mujer, entre muchas otras, posee una estupenda cualidad descriptiva, le concede sencillez y el tono justo en el momento adecuado:

Ésta era una pieza grande, alargada y rectangular, que tal vez tuviera unos cuarenta metros cuadrados. Al frente se veían varias ventanas. En cuanto al mobiliario, era extremadamente reducido: se resumía en una gran mesa colocada casi en el centro del salón y, junto a ella, una

silla. Esto era todo si no tenemos en cuenta lo que allí debía ser muy útil y principalísimo; nos estamos refiriendo a un vergajo y una gran correa que reposaban sobre la amplia mesa. Lo demás era vacío, espacio libre, dispuesto para los retorcidos menesteres a que era dedicado.

Fue severamente interrogada durante toda la noche, hasta el amanecer, en dos ocasiones diferentes. Al primer puñetazo le siguieron una cadena de preguntas inquisitivas, insultos y amenaza. Se libró milagrosamente de la tortura física, no así de la psicológica, de la que menos se habla, práctica habitual y constante que anulaba al interrogado.

—¡A esta puta hay que meterla desde mañana en el baño! —recordaba que decían en voz alta, con asco, burla y desprecio.

—¿Y eso qué significa? —le pregunté casi cerrando un ojo en una especie de rictus esperando su respuesta.

—Pues, imagínate, que te meten en un baño con agua y te ponen un cable de corriente por donde quieran... Vamos, que pueden electrocutarte.

Ésa era una de las torturas más escabrosas y repugnantes de las que me han hablado los entrevistados de este libro. Tras varios días de suplicio que ella contabiliza en veinte, fue trasladada junto con más presos a otros centros penitenciarios: los hombres en Yserías y las mujeres a la cárcel de Ventas. Tenía veintiún años cuando cruzó el rastrillo de la cárcel de mujeres de Ventas. Su destino: la Galería Primera Derecha, la que correspondía a las penadas de muerte, algunas aún sin juzgar, como era su caso. Fue destinada a la celda número 6.

—¿Cómo era la cárcel en el primer franquismo?

—Aquello era un horror. Esa cárcel fue construida por Victoria Kent y cada celda fue pensada para dos presas. Pues mira, ¡yo fui la número once que entraba! No se cabía. Poníamos los pies en la cara de las otras y así, como podíamos, pasábamos la noche intentando dormir en el suelo, porque además quitaron todas las camas. Pero, en fin, eso era lo de menos, lo más importante era vivir.

Cárcel de mujeres de Ventas. La estructura originaria creada por Victoria Kent (Málaga, 1898-Nueva York, 1987), abogada, política y directora general de Prisiones en mayo de 1931 durante la Segunda República, nada tenía que ver con lo que se encontró Ángeles en junio de 1939, condiciones inhumanas e insalubres al límite, ni tampoco con el

desastre que vivieron otras condenadas como María Salvo quien, en *Atrapados*, cuenta su paso por los sótanos de este presidio en una etapa posterior a la de Ángeles, entre los años 1943 a 1945.

Ni rastro quedaba de lo que antaño fue este presidio. Durante la República se había creado un plan de modernización penitenciaria que buscaba la reinserción social de las reclusas. Y Las Ventas, en 1933, era pionera. Las internas debían disponer de una celda individual en una cárcel que había sido construida para una capacidad de unas quinientas reclusas, pero, durante la represión franquista, a partir de 1939, llegaría a superar las cinco mil según algunos autores, hasta diez mil según otros en un baile de cifras. Pero, en cualquier caso, se enfrentaban a un grave problema por el que todos los entrevistados inician su relato: el hacinamiento y el maltrato. A ellos cabe añadir otros problemas cotidianos como la falta de higiene, la insalubridad y una deficiente alimentación que convirtieron aquella cárcel, igual que muchas otras, en un auténtico infierno.

—La situación era insostenible, se produjo un conglomerado de enfermedades, hambre, insectos, mugre, hacinamiento, las presas acabamos durmiendo en cualquier parte, en los pasillos, al lado de las escaleras, en cualquier parte donde hubiera un hueco, apenas podíamos acceder al retrete.

En estas precarias condiciones apareció pronto la disentería. Cuando hablamos del pasado dos son los peores momentos que aún revive con emoción. El primero es el fusilamiento de Las Trece Rosas; el segundo, ver morir a los niños ante el desconsuelo desgarrador de sus madres.

—Allí pasé mucho, de veras que sí, pero lo peor fue la epidemia de disentería de niños... había niños de cuatro años, incluso menos, he visto ataúdes donde los ponían cuando morían, caían en unas horas, hubo tantas epidemias, morían a montones, las madres estaban desesperadas, llorando de dolor todo el tiempo, gimiendo, era terrible.

Reitera una y otra vez el horror de aquella dantesca imagen de pequeños ataúdes, guardando en su interior los cuerpos de niños que, de ser atendidos convenientemente, seguirían con vida. En el capítulo cinco de este libro se elogia la encomiable labor de entregadas y solidarias mujeres, todas presas en Las Ventas, como la socialista María Lacrampe o la química María Teresa Toral, que organizaron una «galería de madres» para mejorar la

situación de los cerca de trescientos pequeños encarcelados, la mayoría en precarias condiciones de salud y enfermos, entre los que se disparó un alarmante índice de mortandad.

Uno de los momentos más crueles y dramáticos del mundo carcelario, especialmente en los años cuarenta, fueron las «sacas», sacar a la presa de la galería para llevarla a fusilar, y Ángeles vivió la crueldad de esos momentos, la asfixia psicológica que produce ver partir por última vez a una compañera de presidio.

—Oye, que no se puede describir lo que se siente, no hay palabras para tanta rabia, angustia, dolor, yo qué sé cómo describirlo. Raro era el día que no llegaba alguna mujer condenada con una fatal sentencia. ¡Las acusaciones eran muchas veces absurdas, ridículas! Una noche, la que fuera, llegaría su fin. El proceso era siempre el mismo.

Creo conveniente recordar lo que escribió muy emotivamente en sus memorias acerca de la primera «saca» que vivió:

Como en cualquier dependencia de la cárcel en que iba a ocurrir «algo», se cenó antes de lo acostumbrado, se hizo el recuento y se cerraron las puertas de hierro de la galería. Desde el momento en que chirriaron las puertas al cerrarse, fue más denso y apretado el sigilo. Ya no había duda: toda la galería esperaba «aquello» y nadie intentaba siquiera el natural reposo. Cualquiera que pretenda describir con fidelidad esos momentos debe familiarizarse con el fracaso: no están en la palabra oral ni escrita.

Para sentirlos hay que presenciarlos, vivirlos, respirarlos y sentir que el aire se hace tan espeso que no hay vía suficiente para ventilar el pecho, que los nervios se tensan de tal forma que parecen dispuestos a quebrarse de un segundo a otro. ¿Cómo estará el equilibrio psicológico de las condenadas a muerte?... No; es inútil pretender relatarlo.

Al fin, cuando iban transcurridas cerca de tres horas, los inciertos sobresaltos dejaron paso franco a la trágica realidad. Ahora sí, se oyeron nítidamente los pasos en el corredor exterior. Ahora sí, se detuvieron frente a la Galería Primera Derecha. Ahora sí, que intentaba abrir la reja y... ahora sí se palpó en toda su intensidad el estupor alucinado de aquel recinto. La cerradura cedió dejando paso libre a la muerte que, coagulada en un papel, sujetaba entre sus manos la celadora. Ésta avanzó para quedar parada en el centro de la galería; desdobló la cuartilla y, rutinariamente, reclamó:

—¡Atención! —Y seguidamente en voz alta dijo el nombre de las dos mujeres, efectivamente, eran las hermanas Guerra.

Lo tan esperado y temido había llegado. Ataques de histeria, de nervios excesivamente contenidos y ahora sueltos sin remedio. En la celda, con una increíble serenidad, esperaban al fin las dos mujeres el momento de marchar hacia su inminente noche. Nadie se explicaba cómo podían caminar con tanta firmeza y dignidad [...]

Cuando apenas comenzaba a clarear el día y ya en toda la cárcel las reclusas estaban pendientes de la concreta fatalidad, los oídos empezaron a percibir el lejano zumbido de unos motores. Eran los camiones que transportaban a los hombres desde las cárceles —sobre todo

desde la de *Porlier*— para ser fusilados junto a las tapias del cementerio del Este. Cuando en Ventas había mujeres en capilla, se detenían para aumentar la carga. Hoy eran dos las que esperaban.

Unos minutos más y sonó una fuerte descarga de fusilería. Nadie durmió, la obsesión de todas era la misma...

—¿Cómo se puede vivir toda la vida con recuerdos como éste? —le espeté.

—El beneficio del olvido es algo imposible, así lo escribí y así lo sigo pensando. Yo no puedo olvidar; otras, sé de buena tinta que tampoco —sentencia con firmeza.

En el averno de Las Ventas estuvieron detenidas y sacadas a fusilar trece jóvenes, Las Trece Rosas, con una de las cuales, Julia Conesa, mantuvo una cierta relación antes de la cárcel, en su época de cobradoras de tranvía, y después, dentro del presidio, aunque fuera brevemente. Es un episodio que le ha marcado de por vida: el de Las Trece Rosas, el grupo de trece jóvenes de entre dieciocho y veintinueve años, algunas miembros de las Juventudes Socialistas Unificadas, fusiladas por el régimen franquista en Madrid, en la madrugada del 5 de agosto de 1939 junto a la tapia del cementerio de la Almudena, a unos dos kilómetros de la cárcel de Ventas. Aquel acontecimiento horrorizó a la población reclusa.

—Recuerdo muy bien cuándo entraron en la cárcel. Dos de ellas estaban en la celda 7, tabique por medio con la mía, la celda 6, Galería Primera Derecha. Una de ellas era Julia Conesa, que había sido conmigo cobradora de tranvía, y la otra era Virtudes González, tenían unos dieciocho años. Las Trece Rosas fueron acusadas de organizar un complot contra un coronel de Franco, pero mira, ocurre que eran de las Juventudes Socialistas, ahí está la causa, si es que acusaban por cualquier cosa y si no la inventaban, como hicieron conmigo... Bueno, o por estar en el Socorro Rojo, o por tener un amigo allí, en fin, total, que a todas las fusilaron. Madre mía, he visto en Ventas lo que nadie sabe, fusilamientos de hermanas, de una funcionaria de prisiones como era Matilde Revaque Garea en la primavera del 40, que había sido jefe de Servicios del Cuerpo de Prisiones durante la República... muchos fusilamientos... Desde que las conocí, me refiero a Las Trece Rosas, me hundí porque sabía que las iban a fusilar pero no esperaba tan pronto. ¡Eran tan jóvenes!

Nadie podía aceptar tan desorbitada pena y comenzaron a gestionar una petición de indulto dirigida a Franco, existía una mínima y exigua esperanza que jamás llego. En menos de 72 horas una celadora llegó de repente una noche:

Los oídos alertados percibieron un entrecocar de llaves. Cedió la cerradura y la puerta chirrió como en un lamento. Unos pasos avanzaron por el corredor y siguieron hasta detenerse entre la celda seis y siete. Las puertas de las demás celdas se fueron abriendo lentamente y de su interior surgieron cuerpos a medio vestir y rostros tensos y sugestionados.

—¡Atención, atención!

Una funcionaria leyó en alta voz el nombre de Julia Conesa y Virtudes González. Pero en la mente de Ángeles comenzaron a cruzarse nombres, de alguna que no lograba recordar el rostro: Anita, Palmira, Blanquita, Ana, Julia, Adela, Carmen, Martina, Joaquina, Pilar, Victoria, Dioni, Virtudes... Eran Las Trece Rosas.

Frente a la negra boca de la celda, una mujer gritaba histéricamente a las funcionarias:

—¡Pero si no es posible! ¡Si aún no ha contestado Franco! Están ansiosos de sangre y no quieren perderse el festín...

Nadie que presenciara la tragedia puede haberse olvidado de la chiquilla de cuerpo adolescente enfundado en un bonito traje negro de chaqueta, de su cabeza, libre de cabellera, rapada por manos inconscientes...

Réquiem por la libertad

Así contaba en sus memorias aquel horror que aún permanece anclado en sus recuerdos con gran pesar. Lo percibí de inmediato porque al leerle el texto observé la transmutación de su rostro, siempre sonriente hasta ese instante.

—Eso no se olvida, es como la espina de una rosa, siempre clavada en mi memoria y en mi corazón. Sacaron a las menores, a las dos que estaban a nuestro lado, una de ellas, Virtudes González, no atinaba a vestirse el traje negro, estaba nerviosa. La otra, Julia Conesa, estaba más templada, las esposaron y así las sacaron. Las vimos salir por la puerta del rastrillo aunque del cementerio del Este a Ventas era una carretera y no estaba edificado. Unas lloraban, a otras les daba un ataque de nervios, estábamos todas muy alteradas. Había que atenderlas. Algunas nos subimos a los lavabos porque arriba había una ventana, por allí las vimos salir a ellas y luego a la camioneta. Esto me emociona cuando lo digo...

Detiene su relato, me mira arqueando las cejas, coge un pañuelo, sí, sus ojos están humedecidos. Las ejecuciones de compañeros es siempre un momento trágico de revivir en el relato de los presos. No importa el tiempo ni los años que medien en la distancia, siempre queda el recuerdo, el dolor adormecido, enquistado, para despertar una vez más en cualquier momento. Tras una breve pausa, prosigue.

—En la madrugada una camioneta recoge a las trece chicas y comienzan a cantar el himno de la juventud comunista, *La Joven Guardia...* al principio lo cantan muy templadamente, inmediatamente las siguieron las voces de todas, ¡todas! Pero ¿tú sabes qué es eso, cómo te rompe por dentro? No lo sabe nadie. Cantábamos todas, impresionante, cada vez más fuerte, más fuerte, nosotras ya no sabíamos qué hacer si gritar aún más, tirarnos todas por la ventana, aquello era impotencia, rabia. Al cabo de un rato la camioneta llegó al cementerio del Este, paró el motor y se escuchó perfectamente la ráfaga de la ametralladora.

Las Trece Rosas constituyen incluso hoy todo un símbolo, sigue vivo a través de películas, documentales, libros y sendos homenajes que rememoran su historia, una de las más crueles e injustas de la represión franquista. La directora de Las Ventas, Carmen Castro, nombrada por el entonces jefe del Servicio Nacional de Prisiones, Máximo Cuervo, la pesadilla de muchas presas durante su mandato, fue especialmente odiada por su papel en este acontecimiento. Al parecer, en la mesa de su despacho quedaron sin tramitar las solicitudes de conmutación de la pena capital para las jóvenes que cada una de las condenadas había redactado días antes al regresar de la vista en las Salesas para pedir clemencia al Caudillo. En *Trece Rosas Rojas* el periodista y escritor Carlos Fonseca recopila tan conmovedora historia junto con documentación y la sentencia del 3 de agosto de 1939. En dicho documento queda recogido el procedimiento sumarísimo de urgencia seguido contra José Pena Brea, dirigente de las Juventudes Socialistas Unificadas que, desde la clandestinidad, intentaba reorganizar el partido, y 57 personas igualmente implicadas, según se afirma, todas mayores de edad penal. Entre ellas figuran Las Trece Rosas.

—¡Eso era mentira! Eran menores —interrumpe Ángeles.

La sentencia dice que la procesada Julia Conesa «ha participado también en las actividades clandestinas de las JSU, habiendo sido secretaria de deportes de dicha organización, prestando servicio durante el dominio rojo en Madrid como cobradora de tranvías». Eso es todo. Me recordó mucho a Ángeles García-Madrid, ambas deportistas, ambas compañeras cobradoras de tranvía y militantes de las JSU. Quién sabe si nuestra amiga Ángeles, de no haber sido presa antes en una detención grupal de la calle Juan de Urbietta, hubiera acabado siendo otra rosa más.

Se divulgó que el asesinato de las jóvenes fue un acto de venganza del franquismo por un oscuro episodio que nos desviaría del eje central de este capítulo: el atentado que el 27 de julio de 1939 acabó con la vida del comandante de la guardia civil, entonces responsable del Archivo de Logias, Masonería y Comunismo, Isaac Gabaldón, así como su hija y el conductor del coche en el que viajaban en las cercanías de Talavera de la Reina.

Quien se libró por poco de ser fusilada con Las Trece Rosas fue otra presa de Las Ventas, Antonia García Alonso «Toñi», cuyo relato queda recopilado por Tomasa Cuevas en sus libros. Supe de ella por María Salvo, nuestra siguiente entrevistada de *Atrapados*, porque compartirían ideales dentro del presidio y, tras la libertad, se convertiría en su cuñada. Tal como narra Toñi en *Cárcel de mujeres*, sus datos, como los de la mayoría de integrantes de las Juventudes Socialistas Unificadas (JSU), el grupo de Madrid, entonces clandestino, estaban en los ficheros del Comité Provincial de la ciudad que cayó en manos franquistas sin dar tiempo a destruirlos, entre ellos los de las trece chicas. Por eso resultó tan fácil localizarlos a todos.

Como éramos tantos, el mismo expediente lo dividieron en consejos, dividido en grupos de barrios, por ejemplo en mi barrio un grupo, un consejo, y así por cada barrio de Madrid. Todos éramos menores. Los primeros que mataron fueron sesenta y cinco. Creo que eran del sector Oeste. Fue el primer consejo que hicieron de menores y los mataron a todos. Ahí es donde mataron a las trece chicas. El segundo consejo fuimos nosotras. A ellos les juzgaron el día tres de agosto y los mataron el cinco de agosto de 1939. Después, el día doce nos juzgaron a nosotras; estuvimos penadas de muerte un mes. Mataron a todos menos a nosotras tres: Nieves Torres, Antonia Hernández, que murió tuberculosa, y yo. Oí al juez que llevaba este expediente que decía que estaba cerrado el caso con trescientos sesenta y cinco y que no se salvaban más que las chicas, nosotras.

Explicativo por si solo el texto. En menos de un año la directora Carmen Castro sería nombrada inspectora central de Prisiones. Ese mismo año, concretamente en abril de 1940, Ángeles fue juzgada y condenada por un tribunal militar a doce años de prisión por «auxilio a la rebelión militar». Mantenerse fiel a la República durante la guerra civil era un delito grave por el que muchos españoles fueron presos y fusilados. Fue sentenciada a treinta años de cárcel, pena que luego conmutarían por menos años, e inmediatamente fue trasladada en una expedición que parte de Las Ventas rumbo a la cárcel de Tarragona. Nos situamos en el 14 de mayo de 1940, poco iba a imaginar lo que le depararía el destino con sus nuevas carceleras, las monjas oblatas.

—Dos días y dos noches de viaje miserable, porque nos metieron en un asqueroso tren de mercancías, dormíamos en el suelo. Nosotras éramos la mercancía, una noche entera la pasamos en Flix.

Estación de Tarragona, el contraste es absoluto. Las ocupantes del tren descienden agotadas, sucias y hambrientas. Flanqueadas por guardias civiles comienzan, en formación, a caminar hacia algún lugar desconocido para ellas, arrastrando sus petates, sus mínimas pertenencias. Algunas no pueden seguir, el resto les ayudan. Dejan atrás un precioso paisaje que son incapaces de distinguir, restos romanos, un mar idílico y tranquilo, una visión agradable que contrasta con la cruda realidad.

Llegaron al convento dirigido por las monjas oblatas, habilitado como cárcel, sin ventilación, sin higiene, sin agua, sin cama, durmiendo en el suelo. Me cuesta creer lo que Ángeles cuenta, mientras yacían en un suelo mugriento algunas ratas se acercan rápidamente hacia los cuerpos dormidos. En estas condiciones fueron encerradas durante semanas.

—Aquello era una auténtica pocilga, qué indecentes. Las monjitas oblatas eran tremendas, bendito sea Dios, nunca he visto gente más mala que ellas. Llevábamos un niño medio muerto, muy enfermo y porque una noche vio una luz encendida y vio a unas chicas en enagua porque no tenían ni pijama, dijo una monjita: «¡Esto parece una casa de prostitución!». Yo le contesté mal y me dijo: «Mañana, al calabozo», pero afortunadamente no subieron a por mí. El niño agonizaba y la monja apagó la luz para que no viéramos ni al niño, sin compasión.

En pocas semanas tuvo lugar una nueva expedición, esta vez con destino a Barcelona, a la prisión de Les Corts, donde permaneció durante tres meses antes de ser enviada a la cárcel de Gerona, su último destino carcelario.

En Les Corts serían vigiladas por otras religiosas, las hijas de la caridad de San Vicente de Paúl, orden fundada a mediados del siglo xvii. En esta cárcel las presas políticas, aunque eran mayoría, tenían que convivir con delincuentes comunes, las denominadas «quincenarias» porque eran recluidas por períodos de quince días por delitos menores como la estafa, el robo o la prostitución, por lo que se generaban peleas y rencillas con frecuencia. Fue la primera vez que Ángeles expresa cómo se palpaba la homosexualidad de las cárceles al caer la noche. Como bien dice, «allí había un poco de todo». Contrasta esta etapa de Les Corts con la que vivirá unos años más tarde María Salvo, cuando las presas políticas serán mayoría, se organizarán en talleres e iniciarán sus reivindicaciones.

Tres meses, nueva expedición. Esta vez tendría un último destino: la cárcel de mujeres de Gerona. Había tenido como carceleras a las monjas oblatas, después a las hijas de la caridad de San Vicente de Paúl y ahora llegaba a un penal administrado por otra orden religiosa, la de las monjas adoratrices. Un año y cuatro meses es el tiempo que permanecería en este lugar donde llegó a enfermar gravemente, de hecho, gran parte de su condena la pasó en la enfermería.

—Las adoratrices no eran tan malas como las oblatas, que nos impusieron muy malas condiciones de higiene y salud, pero alguien las había prevenido negativamente contra nosotras, las indecentes «rojas». Nos pusieron una disciplina insoportable.

—¿Como por ejemplo?

—Pues estar de pie, a veces durante horas, sólo para que estuviéramos en formación, o como castigo, o para demostrar superioridad, o yo qué sé, el trato disciplinario se hizo imposible, a veces incluso debajo de la lluvia, otras veces eran castigos sin motivo. También había alguna muy buena persona...

Gracias a sus habilidades poéticas logró zafarse relativamente de esta situación. Las monjas le pidieron que escribiera unos poemas, algunos para ser leídos el día de una visita de excepción para el que organizaron toda una recepción. Llegaba la superiora general de las adoratrices. Ángeles recuerda aún la batalla verbal mantenida con aquellas monjas, que conociéndola, se mostraban inquietas por ver qué había escrito a modo de saludo y bienvenida a tan ilustre visita. Querían revisarlo antes, dar el visto bueno si era menester. La madre reverenda mandó llamar de inmediato a nuestra poetisa Ángeles. Algo ocurría en sus versos...

El Señor guía el pasar
a Vos, Madre Reverenda.
y, cual estrella polar,
os indique al caminar
la buena y la mala senda.

Vos rogaréis por que Él vea
nuestra inocencia y es fijo
que Juez indulgente sea,
pues preso por una idea
fue Jesús..., ¡y fue su Hijo!

Las monjas consideraban que en esos versos pedía una mejora de las presas en la cárcel, algo irreverente para tal visita. La madre reverenda le solicitó un cambio al que Ángeles, con el genio que la caracterizó siempre, se negó en rotundo. Inamovible y arriesgada opción, pero se mantuvo firme. El día señalado, el poema fue leído sin cambio alguno, sin ningún alboroto sino todo lo contrario, le fue impuesta la medalla de plata con la efigie de la Beata Madre Sacramento y fue felicitada, incluso, por la madre reverenda, la misma que intentó mutilar la estrofa en cuestión.

Ángeles enfermó. Al igual que en tantos presidios, las condiciones higiénico-sanitarias y alimenticias eran absolutamente pésimas y deficientes. El aseo con agua fría o helada estaba a la orden del día de todos los penales. Lo inevitable llegó, un día comenzó a sentir frío y a tener tos. Encomiable fue el trabajo y la dedicación de un personaje del que más de una presa me habló: el doctor Freixa, un recluso catalán al que acostumbraban a trasladar por la mañana desde la prisión de hombres a esta

cárcel y que, durante el rato que le concedían, había de visitar a todas las reclusas posibles. Otras personas entrevistadas para este libro, coinciden en que fue gran persona y buen médico que hizo su trabajo humanitariamente aun careciendo de medios para desempeñar su tarea.

Tras empeorar fue trasladada a la enfermería de la cárcel.

—Sí, a la cama nueve, sala de tuberculosas.

Define aquel habitáculo como la antesala de la muerte adonde el médico la trasladó con el propósito de evitar el contagio con otras presas, impedir que durmiera en el suelo con tanta humedad y mejorar mínimamente su alimentación. Nadie podía diagnosticar a ciencia cierta una tuberculosis, tan sólo meses más tarde fue enviada junto con otras enfermas al hospital de la ciudad. Fueron diagnosticadas por rayos X.

—Me puse muy enferma en aquella cárcel, vi morir a muchas compañeras en la enfermería. Me dijeron que estaba tuberculosa, pero en realidad estaba anémica, me tuvieron ocho meses, pero lo superé. Y, mira, que no recuerdo haber estado enferma jamás de algo, o de haber guardado cama, tal vez algún catarro... Bueno, pues total que estando enferma en la cárcel de Gerona fue cuando el Caudillo dio la orden, un decreto de indulto para los que llevaban tantos años en la cárcel, porque la mitad de España estaba en la cárcel y él bondadosamente —ríe con sarcasmo— hizo sacar presos que trabajaran como en El Escorial, dio el decreto de los seis años, luego el de los doce...

En febrero de 1942 se le concede la libertad condicional gracias a un decreto que concedería la libertad a cuantos presos tuviesen condenas de hasta seis años, más tarde a los de doce. Dicho decreto le afectaba directamente a ella. Una vez libre, regresa a Madrid a buscar trabajo, pero su condición de expresa le dificultó conseguir un empleo. Para salir del paso y, recordando sus tiempos en un taller de costura, aprendió el oficio de pantalonera y consiguió abrir un pequeño taller. Rehízo su vida al lado de su marido, tuvieron una hija. Con frecuencia dice: «Madre mía, tuve un marido muy bueno, tan bueno que ni me lo merecía...».

Por fin era libre esta mujer que a los dieciséis años entró en las Juventudes Socialistas, que a los dieciocho vivió el comienzo de la guerra y con veintidós ya estaba en la cárcel. Tres años de presidio y trece de libertad

condicional con la respiración contenida durante los días de registro.

—Libertad, pero estuve presentándome a la guardia civil y a la policía durante trece años, ¡trece! Y luego iban a registrar mi casa cada quince días, era de locura. Incluso levantaban la ropa de la cama cuando estaba bien hecha. Lo recuerdo perfectamente, llamaban y se me estremecía el cuerpo... porque, claro, no sabía qué iban a hacer. Me entraba un no sé qué... Mi madre, parece como si la estuviera viendo, de pie, quieta, esperando que acabaran el registro y se fueran. Supongo que recordaría el momento en que me detuvieron y tenía pánico. Te diré que esos trece años te tienen en vilo completamente, del todo. ¿Libertad provisional? Sí, pero te están vigilando por si acaso te deslizas, aunque sea al milímetro...

Nunca dejó la lectura, su gran pasión. Tampoco la escritura, es una autodidacta con gran empeño y tesón. A partir de 1975, tras la muerte de Franco comenzaron a ver la luz sus poemarios.

—Bueno, por fin, se había muerto Franco, esperábamos que se muriera ya de una vez —dice con desdén y hastío.

Sólo dos años después de la muerte del dictador, publicará con la editorial CLA, *Al quiebro de mis espinas: poemas desde la cárcel*. Nos situamos en el año 1977 cuando termina este libro de poemas escritos durante su cautiverio en las cárceles franquistas. La prologuista será alguien a quien conoce en esta época, Acacia Uceta, una poetisa afamada, a quien junto a su marido, Enrique Domínguez Millán, les unirá una buena amistad y muchas tertulias en el Ateneo de Madrid del que Ángeles se hizo socia. Es curioso, sin hacer ejercicio de memoria, Ángeles recita sus nombres con absoluta espontaneidad y sin titubeo alguno.

Fue precisamente Acacia quien la impulsó a escribir sus recuerdos, naciendo así *Réquiem por la libertad*, que ella misma prologaría y sería reeditado en 2003 por la editorial Alianza Hispánica con la colaboración de la Federación Socialista Madrileña, la Fundación Pablo Iglesias, la escuela Julián Besteiro y el centro cultural Las Trece Rosas.

—Un día dije: yo tengo que contar mi historia. Un editor me animó mucho, me dijo: «eso está vendido». Se vendió rápido... Hay que escribir las memorias, para que se sepa que se ha pasado penurias, se ha pasado hambre, miedo, todo. Hemos aguantado lo nuestro, de verdad.

Llegó la democracia y entonces la lucha de Ángeles no cesó hasta formalizar los trámites para registrar la Asociación de Expresos y Represaliados Políticos Antifascistas, entonces aún por legalizar y donde durante doce años ostentó la secretaría de cultura. Desde su cargo impulsó la iniciativa del monumento-homenaje a Miguel Hernández en el parque del Oeste, Madrid, de Domínguez Uceta, erigido el 28 de marzo de 1985. Para entonces le dedicó este poema, «Te echaron de la vida», incluido en el poemario *Títere de corcho*:

Te echaron de la vida, compañero,
cuando a ti me hermanaban tantas cosas
como el tibio perfume de las rosas
o la sangrante boca de una herida.
Te echaron de la vida y sus reclamos
porque al pueblo le dabas voz y acento
cuando el toro letal, sin argumento.

Cuando la entrevista con Ángeles, en una de las veces que hablamos, toca a su fin, me muestra una carpeta con múltiples papeles. Son cartas, felicitaciones de autores como Rafael Alberti o el poeta Leopoldo de Luis, apuntes, recortes de prensa, algún artículo de *Mundo Obrero* y, veloz, me dice: «¡Mira, mira, ves, la carta del monumento!». Lo entiendo, dedicó mucho tiempo y energía a aquella gestión. La carta data de mayo de 1982 con firma del entonces alcalde Enrique Tierno Galván, quien anima a Ángeles en su propósito de erigir el monumento a Miguel Hernández. Ocurría tres años antes de que viera la luz, como decía el propio alcalde en el texto, «este proyecto fructífero para el futuro nacional dados los muchos sufrimientos del poeta por sus ideas y por España».

Como esta mujer es puro nervio, en un momento determinado le resbalan algunos papeles de las manos y caen al suelo, desordenados. Los recojo. Entre ellos distingo precisamente uno que me llama la atención porque habíamos hablado del franquismo y del fascismo. Tiene el sello del Komitee der Antifaschistischen Widerstandskämpfer (Arbeitsgemeinschaft Spanienkämpfer). Al ver mi cara de asombro ella me dice:

—¡Claro! Yo hice mucho, estaba muy activa, no he parado jamás. He viajado mucho, he dado muchas charlas sobre mi experiencia, me he sentido muy feliz.

Se trata de una carta del Comité de Resistencia Antifascista de la República Democrática Alemana escrita en castellano, aparentemente por su grupo de trabajo de la guerra civil, firmada el 24 de marzo de 1990, precisamente cinco meses después de la histórica caída del Muro de Berlín. Estaba dirigida a la «camarada Ángeles». Escrita a máquina, en ella se exponían algunos de los logros de la RDA, aclaraciones sobre la nueva situación de Alemania y sus miembros se manifestaban como abanderados del antifascismo en Europa:

[...] Fuimos nosotros los antifascistas quienes enseguida después de la liberación en 1945, en conformidad con el Acuerdo de Postdam de las Potencias victoriosas, abogamos por una Alemania antifascista y democrática [...] Nosotros, los antiguos luchadores contra el fascismo, residentes en la RDA, aportaremos el antifascismo en el camino de la unificación de los dos Estados alemanes. Pero tenemos también claro que los vecinos europeos tienen miedo de un renacimiento del nacionalismo alemán e incluso del chauvinismo que podría poner en duda las fronteras existentes y con ello la paz. Muy preocupados, constatamos también como ellos que las tendencias de extrema derecha, neonazistas, revanchistas, antisemitas y xenóforas se expanden. Es evidente que esto se fomenta por actores que existen en el otro lado de la frontera que sí se abrió, pero sigue existiendo todavía.

Tres años después, en 1993, Ángeles gana el primer Premio de Poesía Aldonza Lorenzo, de la confederación de Casas Regionales y Provinciales de España con *Pasos tranquilos* y recibe varios galardones, como el Premio Ana Tutor, por el Partido Socialista de Madrid, en mayo de 1999 del cual aún conserva muy orgullosa su placa.

Detecto tres momentos de sentimiento de orgullo en esta mujer: en su aprendizaje autodidacta de la poesía, en su militancia política y en la defensa de sus ideales que le ayudaron a superar los años de presidio.

—Sí, y de mi marido, que he tenido un marido ideal, culto, cariñoso, en lo suyo, qué voy a decir, murió dos años antes que Franco, pobrecito, no vio la democracia... Y mi madre, que no sé lo que me pasa, pero no me la quito de la cabeza...

Una guerra, cuatro cárceles, torturas psicológicas, fusilamientos, hambre, enfermedad, suciedad, de hecho el libro está lleno de «suciedad», y libertad condicional siendo vigilada. A pesar de todo ello consiguió superar el miedo durante el presidio. ¿Y el miedo posterior, el de la libertad?, le pregunto.

Me mira, duda, silencio, tal vez no he expresado correctamente los términos de mi pregunta... Se encoge de hombros, arquea las cejas como diciendo un «no sé» y un poco dubitativa responde:

—Lo pasé mal. Incluso tuve pesadillas sí, las he tenido, diría que te viene a la cabeza todo lo peor con mucha facilidad, especialmente cuando estás libre. Pero he sabido templarme muy bien.

—¿Alguna vez tuvo la tentación de ser creyente? —le inquirí aún sin saber muy bien por qué se lo preguntaba realmente.

Me mira con extrañeza, levanta las cejas y, cuando me esperaba una risotada, tuerce delicadamente el gesto y sonríe con cariño mientras me responde:

—Querida amiga, no, no hay cielo ni infierno y yo, cuando me muera, sólo quiero que me incineren.

Su mente lúcida y despierta junto con todo lo vivido y aprendido durante casi un siglo de vida y de acontecimientos le permite conversar sobre la situación actual del mundo y de nuestra sociedad. Hablamos de la crisis económica, de los partidos políticos, de la carencia de valores de nuestra sociedad, de los jóvenes...

—¿Qué opino sobre los jóvenes? Tienen que moverse, no pueden permanecer quietos o indiferentes, hay que luchar por conseguir lo que realmente queremos, siempre que sean cosas buenas. Hemos de ser más humanos. Total, qué quieres que te diga, soy una sentimental...

Se hace tarde, llevamos horas de conversación y debe descansar un poco aunque no quiera hacerlo. Antes formula una petición:

—Lee el final de mi libro, por favor —me pide de repente—, lee las últimas líneas.

[...] Ellos la acercaban a un mundo limitadamente distinto al que dejaba y en el que encontraría hogares incompletos, seres postergados y dolidos, rostros desencantados y miradas añorantes... Un mundo en el que la lucha por la supervivencia tal vez no iba a ser menos cruel y esquinala

que en la propia cárcel. Levantó decididamente la cabeza y contempló el lejano horizonte. Era preciso vivir: incluso por cuanto dejaba atrás... o tal vez, esencialmente por ello. ¡Sobreviviría!

—Ésa es la palabra exacta que resume cómo me sentía muchas veces, que tenía que sobrevivir. Lo logré. Sabía que ponía en juego mi vida, pero ¿sabes qué?... lo volvería a hacer, tal cual, lo volvería a hacer. Todo.

Al finalizar este capítulo me llega la noticia de su fallecimiento y aun así, espontáneamente, sigo hablando de ella en tiempo presente. Comprendo que es ley de vida, pero irremediablemente me entristece su muerte. Ángeles es una mujer que cala hondo, pura espontaneidad, humanidad, traspasa conciencias. Hablamos durante horas en diversas ocasiones, siempre afloraba el recuerdo y el dolor de su madre, a la que adoraba. «No sé qué me pasa, pero no me la puedo quitar de la cabeza», decía siempre una y otra vez casi venerando a aquella paciente y sufridora mujer que la siguió de cárcel en cárcel sin vida propia. Convendría citar nuevamente la dedicatoria de su libro autobiográfico: «A cuantas mujeres sufrieron la injusta represión: que el olvido no llegue a hacer estéril su martirio». Espero que la sociedad la recuerde tal como se merece, con tres de sus palabras preferidas: Solidaridad y Justicia. ¿La tercera? Sobrevivir. Porque, aunque se nos ha ido a los noventa y siete años de edad, sobrevivirá siempre en nuestro pensamiento. Réquiem por Ángeles García-Madrid.



8

María Salvo Iborra

(Sabadell, Barcelona, 27 mayo 1920)

Del campo de Moisdon-la-Rivière a las cárceles franquistas, acusada de conspirar contra la Seguridad Interior del Estado

Cárceles (1941 a 1957):
Les Corts, Las Ventas, Segovia, Alcalá de Henares



En la Dirección General de Seguridad, hoy el edificio de la Comunidad de Madrid, en la Puerta del Sol, en los sótanos, es donde actuaba la Brigada Político-Social del franquismo. Allí estuve 27 días. Un puñetazo en la cara fue lo primero que recibí, así de repente, te aturdían, era lo primero que

hacían. Luego me dieron patadas por todo el cuerpo, me pegaron y apalearon con saña por algo que no había hecho. Solamente pensaba para mis adentros «aguanta María, mantente firme, no te dejes vencer», y eso me lo dije también durante los dieciséis años que estuve presa en las cárceles de Franco.

(Entrevistas en su casa, diciembre 2014,
abril, octubre a diciembre 2015)

SOY UNA MUJER DE LAS CIRCUNSTANCIAS.» Es una expresión que repite con frecuencia María Salvo, una mujer que nunca ha tenido la vida fácil, que desde muy joven tuvo que luchar contra las adversidades, construirse a sí misma y resistir a los difíciles tiempos que le tocó vivir. Efectivamente, las circunstancias han marcado su vida. Es una de las víctimas históricas de la represión franquista y la última con vida del grupo del que es cofundadora, Les Dones del 36 (Las mujeres del 36), asociación creada por ocho mujeres en 1997 con el empuje y la tenacidad de Llum Ventura. Su objetivo: preservar la memoria de las luchadoras en la guerra civil y recordar la cruel represión de la que fueron objeto por defender la libertad y los ideales de la República. Es ésta una tarea fundamental para eliminar la pátina de invisibilidad en la que la Historia tenía relegadas a muchas mujeres.

La vida de María Salvo es tan intensa y tiene tantas facetas que resulta difícil sintetizarla en tan sólo unas páginas del libro *Atrapados*. Dieciséis años permaneció encarcelada por actividades clandestinas contra el régimen franquista. Su delito, según consta en el juicio sumarísimo, fue conspirar contra la seguridad interior del Estado. La apresaron en Madrid una tarde de septiembre de 1941 cuando actuaba de enlace para la resistencia antifranquista. Su detención aconteció a manos de un falso abogado, un infiltrado que resultó ser un inspector de la Brigada Político-Social franquista, Pedro García Sobrino, un carcerbero que trabajaba conjuntamente con otro sangriento inspector, Eduardo Quintela, que logró desmantelar a base de engaños el núcleo de las Juventudes Socialistas Unificadas en Barcelona, el «Oasis», donde localizó un diario con nombres y anotaciones de integrantes de todo el país.

De aquella actuación cayeron muchos, María también, en un dispositivo policial de película cuando se encontraba en Madrid. Trasladada a la Dirección General de Seguridad, lugar temido por todos los presos, sufrió graves palizas durante los interrogatorios y sobrevivió a la jungla carcelaria en un triste peregrinaje entre los años 1941 y 1957: Les Corts, Las Ventas, Zaragoza-Predicadores, Segovia y Alcalá de Henares. Se dice pronto hoy, con el paso del tiempo, pero es un largo recorrido el de esta mujer que, mejor que nadie, sabe lo que es convivir con presas de toda la geografía española, de todos los niveles socioeconómico-culturales y un amplio abanico de perfiles psicológicos.

Quien la conoce no la olvida. Es contundente en sus declaraciones, crítica con la sociedad actual, tiene criterio en sus convicciones y reivindica el movimiento feminista, el papel de la mujer en el pasado y el presente, su lucha por su libertad y la preservación de los valores democráticos.

—Sí, los valores que nos eliminaron después de los treinta y tres meses que duró la guerra civil, esto no se puede olvidar así como así —afirma con energía.

Desde el primer instante en que la llamé por teléfono percibí, por su tono de voz y su forma de expresarse, el talante de una persona firme y decidida, con muchas inquietudes, muchas cosas por hacer y la impresión de tener poco tiempo para llevarlas a cabo. «Los días se me hacen cortos», me dice reiteradamente mientras pienso que es una excelente actitud ante la vida.

Pero lo más peculiar y particular para mí fue descubrir que había sido vecina de mis padres, en Barcelona, años atrás, antes de que yo naciera. Qué sincronicidades ocurren en determinadas ocasiones. Recuerdo que de pequeña en casa hablaban, con un tono a medio camino entre el horror, la compasión y el espanto, del matrimonio de la cuarta planta que había sido encarcelado por Franco.

Encarcelada, maltratada, torturada, ella establece un matiz:

—Yo hago siempre diferencia entre maltratos y tortura porque la tortura es hasta donde puede resistir la persona, el límite. A mí me tiraron al suelo, con las porras, a palos me pusieron negro el cuerpo dañando mi vientre y órganos vitales. Pero no me pusieron corrientes eléctricas en los pezones,

no me violaron, no me desnudaron, que eso es lo que hacían normalmente. Eso era un hecho real, pero no fui torturada como por ejemplo lo fue Tomasa Cuevas, que le rompieron la cadera y le fracturaron la espina dorsal, viví su sufrimiento, juntas en Segovia, y tuvimos una buena amistad hasta que murió. Pero debo decir que a raíz de aquellas palizas que me dieron he tenido secuelas toda la vida. Las he superado, sí, pero a pesar de mi edad todavía lo recuerdo muy bien. Procuro no ver películas de violencia, no las puedo resistir, me parece como si reviviera aquellos momentos que no puedes quitarte de la cabeza y recuerdas a tus torturadores.

Después de conocer detalles del interrogatorio en aquellos terribles sótanos, la saña y el cinismo con que se llevaron a cabo y las consecuencias futuras que acarrearían, como una imposible maternidad, no cabe duda de que, al menos para mí, aquello sólo tiene un nombre: tortura.

Son tantas sus vivencias que resulta imposible centrar el foco en un solo punto. No obstante, tiene tres etapas muy definidas en su vida: la infancia, la adolescencia y el compromiso político dividido a su vez entre exilio, campo de concentración en Francia y prisión en la España franquista. A sus noventa y cinco años la percibo repleta de lucha e ilusión, con una mente juvenil. Aun así dice:

—La vejez tiene un precio y cuesta mucho pagarlo...

Es una veterana de la psicología de la supervivencia dentro de la cárcel, estuvo presa desde que tenía veintiún años, en 1941, hasta su salida del último presidio en 1957 con treinta y siete años de edad. Hoy revive en cierto modo aquella juventud que dejó de penal en penal, con una mente jovial y despierta. Devora las noticias, se nutre de información a diario, es para ella una necesidad vital. Lee la prensa, las noticias, escucha los informativos, sigue la actualidad política y social, siempre alimentándose de lo que ocurre en el mundo.

Entre recuerdo y recuerdo hablamos sobre ciertos acontecimientos actuales, como la situación de extrema gravedad de los inmigrantes que huyen de sus países en guerra buscando refugio en Europa:

—Hay que ayudar a los refugiados. Hace muchos años que esto ocurre y nadie ha hecho caso; ahora sí, desde que se desbordó con el tema de la inmigración siria. Hasta que Europa ha comenzado a reaccionar han pasado cosas terribles. Son personas, no mercancías, no son ganado, hay que tratarlos humanamente. Yo fui refugiada también, huí del fascismo; ellos huyen de la guerra. Me pregunto ¿por qué los dirigentes no toman medidas en serio antes de que se produzcan estos dramas? ¿Por qué no acaban con las guerras de una vez?

La trayectoria de María es extensa, vivió el esplendor de la Segunda República, militó en las Juventudes Socialistas Unificadas durante la guerra civil y, al finalizar la contienda, al igual que casi medio millón de españoles que huyeron de las represalias franquistas, cruzó la frontera hacia Francia. Buscando la protección del gobierno francés, sólo encontró su confinamiento en centros de acogida y un campo de concentración repartidos por el territorio. Nos situamos en febrero de 1939, las últimas semanas de la guerra civil. Meses más tarde, en septiembre del mismo año, comenzaría la segunda guerra mundial. Los españoles «allende de las fronteras» quedaron atrapados entre dos guerras y sin poder regresar a una España gobernada por Franco y muchos terminaron deportados a los campos nazis, como Mauthausen (Austria).

Hacinamiento, miseria, insalubridad. Un Decreto Ley del 12 de noviembre de 1938 establecido por el gobierno francés, por el primer ministro Édouard Daladier, sobre actuaciones dirigidas a los extranjeros, les consideraba «extranjeros indeseables» y proponía su expulsión. Los españoles fueron despreciados por el gobierno, temidos por «rojos», eran los indeseables tal como recuerda el profesor de sociología francés, Alain Léger, autor de un interesante libro titulado *Les indésirables. L'histoire oubliée des Espagnols en pays charentais*.

Nuestra protagonista permaneció casi un año en el noroeste francés, en el centro de acogida de Le Poulingen, en la isla de Saint-Brévin y, después, en el campo de concentración de Moisdon-la-Rivière, antes de ser una «indeseable» devuelta por las autoridades francesas. A la fuerza fue conducida a España a través de Hendaya. Poco imaginaba que meses más tarde comenzaría su periplo por las cárceles franquistas.

Sin embargo, matiza y rompe una lanza en favor del pueblo francés, no de aquel gobierno colaboracionista con los nazis, pero sí de la gente que en muchas ocasiones ayudó a los presos ofreciéndoles comida y apoyo:

—Cuando pasamos la frontera de España a Francia, había un gobierno de derechas, fascista, nos atendieron mal, inmediatamente ilegalizaron los partidos de izquierdas, llegaron los nazis al poder, pero después se generó la Resistencia y también tengo que decir que el pueblo francés que nos vio en aquellas condiciones nos ayudó, como fue el caso de las mujeres antifascistas que nos apadrinaron.

Pero repasemos un poco la infancia de María Salvo antes de descender a los infiernos de su condena. Nació en Sabadell (Barcelona) el 27 de mayo de 1920, de padre obrero y madre asistenta. «Éramos muy pobres, pero libres», reitera en varias ocasiones al indicar la feliz etapa de su niñez. Con once años viviría el esplendor de la Segunda República, proclamada el 14 de abril de 1931.

—Durante el corto período republicano el avance cultural fue enorme. La enseñanza en la República fue estupenda, un espacio de libertad y plenitud. A mí siempre me gustaba mucho leer, por ejemplo a Folch i Torres,¹ mi madre siempre me animó a leer y a estudiar.

Recuerda María que en este período la situación del país mejoró sensiblemente, sobre todo en el terreno cultural. Se rompieron barreras, inmediatamente la enseñanza fue mixta, se aplicó el método Montessori, muy progresista por aquel entonces, se multiplicaron los centros escolares, se amplió el conocimiento artístico, el teatral...

—Sí, y se fomentó el deporte en las escuelas, colonias juveniles y un largo etcétera que radiaba un soplo de libertad y de comunicación. El espíritu de la juventud de aquella época era increíble, irrepetible, eran jóvenes que trabajaban y estudiaban, todo era difícil, pero existía un afán de saber, de mejorar, de crear un bienestar. Era un afán de superación, de transformar el mundo eliminando las desigualdades existentes.

Durante la Segunda República también se produjo un vuelco en el concepto tradicional de la mujer, cambiaba su papel dentro del esquema familiar y en la sociedad de la época. La mujer se rebelaba, había dado un

salto cualitativo al desterrar la única perspectiva antes existente de casarse y de procrear.

—Pues sí, la República supuso un vuelco. Las mujeres estaban disconformes. Tenían tradicionalmente un papel asignado por la sociedad: casarse y tener hijos, nada más. Pasaban del padre al marido. Yo siempre me rebelé contra eso. Comenzaron a trabajar en fábricas y algunas llegaban a hacer mecanografía, era lo más avanzado tener una máquina de escribir y ser secretaria en algún lugar. Solamente había como excepción, la clase selecta, las hijas de empresarios, gente con poder que tenían una preparación diferente.

Sin embargo, nuestra protagonista tuvo que dejar la escuela con tan sólo catorce años, cuando su madre enfermó, y comenzó a trabajar de planchadora.

A pesar de todas las bondades de la Segunda República, también se produjeron numerosas trabas para aplicar muchas de las cuestiones pendientes, como por ejemplo, la separación Iglesia-Estado, la reforma agraria o la depuración del Ejército entre otras. La República tuvo que enfrentarse con una clase obrera que exigía unas reformas inmediatas, no siempre factibles. Encontró oposición de una derecha recalcitrante que empezó a conspirar secundada por los grandes terratenientes y la burguesía. Con relación al Ejército, se había aplicado el destierro a algunos generales entre ellos el entonces jefe del Estado Mayor Central, Francisco Franco, que fue destinado a Canarias, lugar idóneo donde medrar y preparar la sublevación contra la República, un Estado libre y democrático surgido de unas elecciones en 1931 al que el Ejército había jurado acatamiento.

El inicio de la guerra civil en Barcelona o, mejor dicho, el fracaso del golpe de Estado el 19 de julio permanece claro y detallado en la memoria de María Salvo, al igual que ocurre, curiosamente, con el resto de entrevistados de este libro. Su hermano, Ferran, obrero de fábrica, estudiante, buen deportista y nadador, se preparaba para participar en la conocida Olimpiada Popular que tendría lugar en Barcelona precisamente entre el 19 y el 26 de julio de 1936. Aquella Olimpiada en la que también tenía que participar otro integrante de este libro, Antonio Cánovas, fue organizada y concebida como una defensa de los valores democráticos, un

clara oposición al nazismo y una firme protesta contra la celebración de los XI Juegos Olímpicos que tendrían lugar en el Berlín hitleriano el mes siguiente, en agosto de 1936. Se reunieron en Barcelona más de veintitrés delegaciones de países, cientos de atletas participantes con espíritu solidario y la implicación de movimientos obreros y partidos de izquierda. Uno de los atletas era el hermano de María.

—Parece una película. Era muy temprano, estábamos en casa cuando de repente escuchamos unos sonidos como si fueran fuegos artificiales, creíamos que eran de la inauguración de la Olimpiada, pero no, eran tiros reales de armas de fuego. ¡Eran disparos!

Al amanecer del domingo 19 de julio de 1936, de algunos cuarteles militares de la ciudad catalana salía la tropa al mando de los jefes de su unidad secundando la sublevación de Marruecos. Desfilaron hasta el centro de la ciudad, donde se toparon con la guardia civil y los guardias de asalto, cuerpo policial creado durante la Segunda República, que permanecieron fieles al gobierno republicano. Cataluña no secundó la sublevación, incluso la actitud de algunos militares no fue unánime, no se adhirieron, motivo por el cual el general Domingo Batet fue fusilado por Franco al negarse a participar. Son acontecimientos frescos en la memoria de María Salvo porque, de una u otra forma, los vivió y ahora los recuerda.

Durante los treinta y tres meses que tiene exactamente contabilizados de duración de la guerra, María participó en la retaguardia con tareas de apoyo. Había ingresado muy joven, a los dieciséis años, en las Juventudes Socialistas Unificadas de Cataluña (JSUC). Es en esta etapa de su vida cuando traba amistad con el fotógrafo Francesc Boix, el mismo que, meses más tarde, sería deportado al campo nazi austríaco de Mauthausen donde trabajó en el laboratorio fotográfico y de donde extrajo, con la ayuda incondicional de otros cautivos jóvenes, las fotografías que darían a conocer al mundo las atrocidades de los campos de concentración nazis. Con respecto a Boix, muchos de los deportados supervivientes que entrevisté para *Vivos en el averno nazi* me hablaron de su relación y algunas anécdotas. Por eso cuando María me comentó su amistad y militancia en las

JSUC me llamó la atención. Me fijé en una fotografía que guarda con cariño, fechada a finales de 1937 que él mismo le hizo en un momento improvisado, en Barcelona.

—Me dijo: «Quédate ahí, que te hago una foto», y sin más, con lo decidido que era, se agacha en el suelo corriendo y, zas, dispara la cámara en ese primer plano que ves de mi cara mientras a mí me daba la risa. Me han dicho de esta foto en blanco y negro que parezco una heroína soviética mirando en la lejanía —dice riendo al recordar aquel momento del pasado—. ¡Qué jóvenes éramos, teníamos más o menos la misma edad, cuántas ilusiones!

Nuestra Cionín o Alba, como conocían a María Salvo hasta su ingreso en la cárcel, no estaba de acuerdo con que la mujer tuviera que ir al frente a luchar, a pesar de que algunas lo hicieron, como Concha Pérez, una mujer valiente y decidida. Sin embargo, a ella no le gustaba llevar fusil, no le parecía necesario, pues prevalecía la importante labor de la mujer en la retaguardia, al frente de escuelas, trabajando en hospitales, con los refugiados, atendiendo a estos y otros problemas que se iban generando dentro de la ciudad.

A finales de enero de 1939, semanas antes del final de la guerra, comienza la retirada. María, con dieciocho años, tras la caída de Cataluña, tuvo que marcharse para buscar refugio en Francia. Junto con otras jóvenes, algunas de las Juventudes Socialistas Unificadas, se dirigió hacia la frontera, por Figueras, bajo las bombas cruzaron La Junquera y llegaron de madrugada a Le Boulou. El lugar en la frontera era realmente dramático, huida bajo las inclemencias de un frío invierno.

La guerra estaba perdida y las «circunstancias», de nuevo, como ella dice una y otra vez, la conducirían hacia una nueva y cruel etapa de su vida: los campos franceses. Creo que es una de sus facetas menos divulgadas, la de su paso por los espacios de reclusión del noroeste francés. Para entonces la Alemania nazi ya se había anexionado Austria un año antes, en marzo de 1938, y estaba a punto de escenificarse la derrota final del Ejército Popular de la República. ¿Cómo? El 27 de febrero de 1939, semanas antes de finalizar la guerra civil, el gobierno francés daba a conocer el denominado Acuerdo Bérard-Jordana, un acuerdo tácito franco-español, según el cual

Francia se apresuraba a reconocer oficialmente, con el acuerdo de Gran Bretaña, el gobierno de Franco como legítimo. La guerra estaba perdida sin remedio. En unos días, el 2 de marzo de 1939, Edouard Daladier, primer ministro, designa al mariscal Philippe Pétain embajador francés ante el gobierno franquista, cargo que desempeñaría en Burgos primero, en Madrid después, hasta el 17 de mayo de 1940, fecha en que regresa a Francia como primer ministro. Sirvan estas líneas para recordar que semanas más tarde, en plena segunda guerra mundial, el 22 de junio de 1940, firmaría, tras la aprobación del Consejo de Ministros y del presidente de la República francesa, el armisticio con la Alemania nazi instalando el gobierno en la ciudad de Vichy, zona ocupada por la Wehrmacht.

Aquellos acuerdos significaron el reconocimiento de Franco y el inicio del trágico destino de los exiliados que dejaron de ser considerados refugiados políticos para ser confinados en campos repartidos, a partir de febrero de 1939, por toda la geografía francesa, especialmente en su zona sur.

Eran los *Indésirables* —los indeseables— tal como recuerdan ellos mismos y como se ha comentado en distintos libros de texto. Lo que no esperaba era descubrir unos documentos microfilmados en los Archivos Nacionales de Andorra, que atestiguan la constante correspondencia mantenida en las fechas indicadas de 1940 entre el Prefecto de l'Ariège y el Ministerio francés, el secretario de Estado del Interior (Dirección General de Seguridad Nacional). Se hace constante referencia a los *espagnols indésirables* en territorio andorrano y fronterizo, así como una serie de instrucciones severas de conducirlos inmediatamente al campo de Vernet. (Documento en el pliego de fotografías).

Por eso María no olvida el día 7 de febrero de 1939, cuando, entre el caos reinante en la frontera donde estaba, en Le Boulou, es obligada a subir junto con sus compañeras a un tren de mercancías con destino incierto. Aquella carga eran los refugiados españoles camino del Loira Atlántico, entonces denominado Loira Inferior, un convoy repleto de mujeres, niños y algunos lisiados de guerra.

Le Pouliguen, así se llamaba el centro para refugiados de la Bretaña francesa, donde se detuvo aquel tren, en el departamento del Loira Atlántico, a unos 15 kilómetros de Saint-Nazaire. Le seguiría una breve estancia en la isla de Saint-Brévin y finalmente el traslado a un desolador campo de concentración: Moisdon-la-Rivière, a 12 kilómetros al sur de Châteaubriant, del que muchos desconocen que entre los años 1939 y 1945 fueron confinados primero, refugiados españoles víctimas de la guerra civil y, más tarde, durante la segunda guerra mundial, miles de gitanos prisioneros del nazismo y un gran número de judíos que fueron masacrados durante el Holocausto.

—Cuando dicen que he estado en varios campos de concentración, vamos a matizarlo, no es así. Yo he estado en un campo de concentración terrible, Moisdon, los otros dos eran lugares de acogida, esto hay que dejarlo claro, eran un lugar de vacaciones de veraneo para niños.

Le Pouliguen era un centro de acogida creado a inicios de 1939, uno de los muchos Centres d'Accueil, tecnicismo utilizado entonces por el gobierno francés. Aquí es donde estuvo también la periodista, narradora y dramaturga Luisa Carnés (1905-1964), autora de obras como *El eslabón perdido* o *De Barcelona a la Bretaña francesa*. Otra obra que menciona este lugar es *El exilio de los republicanos españoles en Francia: de la guerra civil a la muerte de Franco*, de Geneviève Dreyfus-Armand.

Al redactar *Atrapados*, he descubierto que la entrevistada Alejandra Soler estuvo detenida en Le Pouliguen antes de su partida hacia la URSS.

Este lugar es un pequeño y paradisíaco enclave turístico, con puerto de pesca, balnearios, bonitas playas, una costa rocosa con numerosas cuevas y un sitio histórico reconocido. Lo avalan su riqueza de vestigios celtas, su iglesia del siglo xv y su campo protohistórico de Penchâteau inscrito como monumento histórico a finales de los setenta.

Pero, alejándonos de los paisajes bucólicos que vemos hoy borrando la huella del tiempo, retrocedamos a aquella madrugada del 7 de febrero de 1939, setenta y siete años atrás, cuando en la estación de tren de Le Pouliguen, llegaba aquel tren de ganado repleto de una terrible mercancía:

mil quinientas mujeres, niños, ancianos y unos pocos lisiados de guerra, una parte de los derrotados de la guerra en España que viajaron durante tres días. Era el tren de María Salvo.

—Fue terrible, creo que allí me di cuenta de dónde estaba realmente. Yo era muy joven, vivía con ideales e ilusiones. Aquel tren sin letrina ni respiradero que tardó mucho en llegar al destino fue terrible, dos días y medio en realidad, de inmundicia, sin saber qué iba a ser de nosotros. Nos tenían confiscadas, no nos dejaban bajar ni nos daban comida.

Directamente fueron enviadas a la residencia de Brécéau, un castillo de veraneo de estudiantes ubicado en la playa, en la costa atlántica.

—Nos esperaba una brigada para desinfectarnos, todos a las duchas, nos hicieron desnudar allí mismo. Nos impregnaron con un producto químico que escocía por todo el cuerpo y nos fregaron con Zotal para quitar piojos y sarna.

Aquella fue la primera humillación de la que sería objeto, la desinfección en grupo. Desde el primer momento María y sus compañeras se organizaron para trabajar, llevando a cabo tareas de ayuda a toda la comunidad refugiada. Apoyo a las embarazadas, enseñar a leer y a escribir a los niños pequeños, quitarles los piojos... pero también llevaban a cabo una constante tarea de mejora estructural del lugar y de las condiciones sanitarias como obtener jabón y ropa limpia entre tanta suciedad. Un día supieron por la prensa de la derrota republicana, el final de la guerra civil en España. Era una mala noticia. A pesar de ello, a su actividad constante se sumó otra faceta más reivindicativa que desbordó la calma del director del centro, incluso celebraron el primero de mayo, día del trabajador, dando la vuelta al patio del centro gritando consignas revolucionarias. Esto sólo sería el comienzo...

—Era una buena persona el director, pero nosotras éramos jóvenes y nuestro espíritu combativo seguía latente. Además, por aquel entonces el gobierno del país era de derechas, simpatizante nazi. Fue el preludio de la segunda guerra mundial. El hecho de celebrar el primero de mayo en el patio del refugio lo descolocó. Tanto fue así que el hombre comentó: «en Pouliguen se ha organizado un Soviet» —ríe...

Fundamental y arriesgada fue la labor que llevaron a cabo muchas mujeres en Francia de forma clandestina. Eran las mujeres antifascistas de Saint-Nazaire. Actuaban por ideales, por humanidad, organizaban grupos de apoyo a los refugiados españoles en general y, de forma individual, apadrinaban a la gente joven, como María Salvo. Nunca olvidará a Marie Genovais, una mujer católica que la apadrinó a ella, propietaria de un café llamado Victor Hugo en Saint-Nazaire, en la Bretaña francesa. Se desplazaba hasta Le Pouliguen y, a través de las rejas, le ofrecía comida, jabón, ropa limpia, lo que precisara. Era el apadrinamiento. Lápiz, papel y sellos, eran un bien necesario que introducían desde el exterior para que las refugiadas escribieran unas líneas para hacerlas llegar a sus familiares de España. Eran el apoyo exterior necesario para sobrevivir.

—Las cartas estaban escritas en clave para pasar la censura, por ejemplo cuando decían: «Sigue en el sanatorio y recupérate pronto» significaba que no volvieras porque había peligro, o «ha muerto el ganado» quería decir que habían fusilado a un familiar, o «hemos matado a un cerdo», clave terrible que implicaba la muerte de tu marido o cabeza de familia. Era todo un lenguaje...

Para aminorar el sufrimiento de los refugiados españoles, el Partido Comunista Francés puso a su disposición una página de un diario para que solicitaran comunicación entre familiares y conocidos de campo a campo. Así se tejió una red a través del diario *L'Humanité* que se extendió por todo el país estableciendo el contacto entre refugiados de diversos campos en la distancia. Fue así cómo María escribió unas líneas en el diario y logró encontrar a un pariente suyo.

Aquellas francesas antifascistas valientes crearon una estructura organizativa, conectando al Partido Comunista de Saint-Nazaire con el Partido Comunista Español. Esta intensa y solidaria labor prosiguió durante el traslado de María y las demás refugiadas a una pequeña isla llamada Saint-Brévin, en la desembocadura del río Loira, donde permaneció durante tres semanas, lugar de vacaciones por excelencia del turismo inglés. El apadrinamiento continuaba.

La resistencia de aquellas jóvenes refugiadas con un fuerte espíritu de lucha, ayuda y supervivencia contrarió siempre a las autoridades francesas. Para entonces comenzaban las repatriaciones de refugiados a España y ellas se negaron sistemáticamente al retorno.

—Decían que Franco quería el regreso de jóvenes y niños que no tuvieran las manos manchadas de sangre, pero eso no nos lo creíamos. Algunas dudaban y nosotras las convencíamos.

Todo ello creó un precedente de la existencia de grupos de jóvenes rebeldes que se sublevaban contra la dirección del lugar y las autoridades. Pero, además, en Saint Brévin se gestó, con la ayuda externa de los contactos del Partido Comunista Francés, la fuga de tres responsables de la dirección de las JSU. Aquel hecho fue decisivo para precipitar al máximo el traslado del grupo de jóvenes rebeldes a un campo de concentración a medio camino entre la nada y algunas ruinas de la primera guerra mundial: Moisdon-la-Rivière.

—Así fue, y había que someterlos, anularnos, por eso nos llevaron a Moisdon.

Moisdon-la-Rivière es una zona históricamente rica en hierro dedicada durante siglos a la fundición, a la industria siderúrgica. Actualmente, este lugar de caminatas entre páramos, bosques y caminos escarpados con una flora variada y protegida es también centro de peregrinaje de los descendientes, familiares y amigos de los refugiados que aquí fueron encerrados. Según el memorial del lugar, entre este campo de concentración y otro en una comuna cercana, Juigné-des-Moutiers, se contabilizaron conjuntamente un total de cerca de 1.200 refugiados españoles en mayo de 1939 y unos 900 a finales de octubre del mismo año, descenso producido por las repatriaciones efectuadas.

Ubicado en lo alto de un cerro y rodeado de un alambre de espino, cientos de mujeres y niños fueron a parar a aquellas derruidas dependencias habilitadas improvisadamente en campo de concentración. Entre viejos edificios militares al borde de su derrumbe por el clima, el abandono y el paso del tiempo, se encontraba algo alejada de la estructura central una vieja iglesia-capilla, un espacio antaño habilitado para la caballería militar, utilizado durante la primera guerra mundial y, a su llegada, a punto de caer

en mil pedazos. Entran, miran de lado a lado, nada, no había nada, sólo inmundicia. Allí fue a parar María, encerrada junto con sus compañeras, en aquella pequeña capilla en ruinas, de paredes desconchadas y unas ventanas situadas en lo más alto de un techo cercano al derrumbe. Eran veintitantas chicas, dormían en el suelo.

—Había un grupo de jóvenes, algunas destacadas, Pilar Claudín, hermana del dirigente comunista Fernando Claudín, Dolors Bruguelada, Isabel Vicente, Consuelo Alonso, Raquel Pelayo, Soledad Real... En fin, allí estábamos todas, en un campo de concentración en el que había unos árboles, algunos cultivos, manzanos... Enseguida las chicas de las Juventudes Socialistas Unificadas, las mismas que estuvimos activas en Le Pouliguen, nos organizamos por responsabilidades: unas a la cocina; otras con los niños; otras destinadas a la limpieza de nuestro habitáculo en la capilla, porque hay que decir que aquello era una iglesia por la que entraban los búhos, las ventanas estaban arriba de todo y no alcanzábamos a cerrarlas ni a limpiarlas, tampoco había puertas, no había nada, sólo paredes. Todo a punto de caerse. La primera noche llega un camión con mantas, limpiamos el suelo, ponemos la manta y allí dormimos. Suerte que para entonces era verano... Éramos muy disciplinadas, cada una tenía una pauta. Habría más de trescientas y pico mujeres y unos casi doscientos niños, más o menos. Había que seguir con la enseñanza de los niños, que aprendieran bien a leer y a escribir, también francés. A los adolescentes les hacíamos allanar el irregular suelo del campo que luego utilizaron para hacer deporte. Otro trabajo de fondo fue el psíquico, muchas mujeres tenían la carga familiar de los niños y la tragedia de no saber qué era de sus maridos, si habían sido fusilados, cómo estaba su familia... Había que darles paz y moral.

En Moisdon prevalecía el espíritu de no desfallecer, impartían charlas, crearon lazos de amistad, de trabajo y de convivencia sin rivalidades ni peleas, todo el mundo acató la disciplina interna. Creo que aquí se gestaría el carácter solidario, la personalidad de estas jóvenes y la esencia del grupo que, con los años, acabarían trasladando a las cárceles franquistas en su calidad de presas políticas.

—No hubo ningún problema, ni para comer ni durante las largas colas que teníamos que hacer para lavarnos en espacios tan reducidos. Incluso intentamos mejorar la enfermería, había una enfermera, sí, y una especie de camilla en medio de una sala, pero sólo atendía constipados, fiebre, piojos, había un botiquín mínimo, con gasas para las heridas y rasguños, poco más, sin medicamentos ni nada. Por suerte no hubo enfermedades graves.

Uno de los momentos más preocupantes fue el parto de una de las compañeras de María, Isabel Vicente, que tendría a su hija sin ayuda médica ni higiene, trasladada en un improvisado tablón de madera a modo de camilla. Lo relata así la propia Isabel en el libro *Cárcel de mujeres* de Tomasa Cuevas:

En Moisdon la vida se hizo dura. Yo me casé en el 38, estaba encinta cuando pasé la frontera y en ese campo fue donde tuve a mi hija Nuri, en muy malas condiciones porque la responsable estaba en contra nuestra y nosotros estábamos en contra de ella... Además no me llevaron al hospital, ni tuve ninguna asistencia. Es decir, que yo tuve a mi hija así, a la buena de lo que pudiera suceder... Una mujer gallega que en su pueblo había atendido a vacas y a cabras fue la que me atendió.

La directora del lugar, una asturiana, Rosario González, se opuso a su traslado a un hospital, por eso todas la odiaron, porque nunca ayudó a sus compatriotas y su trato fue desmesurado. Quién iba a decirme a mí que a finales de 2015 conocería a aquella niña, Nuri, hija de la presa Isabel Vicente, nacida improvisadamente y bajo pésimas circunstancias en Moisdon. Nos presentó precisamente María Salvo durante un evento de memoria histórica, el «Autobús de la Memoria» con el que recorrimos la cárcel de Les Corts y el Campo de la Bota, dentro de la programación *Franco 40/40* organizado espléndidamente por el *European Observatory on Memories* dirigido por el historiador Jordi Guixé, acompañado de Núria Ricart y su equipo de la Universitat de Barcelona.

Reconduciéndonos al pasado, acerca de la directora del campo francés, María reiteró que era una mala persona al servicio de los gendarmes. Vivía fuera del campo junto con su marido y, a diario, entraba a Moisdon imponiendo normas, horarios y sacrificios sin sentido alguno.

—Aquí ya se generó una lucha abierta y bien organizada. Ella era cómplice de los gendarmes, pasaba a la policía un parte con todas nuestras acciones, estábamos bien fichadas. No había ducha, íbamos con la ropa y zapatos agujereados, pero ya habíamos desterrado piojos y sarna aseándonos en un riachuelo que pasaba por el campo.

En los últimos meses de 1939 la repatriación, hasta entonces una mera recomendación, se volvió forzosa. El grupo de María se negó siempre en rotundo, incluso promoviendo huelga de hambre y todo tipo de resistencia. A primeros de noviembre, el subprefecto de Moisdon, aparentemente dispuesto a negociar, les propuso una alternativa: su traslado al sudeste de Francia, a Saint-Cyprien. Aceptaron. Consideraron que, ante la esperada y previsible invasión alemana de Francia, desde dicho campo, ubicado al sur del territorio, podrían estar más cerca de exiliados y familiares.

Las engañaron. El 1 de noviembre de 1939, María Salvo y su grupo, en el que se encontraba la que sería durante años su íntima amiga, Consuelo Alonso, Chelo, subieron de nuevo obligadas a un tren de mercancías. No tardarían en darse cuenta de que aquel convoy desviaba su ruta. Su verdadero destino era España. Algunas saltaron aventurándose a su futuro. María y otras permanecieron al lado de la compañera Isabel, la que tuvo a su bebé en el campo de Moisdon. No la abandonaron. Fueron entregadas por el gobierno francés a la guardia civil en Hendaya.

—No regresé voluntaria, fui obligada, que quede claro que a empujones me devolvieron a España, a la fuerza.

El que sería su esposo tras la liberación también fue refugiado en Francia y preso en España. Domènec Serra Estruch, estudiaba medicina cuando estalló la guerra civil, se alistó voluntario dentro de la 27.^a División, 123.^a Brigada Mixta, para luchar en los frentes de Aragón, Segre y el Ebro hasta que llegó la derrota. Acabada la guerra cruzó la frontera francesa, fue recluido en varios campos de concentración franceses y, durante la segunda guerra mundial, se incorporó a una compañía de trabajadores extranjeros para llevar a cabo la construcción de una base submarina en Burdeos. Entonces se integró en la Resistencia y llegó a luchar activamente contra la ocupación alemana, participando en acciones de sabotaje contra los nazis.

Más tarde, la 24.^a División de Guerrilleros, participó en múltiples combates. Una de sus misiones finales fue entrar en España por el Valle de Benasque (Huesca) al mando de un comando de guerrilleros. Fueron interceptados a finales de 1945 y, tras un Consejo de Guerra, fue sentenciado por rebelión militar y condenado a treinta años de cárcel de los que cumplió trece hasta salir del penal de Burgos en octubre de 1958. Allí fue compañero de Marcos Ana, de Enric Pubill y de Lluís Martí Bielsa, los tres entrevistados en *Atrapados*. En la década de los ochenta fue uno de los fundadores y presidente durante años de la Amical de Catalunya d'Antics Guerrillers Espanyols a França y cofundador de la Associació Catalana d'Expressos Polítics, que se encuentra en Barcelona. Por eso María guarda con cariño los boletines de aquella etapa de su vida, recopila inúmeros artículos de opinión y pone orden a tanta documentación para preservar su memoria.

Precisamente sería Domènec quien tomó la decisión de crear un monumento conmemorativo del Día del Guerrillero español, como homenaje a los maquis y guerrilleros caídos a ambos lados del Pirineo. Dicho y hecho, el monumento y su homenaje se celebra hasta hoy cada año en el cerro de Santa Cruz de Moya (Cuenca) el primer fin de semana de octubre. Representa el recuerdo del valor, la solidaridad y la entrega de aquellos hombres y mujeres que, en su lucha contra la dictadura y el fascismo, pasaron hambre, frío y todo tipo de penurias en las montañas de nuestras fronteras. Domènec fue uno de ellos, falleció en 2009.

Retrocediendo de nuevo al pasado, en un constante y necesario vaivén de idas y regresos en el tiempo del relato, nos situamos en el preciso instante en que aquel convoy, el mes de noviembre de 1939, devuelve a nuestra protagonista a España. Tras facilitar un nombre falso, María quedó inesperadamente libre y, junto con su amiga Chelo, pusieron rumbo a Bilbao para encontrarse con su hermano, Ferran, con el que siempre estuvo muy unida. Durante la guerra civil fue preso al romperse el frente de Aragón y enviado a los campos de concentración españoles de Aranda de Duero y Santoña. Por fortuna, sus conocimientos de mecánica le salvaron de un trágico destino y fue conducido a una base militar para la recuperación de material de guerra, en Deusto.

Poco tiempo permaneció María en Bilbao, en mayo-junio de 1940 tuvo que trasladarse a Barcelona para atender a su madre, gravemente enferma de cáncer. No se rehízo jamás, se suicidó cuando María tenía apenas veintiún años, suceso que la marcó trágicamente. Psicológicamente hablando, éste fue el primer momento cruel de su vida, al borde del hundimiento, la pérdida de la madre.

—¡No me hundí nunca! Pero la muerte de mi madre fue muy dura para mí, tuve incluso una depresión y la vencí, me rehíce, pero eso lo tengo clavado. Además, el panorama de posguerra de la Barcelona del 41 era desolador, había una miseria espantosa.

Durante dos años, desde su regreso del campo de concentración de Moisdon, en Francia, en noviembre de 1939, hasta su entrada en prisión, en septiembre de 1941, conoció muy bien la represión y la clandestinidad, siempre escondida para no ser reconocida y detenida.

—Fueron años de fusilamientos diarios, un ambiente de miseria general, personas destruidas por la desgracia, edificios derruidos por las bombas, hambre, impotencia, prepotencia absoluta de los vencedores... Era vivir pensando que en cualquier momento alguien te podía delatar porque la delación estaba incluso premiada. Esto fue un revulsivo para incorporarse a la Resistencia.

Por eso participó, siempre como militante de las JSUC, clandestinamente, en las actividades del «Oasis», un piso de Barcelona desde el que se gestaban reuniones secretas para la reorganización de las Juventudes Socialistas Unificadas durante la posguerra, acciones de apoyo a los presos, muchos de ellos en la cárcel Modelo, y actividades de propaganda. Siempre ocultándose para no ser delatada. Trabajó con mujeres como Isabel Imbert, secretaria de organización del Comité de Barcelona de las JSUC, Clara Pueyo, responsable del Socorro Rojo Internacional en la ciudad, y Soledad Real, compañera de la guerra y del campo de Moisdon. El «Oasis» sería donde, meses más tarde, unas anotaciones de una de las dirigentes acabarían por dismantelar el Comité de Barcelona afectando de inmediato a otros miembros repartidos por el país.

Tras el fallecimiento de su madre, María tomó la decisión de irse de Barcelona, era demasiado peligrosa la ciudad. El porqué de su detención es largo y complejo. En aquellos tiempos la Resistencia se reorganizaba frágilmente, la seguridad era mínima y el riesgo enorme pues se realizaban contactos con diversos camaradas mientras sobrevolaba el constante riesgo de topar con un infiltrado. La peligrosa gestión que llevaban a cabo las compañeras del «Oasis» acabaría aplastada en manos del temido y sanguinario inspector Eduardo Quintela, que revolvía toda la ciudad y llevaba a cabo innúmeras detenciones y brutales interrogatorios. Localizó nombres y direcciones y pronto extendería la investigación al resto de la península, preparando la emboscada en Madrid en manos del hombre que sería la perdición de María Salvo: el antes citado inspector de la Brigada Político-Social franquista, Pedro García Sobrino, quien, aparentando estar interesado en la reorganización del partido, la citó una mañana del día 9 de septiembre de 1941.

Una cita en un bar de la glorieta de Cuatro Caminos de Madrid. María nunca confió, pero el riesgo siempre existía. Aquella mañana entró en el bar, vio al personaje en cuestión sentado y, súbitamente, aparecieron varios policías pistola en mano, apuntándola y obligándola a subir a un coche ya en marcha desde el exterior. Así fue detenida, en una apoteósica detención digna de guión de película con un despliegue de fuerzas desmesurada. En pocos días caerían más nombres, incluida su amiga Chelo y su hermano Ferran, entre otros.

Si antes decíamos que María Salvo es una mujer de las circunstancias y posee múltiples etapas difíciles de sintetizar, ésta es tal vez una de las más complejas de explicar y nos retrotrae a unos meses antes de la detención. Su hermano la había informado de que una dirigente de las Juventudes Socialistas había llegado de América y quería encontrarse con ella, por lo que María se desplazó hasta Madrid. Esta persona se llamaba Perpetua Rejas, pero su nombre de batalla era María del Carmen García Company, alias «Irma», y su intención parecía consistir en reorganizar los núcleos comunistas dispersos por España tras la guerra civil. ¿La conocía?

—No sólo la conocía sino que la aprecié. Estuvo en casa refugiada durante la guerra, mi madre la acogió como si fuera una hija. Perpetua, que era de Burgos, estaba sirviendo en la casa de unos señores de Barcelona, pero al final se marcharon. Pertenece a las JSUC y en Barcelona estaba en el Comité Local, yo era de propaganda y ella de Organización. Al final de la guerra se refugió en Francia y finalmente partió hacia América, Santo Domingo y luego a México. Allí trabajó, era una persona activa. Después regresó a España, se estableció en Madrid y yo me alojé en su casa.

Perpetua le pidió a María que colaborara, asignándole la misión de trasladarse a Vigo para localizar las señas de un soldado republicano, Eleuterio Lobo Martín. Nada más. Lo que ella no sabía era que Lobo, al finalizar la guerra civil, había cruzado la frontera de Francia y se había refugiado en México, donde el dirigente Fernando Claudín lo reclutó a mediados de 1940 para que se integrara en la dirección de la Resistencia comunista con la consigna de reorganizar los comités provinciales. Cuando estuvo preparado para su misión haría la ruta inversa; es decir, regresar clandestinamente a España vía Portugal. Desembarcó en Lisboa en mayo de 1941 donde se reuniría con tres dirigentes de la organización: Jaume Girabau, Jesús Larrañaga y Manuel Asarta. Acto seguido, Eleuterio Lobo se instaló en España, donde debía contactar con Perpetua, la mujer que ahora precisamente pedía a María la gestión de localizar sus señas.

Por eso nuestra protagonista se desplazó a Vigo, consiguió las señas de Lobo y, una vez de vuelta a Madrid, se las entregó a la dirigente de las Juventudes Socialistas Unificadas, Perpetua, quien escondió el papel en una caja de cerillas, la misma que después localizaría la policía franquista en su casa.

Cuando María Salvo fue detenida en Madrid, la condujeron de inmediato al temido edificio de la Dirección General de Seguridad (DGS), hoy la Comunidad de Madrid, en la Puerta del Sol, en cuyos sótanos actuaba la policía político-social del franquismo.

—Había muchas delaciones, muchas de las detenciones eran consecuencia de otras personas detenidas que hablaban por miedo. En una calle veías camiones deteniendo a mansalva, éste no, éste sí... Y así Madrid estaba lleno. El día que me detuvieron era finales de verano, me llevaron a

la Dirección General de Seguridad, allí estuve durante 27 días. Lo primero que me pidieron fue la documentación, me pidieron salvoconductos, no te podías desplazar sin un permiso oficial de la policía. Yo no tenía y procuraba no ser identificada.

La expresión «subir a diligencias», sinónimo de tortura en la Dirección General de Seguridad, acontecía generalmente a partir de medianoche, arrancaba entonces la máquina del terror carcelario. En medio del silencio de la noche y de la confusión nocturna, dan inicio los interrogatorios, los gritos, las palizas, el miedo, todo... Los demás presos escuchaban aterrorizados.

María estaba en su celda cuando la llamaron. Llevaba consigo una documentación falsa prestada por la novia de su hermano, algo que levantó la furia de sus interrogadores. Han pasado setenta y cinco años de aquellos hechos y aún tiene grabada en su mente las horas de interrogatorio, las palabras, los insultos, los golpes.

—Al ver la policía la contradicción de que yo no era la que llevaba el salvoconducto la reacción fue brutal. Había siete policías, ¡siete para una chica como yo! Uno estaba en un rincón, rubio y alto, que dirigía a los demás allí donde tenían que pegar. Señalaba a los riñones y, los demás, ahí pegaban; luego indicaba a las piernas, y allí apaleaban. Pegaban muy fuerte, pero en la cara solamente recibí un primer y bestial puñetazo. Yo me mantuve firme. No podía hacer más, te tenían en el suelo, te pisaban los pies, te pegaban con una especie de látigo de cuero, con porras y perdías casi el conocimiento. Te tiraban agua a la cara para que reaccionaras y ellos, mientras tanto, como si nada, hablaban, fumaban, hablaban de forma grotesca, eras basura, hacían cualquier cosa para que perdieras tu dignidad para que te doblegaras y dijeras lo que ellos querían... y tú, tirada allí en el suelo casi inconsciente. Fueron dos noches consecutivas, pero conmigo no pudieron.

—¿Qué ocurrió la segunda noche? —le pregunté temiendo la respuesta.

—Fue igual o incluso peor. Tuvieron que ayudarme a subir porque apenas podía caminar de la paliza del día anterior. Eran los mismos hombres. Encima de la mesa se encontraba la caja de cerillas con las señas de Lobo y los informes de casa de Perpetua que habían registrado. Me

imputaron a mí la autoría de unas cartas e informes localizados en casa de Perpetua, de las Juventudes Socialistas Unificadas en Madrid, las JSU. Yo lo negué sistemáticamente porque era inocente. Su reacción fue descomunal. Querían que aceptara que los papeles eran míos. Comenzaron las palizas, esta vez en el vientre, dañaron mis órganos femeninos internos, aquello trajo secuelas, no pude ser madre. Finalmente organizaron un careo con Perpetua, aquella dirigente de las JSU y por sus palabras entendí que debía aceptar las acusaciones, aunque falsas, para terminar con aquel suplicio. Por el sentido de la disciplina interna del partido, me creí en el deber de proteger y salvar a Perpetua como dirigente de la organización. En fin, ella también acabó en la cárcel. Estuve un mes en Gobernación, incomunicada.

—En una situación tan límite, con tanta violencia, ¿qué rondó por su cabeza?

—Sólo pasaba una cosa por mi mente, la reacción era que tenías que aguantar y no implicar a nadie más. Por lo demás te quedabas con la mente en blanco. Tenía que soportar el dolor y el hambre, las celdas estaban llenas de chinches, horas y horas se escuchaba abrir y cerrar puertas con cerrojos, incomunicada, sin nada de tus pertenencias, el problema es que escuchabas cómo la gente bajaba torturada de las dependencias de la policía. Esto se queda en tu mente. Al final vieron que yo no tenía un delito directo, ninguna acusación, pero sí que había hecho de enlace, había ido a buscar la dirección de otra persona, de Eleuterio Lobo... Ése sí que habló, fue el delator y así constó en mi Consejo de Guerra...

—Hablemos del trauma generado en la cárcel, porque supongo que se producen secuelas o situaciones puntuales que quedan durante toda la vida...

—A día de hoy no me gusta ver las puertas de mi casa cerradas. Dentro de casa no las cierro nunca. Otra cosa es el recuerdo de aquel *crack* de la puerta metálica de la celda. A veces, cuando oigo un sonido parecido, salta el pasado a mi mente, aunque sea unas décimas de segundo. Lo mismo me ocurre con los sonidos agudos de las ambulancias o coches de bomberos, es

como aquel *crack*, salta el recuerdo de la sirena de los bombardeos. Es pasado, sí, pero es inevitable, salta el recuerdo aunque sea sólo un momento.

Como dice una y otra vez, la presión psicológica jamás la anuló como persona. El verdadero trauma se produjo en dos ocasiones, la primera con el fallecimiento de su madre, que logró superar; la segunda sería tras la libertad, después de dieciséis años de cárcel, la readaptación a la sociedad, la toma de contacto con la realidad fuera de las rejas.

Tras aquel interrogatorio fue trasladada a Barcelona, a la Jefatura Superior de Policía, en cuyos calabozos permaneció de tránsito, tan sólo durante tres o cuatro días, hasta iniciar su peregrinaje por diversas cárceles. Su primer destino fue la prisión provincial de Les Corts, Barcelona, en octubre de 1941 donde se reencontró con otras compañeras del «Oasis», algunas torturadas, con los omóplatos rotos o como Soledad Real, que sufrió graves secuelas de por vida. Era el franquismo, el fascismo, nazismo... Mientras ella caía de bruces en el mundo carcelario del primer franquismo, Europa estaba sometida por la Alemania nazi en plena segunda guerra mundial, miles de españoles —casi ocho mil sólo en el campo de Mauthausen— desfallecían en uno de los peores inviernos de la historia y unos seis millones de judíos fueron exterminados.

Les Corts era una cárcel provincial, de paso, por donde circulaban muchas detenidas con destino a diversas cárceles de la península antes de ser sometidas a un Consejo de Guerra, un «juicio» militar, generalmente en grupo, que terminaba con condenas gravísimas como la pena de muerte o treinta años de cárcel, posteriormente conmutadas por otras menores. María llegó a bordo de un furgón de la policía junto con sus compañeras de las JSU detenidas en Madrid: Perpetua Rejas, Consuelo Alonso, Chelo, amiga de fatigas desde antes del campo de Moisdon en Francia, y Antonia Benito, todas ellas agregadas al expediente policial de Cataluña. Entraron por la calle Molins, 11, en el barrio de Sants, Barcelona, en lo que había sido el antiguo convento de las Dominicas de la Presentación, reconvertido en la cárcel provincial de mujeres regentada por religiosas de la orden de San Vicente de Paúl.

Para cuando ellas cruzaron el rastrillo de Les Corts, ya se había producido un triste acontecimiento menos popular que la matanza de Las Trece Rosas en Las Ventas, pero igualmente trágico. Hablamos del fusilamiento de once mujeres totalmente olvidadas, entre los veinte y los sesenta años, ejecutadas entre 1939 y 1940 en un lugar terrible que hoy todavía produce escalofríos al mencionar su nombre: el Camp de la Bota, el «campo rojo», como le llamaban, ubicado en las afueras de Barcelona que funcionó hasta 1952 como espacio para llevar a cabo las ejecuciones. Un rótulo con sus nombres y un panel explicativo de lo que fue el campo es todo lo que hoy existe en este espacio rodeado de terrenos en obras.

—Hoy Les Corts no existe. Allí hubo primero prisioneras fascistas, al principio de la guerra. Después ellas quedaron libres y durante el franquismo nos encarcelaron en aquellas dependencias a las republicanas. Mira, donde hoy está el Corte Inglés de la Avenida Diagonal de Barcelona era entonces el terreno de la prisión de Les Corts. Era para chicas descarriadas y el régimen de las monjas era duro, pero no era de las peores prisiones. Como era provincial esperábamos el juicio, Consejo de Guerra militar, y estuvimos nueve meses incomunicadas, las cuatro compañeras que entramos.

Fueron incomunicadas porque el general Jesualdo de la Iglesia, encargado del sumario para el futuro juicio de María y sus compañeras de expediente, decidió, hasta finalizar la instrucción, su ingreso en Les Corts en régimen de incomunicación y aislamiento porque las detenciones todavía continuaban. Durante nueve meses, de octubre de 1941 hasta finales de mayo de 1942, cuando estaba a punto de cumplir los veintidós años, no tuvieron contacto con nadie.

—No había asistencia de ningún tipo, sólo por la mañana venía una monja y nos sacaba al patio durante una hora. Nos daban un poco de agua para asearnos la cara y nada más. Nos pusieron en una zona de las monjas, apartadas de las presas.

—¿Y las necesidades?

—En una lata de conservas, nos daban una lata y la utilizábamos. Como verás, no había higiene de ningún tipo ni un mínimo de buena voluntad por parte de las monjas.

—¿Y la comida? —pregunté imaginando otra escena similar a la de aquella lata para sus necesidades.

—Comíamos rancho, abrían un poco la puerta, venían con una caldera, teníamos un plato de aluminio, una cuchara igual, todo de aluminio. Las que venían con la comida, que eran presas políticas, ponían siempre un poquito más de comida. Hubo una monja, creo que se llamaba sor Juana, de las pocas sino la única con mejores sentimientos, nos traía, escondida debajo de su hábito, alguna cosa de parte de las compañeras de afuera, como jabón o trapos, tan necesarios para cuando teníamos la menstruación, porque no teníamos nada de nada allí dentro. Siempre dormíamos en el suelo en un jergón de paja. Nos trató bien, cosa rara, incluso llegamos a conmovérla un poco. Un día me permitió sacar una carta que llegó a mi tía, residente cerca de la cárcel. Me trajo una sábana enorme, de matrimonio y la monja nos la dejó pasar. ¡De aquello tan simple hicimos una fiesta! — comenta riendo—. Aquella noche dormimos las cuatro con la gran sábana cubriéndonos a todas. Hay que tener en cuenta que sólo teníamos una manta de cuartel, que picaba mucho y era verano.

Debido a su juventud y su energía intentaban no perder el ánimo, incluso se propusieron estudiar. Una de ellas, Chelo, la intelectual de la «familia», estaba dispuesta a ser la profesora. Dijo: «Si hubiera alguna posibilidad, con una tiza podríamos dar clases de cultura general en esta pared». Dicho y hecho, aprovecharon la circunstancia de tener cerca a aquella monja que las apreciaba y le pidieron un poco de tiza. Así estudiaron, haciendo anotaciones en las paredes, borrando, escribiendo una vez más...

Ésta es la visión amable de su confinamiento, pero la realidad es que las cuatro jóvenes estaban recluidas en unos pocos metros cuadrados, sin cama, saliendo al patio solamente una hora al día para caminar. Los pies, se fueron hinchando, los problemas de salud aparecieron. Es en este período cuando comenzó su deterioro físico. Chelo y Perpetua enfermaron, al parecer de ictericia, y María comenzó a sufrir sus primeros problemas intestinales debido a la comida recibida, una mezcla de coles y cebollas hervidas a diario. Aquello le generó una severa colitis agravada por el hecho de no tener un aseo decente y falta de agua que, con los años, terminaría con una

tuberculosis intestinal. Fue especialmente entre 1941 y 1943 cuando se produjeron los peores casos de tifus y de tuberculosis para cuyo tratamiento se carecía de medicamentos, material sanitario y servicio médico adecuado para atender a las presas. La situación era dramática.

El 24 de mayo de 1942 la Junta de Disciplina levantó la incomunicación. Habían pasado nueve largos meses, María estaba a punto de cumplir los veintidós años. Recuerda como toda una fiesta el momento de su integración con el resto de las penadas políticas de Les Corts. No importaban las penurias, no importaba el hacinamiento, por fin estaban juntas.

—Las compañeras, presas políticas, enseguida se movilizaron para dejarnos espacio. Estábamos como sardinas en lata, dormíamos en el suelo, las condiciones higiénicas eran terribles, muchas enfermamos, no había apenas agua... A las siete de la mañana te levantabas del colchón de paja...

Superó muchas dificultades gracias a la solidaridad interna y al sistema de «familias», grupos de cuatro o cinco presas que dependían del aprovisionamiento desde el exterior y lo compartían en el interior de la cárcel. Era la acción de los parientes, imprescindible y frágil al mismo tiempo debido a la precariedad económica de las familias. Ella contaba con los escasos recursos de su tía de Barcelona pero tras su traslado perdió tan mínimo apoyo.

—Podría decir que yo sobreviví gracias a este sistema. Una pastilla de jabón era un tesoro, pasaba de una a otra, nos la prestábamos... Este sistema se extendió a todas las prisiones, a los hombres también. Ellos estuvieron mejor atendidos que nosotras; al hombre se le había de lavar la ropa, llevarle tabaco, cosas que las mujeres eran capaces de hacer y ellos no. Las mujeres estaban pendientes de sus necesidades. A la mayoría de hombres no les faltó ayuda de madres, esposas, hermanas, en cambio muchas mujeres tenían a sus hombres fusilados, en otras cárceles, exiliados...

—Y en cuanto a la ayuda exterior, la red de solidaridad, débil pero existente, ¿ayudaba más a los hombres?

—Tal vez, pienso, la ayuda era menor en la mujer al entender que su aportación a la guerra, y a los secretos políticos era de menor riesgo y tenían menor información en la retaguardia... Pero esto es una opinión.

La red de «familias» fue el mástil al que se agarraron muchas prisioneras, aquella ayuda familiar externa les permitió resistir. María también.

—En el fondo se sentían más presos los que estaban fuera que nosotras. Nosotras teníamos al adversario delante y mira que digo adversario y no enemigo, porque mucha gente de aquella no eran enemigos, ideológicamente no lo eran sino por unas circunstancias. Como te digo, tenías al adversario delante y lo podías combatir, pero la gente de la calle no.

—Dentro de la cárcel, ¿pensó que se había acabado todo, llegó el abatimiento y el abandono en algún momento?

—Jamás, dentro de la cárcel no. Siempre se creó un espíritu de resistencia, pensábamos que era una circunstancia, que aquello no duraría siempre. No podíamos abatirnos ni sucumbir, debíamos tener un autoestímulo y autoestima. Conseguimos este ambiente, el de no desfallecer y mantener la dignidad por encima de todo.

—Muchas mujeres iban de cárcel en cárcel detrás de sus maridos... — comenté a modo de inciso.

—La mujer encarcelada ha sufrido siempre más que el hombre por su condición de género, por los hijos... Pero también hacían un auténtico peregrinaje detrás de las cárceles a las que trasladaban a sus esposos. Era un sinvivir. Como te digo, los hombres presos recibían la visita de sus esposas, en cambio, las presas no recibían visitas de sus maridos, porque estaban presos, o muertos o en el exilio... eso hizo que no tuvieran el apoyo emocional ni moral del hombre.

Las comunicaciones procedentes del exterior eran lo más esperado, algo que todas anhelaban, la visita de familiares y la recepción de paquetes, cuyo contenido se compartiría con la «familia» interna del penal. Pero al mismo tiempo temían ese día por la gravedad de las noticias que llegaban. Fusilamientos, miseria, familias rotas, niños en los hospicios. María, durante muchos años, no tuvo visitas, su hermano fue encarcelado hasta 1950, su padre se encontraba en el exilio y su madre había fallecido.

Mientras, dentro del presidio vivían otra realidad, la que se fueron construyendo día a día. Como en la mayoría de cárceles, pronto se crearán cursos y talleres que intentan reproducir el modo de vida de la sociedad, pero que en realidad son una forma de mantener su ocupación y obtener beneficios para la institución penitenciaria sirviéndose del trabajo realizado por las condenadas.

En muchas fotografías aparecen siempre bien vestidas y peinadas, posando ante la cámara con mirada amable, incluso sonriendo, al tiempo que desarrollan las manualidades, clases de costura o ganchillo. Tan sospechosa felicidad atendía a la obligación de generar una imagen positiva del nuevo régimen instaurado en España, era propaganda. Por otro lado, las ganancias de las presas eran irrisorias, tanto de los trabajos manuales como del trabajo en la granja agrícola existente en la prisión de Les Corts, conocida como el Huerto.

Las encarceladas trabajaban para redimir pena, días trabajados por días de condena y cobrar algo de dinero para comprar comida en el economato, otro negocio institucionalizado. Los beneficios adquiridos con su cultivo jamás se tradujeron en una mejora del rancho, motivo de las constantes protestas de las presas.

—Yo no trabajé nunca en el huerto, pero te puedo decir que pagaban a cuatro pesetas o poco más por diez días de trabajo.

María no podía redimir pena debido a su condición de presa comunista de posguerra. Había sido acusada de conspirar contra la seguridad interior del Estado —por lo que jamás se benefició de ningún indulto—, además de juzgada y condenada por la Ley contra la Masonería y el Comunismo, doble motivo por el cual quedaba exenta del beneficio de la redención. No habría redención para estos presos hasta las nuevas reformas entre los años 1951 y 1956. María, concretamente, redimió por el trabajo intelectual.

En cuanto al trabajo, Tomasa Cuevas relataba:

Las monjas se quedaban con una parte del dinero que obtenían de las labores que hacíamos las presas. Cuando nos enteramos de que lo vendían al doble de precio, decidimos poner un papelito con el valor en cada labor. Les molestó tanto que no nos permitieron bajar a las comunicaciones con nuestros trabajos. Al final llegamos a un acuerdo con ellas diciendo que les daríamos un tanto por ciento de lo que vendiéramos.

Con estas palabras queda patente el carácter combativo de las presas políticas que, con su valentía y perseverancia, lograron que muchas de sus reivindicaciones se hicieran efectivas, no sin esfuerzo ni dolor. A pesar de la intransigente rigidez de sus carceleras, de los recuentos diarios, de los reiterados intentos de reconversión religiosa y de la obligatoriedad de asistencia a misa los domingos, no cedieron jamás. Solicitaron mejoras en la alimentación, en la asistencia médica, introducir la prensa en el penal, tener correspondencia, aumentar el tiempo de las comunicaciones con el exterior. Aquéllas eran las necesidades más básicas. Transformaron el perfil de la prisión que asimiló su propia personalidad, la de las presas políticas. También organizaron pequeños grupos de gimnasia y de baloncesto, un pequeño logro de los primeros tiempos salpicado con alguna anécdota.

—Los domingos hacíamos competiciones en dos grupos. Uniformadas con jerséis que nos prestábamos entre nosotras, unas llevaban una banda azul y otras una banda roja. Las rojas jugaban mejor, había un griterío de «¡las rojas, las rojas!». El director escuchaba desde su despacho y le preguntó a una monja: «Por qué chillan tanto». La monja le dijo que estábamos jugando al baloncesto, pero cuando escuchó aquel «¡vivan las rojas!», con la doble intención que aquello podía tener, decidió suprimir la banda roja. Es sólo una anécdota, pero significativa.

Con el tiempo, el equipo de baloncesto de Les Corts se consolidaría, siendo una referencia obligada en todas las publicaciones del régimen por ser considerado un «deporte femenino». Las fotografías de jóvenes presas posando ofrecían un aspecto sano, deportivo y modélico. Pero claro, esto acontecería pasado 1945, cuando Franco necesita «limpiar» su imagen al perder las fuerzas del Eje.

El relato de María retrocede a un tiempo anterior a dicha fecha. Gimnasia, talleres, misa... y reivindicación.

—Nos contaban hasta tres veces al día y el domingo teníamos misa obligatoria en el patio, el capellán hacía unas arengas tremendas, de lo que menos hablaba era de religión y de humanidad. Nos decía: «Vosotras, que habéis escogido un camino equivocado porque los rojos, con vida al margen de la sociedad...». Consideraba maleantes a los republicanos. Nosotras no nos arrodillamos jamás.

Las monjas eran las carceleras más estrictas y menos sensibles, es una opinión generalizada de todas las presas políticas. Dentro del régimen penitenciario existían las funcionarias, que eran opositoras y dependían del Ministerio de Justicia, del Estado, y las monjas, que pertenecían a diferentes comunidades religiosas. Tanto unas como otras eran sus guardianas, sus carceleras. María todavía hoy recuerda a la jefa de las funcionarias, una mujer de unos cincuenta años, con las llaves colgando siempre encima, estricta hasta el límite, políticamente afín al sistema franquista.

—En Les Corts las carceleras eran las monjas de San Vicente de Paúl. ¿Eran tan malas? —le pregunto después de escuchar y leer sobre ellas auténticas barbaridades.

—Eran carceleras, cumplían el reglamento y se excedían, era un control desmedido, el castigo también. Por ejemplo teníamos que estar mucho tiempo de pie, en formación, no podíamos hablar, vigilaban si nos veían a cuatro o cinco juntas a ver si era una reunión de tipo político, no podíamos entrar la prensa en el interior de la cárcel, con el paso del tiempo repartieron el correo, pero si no cumplías las normas te lo vetaban, algo terrible porque era cortar la comunicación más esperada con el exterior, con tu familia, también había censura, lo censuraban todo... Las caracterizaba la insensibilidad ante el sufrimiento ajeno, la avaricia y la frialdad. Las monjas eran peores que las funcionarias porque querían regenerarte a toda costa, la presión psicológica era constante y terrible, eran extremadamente duras, buscaban tu redención. Pero para mí, peores eran los capellanes, teníamos que ir a su misa, decían barbaridades sobre los «rojos», eran malas personas.

Pronto llegarían a Les Corts días oscuros y confusos para María Salvo que se prolongarían a su futura estancia en Las Ventas. Ocurrió que en los primeros meses de 1943, fue introducido clandestinamente en el penal un número de la publicación *Mundo Obrero*, órgano del Comité Central del Partido Comunista de España en el exilio. En él apareció publicado un artículo en el que se la nombraba para denunciar su colaboración en la caída y el fusilamiento de los dirigentes comunistas antes mencionados, Jaume Girabau, Jesús Larrañaga, Manuel Asarta, el grupo de Lisboa. Ella no los conocía, pero el artículo especificaba que, al parecer, las detenciones habían

comenzado por Maria S. Iborra. La noticia había llegado también al conocimiento de las presas de Las Ventas, por lo que el bloqueo fue inmediato, sufrió duramente el vacío incluso de algunas de sus propias compañeras de expediente.

¿Qué había ocurrido? Tras la caída del «Oasis» y la detención de varios integrantes de las JSU, la dimensión de la caída del partido había sido enorme, llegando incluso hasta Lisboa sus máximas consecuencias. Habían detenido a los tres dirigentes antes mencionados: Jaume Girabau, Jesús Larrañaga y Manuel Asarta quienes, junto con otros hombres, fueron entregados por Antonio de Oliveira Salazar, el dictador portugués, a su amigo y homólogo en España, Francisco Franco. Serían fusilados la madrugada del 21 de enero de 1942 en el cementerio del Este, de Madrid. Aquel acontecimiento le supuso mucho sufrimiento.

Perpleja por la situación, no entendía de dónde pudo partir tal acusación publicada en *Mundo Obrero*. Ella solamente había ido a Vigo a buscar, a petición de las JSU, la dirección de un «camarada», Eleuterio Lobo, quien sí estuvo con aquellos hombres. No sabía nada más. Este episodio fue el más doloroso para María Salvo, le valió muchas horas de incompreensión, de oscuridad, de tener que explicarse, de demostrar lo difícilmente demostrable, pero al final, con el apoyo de algunas de sus incondicionales, logró aclarar su inocencia a tan injusta acusación, algo que más tarde sería corroborado en su Consejo de Guerra.

Ella y su «familia», sus amigas y compañeras de expediente fueron aisladas durante meses de la vida política y del entorno de la cárcel. Cabe resaltar que en las prisiones tenían fuerza las Juventudes Socialistas Unificadas (JSU), pero muy especialmente se organizaban las penadas del Partido Comunista Español (PCE) y, en caso de proceder de Cataluña, las del Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC). Llevaron a cabo una intensa actividad cultural, política y reivindicativa, organizando debates y discusiones sobre acontecimientos del momento, como entonces fue la segunda guerra mundial.

En el verano de 1943 el sumario ya estaba completado, el Consejo de Guerra tendría lugar un año más tarde, en Alcalá de Henares, por lo que, previamente, María, junto con sus compañeras pendientes de «juicio»,

debía ser trasladada a la cárcel de Ventas, parando en tránsito unos días en la cárcel de Predicadores en Zaragoza.

—Es la cárcel más tétrica de todas las que he estado, en pleno verano, un calor asfixiante, las mujeres tenían un color como el de la tierra, medio amarillento, las celdas de esta cárcel que ya no existe eran de la época de la Inquisición, con unas ventanas en lo alto de todo, dormíamos en el suelo y un régimen de vida durísimo.

A su llegada a Las Ventas, en el otoño de 1943, España seguía sumergida en una larga etapa de fusilamientos, represión y tragedia cotidiana. Las Ventas era una prisión de paso, por lo que uno puede tener en cuenta e imaginar lo caótico del lugar. Lejos quedaba aquella prisión modélica creada por Victoria Kent durante la Segunda República. A pesar de ello María, al igual que el resto de presas políticas, siempre distinguen con orgullo el intenso trabajo político y reivindicativo que llevaron a cabo dentro de sus muros.

Aunque habían pasado casi cuatro años, todavía se hablaba de «aquellas chiquillas», Las Trece Rosas, fusiladas el 5 de agosto de 1939. Recuerda que a su llegada escuchó hablar de ellas en reiteradas ocasiones, eran un símbolo latente porque, además, en Las Ventas, repleta de mujeres de todas las regiones de España, existían entonces los sótanos destinados a las penadas a muerte, sometidas a un régimen cruel y estresante. Apenas existían las «sacas» de madrugada, los fusilamientos cuyo dramatismo contagié años atrás a las prisioneras compañeras que, sin poderlo evitar, contaban los tiros de gracia que escuchaban desde sus celdas.

La cárcel tenía otro compás, otros aspectos habían cambiado desde Las Ventas del 1939, como por ejemplo la existencia de la Prisión de Madres. Por eso María no vio niños como aquellos que murieron ante los ojos de otra entrevistada de este libro, Ángeles García-Madrid. La masificación había descendido sensiblemente en comparación con los años anteriores, sucesivos decretos conmutaban penas enormes por otras menores, obedeciendo en realidad a una urgente necesidad de descongestión de los centros. Pero, aun así, persistía la miseria, el hambre, el frío, la tortura psicológica y, en suma, un constante atropello de los derechos humanos más elementales.

La trayectoria carcelaria de María Salvo en Les Corts, Las Ventas, Segovia y Alcalá de Henares queda excepcionalmente recogida en tres libros: *Irredentas* y *El daño y la memoria*, ambos del historiador Ricard Vinyes, profesor de Historia Contemporánea en la Universidad de Barcelona, así como en una obra que compila diversos testimonios: *Notícia de la negra nit* publicada en el año 2001 por la Associació Catalana d'Expresos Polítics y la Diputació de Barcelona.

Segunda galería especial, presas de posguerra, éste era el destino de María Salvo en Las Ventas. Ella y sus compañeras, constituidas en «familia» dentro del presidio, vieron impotentes cómo el resto de presas políticas continuaban aislándolas de las decisiones del partido. El período de Las Ventas fue muy duro ante un rechazo injusto y generalizado, incluso en los talleres impartidos de manualidades, ganchillo, bordados y plancha, este último al que fue destinada María, y en la escuela-hogar a la que tenían obligación de acudir, un taller impartido por las mujeres de la Sección Femenina de la Falange.

Su situación comenzó a cambiar con la llegada, a mediados de 1944, de una expedición procedente del penal de Saturrarán, donde se encontraba una presa que, con el paso de los años, sería su cuñada: Antonia García Alonso, Toñi.

—Venían muy bregadas de aquella cárcel tan horrible y vieron qué sucedía con nosotras. Conectaron con el PCE y, tras muchas discusiones, llegaron a un acuerdo: mis otras compañeras podían incorporarse de inmediato, hacer vida común dentro del PCE pero yo no. Toñi sería la que tendría contacto conmigo. Yo tendría información pero no podría participar en la vida interna. No me quedó más remedio que aceptar.

Aquella mujer, Toñi, había sido testigo del horror en Las Ventas la madrugada del fusilamiento de Las Trece Rosas, pero también había transitado por diversas cárceles, tenía su propio vía crucis. Por fortuna a ella le conmutaron la pena, no la fusilaron, fue condenada a treinta años. Durante los interrogatorios sufrió descargas eléctricas en los oídos que le provocaron trastornos de por vida, tortura infligida por los criminales de la Dirección General de Seguridad donde operaba la Brigada Político-Social. Su testimonio queda reflejado en el capítulo de Ángeles García-Madrid por

su relación con Las Trece Rosas y su militancia en las Juventudes Socialistas Unificadas. Gracias a su gestión, María fue progresivamente aceptada por sus compañeras hasta su integración completa tras declararse su inocencia en el Consejo de Guerra.

El juicio no se celebraría hasta tres años después de su detención, el 15 de diciembre de 1944, en Alcalá de Henares ante un tribunal militar, en Consejo de Guerra por un delito contra la seguridad del Estado y otro especial juzgado por la Ley contra la Masonería y el Comunismo. La condenaron inicialmente a treinta años de reclusión, aunque posteriormente le sería conmutada a dieciséis años. El sumario había sido instruido por el general Jesualdo de la Yglesia y completado por el coronel Enrique Eymar Fernández —juez militar del juzgado especial de la represión contra la masonería y el comunismo—, quien se hizo cargo de su expediente, del cual formaban parte algunas de sus compañeras de las JSU, su hermano y Eleuterio Lobo. En el sumario quedaba claro que Lobo había ayudado a desorganizar a los que habían sido sus compañeros. Era patente la inocencia de María Salvo.

—Fue espectacular, el entorno, la mesa, el atuendo militar, la vigilancia policial. Nos procesaron militarmente en grupo. Como era el mismo expediente que mi hermano me reencontré con él, fue muy emotivo. El general me preguntaba, yo respondía sobre mi infancia, que si mi madre me dio educación, que si hasta la adolescencia iba con ella a misa... Y él recuerdo que me dijo: «Con los principios con los que a usted la educaron, cómo cayó tan bajo».

Hablar de cárcel de mujeres implica hablar de un espíritu de superación descomunal, de una organización que, en ocasiones, escapó a las posibilidades de control de las carceleras. Las prisiones las fueron transformando, adquirieron la personalidad de sus inquilinas, las presas políticas, era su casa, su escuela, estudiaban, se formaron allí dentro, trabajaban, reivindicaban sus derechos. Era su pequeño mundo aislado del exterior. Como María dice una y otra vez, allí dentro veían a su adversario, la gente de fuera no.

—Por Las Ventas pasaba gente preparadísima, una moral estricta, pedimos mejor comida, mejor comunicación, conseguimos mejoras. De 1943 a finales de 1945 fueron más de dos años intensos en Ventas, toda una escuela de formación política y cultural.

A raíz del hacinamiento existente, la vida en esta prisión celular transcurría por sus largas galerías, separadas unas de otras, que se convirtieron en transitados corredores donde las presas realizaban sus tareas, trabajos manuales, desarrollaban su actividad política o impartían cursos de alfabetización, como hizo María Salvo, enseñando a leer y a escribir a algunas compañeras de presidio. Incluso llegaron a mantener una pequeña biblioteca clandestina, interna, ambulante, en la segunda galería.

—Nosotras la creamos, comprábamos libros cuando lográbamos un poco de dinero. Nos los traían, teníamos nuestros medios para que pudieran entrar los libros. Había un poco de todo, aventura, obras filosóficas... Esto fue muy importante para nosotras, comprábamos libros, pagábamos una cantidad muy pequeña todas las que participábamos de esta biblioteca, la llamábamos pequeña biblioteca clandestina. Había la tesorera, reunía el dinero y cuando alcanzaba el importe de lo que valía un libro que nos recomendaban, entonces lo compraba y nos lo entraban. El sistema de préstamo era muy riguroso y ordenado. Lo íbamos pasando de una a otra a medida que acabábamos la lectura. Era una cadena, los escondíamos dentro de la celda, entre ropas, donde podíamos. Las carceleras sabían que existía pero nadie nos encontró los libros nunca.

—¿Qué libro leías? —le inquirí de inmediato.

—Yo tenía la biografía de Cleopatra. Todavía la tengo guardada. Cuando todas la habíamos leído, entonces se sorteaba el libro y pasaba a ser propiedad de la presa a la que le tocara. Antes no, era comunitario. Obviamente en la cárcel de Ventas existía una biblioteca, sí, pero como te puedes imaginar era eminentemente de contenido religioso. Toda la segunda galería era un continuo de reuniones, faltaban horas del día para llevar a cabo todas las acciones.

Un episodio tuvo lugar en este período de tiempo, la fuga de dos presas, a finales de 1944, al menos una de ellas condenada a muerte, justo la noche antes de su ejecución. Dos nombres propios: María Asunción Rodríguez,

conocida como *La Peque* y Elvira Albelda Conejero.

—Una de las fugadas estaba en mi galería, su ejecución era inminente porque la llevaron al sótano. Toda la prisión estuvo en tensión y la fuga fue perfectamente organizada. Las funcionarias fueron sancionadas por no haber vigilado lo suficiente. Fue un éxito y lo celebramos a lo grande.

Durante semanas la policía político-social estuvo realizando investigaciones sin llegar a esclarecer los hechos ni saber por dónde pudieron huir las dos penadas que, más tarde, desde el extranjero, Francia, enviarían una tarjeta postal dando constancia del éxito de su fuga. Por eso, por las constantes muestras solidarias, María siempre describe su estancia como una unidad compacta de acción. Como consecuencia de aquel hecho algunas funcionarias, al igual que el resto de las compañeras de celda de las fugadas, fueron incomunicadas durante largo tiempo. Quizá sirviera de precedente, o tal vez no. Lo cierto es que poco después dos fugas históricas tendrían lugar a más de seiscientos kilómetros de distancia, en Barcelona, ambas en el año 1946. La primera fue la evasión durante un traslado en un furgón policial de Victoria Pujolar, la que sería locutora de la clandestina y antifranquista Radio Pirenaica. La segunda, meses más tarde, en marzo del mismo año, fue protagonizada por dos presas de Les Corts, Adelaida Abarca y Ángela Ramis, que organizaron su fuga de forma muy elaborada y exitosa.

Mientras me lo comenta me enseña una fotografía que le tomaron siendo prisionera en Las Ventas, junto con La Peque. Como siempre, guapas, bien vestidas y aseadas, casi posando ante la cámara fotográfica, de nuevo aflora la campaña propagandística del Régimen para ofrecer una buena imagen de sus presas al exterior. Lo mismo acontece con otra imagen muy conocida, las reclusas de una galería mirando a la cámara, asistiendo a una obligatoria «misa de campaña» en 1954, cuyo altar se situaba en un extremo desde el que se tomaba la foto. María procuraba cubrirse el rostro consciente del carácter propagandístico de dicha imagen con intenciones religiosas.

De las múltiples horas y días de conversación mantenidas con nuestra protagonista en su domicilio consigo descender hasta las entrañas del sistema penitenciario de los años cuarenta y cincuenta, algo antes

desconocido para mí. Con su paciencia y su evidente carácter pedagógico entro en su mundo, en aquella frenética y clandestina actividad político-cultural dentro de los muros del presidio, en las importantes reivindicaciones que aquellas mujeres, desafiando al Nuevo Régimen, encabezaron desde la galería especial número dos, con presas de posguerra, la misma de la que María se siente orgullosa por sus logros.

—Pero debo decir que fueron muy estrictas las normas en Las Ventas. No podíamos redimir la pena por el trabajo, lo hicimos muy tarde en Segovia. Nos permitieron que redimiéramos por esfuerzo intelectual, tanto fue así que conseguimos que viniera al penal un tribunal especial para hacernos un examen de historia de las religiones. En mi última cárcel, en Alcalá de Henares, tenías que superar un examen de religión para tener la libertad condicional.

En 1946 se forma una expedición de condenadas para descongestionar Las Ventas. María y sus compañeras, esposadas de dos en dos cual criminales, fueron trasladadas de nuevo, esta vez al Penal Central de Mujeres de Segovia, donde comenzaría un dilatado cautiverio en medio de una población carcelaria en que la mayoría eran prisioneras políticas. Aquélla era una prisión celular con una rotonda de cristal en el centro, pero entonces estaban habilitadas solamente las salas que habían sido utilizadas como hospital antituberculoso femenino. Allí un grave problema fue el clima, extremo, con salas terriblemente frías, una celda rectangular, gris, con una ventana en lo más alto y un pequeño baño en una esquina, en realidad un agujero en el suelo y un grifo del que apenas salía agua en invierno, totalmente congelada.

En este penal pasaría nueve largos años de su vida que, en este capítulo, quedan reducidos irremediabilmente a unos párrafos. Es tan extensa la vida de María, es tan amplia su cotidianidad en Segovia, que sintetizarlo resulta hartamente complicado. Siempre que hablamos de esta cárcel es obligatorio hacer referencia a una histórica huelga de hambre que aconteció en enero de 1949 en protesta por el castigo impuesto a una compañera.

A raíz de la visita oficial de una abogada extranjera que se encontraba de visita en compañía de algunas autoridades, una de las presas, Mercedes Gómez Otero, rompió el cerco del silencio dando a conocer la situación de

las presas ante el pasmo de la dirección del centro. Las represalias se hicieron palpables, pronto la reclusa sería incomunicada en una celda de castigo generando la protesta de sus compañeras que se amotinaron en una acción de solidaridad. Estruendo y atrincheramiento que las autoridades no toleraron ya que enviaron a funcionarios de la prisión de hombres de Segovia a reducir las a golpe de porra. Una vez encerradas a la fuerza en sus celdas, iniciaron una huelga de hambre durante cuatro días.

Habían conseguido una mejora en las condiciones de presidio de la compañera castigada y extender la sanción a toda la comunidad política. Tras aquella acción María Salvo fue penalizada con castigo de aislamiento, al igual que otras condenadas, de entre cuatro y seis meses.

Aún hoy recuerda a un personaje especial para ella, Juan del Cañizo, preso reincorporado como médico tras finalizar su condena. Este eficiente profesional fue quien hacía funcionar un estropeado aparato de rayos X, introduciría algunas medicinas, velaría por las presas enfermas y ayudaría a mejorar la colitis de María que empeoraba por momentos. El diagnóstico era tuberculosis intestinal y la previsión de entre seis meses y un año de vida. El hermano de María, Ferran, que había salido de la cárcel en 1950, removi^ó cielo y tierra hasta conseguir la dosis de estreptomicina que requería la enfermedad de su hermana. Durante estos años, además de las ayudas propias de las familias, María recibió el apoyo de su hermano liberado y los obsequios que, desde México enviaba Antonio Ruiz, dirigente de las JSU con quien había mantenido años atrás una relación sentimental. De este modo pretendía garantizar un mínimo de capital para María para el momento de su excarcelación. La familia de Antonio utilizó todas sus influencias para intentar conseguir un indulto, pero no lo consiguió.

En el año 1956 habilitaron la cárcel de Alcalá de Henares como prisión central de mujeres gobernada por las monjas oblatas a la que trasladaron a las internas del penal de Segovia. Además de la escasez de espacio, permanecían muchas horas en el patio porque no había sitio y comenzarían los enfrentamientos con las monjas en el taller de bordados por el eterno motivo de la explotación: las religiosas explotaban a las trabajadoras y tenían la exclusiva de distribuir y vender su trabajo en el exterior, algo que

hacían por un precio superior al que percibían ellas. Las presas al darse cuenta boicotearon la producción en el sentido de producir mucho más lentamente.

Un año más tarde, en el primer trimestre de 1957, llegó la noticia del indulto para las presas de la posguerra con penas de treinta años. María fue liberada con la condición del destierro, la imposibilidad de instalarse en su ciudad natal, Barcelona, para evitar la reincidencia.

—Antes de salir de la cárcel tuve la presión psicológica de un cura que me preguntó si me había dado cuenta durante ese tiempo de que yo había estado equivocada. En mi respuesta me jugaba la libertad o cinco años más de cárcel... Le dije: «Yo entré en la cárcel con el convencimiento de que tenía que ayudar a los que estaban presos y ahora, no sólo estoy convencida de que tenía que hacerlo, sino que todavía estoy más convencida de que hice lo que debía»... Y él me gritó alzando su mano al aire: «¡Cálleseee!».

Este hecho sucedió en plena formación de las penadas en el patio donde se realizaban las formaciones de recuento. Era Semana Santa después de los «ejercicios espirituales» a los cuales la población política no asistía y, en su lugar, las tenían durante largo tiempo en el patio, en formación.

Después de cumplir parte de la condena impuesta por los tribunales mencionados, el resto podía extinguirse en «libertad condicional». Para ello hacía falta cumplir dos requisitos: tener un avalista que asumiera la responsabilidad de los actos del preso y presentarse periódicamente ante la Junta de Libertad Vigilada, en el caso de María cada domingo, en la comisaría del lugar de residencia. Ella fijó su residencia, provisionalmente, en Santander, donde residía la familia que la protegió, los padres de su antiguo compañero.

Habían pasado dieciséis años desde su entrada en prisión y el día 16 de abril de 1957 llegó su libertad condicional.

—Antes me preguntabas por el trauma, pues mi trauma llegó tras la libertad. Mi madre había muerto, mi padre había vuelto del exilio francés, mi hermano había salido de la cárcel en 1950 y se había casado, había comenzado su vida, yo ya no era su niña aunque siempre permanecimos unidos, pero él tenía su familia... Vi que yo no tenía familia. Y me iba con unos desconocidos que tampoco eran mi familia, sino la de mi

excompañero que vivía en México y tenía un hijo... Tenía que aceptar mi nueva realidad, aquello fue un golpe muy fuerte, me sentía más presa fuera que dentro de la cárcel, por momentos quería volver, allí dentro estaba arropada, tenía solidaridad, camaradería, éramos una Familia con mayúsculas... Ahora, fuera, tenía que crearme otra familia completamente sola con una edad, entonces treinta y siete años, era muy complicado saber cómo comenzar de nuevo... Pero te diré también que la presión psicológica nunca me ha anulado como persona.

Nuevamente las circunstancias cambiarían su destino. En este caso fue su salud, que empeoró hasta tal punto que su hermano inició todas las gestiones necesarias con la Junta de Libertad Vigilada para su traslado provisional a Barcelona. Lograría un contrato de trabajo en Pertegaz para su hermana y, finalmente, una petición de traslado de residencia fija en Barcelona. La Junta de Libertad Vigilada aceptó y María pudo regresar a su ciudad natal. Allí fue intervenida de extrema urgencia, en el Hospital Clínico Provincial.

—¿Cómo diferenciarías tu situación psicológica en Francia y la de las cárceles españolas?

—En los campos franceses luchabas, había una batalla psíquica también, pero estabas activa, no había acabado la lucha y cuando me detuvieron en el 41, estaba a merced de los torturadores, indefensa. Durante años permanecí escondida, siempre clandestina, ya desde el regreso de Francia, en la posguerra, pero siempre he sido combativa, no me hundí nunca. El momento más cruel fue la muerte de mi madre y el despertar a la vida a la salida de la cárcel. Aun así me rehíce.

En el año 1958 conoció al hombre que se convertiría en su compañero y esposo, Domènec Serra, antiguo combatiente de la Resistencia francesa, que acababa de salir en libertad tras catorce años de prisión.

Desde su liberación, María ha sido y es una mujer muy activa y solidaria política y socialmente. A inicios de la década de los setenta participó en la Associació Catalana d'Expresos Polítics, en 1997 cofundó Les Dones del 36 y en el año 2004 un reconocimiento la emociona

especialmente, su investidura como Doctora Honoris Causa por la Universidad Politécnica de Barcelona. Un año más tarde recibiría la Creu de Sant Jordi.

—Me emocionó especialmente la investidura Honoris Causa, muchísimo. Es todo un reconocimiento a lo que pasamos. La historia la escriben los vencedores, los derrotados hemos tenido muy pocas posibilidades al lado de lo que han sido 40 años de franquismo, nuestras voces han estado siempre y en todos los sentidos en inferioridad de condiciones.

Sirva este capítulo como homenaje a las ocho mujeres que en 1997 impulsaron Les Dones del 36. Durante años trabajaron codo con codo para dar a conocer su historia y la de tantas otras mujeres impartiendo charlas en institutos y universidades, llegando a los medios y a la sociedad que se estremecía con sus relatos: Enriqueta Gallinat, Carme Casas, Trinidad Gallego, Victoria Carrasco, Rosa Cremón, Manola Rodríguez, Concha Pérez, y quien me muestra unas nostálgicas imágenes de todas ellas reunidas en el pasado, una mujer eternamente joven: María Salvo Iborra.

Me quedo con una frase de María: «La vida está llena de fronteras, hoy vivimos en una época de esclavitud económica». Ella y Domènec, muchos años atrás, se atrevieron a romper fronteras y, libres, compraron un 600 con el que viajaron por toda la península, conocieron diversas culturas, ansiaban conocerlo todo. Por eso iniciaron un viaje sentimental a modo de ruta para revivir aquel pasado de guerra y exilio por los campos de Francia. María logró reencontrar a su amiga y protectora, la mujer antifascista que la apadrinó en Francia durante su estancia en el campo de concentración francés de Moisdon, Marie Genovais. Después de años de guerra y de cárcel, Domènec y María podían conocer mundo, relacionarse, eran libres, lo sentían de corazón.



9

Antonio Cánovas Lapuente

(Murcia, 1920)

Un soldado de la 27.^a División en los campos
del norte de África. El Transahariano de Bou
Arfa

27.^a División-122 Brigada Mixta

Campos de Francia: Argelès-sur-Mer, Agde, Saint-Cyprien
Marruecos: Bou Arfa (1940-1942); penal de Port Lyautey
(1942-1943)



Siempre he sido antifascista, desde el primer día, actué en consecuencia y todavía hoy lo soy y moriré siéndolo. En la guerra a mí me hervía la sangre, tanta muerte... Cuando pienso en todo aquello odio aún más a Franco, nos deshizo la vida. Luego nos la desharía el nazismo con la segunda guerra mundial, siempre luchando.

(Entrevista en su casa, verano 2015)

ÉSTA ES LA HISTORIA de un joven de apenas dieciséis años que terminó atrapado entre dos guerras cuando, a tan pronta edad, su ilusión era participar en la Olimpiada Popular de la Barcelona del 19 de julio de 1936. Aquello era todo un acontecimiento organizado por el recién elegido gobierno de la Segunda República, el Frente Popular, contaba con el apoyo de la población y un gran número de atletas internacionales, muchos antifascistas, que se sumaban a la causa. Era una protesta por los Juegos Olímpicos que, un mes más tarde, tendrían lugar en el Berlín de Hitler.

El día antes, el sábado 18 de julio, *El Mundo Deportivo*, en su edición de la mañana, daba noticia de los últimos detalles previos en lo que denominaba una «antevíspera febril» en la ciudad condal. Una columna en la misma página anunciaba, paralelamente, los campeonatos de natación de Cataluña para debutantes e infantiles. Entre los nombres que se disputan en finales aparece uno: Antonio Cánovas, en 200 y 400 metros braza. Competía, pero además debía participar en los actos de inauguración de la Olimpiada Popular donde estaba seleccionado como reserva de natación, modalidad braza.

Pero, como él bien cuenta, desde hacía días se rumoreaba «algo nada bueno». Ciertamente, el mismo día 18 se estaba sublevando parte del ejército que se suponía fiel a la República y al día siguiente, el 19, llegaría el golpe de Estado a Barcelona. La Olimpiada se cancelaría a toda prisa, justo antes de su inauguración.

A partir de entonces la vida de Antonio Cánovas cambió radicalmente de rumbo. Casi un niño, se alistó voluntario cuando apenas habían sonado los primeros disparos. Tomó su decisión siguiendo los preceptos de su padre, quien le inculcó el bien social y la defensa de los valores

democráticos. Al ver que dos de sus hijos irremediablemente iban a lanzarse a la calle, les dijo: «Hijos, haced lo que consideréis, yo no os lo puedo impedir, pero no olvidéis una cosa, actuad siempre a favor del pueblo». Así comenzó para Antonio su participación en la guerra, con estas palabras que aún recuerda de su progenitor.

—Siempre me he acordado de lo que dijo. Yo entonces lo interpreté a mi manera, me apunté al Ejército Republicano. Puedo decir que la guerra fue mi escuela, es así, tal cual.

Me acerca un manuscrito y una fotografía que, por sí misma, es significativa, la suya, al comienzo de la guerra civil. Se aprecia el rostro de un chaval, cara de niño, con el gorro de miliciano del PSUC y una pipa en la boca. Tan peculiar imagen ilustra también unas memorias no publicadas que su hijo, Jorge Cánovas Flores, historiador, escribió años atrás para la familia: «Una guerra, mi escuela». Éste era el manuscrito que me mostraba, muy necesario para comprender la trayectoria de nuestro protagonista.

—Sí, la guerra fue mi escuela. Fue así exactamente porque en ese período de mi vida es cuando me hice hombre, lo aprendí todo, mientras estaba luchando, incluso fue cuando me afilié al Partido Comunista.

Mira detenidamente aquella imagen con un gesto que oscila entre la añoranza y el recuerdo de un intenso pasado.

—¿Sabes cómo me hice esta fotografía? —me pregunta con simpatía.

Mi respuesta era obvia, no tenía ni idea.

—Pues estaba en Barcelona, en el verano del 36 y había un hombre de los que hacen fotos por la calle. Le dije: «Mira hazme una foto con la pipa en la boca». Fue poco antes de irme a la guerra. Ya ves, a esa edad no pensaba que viviera muchos años, sólo el presente.

Tuve contacto por primera vez con Antonio en una emotiva comida organizada en 2015 para rendir homenaje a los veteranos de la guerra. Semanas más tarde, tras llamarle por teléfono, iría a su casa, charlaríamos toda una tarde. Su buen talante y su discurso repleto de matices hacen de la entrevista un repaso por los frentes de guerra en los que luchó, su exilio en Francia y su condena por los campos de trabajo forzoso en el norte de África, un país que marcaría su futuro.

Su trayectoria es extensa. Combatió con el Ejército Republicano en los frentes de Mallorca, de Aragón, participó en la defensa de Madrid y luchó en el Ebro cuando las tropas franquistas, respaldadas por el fascismo europeo, convertían las últimas semanas de la guerra en un auténtico infierno. España, destrozada, reventaba por todos los frentes, su mermado Ejército Republicano hacía aguas. A mediados de febrero de 1939, poco antes del fin de la guerra civil, es cuando cruza la frontera de Francia. Pronto comenzará otra lucha porque, convertido en «apátrida», será recluido en diversos campos franceses como Argelès-sur-Mer y Saint-Cyprien hasta el estallido de la segunda guerra mundial. Alistado en una compañía de trabajadores extranjeros, en mayo de 1940 tendrá un nuevo destino, la base naval de Brest, momento que coincidiría con la capitulación de Francia ante la Alemania nazi. Allí viviría situaciones apocalípticas, una trepidante huida de los nazis a bordo de un destructor francés que, insospechadamente, iba rumbo a...

—¡Marruecos! —dice haciendo hincapié en que al principio pensaba que se dirigían al exilio americano, pero no, rumbo a África.

Comenzaría entonces una larga, difícil y decisiva etapa de su vida como mano de obra esclava en los campos de trabajo del norte de África, dependiente de la Francia de Vichy. Así llegó a Bou Arfa, al sudeste de Marruecos, donde fue destinado a la construcción del entramado ferroviario del Transahariano, hasta Colomb Béchar y Kénadsa, en la frontera de Argelia, inaugurado oficialmente el 30 de enero de 1942. Pero esto es sólo el comienzo de su segunda etapa. Una tercera, al final de la segunda guerra mundial, le sitúa en el exilio en Francia como colaborador clandestino del Partido Comunista. Es entonces cuando, entre un constante movimiento de idas y regresos Francia-Marruecos, trabaja una temporada como chófer de Santiago Carrillo. No regresaría a España hasta el año 1962, para residir en Hospitalet de Llobregat, Barcelona.

Le comenté que había entrevistado a María Salvo, entonces, rápido, se levanta y regresa al salón con una fotografía tomada hace bastantes años.

—Mira, ésta es una foto en la que estoy con María y Santiago Carrillo, de quien fui su chófer durante un tiempo, eso vino todo rodado.

Como es lógico casi todos los presos han estado en contacto en algún momento. Quién sabe si Antonio, como participante de aquella Olimpiada, llegaría a conocer al hermano gimnasta y nadador de María Salvo, cuyo testimonio está recogido en este libro. Lo que es un hecho es su gran amistad con otro Atrapado, Lluís Martí Bielsa, quien, a su vez, fue compañero de celda del conocido poeta Marcos Ana y del marido de María Salvo, Domènec Serra. Los tres, presos en el penal de Burgos, camaradas de lucha, resistencia y presidio.

—Bielsa era más joven que yo, él no hizo la guerra como yo, sino la Resistencia. ¡Si era un niño! Él hacía guardias, tenía catorce años y yo dieciséis; dos años se notan, el fusil era más grande que nosotros. Es un hombre valiente, inteligente y muy buena persona. Después durante la segunda guerra mundial él estuvo con los maquis y yo en el Partido Comunista.

Antonio Cánovas, nació en Murcia, en el seno de una familia obrera implicada en formaciones de izquierdas y el mundo sindicalista, como su padre, José, que trabajaba en el muelle de Barcelona. Eran cinco hermanos, cuatro chicos y una niña, vivían en la Barceloneta. Su hermano Alfonso (1917), dos años mayor, con el que se fue a la guerra desde el primer minuto del inicio de la guerra civil, desempeñó el cargo de concejal del Ayuntamiento de Barcelona en los años setenta y publicó en 2015 el libro *Memòries des de la Barceloneta* (Barcelona. Alrevés).

Si algo tiene Antonio grabado a sangre y fuego en su mente es el inicio de la insurrección militar. La víspera de la inauguración de tan esperada Olimpiada, acababa de participar en los campeonatos de Cataluña de natación en Monjuïc, y a su regreso, mientras cruzaba la ciudad caminando con otros compañeros hacia su casa de la Barceloneta, de repente, al pasar por delante de Colón, cerca del puerto, vieron a la guardia de Capitanía General en la puerta con cascos y ametralladora.

—Dijimos, uuuy, esto pinta muy mal.

Intranquilos, pocas horas después, de madrugada en casa, escucharon los primeros disparos, ráfagas aisladas y algunos cañonazos que levantaron a todo el vecindario asustado. Él y su hermano Alfonso se prepararon para salir a la calle. Fue cuando su padre les dijo aquellas palabras del inicio de

este capítulo. Los dos hermanos volaron para comprobar cuál era la situación en la Plaza Colón y las Atarazanas de Barcelona, al lado del puerto, cerca de Capitanía, primero como meros espectadores y, después, participando en algunas acciones.

¿Qué había ocurrido? La tarde del sábado 18 de julio de 1936 se tuvo noticia del golpe militar iniciado el día antes en Marruecos, aunque ya hacía un cierto tiempo que algunos medios de comunicación hablaban sobre su posible gestación. En Barcelona, los días previos, las fuerzas del gobierno de la Generalitat, con el recién nombrado comisario general de Orden Público, Federico Escofet, habían preparado algunas estrategias en prevención de un ataque. Escofet había dispuesto guardias de asalto y mossos d'esquadra en zonas clave, especialmente en la Plaza Cataluña, centro neurálgico y objetivo de los insurgentes para controlar el centro de la ciudad, así como la Comisaría General de Orden Público, el Palacio de la Generalitat y la Capitanía General.

Una gran parte del ejército no se adhirió a los militares golpistas, ni tampoco los mandos destacados, como el general Francisco Llano de la Encomienda, capitán general de la IV Región Militar, ni el general José Aranguren, entre otros. La guardia civil también se mantuvo fiel a la República. Mientras, algunos grupos anarcosindicalistas, como CNT (Comisión Nacional de Trabajadores) y FAI (Federación Anarquista Ibérica), previendo la situación se habían comenzado a armar.

Entrada la madrugada del 19 de julio, salían ordenadamente las primeras tropas golpistas del Cuartel de Pedralbes. A ellos se sumaron otros en su ruta hacia el centro de la ciudad. Según cuentan, mientras avanzaban sonaron algunas sirenas para alertar a la población. Al llegar a la Plaza Cataluña se encontraron con una fuerte oposición de la guardia civil, de los guardias de asalto, de los militares fieles al gobierno, de los grupos y organizaciones políticas que habían organizado barricadas, así como de cientos de espontáneos de la población que, como Antonio Cánovas y su hermano, acudieron a defender la ciudad. Cada vez se sumaban más hombres, algunos apostados a las puertas de los cuarteles militares para asaltarlos y tomar las pocas armas que ya quedaban en su interior.

Tuvieron lugar duros enfrentamientos que se alargaron hasta el amanecer y la tarde del domingo 19 de julio. El relato de lo que presencié y vivió Antonio queda recogido en *Una guerra, mi escuela* (2002), que escrito por su hijo refleja este momento histórico:

Decidimos salir mi hermano y yo a la calle de madrugada y nos fuimos andando por la Avenida Icaria que comunicaba la Barceloneta hasta un cuartel de artillería. Vimos que los soldados bajaban con cañones para tomar algún punto de la ciudad, pero en el camino había un puente donde los vecinos de la Barceloneta hicieron unas barricadas con unas balas de algodón que habían sustraído del puerto. Impidieron el avance de los militares, incluso robaron los cañones sin ninguna violencia: «No vamos contra el pueblo», decían los soldados. En fin, yo no intervine directamente, sino que vi de cerca esta escena.

Amaneció y nos fuimos todos con esos cañones a Capitanía General, se nos unieron por el camino los guardias de asalto, nos dieron un fusil para los dos. Allí tenía un primo que estaba haciendo la mili. Llegamos al Paseo de Colón. Se rumoreaba que arriba en el monumento los militares habían colocado una ametralladora que disparaba contra todo aquel que pasara por allí [...] Resguardados por la pared, llegamos hasta Capitanía General. Los soldados se rindieron y entramos dentro de Capitanía, saludamos a mi primo y se unió a nosotros. Salimos y continuamos hacia el Gobierno Militar, más abajo, hacia las Ramblas. Los soldados se vieron rodeados, se rindieron y salieron a la calle, yo pasé por la calle que hay detrás del Gobierno Militar.

La ametralladora continuaba disparando, había muertos en la calle. En el puerto se colocó uno de los cañones que habían requisado y lo apuntaron directamente al edificio. Dispararon. Un agujero apareció en la fachada y la ametralladora calló. Entonces se acabó la sublevación en Capitanía General, el 19 de julio. El pueblo había ganado. La gente contenta por su victoria cantaba *La Internacional*, *Las Barricadas* e hicieron vivas a la República mientras subían Ramblas arriba. En otras zonas de Barcelona también se combatió y ganó el pueblo.

La tarde del 19 de julio fueron vencidos los insurrectos y el general Manuel Goded, que había llegado en vano a Barcelona, a Capitanía, para destituir al leal general Llano, fue detenido, trasladado inmediatamente en presencia del president Lluís Companys y obligado a reconocer la derrota a través de la radio.

Así fracasó la «sublevación» en Barcelona. Conocidas son las imágenes del enfrentamiento en la Plaza Cataluña del mítico Agustí Centelles, mostrando caballos muertos sirviendo de barricadas y cuerpos humanos sin vida, esparcidos por el suelo. Barcelona sería la primera ciudad en hacer frente y conseguir abortar la insurrección, así como la última en resistir hasta caer vencida. Recuerda Antonio que muchos jóvenes se apuntaron de inmediato, como hizo él mismo, para ir al frente, creándose rápidamente las

columnas, las milicias populares con voluntarios, dirigidas por sindicatos y partidos políticos. Eran el apoyo del ejército fiel a la Segunda República, luchaban a su lado.

—¿Y a los catorce o quince años se puede ser consciente de los motivos de una guerra, de por qué se lucha? —pregunté de inmediato pensando en Antonio y otros jóvenes, casi niños, llegando a la guerra con apenas quince años.

—Yo no tenía aún idea, no tenía una ideología formada, sólo quería defender la democracia, la República y a mi gente. Pero luego sí, me hice militante y activo del PSUC. Como digo, yo quería la Segunda República, que no me la quitaran.

Su primer frente llegó el 1 de agosto de 1936, cuando entra directamente en la cruda realidad de la batalla partiendo al frente con destino a Mallorca, isla tomada por los rebeldes. Para entonces, España estaba dividida en dos. Los fieles a la República controlaban más de la mitad del territorio español, incluyendo toda la zona de Levante y Cataluña, un frente Norte con ciudades como Oviedo, Bilbao, San Sebastián, Santander y Gijón, parte de Andalucía (exceptuando grandes ciudades como Sevilla, Granada Córdoba y Cádiz), Ciudad Real y Albacete. Las islas Baleares, a excepción de Mallorca, estaban también en manos republicanas. Éste era el destino de Antonio.

Bajo las órdenes del capitán y aviador Alberto Bayo, la denominada Columna Bayo de Barcelona, Antonio subió a bordo del barco *Almirante Miranda*. El destructor navegó hacia su destino repleto de jóvenes e inexpertos luchadores. Apenas tuvieron tiempo de reacción, tan sólo desembarcar fueron atacados por las tropas facciosas que acabaron con la vida de uno de sus compañeros de filas, muerto por una bala que iba destinada a Antonio.

—El mar estaba muy agitado, pero aun así llegamos en barcas a la costa. Nos dispararon por todas partes, se hacía de noche. A la mañana siguiente atacamos Son Carrion, al lado de Porto Cristo. Allí, un compañero que se había alistado conmigo en Barcelona, Julio García Sabater, me salvó la vida. Lo tengo grabado en la mente, estaba a mi lado y *pam, pam*, nos disparaban, él me grita, ¡Cuidado!, rápido me agacho, silba una bala y veo

que el disparo le entra directo por la frente. Estaba a un metro de mí. Dice, un ¡Ay, mama! Lo cogí con mis brazos, la sangre salía a raudales, no podía pararla. Murió enseguida. Esto me quedó grabado, teníamos dieciséis años nada más. Allí estuvimos acorralados y tuvimos que esperar la noche para salir.

En poco tiempo el gobierno republicano ordenó la retirada de la columna donde estaba Antonio, hecho que también recuerda como un baño de sangre.

—Al comienzo era un caos todo, no había ejército ni nada, sólo milicias de voluntarios, desorganización absoluta y muchos éramos chavales inexpertos. Unos se fueron a Valencia, otros a Madrid y yo hacia Barcelona. Había varias columnas de milicianos, la columna Ascaso, que era anarquista, la Columna Lenin, la Columna Macià-Companys, la Columna Del Barrio, que era comunista, que es a la que me alistaría para ir al frente de Aragón... Más adelante se estructuró el Ejército Republicano, desaparecerían las columnas de milicianos para dar paso a las Brigadas y Divisiones.

Antonio quedó integrado en la 122.^a Brigada Mixta dentro de la 27.^a División, conocida como Columna Trueba-Del Barrio por estar al mando primero el coronel Manuel Trueba y, después, el mayor de milicias José del Barrio. Partió de Barcelona en dirección al Frente de Aragón siguiendo la senda de Durruti, que había emprendido camino pocos días después del golpe de Estado. La 27.^a División, con la profesionalización del ejército, quedaría adjunta al V Ejército comandado por oficiales reconocidos como Enrique Líster, era el también llamado Ejército del Este por ser la zona de la península donde luchaba.

Como curiosidad, decir que la 27.^a División era conocida como «la Bruja», una unidad militar que luchó en los frentes de Aragón, del Segre y del Ebro, formada a partir de columnas de milicianos comunistas y voluntarios, organizadas en Cataluña durante los primeros días de la guerra. Como una flecha acudió a mi mente la imagen de una muñeca, una pequeña brujita de trapo, toda de negro, con sombrero de pico y, curiosamente, cara picarona y mofletes rosados que tenía en su casa María Salvo, entrevistada también en *Atrapados*. En más de una ocasión ella me lo comentó: «Ésta es

la bruja, símbolo de la 27.^a División 123.^a Brigada Mixta en la que estaba mi marido Domènec Serra». Así supe que su marido también había participado en las ofensivas de aquellos frentes de guerra y que pertenecía a la misma división que Cánovas. Luego, algunas fotos lo atestiguarían.

Tras el Frente de Aragón, a inicios de noviembre de 1937, será destinado al Frente de Madrid, una vez más, bajo el mando del teniente coronel Trueba. Es una campaña de gran envergadura en la que participa su hermano mayor, ambos ahora integrados en la 124.^a Brigada. Se movilizan muchas tropas bajo el conocido lema del «No pasarán» de La Pasionaria, consigna que elevaba la moral de la población madrileña. Históricas fotografías han dejado constancia de ello, como la mítica imagen de una pancarta ubicada de lado a lado en una popular calle de Madrid, vacía del habitual tránsito de tranvías: «El fascismo quiere conquistar Madrid. Madrid será la tumba del fascismo».

—Fuimos los catalanes a defender Madrid, yo estaba en el frente de Aragón y de allí me dirigí directamente a Madrid. Estuvimos unos dos o tres meses y regresamos después a Cataluña.

Durante esta ofensiva llegó a ejercer de enlace, llevaba en persona comunicados entre las distintas compañías que formaban el frente republicano, los mensajes al Estado Mayor a través de la Casa de Campo. También cuenta que en algún momento llegó a conocer al general José Miaja, militar que se mantuvo fiel a la República. Le llevó algunas cartas e incluso habló con él cuando se le encomendó la defensa de Madrid. Durante nuestra larga conversación sitúa claramente en sus recuerdos la batalla aérea sobre Madrid, algo que acontecería el 17 de noviembre de 1937.

—En el Manzanares es donde vi caer a los moros, que atacaban y atacaban y no podían pasar. Hicimos trincheras, nos defendimos y les disparábamos. No podían alcanzarnos. En el Puente de los Franceses, el puente ferroviario que comunicaba la ciudad con la Sierra y el norte de España. Nos enviaron un tren cargado de bombas y nos lo hicieron explotar allí... *boom*... Y, de repente, aparecen en el cielo un montón de aviones con la estrella de *Chatos* y rusos: «¡Son los nuestros!». Piensa que los aviadores se portaron muy bien, eran también muy jóvenes, hice muchos amigos, algunos fueron a estudiar a la URSS... Pero aquel momento en que

aparecieron los aviones fue una alegría, llegaron todos de golpe, pegaron una paliza a los aviones enemigos, a los facciosos, bueno en realidad a los alemanes e italianos que eran los que les ayudaban.

La Batalla de Madrid fue la primera ocasión de la guerra civil en que se bombardearon objetivos civiles en el centro de la ciudad, algo que acontecería seguidamente con otras ciudades generando el horror entre la población. Al hablar de ello, Antonio sale de nuevo unos minutos del salón y regresa con un álbum de fotografías.

—Este álbum de fotos era de mi suegro, Isidro Flores, el padre de mi esposa. Pertenecía al Socorro Rojo Internacional, fue preso, le condenaron a muerte pero le conmutaron por pena perpetua. Aquí ves imágenes de un Madrid roto...

Efectivamente, algunas imágenes son terribles. Niños heridos, otros muertos, bombardeos reventando la ciudad, muertos por doquier en un río de sangre bajo las bombas y la lluvia, edificios destrozados, en alguno se aprecia anotado «Atocha». De igual modo impacta una fotografía de una cámara mortuoria, dos ataúdes en el suelo y varios «camaradas del Comité Ejecutivo» según se indica, velando los féretros de sus compañeros asesinados en el peor bombardeo sobre la ciudad. Anotado a mano sitúa en el centro a Agnès Dumay y una fecha, el 2 de noviembre de 1938. Después de leer el libro *Tinisima*, de Elena Poniatowska, comprendo que se refiere al féretro y no a la mujer en pie de la fotografía. Precisamente un día antes, el 1 de noviembre, había comenzado el Congreso Nacional de Solidaridad en plena guerra, en medio del estrépito de las ametralladoras, en la sede del Socorro Rojo Internacional. Una bomba sesgó ese día muchas vidas, incluida la de la malograda Agnès Dumay, presidenta del Comité Mundial de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo, que murió al instante.

Otras imágenes de aquel impactante álbum ilustraban aquel acontecimiento con más de mil delegados arribados de toda España, comunistas, socialistas, anarquistas, empeñados en demostrar que subsistía la resistencia popular. Al girar la página aparece una fotografía de Zyroniski, diputado socialista francés y delegado asistente a esta conferencia de la que salió ileso tras el estallido de la bomba. Curiosamente, entre las revistas de la época archivadas que tengo

guardadas, revisé una *Estampa* del 18 de diciembre de 1937, un año antes del fatal incidente de guerra, cuando «Zyroniski visitó Madrid y sus frentes». Éste era el título de un reportaje durante su visita a Villanueva de la Cañada y Villanueva del Pardillo, donde destacaba su constante expresión: «¡Cómo se ha combatido aquí!».

Antonio Cánovas también combatía siendo mucho más joven. Cuando el frente de Madrid se estabilizó, el Ejército Republicano tomó parte de las sucesivas ofensivas sobre Teruel desde diciembre de 1937. Nada le hacía imaginar que un trágico acontecimiento sesgaría poco después la vida de su padre a kilómetros de distancia. Murió en el puerto de Barcelona, donde trabajaba de estibador, alcanzado por una bomba durante un bombardeo italo-alemán sobre Barcelona el 19 de enero de 1938.

—Murió por una bomba fascista, ¡qué injusto!, él que luchó siempre para arreglarnos la vida... Imagínate la escena, bombardeo de aviones italianos, madre con la hermana y el hermanito pequeño a menos de 400 metros de distancia porque iban a llevarle algo a mi padre. Por poco no mueren ellos también, se salvaron de milagro.

Como si fuera una jugada del destino, por aquellos días era precisamente cuando se reencontraron los tres hermanos combatientes en el frente de Teruel tras largos meses sin tener contacto: Alfonso, enfermero en infantería de marina, y su hermano mayor, Juan.

—Moría mi padre mientras los tres hermanos estábamos juntos... Yo era un revolucionario y en cambio moría él, que era neutral. A mí me hervía la sangre en la guerra, tanta muerte... Cuando pienso en todo aquello odio aún más a Franco, nos deshizo la vida.

Tras la pérdida de Teruel por parte de las tropas republicanas en febrero de 1938, el ejército franquista lanzó una ofensiva en Aragón que destruyó las defensas eliminando el Ejército Republicano de la zona. La brigada de Antonio, siempre destinada para tapar roturas de línea o para iniciar un ataque, será en breve destinada al Ebro, donde tendría lugar una gran contraofensiva el mes de julio que se prolongaría con la derrota el mes de noviembre de 1938.

Histórico es el cruce silencioso por el río Ebro de más de un centenar de barcas, con diez hombres en cada una, desde Mequinenza (Zaragoza) hasta Amposta (Tarragona) durante la madrugada del 25 de julio de 1938, dos años después del inicio de la guerra. La estrategia obedecía al plan del jefe del Estado Mayor encargado de la planificación operativa de la Batalla del Ebro, el general Vicente Rojo Lluch. Quería lanzar por sorpresa una intensa ofensiva sobre las fuerzas franquistas apostadas en el margen del río Ebro, abarcando una extensión de frente de más de unos sesenta kilómetros. El objetivo era la conquista de Gandesa, el centro de comunicaciones más importante de la zona, lugar estratégico fundamental.

—Cruzamos la otra orilla, aquí yo tenía ya dieciocho años y me habían ascendido a sargento. Fuimos en silencio, y sorprendimos de lleno a los facciosos en Flix. Creo que se sorprendieron porque nos creían derrotados y, sin casi resistencia, avanzamos en su territorio, pero no llegamos a Gandesa. Con todo esto, ocurrió que nos encontramos con recursos insuficientes para llevar a cabo una ofensiva de esta magnitud. Después la aviación enemiga bombardeó intensamente, estaban bien equipados, aviones, tanques, cañones... Estaban mucho mejor preparados y armados, claro, con la ayuda de Alemania e Italia... Al final la situación se hizo dramática, estaba casi todo perdido. Recuerdo que una mañana amanecemos rodeados de muertos. Teníamos una batería, que eran cuatro cañones y, como dijo el general Rojo, había que disparar los cañones «hasta que reventaran». Yo estaba con las bombas de mano. Así aguantamos hasta que nos quedamos sin armas. Si llegamos a tener material y buenos transportes seguro que ganamos la guerra.

Tras la derrota del Ebro comenzaba la retirada, al principio de forma ordenada como explica Antonio. Había perdido el contacto con su familia, el caos reinante en las ciudades duramente bombardeadas era absoluto. Barcelona cayó el 26 de enero de 1939 y Antonio llegó a la frontera francesa el 12 de febrero de 1939, una fecha que durante nuestra entrevista aflora en un segundo de sus recuerdos.

—Me fui a Francia. ¡Tenía más miedo de la represión franquista que de la propia guerra! Además te diré que los tres años de guerra los pasé en el frente, siempre y a todas horas en el frente. Fue muy duro aquello, dejar la

lucha para huir a un país vecino... Tenía diecinueve años, era sargento y llevaba tres años de guerra a mis espaldas. En la frontera todos los de mi unidad entregamos el arma porque nuestro superior había dado la orden de hacerlo.

El gobierno francés, al igual que ocurrió con otros entrevistados de este libro, no les consideró como combatientes o civiles de un Estado democrático, sino como prisioneros y los internó en campos de concentración abarrotados, desbordados y en infrahumanas condiciones, recibiendo tan sólo la ayuda de voluntarios antifascistas de la población local. El primero fue Argèles-sur-Mer, cerca de Cerbère, en una gran playa rodeada de alambradas donde los refugiados fueron vigilados por tropas coloniales, marroquíes y senegaleses.

—Aquí lo pasé muy mal, haciendo las necesidades en la arena, luego en el mismo mar, nos daban un puñado de lentejas en la mano y te las comones como quieras para comer. Me espabilé, cogí un pote que vi tirado, puse agua de mar, logré hacer un fuego y las cocí allí mismo. El hambre era aterradora. Era lo primero que comí en varios días y como yo muchos otros también.

—¿Cuánto tiempo estuvo así?

—Un mes o dos meses. Luego me enviaron a otro campo, Agde, donde decían que la Generalitat de Companys reagrupaba a los catalanes que pudo localizar... bueno y a algún murciano-catalán como yo —dice riendo con su buen humor—, nos fueron a buscar a Argelès, nos llevaron a Agde a los que quisimos. Yo fui, éramos excombatientes. Allí dentro había todo el Estado Mayor, muchos atletas, se intentaba mantener el ánimo organizando actividades en un ambiente de camaradería para no desfallecer, especialmente entre aquellos que compartíamos los ideales comunistas. Yo aún no estaba afiliado al partido, pero lo tenía claro. Recuerdo también a un músico que tocaba para hacernos las noches más amenas...

El campo de Agde, en la región del Languedoc-Rosellón, departamento de Hérault, fue habilitado a partir del mes de febrero de 1939, para acoger a los republicanos españoles que huían tras la derrota de la guerra civil.

Según algunos datos, estaba previsto para acoger a unos veinte mil hombres, con una distribución en barracas. Allí estaría Antonio durante poco tiempo.

—Debía de ser septiembre del 39 porque de lo que sí me acuerdo es que allí supimos de la invasión alemana de Polonia, lo que significó el inicio de la segunda guerra mundial... Luego nos dijeron de ir a trabajar en una compañía de trabajadores extranjeros y me apunté.

Meses más tarde, tras el armisticio francés el 22 de junio de 1940, el régimen de Vichy transformaría Agde en un campo al uso, en un «*Centre de rassemblement des étrangers*» un tecnicismo para decir que antifascistas de treinta nacionalidades por lo menos serían aquí internados. Checos, belgas, incluso judíos de Alemania y Austria en tránsito antes de ser enviados a los campos de exterminio. Sería cerrado a finales de 1942 y sus presos distribuidos entre Rivesaltes, Noé y Drancy. Este campo, del cual queda un monumento conmemorativo erigido a finales de los años 80, fue destruido en 1944, tras la liberación de Francia de su invasor nazi.

De Agde terminaría en Saint-Cyprien a finales de 1939 desde donde en pocas semanas sería incorporado en una compañía de trabajadores rumbo al norte de Francia en tren. Objetivo: la base naval de Brest, para construir su arsenal y diques en el puerto.

La Batalla de Brest fue una de las más intensas que tuvieron lugar durante la segunda guerra mundial, en el frente occidental, entre agosto y septiembre de 1944. Formaban parte del plan estratégico de los aliados la recuperación y dominio de instalaciones portuarias que permitieran garantizar la entrega de material de guerra y suministros necesarios para la permanencia de sus divisiones aliadas.

Pero Antonio nos sitúa cuatro años antes, en el momento del armisticio franco-alemán del 22 de junio de 1940, precisamente en el instante en que Brest, zona noroccidental francesa, estaba a punto de ser ocupada por los nazis. Vivió un apoteósico momento: la huida de la flota francesa ubicada en aquella base naval. Recuerda hasta una treintena de barcos. En poco tiempo el ejército francés caería bajo el dominio alemán y miles de españoles que estaban en sus filas o en los diversos campos repartidos por territorio francés serían deportados a los campos de concentración nazis.

—¿Cómo logró huir? —indagué en espera de escuchar alguna de sus apasionantes explicaciones.

—Se había decretado lo que se llamaba «Ville Ouverte», o sea, que te daban un tiempo, una tregua de horas, veinticuatro horas, para evacuar las tropas, era una forma de evitar un enfrentamiento. Declararon Brest ciudad libre, significaba que Brest no se iba a defender ni los alemanes atacarían hasta que todo el ejército francés abandonara la ciudad. ¿Tú te lo creerías? —me pregunta.

—No —le contesto pensando en la carrera y la locura de aquel momento.

—Sí, algunos nos decían, «no nos harán nada», pero yo ya había pasado una guerra y les dije que estaban locos. Me fui pitando, como todos los franceses, porque nosotros, los españoles, éramos trabajadores pero estábamos al servicio de los franceses.

—¿Y cómo se las compuso para huir?

—Me fui rápido hacia un barco, me vieron y me echaron, fui listo y rápido, me fui al vestuario de la base naval que había y yo sabía dónde estaba, cogí ropa de militar, marinero concretamente, me visto corriendo, veo algunos reclutas uniformados y me sumo a ellos. Esta vez pasé inadvertido, por suerte. Estábamos todos *cagaos*, literalmente. Embarqué, subí a uno de los barcos que acompañaban al acorazado *Almirante Jean Bart*, era un barco civil militarizado. Te contaré como anécdota una situación impresionante. Nos íbamos, los aviones y los cañones disparaban, los del barco comenzaron a cantar *La Marsellesa*, se me pusieron los pelos de punta.

—Un espectáculo realmente dantesco...

—Sí, se generó un fuego cruzado, quiero decir que por un lado nos atacaban a nosotros y, por el otro, los propios franceses, los barcos acorazados disparaban a la vez contra los alemanes. El estruendo era terrible. Los franceses bombardearon su puerto, había petróleo, no se lo iban a dejar, saltó todo por los aires en una explosión bestial. ¡Aquello era el infierno! Todo el mundo se quería matar, parecía que íbamos a morir todos. De verdad que me emociono, era una imagen de película, ni te lo puedes imaginar lo que es vivir aquello.

—Y después de aquel escenario apocalíptico del que logró escapar, ¿qué ocurrió?

—Me encontraron como polizón. Lo curioso es que también encontraron a otros españoles. Fíjate que coincidimos al tener la misma idea de subir al barco, éramos pocos, cinco o seis a lo sumo.

—¿Alguno de sus compañeros quedaron en tierra?

—No, que recuerde. Pero, claro, aquello era un caos... Si alguien se quedó seguro que lo matarían o lo llevarían a un campo nazi, como el de Mauthausen.

Fueron arrestados y encerrados en las bodegas del barco. Al desembarcar se dieron cuenta de que se encontraban en Casablanca, Marruecos. Imagino la escena de estos hombres, encadenados cual criminales, cruzando a pie la ciudad rumbo a la cárcel, en Nouvelle Medina, un nuevo e incierto destino.

—Nos habían detenido porque nos encontraron a cinco polizontes en un barco y había más españoles en los otros, quizás entre veinte y treinta seríamos en total. En la cárcel nos trataron correctamente, dieron comida también, pero nos enviaron sin dar explicaciones hacia el sur, a Bou Arfa, cerca de la frontera con Argelia, una zona desértica. Luego supimos que llegaron órdenes de hacernos ir a trabajar en la construcción del Transahariano, que lo estaban haciendo para coger carbón de Argelia.

Los dos años siguientes, de junio de 1940 al verano de 1942, permaneció internado en un campo de concentración disciplinario al cual fueron a parar diversos grupos de trabajadores extranjeros. Su misión era construir la vía férrea del Transahariano en Bou Arfa. El objetivo de la compañía Mediterranée-Niger era unir las zonas occidentales y centrales de África, Níger hasta el Mediterráneo. El tramo inicial abarcaba desde Bou Arfa hasta Kénadza, un importante yacimiento de carbón, pasando por Colomb Béchar, una base militar en Argelia. Con la explotación de presos como Antonio se garantizaban mano de obra esclava para ejecutar tan costosa obra.

Bou Arfa era un poblado de unos trescientos habitantes, rodeado de explotaciones mineras y desierto, en extremas temperaturas, sol ardiente y mortal de día, frío bajo cero de noche. Imposible huir. Desde esta base se

organizaban y partían las compañías de trabajo forzoso, cada una de las cuales se componía de un centenar de prisioneros para trabajar en lo que sería el recorrido de la futura vía del tren. El regimiento de Antonio y sus compañeros de prisión se componía de doce compañías de un centenar de hombres cada una, en total unos 1.200 internos.

Espanoles, alemanes, franceses, polacos, europeos en general, también judíos, todos antifascistas huyendo de la expansión nazi. A las inclemencias del tiempo tenían que superar las deficiencias alimentarias a las que eran sometidos. Permanecer a cincuenta grados bajo la vigilancia de guardias árabes bien valdría una buena alimentación e hidratación constante. Muy al contrario, una jornada laboral se componía de diez largas e intensas horas de trabajo. Antonio incide en que no era un campo de castigo, pero lo cierto es que las propias condiciones de vida unidas al clima y la geografía del entorno era suficiente castigo.

—Había dirigentes y militantes de partidos, la mayoría socialista, y sindicatos, así como cargos con responsabilidad dentro del gobierno republicano. Como imaginarás, a algunos consiguieron llevárselos, eran puestos que no podían perder los partidos. El resto, a pico y pala, pero, como siempre, nos organizamos para seguir adelante. Nos llamaban la basura de Europa... Pero hasta dónde llegaron nuestras ganas de vivir que los españoles incluso organizamos unos campeonatos de atletismo, de futbol, ¡de todo! Eso cuando había posibilidad, claro, y participaron alemanes, ingleses... Hay que pensar que los refugiados españoles que había aquí, soldaditos como yo había pocos, la mayoría eran de la flor y nata del gobierno español, algunos tenían cómo poder escaparse, eran jefes, o aviadores, o marineros, o empleados del gobierno español republicano, o familiares de éstos... sí, porque al final de la guerra civil, muchos de los que quedaron atrapados en la última retirada de España se quedaron en la zona de Levante, los que pudieron escapar subieron en barco y fueron a parar a Argelia.

El recuerdo de esta parte del pasado de Antonio queda perfectamente recogido en el escrito de su hijo, redactado años atrás cuando recopiló el testimonio de su padre. Bien vale la pena recordar instantes de su día a día:

Comíamos y dormíamos en tiendas de campaña llamadas marabout sobre una estera de esparto, un saco lleno de paja y una única manta. Eran unas viejas tiendas de campaña sucias, rotas y repugnantes de la etapa colonialista del siglo XIX, donde nos hacinábamos de 8 a 12 personas, el doble de lo permitido. Eran frecuentes los piojos, la suciedad y el mal olor. A veces soplaba el siroco, un viento que provocaba tormentas de arena, era imposible estar al aire libre, nos refugiábamos en el marabout, con la cara tapada con un trapo humedecido. En aquel reducido espacio los refugiados españoles conversábamos sobre la guerra civil, la familia, las ilusiones, el futuro...

Las circunstancias ambientales extremas limitaban nuestra libertad, por tanto no estábamos vigilados por «mokhaznis» constantemente, estábamos delimitados por un territorio hostil; dentro de él poseíamos cierta autonomía en un área que ni siquiera estaba cercada por algún alambre. Algunos consiguieron escapar, pero era muy arriesgado, te jugabas la vida, era muy probable que uno falleciera por insolación o por falta de agua, me acuerdo que alguno se metió en un vagón cisterna que transportaba agua y llegó a Casablanca.

Nos daban medio franco al día siempre que cumpliéramos los objetivos marcados. En general trabajábamos en grupos compuestos por 4 o 5 personas, cada uno tenía una tarea determinada, picar, evacuar la tierra, poner un talud, rellenarlo de tierra... Se nos marcaba cavar unos determinados metros cúbicos imposibles de cumplir, de este modo nunca llegábamos a cobrar ese sueldo.

Las condiciones «laborales» e higiénicas eran muy malas. Si alguien padecía un accidente, si algún animal del desierto le picaba o mordía, debía esperar a que algún camión le llevara a Bou Arfa, ¡a unos cuantos kilómetros!

Uno de los aspectos más practicados por los presos antifascistas en tiempos de guerra es el sabotaje, del cual la inmensa mayoría se sienten orgullosos.

—¿Sabotearon el Transahariano? —le pregunté con inmensa curiosidad por su relato.

—Pues sí. Entre nosotros enseguida nos dimos la consigna de sabotearlo. Yo fui de los primeros. Se perdían palas, se perdía carritos, nos daban la orden de hacer un metro y medio de tierra cada día y no llegábamos al medio metro... Nos reuníamos de forma clandestina por la noche cuando íbamos al aire libre a hacer nuestras necesidades... Siempre con cautela. Empezaron a coger a gente y a llevársela, un día me cogieron a mí. A un amigo mío lo mataron porque cuando le dieron el alto echó a correr y le pegaron un tiro. Yo estaba a su lado, estábamos sabotando el ferrocarril. Eso se paga con la muerte. «A mí no me coge ni Dios», decía siempre y se atrevió demasiado.

Para entonces comunistas y socialistas se habían organizado clandestinamente para emprender acciones de sabotaje y mantener la moral de lucha al máximo. Antonio fue haciendo buenos camaradas, consolidando su posición política y, en el día a día, sobrellevando la dura cotidianidad gracias a su buena forma física de atleta. Será nombrado representante de las Juventudes Socialistas Unificadas (JSU), poco después dejará de trabajar en las vías del tren para desplazarse al poblado de Bou Arfa, mejorará sus condiciones, dormirá en barracones y, finalmente, trabajará en una panadería del poblado. Todo ello bajo un régimen militar pasando lista y recuentos a diario.

—En España ya me sentía comunista, pero me afilié al partido estando en Marruecos, donde la lucha era muy diferente, era un frente políticamente abierto contra la dictadura. Teníamos que mantenernos en forma, estar preparados para cuando fuera el momento de actuar, como fuera, como el partido nos indicara, siempre clandestinamente sin que supieran de nosotros. Los comunistas éramos mal vistos, nos consideraban enemigos del pueblo, sobre todo desde que se firmó el pacto germano-soviético de no agresión entre ambos países en el verano del 39 y, cuando se rompe y entran en guerra, entonces cambió la animadversión general contra nosotros. O ésa era mi percepción. Hay que dejar claro que siempre luchamos contra el fascismo.

Antonio permaneció casi dos años en Bou Arfa hasta que llegó el día en que se inauguró el Transahariano, el 30 de enero de 1942.

—Llegamos a hacer la vía, pero se nos avecinaba otra igual o peor...

Así fue, porque en el verano de 1942 la organización comunista del campo fue descubierta y denunciada a las autoridades francesas. A raíz de aquella denuncia fueron detenidos aunque jamás supieron el porqué ni quién les había delatado, Antonio desconfió siempre de un colaborador del capitán responsable de aquel campo a las órdenes del gobierno de Vichy. La consecuencia inmediata fue la detención de sesenta comunistas españoles.

—Nos llevaron a una comisaría donde me dieron una avalancha de golpes e insultos. Nunca di ningún nombre de otros camaradas. Jamás. Me colgaron boca abajo y me golpearon otra vez por todo el cuerpo y en los pies, en la planta de los pies, que eso duele mucho. Luego casi ni podía

caminar. La situación era grave, además, como te dije antes, habían matado a un compañero mío de trabajo por intento de fuga. A saber lo que entendían aquéllos por fuga...

—¿Qué ocurrió después?

—Me enviaron a Meknés y a los comunistas nos juzgaron por un Tribunal Militar. Me impusieron tres años de cárcel y fui prisionero político. Nos enviaron al presidio de Port Lyautey, allí sí que había una organización comunista clandestina. Aun así me permitieron enviar alguna carta, siempre censurada, como en la mayoría de los presidios...

Septiembre de 1942, presidio de Port Lyautey, hoy ciudad de Kenitra, en la costa atlántica de Marruecos, a 50 kilómetros al norte de Rabat. En este penal, a pesar de ser presos políticos, se encuentran mezclados con otros comunes, motivo de reivindicación sin éxito que finalizó con huelga de hambre y el traslado inmediato a celdas de castigo. Antonio también fue preso, era el intérprete entre los huelguistas y las autoridades. Lo recuerda como un centro con un régimen carcelario muy estricto y un intenso trabajo de picar la cantera.

Dos meses más tarde tendría lugar el desembarco de las tropas aliadas en Marruecos y África del Norte, la conocida Operación Torch, el 8 de noviembre de 1942. La llegada de la flota anglo-estadounidense al Protectorado francés de Marruecos y la Argelia francesa, territorio en manos del gobierno colaboracionista de Vichy, desencadenó un bombardeo intenso en el que la prisión de Port Lyautey, perfectamente visible desde el mar, fue un blanco fácil. El caos se sembró por doquier, muros cediendo ante el ataque, presos huyendo, marroquíes y franceses disparando desde la puerta principal...

—Salimos corriendo los presos, pero en la puerta estaban los soldados con el fusil y *ta-ta-ta-ta*, nos disparaban, oye que iban a dar, y nosotros en medio, así que otra vez para adentro... Viendo la que estaba cayendo, decidimos no huir, no valía la pena jugarse la vida. Y llegaron los americanos. ¡Vaya otros! También tengo algo para ellos —dice en tono burlesco e irónico—. Después de bombardearnos bien, desembarcaron, llegaron y nos encontraron a los que estábamos presos. Nos trajeron tabaco, caramelos, ya nos veíamos libres, pero... ¡alto! nos dijeron: «El que quiera

ser liberado tiene que firmar aquí el ingreso en el ejército americano». Decían que nos iban a dar un buen salario. Salto yo y digo que ya he hecho la guerra por dos veces. Nos negamos. Sólo dos se apuntaron, eran anarquistas. El resto nos negamos en redondo.

—¿Y qué ocurrió con su negativa?

—Que tardaron ocho meses en liberarnos, hasta julio de 1943, a pesar de que Marruecos había sido liberado por los aliados. Nos olvidaron cuando toda África del Norte estaba liberada. ¿Qué te parece? Fue el Partido Comunista Francés quien nos ayudó, tuvo que venir el secretario del Partido Comunista de Francia, un tal... no recuerdo su nombre... —me decía, aunque luego sabría por su hijo que se refería a André Marty, diputado comunista y responsable de las Brigadas Internacionales en la guerra civil.

Antonio rehízo su vida trabajando, a finales de 1943, precisamente en un taller de mecánica de vehículos del ejército norteamericano, en Casablanca, hasta el final de la guerra mundial, momento en que desmantelaron las bases. Durante su cautiverio las redes de solidaridad, tan importantes para todos los presos entrevistados de *Atrapados*, habían hecho que muchos refugiados españoles residentes en Marruecos les ayudaran enviándoles pan, comida y algunos utensilios básicos. En Casablanca la colonia española era mayoritariamente antifranquista, les ayudó, y la asistencia se organizó con la apoyo del Partido Comunista Francés y sus bases en Marruecos.

—Una de esas personas que ayudaban a los presos era mi mujer. Poco después la conocí yo en un baile, sólo tenía diecisiete años y yo veintitrés. Ya ves. Nos casamos. Mi suegra, una gran mujer, había cruzado ella sola la frontera de Gibraltar con Marruecos con todos sus hijos. ¿Sabes cómo vivían? Lavando la ropa del ejército americano. A su marido, o sea mi suegro, le condenaron a muerte, luego le conmutaron la pena por perpetua y ella seguía sola con los niños. Es el que trabajaba en el Socorro Rojo Internacional, el álbum de fotos que te mostré antes. Ahí comencé a tener contacto con la retaguardia. Pero que quede claro que en la guerra he estado siempre en el frente.

Comienza entonces la carrera de Antonio, se traslada a Quartier Bourgogne a vivir cerca de la que será su futura esposa, se incorpora a una escuela de formación del Partido Comunista en Orán (Argelia), donde conoce al hermano de Santiago Carrillo y a su cuñado, Emilio Fradera, preso en Bou Arfa, después deja la escuela para regresar a Casablanca. Toda su vida ha sido de vértigo, un ir y volver sin parar, siempre entre Francia, España y Marruecos, en Casablanca, Fez (1954-1960) y Meknés (1960-1962).

Se casó en Casablanca el 23 de septiembre de 1944, con el tiempo se fue integrando en su nueva vida, consiguió trabajo, generalmente empleos de negocios cuyos propietarios eran norteamericanos y, en menos de un año, nació su primer hijo. Para entonces la segunda guerra mundial favorecía el avance de los aliados y la derrota del fascismo. Pensaba que los acontecimientos europeos tendrían su réplica en España y confiaba en la inminente caída de la dictadura franquista. Muchos pensaron igual, pero se equivocaron.

Se inició entonces la guerrilla de los maquis, los grupos guerrilleros antifascistas que comenzaron en España durante la guerra civil y, al estallar la segunda guerra mundial, sorprendió a muchos excombatientes republicanos que se incorporaron a la Resistencia francesa en su lucha contra el nazismo. A mediados de 1944, con el ejército alemán comenzando su retirada, muchos guerrilleros reorganizaron sus acciones para acometer al gobierno franquista. El primer gran fracaso fue la invasión del Valle de Arán en 1944, iniciándose después una cruenta y desigual batalla que se prolongará durante casi una década. Hombres resistiendo en el monte, luchando hasta la muerte en situación casi de supervivencia. Fue el caso de otro guerrillero de este libro, Lluís Martí Bielsa, y del marido de María Salvo, Domènec Serra, quien mandó erigir el monumento a los Guerrilleros españoles de Santa Cruz de Moya, en Cuenca.

En este contexto, Antonio siempre mantuvo en Marruecos su militancia política, como él mismo dice, dentro de sus posibilidades. El Partido Comunista le enviará a Francia para apoyar a la guerrilla. Burdeos, Perpiñán, Ceret, actuará en un bosque inhóspito, de pasador, trasladando material y personas de un lado al otro de la frontera, tarea sumamente

peligrosa de ser descubierta por las patrullas de la guardia civil que disparaban sin reparos. Será en tierras francesas donde entrará en contacto con La Pasionaria, con Joan Comorera, entonces secretario general del PSUC y otros dirigentes.

—Actué de enlace de España con Francia en los Pirineos Orientales, que es cuando conocí a Carrillo por primera vez, cuando él dirigía el trabajo de guerrillas. En aquel tiempo yo fabricaba maletas de doble fondo con propaganda, la llevábamos a la frontera, las entregábamos a un camarada y estaban repletas de folletos. Peligrosísimo, ése era mi trabajo en la retaguardia una vez acabada la guerra. Cayeron la mitad de ellos... Más tarde el partido me ordenó ir a París para trabajar de chófer de Carrillo.

—¿De Santiago Carrillo?

—Sí, le acompañaba a embajadas y ministerios, yo, discreto, siempre conducía y callaba, hablábamos lo mínimo durante el trayecto, no le pregunté nunca cosas personales. Era buena persona, pero ¡cómo fumaba!

—¿Qué coche conducía? —le pregunté automáticamente intrigada.

—Era un Citroën 6, ya viejo. Lo conducía yo, lo llevaba más que nada a embajadas, a la de Inglaterra, Rusia, América...

Los siguientes años fueron un constante devenir de traslados en diversas poblaciones de Francia mientras nacía su segunda hija y su esposa regresaba provisionalmente con sus hijos a Marruecos para reencontrarse con Antonio un año más tarde, en 1950. Casablanca, Fez, Meknés... en Marruecos cambió varias veces de residencia, trabajando en la Sokony de Mobil Oil Company, compañía norteamericana de carburantes, como mecánico montador de bombas de gasolina.

—Mira —me dice mostrando una fotografía vestido con un traje oscuro y al fondo un camión de la compañía—, recorrí todo Marruecos montando estaciones de servicio.

Era el año 1952 pero, no sería hasta diez años más tarde, en 1962, cuando decidiría regresar a España, y se instaló en Barcelona, donde trabajó y vio nacer a sus mellizos mientras tenía que presentarse periódicamente a las autoridades.

Vida intensa y agitada, entre Marruecos, Francia y España, siempre en constante movimiento. Se fue con dieciséis años, regresó con cuarenta y dos. Tan sólo cuatro años atrás regresó a su amada Tánger entrados los noventa años de edad. Todo un valiente que vivió dos guerras. Por eso le pregunto: ¿arrastramos las secuelas de la guerra civil?

—Sí, la estamos pagando políticamente porque en las elecciones del 36 todos los partidos obreros y de izquierdas se unieron y votaron el Frente Popular, ganó la clase obrera y ellos, la derecha, no lo soportaron. Se sublevó un ejército contra un pueblo desarmado. Pero políticamente habíamos ganado. La guerra civil fue terrible, yo la he vivido desde el frente, terrible... pasamos de todo, muerte, hambre... luego en Bou Arfa también... Soñaba con la comida, he llegado a llorar de hambre.

—¿A una persona como usted que ha pasado dos guerras por el fascismo, le preocupa la Europa de hoy?

—Claro que sí. Eso no lo comprendo yo, con todo lo que hemos pasado, con todo lo que hemos sufrido, que haya gente obrera y pobre que vote a la derecha, a la extrema derecha, que tantas personas huyen de sus países en guerra buscando refugio mientras Europa no se aclara. Eso tampoco lo entiendo. Me preocupa mucho Europa y España también, nuestros jóvenes tendrán que actuar, evitar muchas cosas que están ocurriendo, injusticias. Que no se dejen engañar, que sean listos, han de buscar el porqué de las cosas.

Reitera una y otra vez: «Esto no puede volver a ocurrir», refiriéndose a una guerra tan mortífera, como todas. Lo dice mientras sostiene en sus manos aquel álbum de fotografías tan impactante del Socorro Rojo Internacional. Aquellas fotos, manchadas de sangre y dolor, mostraban una rúbrica que bien podría identificar la huella de nuestro pasado. Decía: «Civilización fascista, la obra de Franco».



10

Marià Gadea Montava

(Barcelona, 22 noviembre 1925)

«Tuve en mis manos todas las fortificaciones franquistas del Pirineo»



PERTENECIÓ A UNA COMPAÑÍA de esquiadores y escaladores. Lo atestiguan unas fotos que me muestra de entre decenas de imágenes guardadas en antiguos álbumes fotográficos de su casa. Toda una vida. De ellas me llama la atención una, de soldado, en un desfile en la Rambla de Figueras (Gerona) en el que participó durante el franquismo. Hombres en formación, esquí al hombro cual fusil, blancos, impolutos, igual que sus guantes, también blancos, ataviados con una gabardina oscura. Uno de ellos es Marià Gadea Montava, un hombre de eterna sonrisa, cabellos blancos y barba afeitada aunque antaño, según las imágenes, lucía espeso bigote.

Marià, Marianito, Lenin, le llamen como le llamen, era un niño que vivió el inicio de la guerra a los once años y, con catorce, viendo las penurias de su familia se creyó, a tan corta edad, un comunista convencido ansioso de luchar contra el fascismo mundial. Deportista vocacional, durante el franquismo actuó clandestinamente, algo que le valió su paso por la temida Jefatura de Policía de Barcelona donde interrogaba la Brigada Político-Social. Una llamada providencial le salvó de una terrible paliza y de años de cárcel por su actividad política contra el Régimen. Su vuelta a la sociedad pasó por un servicio militar obligatorio. Eso o el presidio. Allí, ante la estupefacción de los militares y una masa proletaria de soldados, él lograría ejercer su profesión: cartógrafo. De ahí llegaría a ser el dibujante del jefe de Estado Mayor, siempre ocultando sus ideales políticos, con cierto temor a ser descubierto.

El relato de Gadea es absolutamente distinto de los demás. Nos ofrece un retrato de la guerra civil vista por un niño y el relato de una posguerra vivida por un joven avezado que trabajó en una de las empresas de perfumería más importantes en aquellos años del franquismo.

Le conocí en un evento en conmemoración de antiguos combatientes y guerrilleros. Algunos eran premiados por su labor, pero Marià no quiso nunca recibir ninguna distinción, ningún reconocimiento. Su vida forma parte de su intimidad, ni siquiera recopiló sus memorias. Me acerqué a saludarle y, al instante, se mostró cortés conmigo. Me dijo: «Si quieres hablar de lo que fue la guerra, tengo una historia diferente que contarte». Absolutamente de acuerdo. Me dio una tarjeta con su teléfono y días después fui corriendo a entrevistarle en su casa en el transcurso de una preciosa y soleada mañana en la que, durante horas de conversación, me haría comprender que el germen revolucionario y los ideales políticos anidaron en su interior desde niño, despertados por los acontecimientos del conflicto armado.

Al entrar en el salón de su domicilio, lo primero que vi fueron fotografías de viajes, paisajes, montañas, libros de excursionismo y escalada, era palpable su gran afición. Entonces supe de su pasión por el deporte, que jugó al tenis durante treinta años, que fue campeón de este deporte, también campeón de esquí...

Se acerca, me mira con ilusión y dice:

—Bah, ¡no me gusta hablar de mí! y ojo, sólo era amateur, ¿eh?, pero daba guerra, bueno, mejor no digamos esa palabra ahora que hablaremos de la guerra civil —dice con pícaro sonrisa, y, como quien se ha olvidado de decir algo, añade—: Soy montañero, he subido al Montblanc, he subido a algunas cimas de los cuatro mil de Europa, en el Pirineo casi todos los tres mil, he esquiado mucho.

Me queda claro que estoy en casa de un atleta, amateur como él dice, pero deportista al fin y al cabo, todo un campeón.

Como ocurre con la mayoría de entrevistados, comienza a relatar su infancia, el entorno familiar que, en su caso, le marcó definitivamente: una madre esforzada por conseguir que su hijo lograra los estudios y la formación que ella nunca tuvo, así como un padre pragmático, en cuya barbería leería mucho, aprendería bastante y palparía la realidad de la vida.

Eran de Alicante. Su padre, Gonçal, de principios republicanos, pertenecía a una familia bien situada, con estudios, hombre culto. La relación con su madre no sería muy bien vista por los padres paternos, por lo que salvando obstáculos familiares cual Romeo y Julieta, se casaron y se trasladaron a Barcelona donde él trabajó de zapatero «remendón», como dice Marià, para profesionalizarse después como barbero. Su madre, costurera, cosía a máquina, un oficio propio de las mujeres entonces. Al nacer él le pusieron de nombre Marià, Mariano, en recuerdo de un hermano suyo fallecido dos años antes al ser atropellado por uno de los escasos coches que por entonces circulaban en Barcelona. Un taxi cerca de su casa, en la zona del zoológico, acabó con su vida. Por eso al nacer a él le pusieron su mismo nombre.

Fue el único de los hijos —tenía tres hermanas— que, gracias al empeño de su madre, pudo estudiar y, a los catorce años, encontró un empleo siguiendo los estudios en una academia nocturna al salir del trabajo.

—Era un chavalín guapetón, ¿sabes? —dice riendo.

Me muestra una fotografía suya de niño, quizá diez años, en blanco y negro, sentado en un escritorio o pupitre, mirando a la cámara, con un libro abierto y el globo terráqueo detrás. Parece un niño despierto y aplicado. Me

recuerda a una foto de portada del famoso libro *El florido pensil* de Andrés Sopena, donde se recreaba el sistema educativo de la posguerra española.

—Es entonces cuando comenzó mi propia lucha, antes de la guerra, veía a mi madre cómo batallaba para sacarnos adelante y darnos comida, por eso antes de la guerra ya era un poco revolucionario. Para que te hagas una idea, más tarde, cuando Mussolini invadió Abisinia, en realidad Etiopía, yo decía que quería ir a luchar con los negros, ayudarles, luchar con ellos. Cuando salía el tema en la barbería de mi padre me tomaban todos en broma.

La barbería de su padre fue escenario de diversos acontecimientos que influyeron en su carácter, personalidad y educación. Uno de los primeros hechos históricos que, aunque vagamente por ser un niño de seis años, recuerda fue la proclamación de la Segunda República en 1931.

—Estábamos enfrente de un cuartel de soldados, en el Parque de la Ciudadela, allí estalló la alegría, mi padre, mis hermanas también, yo era muy pequeño, pero lo recuerdo, me sacaron con ellos a la calle, veías a la gente gritar de alegría con banderas, «*Visca Macià, mori Cambó que és un cabró*». Cambó era la cabeza visible de la derecha, que fue quien patrocinó, quien daría apoyo político y económico a la causa encabezada por el general Franco.

Sus progenitores eran libres de compromisos políticos, con la salvedad de que su padre, como la mayoría obrera de la época, estaba vinculado a la CNT, sindicato de trabajadores que era mayoritario. A él le impacto una imagen. Recuerda estar una mañana en la Plaza Urquinaona de Barcelona. Allí vio cómo se concentraban los trabajadores parados para ofrecerse a quienes venían a buscar trabajadores esporádicos por días. Fue entonces cuando comenzó a sentir un fuego interno en contra del sistema capitalista.

—Sí, y los sindicatos tuvieron mucha importancia. La CNT era el sindicato de Durruti y de Ascaso, muy estimados entre la masa obrera, entre las bases. Yo nunca he formado parte de estas formaciones y no es precisamente esta mi inclinación, pero debo reconocer que entonces eran los que verdaderamente luchaban a favor de la clase trabajadora de forma intensa, al límite. Eran sumamente odiados por las clases represoras.

Barcelona, 1936, comienza la guerra civil. Marià tiene tan sólo diez años y medio. Se enteraron del estallido del conflicto por el sonido de unos cañonazos que impidieron que la familia fuera a pasar el fin de semana en el campo. Desconcierto y miedo.

—En aquella época, en vez de ir al Montseny la gente modesta íbamos a pasar el día por el río Llobregat para bañarnos y allí mi madre hacía una paella. Estábamos a punto de ir a pasar el día, que era el 19 y mi madre dijo: «Creo que ayer, 18, pasó algo grave, veremos si aquí ocurre alguna cosa». Y así fue, el día 19 oímos unos cañonazos y mi madre, toda asustada dijo: «No, no, no vamos al campo», y así comenzó.

Inquieto como era, con el paso de las semanas y de los meses fue observando qué ocurría en su ciudad natal. Cuenta que se enteró de varias cosas que hay que tener en cuenta.

—¿Qué cosas? —pregunté al segundo, lógicamente.

—Por ejemplo, supe que desde iglesias y conventos disparaban a los milicianos, claro, después decían que eran los curas, yo no lo sé, pero desde dentro se disparó contra los milicianos que defendían a la República, porque al principio no había ejército contra Franco, eran todos milicianos, los anarquistas, CNT, la FAI dominaron la situación y, ante la situación de guerra, abrieron las cárceles y salieron todos los políticos pero también delincuentes, por lo tanto, no había autoridad por parte de la Generalitat de Cataluña, el presidente Companys, no había una autoridad que se impusiera. El inicio fue caótico y salieron muchos analfabetos, explotados, gente ignorante, esclavos de las industrias del textil en Cataluña y las forjas, se cometieron desmanes, yo lo seguía, pero hasta cierto punto podía ser comprensible, era gente maltratada y explotada.

Al principio de la guerra, dado que el golpe de Estado fue aplacado en Barcelona, la vida siguió más o menos igual según cuenta Marià que, insiste, es importante saber que la población de entonces en todo el territorio catalán era de unos 2.900.000 habitantes. Apenas había tránsito. Recuerda el sonido de los carros de verduras por la zona donde vivían. De madrugada retumbaban en las calles las ruedas de los carros en esta zona, entonces todo un campo sin construir, el sonido de los caballos y los látigos de los que conducían el carro.

Son detalles de la vida cotidiana. Al inicio de la guerra se formaron las primeras milicias con voluntarios. No era solamente una guerra contra los militares «sublevados», sino también una defensa firme de la República y una lucha contra el fascismo mundial, entonces arraigado en Europa con Hitler y Mussolini.

—Fue impresionante, los hombres salieron enseguida, incluso con dieciséis años querían ser voluntarios para ir a la guerra, amigos, familiares, allí iban todos, pero al principio estaba organizado por algunos incontrolados, había gente de la CNT y la FAI, que era la parte política de la CNT anarquista... iban todos con gorro de miliciano, algunos se lo habían hecho en casa. Veíamos pasar camiones, la gente, sobre todo las mujeres, preguntaban nerviosas y sorprendidas: «¿Qué pasará?». En Barcelona estábamos aterrorizados porque contaban todo lo que había sucedido con los moros que traía Franco. Las mujeres estaban asustadísimas y lo vivieron con terror. Esto y luego los bombardeos, bombardearon tanto que salíamos de casa y dormíamos en el metro. Cuando entraron las fuerzas franquistas todo el mundo tenía miedo de las consecuencias, normal. Habíamos pasado hambre, no había comida, y cuando entraron las fuerzas facciosas yo tenía casi catorce años, veía pasar las fuerzas italianas. Así entramos en una nefasta etapa.

A Marià le hubiera gustado ir a la guerra, sabía que en la Quinta del Biberón había jóvenes que luchaban en la Batalla del Ebro, pero él era todavía un niño, catorce años al final del conflicto. Por eso, inamovible en sus ideales, siguió su propia batalla de forma particular, iniciando su «pequeña» lucha política.

—Sí, creyéndome entonces un comunista, un niño, sin aún haber profundizado en los estudios... Quería luchar contra el fascismo mundial y lo iba diciendo.

Le pregunto qué diarios o revistas leían en su familia, cómo se enteraba de las noticias cotidianas alguien con tantas inquietudes como él y, de inmediato, con aire pomposo y enfático, como quien recita un poema o, mejor dicho, cual locutor de radio «recita»:

—EAJ1 Radio Barcelona. ¡Cómo no! Pero sólo la podían escuchar los que tenían radio de galena, que era algo muy rudimentario y no recuerdo con exactitud. Un vecino conectaba un cable al somier de muelles de la cama como si fuera una antena. Pero la gran mayoría de la gente se enteraba de todo por lo que corría la voz de boca oreja.

También leía diarios antes de la guerra, como *La Vanguardia*, aunque al final, matiza con un tono de reproche, se posicionó al lado de los vencedores. Antes de la guerra leía diarios en la barbería de su padre, incluso dos publicaciones, semanarios, una era anticlerical, *La Traca*, y otra crítica llamada *L'Esquella de la Torratxa*, publicada en catalán. Ambas dejaron de editarse durante la guerra civil. *La Traca*, creada en la Valencia de 1884, sobrevivió a las censuras consecutivas, primero durante el reinado de Alfonso XIII y, posteriormente, con la dictadura de Primo de Rivera. Durante la Segunda República y la guerra civil ofrecería a sus lectores el más crudo y visceral anticlericalismo, pero la entrada de las tropas franquistas en Valencia fulminó la revista procediendo de inmediato a la ejecución de su director.

Marià fue compaginando la lectura con los estudios gracias a la insistencia de su madre, aprendiendo materias como mecanografía, taquigrafía, contabilidad y cálculo mercantil.

—Sí, esto es lo que estudiábamos los hijos de los pobres en las academias de aquella época, nos esforzábamos por ser alguien. Era lo máximo a lo que podías aspirar, ser un trabajador administrativo. Yo saqué buenas notas, todo hay que decirlo —dice riendo pícaro.

Consiguió su primer trabajo gracias a su tía por parte de madre, una castañera desde cuyo puesto hizo amistad con los empleados de una oficina de colocación colindante. Como es un hombre de cifras, nombres y detalles expresados con detalle, matiza que aquel pequeño negocio se situaba allí donde hoy se encuentra ubicado el Museo de Tecnología del Parc de la Ciutadella (en aquella época Parque de la Ciudadela). Él la ayudaba en la venta de castañas y boniatos y ella le consiguió un trabajo. Siempre decía aquello de «tenéis que encontrar un trabajo para mi niño».

—¡Cómo odiaba que dijera eso! Todos los niños odiamos estas palabras de los mayores. Pero, mira, un día vienen y dicen que vaya a ver al secretario, al señor Rojas, que tiene un trabajo para mí y, como todo era por recomendaciones, tuve que ir. Yo no quería porque era de Falange, pero mi tía me quería llevar a rastras.

Aquel señor Rojas obviamente no conocía las inquietudes políticas del joven Marià, tan sólo veía a un niño de catorce años, sobrino de la castañera, que buscaba trabajo para mejorar el estatus de la familia.

—Después de hablar un rato le dijo: «Te doy una tarjeta para que vayas a Perfumerías Dana, allí estarás muy bien». Me recibió el gerente, Carlo Carandini dalla Rosa, un italiano de solera en Barcelona, jefe del fascio italiano, camisa negra en Barcelona, ¡tremendo! Debía de tener unos sesenta años. Me pusieron de botones, trabajaba y, por la noche, seguía estudiando en una academia. Mi madre se esforzó al máximo, ¡pobre mujer!

El Carlo Carandini que rememora Marià fue una destacada figura del fascio local, tal como queda reflejado en *Cataluña bajo vigilancia: el consulado italiano y el fascio de Barcelona*, de Arnau González i Vilalta. Empresario, uno de los fundadores del Fascio Luigi Avversi de Barcelona en 1925, principal dinamizador de la colonia italiana, máximo interesado en la creación de un centro de intercambio cultural italo-catalán en su época, y entre muchos otros cargos, agregado militar en la embajada italiana de Madrid.

Don Carlo, como le llamaban todos, marcaría, sin saberlo, la vida de Gadea, pues estando en este trabajo, con tan sólo dieciséis años, fue cuando comenzó a encarrilar su posición política. Cuenta que, al finalizar la guerra civil, cada 18 de julio, con motivo de la conmemoración del año de la Victoria, las empresas invitaban a sus trabajadores a asistir a los eventos festivos programados, comida incluida. Él se negó sistemáticamente, aquello era un atentado contra sus ideales comunistas que comenzaban a emerger de su interior. «Don Carlo» le llamó al despacho para advertirle reiteradamente que no le gustaba su posicionamiento ideológico, pero le mantuvo en su puesto porque era un joven profesional, trabajador y productivo como tres personas.

—Él ya sabría que yo era de izquierdas, claro que sí, pero por algún motivo me mantuvo en el trabajo, ¿no te parece? Trabajaba como el que más en aquella casa de perfumes...

Casa Dana fue creada en agosto de 1932, en plena Segunda República, por un antiguo directivo de Myrurgia que inventó tan corto y sonoro nombre pensando en su fácil asimilación y en su proyección internacional. Dana alude a la belleza, a la pureza, al frescor, a las mujeres hermosas del antiguo Egipto. Su producto estrella fue Tabú, precisamente la colonia de la que nos habla nuestro entrevistado, una densa fragancia floral que hizo furor en los años treinta, se exportó a América Latina en los años cuarenta y tuvo un lugar en el tocador de muchas mujeres, incluso de nuestras abuelas. En la España de posguerra tres conocidas marcas competían en el mercado de la fragancia: Dana y Myrurgia con sede en Barcelona, y Heno de Pravia en Madrid. En la primera, Casa Dana, fue ascendiendo, pronto sería oficinista

Paralelamente a su trabajo cotidiano mantuvo su pasión por el alpinismo, algo que cultivó desde niño. Formaba parte de una agrupación excursionista de su barrio natal, Icaria del Poble Nou. Fue a través de algunos compañeros de dicha entidad quienes, conociendo sus inquietudes comunistas y antifranquistas, manifestadas con harta y peligrosa asiduidad, le ofrecieron la posibilidad de participar en las Juventudes Socialistas Unificadas de Cataluña (JSUC). De esta forma entraría a formar parte del partido con diecisiete, a lo sumo dieciocho años. Se iría integrando progresivamente y en poco tiempo conocería a otros compañeros con los que actuaría formando lo que llama una *troika*.

—¿Troika?

—Sí, era como nos organizábamos los tres compañeros de las JSUC que actuábamos juntos. Sólo nos conocíamos nosotros, era una forma de evitar delatar a nadie, trabajar en grupos muy reducidos.

—¿Qué hacían?

—Poníamos explosivos, le llamaban petardos. En los monumentos, o en los locales de Falange, por ejemplo en una ventana, yo no llegué a poner ninguno, bueno sí, uno, en la Falange de un barrio de Barcelona, creo que

era en el Clot. Pero lo importante es que nunca fuimos causantes de daños personales, quede eso por delante.

En la Agrupación Excursionista Icaria del Poble Nou, escondían una multicopista, una «vietnamita», como era conocida popularmente, con la que imprimían boletines y textos clandestinos, algo peligroso *in extremis* en la España de posguerra envuelta en un mundo de delaciones. Por las mañanas llegaba antes a su puesto de trabajo en Perfumerías Dana, hacia las siete según recuerda, para teclear a hurtadillas con su máquina de escribir algunos textos del órgano clandestino del PSUC, el boletín *TREBALL*.

TREBALL fue un diario surgido con los albores de la guerra civil, editado por el Partido Socialista Unificado de Cataluña. Al finalizar la guerra y entrar las tropas golpistas en Barcelona cesó su actividad, pero sobrevivió de forma clandestina a los primeros años de la dictadura imprimiéndose en un taller del barrio de Pueblo Seco con la ayuda y colaboración de sus militantes. Así transcurriría hasta que en 1947 sería descubierta la imprenta, presos sus responsables y fusilado el director Joaquim Puig i Pidemunt por su militancia comunista junto con Numen Mestre Ferrando y otros miembros de la Agrupación Guerrillera de Cataluña. Tras tan trágico suceso se reactivó la revista desde el exterior, coordinada desde Francia.

—En aquella época yo tecleaba a máquina los artículos de los que colaboraban escribiendo. Los pasaba a cliché, estos clichés salían nada más y nada menos del Consulado Británico de Barcelona, luego con la «vietnamita» hacíamos copias, había una manivela y así podíamos hacer ejemplares, como una imprenta pequeña. Eso era peligrosísimo. Los otros compañeros se encargaban luego de repartirlo porque yo tenía mucho trabajo en Dana y no quería que me descubrieran o sospecharan.

—No acabo de comprender lo de los clichés, su procedencia, ¿salían del Consulado Británico?

—Sí, esto es importante, ¡del Consulado Británico! Teníamos un compañero allí en el Consulado pero no formaba parte de la *troika*, sólo era simpatizante. Él nos los proporcionaba. Estos clichés nunca figuraron en el interrogatorio. ¿No te parece un poco extraño? Tampoco me preguntaron de dónde los sacábamos.

Aquella situación no podía durar eternamente, la policía interrogaba, amenazaba, requisaba, era cuestión de tiempo, el peligro siempre acechaba. A Gadea le llegó su día, el de su detención. En cuanto se enteraron, sus compañeros escondieron inmediatamente la multicopista y se esfumaron. Era precisamente cuando él estaba a punto de empezar las vacaciones en su trabajo, tenía unos quince días de vacaciones y muchos proyectos de futuro, uno de los cuales pasaba por marcharse de España, traspasar el Pirineo, irse a Francia y, de allí, hacia América, incluso había hablado de ello con la que sería su esposa, Conchita, a la que conocí durante mi entrevista en su casa y, ahora, hace poco me he enterado de la triste noticia de su fallecimiento.

—Nos habíamos conocido para entonces, ella tenía quince años, yo dieciocho —sonríe como un soñador evocando un pasado romántico.

Llegó el momento de su detención que recuerda con detalle.

—Un día cogí un paquete de perfumería, que era para llevarme a casa, y bajando por el Paseo de Gracia, que es donde teníamos la oficina, con esquina calle Diputación —dice haciendo un inciso para remarcar—... por cierto, debajo de la oficina, en la tienda, esquina exactamente, estaba la oficina de información alemana... Pues, justo en la esquina de Paseo de Gracia con Ronda de Sant Pere, donde está el Corte Inglés, había un bar al que entré para tomar un vermú de despedida porque tenía vacaciones y, además, pensaba en irme. Lamentaba dejar a Conchita, que ya estábamos juntos, ¿sabes? Pero pensábamos que después ya veríamos qué haríamos. Tenía que irme. Al salir del bar, siento una mano fuerte en mi hombro derecho. Alguien me dice: «No te muevas o te freímos a balazos». Me quedé paralizado. Dijo que tenía a otros policías vigilando enfrente y en la esquina.

—¿Qué paso por su cabeza? —le dije inmersa en su relato.

—Adiós a Francia, adiós a América, a un montón de sueños, ¡qué iba a pensar!, poca cosa.

Era el momento de persecución implacable contra el comunismo, la Brigada Político-Social daba desbandadas para eliminar a la Guerrilla Urbana. La represión reinante en la Barcelona y la España del 39 provocó innúmeras denuncias por diversos motivos que Gadea analiza.

—Las denuncias también venían de gente que había estudiado, de gente bien vestida y de barrios elegantes; los curas también denunciaban; otras familias lo hacían cuando pedían a los curas que firmaran un papel para que saliera su hijo de las cárceles o de los campos de concentración... Y todo esto era gente con educación, gente creyente que, se supone, debían de perdonar, ¿verdad? No perdonaron a nadie. En mi barrio natal donde nací aún sé quiénes eran los que denunciaban a la gente por rojos.

Al respecto de quién pudo ser su delator o delatora tiene una cierta opinión formada.

—Tengo una idea, hace mucho tiempo indagué un poco. No sé quién pero creo que sé cómo. En el trabajo al final se dieron cuenta de que era comunista, seguramente escucharon que hablaba de los franquistas con menosprecio llamándoles burros o me oyeron hablar mal de los nazis... Además, yo no tenía miedo. Eso debió de poner en alerta a alguien. En fin, creo que al teclear la máquina de escribir, porque antes se hacían copias con el papel carbón, seguramente puse mal el papel carbón en el carro de la máquina y al picar las teclas quedarían marcadas allí de alguna forma. Lo sé porque trajeron la máquina a la Jefatura cuando me interrogaron. Algo leerían, no sé qué, pero algo quedaría.

Fue conducido de inmediato a la Jefatura Superior de Policía de Barcelona, lugar conocido por otros represaliados de este libro. Allí operaba la Brigada Político-Social al mando del jefe superior de Policía, Eduardo Quintela, con su segundo de a bordo, el comisario Pedro Polo, y los temidos hermanos Creix. Antonio Juan Creix era un maestro de la tortura tal como nos contará en su capítulo Enric Pubill. En los sótanos se encontró con alguno de sus jefes de las Juventudes Socialistas Unificadas, pero él era el único detenido en Casa Dana.

En las fotografías que me mostraba al evocar aquellos tiempos podía ver a un Gadea con bigote, pero no al hombre con barba o perilla que él recordaba al llegar al calabozo de la jefatura, justo antes de ser interrogado. Era la obsesión de nuestro Lenin, apodo recibido entonces por su aspecto. Conocía los métodos de los hermanos Creix, arrancar incluso la barba como tortura, pero no fue así, con él utilizaron otros métodos... Por lo narrado por otros presos de este libro, igualmente interrogados por la Brigada Político-

Social tanto de Madrid como de Barcelona, lo primero que recibían era un fuerte puñetazo en la cara, inesperado, de aturdimiento, luego iniciaban diversas tácticas de tortura siempre preservando el rostro, procurando no dejar huellas visibles.

Una madrugada, hora habitual de los interrogatorios, a partir de medianoche, un policía grita: «¡Lenin!», él se levantó como un resorte, por sus venas palpitaba, el temor, no tanto a las palizas como a resistir sin hablar. Aquella noche tan sólo le rasuraron la barba. Su interrogatorio tendría lugar otra madrugada, mientras intentaba dormir, gritaron de nuevo su nombre. Había visto regresar en precarias condiciones a unos compañeros anarquistas. Se temía lo peor.

—Todos teníamos allí el mismo miedo. A ver cuándo me toca a mí, ésa era la gran pregunta. La noche que me interrogaron, entrada la madrugada, me llevaron a una sala, me sentaron delante de una máquina de escribir, la mía. «Ay», pensé... Comenzaron a preguntarme y luego a hacer afirmaciones del estilo: «Tú eres secretario de propaganda del PSUC en Barcelona, no lo niegues». Yo contestaba que no, que estaban equivocados. Seguían haciendo preguntas, yo contestaba de nuevo negativamente, que se habían equivocado... De repente, recibo un puñetazo en toda la cara que casi me tira al suelo. Eso ya me duele y me descuadra...

Se detienen sibilinamente unos segundos para dar de beber al preso, quien generalmente estaba con la boca seca entre tanta angustia y tensión, para proseguir con el interrogatorio.

—Pegaban mucho en las orejas, en la cara no, para no dejar marcas. Cuando se cabrean te tiran al suelo, viene el primero y *pum*, puñetazo, se acerca otro y *pam*, otro golpe, de repente el «poli bueno», otro que está en la estancia porque había siempre varios disfrutando del momento, decía aquello de «dejad al muchacho, ya hablará...». Pero luego, como no hablo, se acerca otro y me tiran al suelo, allí, indefenso, recibes un mar de patadas, en el riñón, en todas partes, acabas todo amoratado. Casi perdí el conocimiento. Entonces, no sé por qué, de repente entra alguien y grita: «Dejad al muchacho, sentadlo en la silla y tomadle la declaración que

quiera». Me metieron en el calabozo y en pocos días me encontraba en la cárcel Modelo de Barcelona. Eso debía de ser en el año 1946 con apenas veinte años.

—Nadie se libraba tan fácilmente de sus palizas —puntualicé.

—A eso voy, pero no avancemos... Yo tenía mucho miedo de que me metieran en lo que llamaban la bañera porque en la Avenida Diagonal tenían una comisaría y allí hacían en la bañera sus excrementos, orina, todo, metían la cabeza de los que querían que confesaran en medio de un mar de palos. Terrible, pero lo peor es que veíamos bajar a los compañeros al calabozo después del interrogatorio y veíamos en qué condiciones llegaban, rotos.

Otro sistema sibilino y traicionero consistía en trasladar al detenido a un punto estratégico de la vía pública, a un lugar que frecuentara con el fin de comprobar si alguien se le acercaba, si le conocía.

—A mí me llevaron dos veces diferentes a un lugar inventado que dije para ver si lograba zafarme de ellos. Nadie se me acercó. De todas formas lo tenía muy claro, no me daba miedo la muerte, estaba dispuesto incluso a que me mataran, pero jamás a delatar a un compañero. ¡Eso jamás!

Estuvo solamente mes y medio en la cárcel Modelo y le dejaron en libertad condicional, debía presentarse cada quince días a la policía. Aquí se acabó su vida política pública, como quien dice. Luego sabría que una llamada providencial del agregado de prensa del Consulado Británico, su compañero de las Juventudes Socialistas, aunque no miembro de su *troika*, había realizado una llamada a la Jefatura de Policía.

—Entonces entendí aquel repentino «dejad al muchacho y tomadle la declaración que quiera», durante el interrogatorio de la Jefatura de Policía, porque se había realizado aquella llamada mientras me estaban pegando. Estoy convencido de que es así y que dijo que si me maltrataban saldría en las noticias de la BBC de Londres.

Eso no le interesaba en absoluto a Franco. Precisamente, en diciembre de 1946 fue cuando la Asamblea de las Naciones Unidas reprobó el franquismo, denunciando el salvajismo de sus prácticas de tortura y encarcelamiento de cientos de miles de españoles. El veto al acceso de

España a la ONU fue continuado desde la creación de dicho organismo, al finalizar la segunda guerra mundial, hasta el año 1950, aunque el ingreso oficial se formalizara cinco años después.

Gadea estuvo poco tiempo en la cárcel, pero no lograría zafarse del castigo de la España represora de Franco, pues sería obligado a hacer el servicio militar. Le llamaron a «quintas» como bien recuerda, la mili, durante dos o tres años que, para él, fueron como una cárcel. Su relato me hace recordar instantáneamente al de un personaje especial que conocí en París, militar superviviente del campo nazi de Mauthausen, el zapatero Francisco Bernal, al que entrevisté para el libro *Vivos en el averno nazi*. La descripción de Gadea y, especialmente, cómo lo contaba, era para no perderse detalle.

—Tocaba ir al servicio militar obligado. Ya me tienes en la estación de Francia, me despedía allí de Conchita, esperando el tren borreguero que nos llevaría hasta la frontera, a la Junquera. Nos meten en un gran solar allí, con una manta asquerosa, roída por las ratas, llenas de bichos, yo que sé, una porquería, dormimos y al día siguiente todos hacinados en un campo de fútbol en la Junquera, ¡mil hombres! Aparece de repente un capitán montado en una moto con sidecar y un brigada, que le acompaña, serio, con uniforme, impassible, saca un papel y empieza a decir: «Ahora, llamaré por oficios y os vais separando: ¡carpinteros! —Gadea gesticula mientras emite un sonoro *brrrrroom* acompañado de un gesto como de separar a un lado— ... ¡albañiles! —Brrrrrom al otro lado, separados— ... y así llamó a todos los oficios y ¿sabes quién se quedó solo allí en medio de la plaza? Yo, sí señora. Entonces viene el brigada, contrariado, y me dice gritando como loco: «¿Pero qué cojones de oficio tiene usted?». Y, sin dejarme hablar, prosigue con sorna mofándose de mí: «¿Acaso es usted rentista?», le digo: «No, soy cartógrafo». El capitán aparta súbitamente al brigada y le dice: «Toma nota que mañana este soldado se presente a mí a las ocho de la mañana». Cogen el sidecar y se marchan.

Ocurre que en su mente estratega y siempre alerta, se previno unos meses antes de partir al servicio militar obligatorio y estudió, de noche, cartografía. Sabía que habría bastantes mecanógrafos, por lo que se decantó

por esta materia que le apasionaba. Era un estudiante nato, inquieto también. Como dice siempre, «quería ser algo más».

De este modo fue cómo logró ser incluso respetado. En una pared grande del cuartel tenía un gran mapa de la zona, los Pirineos y él situaba, tal como recuerda, bajo las órdenes del comandante de Estado Mayor, las distintas unidades de la guardia civil.

—¡Allí montaba las patrullas de la guardia civil para vigilar la frontera!...

Marià se detiene, creo que espera en mí una reacción que no llega porque estoy plenamente sumergida en su relato, esperando su narración de aquel momento tan álgido de la conversación.

—Piensa que yo era el dibujante del jefe de Estado Mayor. El coronel me reclamaba: «¡Dibujante!», y yo acudía de inmediato a su llamada. No sabía que yo era rojo, ya ves, cada día estaba en la oficina con dos guardias civiles donde cogían a todos los que pasaban la frontera y yo veía cómo muchas veces les pegaban y les maltrataban... También recibíamos notas de Capitanía General diciendo por ejemplo que al soldado fulanito de tal no se le den permisos ni destinos por tener un pariente «rojo»... Yo pensaba: «Ay ay, a ver qué hago yo si me investigan y descubren mi pasado», pero no ocurrió y mientras tanto llegué a tener la confianza de estos mandos.

Reforzando su narración, me enseña un mapa de la zona norte, del Pirineo, explicando:

—Y, es más —dice seriamente con voz enfática—, fui espía voluntario, digo espía porque ¡tuve en mis manos todas las fortificaciones franquistas del Pirineo fotocopiadas en mi casa! Era la línea del Pirineo catalán con bunkers, una barrera defensiva construida por Franco que, al finalizar la segunda guerra mundial, disminuyó en importancia... era el paso de comunicación con el resto de Europa.

Cautelosamente llegó a fotocopiar a escondidas los planos de las fortificaciones que él se llevaba a su casa de Barcelona, y los guardó celosamente. Nadie se percató. Gadea guardó las copias por lo que pudiera ocurrir, por si en algún momento fuera preciso mostrarlas. ¿A quién? Responde que quizá a los aliados, a la guerrilla, no sabía bien, pero las tenía como un tesoro. No se dio la ocasión. Con el paso del tiempo, ya no harían

falta y aquella documentación, dados sus antecedentes penales, podía ser peligrosa para él y para su familia si un día le descubrían. Podía incluso ser fusilado. Por ello, con el tiempo la destruyó.

Finalizado el servicio militar pudo reintegrarse en su trabajo de perfumería, en Casa Dana, pero no podía sospechar qué poco duraría. Según cuenta nuestro protagonista, una orden gubernativa emitida por el militar Antonio de Correa Veglison, gobernador civil de la Barcelona franquista, impidió a los trabajadores que habían estado en la cárcel permanecer en sus puestos de trabajo.

—En Perfumerías Dana ya no estaba Carandini, sino un catalán, Alberto Gabarró, curiosamente, quien me regaló el primer abrigo. Este señor no tenía muchas opciones, me dijo: «Si te vas voluntariamente te prepararé un sobre espléndido». Y yo que era respondón le dije: «Mire, voluntariamente no me voy, porque hago el trabajo de tres oficinistas que se han ido, le digo que yo volveré a trabajar en esta casa». Entonces me pagaron según marcaba la ley y esto te lo digo porque empalma con que tiempo después, con la Transición, volví de nuevo a trabajar en esta casa, podían readmitirnos a los que habíamos sido despedidos, era una especie de amnistía laboral.

Durante el tiempo que permaneció desempleado se vio obligado a desempeñar todo tipo de trabajos, como frotar hierro para recuperar maquinaria textil vieja, o en una casa de pinturas, lo que fuera posible hasta que un día leyó un peculiar anuncio en el diario *La Vanguardia* que solicitaba personal para una empresa fabricante de esquís. Lógicamente, como él era esquiador, le asignaron la plaza, esta vez como jefe de contabilidad y dos empleados a su cargo. Estudió peritaje mercantil en la Escuela de Comercio de Barcelona y, finalmente, fue nombrado socio accionista.

—Trabajaba mucho, hice amistad con los banqueros que nos daban créditos porque habíamos estudiado juntos. Un día vi una carta de Madrid, donde estaba el presidente del Consejo de Administración diciendo que había que ir pensando en suprimir a Gadea porque era un empleado demasiado caro, de lo cual guardo la carta en copia. Me entró la desesperación porque ya tenía familia, tres hijas. Yo tomé mis medidas,

claro, aguanté seis meses antes de irme. Por suerte, fuera de horas había comenzado otro empleo, vender publicidad. Fui el introductor de la venta de banderines en Barcelona y de muchas otras cosas que ahora no vienen a cuento...

Marià Gadea revive el pasado con innúmeros detalles de la vida cotidiana que han quedado para siempre en su memoria. En algunos momentos, cuando un recuerdo aflora a su mente, retrocede al pasado para recuperarlo. Es así cómo surge espontáneamente la imagen de los falangistas victoriosos tras la guerra civil o las manifestaciones de ovación a Franco en la Ciudad Condal...

—Cuarenta años de gobierno franquista es mucho tiempo. Mira, de pequeño, justo al acabar la guerra civil pasaban los falangistas, tocaban un tambor, llevaban una banderita y todo el mundo así con el brazo en alto, bien alto. Y cuando pasabas delante de una bandera gritaban un «¡Viva España!», o también por ejemplo tocaban a diana por la mañana, entonces todo el mundo permanecía quieto, con el brazo extendido... ah, y en el cine, también tocaban el himno y todo el mundo de pie levantando la mano. Veías a los curas y las monjas con sus hábitos por la calle, la gente dándoles besos en los cordones, en las manos, todo el mundo humillándose, era una cosa que apenas se explica: ¿Por qué no piden disculpas los curas y las monjas por haber hecho estas cosas? ¿Eh?

—¿Y cuando Franco estuvo en la ciudad?

—¡Ah! Cuando Franco venía a Barcelona hacía que pagaran una paga extra a los trabajadores y ¡no protestaba ni el presidente de la patronal! El que fuera a la manifestación a recibir a Franco, que no le cortaran los puntos... entonces teníamos los puntos, eran como un subsidio que pagaban a los que teníamos hijos. Y amenazaban con que no los cobrarías si no ibas a recibirle... Tantas cosas pasaban con Franco, ¡madre mía, madre mía, no pararíamos de contar! —dice poniéndose las manos a la cabeza.

A partir de 1976, con la llegada de la Transición, la democracia y la legalización del Partido Comunista, pensando en la entrada a una era de libertad y de democracia, Marià volvió a estar activo en el partido, ahora a través del PSUC, en su nuevo barrio, al que se había trasladado. Reactivaba su ideario y militancia políticas, antes acalladas por la represión.

—En España tenía que haber ganado las primeras elecciones el Partido Comunista porque era el que verdaderamente había luchado contra Franco. Y este partido seguiría entonces hoy en día siendo eurocomunista, tendríamos un partido fuerte en Portugal, España, Francia, Italia para contrarrestar los poderes nórdicos, que son racistas. Cuestión de nacionalidades y de banderas.

Han pasado más de dos horas desde mi entrada en la casa de Marià Gadea, un hombre que, como todos en aquella época, tuvo que construirse a sí mismo, trabajador esforzado como nadie. Insiste en que «los rojos no perdimos la guerra, aquí fue el principio de la segunda guerra mundial. La batalla de España la perdimos, sí, pero los españoles se fueron y entraron en París con las tropas victoriosas mundiales y la bandera republicana, por lo tanto, ganamos la segunda guerra mundial con los aliados».

Antes de terminar la entrevista que ha durado toda una mañana, me enseña un libro por el que siente un cariño especial. Es un cuento infantil, *El barret del milicià* de Laia Altarriba y Guillem Cifré, que refleja a un Marià niño en la guerra civil con un gorro de miliciano, una adaptación de su historia contada a los niños que pertenece a la colección La Guerra dels Grans (La guerra de los mayores). Él no quiere hablar de sí mismo, pero intuyo que le gusta, aunque sólo sea por esta vez, ser el protagonista de un cuento destinado a los pequeños. Porque como él dice, falta diálogo, que los jóvenes se interesen más por lo que llaman las «batallitas» del abuelo, porque apenas hay abuelos que puedan contar nada, ni hay muchos jóvenes que quieran aprender parte de aquella Historia.

«No querer saber», repite una y otra vez, éste es el mal de nuestra nación.



11

Enric Pubill Arnó

(Barcelona, 28 de diciembre de 1930)

El hombre de Comunicaciones y Paquetes. La
clandestinidad en el penal de Burgos

Carcel Modelo, Barcelona (1949-1954)
penal de Burgos (1954-1958)



SIEMPRE PREDISPUERTO A COLABORAR, la primera vez que le llamé me citó de inmediato. «Vente a la sede», me dijo y allí fui, que es donde nos entrevistamos, en el edificio de Comisiones Obreras en Barcelona, en la Vía Layetana.

Nos abre la puerta el propio Pubill, un hombre de cabellos blancos, gafas, buen aspecto, inquieto, con ganas de recordar tiempos de lucha que vivió de niño, jugando a la guerra y, de adulto, tras los muros de las cárceles franquistas. Con su buen humor habitual y una energía contagiosa nos recibió al periodista Pablo Villarrubia y mí en la sede de la asociación, repleta de archivos. En un pequeño espacio condensa numerosa información y recuerdos de un pasado que no debe desvanecerse jamás. Reportajes, fotografías enmarcadas, cuadros de la República, pósters y múltiples dibujos adornan las paredes sin que falte una imagen enmarcada del *Guernica* de Picasso y otra del expresidente Lluís Companys.

—Mira, esto es para tí —me dice con su habitual ímpetu mientras me entrega un papel en las manos. Es el boletín *Catalunya Resistent*, que sigue editando la asociación no sin dificultades, con verdadera pasión y vocación altruista.

A su lado está un pintor y amigo, Pere Díez Gil, artista de estilo abstracto con obras de gran formato y también autor de algunas de las láminas que nos muestra. Forman parte de los dibujos recopilados en un fabuloso libro sobre las cárceles franquistas *Notícia de negra nit*, coordinado por el periodista, escritor y, personalmente, amigo por el que siento gran aprecio, Ignasi Riera. Las abstractas y coloreadas ilustraciones de Díez Gil comparten espacio con otras que reconocidos artistas como Antoni Tàpies, Albert Ràfols Casamada, o el dibujante Lluís Perotes realizaron para la asociación con motivo de esta publicación. Todo un lujo.

Pubill se siente satisfecho de la gestión realizada por la Associació d'Expresos Polítics que él preside con tan pocos recursos económicos y con un equipo humano completamente entregado, como dos mujeres a las que he tenido ocasión de conocer: Rosario Cunillera, hija de un republicano que luchó en Belchite y padeció Argelès, y Antonia Jover, Toñi, un bebé en la cárcel de Les Corts.

Nació a finales de 1930 en una Barcelona cercana a la proclamación de la Segunda República. De familia obrera, su padre, linotipista, anarcosindicalista, decidió desde el primer momento tomar parte de la lucha armada. Vivían en Santa Caterina, un barrio obrero ubicado al lado de un cuartel de Caballería, de Sant Agustí, algo importante para un niño como él

porque desde el balcón de su casa, colindante con el tejado del cuartel, llegó a ver a hurtadillas el intercambio de tiroteos contra los facciosos que les atacaban. Tenía poco más de seis años y aquellas escenas causaron en él gran impacto.

Mientras otros testimonios de *Atrapados* recuerdan los bombardeos y detenciones, él, por su edad, tiene recuerdos esporádicos de su niñez que, a mi entender, son muy significativos de su época y del momento que le tocó vivir. No es fácil para un niño presenciar los sollozos de su madre implorando al padre que no fuera a la guerra, que lo hiciera por sus tres hijos.

—Sólo llegar le dijo a mi madre: «Cierra la puerta, cierra la ventana», y recuerdo que sacó una pistolita pequeña, de miseria, y con unas cuantas balas que dejó en la mesa de la cocina. Mi hermana de ocho años y yo de seis, jugando, retiramos una de esas balas, el nos dio un bofetón, fue la única vez, porque estaba muy nervioso. Y salió a defender la República, se fue a la guerra el mismo mes de julio.

Antes, las puertas de los vecinos siempre habían estado abiertas, los niños jugaban de una casa a otra. Ahora, como él recuerda, todas se cerraron, las risas menguaron, los juegos cambiaron, se transformaron, dejaron la aventura para imitar a los mayores en nuevos juegos, ahora de guerra. Ellos eran los soldados, las niñas eran las enfermeras, en la retaguardia, sus armas eran las piedras, sus frentes de batalla los distintos barrios. Por eso ríe y dice que fueron sus primeras «pedradas» de la vida. Luego recibiría otras más duras.

—Todo te iba minando, los bombardeos, los tiros... otros niños como yo no teníamos miedo. Íbamos a buscar la metralla de las bombas que habían caído en las casas, las coleccionábamos y las intercambiábamos entre nosotros, porque nos daba la impresión de que cogían formas de figuras, decíamos esto parece tal cosa o tal otra, un caballo, lo que fuera, era nuestra imaginación.

Al finalizar la guerra, Enric, a sus casi diez años de vida, vio cómo su madre realizaba grandes sacrificios para sacar adelante en la Barcelona del 39 a sus tres hijos, algo que sufrieron muchas mujeres de la época inmersas en una sociedad empobrecida, miserable y hambrienta. Los maridos que no

habían perecido en el frente o no habían sido fusilados por los facciosos, se encontraban en la cárcel o huidos en el exilio. Este último era el caso de su padre.

La situación se tornó insostenible, por lo que amparado por sus tíos y con promesas de asistir a la escuela, se traslada a vivir con ellos entrado el año 1940. Eran una pequeña familia aburguesada como dice él mismo, propietarios de un taller de encuadernación con cuarenta operarios. La culturización de Enric sólo fue posible por su tenacidad y su esfuerzo, se convirtió en un autodidacta, primero en la escuela nocturna, después a través de la lectura de libros encuadernados en aquel taller, como Zane Grey, y finalmente, dentro de la cárcel Modelo y el penal de Burgos.

En aquel taller familiar trabajó con otros niños que dejaron de jugar para desempeñar tareas de adulto trasladando material de peso y grandes resmas de papel. Sus amistades también cambiaron.

—Mis amigos de la calle Muntaner eran los hijos de Muebles Mundet, lámparas Goya, camisería Urugueña, restaurante Buenavista, eran la pequeña burguesía pero también eran inteligentes. En casa de los de lámparas Goya uno era muy aficionado a la cartografía y nosotros seguíamos la guerra y los desembarcos que se hacían en un mapa. Nadie hablaba contra Franco, todos tenían miedo, la mayoría no eran franquistas, pero tenían que aguantar y callar o se los cargaban. Me crie con ellos hasta los quince años y también me crie con los trabajadores del taller.

Pocos años después, en 1945, harto de trabajar dos turnos sin conseguir las condiciones pactadas, decide a sus quince años marcharse de nuevo a casa de su madre, sumida en la miseria de la posguerra. Para entonces su padre, Julio Pubill Bonifaci, que había luchado en el frente de Aragón, se encontraba herido en Francia. Al perder la guerra civil había huido como tantos españoles al país vecino donde se veía inmerso en la segunda guerra mundial. Formó parte de las guerrillas maquis francesas y, al parecer, fue preso en el campo de Argelès-sur-Mer. Solamente lo vería una vez más, ya en retirada, cuando partía al exilio.

—Recuerdo a una persona con gran barba y sucio, nos abrazó y nos dijo que se iba un rato a la casa de baños en Barcelona en la Baixa de Sant Pere, la última casa de baños que han destruido, y a la barbería. Dijo que iba a

bañarse porque en muchas casas aún no había duchas. Al cabo de media hora llega un joven en bicicleta con una nota suya diciendo que lo sentía, que no ha tenido el valor de decirlo pero tiene que irse al exilio conduciendo un camión. La última noticia que tuvimos fue de la Cruz Roja Internacional, que estaba en Argelès.

Ya no tendría más contacto. Sus tíos sí, supieron de él en un viaje a Francia. Según cuenta Enric, una campesina encontró su cuerpo con un soplo de vida junto con varios cadáveres; los nazis lo habían dado por muerto, pero no, la bala sólo le había rozado la cabeza. Esta mujer junto con su hijo lo curó en su casa, quedando el hombre desmemoriado durante un tiempo. Finalmente, gracias a la acción de sus tíos llegaron a intercambiar algunas cartas con él, nada más. Una noche, de madrugada, suena el teléfono de casa, era aquella mujer francesa. Dijo: «*Ton père est mort*», y colgó.

—Solamente sabíamos que estaba en Rouen, al norte de Francia, por la dirección de las últimas cartas. Él quiso estar allí. Las circunstancias le llevaron en aquel momento adonde estaba, y yo lo acepto...

En el contexto de una virulenta España de posguerra del 45, consiguió un trabajo cuyo patrón, represaliado, le introdujo en una asociación donde aprendió «que existía otra forma de vida». Entró en un grupo que iban a fundar un colectivo de boy scouts, un movimiento juvenil cuyo objetivo radicaba en la formación mediante actividades y contacto con la naturaleza.

—Era la agrupación *Apel·les Mestres*. Hacíamos esculismo, educar a la juventud en el cariño a la montaña, a la naturaleza, no sobre política pero claro, estábamos inmersos en la situación económica de entonces, la gente era pobre, había niños que no se podían pagar días en la montaña, entonces acudíamos a los padres de los pudientes y éstos hacían la aportación para que los otros pudieran ir a la montaña. Sabíamos que Falange era culpable de todo lo que sucedía. En la montaña a veces habíamos tenido enfrentamientos con ellos.

Paralelamente, en esta etapa de su vida, con diecisiete años, en 1947, toma contacto con las Juventudes Socialistas Unificadas de Cataluña (JSUC), partido en el que acabará por integrarse y tomar parte en la clandestinidad activa. Su grupo de acción se componía de cinco jóvenes

que, tras el fusilamiento del comunista Numen Mestre, adoptaron su nombre a modo de reivindicación. Mestre era un símbolo para ellos, con tan sólo quince años había participado en la guerra civil, en la Batalla del Ebro, cruzó la frontera con Francia para luchar al lado de la Resistencia francesa contra los nazis, ascendió a teniente de las Fuerzas Francesas del Interior, y en 1945 atravesó los Pirineos para integrarse en la Agrupación Guerrillera del PSUC. Acusado de colocar bombas en las sedes en diarios falangistas, fue condenado a muerte y fusilado en el Campo de la Bota el mes de febrero de 1949.

El núcleo del grupo Numen Mestre, compuesto por el propio Pubill, Rolando Calvo y Ramon Parisi, llevará a cabo acciones de propaganda como la elaboración de octavillas contra el Régimen franquista, denunciar sus abusos, hacer pintadas en las calles, confeccionar banderas republicanas y catalanas, la señera, para colocarlas en lugares estratégicos y simbólicos.

—Piensa que esto era algo absolutamente prohibido, ¡ibas a la cárcel por esto y por mucho menos!

Ellos mismos elaboran sus consignas a las que se sumarían otras externas que iban recibiendo durante sus salidas a la montaña. Escuchaban en ocasiones una emisora clandestina, Radio España Independiente, denominada también Radio Pirenaica, creada por el Partido Comunista, que comienza sus emisiones el 22 de julio de 1941 desde Moscú a instancias de Dolores Ibárruri, La Pasionaria.

El ingenio y la pasión por los ideales agudizaron su inteligencia. Pintaban las paredes con alquitrán que, previamente, habían hurtado de las obras que, por entonces, comenzaban a hacerse en algunas calles de la ciudad.

—¿Y las octavillas? —pregunto intrigada por la perspicacia juvenil de nuestro entrevistado.

—Era muy peligroso repartirlas por si te cogían. Éramos innovadores, nuestra herramienta era el tranvía. Subíamos, poníamos un paquete abierto de octavillas en el techo del tranvía y, así, cuando circulaba, iban saltando por toda la ciudad con el viento. Nosotros estábamos lejos para cuando se dieran cuenta los policías.

La causa de la detención de Pubill, así como la de otros cuarenta y dos jóvenes de las Juventudes Socialistas Unificadas en 1949, se debió a lo que él mismo denomina «fallos de seguridad», por la imprudencia de la dirección al conferir demasiadas atribuciones a una sola persona que, acosada por la policía, llegaría a dar nombres rompiendo todas las normas internas de seguridad.

Barcelona, diciembre de 1949. Eran los años en que la Brigada Político-Social batía la ciudad y España entera para exterminar la Guerrilla Urbana, terminar con el comunismo y toda resistencia al Régimen. La Brigada Político-Social, originariamente denominada Brigada de Investigación Social (BIS), fue creada en 1941, como una sección del cuerpo general de policía encargada de la represión durante los años del franquismo. En Barcelona operaba en la Jefatura Superior de Policía, adonde fueron conducidos los detenidos para su interrogatorio que, en los primeros días, podían producirse, como cuenta Pubill, con una frecuencia de hasta cuatro veces, siempre con agresiones físicas, psicológicas y palizas brutales.

El edificio existe hoy en día, es una comisaría de policía y, de hecho, los vecinos ya no recuerdan este espacio como lugar de terror y gritos sofocados en sus oscuros subterráneos.

—Hace años escribí una carta a Rubalcaba y contestó que seguiría siendo una jefatura de policía. Esto lo quiero recuperar como lugar de memoria porque muchos han dejado allí la vida. Estos años fueron duros, pero te afianzan en el porqué estás luchando...

En sus orígenes, en 1929, este lugar fue el domicilio de un rico empresario, más tarde se convertiría en uno de los hoteles que acogió la Exposición Universal del 29 y en 1931, año de la proclamación de la Segunda República, sirvió para emplazar la Comisaría de Orden Público, al mando de Federico Escofet. Al finalizar la guerra civil se transformó en uno de los lugares más temidos de la represión franquista, el que nos ocupa ahora, por el que pasó Enric Pubill durante casi un mes: la Jefatura Superior de Policía.

Hablar de aquel lugar de terror implica hacer referencia a dos personajes tan siniestros como criminales: Eduardo Quintela, el jefe superior de policía, y los hermanos Creix. Por la Jefatura pasaron todo tipo de presos,

pero los políticos eran el «plato» favorito de estos individuos tristemente recordados por su ferocidad.

—Eso si el preso político no era enviado antes a fusilar directamente al Campo de la Bota, que era donde fusilaban a los «rojos» —apunta enfáticamente Pubill, quien rememora sus largos días en aquellas estancias.

—Bajamos por unas escaleras oscuras, las manos esposadas a la espalda, me dolían las muñecas, todo era gris, sucio, o así lo recuerdo o así me lo parecía, no daba tiempo a pensar en nada, de un empujón me metieron en una celda. Allí me quedé, en el suelo del calabozo, hasta que me llamaron para interrogarme. Todo a empujones...

—¿Qué pensó, qué sintió, qué temió? Si acaso podía hacerlo...

—No recuerdo, el cerebro se bloquea pensando en cuál será tu destino en unos minutos.

Miedo en la Jefatura. Parece el título de una película de terror, fue el peor momento de Pubill y, en general, de todos los detenidos: los interrogatorios. Palizas con puños, patadas con los pies, descargas eléctricas, golpes de porra y la técnica del corro en grupo eran las más utilizadas que describen algunos de los Atrapados como Enric Pubill, Marià Gadea, o María Salvo.

—Imagínate lo que es ser un joven de dieciocho, que cumplí entonces, te llaman y tú vas con las esposas puestas detrás, ya atemorizado por lo que te habían contado y por los hombres todo amoratados que veías bajar al calabozo. Te obligan a entrar en un despacho, el de los hermanos Creix, y el Polo y el tal Quintela, el jefe superior de Policía. Te sitúan en medio de una sala, casi siempre sentado, te rodean varios. Comienzan a hacerte preguntas que tú ni sabes de qué te hablan, te vuelven a preguntar y no entiendes nada. Se enfadan y... patada. Y tú ya vas rodando por el suelo... «Hombre, no trates así al chaval, no le hagáis daño», decía otro del grupo, pero los tres o cuatro gritaban, insultaban, que si tal o si cual, que se lo digas. Aunque no sepas nada no te creerán jamás. Entonces suben de nivel y después de darte algunos puñetazos te tiran al suelo mientras te preguntan. Te dan una patada, otra, otra más, todos te patalean, no te creen. Hay quien dejó la piel en los interrogatorios, como Tomasa Cuevas. En fin, que tú has llegado por

tu propio pie, pero luego no recuerdas cómo has llegado a la celda porque te has despertado en el suelo, porque dormíamos en el suelo. Dices bueno, y yo aquí ¿cómo he llegado?

Todo era válido cuando un detenido caía en el infierno de los Creix. Habían tenido buenos maestros. El máximo jefe de la Brigada Político-Social fue Roberto Conesa Escudero, causante en el año 39 de la detención y ejecución de Las Trece Rosas y la estructura clandestina del Socorro Rojo Internacional en su sede de Madrid. Para desestabilizar a la oposición y el movimiento guerrillero de aquellos años, se infiltraron topos en partidos y sindicatos antifranquistas. Muchos cayeron en sus redes hasta la disolución de esta Brigada en 1975, cuando Conesa sería nombrado comisario general (1975-1979) de la Comisaría General de Información nada más y nada menos que dentro del Cuerpo Nacional de la Policía de la Transición. Él, junto con otros miembros de aquella extinta Brigada Político-Social, entraron a formar parte de los nuevos cuerpos de seguridad del Estado.

Pero, durante la etapa que nos ocupa de posguerra, Conesa tuvo un homólogo en Cataluña al mando de la Jefatura Superior Policía de Barcelona, al anteriormente mencionado Eduardo Bóveda Quintela, quien, al acabar la guerra civil fue destinado a la Ciudad Condal para trabajar en la Brigada de Investigación Social y, en poco tiempo, ante el desbordamiento de trabajo represor, acabaría creando una brigada de servicios especiales, en 1945, bajo la dirección del comisario Pedro Polo Borreguero.

Quintela se propuso acabar con la Guerrilla Urbana antifranquista y llegó a establecer una red de delatores infiltrados que facilitaron detenciones importantes. Uno de ellos sería quien lograría la caída de otra protagonista de este libro, María Salvo y otras integrantes de las Juventudes Socialistas ubicada en el clandestino centro «Oasis» de Barcelona.

Varios grupos anarquistas intentaron atentar contra su figura. Tanto fue así que el 2 de marzo de 1949, hecho que aún recuerda Pubill, Quintela fue objeto de un atentado del cual salió indemne al no encontrarse en el interior del coche objeto del atentado perpetrado por varias personas, entre ellas Francesc Sabaté Llopart, alias Quico Sabaté, máximo exponente de la Guerrilla Urbana antifranquista en Cataluña junto con Josep Lluís Facerías, y el grupo anarquista Los Maños, liderado por Wenceslao Jiménez Orive.

En aquel atentado murieron varios falangistas que viajaban a bordo del coche en lugar del jefe al que todos esperaban encontrar. Más tarde fueron cayendo algunos de Los Maños, unos fusilados, otros torturados en la Jefatura de Policía y luego encarcelados, coincidiendo en fechas con la detención y presidio de Pubill.

Pero Quintela siguió con vida y tras la jubilación de su segundo de a bordo, Pedro Polo, entran en acción los hermanos Creix. Antonio Juan Creix, como sucesor del comisario Polo, fue un maestro de la tortura con un pasado a recordar. Había sido un policía republicano acusado de pertenecer a la Quinta Columna, de apoyar a los insurrectos y por ello fue torturado durante la guerra civil. Conducido a un campo de trabajo, logró fugarse incorporándose a la zona «nacional». Más tarde sería adoctrinado con métodos del FBI en su lucha anticomunista. Junto con su hermano, Vicente Creix, ambos hijos de militar, trabajaron juntos en la Jefatura de Policía utilizando métodos salvajes y expeditivos sin piedad, con un único objetivo: el desmantelamiento de los comunistas y opositores del franquismo, especialmente del PSUC en 1947 hasta que, a inicios de los años sesenta, su experiencia y la red creada haría caer comandos enteros.

Como describe el periodista y escritor Antoni Batista, autor de *La carta. Historia de un comisario franquista*, para el comisario Antonio Creix la tortura dependía de tres variables: la filiación de comunista, si el preso iba armado o no y el peligro real que el detenido pudiera suponer para el gobierno. Quizá por ello la intensidad de su violencia física y de su agresividad psicológica variara en función de los muchos «inquilinos» que transitaban por aquellas dependencias.

Conocidos nombres del mundo intelectual, sindicalistas y opositores pasaron por sus manos de una u otra forma, desde Tomasa Cuevas, objeto de un brutal interrogatorio con secuelas que la acompañaron siempre, al igual que su marido Miguel Núñez y otros dirigentes comunistas. Tampoco escaparon de sus malévolos métodos de presión psicológica nombres como el poeta Joan Oliver —Pere Quart—, que, tras su exilio francés y americano —en Chile escribió guiones radiofónicos de propaganda antinazi—, acabaría regresando a su añorada Cataluña en 1948 e ingresaría en la cárcel Modelo durante unos meses.

—Yo caté algunas de las torturas de los Creix, tenían látigos de distintos grosores y, a veces, cínicamente te daban a escoger cuál preferías. Era toda una vejación. A mí me dieron latigazos, golpes, puñetazos y muchas patadas. Pero a otros les tenían reservadas peores torturas con gruesas cuerdas mojadas, así dolían infinitamente más, rasgaban la carne. Ellos criminalmente te iban a buscar, pulmones, hígado y las partes. La cara poco te la tocaban porque se veía mucho. El miedo es no saber qué va a suceder, porque nos llamaban a las dos o a las tantas de la madrugada, a veces los primeros días hasta varias veces, no te dejaban descansar. Pero también tengo que decir que tuve trato con algún policía que no era mala persona, sería franquista o no, pero nos dejó a los compañeros reunirnos en los lavabos de la Jefatura.

En menos de un mes cruzaba el rastrillo de la prisión celular de Barcelona, La Modelo, cárcel de hombres que, en sus orígenes, cien años atrás, fue concebida como una de las más modernas y avanzadas desde su entrada en funcionamiento, en junio de 1904. En la España de inicios del siglo xx se diseñó siguiendo un sistema radial que garantizaba el control visual de todos los presos del complejo desde un solo punto central, una torre de vigilancia. Es el conocido como modelo panóptico, creado por un filósofo británico llamado Jeremy Bentham. Hoy, a la espera de acomodar a su población reclusa en otros centros, está previsto su derribo en el transcurso de 2017. A partir de la guerra civil albergó no sólo presos comunes, sino también a muchos presos políticos y sindicales contrarios al régimen franquista llegando a cuadruplicar su capacidad. Actualmente, hay más de 2.000 internos, repartidos en seis galerías, lejos quedan aquellos 576 presos que albergó en sus inicios, según el libro *la Història de la presó Model de Barcelona*, coordinado por el historiador Josep María Solé i Sabaté.

Pubill, como la mayoría de entrevistados presos en las cárceles franquistas, tiene en un rincón de su memoria el sonido del abrir y cerrar de las rejas y puertas del presidio, así como el instante de su llegada al penal.

—Sólo entrar te dicen que te desnudes, te hacen pasar por una especie de túnel con duchas por donde cae agua, nos tiran unos polvos, te desinfectan, te dan un traje, un mono. Los primeros días, el «período» que

le llamaban, te ponen en una celda con presos comunes y presos políticos, hasta once llegamos a estar en un reducido espacio al principio. Hacíamos las necesidades en un rincón de aquel espacio, a la vista de todos, una porquería, saliendo al patio solamente una hora al día. La comida era asquerosa, pieles de habas, hojas secas de las coles hervidas, siempre hervido, mucha agua. Digo esto porque fue muy importante la comida que nos traían desde fuera nuestras madres y hermanas, hicieron un gran sacrificio.

En un primer momento fue instalado, dentro de La Modelo, en la sexta galería, pero en poco tiempo fue trasladado a la cuarta junto con algunos compañeros de las JSUC en régimen especial, con una hora al día de patio.

Por aquellos tiempos, recuerda, aconteció la caída de Gregorio López Raimundo, impulsor de las Juventudes Socialistas Unificadas de Cataluña (JSUC) en 1936, exiliado al finalizar la guerra, y que retornó clandestinamente a Cataluña en 1947 para trabajar en la organización del Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC). Fue detenido, torturado en la Jefatura de Policía y encarcelado en 1951. Tras una gran campaña de solidaridad internacional para evitar su condena a muerte, fue indultado y expulsado de España en 1954, aunque regresó dos años después para continuar su labor desde la clandestinidad. Cabe decir que la detención de López Raimundo se produjo con motivo de la huelga de tranvías de 1951, organizada por el PSUC y los trabajadores en su lucha encarnizada contra el régimen dictatorial. Mientras algunos militantes mueren durante el enfrentamiento con la guardia civil, otros tantos son detenidos. La policía enloqueció durante estos años en que las redes clandestinas del partido conseguían mantener la comunicación con su directiva en el exilio, pasaban por la frontera con Francia a los perseguidos por el franquismo y hacían regresar al interior a miembros de la dirección cuando convenía.

Uno de los dirigentes comunistas detenidos en 1954 fue Joan Comorera, el que fuera consejero de Economía y Agricultura de Lluís Companys, con quien coincidirá Pubill en La Modelo de Barcelona. Condenado a treinta años de prisión, acabaría falleciendo más tarde en otro presidio, en el penal de Burgos. Según el libro *La Model de Barcelona*, de Rosario Fontova, al sufrir asma y no poder confeccionarse su petate de esparto, tuvo que dormir

varios días en el suelo hasta que Pubill le cedió el suyo durante los días previos a su traslado a la enfermería. Una enfermería en la que, según evoca Pubill en esta obra, «la aguja hipodérmica no se sustituía ni se hervía, y se afilaba con una caja de cerillas o en el suelo».

—¿Eso era cierto? —le dije con cierta incredulidad.

—Las condiciones higiénicas eran de pena, y había muchos presos, puedes imaginar...

Eran conscientes de que iban a pasar largos años de presidio, por lo que comenzaron a organizarse, a plantearse qué objetivos podían llevar a cabo allí dentro. Decidieron estudiar. Cada preso aportaba sus conocimientos.

—Nuestra pizarra era el suelo, nos las componíamos como podíamos — dice recordando sus primeros momentos.

Se organizaron rápido para ocupar productivamente su tiempo en el interior del penal. Volcaban y compartían conocimientos, impartían charlas, debatían e intercambiaban opiniones. Mientras un compañero guerrillero, José Rodríguez Gerbilla, actuaba de «profesor» para enseñar nociones de matemáticas, otro impartía clases de artes gráficas y otro preso más sobre taquigrafía. Tuvieron tiempo, hasta pasados cinco largos años no llegaría la fecha de su juicio, un Consejo de Guerra militar en el año 1954. Para entonces, habían comenzado a redactar su propia defensa. Pubill, disconforme con el abogado de oficio que le habían asignado, desestimó sus servicios. Como descarga a su condena pretendía que alegara que, por su juventud, había sido engañado al entrar en las JSUC, a lo que se negó en redondo.

—No tenía dinero para pagar a un abogado, por lo que nosotros mismos decidimos redactar nuestra defensa. Costaba mucho dinero, 8.000 pesetas de aquella época, en 1954. Al final mi familia me prestó el dinero para tener una buena defensa.

Le condenaron a tres años de cárcel. Sin embargo, el capitán general de la IV Región Militar, Juan Bautista Sánchez, disentía de la condena impuesta a los tres jóvenes (Pubill, Calvo y Parisi, los Numen Mestre) y solicitó una revisión de la misma. El juicio pasó a la Audiencia del Tribunal Supremo de Justicia Militar en Madrid y, en lugar de revisar los tres casos, revisaron los de los cuarenta y dos detenidos del expediente, por lo que al

final aumentaron multiplicando varias veces más cada una de ellas. Sumaron al final un total de dieciocho años de condena para Enric Pubill, quien en breve tiempo fue trasladado al penal de Burgos, pasando noche en la cárcel de Torreros, Zaragoza.

—Al penal de Burgos le llamaban la Universidad de Moscú porque allí había la flor y nata de la resistencia republicana, maestros ingenieros, médicos, escritores... Allí seguimos impartiendo nuestras clases a modo de escuela, charlas. Un compañero me dijo: «Tienes que estudiar porque cuando salgas serás más útil a nuestro país». Después, dentro del penal, se me asignó una tarea peligrosa: entrar información y paquetes prohibidos.

Las cifras de la represión en la Prisión Central de Burgos nos hablan de unos trescientos reclusos fusilados hasta el año 1941, más de 386 presos desaparecidos tras su puesta en libertad, y otros tantos muertos entre rejas a causa de enfermedades inherentes al sistema penitenciario.

—En este presidio estaba muy bien organizado el Partido Comunista de España, se llevaron a cabo acciones muy importantes.

Durante unos pocos meses trabajó de ayudante de cocina, algo que le permitió superar el crudo invierno de este lugar, además de ayudar a los presos más desvalidos alimentados deficitariamente con el rancho diario. Él ríe con su habitual tono de humor, pero acierta cuando asegura que llevó a cabo una importante labor «a través del estómago». Cuando menos contribuiría a mejorar la salud de muchos presos en un penal que, durante el invierno, para evitar el congelamiento, cerraba las conducciones acumulando aguas estancadas en barreños y bañeras de cada brigada.

Los presos políticos de Burgos se organizaron, al igual que las mujeres, en «familias» o en «comunidades», grupos reducidos de cinco o seis presos cada una, que se autogestionan las pocas pertenencias recibidas del exterior, de sus propias familias. Era un compartir solidario para ayudar al que no tuviera nada, fundamentalmente comida, jabón, objetos para el aseo y alguna ropa. Como en la mayoría de cárceles, siguieron organizando charlas y cursos, convirtiéndose en una gran escuela, una «universidad» con la esperanza de que aquella situación no podía durar eternamente.

—Sí, dentro se hacía vida de partido, vida política en la que estábamos integrados, incluso el comité local conocía la situación de nuestro país fuera de las paredes del penal. El Partido Comunista estaba muy bien organizado. Tanto es así que ingresé en el partido estando en Burgos, en el año 1956.

Desde un primer momento cumplimentó una instancia para solicitar trabajo en la Sección de Comunicaciones y Paquetes del penal, para lo cual se topó con el impedimento de una religiosa, una monja que siempre recordará.

—Ella puso siempre trabas, hice varias instancias, entré a la tercera, cuando habían cambiado al director. Yo era un chaval, ella una acosadora. Una vez un compañero me advirtió enviándome un papelito en el que ponía anotado: «Cuidado con la superiora». Entonces supe que según cómo la tratabas se ponía a chillar que habías intentado tocarla. A mí no me pasó, siempre la traté bien, en la distancia, sobre todo cuando veía que se me acercaba demasiado diciendo «Qué joven, qué joven...». Yo me alejaba. Me dijo que me ofrecería jabón, una manta más, yo nada, no quería nada, sólo me alejaba de ella, pero siempre fui educado. Nunca supe qué pudo ser, pero algo hice, o no hice, que ella me la tuvo guardada y por dos veces me negaron el acceso a Comunicaciones y Paquetes donde había otro compañero, ya fallecido, Juan García Tristany.

El lugar al que accedía Pubill era sumamente estratégico y delicado, pues implicaba un contacto directo con las familias de los presos, pasaban por sus manos los paquetes de entrada y de salida del penal. Fue una labor de riesgo que llevaron a cabo durante más de tres años.

—Dentro de la clandestinidad del penal de Burgos nos toca vivir dos clandestinidades: la del partido y, debido a mi trabajo junto a Tristany, la entrada y salida de documentación no revisable del penal. Nunca nos pillaron. Dominamos la Sección de Comunicaciones y Paquetes, estuvimos más de tres años en este departamento que, además, me sirvió para redimir pena, reducir condena. A diario venían muchas familias que dejaban paquetes, teníamos una gran mesa y un oficial los iba abriendo y revisando. A veces hacíamos desaparecer algunos evitando la censura y el control, hacíamos que llegaran directamente a los presos. Sabíamos cómo hacerlo, por supuesto, con mucha prudencia.

—Mira, ésta es la foto en que estamos Tristany y yo mismo.

Es una imagen en blanco y negro en la que aparecen dos chicos de unos veinticuatro años, uno de ellos con un paquete en las manos. Jóvenes, guapos, bien peinados. Poco se puede imaginar nadie la crudeza dentro del penal viendo las fotografías que, desde las cárceles de finales de los cuarenta y los cincuenta, hacían a los prisioneros de las cárceles franquistas con el objetivo de mostrar una buena imagen.

Un factor muy importante dentro del mundo carcelario es la figura de las «madrinas», mujeres antifascistas que, desinteresadamente, por una cuestión de ideales, se organizaron como un contacto de los presos con el exterior. Fomentaron la ayuda, la movilización de muchas familias, algunas aisladas, incluso potenciaron la venta de objetos fabricados por los presos para recabar un mínimo de dinero. Así conoció Pubill a la que terminaría por ser su esposa.

En Burgos se concentraron el mayor número de presos artistas e intelectuales detenidos por el Régimen. Evitando las miradas de sus guardias, lograron organizar tertulias, reuniones periódicas, conversaciones acerca de las últimas poesías o ediciones de libros. Procuraron mantener su intelecto activo tras aquellos grises y altos muros que aunaba a toda clase de artistas a los que la represión había condenado al silencio y al olvido, como Marcos Ana, Miguel Hernández, o, a finales de los cincuenta, en 1957, el pianista, compositor y director de orquesta, José Iturbi, que posa en una de las fotografías de propaganda de las cárceles franquistas junto con los presos, de entre los cuales también se encuentra Pubill, después de ofrecer un concierto en la cárcel.

—En el penal hicimos también de forma clandestina un boletín semanal, eran escritos de noticias que nos llegaban del exterior. Cada semana tenía que copiar a mano los textos, hacíamos tres copias y un compañero las repartía por las brigadas. Por las noches, en la semipenumbra, cuando todos dormían, en silencio nosotros, en la litera, copiábamos a mano, imitando letra de imprenta, el boletín que después circularía por la cárcel clandestinamente.

—Imagino la dificultad de esta labor durante la noche...

—Pero esto era curioso porque tenías que hacer una letra muy pequeña a la luz de una vela cuando todos dormían, tapado, así con la manta porque hacía mucho frío y escribir con la plumilla al revés para hacer la letra muy pequeña, y era un tamaño así de cuartilla, más pequeña.

—¿Cómo las escondían?

—Había muchas maneras. Una de ellas, en cuanto se empezaron a poner las literas, era un lugar fantástico, en las patas, en el hueco, ¿entiendes? Esto se colocaba muy adentro, cogido con un hilo que subía hasta arriba de todo y, aunque hubieran tumbado totalmente la litera, no habrían visto nada.

—¿Les registraron las celdas?

—Nos habían hecho muchos registros rompiendo incluso las losetas de la brigada para ver si encontraban algún aparato transmisor clandestino porque lo que ellos no se explicaban es que hoy sucediera una cosa en Burgos y máximo pasado mañana Radio España Independiente o la BBC de Londres lo estaban notificando.

Poco después de la salida de Pubill del penal de Burgos, a finales de los cincuenta, nacería una publicación histórica, en realidad un boletín o revista, escrito a mano furtivamente por los presos en condiciones inimaginables. Le llamaron *Muro*. Aquélla fue una iniciativa audaz y arriesgada que trascendió más allá de las fronteras porque, aplicando todo su ingenio y su capacidad estratégica, los presos y sus contactos en el exterior lograron que cruzara el Atlántico y llegara a países de América, muchos de los cuales acogían a españoles exiliados y refugiados del franquismo. Aquello tuvo gran repercusión a finales de los cincuenta y años sesenta. Intelectuales de reconocido prestigio internacional como Pablo Neruda o Rafael Alberti alzaron su voz para dar a conocer la situación de las cárceles franquistas, reclamando justicia y libertad para los presos políticos. Dibujantes y artistas diseñaron los dibujos e ilustraciones. En el penal de Burgos nacería un nuevo poeta, Fernando Macarro, conocido por su nombre artístico de Marcos Ana, uno de los protagonistas de *Muro* y de este libro, en el que nos contará sus 23 años de presidio.

En el Burgos clandestino de los años cincuenta los presos lograron autorización para realizar un festival que alcanzó gran éxito.

—Había de todo. Se nos ocurrió hacer una obra de teatro, *Flor nueva de romances viejos*, obra de Ramón Menéndez Pidal. Nos construimos nosotros el escenario con autorización del penal. El día del estreno acudió todo el mundo, las monjas, las autoridades, el director del penal, su familia... todos estaban allí... ¡incluso el gobernador civil y el jefe de Falange de Burgos! Ni te lo imaginas. En el escenario había quince compañeros vestidos de niños, pantalón corto con calcetines como niños de la época. Estaba con nosotros un compañero, Ángel Poyatos, miembro de la Real Academia Española que aún estando preso por comunista le enviaban cartas de la RAE y él se pasaba horas y horas con diccionarios, enviando respuestas y explicaciones. Le recuerdo como un hombre muy educado. Participaba en la obra como profesor, explicando a los niños cómo nace la poesía con la figura del trovador. Fue muy ameno y muy distraído. Después escenificamos la poesía de Federico García Lorca, el *Verde que te quiero verde*, donde yo hacía de gitano. Marcos Ana estuvo organizando todo aquello y muchas más actividades, estaba muy involucrado y activo. Hasta las fuerzas del Régimen nos felicitaron, aquello fue un éxito. Vieron que no éramos demonios con rabo para la gente como decían.

De los dieciocho años de presidio cumplirá diez entre La Modelo y el penal de Burgos. Salió de Burgos en 1958, en libertad condicional, lo que implicaba necesariamente un fiador que respondiera por él dándole trabajo. Desterrado a Madrid, le espera un contrato laboral de la mano de su fiadora, la mujer del Silverio Ruiz Daimiel, compañero preso en Burgos, abogado que participó en el proceso de legalización del Partido Comunista Español. Pubill mantendrá contactos con el PSUC y será responsable de propaganda del partido en su distrito.

—Me dieron cobijo los padres de otro compañero de la cárcel, José León Encinas, eran porteros y me fui a vivir con ellos. La verdad es que llegué a Madrid desorientado y me trataron muy bien, lo cual es muy de agradecer. Me dice el padre de León, madrileño de aquellos, bajito delgadito con su gorra, «esta noche nos vamos tú y yo de juerga»... y me llevó a ver a la Sarita Montiel, la primera peli que hizo. Al cabo de un tiempo mis tíos formalizaron una carta reclamándome como trabajador en Barcelona, así pude regresar. Pasados tres años, recibo una carta diciendo

que me tenía que presentar a cumplir el servicio militar, que era obligatorio. Tenía dos opciones: exiliarme o quedarme en el país. Me quedé aun a sabiendas de que me tocaba hacer el servicio militar por dos años.

»—¿Dónde dirías que me tocó?... —me pregunta sin darme tiempo a responder—. En la marina, en un barco comandado por un sobrino de Franco, el comandante Hermenegildo Franco González Llanos, ni más ni menos. Allí pude ver al gobierno de la dictadura en pleno.

—¿Qué barco era?

—El *Álava*. Y tengo que decir que el sobrino se portó bien conmigo. Yo era mayor que algunos oficiales, ya pasaba los treinta años y la mayoría eran más jóvenes que yo.

El personaje del que nos habla Pubill, antes de la guerra civil iniciaba sus estudios de preparación militar para su ingreso en la Escuela Naval Militar, por lo que fue movilizado sirviendo en la Armada como marinero voluntario destinado al crucero *Canarias* en septiembre del 36 con diecisiete años. Fue ascendiendo en la escala militar hasta llegar al momento en que nos ocupa, inicios de 1960, cuando es designado comandante de la fragata *Álava*. En realidad, el *Álava* era un destructor entregado a la Armada en 1951, posteriormente modernizado a raíz de un convenio de mutua colaboración entre España y Estados Unidos, que es cuando será reclasificado, a inicios de 1962, como fragata rápida.

—Allí estuve, en el *Álava*. Pero yo era listo, había aprendido en Burgos que si tienes la economía en tu poder lo dominas todo, eres el jefe. Y aquí lo puse en práctica.

Pubill fue designado dispensero del barco.

—Sí, era el responsable del suministro de los alimentos, bodegas, todo, cuando se va de viaje, me encargaba de tenerlo todo a punto, incluso de hacer los menús junto con el cocinero. Me dieron toda una lista de objetos que había y me hacían responsable de que no faltara ni uno solo. Pero también era el ayudante de capitán habilitado de la 41.^a Escuadrilla fragata rápida y para más regocijo era el ayudante del cabo cartero. Cada vez que llegábamos a puerto tenía que ir a recoger o a llevar el correo. Como anécdota te diré que un día grita el comandante: «¡Que venga el dispensero!», y me dice: «Esto no es una comida para un hombre de la

mar», la comida que le habían puesto a él. Yo como lo tenía todo anotado le dije: «Esto vale tanto, esto vale tanto y eso tanto», tenía que hacer cuentas, claro... su pregunta fue: «¿Y cómo es que antes comía mejor?». Y mi respuesta fue, lo recordaré siempre porque tenía al contramaestre de víveres al lado temblando, un sargento, un mayor de segunda que le dicen en la marina, contesté: «Seguramente saldría de marinería». Se me quedó mirando y dijo: «Bueno, usted me pone un plato para un hombre de la mar y luego pasamos cuentas», y desde aquel momento yo si le ponía tres pesetas más en su haber se lo descontaba al cabo del mes. Nunca se quejó más... Recuerdo un día que estábamos atracados en Cartagena, al lado del muelle está la Plaza de Héroe de Cavite que la llaman, y allí vino Franco con el *Azor*, ¡había una reunión de la plana mayor con el Caudillo! Aproveché y subí a bordo, lógicamente cuando no había nadie o casi nadie, porque tenía un compañero catalán que estaba de marinero a bordo. Era grande, impresionante.

Incansable como contador de anécdotas e incombustible de energía, todavía imparte algunas charlas a los jóvenes explicándoles aquella posguerra que vivió.

—Yo les explico cómo era la sociedad en aquel tiempo nuestro y cómo es ahora, les hablo de la libertad, de que la historia, en paralelo, no se repite, ojo, digo en paralelo, pero con sus *zigzags* se producen muchas semejanzas. La vida es una lucha desde que naces hasta que mueres y siempre les digo que todo está basado en la economía, la fuerza la tiene la economía, controlarla implica controlar el poder.

Los jóvenes lo captan bien, están muy atentos y hacen profundas reflexiones. Confío en que nos conduzcan a un futuro en paz.



12

Lluís Martí Bielsa

(Gallur, Zaragoza, 26 diciembre 1921)

Guardia de asalto en la guerra civil, guerrillero en Francia, huido del tren rumbo al campo nazi de Dachau

Campos: Argelès-sur-Mer, Agde, Barcarès, Saint-Cyprien
Cárceles (1946-1953): Modelo, Ocaña, Burgos



Madrugada del 26 de enero de 1939. Nuestro servicio era proteger a los ingenieros mientras hacían su trabajo, volar carreteras, puentes, todo lo que pudiera evitar o retrasar el avance del enemigo. Nos enviaron a

Esplugues de Llobregat, donde los ingenieros hacían agujeros en el puente que después llenaban de explosivos para hacerlo volar por los aires. Las cargas de la dinamita ya estaban colocadas, pero el puente no explotó. El enemigo se había desviado de la carretera cortando camino, a unos cien metros de donde estábamos, impidiéndonos toda posibilidad de retirada. Quedamos en tierra de nadie. El sargento dijo: «Estamos cercados, nos tenemos que rendir». Entonces vi que la guerra la teníamos perdida y vinieron a mi mente mis padres, mi familia. No me lo pensé dos veces. Los fascistas estaban emplazando aún una ametralladora. De cuatro saltos, atravesé la carretera y quedé fuera de su vista. Llamé a los compañeros, sólo uno se decidió...

(Fragmento de *Un d'entre tants*)

ÉSTA FUE LA ÚLTIMA MISIÓN del guardia de asalto Lluís Martí Bielsa horas antes del hundimiento de Cataluña en la guerra civil, justo en el momento en que, milagrosamente, lograba zafarse del enemigo en un intento casi suicida. Es exactamente el instante en que aquellos soldados del ejército franquista, amparados en la oscuridad de la noche, atravesaban la zona de Esplugues de Llobregat por múltiples puntos para entrar definitivamente en Barcelona. Era el momento culminante de una serie de operaciones militares que, entre finales de 1938 y enero de 1939, habían tenido lugar en Cataluña, siempre posicionada en el bando republicano desde el inicio de la guerra.

Amaneciendo, las posiciones facciosas avanzan capturando piezas antiaéreas republicanas que habían defendido la ciudad, se producen muchas bajas y numerosos prisioneros. La ciudad había resistido durante semanas a los intensos bombardeos y ahora, exhausta y sin fuerzas, apenas oponía resistencia a la entrada del enemigo que ocupa los puntos estratégicos desde los que domina la ciudad antes de iniciar su entrada. Las tropas franquistas acceden por varios flancos: el cuerpo del Ejército Marroquí avanza desde Montjuïc hasta la céntrica Plaza Cataluña; el

Ejército de Navarra entra desde el Tibidabo; poco después llega la División Littorio —la que hizo prisionero a Marcos Ana— tomando posiciones en el litoral, Badalona. El cerco se ha completado.

—Aquella madrugada antes de la invasión final nuestra misión en aquel puente con los artificieros era importante. Se trataba de evitar el paso de los facciosos, pero el enemigo avanzó por otro lugar y de repente nos lo encontramos detrás nuestro. Prefería que me mataran a rendirme. Tuve suerte, vi la ocasión y salté, otro compañero también lo hizo y nos fuimos. Lo más instintivo fue ir a casa para ver qué había pasado con mi familia, temía por su vida. Es en lo que uno piensa siempre, en los suyos.

—¿Y?

—No estaban, eran las seis de la tarde y supe que un camión del Ministerio de Defensa recogía gente para llevarla a la frontera. Era impresionante ver pasar las tanquetas de los italianos por la Avenida Gaudí, Barcelona ocupada totalmente por los fascistas. Esa imagen no la olvidaré jamás.

Son muchas las imágenes guardadas en la mente de Bielsa y muchas las vivencias de este hombre que una mañana me recibió en su casa para contarme su historia de guerra y de Resistencia. Era verano, conocí también a su esposa, para entonces con salud delicada y recuerdos quebradizos. Aun así, aquel día afloraron acontecimientos y situaciones de tiempos pasados, del barrio, que nos unían sin saberlo. Su casa se encontraba cerca de la que fue la tocinería de mis abuelos en Barcelona, en la calle Castillejos, la que describí al inicio de este libro. Estamos retrocediendo a una larga etapa de posguerra. Incluso supe que él, como guardia de asalto, había ayudado a construir refugios antiaéreos para resguardar a la población de los bombardeos. Quizá colaborara en la construcción del refugio descrito al inicio de *Atrapados*, donde se resguardó mi familia.

—Si es la tocinería y la señora que yo recuerdo, que no había más que una o dos por la zona, éramos clientes, nos conocíamos seguro.

Bielsa era un hombre atrevido a quien el riesgo no le detuvo jamás. Él, al igual que otros muchos menores de edad, se forjaron y educaron en la guerra. Tenía poco más de quince años cuando se hizo guardia de asalto durante la guerra civil. Parece impensable, pero así fue. Luchó en el frente y

ante la derrota cruzó la frontera iniciando un peregrinaje por los campos de concentración franceses en su peor momento, el inicio del caos absoluto, el descontrol y la miseria. Argelès-sur-Mer, Agde, Barcarès y Saint-Cyprien fueron su destino durante la segunda guerra mundial. Después lograría zafarse de los campos nazis al huir de un convoy rumbo a Dachau. ¿Golpe de suerte? Tal vez, o astucia. Se adheriría a la Resistencia francesa durante la ocupación de la Alemania nazi y formaría parte de los maquis, la guerrilla en las montañas donde tendría diversas misiones. La última, cruzar a pie los Pirineos para llegar a Barcelona transportando una imprenta para el Partido Comunista. Finalmente fue detenido y preso en tres cárceles: La Modelo, Ocaña y Burgos, de la que guarda un buen recuerdo de su amistad y aprendizaje al rodearse con científicos e intelectuales como Marcos Ana.

Valiente, decidido e irónico, al repasar tan extenso currículum de guerra tan sólo dice, eso sí, esbozando una sonrisa y medio guiñando un ojo:

—Soy una persona totalmente responsable de llevar a cabo los principios en los que creo firmemente.

Absolutamente de acuerdo. Destaco dos objetos de su despacho, una bandera republicana anclada en lo más hondo de su corazón y un cuadro, en realidad una fotografía en la que aparece vestido de soldado junto con otros compañeros, fusil al hombro. Fue tomada en París, tras su liberación, era el Batallón Liberté, ensayando para desfilar en el cementerio de Père Lachaise.

¿Dije dos objetos? No, tres, porque inmediatamente se dirige a sus estanterías repletas de libros e instantáneamente separa uno para mostrármelo con cariño y nostalgia.

—Mira, de todos los libros que tengo aquí en casa, hay uno muy especial que siempre estará conmigo, jamás me desprenderé de él. Su autor es un poeta, Fernando Macarro, Marcos Ana de nombre artístico. Éramos grandes amigos en las cárceles de Franco. Lee su dedicatoria —me pide abriendo aquella edición no venal por la primera página.

La leí. Decía...

A Bielsa, camarada de ayer y de siempre, este homenaje a Miguel Hernández, escritor representado clandestinamente en la prisión de Burgos. ¡Cuídate! Marcos Ana.

—Éste es el más especial de todos los que tengo —reitera—, es la obra de teatro que se representó en el penal de Burgos y luego salió clandestinamente de sus muros. Es un homenaje a una persona que he admirado siempre, el poeta Miguel Hernández, y está escrito por un compañero de cárcel al que siempre he querido y he admirado, Marcos Ana.

El libro que tanto le emociona y en cuyo interior adosó una fotografía tomada en 2010 en un reencuentro de ambos amigos es *Sino Sangriento, homenaje a Voz Ahogada al poeta Miguel Hernández*, escrito por el propio Marcos Ana desde la cárcel en homenaje a tan ilustre poeta. Lograron que saliera fuera del penal, clandestinamente, tarea peligrosa que consiguieron los propios presos con gran ingenio, organización interna y mucha solidaridad.

Bielsa nació en Aragón, eran tres hermanos, de familia trabajadora. Su padre, administrador de una fábrica harinera en Gallur, Zaragoza, cayó en desgracia laboral durante años en los que, como dice Bielsa, «fuimos pobres de solemnidad», al recordar que llegaron a empeñar todas sus pertenencias para tener un mínimo de dinero. Se trasladaron a Alicante y después a Badalona donde, con tan sólo siete años, tuvo que espabilar y conseguir comida para cenar por las noches. Después de la escuela iba a la playa para ayudar a los pescadores a cambio de algo de pescado para comer. Su primera humillación la sintió en la escuela de los maristas, marcado por la cuota de beneficencia que permitía la acogida de niños sin recursos, pero al mismo tiempo, en un juego de doble moral, hacer pública la ayuda del clero a los desvalidos.

Quedaban señalados. Todos sabían quiénes eran los pobres, aquellos que usaban los libros más viejos y desgastados, totalmente garabateados a mano por tantas manos como habían pasado. Son los primeros recuerdos que rescata al instante de un pasado lejano, al igual que su iniciativa de presentarse para ser monaguillo, a los diez años, en una parroquia cerca de casa para poder estudiar en otra escuela y superar la hambruna. Lo consiguió y, pasado un tiempo, por disconformidad con la actuación del párroco, se marchó.

—He sido siempre un luchador desde que tenía seis años —dice con un tono que detecto orgullo— y todavía hoy también.

Con apenas trece años comenzaría a trabajar de aprendiz en un taller llegando a afiliarse, como el resto de trabajadores, a la CNT. Era tan chaval que los compañeros se aprovecharon y cada sábado acudía a la sede del sindicato para cotizar y sellar todos los carnets.

—Por eso siempre decían que era delegado sindical, ¡si no tenía ni catorce años! Era muy espabilado, también tengo que decir que fui un hombre con una suerte enorme... Pero, ojo, también te digo que me la he trabajado.

Cierto, su valentía, su atrevimiento y una especial capacidad de adoptar las decisiones correctas en el momento adecuado le ayudaron a salir adelante en tiempos de guerra. Lo percibo como un hombre de escasos titubeos. No sería hasta 2012 cuando decidió escribir *Un d'entre tants. Memòries d'un home amb sort* (Uno entre tantos. Memorias de un hombre con suerte) editado por Llibres de Matrícula. En la portada se puede ver una nube grisácea con la figura de una paloma silueteada con las alas extendidas.

—El dibujo de la portada y de la contraportada son míos, la paloma lleva la paz al mundo, sale de la tempestad, volando hacia la claridad, hacia unas pirámides milenarias, la vida. Es lo que deseo, paz, porque necesitamos paz y no la guerra. Hoy por ejemplo me preocupan los grupos de extrema derecha que afloran, como en Francia. Creo que el fascismo no está enterrado, tiene que morir, aún está vivo... También me inquieta la señora Merkel, especialmente cada vez que se ha reunido con Rajoy o ha venido a España... Porque yo creo que hemos tenido, durante estos años de crisis que, dicen, han pasado, una guerra delante de las narices, una tercera guerra mundial que ha sido tecnológica, no con armamento. Y yo sé de guerras...

El día del golpe de Estado en Barcelona, el 19 de julio de 1936, se dirigía con su hermano a Badalona, a visitar a una familia en la playa.

—Escuchamos de repente unos tiros que nos extrañaron y procedían del centro de la ciudad. Primero pensamos que eran petardos, aunque era muy temprano... ¿qué podía ser? Pero, luego, mientras avanzábamos caminando nos dimos cuenta de que eran tiros. Luego sabría que era la zona portuaria.

Allí era precisamente donde se encontraba otro entrevistado de *Atrapados*, Antonio Cánovas, un par de años mayor que Bielsa, quien acudió de inmediato a observar qué ocurría en la ciudad y alistarse voluntario para ir al frente. Ambos, fusil en mano, aprendieron lo que era la vida y la muerte en el campo de batalla, su escuela de vida.

—Mi hermano y yo decidimos regresar a casa, por el trayecto de vuelta oímos también algunos disparos. Tuvimos que correr, agacharnos, no sabías bien qué pasaba. Al final participamos para hacer barricadas en la Avenida Gaudí esquina Castillejos, poníamos de todo, adoquines, sacos de arena, todo.

Recuerda que desde el balcón de casa veía salir cada vez a más hombres con fusiles y pistolas. No tardarían más de veinticuatro horas en aparecer coches repletos de hombres armados con las puertas pintadas con las siglas de CNT, FAI, UGT o POUM. El pueblo se fue armando, las fuerzas de orden público, la guardia de asalto, la guardia civil y la policía municipal se mantenían fieles a la República, motivo decisivo para aplacar el golpe de Estado en la Ciudad Condal.

Esta situación crearía los cimientos de la revolución en el interior de nuestro entrevistado quien, con apenas quince años, se lanzaría a la guerra. De su amplia experiencia a tan corta edad, saca una rotunda conclusión.

—Puedo afirmar que ninguna guerra es necesaria —asegura este hombre que participó en dos conflictos: la guerra civil y la segunda guerra mundial.

Los días posteriores la vida de la ciudad fue recuperándose, algunas fábricas funcionaron, abrían las tiendas y mientras tanto se organizaban milicias de urgencia con voluntarios. Él se alistó voluntario y por dos veces le rechazaron.

—Era un mocoso y aún no había crecido del todo... —dice riendo al recordar que arrastraba el fusil por el suelo y prosigue—, iban organizando barricadas por las calles, para pasar sin problemas tenías que enseñar documentación, y yo tenía el carnet sindical, el de la CNT, que entonces era mayoritario. Después vi camiones repletos de hombres que iban al frente, cantando, patriotas. Luego se comentaban las noticias, algunos desaparecían, otros morían.

Comenzaron algunos bombardeos, todo cambió, había víctimas, habilitaron escuelas como hospitales que se llenaron enseguida. En junio de 1937 lograría formar parte de la tercera compañía del 32.º grupo del Cuerpo de Guardias de Asalto, donde se convertiría en el representante del partido al que se había afiliado, las Juventudes Socialistas Unificadas de Cataluña (JSUC). Fue destinado a la tercera Compañía del 32 grupo del cuerpo de Guardias de Asalto en junio de 1937, con tan sólo quince años, por lo que añadió uno o dos más en la documentación oficial, diecisiete.

—Puse que tenía uno o dos años más, pero tenía en realidad quince. Antes tuve que pasar por un tribunal que seleccionaba candidatos y un examen médico. Aquí comienza una nueva etapa para mí, era un pipiolo pero tuve suerte y aprendí rápido durante los tres meses de maniobras que hicieron como período de instrucción. Después nos dieron el primer destino.

—¿Dónde?

—No nos lo decían, lo sabíamos cuando estábamos de camino o cuando nos encontrábamos en el lugar. ¡Los Pirineos! Yo acataba órdenes.

En los Pirineos su misión consistía en el control de las carreteras que conducían a Francia. En un tiempo que él sitúa aproximadamente hasta la primavera de 1938, parte de su misión consistió en evitar la huida hacia Francia desde el servicio de fronteras, en la montaña. Hacia el final de la contienda, una de las órdenes más ingratas fue la recuperación de soldados que, al romperse las líneas, se iban retirando, algunos huyendo hacia la frontera con Francia. Una vez más eran utilizados como carne de cañón...

—¿Jóvenes deteniendo a hombres adultos, militares armados?

—Pues sí, íbamos allí donde el frente se tronchaba, evitando desbandada, nunca me pasó nada grave. Les decíamos los lugares donde se reconstruían las diferentes unidades afectadas. Teníamos que frenar la huida, saber a qué formación pertenecían y conducirlos de nuevo a su compañía para que se reorganizaran. Pero al final perdimos y comenzó la retirada y la huida.

Es entonces cuando le designan su último cometido: proteger a los artificieros de Esplugues de Llobregat para impedir el avance del enemigo hacia el centro de la ciudad. Es precisamente el episodio con que

comenzaba este capítulo.

Todo estaba perdido. Tras la toma de Barcelona, la defensa republicana, totalmente diezmada y con la moral destruida, iría retrocediendo camino de Francia protegiendo a los civiles en su largo exilio a comienzos de febrero de 1939. Otros quedaron dispersos. Bielsa, al anochecer, desde Barcelona, inició la retirada durante parte del trayecto con el Estado Mayor de Líster, hasta Figueras y Gerona, que también caería en manos franquistas el 4 de febrero en medio de durísimos enfrentamientos.

Pocos días más tarde, el 12 de febrero de 1939, durante el final de la guerra, cruza la frontera francesa por la Junquera y Le Perthus.

—*Allez, allez!!* —decían todo el rato los gendarmes franceses siguiendo órdenes de Franco, para que dejáramos todo allí, incluido el fusil, claro.

Será conducido al campo de Argelès-sur-Mer. Creía que Francia les acogería como exiliados políticos, que los campos eran provisionales y transitorios hasta encontrar un lugar mejor, pero no fue así. Lo primero que comenta es un espantoso recuerdo de los soldados senegaleses que les vigilaron, como él dice, con fusil y machete.

—Por primera vez, después de estar siempre luchando, teníamos la sensación de ser prisioneros.

—Es que lo eran...

—Pero no era justo, aquel trato no era humano. Demostraron cómo eran, nosotros luchábamos por mantener una democracia, una libertad, no nos merecíamos aquello. Todos apelotonados, miles de hombres en las playas de Argelès, era una conmoción... Nos dejaron días sin ninguna provisión, ni bebida, tomábamos agua del mar, estábamos a la intemperie en el frío invierno del mes de febrero... Al final hubo una colitis masiva. Era espantoso y degradante ver a tanta gente desnudarse en el mar porque no podía evitar contenerse. Allí sólo aguantaban los jóvenes y los más fuertes.

Era una playa inhóspita rodeada de alambradas excepto por el mar abierto. Uno de los episodios que durante mi entrevista con Bielsa no comprendí hasta que leí su libro, me impresionó a pesar de su aparente normalidad. Un día, dentro de Argelès, por un extremo de la playa entra un camión Katiuska ruso, del Ejército Republicano, cargado de pan redondo de kilo. Sin un protocolo organizado, desde arriba del camión comenzaron a

lanzar panes por doquier, salían todos volando y quien alcanzaba a tener alguno podía considerarse con suerte. Fue el inicio de la vejación, el hambre causaba estragos y rompía solidaridades en un primer momento. Luego se organizarían internamente entre las unidades militares a las que pertenecían. Los primeros objetivos fueron erradicar las plagas y enfermedades propias de tan miserables espacios de confinamiento. Tal sería el aglutinamiento que hasta los dos meses de estar allí no se encontraría con su padre.

Agosto de 1939, corre la voz de un traslado a otro de los campos del sur de Francia: Agde, en la zona del Languedoc-Roussillon, el denominado campo de los catalanes, aunque en realidad sería un sector, el número 3 donde serían destinados exclusivamente. Los que quieren se apuntan. Bielsa lo hizo y otro entrevistado del libro, Antonio Cánovas, también, por poco no coincidieron.

Por primera vez en mucho tiempo dejaría de dormir a la intemperie, sobre la arena de la playa, para acomodarse en una barraca junto con su padre. Como él dice, cocina, enfermería, agua corriente, todo un lujo para lavar la ropa. Aquí fueron a parar comunistas, socialistas, sindicatos, organizaciones anarquistas... Llegaron soldados, civiles, intelectuales. Agde acogió también la élite del deporte catalán, deportistas que iban a participar en la Olimpiada Popular que la sublevación impidió llevar a cabo.

Habían transcurrido seis meses desde que llegara a Francia y ya había conocido dos campos de concentración franceses, pronto llegaría el tercero, Saint-Cyprien, en septiembre del 39, en el Rosellón francés, al poco de estallar la segunda guerra mundial. Allí coincide con su hermano mayor, Rafael por poco tiempo, pues más tarde la administración gala instaría a los extranjeros útiles para las armas a integrarse en los Batallones de Marcha de Voluntarios o en la Legión Extranjera. Los hombres que no contrajeron voluntariamente un compromiso militar fueron obligados a contribuir a la defensa de Francia integrándose en los recién creados Cuerpos de Trabajadores Extranjeros (CTE), generalmente trabajando en actividades agrícolas, industriales, o en las tareas de fortificación de la Línea Maginot,

una muralla que se extendía a lo largo de la frontera franco-alemana, cuatrocientos kilómetros de extensión, desde el Rin hasta Bélgica con miles de búnkers subterráneos, galerías y pasadizos intercomunicados.

Bielsa, con dieciocho años, salió del campo integrado en la Compañía n.º 173, para trabajar de leñador en Saint-Loup-sur-Thouet a finales de noviembre de 1939, a unos seis kilómetros de Niort, capital del departamento de Deux-Sèvres.

Hora de partir, bajo un frío de bandera, caminando a primera hora de la mañana del campo de Saint-Cyprien hasta un tren de mercancías que les conduciría a un viejo molino en Saint-Loup. Comenzaron su trabajo. A más de media hora de camino, cada mañana tenían que desplazarse para talar árboles y quemar la madera hasta dejar el terreno preparado para la construcción de una base de instrucción militar. Recuerda que el suelo estaba completamente helado, había que taladrarlo a base de pico y pala. Las herramientas se rompían y él, mañoso como ninguno, las recompuso en un taller. Fue así cómo pasó a convertirse en el herrero oficial de la compañía, siempre controlado por un soldado para evitar sabotajes.

—Era el peor invierno, decían, el del 39-40, el más frío de toda Europa en lo que iba de siglo. Hasta trece grados bajo cero a veces y no íbamos bien abrigados.

Fue aquí donde se dio cuenta del cambio que se había producido en los guardias que les controlaban, habían cambiado sus uniformes, ahora eran los oficiales de la Alemania nazi, sus nuevos guardianes. Les garantizaron que no les pasaría nada, que Alemania estaba ganando la guerra a Francia, que estuvieran tranquilos. Bielsa no lo creía así y decidió irse junto con su grupo, eran siete u ocho hombres, algunos de las JSUC, otros del PSUC incluso de la FAI, socialistas, comunistas, anarquistas, entonces se entendieron desde el primer momento. Huyeron, técnicamente desertaron, eso le pasaría factura más tarde la España franquista. Recordando aquel «tranquilos no os pasará nada» dice...

—Nada, yo me fui porque sabía que los alemanes nos harían prisioneros. Y, mira, por creerles y no huir, muchos fueron a parar al campo de Mauthausen y a otros campos nazis.

Comenzó una evasión generalizada ante el monstruo nazi. Bielsa y su grupo querían llegar a Bordeaux para subir a bordo de un barco rumbo a Inglaterra. Estaban aún lejos cuando les paró un control militar, les hicieron subir a una furgoneta que les conduciría hasta algún lugar que desconocían...

—Souges.

—¿Souges? ¿Campo de concentración?

—Sí, al sur de Bordeaux. Nos habían metido allí en aquella furgoneta engañándonos como pardillos...Cuando paró y abrieron la puerta nos quedamos parados. Era un campo de concentración, con muchos soldados negros, eran senegaleses, pero no vigilando a los presos, no, sino que eran ellos los presos, ¡estaban detenidos veinticinco mil senegaleses! Y sólo éramos siete españoles. Eran el ejército senegalés durante la guerra que Francia estaba a punto de perder. Iban a ser entregados al ejército alemán en cuanto tomara posesión del campo. En pocos días se escaparon unos trescientos, o incluso más, y nosotros siete con ellos. Se portaron bien con nosotros.

Objetivo, huida hacia el sur, evitando caer en manos de las tropas nazis que avanzan rápidamente conquistando ciudades sin piedad. Bielsa no sabía bien hacia adónde se dirigía, pero huía. Fue interceptado, detenido, subido a bordo de una camioneta rumbo no se sabe adónde, pero en una parada, ágil y sagaz, saltó en dos zancadas sumergiéndose en la oscuridad de la noche. Se ocultó en una nave pero sería nuevamente localizado, detenido y trasladado a otro campo: Bram, departamento de Aude, de donde será nuevamente trasladado a Argelès, el primer terror francés de Bielsa pero, en esta etapa, con su población reclusa distribuida en barracas.

Todo esto acontecía mientras el 28 de mayo de 1940 el ejército alemán se abre paso por Bélgica, Luxemburgo y los Países Bajos sorteando las defensas que Francia había construido a lo largo de su frontera con Alemania, la Línea Maginot. Bélgica, país de paso para invadir Francia, vio cómo muchos de sus compatriotas irían a parar al campo francés de Agde. Ante la inminente llegada del ejército alemán, París fue declarada «ciudad abierta» por las autoridades francesas, lo que significaba que se rendiría sin combate, confiando en que, de este modo, se evitarían ataques contra la

población civil. El 14 de junio de 1940 los alemanes entran triunfalmente en la capital y, días más tarde, el 22 firmó el armisticio, el acuerdo del cese de hostilidades entre el Tercer Reich y los representantes del gobierno francés del mariscal Pétain.

Para entonces nuestro protagonista se integra en un grupo de trabajadores españoles, unos cuarenta hombres entre mecánicos, chóferes y peones, casi todos militantes comunistas, con destino a un parque móvil en un pueblo llamado Trèbes, a doce kilómetros de la capital del departamento, Carcassonne. Trabajaron en un gran terreno abierto donde había coches y camiones de la Armée Française, vehículos que debían dejar en buenas condiciones. Se organizaron para llevar a cabo tareas de sabotaje contra los intereses de la Alemania nazi, siempre con suma cautela, pero en una inspección encontraron a faltar piezas. Fueron descubiertos, acusados de sabotaje y enviados al campo de concentración de Agde, esta vez en manos de la Francia de Vichy, eran los *indésirables*. Recuerda que pasó un hambre atroz, incluso cuenta que llegaron a comer las hierbas que brotaban al pie de las alambradas. Logró gestionar su salida del campo contratado para trabajar de campesino en un pueblo llamado Rustiques, en una finca propiedad de una baronesa que pasaba temporadas en la casa. Era una población pequeña y pacífica dedicada al cultivo de la vid.

Un grave acontecimiento internacional acontecía el 22 de junio de 1941: el ataque de la Alemania nazi contra la Unión Soviética, pulverizando el controvertido pacto germano-soviético. Son fechas que recuerda, pues pronto el Partido Comunista Español sentará las bases para crear una unión nacional española antifranquista y antifascista intentando unificar fuerzas de todos los partidos posibles. Una reunión clandestina tendrá lugar el 11 de noviembre de 1942 en Toulouse para conferir una estructura sólida con dirección en Francia, pero un año antes, siguiendo la narración de Bielsa, ya habrían comenzado las actuaciones en Trèbes, cerca de donde él se encontraba. Allí se reunían varios compañeros con la intención de comenzar la Unión Nacional Española (UNE), organizar una célula comunista en la clandestinidad. Se distribuyeron el territorio para contactar con los refugiados españoles que habitaban por la zona, algunos de los cuales habían constituido un comité de ayuda a la España republicana.

La Resistencia se estaba organizando con el Partido Comunista Español, muy activo, y la casa donde Bielsa residía provisionalmente, sirvió de refugio y escondite para personas, documentación, armas... Una de las personas que acogió fue Ángel Planas, iniciador de la Asociación de Defensa de los Españoles Refugiados en Francia Víctimas del Nazismo Alemán y Residentes en España (ADERFRE) que más tarde presidiría el propio Bielsa.

Su familia había cruzado la frontera francesa, se encontraba en París y desde hacía tiempo le rondaba la idea de recuperarla. En previsión había ido recabando toda la documentación necesaria para desplazarse sin problemas. Necesitaba un salvoconducto alemán previa entrega de un contrato de trabajo de una empresa alemana. Gracias a su hermano menor, Xavier, había conseguido un contrato de la Kronner Unwold Deutz. Llegó a París el mes de septiembre de 1942, con veinte años. Se incorporará a las filas de la Resistencia.

—Me impactó mucho ver la ciudad invadida por las tropas alemanas, como si fueran los amos... Ya entonces la Resistencia hacía su trabajo, sabotajes, había represión.

Era un París ocupado por los nazis, donde los judíos, con la estrella de David bien visible según recuerda, vivían inmersos en un mar de restricciones y vejaciones, donde las listas de fusilados eran publicadas en los diarios alegando causas «terroristas». Allí comenzó a trabajar como ajustador mecánico en una de las naves industriales donde entraban camiones, algunos procedentes del frente ruso, que eran revisados a fondo para su buen funcionamiento. Nuevamente afloraron los trabajos de sabotaje en todas las secciones utilizando piezas desestimadas, retrasando al máximo el ensamblaje, haciendo desaparecer material...

—Teníamos buena fama de mecánicos, los españoles. Desmontábamos los vehículos enteros, pieza por pieza para revisarlos, luego los volvíamos a montar, parecían nuevos. Pero muchas veces se cambiaban las piezas que fueran necesarias, hacía falta sabotear todo un contingente de camiones, se tenían que engrasar cojinetes y ruedas... Allí teníamos tierra acumulada que

utilizábamos cuando tiraban bombas incendiarias, para apagar el fuego. Así que mezclábamos la grasa con aquella arena muy fina, salieron los camiones y al cabo de pocos kilómetros se gripaban.

Un día fue acusado junto con otros operarios de sabotaje, precisamente de una acción en la que no había participado. A golpe de fusil soldados alemanes los hicieron subir a bordo de un autobús viejo diciéndoles que su destino sería trabajar en Alemania, a Múnich. Aún recuerda cómo llegaron atónitos a la Gare de l'Est en medio de enormes medidas de seguridad y la amenaza de muerte ante cualquier extraño movimiento. Disparar a matar era la consigna.

—Nos decían: «No os mováis y no os levantéis para nada o disparamos a la cabeza». Estaba claro que no tenían buenas intenciones y no me lo pensé. Tuve la suerte de subir el primero en el convoy y, digo suerte, porque me encontré abierta la puerta del otro lado de la plataforma. Estaba abierta todavía, la cerraron enseguida. Pero sin pensarlo, la crucé, zas, bajé del tren y en el andén me mezclé con la gente de otro tren que acaba de llegar procedente de Alemania. Así, a pesar de toda la vigilancia que había, conseguí salir de la estación. Ésta fue mi fuga, me libré de Dachau.

—¿Sabía que ése era el destino del tren de la muerte del que se escapó?

—No, no nos decían más que íbamos a trabajar. Luego, más tarde me enteraría.

Me sorprende su calma al contar que regresó a su casa de París cuando me imaginaba casi una persecución de vértigo. Por dos veces y en épocas diferentes que nos sitúan en 1944 en fecha cercana a la liberación de París, recibió una orden en su domicilio para presentarse a las oficinas centrales. Se presentó y allí supo que el tren del que había bajado por intuición tenía un destino: Dachau. Demostró que era español, contratado por una empresa alemana y familia residente en París. Lo consideraron todo un error y quedó libre. Posteriormente encontró trabajo de mecánico en un taller de la Luftwaffe, reparando coches del parque móvil al servicio de la aviación alemana. Aquí trabajó hasta la liberación de París.

Llegarían los días de la rebelión en París. El 19 de agosto de 1944 la población reaccionó contra tantos fusilamientos y el régimen al que estaba sometida la ciudad. Organizaron manifestaciones multitudinarias contra la

ocupación, en una de ellas pararon los transportes públicos mientras tres mil policías ocupan la prefectura de la policía de París. Durante unos días se produjeron combates hasta la capitulación del general Von Choltitz.

—Yo también participé en la liberación de París, incluso fui premiado por el gobierno francés. Fue el pueblo quien liberó la capital aunque, formalmente, la capitulación del general Choltitz se atribuyó a la 9.^a Compañía de la 2.^a División Blindada del general Leclerc con los españoles republicanos. Hubo combates y muchas bajas, resistentes, civiles, soldados... Creo que París no explotó ni ardió como quería Hitler que ejecutara Von Choltitz porque la Resistencia controló en todo momento la red del metro, las catacumbas, el alcantarillado...

Recuerdo que en 2004, con motivo del 60.^o aniversario de la liberación de París, Bielsa fue uno de los veteranos homenajeados por el alcalde de París, quien descubrió una placa conmemorativa en honor a la participación española en la liberación de la capital francesa. Sucedió doce años atrás y él aún lo recuerda con emoción compartida con otros republicanos, antiguos guerrilleros y combatientes de la Francia ocupada. Le acompañaba Miguel Núñez, dirigente político de la Agrupación Guerrillera de Cataluña y exdiputado comunista en las dos primeras legislaturas de la Transición. La noticia fue publicada en los periódicos españoles y franceses con un Bielsa irónico que decía guardar algún pasquín de la época con el escrito «*A chaque français, son boche*» («A cada francés, su alemán»).

Regresando de nuevo al París liberado, él, como tantos españoles, albergó esperanzas de que pudiera ocurrir lo mismo con España, liberarla de la dictadura franquista. Cuando Francia quedó libre de alemanes, los republicanos españoles comprobaron decepcionados que el avance hacia España no entraba en los planes de los aliados. Por ello fueron organizando sus encuentros clandestinos en un almacén de la ciudad, lugar de reuniones secretas donde preparaban acciones concretas.

—Necesitábamos armamento, que es lo que nos hacía falta para cualquier acción que emprendiéramos en España, en la frontera. Siempre he dicho que la segunda guerra mundial había comenzado en España con la guerra civil, y creía, creíamos, que allí tendría que terminar, fulminando el fascismo en España, con Franco al frente.

Ésta fue la idea que animó a los republicanos españoles exiliados integrados en la Agrupación Guerrillera Reconquista España a emprender sus acciones. En primer lugar, la Agrupación decidió que para tener el reconocimiento del movimiento guerrillero español por parte de las autoridades francesas, tendrían que formar parte del Primer Regimiento de París constituyéndose como el Batallón Liberté, que, tras la liberación de París, sería reconocido dentro de las Fuerzas Francesas del Interior con Rogelio Puerto como su comandante.

Eran tratados como militares del ejército francés pues no había finalizado la guerra, pero el Batallón de Bielsa se posicionó muy claramente, prioridad absoluta respecto a España para intentar acabar con el franquismo y reconquistar la República. No querían perder efectivos en otras misiones cuando París ya estaba liberada y dejaron clara su postura de no implicarse en las últimas batallas de la guerra en territorio alemán. Decidieron dejar los uniformes y con las armas desplazarse hacia el sur del país para unirse a las fuerzas que estaban a la espera de iniciar la invasión del Valle de Arán.

Comenzó la reorganización, transformaron el Batallón Libertad —de estructura militar francesa— en una Brigada de Guerrilleros con sus 450 hombres. Así nació la 101.^a Brigada de Guerrilleros. En la montaña se fueron preparando y organizando para diversas misiones. Para entonces él tenía el grado de teniente sin tropa, estaba adscrito al Estado Mayor de la Brigada en calidad de responsable, instructor de la juventud, era el secretario general de las JSU de la unidad.

—Al final más de diez mil exiliados españoles nos organizamos en guerrilla, armados, organizados. Fuimos el origen de los maquis españoles y dominamos las montañas del sur de Francia. Queríamos continuar la lucha en España tan pronto como fuera posible para recuperar la República.

La Unión Nacional Española, promovida por el Partido Comunista de España, confiando en el éxito de las acciones guerrilleras de resistencia contra los nazis, consideró posible llevar a cabo una incursión en España atravesando los Pirineos para asestar un golpe a la dictadura de Franco. Se inició la acción preparando el ataque de un grupo de guerrilleros colaboradores de la Resistencia francesa sobre el Valle de Arán en octubre

de 1944. Bielsa y su grupo tenían previsto unirse a ellos camino de los Pirineos, pero, tras bastantes bajas y muchos heridos, la retirada tuvo lugar en pocos días.

Esto ocurría en 1944, pero mucho antes, ya en septiembre de 1938, durante la guerra civil, los españoles ubicados en los valles de la zona fronteriza España-Francia eran una preocupación por el gobierno franquista. Así lo demuestra un inédito documento que encontré en los Archivos Nacionales de Andorra, cuyo emisor, el Ministerio de Asuntos Exteriores español de aquella época enviaba al entonces gobierno andorrano. Resulta impactante leer la alerta de Franco sobre la existencia de «un complot de elementos rojos apoyados por sus correligionarios de la España marxista», o la existencia de «manejos para armar a determinados elementos extremistas de los valles y a refugiados españoles». (Documento en pliego de fotos).

Ocultos entre montañas la acción guerrillera llevó a cabo una importante labor. La empresa Fernández-Valledor (el general de guerrilleros Luis Fernández y el teniente coronel Valledor, ambos constaban como empresarios) podía contratar guerrilleros. Llegaron a contratar a más de quinientos entre leñadores, esperando la oportunidad de poder luchar. Mientras, tenían que prepararse para la misión. Bielsa fue destinado a trabajar de leñador al término municipal de Ginclar, un pequeño pueblo con una gran masa forestal. Cuenta que un día se presentó la cúpula, incluidos Santiago Carrillo y Fernando Claudín, con los que se reunió para hablar de la Escuela Guerrillera, de los batallones que habían estado desmovilizados llegarían grupos guerrilleros organizados para pasar un curso de formación antes de ser introducidos en España. Bielsa dejó su trabajo de leñador para sumarse a esta nueva labor con su grupo de cinco guerrilleros de origen aragonés. Dice que, de todos los grupos que por allí pasaron, tendría después amistad con el Grupo Jordi, liderado por Domènec Serra, el marido de María Salvo, que tuvo enfrentamientos con la guardia civil que se saldaron con heridos y muertos. Llegarían a compartir años de presidio más tarde.

Varios grupos de guerrilleros pasaron al interior proveniente de la escuela de Ginclar. También recuerda a otro que estuvo en contacto con Enric Pubill, Numen Mestre, que fue disuelto al entrar por tierras leridanas,

según le diría el propio Numen a Bielsa en 1946 en la cárcel Modelo, donde coincidirían. Numen había sido el instructor de Joventut Combatent de la Brigada d'Esperança en el departamento de Aude, al mismo tiempo que Bielsa era de la 101.^a Brigada en Rennes-les-Bains. Tenían la misma edad y fueron buenos amigos.

—Mira esta foto, éste es Numen Mestre, fusilado en el Campo de la Bota el 17 de febrero de 1949 y estas tres mujeres, una es su hermana, otra su novia y la tercera fue secretaria de Carrillo durante muchos años, la que tiene el cabello rizado.

Recuerda que las distintas escuelas existentes, como la suya de Ginclar, fueron a Toulouse donde se encontraba la Escuela de los Cerezos, donde se hallaban ubicados los cuadros del Comité Central del Partido Comunista. Nos situamos en el mes de julio de 1945, a dos meses de finalizar la segunda guerra mundial. Allí estudiaban y discutían de temas, aparecían personajes destacados que impartían charlas como Carrillo, Dolores Ibárruri, Líster, Claudín, Moix. Carrillo era el que aparecía como máximo responsable y quien en más de una ocasión se quedaba todo el día con ellos, tal como recuerda Bielsa.

Aprovecharon para entrenarse y hacer ejercicio. Pasar al otro lado de los Pirineos por las montañas requería una buena preparación, eran cuatro noches de marcha. Esperaban para incorporarse a la lucha clandestina, ignorando cuál sería su destino. A él le llegó el turno el primer día de enero de 1946, tenía una misión asignada. Se lo dijo Fernando Claudín: «Irás a Barcelona, con un equipo, llevaréis una imprenta para propaganda del partido. Tú serás el responsable». Al amanecer partió con su equipo, un impresor conocedor del funcionamiento de la máquina, una joven que debía hacerse pasar por su hermana, un compañero que sería su contacto futuro en Madrid, con la dirección del partido y otro que sería su contacto en Barcelona, Manuel Moreno Mauricio, del PSUC. Empezaron el camino de Toulouse a Perpignan donde se encontrarían con varios guías para cruzar la montaña. Tres maletas en las que distribuyeron las piezas.

Entonces los gendarmes vigilaban la zona, Francia había reconocido el gobierno franquista, hacían incursiones y requisaban documentación, material y les detenían. Dice Bielsa que cuando esto se producía, el aparato

y mecanismo del Partido Comunista Español y Francés se ponía en marcha de inmediato y en pocas horas los hombres eran liberados sin cargos.

El viaje por las montañas fue duro, al límite, todas las precauciones eran pocas ante las patrullas de la guardia civil. Siguieron las serraladas más seguras y difíciles del Ripollés, la Garrotxa y Osona hasta llegar a Torelló, donde subieron a bordo de un tren con destino a Barcelona. Mientras unos descendieron a la ciudad, otros ocultaron el material en la montaña, en una cabaña oculta. Habían acordado cómo y cuándo volverían a establecer contacto en la ciudad. No hubo incidentes, los cuatro bajaron del tren tomando caminos diferentes.

—Yo conseguí pasar la frontera con unos compañeros que llevábamos una imprenta portátil para la organización del PCE. La instalamos en el l'Hospitalet [Barcelona], en casa del contacto que me habían dicho, hasta que nos detuvieron once meses después, en noviembre de 1946.

En enero de 1946 Bielsa logra no sin dificultades ubicar la imprenta, una Minerva Boston, a pesar de todas las circunstancias adversas con que se encontró, organizaron la recogida de las piezas escondidas en una casa de los bosques, algo que fue posible gracias a la ayuda de Elena Aguilera García, quien, durante la ocupación de Francia, había sido responsable del funcionamiento de un equipo radiotransmisor al servicio del Partido Comunista y ahora, en Barcelona, era la encargada de la itinerancia de la mencionada emisora sorteando toda clase de peligros. Después de un tiempo prudencial escondiendo la imprenta debajo de un fregadero, una vez instalada solucionaron el problema del ruido adquiriendo una máquina de coser para no levantar las sospechas de los vecinos.

Bielsa fue acogido por una familia, cuya hija, Mercè, se convertiría con los años en su esposa, la misma que conocí durante nuestra entrevista. Todos se arriesgaron. Comenzó a trabajar en un taller de mecánico, conocía bien la profesión desde la Francia ocupada. Así transcurría el día a día a los once meses de llegar a la ciudad, hasta que un día, el 22 de noviembre de 1946...

—Me detuvieron a punta de pistola, era la policía, en la calle me dijeron algo así como: «No te muevas o eres hombre muerto». Los alrededores del taller donde trabajaba estaban rodeados de policía, como si fuera un

criminal. Se acabó todo...

—¿Quién pudo ser el delator?

—Me enteré en la cárcel de que habían detenido a un compañero con toda la documentación, nombres, todo sobre el transporte de aquella máquina imprenta que llevamos de Francia a Barcelona. Yo luché contra el fascismo y ahora me encontraba bajo el yugo de los fascistas y preso...

Mantuvo la calma, algo que es innato a su carácter por lo que he visto al conocerle, y se encaró con sus torturadores de la Jefatura Superior de Policía de Barcelona.

—Había nazis en España, la policía estaba impregnada de ellos. Además, los franquistas llegaron a enviar inspectores, jefes policiales españoles a los Estados Unidos, con el FBI y la CIA para aprender de ellos tácticas en su lucha contra el comunismo...

—¿Como Juan Antonio Creix, de quien me han hablado otros entrevistados del libro como Gadea, Pubill y María Salvo? —le pregunté dándome cuenta de que a su rostro asomaba una sonrisa.

—Sí y regresó decepcionado porque decían que en España sabían más que los americanos, ¡que eran más efectivos!

Hacia mediados de los años cincuenta el modelo americano anticomunista era bien visto por el gobierno franquista, era necesario aumentar la capacidad del sistema policial español y procurar ser menos impopular en momentos en que era imprescindible para la imagen exterior. Se organizó una red de infiltración en las organizaciones perseguidas y, tal como describen los propios entrevistados, era preciso torturar sin dejar rastro, aumentando al máximo los límites de la presión psicológica.

—¿Sabes cuántos interrogatorios tuve que aguantar? —me preguntó al minuto.

Viendo mi cara de pasmo a la espera de cualquier respuesta brutal, me dijo...

—Sesenta y uno.

—¿Sesenta y uno? ¡Imposible!

—Sí, sí, en quince o veinte días... recuerdo subir las escaleras desde los sótanos hasta la sala de interrogatorio, pero no recuerdo haberlas bajado. Eso significa paliza hasta el desmayo.

Todavía tiene grabada en su memoria las cuerdas de diferente grosor colgando de las paredes, entremezcladas con otros utensilios como porras o cables eléctricos. Recuerda ser atado y golpeado con fuerza y saña, que en pocos días detuvieron a sus compañeros de la imprenta. Él les decía: «echadme a mí la culpa», y tras cada interrogatorio le llamaban de inmediato a «diligencias».

Bielsa tiene un toque irónico que se ajusta perfectamente con su carácter decidido y activo.

—Siempre he luchado, siempre he llevado mi fusil durante la guerra y siempre he trabajado —me dice en varias ocasiones dejando claro que los peores momentos fueron los de la lucha contra la desidia humana en los primeros días de caos y saturación y enfermedad en los campos franceses como el de Argelès.

Aventuré a preguntarle por si había tenido pesadillas en algún momento de su vida tras vivencias tan intensas, tan al borde del precipicio. Para mi sorpresa, la respuesta fue totalmente inesperada.

—He logrado al cabo de muchos años escapar de las pesadillas. A veces tengo todavía, pero salgo bien parado porque me lo he tomado siempre lo mejor posible. Pero hubo un tiempo, especialmente cuando salí de las cárceles de Franco, que no podía dormir si escuchaba pisadas de la gente en la calle, especialmente en verano, con la ventana abierta, escuchaba pisadas de zapatos y pensaba si se pararían o no... Peor era si se paraban a hablar cerca... Inconscientemente me recordaba a la Francia de la segunda guerra mundial, cuando los alemanes nazis iban a hacer alguna de las suyas, una detención o lo que fuera, iban varios juntos en grupo, escuchabas el sonido de aquellas botas de cuero regias, les escuchabas toda la noche, pasaban de largo, bien... Pero, a veces, muchas veces paraban, «ostras —pensaba—, van a por alguien», a por un judío, o un antifascista, sufres, y al cabo de un rato escuchabas voces, algún tiro, *pam, pam, pam*, mal, pensabas, se llevaban a algún judío para matar... Eso durante la Francia ocupada.

Pero también las pisadas le recordaban a otra etapa de su vida, no de lucha precisamente sino de presidio y abatimiento en las cárceles franquistas.

—El sonido de pisadas también me hacía recordar el penal de Burgos, cuando había un registro de emergencia o se llevaban a algún compañero para nada bueno, se escuchaba el movimiento de los guardianes de las prisiones, se acercaban, les oías, cada vez más cerca, llegan a la galería, la cuarta, la quinta, la sexta, la que fuera, y paran delante de una celda, a la que fueran a hacer el registro durante la noche, la madrugada, cuando no te lo esperabas. Yo pensaba siempre, «que no se detengan delante de mi celda»... En libertad tenía esto tan asimilado que durante mucho tiempo tuve que cerrar la ventana para dormir.

La memoria de aquellos pasos nos hace retroceder al punto exacto en que es trasladado de la Jefatura Superior de Policía hasta la cárcel Modelo de Barcelona a bordo de un furgón cerrado en diciembre de 1946. El impacto emocional fue intenso, la entrada, la desinfección, desnudo, depilado, rociado con un producto químico, todo con agua fría, helada, invierno helado, mucho frío. Le destinaron a la quinta galería, espacio de «período» obligatorio, los quince días de rigor a la llegada de un preso.

Su descripción corresponde a la misma que efectuó otro de nuestros Atrapados, Enric Pubill, de su llegada a esta prisión. Les daban madejas de esparto que tenían que deshacer para rellenar los sacos donde dormir, un mero instrumento para aislar el cuerpo de un suelo sucio, frío y húmedo. Para entonces más presos políticos de las Juventudes Socialistas (JSUC) a las que Bielsa pertenecía, que del propio Partido Comunista, del PSUC, según comenta. Sería entonces cuando Numen Mestre le encarga a Bielsa organizar el partido en la sexta galería.

Al preguntar, como siempre, por sus carceleros, enseguida aflora un nombre: Macaya. Los excesos y el maltrato de los guardianes eran constantes, por lo que, como ocurrió con algunas cárceles de mujeres, se reunieron los representantes de todos los grupos políticos y sociales de la galería y convinieron que ante el trato intolerable era preciso adoptar una respuesta contundente: se declararon en huelga de hambre durante tres días.

—¿Con éxito?

—Sí, algunos se rajaron, pero la mayoría de los que la comenzamos acabamos de hacerla, no nos echamos para atrás. Nos llamaron en presencia del director. Los que seguimos fuertes fuimos los de las JSU, el PSUC, la

UGT, los anarquistas de la FAI y las Joventuts Llibertàries y los guerrilleros de la planta baja que no estaban aún definidos políticamente.

Recuerda que les dieron de baja la revista *Redención*, una publicación de la Dirección General de Instituciones Penitenciarias que a los que eran suscriptores les permitían una visita más por semana, los domingos, y una carta más al mes.

Es entonces cuando comienza a tener contacto con su familia. El partido interno consideraba necesarios todos los recursos para aportar ayuda desde el exterior, procedente de las familias de cada preso, vecinos, amigos, toda ayuda era imprescindible, son las conocidas «familias» o «comunidades» que agrupaban a tres o cuatro presos por afinidades, haciendo un equilibrio entre quien tuviera apoyo externo y quien no recibiera nada.

El 11 de enero de 1948, tras pasar un año y un mes en La Modelo, les llamaron a todos a formar... ¡con todo!, algo que implicaba un traslado. Él tenía pocas pertenencias para llevarse, así que pronto acabó su tarea. Eso sí, le esperaba una de sus pesadillas, el oficial Macaya, quien protagonizó el incidente que transcribo tal como él lo escribió en el libro *Un d'entre tants*:

«Antes de partir, quiero que te lleves un buen recuerdo de mí. Te voy a poner guapo», me decía Macaya... Cogió una maquina de esquila y arremetió contra mis cabellos como si ellos fueran los responsables. El hijo de su madre me dejó una cabeza imposible de describir por más imaginación que pongan. Me hizo mirar a un espejo. Era para llorar o para reír, y me lo tomé con sentido del humor. Le dije: «Señor Macaya, una venganza más bien pobre ¿no?, porque el pelo crecerá».

De tránsito pasaron por la cárcel de Zaragoza, Torrero, tétrica y gris, como todos la describen, hasta llegar al penal de Ocaña, prisión de estructura celular, con tres galerías. Lo primero que le dijeron fue:

—Aquí te vas a pudrir por lo que has hecho en Barcelona —dice textualmente recordando tan fatídica frase.

—¿Quién la dijo?

—Quién va a ser, ¡el director!

Se referían a la huelga de hambre de la que participó también como coordinador por parte de las JSUC. Con su toque irónico habitual, dice que precisamente aquellas palabras le tranquilizaron porque lo que en realidad temía, como todos los presos, era una acusación por rebeldía, lo que

generaba largas condenas o la pena de muerte. Era previsible, aquí su pesadilla sería el director del penal, Jerónimo de la Toca que le envió al «tubo».

—¿El tubo?

—Sí, era la galería de los condenados a muerte, incomunicados, a mí me pusieron como castigo durante varios meses tan sólo llegar a Ocaña, no dio tiempo a ver nada.

En el suelo, con una manta, en la semipenumbra con tan sólo un mínimo rayo de luz que manaba de lo más alto de la celda y que le permitía saber cuándo era de día y cuándo de noche. Se mantuvo ocupado de mente.

—¿Cómo?

No se deprimió, muy al contrario. Cuenta que pensaba en cómo habría cambiado su vida si hubiera escogido decisiones diferentes a las que había tomado. Semanas, tres meses, seis meses, es el tiempo que permaneció en este lugar de castigo hasta ser trasladado a las galerías de presos.

La saturación y el hacinamiento estaban a la orden del día, en un principio se ubicaban los presos colocando petates a lo largo de unas paredes de cincuenta metros de largo y dos hileras centrales. Calcula que la población interna sería de mil doscientos o mil cuatrocientos reclusos amontonados en aquel recinto lúgubre a la espera de un Consejo de Guerra. El espacio de Bielsa era de ochenta centímetros máximo en la primera galería, donde se concentraban los presos más significados y los dirigentes.

Se organizó una vez más a pesar de la distancia y la pérdida del apoyo familiar que quedaba en Barcelona, aun así le permitían recibir correspondencia, una tarjeta postal semanal. Superó la situación gracias a la «familia» interna, a la acción solidaria establecida en comunas.

Allí dentro desempeñó una tarea que le asignó la directiva clandestina del partido: la campaña jurídica contra los tribunales militares. Bielsa tenía que preparar los alegatos para la defensa de los compañeros acusados, argumentar la defensa de los integrantes de los expedientes antes de ir al Consejo de Guerra militar, y comentarlo con el defensor de oficio. En menos de quince días una orden del coronel Enrique Eymar obligó un

registro brutal de todo el penal que acabó con la requisa de libros sobre leyes y justicia (como los que tenía Bielsa para documentarse) y las leyes de enjuiciamiento criminal, algo que, astutamente, había previsto.

Bielsa tuvo su Consejo de Guerra, fue conducido esposado al Ayuntamiento de Ocaña. Fue condenado a dieciocho años, se le rebajó la condena luego dos años y el resto de años computarían después como redención por trabajo.

Con la sentencia, será conducido al penal de Burgos donde permaneció otros tres años. Contacto aquí dentro con intelectuales, dibujantes, Marcos Ana, Ángel Poyatos el gramático de la RAE, escritor y poeta, un delineante de aeronáutica en Sevilla, Salvador Ruiz Soler (hermano del bailarín Antonio) que fue quien enseñó dibujo a Bielsa. Le enseñó matemáticas Andrés Rodríguez, ingeniero y matemático, jefe de la misma célula comunista. Había también científicos y médicos como el doctor Izquierdo, psiquiatra muy amigo de Marcos Ana, Castillo, doctor en medicina interna, el doctor Bartrina, cirujano... Los tres tenían ayuda de «Cali», un ATS madrileño, y un catalán, Domènec Serra Estruch. Elogia Bielsa la labor de todos ellos. Recuerda que Domènec en más de una ocasión se arriesgó a ir a las celdas de castigo e incluso a perder la condicional por su función de practicante, en su defensa de los enfermos a su cargo.

Rememora los tres años de Burgos como los mejores de presidio. Incluso con sus habilidades manuales, con una plumilla era capaz de escribir con letras como mecanografiadas, copiaba artículos y hacía originales del diario interior del penal: *Muro*.

—Sí, como si fueran los clichés de la imprenta.

Escribía, como Pubill, de noche, sentado en la litera, cubierto con la manta a la luz de una vela si era posible.

Su tiempo de presidio pudo acortarse gracias a la redención de penas por el trabajo. Bielsa iba por otros derroteros, le entusiasmaban los estudios de delineante, a lo que se dedicó la mayor parte de tiempo libre. La Dirección General de Prisiones, en su apartado destinado a la cultura, creó una asignatura para redimir condena con los estudios. Día de asistencia a clase equivalía a medio día de condena. La asignatura era la religión. Él

sabía mucho pues había sido monaguillo, incluso podía recitar en latín. Se apuntó a los cursos de religión superior. Vio rebajada su estancia en la prisión cerca de quinientos días.

—Mi primo hermano, Alfredo, era el jefe político de las Juventudes... en fin, era de las juventudes de falange, las FET y las JONS llegó a identificarse con mi lucha. Es más, sus jefes se enteraron de que me escribía estando yo preso en Burgos y entonces él contestó: «Es mi primo, un hermano para mí, no hay nadie que me pueda prohibir que me escriba con él y si tengo que hacer una declaración en este sentido la voy a hacer, mi primo es comunista y está en Burgos condenado por esto, por estoy y por esto».

—¿Y qué ocurrió? —Obviamente, inquirí con intriga.

—Pues que siguió allí, pero con los años murió desengañado del franquismo.

Llegó la libertad provisional en noviembre de 1952. La residencia la tenía que fijar a más de cien kilómetros de Barcelona. Pensaron en Montblanc, Tarragona, por los contactos que tenían. La red interna se movió de nuevo.

En Montblanc no le dejarían tranquilo, presentarse a la guardia civil, al juez de la población y, por último, sólo le faltó recibir la citación de reclutamiento de Zaragoza, se le reclamaba para hacer el servicio militar. No quería servir a un ejército contra el que había luchado a muerte, ni jurar fidelidad a la bandera del enemigo. Se presentó y, con su atrevimiento habitual, dijo:

—No puedo reclutarme, soy desafecto al régimen. Estoy en este pueblo desterrado, en régimen de libertad condicional cumpliendo condena dictada por un consejo de guerra por actividades comunistas.

Solicitó al juez de Montblanc la posibilidad de trasladarse a Barcelona para casarse y formar familia. Éste se lo permitió si dejaba una dirección a su fiador del pueblo. Todos los últimos días de mes debía ir a presentarse al juez. El 4 de febrero de 1954, días después de esta situación, le llegó el indulto, quedaba exento de la obligación de prestar el servicio militar siguiendo el dictado de un artículo del Reglamento de la Junta de Reclutamiento.

—¿Lo ves? Una vez más tuve suerte...

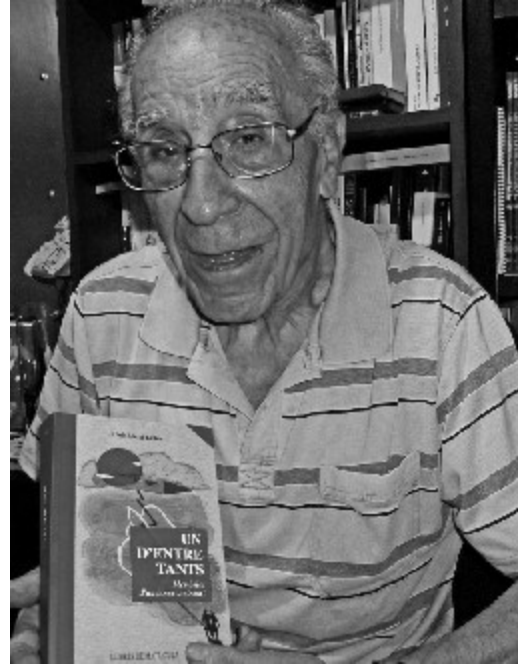
Se casa en septiembre de 1955 y tienen una hija, Remei. En septiembre de 1954, con el abono de los días redimidos, le conceden la libertad definitiva. Se mantuvo al margen del partido para no tener problemas ni generarlos a los demás. Como él dice, «los primeros años no pasaba una semana sin que me llamara a la puerta la policía». En más de una ocasión los hermanos Creix y el comisario Polo le llevaron a comisaría para controlarle y preguntarle por algunos hechos, pero él nunca estaba al corriente de lo que le preguntaban.

Recibió la Creu de Sant Jordi en el año 2006. Trabajaría como director técnico de una empresa de arquitectura de interiores.

—De toda mi experiencia y, viendo los fallos de los demás, nunca creeré en nadie que me conduzca hacia algún lugar que yo no conozca. Es una lección que he aprendido entre otras muchas, claro, y esto también se puede aplicar a los políticos. Votaré siempre a un partido, pero no me entregaré.

Le dejo en su casa tras repasar un pasado que recuerda con cariño, el mundo de los maquis, de las guerrillas en Francia. Y, recordando la liberación de París y aquel homenaje del que fue objeto en 2004, finaliza:

—Los nombres de los españoles presos en los campos nazis de la Francia ocupada figuran en algunas estelas que erigieron en Francia ya hace años. Y en España qué, ¿eh? Nada. Allí recuerdan a los patriotas muertos por su país. ¿Sabes qué pone? «*Morts pour la France*».



13

Fernando Macarro Castillo,
Marcos Ana

(San Vicente, Alconada, Salamanca, 20 de enero de 1920)

El adalid de los represaliados. *Juventud, Muro, La Aldaba*, la intelectualidad en las noches más oscuras del presidio

Campos de concentración: Almendros y Albatera
Cárceles (1939-1961): Porlier, Ocaña, Burgos



La única venganza a la que yo aspiro es a ver triunfantes un día los nobles ideales por los que he luchado y por los que miles de demócratas y antifranquistas perdieron su vida o su libertad.

*(Decidme cómo es un árbol,
MARCOS ANA)*

DE MADRUGADA, cuando aún no clareaba el día, era cuando más se fusilaba en la España del primer franquismo. Los presos escuchaban el sonido del cerrojo, los pasos de sus carceleros acercarse, vocear los nombres de los condenados... Todos vivían con temor e intensidad aquella fatalidad. Veían, entre la desesperación y la serenidad, la partida de sus compañeros. Desde la celda adivinaban el sonido del motor de una camioneta con la carga humana y, en pocos minutos, la descarga de la fusilería seguida, en ocasiones, de los tiros de gracia. Ésta era la vida dentro de las cárceles de Franco. Los primeros años de la década de los cuarenta fueron puro terror para los condenados con las constantes «sacas». Lo vivieron intensamente mujeres de este libro como Ángeles García Madrid, compañera de Las Trece Rosas, o «Maricuela», en los presidios de su Asturias querida.

También lo vivió Fernando Macarro Castillo, conocido por su nombre artístico, Marcos Ana, quien en 1939, finalizada la guerra civil, comenzó a escribir en el penal, entre gritos, torturas y el estruendo de disparos de fondo. «Estas cosas no se borran jamás de la mente», dice durante nuestra entrevista este hombre que fue condenado a muerte, que soportó a diario la incógnita, como él dice con su alma de poeta, de «caer trizado por el plomo con las últimas estrellas de la madrugada».

Tampoco olvida las llamadas a «diligencias», los terribles interrogatorios de la Brigada Político-Social de la Dirección General de Seguridad en Madrid, el edificio donde hoy se encuentra la Comunidad de Madrid. No le arrebataron ni una sola palabra, ni una sola acusación. Aguantó los golpes hasta tal punto que, a la salida del interrogatorio, al ver su aspecto, unas mujeres con las que se cruzó en los pasillos de la comisaría, igualmente interrogadas y apaleadas, le dijeron: «¡Muy bien, muchacho, te has portado como una mujer!».

Poeta, escritor, intelectual, activista social, político... Creo que se ha dicho todo, o casi todo de este hombre, icono del antifranquismo, Marcos Ana, el hombre que más años ha permanecido detenido por la dictadura de Franco: veintitrés. Entró con diecinueve años, en 1939, y fue liberado con cuarenta y uno, en 1961. Dejó su juventud entre rejas, forjando su carácter gracias a la solidaridad reinante en el interior de aquellos muros y madurando su bagaje poético en tan peculiar universidad: la cárcel. Ha sido muchas veces entrevistado y, obviamente, no podía faltar en este libro un veterano como él.

Una vez libre, aún en plena dictadura, recorrería el mundo denunciando la situación en el interior de las cárceles, las injusticias cometidas y lucharía eternamente reivindicando la paz, la libertad y la democracia para el pueblo. Ha sido y sigue siendo el altavoz de los represaliados, de sus compañeros, a los que él llama «héroes oscuros», anónimos sin nombre. Tras su liberación, recién estrenada la década de los sesenta, le acompañaron en su meta dos grandes amigos, poetas también, Rafael Alberti y Pablo Neruda, quien, tal como él me cuenta, en un viaje de visita a los campos de concentración nazis, tras observar las lágrimas de Marcos Ana, le dijo: «Parece mentira que a un hombre que ha sufrido como tú aún le queden lágrimas». Cierto, quien iba a imaginar tanto dolor en alguien que tomó por ley un poema de su buen amigo Rafael Alberti que recita con pasión y nostalgia: «Me hirieron, me golpearon y hasta me dieron la muerte, ¡pero jamás me doblaron!». Son las *Coplas de Juan Panadero*, escritas por Alberti desde el exilio para ensalzar la memoria de los caídos en la Resistencia española y recurso para volcar el dolor del destierro.

Han transcurrido cincuenta y cinco años desde que Marcos Ana fue puesto en libertad. Él simplemente dice conformado: «Pasó el tiempo y se me echaron los años encima». Pero desde entonces jamás ha dejado de apoyar ninguna causa en pro de la libertad, la democracia y la República.

Para conocerle en persona, llamé a su hijo Marcos Macarro, operador de cámara de televisión, quien enseguida combinó el encuentro en su casa, en Madrid. Su padre me abre la puerta, lo veo apostado en la entrada, mirando mientras subo las escaleras y me recibe con una cordial sonrisa. Entro en un luminoso salón repleto de estantes con libros, recuerdos, archivos y, en un

rincón, su zona de trabajo, su ordenador, y... muchos pósitos. Sí, infinidad de papelitos con anotaciones pegados en las estanterías. Evidencian un hombre inquieto con muchas cosas por hacer a diario. Lo primero que distingo es la mítica imagen del «No pasarán», cartel desplegado de lado a lado de las calles durante la defensa de Madrid.

—No fue la tumba del fascismo, pero no pasaron, por lo menos entonces... —dice.

Casi al lado de esta fotografía observo otra, también en blanco y negro, pero esta vez el protagonista es el propio Marcos Ana, de joven, vestido de traje oscuro, muy delgado...

—Me hicieron esta foto a la salida del penal de Burgos —matiza al notar mi interés.

Es curioso, probablemente de forma inconsciente, está ubicada delante de un archivo del estante que, escrito a mano, indica «Expediente cárceles».

De corazón fogoso y talante templado, es todo un placer conversar con Marcos Ana, escuchar sus palabras, siempre conduciéndonos hacia su terreno, la poesía. Su historia, su obra y su pensamiento son harto conocidos, es un hombre buscado por los medios de comunicación, reclamado por los organizadores de actividades de memoria histórica, y leído, incluso releído y querido por sus textos y sus actos. También respetado dentro de las cárceles.

La mañana que fui a visitarle tenía un encargo muy especial, le llevaba el mensaje de uno de los veteranos de la Resistencia y de las cárceles españolas durante el franquismo: Lluís Martí Bielsa. Le había entrevistado semanas antes, también en su domicilio, y me había mostrado un libro que, tal como me comentó, tendría para siempre un lugar especial en su corazón. Era *Sino Sangriento, Homenaje a Voz Ahogada al poeta Miguel Hernández*, manuscrito que realizó Marcos Ana dentro del penal de Burgos, sustraído clandestinamente y reproducido en el exterior, otoño de 1960.

Mientras se lo cuento nos sentamos ante su ordenador para ver alguna de las fotografías que hice a Bielsa con aquel libro tan estimado, el mismo en el que había encartado una fotografía de un reencuentro de ambos compañeros en el año 2010. Lo mira y, al poco rato, me pide que transmita un mensaje de vuelta:

—Mándale un abrazo muy fuerte de mi parte, somos de la misma sangre política. Estoy tan orgulloso de él como él puede estarlo de mí porque nos mantenemos fieles, no hemos cambiado nunca nuestro corazón de sitio. Seguimos luchando por lo que es nuestro, que es la justicia y la libertad para nuestro pueblo.

Cuando habla, Marcos Ana lo hace con precisión y sentimiento, tal como son sus escritos, como por ejemplo en sus memorias, «Decidme cómo es un árbol», cuyo poema principal me recitó sin titubear ni un instante. Buena memoria. Libros como éste deberían ser de lectura obligatoria para los jóvenes en los institutos. Humanidad, dignidad, compromiso, tres lecciones por aprender. No sólo queda reflejado en su obra sino también en su morfología, en su rostro, en su comportamiento no verbal, en su lenguaje gestual, porque también habla sin palabras.

Repasando brevemente su conocida biografía, diremos que el origen de su pseudónimo procede de los nombres de sus padres, Marcos y Ana, una familia de jornaleros tan pobres como católicos de Salamanca, adonde fueron a vivir desde niño, en los años treinta, siendo él el menor de cuatro hermanos.

—Nadie me llama Fernando, ni en mi casa —ríe.

Se define como un conjunto de cosas, pero fundamentalmente como un hombre que luchó por la libertad y la República.

—Tenía un fuego especial dentro de mí que me permitía escribir poemas. Eso lo lleva uno dentro, es una forma pasional de ver las cosas. Yo siempre he sido muy pasional. De joven era católico y había una asociación de juventud católica en la que participé pero luego entré en contacto con la calle, la vida, las ideas, y cambié.

Activo a sus noventa y seis años, ha participado y sigue haciéndolo en actos públicos, homenajes, incluso en manifestaciones, de las cuales me recuerda que también estuvo en las reuniones, concentraciones y acampadas del 15M en la Puerta del Sol madrileña en mayo de 2011.

—Como era un cruce de calles con mucha gente, al final hubo que trasladarse, pero no se abandonó la causa, hicimos una pancarta, un gran cartelón que pusimos allí para que todo el mundo lo viera. Ponía: «No nos vamos, nos trasladamos a tu conciencia».

Nuestro protagonista forjó su carácter partiendo de cero, trabajando desde los doce años para ayudar económicamente a su familia, superando obstáculos y asumiendo responsabilidades siendo adolescente e inexperto. Poco antes de la guerra algo cambió en él. Escuchó el discurso reivindicativo de un dirigente de las Juventudes Socialistas, Federico Melchor, con el que se identificó al instante. Retrataba su «mundo de sudor y de miseria» y aquel tono de lucha y esperanza para los desposeídos hizo cambiar el rumbo de la vida de Marcos Ana quien, con tan sólo dieciséis años, se afilió, en enero de 1936, a las Juventudes Socialistas. Como él dice, al igual que otro entrevistado de este libro, Antonio Cánovas, la sangre le hervía, quería una sociedad distinta. Siempre luchando, desde niño, viendo las dificultades de una familia pobre.

—Pobre no, pobrísima —matiza e insiste—, supe lo que era pasar hambre de pan. En estas circunstancias y, como era yo, al oír las charlas de algunos jóvenes socialistas me sentí identificado. Piensa que ya sabía lo que era la República porque a los once años vi cómo todo el mundo se echaba a la calle para celebrarlo, el 14 de abril de 1931, día de la proclamación de la Segunda República. Mi hermana mayor me compró un gorro frigio y me fui a la calle. Eso me llegó hondo, aquellos cánticos, aquellas banderas... Por eso milité en las Juventudes Socialistas Unificadas. Teníamos más de medio millón de afiliados, teníamos mucha fuerza... A inicios de 1938 las JSU formaron dos grupos con los jóvenes que no habían sido movilizados porque eran menores de edad. Había dos divisiones de Voluntarios de las Juventudes, yo fui uno de los organizadores, se trataba de agrupar a jóvenes menores de dieciocho años para llevarlos a la lucha de trincheras. Hubo muchas dificultades, gente que no quería ver allí a sus hijos porque eran menores. A veces estábamos en el cuartel y los padres se los llevaban de la oreja porque eran muy jóvenes, todos éramos muy jóvenes.

—También hubo mujeres valientes...

—Sí, creo que es una de las cosas más importantes. Algunas lucharon, como María Teresa León, la mujer de Rafael Alberti, que fue al frente, la misma de la que Hemingway decía: «Esa hermosa miliciana con pistola»... Las mujeres se organizaron, crearon talleres de voluntarias para

confeccionar la ropa de los soldados, otras estaban en los frentes, no en primera línea pero sí a pocos kilómetros para lavar la ropa, para hacer la comida...

Esto me hace recordar a una entrevistada de este libro, Ángeles Flórez Peón, «Maricuela» quien dentro de las JSU trabajó durante un tiempo de cocinera, llevando la comida a las trincheras, a los soldados del frente, sorteando las bombas que caían a su alrededor.

Cuando estalló la guerra, los militares de Alcalá de Henares, donde residía su familia en aquella época, también se sublevaron, pero la resistencia del pueblo junto con el apoyo de los milicianos que se sumaron a la lucha, hizo posible la recuperación de la ciudad en horas. Ésta sería la primera toma de contacto de Marcos Ana con el campo de batalla. Poco después se incorporó al Batallón Libertad, de las Juventudes Socialistas Unificadas —JSU— organización política juvenil en la que militaron la mayoría de los entrevistados de *Atrapados*, nacida entre marzo y abril del 36, pocos meses antes de la guerra, como resultado de la fusión de las juventudes comunistas y socialistas de España. La misión del Batallón Libertad era detener el avance de los ‘nacionales’, los franquistas, sobre Madrid.

—Me incorporé como una mascota —dice burlonamente—, era un chaval y nos fuimos a la Sierra de Madrid, combatiendo en la zona de Peguerinos. ése fue mi bautismo de fuego.

Uno de los dramas más intensos de cualquier guerra es el sufrimiento de la familia. El 8 de enero de 1937, tras un intenso bombardeo que a él le sorprendió en un cine, su padre fallecería durante el ataque de la Legión Cóndor sobre Madrid y Alcalá de Henares. Encontró su gorra prendida en la rama de un árbol, como él dice, su padre aparecía roto y quemado, con el cuerpo partido por la metralla de las bombas. Éste es el último recuerdo que guarda de su progenitor despedazado. Cruel imagen.

Por ser menor de edad cuando el ejército se regularizó fue obligado a dejar un tiempo las trincheras, pasando a dedicarse por entero al trabajo en las JSU. Durante este tiempo, un joven Marcos Ana permanecía atento a todo lo que acontecía sin perder detalle. Observó el impresionante desfile —como él mismo califica— de las Brigadas Internacionales por la Gran

Vía madrileña del 8 de noviembre recibidas por el pueblo con ovación, y el Congreso por la Defensa de la Cultura, celebrado en Madrid en julio de 1937 en el auditorio de la Residencia de Estudiantes, importante enclave cultural aún en el Madrid actual. Intelectuales de gran prestigio se reunieron en esta ciudad en un gesto de solidaridad con la lucha por la democracia y la libertad mientras, a pocos kilómetros de distancia, se libraba entonces la Batalla de Brunete.

—Yo asistí. Algunos soldados dejaban las trincheras unas horas, llegaban con sus banderas de los diferentes frentes de Madrid. Era impresionante, se incorporaban a los actos y, luego, volvían al frente. Se trataba de mantener alta la moral de la gente y cohesionar la lucha. Por un lado, había una batalla sangrienta y, por otro, transcurría la vida cotidiana. Los tres años de guerra Madrid fue bombardeada, no sólo en el frente sino sobre la población civil, para provocar a la gente, generar espanto, miedo, pero el pueblo de Madrid lo soportó muy bien.

En 1938, con dieciocho años de edad, se incorporó al recién organizado Ejército Popular, el Ejército Republicano, en la 44.^a Brigada Mixta del Comandante Bares —en El Pardo— y, posteriormente, la dirección de las Juventudes Socialistas Unificadas le propone ser instructor político de la Juventud en la 8.^a División del Ejército Centro —también estacionada en El Pardo—, responsabilidad de la que guarda un especial recuerdo por ser el momento en que conoció a los que serían dos grandes amigos —y escritores— de por vida: Rafael Alberti y María Teresa León.

—Les conocí en la guerra, en un acto para cientos de soldados, para infundir ánimos. Alberti recitó unos poemas. Siempre comparo a Rafael Alberti con Miguel Hernández. El segundo decía «Lira y Fusil», no aceptaba hacer sólo poesía, quería al mismo tiempo combatir con sus hermanos y estuvo en las trincheras. Y Rafael tenía otro papel. Iba a la Residencia de Estudiantes y allí se reunían y escribió por ejemplo *Madrid, capital de la gloria*, que era una manera de ayudar a incrementar la moral de la gente. Pero Hernández fue muy especial, porque siendo un gran poeta, al mismo tiempo quiso ser un gran soldado de la República. Fue al frente, cayó preso y coincidí con él, en el penal de Ocaña (Toledo). Era una excelente persona y un gran amigo, murió el 28 de marzo del 42 de una

tuberculosis producida por las epidemias de la cárcel. Viví toda esa tormenta pero he sido feliz, contradictorio, sí, pero he sido siempre una persona activa que ha luchado por sí mismo y por los demás.

Quizá por eso siempre dice que «luchar por los demás es la mejor manera de vivir para uno mismo». Éste es el lema de Marcos Ana.

Al terminar la guerra con la derrota republicana, una de las últimas posibles salidas del país fue por mar, en la zona de Levante. Hacia allí se encaminaron Marcos Ana con su hermano y otros compañeros, confiando en poder subir a bordo de un barco en Alicante. La población, desesperada, se lanzaba al agua para intentar alcanzar infructuosamente el barco que acaba de partir, el *Stanbrook*.

No tuvieron escapatoria, una noche llegaron las fuerzas italianas, la División Littorio, comandada por el general Gambara que ocupó la ciudad, instalaron ametralladoras bloqueando las carreteras mientras, por mar, llegaban el crucero *Canarias* y los minadores *Júpiter* y *Vulcano* de la flota franquista que cercaron el puerto.

—Nos atraparon a todos. Alicante fue una ratonera, el último territorio republicano. Allí detuvieron a muchos militares y políticos de la República que luego serían encarcelados, torturados o directamente fusilados.

Con la pérdida de la guerra miles de hombres y mujeres eran conducidos como rebaños a las cárceles, a los centros de detención o sacrificados masivamente en improvisados mataderos. Se mataba fría y sistemáticamente. Era un genocidio frío y calculado. Los hogares se estremecían de temor cuando una mano, aunque fuera una mano amiga, golpeaba sus puertas. España vivía bajo un terror generalizado.

Así lo escribía Marcos Ana en sus memorias —*Decidme cómo es un árbol*— y así lo percibieron y lo vivieron la totalidad de los entrevistados de *Atrapados*. Tras su detención fue confinado en dos campos de concentración franquistas, primero en el de Los Almendros y, posteriormente, en el de Albaterra, cuya experiencia, aunque breve, queda reflejada en el capítulo 4 de este libro dedicado al panorama carcelario franquista.

—En los campos arrasamos con las pocas hierbas que podíamos comer. Allí llegabas a cambiar una chaqueta de cuero por algo de alfalfa del hambre que tenías. Cocíamos la alfalfa varias veces para que perdiera la

amargor y poder comerla.

Días después logro burlar la seguridad y salir del campo de Albaterra. Realizó el trayecto de vuelta a Madrid, donde fue nuevamente detenido a la semana de llegar tras ser delatado por un confidente de la policía. ¿Cómo ocurrió?

—En el campo había familias enteras incluso con niños, miles de personas, todos completamente hacinados, sin higiene, sin espacio. Tenían que vaciar de alguna forma aquello y dijeron que los menores podían salir del campo demostrando su edad. Había unas mesas con unos sargentos que iban tomando nota. Yo tenía dieciocho años y mi hermano me hizo una rayita en el lado del pelo para aniñar más mi cara, para ver si podía colarme como menor de edad. Me preguntaron que qué hacía en el puerto de Alicante cuando fui detenido y yo contesté una mentira, que estaba allí viendo pasar a los presos y que, de repente, le di a uno una naranja y un soldado me cogió y me metió en las filas. Se lo tragaron y me soltaron. Me vine a Madrid, cogí tres o cuatro trenes porque había un lío tremendo al acabar la guerra con los trenes entre la zona republicana y la otra. Tardé mucho en llegar de Alicante a Madrid. Seis o siete días. Paraban en la estación, se montaba gente... Enseguida me puse a llamar a colegas para reorganizar la resistencia de las JSU, pero uno de aquellos antiguos compañeros era ahora un confidente de la policía. Lo habían cogido, torturado y cantó. Me denunció y fui a la cárcel.

Esposado, fue conducido a una comisaría madrileña que bien conoció en su día otra entrevistada de *Atrapados* por el horror que allí dentro vivió, Ángeles García-Madrid. Ese siniestro espacio es el centro de detención de la calle Almagro, donde presencié un atroz espectáculo de violencia cotidiana. Aquí coincidiría con varios compañeros suyos de filas, detenidos todos en Alicante, y aquí sería torturado reiteradamente Marcos Ana durante un mes con interminables jornadas de interrogatorios como los que sufriría en adelante a manos de la Brigada Político-Social en la Dirección General de Seguridad de Madrid. Tiene sellado en su memoria el recuerdo de las primeras torturas.

—No teníamos ni cama para dormir. Las torturas eran sádicas, aquellos hombres estaban repletos de odio y sadismo. Lo más habitual era el apaleamiento con saña en grupo, varios a la vez, otras veces te daban corrientes, había muchas formas de torturar. Una de las más dolorosas fue cuando me pusieron desnudo, tumbado boca abajo en una mesa. Te iban dando latigazos con unos vergajos, te decían: «no queremos que hables, así calladito», y te sacaban así un día y otro, golpeándote hasta que el culo estaba macerado. Y entonces sobre esa maceración te golpeaban fuerte y era cuando querían que ya hablaras. Sadismo y perversión tremendos. Es la prueba de que la dignidad es más fuerte que todo. Yo callé, superé las pruebas.

Allí dentro compartió espacio con nombres del mundo del periodismo como Eduardo Guzmán, director del diario anarquista *Castilla Libre* y autor de *El año de la victoria* sobre los republicanos presos en Alicante, o Manuel Navarro Ballesteros, que sería fusilado el 1 de mayo de 1940, el director del periódico comunista *Mundo Obrero* y la revista *Estampa*. Fue precisamente este diario el que, en 1942, uno de sus artículos citaba a otra entrevistada de este libro, María Salvo, denunciando su probable colaboración en la caída y el fusilamiento de varios dirigentes comunistas —Girabau, Larrañaga, Asarta, entre otros, el denominado grupo de Lisboa— y fue marginada en la cárcel de Ventas de Madrid hasta que el Consejo de Guerra demostró su inocencia.

A causa de las torturas sufridas en la comisaria, en mal estado físico, y con heridas infectadas, llegaría Marcos Ana a la madrileña cárcel de Porlier, Madrid, en mayo de 1939 donde, en pocos días, sería ingresado urgentemente en la enfermería durante dos meses.

Porlier, sexta galería, aquí coincidió con un grupo de escritores y artistas, como el periodista Javier Bueno, presidente de la Asociación de la Prensa de Madrid, que fue fusilado la madrugada del 26 de septiembre de 1939, o el dibujante José Robledano Torres, uno de los muchos artistas e intelectuales republicanos pulverizados por la inquina del franquismo. Adorado por su público a raíz de sus viñetas y dibujos en distintos medios para jóvenes y adultos —*Chiquilín*, *Nuevo Mundo*, *Mundo Gráfico*, *El Imparcial*, *Blanco y Negro*, etc.—, fue preso en Porlier y, después, en

Valdenoceda (Burgos), presidios donde dibujó la miseria, el hacinamiento y la desolación de los republicanos presos en una España derrotada. Aquellos trazos salieron clandestinamente de la cárcel, en este caso mezclados con la ropa sucia. La necesidad agudizaba el ingenio y la solidaridad actuaba sin condiciones. Este artista vería conmutada su pena de muerte a treinta años y, finalmente, puesto en libertad en 1944. Al ser mencionado su nombre por Marcos Ana, enseguida busqué entre la colección de la revista *Historia y Vida* de los estantes de mi casa. Sí, allí estaban sus dibujos, en el n.º 131 de febrero de 1979, en un reportaje sobre las cárceles de Franco. Coincidieron en Porlier donde el espacio habitable de Marcos Ana se limitaba a un corredor largo, abierto, en el que, junto con el resto de los seiscientos presos hacinados, dormía encima de sus petates, alineados en dos filas, en un mínimo espacio. Lo recuerda bien, al igual que su amistad con los masones de la quinta galería en una época en la que habría más de cinco mil presos amontonados.

Llegó el día en que recibió la notificación para ir al Consejo de Guerra acusado de «adhesión a la rebelión». Era el año 1941 y tenía veintiún años cuando las condenas a muerte corrían a raudales. En su grupo fueron al mismo «juicio» sesenta y cuatro presos. Él fue acusado por unos hechos con la muerte de tres personas en Alcalá de Henares, precisamente por los que, como él recuerda, ya habían sido juzgados otros compañeros, algunos fusilados.

—Era algo habitual entonces en los juicios, las acusaciones eran disparatadas siempre. Además, a los dirigentes y cabecillas, como yo fui secretario general de las JSU en los pueblos de la comarca de Alcalá de Henares, se les imputaba toda la responsabilidad de lo que cualquier cosa que hubiera sucedido en la región. Ciertamente que a veces se produjeron, al inicio de la guerra, algunos actos incontrolados, delictivos, pero nosotros estábamos en contra de eso, los partidos del Frente Popular los repudió, se opuso completamente.

De regreso a Porlier, sería ubicado en la tercera galería, incomunicado, espacio destinado a los condenados a muerte, más de mil en aquel momento.

—Casi dos años estuve allí pensando que me podía tocar a mí, que podían llamarme una noche y llevarme a fusilar. Durante los primeros años cada noche sacaban a un grupo para ser fusilados en el cementerio del Este. Unos salían a rastras, otros daban vivas a la libertad... Cada madrugada se llevaban a un grupo de compañeros menos los sábados, no los sacaban ese día para no tener que fusilar en domingo. Porque los sacaban de madrugada, los dejaban en la capilla del penal y luego los recogían para llevarlos a fusilar. Yo era joven y me obsesionaba con estar bien de cabeza. En cuanto a la posibilidad de que me fusilaran, pensaba: «si llega el momento, quiero salir bien, dignamente», no quería bloquearme, si me sacaban para matarme quería que tuviera fuerzas para gritar un último «Viva la República». Mi condena fue anulada por un defecto de forma y me hicieron un nuevo Consejo de Guerra. Luego, en 1943, me hicieron un segundo juicio y otra vez me condenaron a muerte.

Mientras la muerte llamaba día a día a las puertas de Porlier, cuenta Marcos Ana cómo tenía que templarse, siendo él uno de los condenados a la máxima pena, llevando a cabo un trabajo político con los jóvenes del presidio, organizando diversas iniciativas. Una de las más conocidas fue el periódico *Juventud*, hecho a mano, dibujos incluidos, con el objetivo de ofrecer información a los presos, elevar su ánimo y su espíritu. Una noche los guardianes sorprendieron a un joven preso leyéndolo, le interrogaron y comenzó a dar nombres. Para evitar males mayores, Marcos Ana se entregó, por lo que fue considerado único culpable de la existencia de la organización clandestina de la cárcel.

—Yo me hice responsable, dije: «El periódico lo he hecho yo», lo cual era una chulería porque era imposible, el periódico a mano tenía distintos tipos de letra, había dibujos y yo no sé dibujar... estaba claro que mentía. De *Juventud* se hacía un ejemplar y circulaba por todas las galerías. Como estábamos amontonados, era más fácil pasarlo, además éramos visibles entre nosotros, veíamos el comportamiento de todos.

Fue reclamado a «diligencias», sometido de nuevo a los terribles e implacables interrogatorios, en la Dirección General de Seguridad, Puerta del Sol. Conocemos las torturas infligidas por los comisarios de la Brigada Político-Social a través del testimonio de otros encarcelados de este libro,

como María Salvo, Enric Pubill, Mariano Gadea o Lluís Martí Bielsa, este último llegó a sufrir hasta la increíble y agotadora cifra de más de sesenta interrogatorios tras una detención en grupo.

Después de salvajes torturas durante casi un mes, Marcos Ana fue condenado, por la elaboración de dicho periódico, a treinta años de reclusión por delito de Seguridad del Estado. «Me machacaron la vida, pero no delaté a nadie», dice.

Nos encontramos en 1944, traslado de cárcel después de cuatro años en Porlier. Destino: cárcel de Ocaña (Toledo), espacio que define como una construcción a base de hierro y cemento, un patio central rodeado de largas galerías donde habitaban los condenados y un pequeño patio con un centenar de celdas para los condenados a muerte, adonde fue a parar nuestro protagonista. Este espacio de reclusión para los cercanos a la pena final era muy diferente a Porlier, donde, por ser celular con tan sólo tres o cuatro habitaciones ciegas provisionales, los presos vivían en común. En cambio, en Ocaña la soledad era extrema en sus celdas. Marcos Ana habla del denominado «tubo de los cerrojos», lugar blindado, destinado para los peligrosos o castigados, descripción que me hace recordar que allí fue «arrojado» —literal— otro entrevistado de Atrapados, Lluís Martí Bielsa a su llegada a este penal. Contaba cómo le empujaron adentro, que durmió en el suelo, en la semipenumbra, en una celda por la que, desde lo más alto, llegaba un hilo de luz que le permitía saber cuándo era de día y cuándo de noche.

—En Ocaña también se fusilaba. Oíamos el motor de las camionetas, iban al cementerio de Yepes. El silencio de las noches era tenso, estábamos atentos a los pasos, pensando en quién sería el siguiente. Mis otros compañeros de celda fueron fusilados, todos, uno a uno. Ocaña fue peor, la soledad de tu celda, tu invisibilidad, sin poder comunicarte...

En algún momento de su autobiografía *Decidme cómo es un árbol*, Marcos Ana comenta algo que también me cuenta en persona. Dicho por él, en directo, impacta igual o más que leerlo. Era capaz de distinguir las pisadas de los guardianes, si se acercaban en una visita rutinaria o si era una «saca».

—Sí, podía hacerlo. El cerebro tienen muchas facultades que no utiliza y, en situaciones extremas, las desarrollas. Aprendí a «leer» las pisadas de los guardianes, había el pasillo de los cerrojos, un gran pasillo y a cada lado las celdas con cerrojos. Hacían un ruido tremendo, siniestro. Cuando los guardianes cruzaban ese pasillo para ir a alguna celda, distinguía si era para una gestión o para ir a «diligencias» o para llevar a un preso a capilla y ejecutarlo. Conocía cada forma de pisar, era diferente en cada caso. No era lo mismo cómo se acercaba para una acción rutinaria, como dar una carta a un preso, a cuando esas pisadas tenían tintes dramáticos. Eran las pisadas de la muerte, aprendías a leerlas.

Cinco de abril de 1944, llegan algunos telegramas con los indultos y conmutaciones de penas, pero su nombre no es citado al nombrar a sus compañeros de expediente, lo cual, en lenguaje carcelario, significaba su ejecución a la madrugada siguiente. Tras sufrir una noche en vela esperando la muerte que jamás llegó, supo al día siguiente que, efectivamente, su conmutación estaba incluida en aquella lista, pero fue omitida por el jefe del departamento de celdas a propósito. Quería hacerle sufrir su última noche de vida antes de, como él creía, ser fusilado. Era su venganza por una queja que Marcos Ana hizo al director de la cárcel ante el trato inhumano que daba este personaje a los presos.

Fue conducido a la cuarta galería, libre al fin de la cruel soledad de su pequeña celda, liberado de la pena de muerte, conmutada por años de cárcel.

—¿Cuántos?

—¡Sesenta! —me responde con una sonrisa irónica—. Fueron dos penas de muerte.

Hacinado de nuevo junto con otros doscientos presos, Marcos Ana experimentó una inmensa felicidad por seguir vivo, y una inmensa tristeza por la desgracia de otros, como Miguel Hernández, que había enfermado de tuberculosis a causa de la miseria de la cárcel falleciendo en una prisión de Alicante en 1942, a los treinta y un años. Su amigo y compañero de celda, Antonio Buero Vallejo, observó cómo se apagaba tan ilustre poeta. De Vallejo también me habla Marcos Ana, de su estadía en la cárcel de Ocaña donde impartía charlas culturales a una mayoría de presos proletarios y

campesinos. Le llegaría la libertad condicional en marzo de 1946 sin imaginar que uno de sus dibujos sería mítico, el que hizo del rostro de Miguel Hernández en los primeros momentos de cárcel al finalizar la guerra civil, cuando compartieron presidio en Conde de Toreno, en Madrid. Buero Vallejo y Marcos Ana se harían buenos amigos, compartiendo cultura, solidaridad y reivindicación, valores fundamentales en las cárceles de presos políticos.

Si en Porlier imperó el terror a las sacas, en Ocaña prevalecía la reivindicación. Los dos años que Marcos Ana permaneció en este penal participó en protestas colectivas y huelgas de hambre, haciéndose cargo de la dirección política de las JSU hasta que llegó un último traslado: Burgos, previo paso por la cárcel de Alcalá de Henares durante unas semanas.

Aquí le mostraron la copia de una nota agregada a su expediente penal:

Conmutado de la pena de muerte. Dos condenas de 30 años. Una de ellas por actividad subversiva en la prisión. Dos intentos de fuga. Peligroso. Téngasele bajo vigilancia.

Mientras me lo cuenta con tono burlesco, hablamos de nuevo de los fusilamientos. Me dice que, cuando en 1944 cerraron Porlier, los presos fueron a parar a Carabanchel, El Dueso, Ocaña, Alcalá de Henares —como él— existiendo una mayoría de presos comunistas. Contaba también que entre los años 1945 y 1947 se llevaron a cabo innúmeras ejecuciones sumarísimas, «fusilaban también junto al río Henares», dice y hace referencia a un libro, en realidad un diario escrito por un condenado a muerte, Manuel de la Escalera, que, en 1945, desde la cárcel de Alcalá de Henares, escribió dando detalles sobre las «sacas». *Muerte después de Reyes* salió clandestinamente de la cárcel y se publicó en democracia, en 1977.

De los veintitrés años de presidio, Marcos Ana pasó dieciséis en el penal de Burgos, entre 1946 y 1961, al que define como «un espacio rectangular con un patio de sesenta y nueve por sesenta, del que partían dos largas galerías con ventanas enrejadas y un departamento celular, compartimentos incomunicados para castigos y cuarentenas». Aquí coincidió con otros compañeros procedentes de diversas cárceles y aquí conoció a muchos otros escritores, artistas e intelectuales. Como la

Dirección General de Prisiones decidió reunir en este enclave a presos considerados peligrosos por su actividad política, en Burgos también se concentraron mandos y primeras figuras del Partido Comunista y de las Juventudes Socialistas Unificadas que, clandestinamente, lograron impulsar la reorganización de los partidos e iniciar una lucha reivindicativa sin tregua.

—Y además aquí estaba el «patio de las acacias», donde fusilaron a cientos de republicanos.

A pesar de que muchos hombres dejaron sus vidas por la miseria vivida entre rejas, también fue una lección de solidaridad y unión. Todos los entrevistados encarcelados en Burgos coinciden en que fue su universidad. Unos aprendieron, otros enseñaron.

—Llevamos a cabo una labor cultural muy importante. Y la Solidaridad, término que hay que escribir y pronunciar en mayúsculas, porque era una época en que las familias apenas tenían recursos. Lo poco que entraba de comer lo repartíamos entre los presos, eran las comunas, compartir con tus compañeros lo poco que te enviaban tus familiares. Es lo más hermoso que hubo, compartíamos hasta el pan. No veías a nadie que comiera solo el contenido de su paquete, lo compartía siempre. Incluso teníamos organizada la Comisión por la Solidaridad y se organizaban las cosas según lo que recibían. Si una comuna estaba organizada por cuatro o cinco, de los cuales solamente dos recibían paquete de su casa, lo repartían con el resto.

Encerrado en una celda de aislamiento, en la década de los 50 fue donde comenzó su creación poética. Recuerda que llegó a esconder en su petate hojas con poemas de Machado, Neruda y su estimado Alberti, al que conoció brevemente durante la guerra civil. Comenzó a escribir memorizando, llevado por su intuición y su pasión mientras, sus compañeros, organizados clandestinamente, lograron extraer sus poemas fuera del presidio. Un día, un paquete entró en la cárcel, algo que le emocionó vivamente, contenía un pequeño libro *Te llamo desde un muro*. En su portada de color sepia se apreciaba el rostro de un preso con las manos sujetas a unas rejas, superpuesto por la silueta de una paloma. Era un dibujo de Pablo Picasso, ilustraba el título: *El prisionero y la paloma*. ¿Quién era el autor? Marcos Ana, ahora el mundo podría ver aquellos

poemas escritos en Burgos. Ésta fue su primera gran recompensa, inesperada, un libro concebido, realizado y publicado absolutamente en la clandestinidad más absoluta, prologado desde México por el poeta comunista Juan Rejano. Aquello significó un gran estímulo para un incipiente poeta, Marcos Ana, cuya misión consistía en denunciar el drama de la cárcel.

—Empezamos a organizarnos mejor, ya era a partir del año 1950, montamos clases clandestinas, escondíamos los libros, otros entraban clandestinamente, los ocultábamos como podíamos camuflándolos dentro de otros libros «oficiales» de la biblioteca oficial del penal, casi siempre de temática religiosa, que desencuadernábamos y los íbamos intercalando. De eso se encargaban algunos presos artesanos, ¡porque allí dentro había de todas las profesiones!

Me recuerda a la biblioteca clandestina que María Salvo y otras presas de las Juventudes Socialistas Unificadas escondían en la cárcel de mujeres. Y también la actividad de otro entrevistado de Atrapados, Enric Pubill, quien gracias a su labor en el departamento de Paquetes y Comunicaciones contribuyó a que, salvando el peligro, entraran y salieran paquetes del penal de Burgos.

La clandestinidad dentro de las cárceles agudizaba el ingenio de los presos, Algunos me hablaron de la creación de un coro, otros de una escuela de pintura, otros de tertulias literarias y charlas secretas a ojos de los guardianes. Marcos Ana, para entonces ya imparable, comenzó a organizar tertulias, charlas y debates. Nació *La Aldaba* como espacio de debate y como pequeña publicación hecha a mano.

—Es un bonito nombre, buena elección —se me ocurre decirle, a lo que contesta afirmativamente con un gesto.

En nuestra entrevista no podía dejar de preguntarle por un acontecimiento del que me hablaron tanto Enric Pubill como Martí Bielsa: las representaciones teatrales organizadas por los presos, clandestinas, siempre de madrugada, en alerta de no ser descubiertos. Le hablo de una en concreto, el homenaje, años después de su muerte, al poeta Miguel Hernández, cuyo texto, lograría salir del penal en formato de libro. Era el

que me mostró con tanto cariño el propio Bielsa cuando le visité en su casa de Barcelona. Me pregunto: ¿cómo podía escapar toda una representación a ojos y oídos de sus carceleros?

—Sí, sí, lo hacíamos de noche, porque se cerraban las galerías y quedábamos un poco aislados de los vigilantes. De todas formas, en las ventanas unos presos hacían guardia y si veían de lejos a alguien acercarse gritaban enseguida la voz de alerta. Montábamos un pequeño escenario con mantas y telas o sábanas, lo que tuviéramos. Y unas luces de velas, si acaso las había, luz tenue. El homenaje a Miguel Hernández era *Sino sangriento*, que es el nombre de uno de sus versos. Fue impresionante, mientras unos narraban, otros con un trozo de escoba y otros materiales hicieron que brotara un zumbido como si fuera música. Todo a media voz. Se titulaba *Sino sangriento. Homenaje a voz ahogada a Miguel Hernández*. Fue algo impresionante, en medio del silencio de la prisión. Hicimos otros homenajes a Rafael Alberti y Neruda. Creo que jamás se podrá concebir un homenaje más emocionante que este.

Conocido es un episodio del que hablamos en su casa durante la entrevista. Me pareció precioso, necesario de recordar. Cuenta que, desde el exilio, María Teresa León y Rafael Alberti le pidieron al actor Paco Rabal —durante su visita a Buenos Aires— que hiciera llegar a Marcos Ana un paquete con una breve nota infundiéndole ánimos y preguntándole por su situación. Él respondió con un breve poema que, más adelante, le llevarían a escribir, «Mi corazón es patio», que calaría hondo en el exterior y a partir del cual comenzaría a ser conocido. He aquí los escuetos versos que escribió:

Mi vida
os la puedo contar en dos palabras:
Un patio
y un trocito de cielo donde a veces pasan
una nube perdida y algún pájaro
huyendo de sus alas.

Es un bello poema que salió del penal burlando sagazmente el control de la censura y de los celadores. ¿Cómo? Introducido convenientemente y con ingenio en el interior de un tubo de pasta de dientes.

—Eran muy útiles los tubos de pasta, lo abrías por detrás y lo que habías escrito lo enrollabas como un cigarrito y lo introducías como si fuera un supositorio, luego cerrabas el tubo. Así nos pasábamos también mensajes con la familia y así nos entraban otros. «Me ha dicho el dentista que esta pasta me va mal para tal cosa», y así ya sabían qué quería decir, era todo un lenguaje —comenta riendo pícaramente.

Si la primera publicación fue *La Aldaba*, después nacería otra revista, como él mismo dice, al más puro estilo artesanal: *Muro*, una arriesgada iniciativa que consiguieron sacar al exterior y que se convirtió, incluso hasta hoy, en un canto a la resistencia y la libertad. Fue editada por los comités de amnistía y solidaridad de varios países, cruzaría el Atlántico y su eco se expandiría dando a conocer la España franquista y el tétrico interior de sus presidios aún vigentes a finales de la década de los cincuenta y los años sesenta.

Nuevamente se activan esos resortes invisibles a ojos de los celadores, los presos habían conseguido transmitir su Alma al presidio. De noche, algunos escribían o dibujaban evadiendo las rondas de los funcionarios; otros actuaban para mezclar los papeles en el cesto de ropa o los escondían en paquetería. De algún modo traspasaban el rastrillo de la cárcel y emprendían un nuevo camino. No imaginaban que *Muro* sería editada en Argentina, en 1963, por la Organización para la Amnistía General en España y Portugal. Valga añadir que la reproducción de un ejemplar facsimilar con textos y láminas de los intelectuales cautivos, casi setenta páginas, es consultable en la página web del Ministerio de Cultura, apartado de Prensa Histórica clandestina.

Consultando el ejemplar digitalizado, podemos leer primero una «Carta a nuestros amigos de América», que firma Marcos Ana donde reclama el apoyo exterior a la vez que clama por la situación de todos los presos de España, muchos de ellos con décadas de cárcel a sus espaldas. Dice así:

El general Franco y los suyos quisieron que el mundo nos olvidase; vernos, como peces arrojados en la arena, convulsos y enloquecidos por la muerte a que nos someten. Pero no han tenido ni tendrán jamás fuerza para doblar nuestros corazones, ni para quebrantar la lealtad de nuestras mujeres y el orgullo de nuestros hijos. Os lo prometemos. El fuego espiritual que nos

ha mantenido ilesos e indomables en los años más duros se ve hoy invenciblemente acrecentado por el calor unánime de nuestro pueblo y de los pueblos hermanos de Europa y América que exigen nuestra amnistía.

Dibujos de presos, trazos, ilustraciones del horror, alegorías a la libertad... forman parte de sus páginas, una de las cuales impresiona: la relación de presos políticos del penal de Burgos clasificados en función de sus penas impuestas. ¿Cuántos? En total, 468 cautivos condenados a un total de 11.403 años. Figuran increíblemente detallados los años de condena, oscilan entre los dos años y los ciento treinta. Un ejemplo: número de presos conmutados de pena de muerte en el penal de Burgos: 139; número de condenados a treinta años: 79. En otra página, todo escrito a mano, se establece una clasificación en función del tiempo de permanencia en el penal de Burgos. Los 468 presos, suman 11.403 años de condena global, habiendo sumado y cumplido hasta el momento (inicios de los años sesenta) un total de 4.397 años de permanencia. En esta edición de *Muro* se incluyen innúmeros escritos, dibujos de presos, esbozos inacabados, la biografía de varios de los condenados entre los que figura Fernando Macarro —nuestro Marcos Ana— y cierran el facsímil un alegato sobre la amnistía junto con varios poemas. De entre varios, destaco el que daría título a la autobiografía de nuestro entrevistado «Decidme cómo es un árbol».

—¿Por qué escogió este título para el libro?

—Porque incluye el poema, «La Vida». Estuve mucho tiempo en un patio de cemento y soñaba con ver el paisaje. En el poema queda reflejado todo lo que para mí era un sueño, el árbol, el río... El poema era yo, soy yo.

Decidme cómo es un árbol
Decidme el canto de un río cuando se cubre de pájaros.
Habladme del mar, habladme del ancho del campo
De las estrellas, del aire.
Recitadme un horizonte sin cerradura y sin llaves
Decidme cómo es el beso de una mujer
Dadme el nombre del amor, no lo recuerdo
Aún las noches se perfuman de enamorados con tiemblos de pasión bajo la luna,
Sólo queda esta fosa, la luz de una cerradura 50:56
Y la canción de mis losas
Veintidós años, ya olvido la dimensión de las cosas, su color, su aroma,
Escribo a tientas el mar, digo campo y he perdido la geografía de un árbol.

Hablo por hablar de asuntos que los años me borraron
No puedo seguir. Excuso, paso del funcionario, el carcelero.

Lo recita con emoción y le aplaudo, me parece increíble, de principio a fin, quizá con alguna mínima laguna, imperceptible. Buena memoria y mejor sentimiento.

Marcos Ana ya era imparable, seguían sus «pasos» y sus textos las Asociaciones de Ayuda a España y los Comités de Solidaridad con los Presos Políticos de Europa y América Latina.

Sus textos y poemas empezaron a sonar en Radio España Independiente, Radio Pirenaica, emisora antifranquista del partido comunista que emitió, entre 1941 y 1977, desde Bucarest, tal como queda reflejado en «Las cartas de la Pirenaica» de Armand Balsebre y Rosario Fontova. Una vez libre, hablaría por todos los micrófonos del mundo, erigiéndose como adalid del reprimido, explicando a la humanidad los crímenes de la dictadura en España.

—Lo más importante no era sólo escribir, sino generar conciencia, ser el altavoz de lo que ocurría allí dentro, algo que hacíamos entre todos.

Desde el exilio, también alzaron su voz intelectuales clamando contra las injusticias cometidas con los presos en España, como Rafael Alberti, o Pablo Neruda, que llevaron a cabo una incesante campaña internacional para lograr su liberación. Todavía hoy recuerda con cariño y emoción que en el otoño de 1960 recibió un paquete especial, contenía tres libros: el *Canto general* de Neruda, una edición de *Juego limpio* de María Teresa León y *Canciones del Paraná* de Alberti.

—Cuando salí en libertad lo primero que recibí fue una carta hermosísima de Pablo Neruda que está en mi libro autobiográfico. Me la envió creo que en enero de 1962, poco después de mi liberación. Decía: «Quiero enviarte, Marcos Ana, algunas palabras, y qué poca cosa son, qué débiles las siento cuando se enfrentan a tu largo cautiverio, qué poca y pequeña luz para la sombra de España...».

Marcos Ana salió de la cárcel el 17 de noviembre de 1961 a raíz de un decreto promulgado por el gobierno franquista, según el cual las personas con más de veinte años ininterrumpidos de prisión serían excarceladas.

—¡Fui el único! —comenta entre risas—. Nadie estaba preso más de veinte años seguidos.

Tras su liberación se exilia a Francia, París, gracias a la ayuda del Partido Comunista que le facilita un pasaporte falso donde organiza y dirige el Centro de Información y Solidaridad con España (CISE) con un presidente de lujo: Pablo Picasso.

—En cuanto al CISE, recuerdo al cartero. Venía todos los meses con una cartera con dinero de Picasso que nos lo mandaba para que mantuviéramos el centro y todas las actividades de solidaridad con los presos.

Respaldado por personalidades de la cultura y la política europeas, este centro organizó la defensa de los derechos humanos, la acción por la amnistía general y la ayuda moral y material a todas las víctimas de la represión política. Marcos Ana comienza a recorrer el mundo impartiendo charlas, siendo objeto de homenajes, aclamado por todos, tanto en Europa como en América Latina. Viaja por Venezuela, Brasil, Uruguay... en su libro exhibe fotografías de toda su vida, siempre emprendiendo acciones y organizando campañas de apoyo a los exiliados y opositores del franquismo y de las dictaduras.

En su casa destaca un póster del Che Guevara, al que conoció en un viaje a Cuba. Otro cuadro es una litografía de Picasso, firmada por el pintor, es el dibujo que ilustró algunos poemas de Marcos Ana, extraídos de Burgos clandestinamente y devueltos, también secretamente, en formato libro con la portada de *El preso y la paloma*. Casi al lado observo otro póster de un evento en Argentina, es el cartel del homenaje que le rindieron en el Estadio Luna Park de Buenos Aires, en 1962, que tuvo una asistencia masiva. El cartel lo diseñó el pintor Juan Carlos Castagnino. Era el momento en que Marcos Ana era el punto de mira, el foco de atención de la prensa mundial, ocupaba portadas y páginas interiores de los diarios.

Permanecería en París hasta 1976 cuando obtuvo el pasaporte, tras la muerte de Franco para regresar a España donde siguió militando activamente con el Partido Comunista al frente del Departamento de

Solidaridad Internacional. Marcos Ana, junto con Pablo Neruda, serían miembros del Consejo Mundial de la Paz, el primero desde la delegación española y el segundo desde la chilena.

Le pregunto por su concepto sobre la memoria histórica en nuestro país.

—La Transición en España tenía que haber llevado a cabo todo esto, fue un cuento. No fue transición de la dictadura a la democracia, todo continuó, no hubo la ruptura con el pasado que era necesaria. Cambiaron las caras pero no los métodos. Lo que hay detrás de todo es el capitalismo. Todas las acciones que llevan a cabo desde la Plataforma por la Comisión de la Verdad, y la asociación de Baltasar Garzón están muy bien, pero la estructura en nuestro país es la que es... Los cimientos del franquismo están aquí todavía.

—¿Y los juicios sobre el franquismo aún pendientes con la jueza argentina?

—Es algo que se tenía que hacer aquí y, sin embargo, lo tienen que hacer los argentinos como lo de «Billy el niño». Aquí se hizo la Transición que, tácitamente, era la impunidad de los crímenes franquistas, para que no fueran perseguidos. Eso fue la Transición. No fue la Transición necesaria para crear una situación nueva, de libertad, de cambio, de reparación, no, para muchos que sufrimos los años en prisión. Fue dar por bueno lo que había pasado y nada más. La amnistía fue para ellos. Todo en la vida, y más en la política, es un problema de fuerzas, ¿no? Y no había fuerzas en aquel momento para imponer otra salida.

En París conoció a Vida Sender, hija de exiliados anarquistas españoles, con quien tuvo un hijo, Marcos, el mismo que ahora me abre las puertas de su casa para entrevistar a su padre.

Poemas desde la cárcel, España a tres voces, Las soledades del muro, Decidme cómo es un árbol, Poemas de la prisión y la vida, Vale la pena luchar... ¿Habrás otro libro?

Me contesta que ya verá, que por ahora se siente muy reconocido, que se le ha traducido a muchos idiomas, al griego también, incluso al persa...

Le pregunto qué le queda por hacer y, de pie, mientras revisamos sus fotografías, contesta:

—Uy muchas cosas, tantas... lo que no me quedan son muchos años. Creo que tengo mis deberes hechos porque nunca he dejado de escribir ni de luchar y quiero seguir haciéndolo, es mi divisa: «Vivir para los demás es la mejor manera de vivir para uno mismo». Lo importante es que te mires al espejo y digas: «Éste soy yo y estoy orgulloso de ser como soy». Y que mis hijos estén orgullosos también de mí.

—Y a los jóvenes, a las futuras generaciones que pueden olvidarse de todo lo que ha ocurrido, ¿qué les decimos?

—Recordarles lo que pasó, que no se olvide. Hay que seguir luchando por un mundo más humano, más libre, más justo, hay que superar los reveses y hay que luchar por la humanización del mundo. Recuerdo que en la cárcel un jefe de servicio me agarró fuertemente por la solapa, muy cabreado por una cosa que había pasado y me dijo: «¡Pero por qué cojones luchas tú!». Y dije algo así como: «Yo lucho por una sociedad donde no puedan hacer lo que usted me está haciendo a mí». Eso era verdad, la única venganza era conseguir que cambiaran las cosas, no la venganza fría, nunca pensé en eso. Seguir luchando mientras pueda por un mundo más justo, más feliz, asentado en la paz, donde no hay explotados ni explotadores.

Éste es el lema de Marcos

Ana, su filosofía de vida.

—He pasado muchas cosas, por comisaría, he sido torturado, he estado siempre muy concienciado, he pasado por todo ... dicen que las cosas hacen callo en las manos y en el alma. A mí me han hecho callo, me han hecho ser más entero, no tener fisuras, ni en mi alma ni en mi cuerpo para la claudicación.

Después de finalizar la entrevista, tras revivir un pasado no tan remoto durante toda la mañana, le entrego su libro, su autobiografía, para tener su dedicatoria. Escribe:

Para Montse:

Este libro que habla de los tiempos oscuros, pero también de la luz que alumbra los caminos de la libertad y la vida. Fraternalmente.

Marcos Ana



TESTIMONIOS

POR AIRE

Los últimos aviadores vivos de la Segunda República

¿Por qué odiarnos? Somos solidarios, estamos en el mismo planeta, somos los tripulantes de una misma nave.

(ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY,
Terre des Hommes)

ÉSTA ES LA HISTORIA de los aviadores de la Segunda República, hombres que lucharon en el Ejército Popular para defender la libertad y la democracia. Buscando la pervivencia de la República entraron en batalla contra la agresión mortífera del totalitarismo y sufrieron sus consecuencias.

Unos eran intrépidos pilotos, observadores, o bombarderos-ametralladores que actuaron desde el aire. Otros, menos conocidos, en ocasiones olvidados pero siempre fundamentales en su gestión, fueron los que constituyeron el *escalón de tierra*: avezados mecánicos que repararon los aviones dañados, como Antonio Vilella, o fotógrafos y cartógrafos que, con su ingenio y la tecnología del momento, lograron desvelar posiciones enemigas, como Miguel de Miguel Montañés. Todos actuaron en primera línea del frente, cumplieron su deber durante la guerra en España participando, de una forma u otra, en encarnizadas batallas hasta el final de la guerra. Su enemigo era la aviación franquista respaldada por los bombarderos alemanes e italianos, el nazi-fascismo al servicio de los sublevados.

Antes del inicio de la guerra, España y Francia firmaron un acuerdo que les vinculaba con intereses comerciales y acuerdos militares, incluida la compra de material bélico por parte del gobierno español. Tras la sublevación militar de julio de 1936, el gobierno de José Giral (Santiago de Cuba, 22 de octubre de 1879-México, 23 de diciembre de 1962), ministro durante la Segunda República, presidente del Consejo de Ministros durante los dos primeros meses de la guerra civil y presidente del gobierno republicano en el exilio tras la segunda guerra mundial (entre 1945 y 1947), solicitó ayuda militar a su homólogo francés, León Blum quien, tras la oposición de la derecha más recalcitrante del país, terminaría por sumarse al pacto de No Intervención. Aun así, durante los primeros meses del conflicto y de forma encubierta, Francia permitió el traslado de aviones aceptando la formación de pilotos hasta el verano de 1937, momento en que se cierra oficialmente la frontera francesa.

El gobierno de Giral duraría hasta inicios de septiembre de 1936, cuando entregó el poder a Francisco Largo Caballero (Madrid, octubre de 1869-París, marzo de 1946) quien, tras la reiterada negativa de París y viendo que el mercado internacional cerraba las puertas a España para la compra de armas, acabaría solicitando el apoyo necesario a la Unión Soviética.

Desde el inicio de la contienda, Hitler y Mussolini acudieron al rescate de Franco, quien tuvo grandes apoyos tanto por activa, a través del fascio alemán e italiano además de la asistencia de la dictadura portuguesa de Antonio de Oliveira Salazar, como por pasiva, cuando las democracias occidentales, lejos de ayudar, firmaron un pacto de No Intervención mirando a otro lado, tomando una actitud ambigua ante el evidente apoyo del fascismo europeo a sus homólogos franquistas.

Stalin autorizó el envío de ayuda militar a España. La estrella roja de cinco puntas llegaba a nuestro país desplegando sus alas en la reformada aviación y acoplándose en sus emblemas. Hacia mediados de octubre de 1936, transcurridos tres meses del inicio del conflicto, llegaron pilotos soviéticos profesionales cualificados cuya participación fue fundamental para impedir el avance de los sublevados hacia Madrid. La derrota de las divisiones italianas que bombardearon la ciudad fue una experiencia vivida por uno de los Atrapados, Vicente Montejano, quien más tarde partiría a Kirovabad, Azerbaiyán, para perfeccionar su formación de piloto sin imaginar que terminaría en los gulags de Siberia durante dieciséis años. Todavía recuerda el ataque de La Pava sobre un Madrid asediado por las bombas, una de las cuales cayó en la misma calle donde se encontraba. Eran tiempos en que se evidenciaba la inicial superioridad aérea de los republicanos, que lograron aplacar las ofensivas de los nacionales durante la Batalla de Madrid (octubre, 1936) y consiguieron un contundente triunfo en otras posteriores como la del Jarama (febrero, 1937) y Guadalajara (marzo, 1937).

El primer contingente soviético llegado a España se componía principalmente de los primeros bombarderos bimotor Tupolev SB-2, conocidos como *Katiuska*, que facilitaron una eficaz acción defensiva, y los cazas Polikarpov I-15, bautizados como *Chatos*, que obtuvieron una gran

victoria abatiendo a bombarderos enemigos, y los Polikarpov I-16, *Mosca*. También entraron en acción en este escenario de operaciones los aviones de reconocimiento y asalto Polikarpov RZ, los *Natacha* y los Polikarpov R-5, modelo con el que aprendió a volar en Kirovabad Vicente Montejano.

La guerra aérea en la España de finales de 1936 y el año 1937 se convirtió en un campo de batalla idóneo para el ensayo de materiales y tácticas bélicas con un amplio abanico de aviones. *Chatos* y *Moscas* eran los aparatos más numerosos de la aviación republicana, *La Gloriosa*, creada como una reorganización de las anteriores fuerzas aéreas republicanas (la Aeronáutica Militar y la Aeronáutica Naval). Los aviadores surcaban los cielos batallando contra un modernísimo material nazi enviado por Alemania a través de la Legión Cóndor, como el caza Messerschmitt Bf 109, el bombardero Heinkel He-111 y el Junkers Ju-87, aviones que pocos años después se convertirían en el núcleo de fuerza de la aviación nazi durante la segunda guerra mundial.

Muchos de los entrevistados en este libro, al igual que la mayoría de historiadores, concuerdan en que la guerra civil fue el primer combate entre la democracia y los fascismos, el escenario donde las potencias europeas se prepararían tecnológica y estratégicamente para la embestida de la segunda guerra mundial, un enfrentamiento de dimensiones internacionales que daría inicio cinco meses después del fin de la guerra civil. De igual modo la mayoría de los Atrapados, sean guerrilleros, soldados, aviadores o niños de la guerra, coinciden al considerar que, a pesar de ser «los vencidos» por Franco, conceptual y moralmente, nuestra guerra no se perdió, pues la lucha contra el fascismo se trasladó a otro escenario, la segunda guerra mundial, en la que a pesar de la terrible cifra que supera los cincuenta millones de muertos, terminaría con el triunfo de los aliados y el hundimiento del nazismo. Consideran aquel triunfo como propio.

Regresando al escenario español del 36, la única ayuda relativamente cualitativa y cuantitativa recibida por los republicanos durante la guerra civil provenía de la Unión Soviética. Según algunos historiadores, serían pocos los aviones militares de calidad que llegarían y se pagarían a veces con precios excesivos.

El historiador Ángel Viñas, uno de los grandes especialistas en guerra civil, especialmente en cuestiones relativas a la financiación del conflicto armado o el rebate de los mitos historiográficos, disiente al respecto de algunas afirmaciones dadas por válidas frecuentemente. En *Las Armas y el Oro. Palancas de la guerra, mitos del franquismo* (Pasado&Presente, 2013), aporta datos, cuadros explicativos e interpretaciones tratadas en su tetralogía y en sus investigaciones. Expresa con cifras documentadas, cómo Franco consiguió más y mejores armas de Italia y Alemania ante la permisividad del Comité de No Intervención que, por el contrario, impidió que la República encontrara mecanismos de financiación quedando en peor situación para lograr apoyos y armamento sofisticado. La colaboración militar soviética no fue, tecnológicamente hablando, tan avanzada como la franquista y la cadencia de suministros fue, inicialmente, bastante rápida pero luego se estancó. Recuerda que los envíos fueron relativamente abundantes hasta junio de 1937, pero posteriormente decrecieron y fueron irregulares.

En cuanto a los precios por los que pagó la República, subraya y demuestra con cifras un paralelismo de precios de los aviones entre ambos «bandos», por lo que, en términos comparativos, no contempla una sobrefacturación soviética, cuando menos, en lo referente a los aviones que asumieron el grueso de las tareas de caza y de bombardeo. Sin negar «por principio y a rajatabla de que se produjeran algunos casos de sobreprecio por el lado soviético», Viñas demuestra en *Las Armas y el Oro*:

Los dos aviones de caza sobre los cuales descargó el grueso de las operaciones bélicas republicanas fueron el I-15 (Chato) y el I-16 (Mosca). Solían facturarse a 35.000 y 40.000 dólares respectivamente. Su equivalente italiano, el Fiat CR 32, muy moderno, se vendió a Franco por 35.000 dólares aunque tenía un nivel tecnológico inferior. Con respecto a los bombarderos, el SB (Katiuska) fue facturado a 110.000 dólares mientras sus contrapartes italianas, el SM 79 o el SM 81 fueron facturados a 111.000 y 106.000 respectivamente. Precios similares en productos relativamente similares también.

En una aproximación podríamos aventurar que el importe máximo de material soviético de guerra debió rondar los 166 millones de dólares que, tal vez, con un teórico que, a los sumo, podría alcanzar en torno a los 200. Eso significa que la ayuda militar soviética a la República debió quedar, en términos financieros, muy por debajo de la italiana final (con un mínimo de 282 millones de dólares) aunque tal vez por encima de la alemana (149 millones). Como ya

señaló Negrín en alguna ocasión, la ayuda soviética no era barata. El problema estribó en que no tenía alternativas: no pudo demorar los pagos, no pudo negociar quitas y no pudo encontrar otras fuentes de suministro relevantes.

Durante la batalla, el gobierno de la República se encontró con la urgente necesidad de conseguir pilotos cualificados que suplieran las bajas producidas y, al mismo tiempo, completar las escuadrillas formadas con el material soviético; material y formación pagados con las reservas de oro del Banco de España enviadas a Moscú en octubre de 1936.

Jóvenes pilotos con ansias de formar parte de la aviación realizaron exhaustivos exámenes para superar las convocatorias públicas del gobierno. Fue el caso de Vicente Montejano y de Gregorio Gutiérrez «Guti» que, con apenas diecinueve años, estudiaron primero en suelo español —se creó un complejo de escuelas especialmente en Murcia— antes de partir a tierras lejanas para perfeccionar sus conocimientos en la Escuela de Aviación Soviética, en intensivos cursos de seis meses para regresar a España y participar de inmediato en el campo de batalla.

Tras conversar con ellos me doy cuenta de que, a pesar de pertenecer a un cuerpo de élite, necesitaron grandes dosis de destreza, arrojo y valentía para intentar despedazar a un enemigo implacable, tecnológicamente superior tanto en el aire como en tierra con sus baterías antiaéreas. El piloto «Guti» y el cartógrafo De Miguel nos contarán su experiencia con los temidos cañones enemigos Flak de 88mm, capaces de traspasar el blindaje de tanques y aviones a gran distancia. Los hemos visto en numerosos documentales de la segunda guerra mundial, los utilizó la Luftwaffe para la defensa antiaérea del Reich y la Armada alemana para la defensa de las instalaciones navales y en baterías de defensa costera. Sin embargo, la artillería alemana los utilizó previamente en España entregándolos a las tropas enemigas de la República. Habían tenido su bautismo de fuego en nuestro país. ¿Dónde estaba entonces el Comité de No Intervención?

De las cinco convocatorias publicadas por el gobierno de la República se seleccionaron a los mejores alumnos-pilotos que, acompañados de oficiales españoles, formaron las cuatro expediciones que viajaron a territorio soviético, la mayoría en las Repúblicas de Ayerbaiyán y de Ucrania. Más de quinientos jóvenes se formaron a partir de finales de 1936

como pilotos en la Escuela Militar de Vuelo n.º 20, creada en Kirovabad, como se llamaba entonces la actual ciudad de Ganyá, en Azerbaiyán, cuyo nombre rescata la memoria del dirigente bolchevique Serguei Mirónovich Kóstrikos, conocido con el sobrenombre de *Kirov*.

Seis meses y regreso a España. Tenían que sustituir a los pilotos veteranos de la aviación de preguerra y a los voluntarios de las Brigadas Internacionales. También se formó Rómulo Negrín, hijo del presidente de la Segunda República entre 1937 y 1945 (en el exilio), el doctor Juan Negrín (Las Palmas de Gran Canaria, febrero de 1892-París, noviembre de 1956).

La primera expedición partió en diciembre de 1936 y las siguientes se sucedieron hasta que la cuarta y última, sorprendida por el final de la guerra civil, quedó bloqueada y olvidada en aquellas lejanas tierras. Su misión siempre se llevó a cabo en el máximo secretismo para evitar problemas con el Comité de No Intervención que, teóricamente, tenía que evitar cualquier injerencia extranjera en España. Apasionante es el testimonio de uno de los pilotos integrantes de este último contingente, Vicente Montejano, quien desde su casa de Madrid, a finales de 2015, refrendaba tal secretismo recordando que sus compañeros viajaron en todo momento vestidos de civiles, no como militares, por exigencia soviética en aras al pacto mencionado.

Mientras algunos aviadores de la cuarta expedición se integraron en la vida cotidiana de la URSS, otros, un grupo de veinticinco entre los que se encontraba Montejano, se negaron sistemáticamente, gran ofensa para el gobierno de Stalin. Existe un antes y un después con respecto a una fecha: junio de 1941, momento de la invasión alemana en territorio soviético durante la segunda guerra mundial. Algunos de los alumnos españoles pisarían campos de trabajo en los gulag de Stalin; otros continuaron su lucha contra el nazismo protegiendo la capital, Bakú, convertida en el objetivo de Hitler por ser el territorio de donde se extraía mayoritariamente el petróleo que abastecía a las tropas de la URSS. Fueron relegados al olvido hasta que, en 1947, la Federación Española de Deportados e Internados Políticos (FEDIP) organizó una gran campaña internacional para conseguir su repatriación. Entonces el secretario general de la FEDIP con sede en Francia era Josep Ester Borrás, combatiente en la guerra civil, preso

por Franco, exiliado y detenido por la Gestapo en Francia durante la segunda guerra mundial antes de ser deportado al campo nazi de Mauthausen-Gusen. Al frente de esta entidad vería cómo los supervivientes de la cuarta expedición de Kirovabad regresaban a España en 1954, a bordo del buque *Semiramis*, compartiendo espacio con los prisioneros de la División Azul, también de vuelta tras años en los gulags de Stalin.

Pasando al campo de las cifras, algunas nos las recuerda *Aviadores de la República*, libro-catálogo de una fantástica exposición explicativa de la ADAR, comisariada por el historiador Carlos Lázaro. La Unión Soviética mandó a la guerra civil a 772 aviadores de combate y 648 aviones, contabilizando 93 bajas, hombres que murieron en el conflicto en territorio español.

Abril de 1939, finaliza la guerra civil y la inminente represión franquista moviliza a la población que huye hacia el país vecino, Francia. Comienzan horas angustiosas también para los aviadores de la República que acabarían recluidos en campos de internamiento como Argelès-Sur-Mer o Saint-Cyprien de los cuales son bien conocidas y documentadas las lamentables condiciones de vida y hacinamiento. Otros fueron conducidos al campo de Gurs, tal como detalla uno de los entrevistados, el interpretador-fotógrafo de la aviación, Miguel de Miguel. También estuvo en este campo de confinamiento un gran piloto de la aviación republicana cuyo hijo, Miquel Comas, guarda en su memoria el legado de vida de su padre y en su domicilio, a modo de casa-museo, preserva todo el pasado de su progenitor. Juan Comas Borrás (Lloret de Mar, Gerona, 1913-Tordera, Barcelona, 2 de mayo de 1992), uno de los más famosos aviadores republicanos con más horas de vuelo en los caza soviéticos Polikarpov I-15, jefe de la 3.^a Escuadrilla de *Chatos*, capitán del Grupo 26 en la Batalla del Ebro, siempre demostró valor y pericia en los múltiples combates y frentes en los que luchó. Concluida la Batalla del Ebro, la unidad de Comas es atacada por la aviación nacional cuando los *Chatos* se encontraban estacionados en el aeródromo de Els Monjos, en la zona del Penedès, conocida como «el avispero de *La Gloriosa*» (El *vesper* de *La Gloriosa*) a causa de la concentración de aeródromos republicanos. Durante esta incursión (noviembre de 1938), Comas es alcanzado gravemente por unos

fragmentos de metralla, cuya consecuencia será la amputación de la pierna izquierda. Tras ser hospitalizado durante medio año, será internado en Gurs hasta que los alemanes lo entregaron a las autoridades españolas.

Septiembre de 1939, estalla la segunda guerra mundial. Las autoridades francesas presionan a los aviadores para que se enrolen en la Legión Extranjera y, sobre todo, en el cuerpo aéreo voluntario en defensa de la Indochina francesa. Ante la reiterada negativa de los españoles a enrolarse en otra guerra que no sea contra el fascismo alemán e italiano, finalmente formarán parte de los Batallones de Trabajo del ejército francés o trabajarán en la industria aeronáutica francesa.

En tierras soviéticas, los aviadores republicanos —con miembros de la cuarta de Kirovabad— y algunos niños de la guerra toparían con otro terror al que hacer frente: la invasión alemana a la URSS el 22 de junio de 1941, la operación Barbarroja. Algunos aviadores republicanos españoles lucharán contra los nazis desde filas soviéticas. Serán incorporados a la NKVD en unidades especiales de guerrilleros y, posteriormente, encuadrados en la Fuerza Aérea Soviética —la VVS— donde combatirán hasta el final de la guerra.

En España los aviadores no tienen más que dos opciones: el exilio o la rendición. Esta segunda opción conllevaba el riesgo de tener que acogerse al destino que les esperaba, su confinamiento en las cárceles y los campos de concentración franquistas —como Miguel de Miguel en Miranda de Ebro o Gregorio Gutiérrez en diversas cárceles—, muchas veces acusados de «adhesión a la rebelión». Las duras condenas serían conmutadas por otras menores en los «juicios» de los Consejos de Guerra, tal como se expone en el primer bloque de *Atrapados* sobre las cárceles franquistas. Otros fueron ejecutados ante pelotones de fusilamiento. Tras años de reclusión, una vez libres tuvieron que reinventarse.

Por el exilio optan otros miembros de las Fuerzas Aéreas, bien desde el puerto de Alicante, a bordo del *Stanbrook*, o sobrevolando en sus aviones el Mediterráneo hasta Orán (Argelia francesa), como Leocadio Mendiola. La mayoría serán internados en prisiones o campos de concentración norteafricanos como Djelfa, Camp Morand, o Bou Arfa, donde estuvo recluido un veterano guerrillero de este libro, Antonio Cánovas, que narra

su vía crucis por Marruecos, donde fue obligado a formar parte de una compañía de trabajadores extranjeros para la construcción de la vía férrea del Transahariano. Recuerda que estuvo «preso en libertad», curiosa paradoja, no era un campo al uso con alambres de espino, era un vasto territorio desértico en el que resultaba imposible subsistir por sus extremas condiciones climáticas. Allí estuvo preso junto con otros soldados, aviadores y marinos republicanos además de algunas personalidades políticas y militares de la Segunda República. No serían liberados hasta meses después de la llegada del ejército de Estados Unidos, la Operación Torch, a partir de noviembre de 1942.

A partir de ese momento algunos aviadores trabajaron para las tropas norteamericanas y se adaptaron dentro de la numerosa colonia española de Argelia y Marruecos, como bien recuerda Cánovas por ser donde conoció a su futura esposa. Se casaron en septiembre de 1944, el mismo día que lo hacía su cuñada con uno de sus grandes amigos, el piloto Víctor Navares. Este aviador junto con otro del que sólo me nombra su apellido, Llorca, llegaron a Marruecos procedentes de Orán acompañados de otros pilotos y especialistas en aparatos de precisión de altura de aviones de combate. Ofrecieron a Cánovas la posibilidad de trabajar en la base aérea de Casablanca en cuyo aeropuerto llegaban los aviones desmontados procedentes de Estados Unidos para ponerlos a punto y ser enviados al frente de guerra.

Septiembre de 1945, finaliza la segunda guerra mundial. Los españoles exiliados en Europa se concentran en torno a París y Toulouse apoyando al gobierno de la República en el exilio. En los años cincuenta se crearon algunas asociaciones, como la Liga de los Antiguos Aviadores de la República Española (LAARE) y en México, acogidos por el gobierno de Lázaro Cárdenas, crearon la Asociación de Aviadores Republicanos Españoles (AARE). Sin embargo, no sería hasta los años setenta cuando los aviadores republicanos residentes en España darían los primeros pasos, tras algunos encuentros y comidas de hermandad, para crear la Asociación de Aviadores de la República (ADAR), establecerse como entidad y obtener su reconocimiento como aviadores militares profesionales.

En 2016 se cumple el 40.º aniversario de su fundación en España, en Barcelona, durante la recién estrenada democracia. La gesta de aquellos valientes guerreros de la República sigue vigente gracias a su labor, preservando para jóvenes y futuras generaciones el pasado de sus integrantes. En su pequeño pero efectivo organigrama figuran: el secretario de esta entidad, Aquil·lí Mata, cónsul honorario de la República de Kazajstán en Barcelona e hijo de Jaume Mata Romeu, jefe de Escuadrilla de bombarderos *Katiuska*; el presidente honorario de la Agrupación Catalana Norte Balear, Antonio Vilella, quien fuera mecánico de la 4.ª Escuadrilla de *Chatos*; Gregorio Gutiérrez «Guti», Presidente de la Directiva Nacional, y Antonio Valldeperes, vicepresidente de la asociación, hombre proactivo que ha vivido durante más de veinticinco años reuniones y encuentros de aquellos aviadores recuperando el pasado de sus gestas de guerra. La representante de la entidad en Madrid es Mari Carmen Martín Giménez, secretaria técnica e hija del aviador Hilario Martín Núñez.

Además de la organización de eventos, homenajes, exposiciones, la ADAR también publica la revista *Ícaro*, que durante años ha estado dirigida por Carlos Lázaro, doctor en antropología de América especialista en aeronáutica, autor de varios libros y comisario de exposiciones. En suma, la ADAR guarda un amplio legado gráfico y escrito, un interesante archivo histórico cuyo objetivo consiste en preservar y difundir la historia de la aviación de la República, la proeza de hombres y también algunas mujeres, como Dolors Vives o Pepa Colomer, que conformaron la trayectoria de *La Gloriosa*.

14

Miguel de Miguel Montañés

(Barcelona, 7 junio 1921)

El avezado interpretador-fotógrafo que desde el
aire descubrió posiciones enemigas

Campos franceses: Saint-Cyprien, Gurs Campos españoles:
Miranda de Ebro

Marruecos: Batallón de Trabajadores en Alcazarquivir y
Larache



LA AVIACIÓN DESEMPEÑÓ un papel decisivo para observar desde las alturas el movimiento de las tropas enemigas, descubrir su emplazamiento, bombardear sus posiciones. En tierra, las tropas perfeccionaron sus

estrategias para evitar ser extinguidas. Mejoraron sus técnicas de ocultación a ojos de aquellas máquinas voladoras, simulaban bases inexistentes, se mimetizaron con el paisaje y su entorno...

Pero no siempre tuvieron éxito. De ello se encargaron hombres como Miguel de Miguel Montañés, fotógrafo y cartógrafo al servicio de la República. Programaba e instalaba en los aviones máquinas fotográficas que realizaban vistas panorámicas despedazando las tácticas del enemigo. Cuando regresaban a tierra, la misión de nuestro protagonista era volcar toda la información del carrete en un mapa cartográfico, máximo detalle, a escala cincuenta mil. Quedaban a la vista baterías, fortines, ubicación de tropas... Ésta es la historia de un hombre cuya profesionalidad e ingenio en el frente de batalla le valió momentos heroicos al Ejército Republicano. Colocó en tierra, en primera línea, grandes paneles para indicar a la aviación las posiciones del enemigo, efectuó reconocimientos fotográficos del frente del Ebro antes de cruzar el río, localizó importantes posiciones enemigas y descubrió una barrera antisubmarina en el puerto de Palma de Mallorca. Su arma: la fotografía aérea y la cartografía.

La experiencia de Miguel y su ordenada forma de narrar tan increíbles acontecimientos nos arrastra a ochenta años atrás cuando los Fiat o los Savoia-Marchetti italianos, los Messerschmitt alemanes y los Heinkel de la Legión Cóndor sobrevolaron los cielos de España atacando a las fuerzas armadas republicanas amparadas por los aviones soviéticos enviados por Stalin, en su mayoría los cazas más veloces de Europa, Polikarpov I-15, *Chatos*, y Polikarpov I-16, *Moscas*, además del avión de ataque Polikarpov R-Z, *Natacha*, a los que se uniría un rápido bombardero, el Tupolev SB-2, *Katiuska*.

Ante este panorama en plena contienda civil en la que ya participaban sus dos hermanos, llegaría a formar parte del Grupo 24 de Bombardeo, sección Fotografía Aérea, con bimotores *Katiuskas*. Nos lo cuenta una mañana en la que, durante horas, revivimos acontecimientos de su pasado. Curiosamente nos descubre su doble faceta menos conocida: la escritura y la pintura. Tiene premios de certámenes literarios en modalidad relatos cortos, uno de los cuales es el Premio Eulalio Ferrer, un republicano que se fue a México donde llegó a crear una editorial. *Sueños, Un viaje de ida y*

vuelta, El creciente fértil son algunos títulos que nos muestra, al igual que pintó unos bonitos cuadros paisajísticos que decoran las paredes de su domicilio. Como indica su esposa, tras la jubilación afloró y desarrolló todo un potencial cultural y artístico que reposaba en su interior. Tanto a Pablo Villarrubia, quien me acompañó en este viaje, como a mí, embelesados por la narrativa y el talante de Miguel, nos quedó plena constancia de que es un hombre tenaz, detallista y, aunque no lo reconozca, posee dotes de artista.

Nació un 7 de junio de 1921 y hoy, a sus noventa y cuatro años, le considero un joven de espíritu, activo, siempre interesado en la actualidad, deseoso de estar informado, de escribir, de relatar... De origen humilde, su familia residía en Barcelona donde su padre, funcionario, trabajaba desde los años veinte. Recuerda una infancia sencilla y feliz, estudiando primero con los jesuitas y, al llegar la República, en el Liceo Francés. Estudió contabilidad y laboralmente siempre se pudo defender.

Eran seis hermanos, de los cuales tres eran chicos siendo él el menor. Formaron parte del cuerpo de aviación. Al comenzar la guerra, dos de sus hermanos ya combatían en el bando republicano: Pedro, el mayor, oficial piloto de la Aeronáutica Naval destinado a Marruecos, condecorado al inicio de la guerra con la Cruz del Mérito Naval, y Mariano, el segundo, que llegará a capitán de la 68.ª Brigada.

—Los tres hicieron la guerra... —dije a modo de comentario recordando a un soldado de este libro, Antonio Cánovas, que se reencontró con sus dos hermanos luchando en la ofensiva de Teruel.

—Sí, y los tres volveríamos a coincidir aún más tarde, acabada la guerra, en el campo de concentración francés de Saint-Cyprien.

Si retrocedemos más en el pasado, Miguel vivió, siendo niño, la proclamación de la Segunda República cuando residía la familia en Barcelona.

—Ojo, no era tan chaval, ya tenía diez años. La Segunda República, el 14 de abril de 1931, llegó en un mal momento porque habíamos pasado la guerra de Marruecos y las arcas del Estado estaban vacías. La euforia duró un tiempo, pero no fue mucho, las cosas se fueron complicando, después llegó el segundo bienio de la República, comenzaron las huelgas de los servicios públicos... Fíjate que hasta recuerdo que pasaba un carrito con un

borriquito para recoger las basuras y yo bajaba con un cubo de zinc para tirarlas al carrito. Con el paso del tiempo el carrito dejó de pasar y tuvimos que tirar las basuras en la esquina, en el cruce de calles, había un montón, salían las ratas, luego hubo la huelga de tranviarios, pusieron a los soldados a manejar los tranvías... incluso vi en el Paseo de Gracia el choque de dos tranvías. Progresivamente comenzaron cosas desagradables, huelgas de la construcción, algunos brotes de violencia en las calles... El final ya lo conocemos, el golpe de Estado y la guerra civil.

—¿Escuchaba las noticias de lo acontecido?

—Sí, claro, Radio EAJ1 Radio Barcelona, me acordaré toda la vida. Teníamos un aparato de galena, un cajón de madera y un rollito de hilo y, con un tubito de cristal encima, poníamos la antena en el jergón del catre, que servía de antena. Y también leía...

—¿Sí?

—Sí, todos los días se recibía *La Vanguardia* y mi padre me hacía leer las dos o tres hojas primeras que contenían los artículos de fondo y los editoriales.

Ríe divertido diciendo:

—Sí sí, era obligatorio, ¡un deber! Mi padre era del cuerpo de seguridad y se jubiló de sargento, jubilación pequeña y mi madre, labores de casa y seis hijos. Yo estaba con once años muy bien informado.

Al estallar la guerra civil Miguel tenía quince años y se desplazó de Barcelona a San Javier (Murcia) para atender a su hermano mayor, Pedro, piloto herido en servicio en una misión mientras formaba parte de la Escuadrilla del capitán Juan Carmona Rey, constituida por aviones Vickers Vildebeest T-1, aviones-bombardero de reconocimiento. En el avión iba acompañado de un observador y el ametrallador de cola. Su objetivo: emprender acciones de apoyo a las primeras columnas de milicias por tierra en Alicante, Murcia, Albacete. Tras operar en el frente de Aragón, la Escuadrilla de Carmona se trasladó al aeródromo de Guadix (Granada). Allí el hermano de Miguel sería herido en combate.

—Surgió de repente un caza Neuport 52 del franquista Miguel Guerrero García y entraron en combate. Puedes imaginar la escena, el ametrallador de cola disparando y defendiendo; el otro atacando sin parar... Al final fue

abatido sobre Iznalloz (Granada), salieron con vida los tres ocupantes del avión, rescatados por milicianos. Como mi hermano era bajito y fuerte se había puesto un jersey doblado en el asiento para alzarse un poco más. Aquello le salvó la vida porque una ráfaga de la ametralladora del Neuport se quedó en el jersey. Aun así, un balazo en el brazo derecho le destrozó el radio-cúbito.

—¿Se recuperó?

—Sí, por supuesto, pero ya no voló más en toda la guerra. Es entonces cuando me reclamó a mí, para que fuera con él, como dije antes, a cuidarle, en fin, para ayudarle. Después estuvo en el Estado Mayor, ascendió a capitán, le destinaron a la Jefatura de Fuerzas Aéreas de Albacete a las órdenes del entonces teniente coronel Hidalgo de Cisneros. En el 37 la Jefatura se traslada a Valencia y mi hermano también hasta que en el 38 le confiaron el mando del Gabinete de Cifra, recuerdo que tenía que entrar por una puerta secreta... todo era secreto, todo... Una vez me acuerdo de que estaban redactando las claves secretas por las cuales se daban las órdenes del Estado Mayor a las unidades... Las claves eran números de seis dígitos, se cambiaban cada 24 horas. A mí incluso me tocó hacer de correo para llevar a los aeródromos de Lérida los sobres con las cifras. En fin, él era el jefe. Más adelante, cuando el Estado Mayor de Valencia se fue a Barcelona, a la calle Ganduxer, un palacete, allí estaba mi hermano Pedro y ascendió a comandante.

Fue precisamente en la Jefatura de Fuerzas Aéreas de Albacete, donde estaba su hermano, el primer destino como voluntario de Miguel, a finales de 1936. Allí presta servicios como empleado civil en la Segunda Sección al mando del teniente coronel Riaño, el jefe de Información, siendo el jefe de las Fuerzas Aéreas el teniente coronel Hidalgo de Cisneros y el jefe de Operaciones, el coronel Romero. Conociendo la personalidad de su hermano Pedro, le pregunto a Miguel si fue entonces cuando le entró el gusanillo de ser piloto y formar parte de la aviación.

—¡Yo era un chaval! Sucedió todo rodado. El teniente coronel Luis Riaño, que era el jefe de Información de la Segunda Sección, no tenía personal porque todo el mundo estaba en el frente. Sólo contaba con dos comandantes topógrafos, porque, claro, en esta sección de Información lo

que más manejábamos eran los mapas. Él le dijo a mi hermano: «¿Por qué no me mandas al chaval que maneja bien la máquina de escribir y me podría ayudar?». Y ya está, así me fui a Albacete y estuve en la Sección de Información desde enero hasta abril de 1937, porque entonces la Jefatura se trasladó a Valencia, allí se estableció el Estado Mayor, ya había personas trabajando y yo no hacía falta.

Miguel es un hombre dedicado por completo al logro de sus objetivos. Así pues, decidió estudiar y opositar a unas pruebas convocadas por el Ministerio del Aire en junio de 1937, un año después del inicio de la guerra. Ganó el cuarto puesto de los veinte seleccionados desbancando a otros doscientos candidatos para las plazas de auxiliar de información-interpretador fotógrafo. Fue nombrado cabo eventual de Aviación y para completar la formación realizó un curso en el Parque Central Fotográfico en el aeródromo de Manises (Valencia). De esta forma obtuvo el título oficial de interpretador fotográfico aéreo el 18 de agosto de 1937 (D.O. n.º 198).

Inmediatamente solicita destino en la Sección Foto-Aérea del Grupo 24 de Bombardeo (Bimotores *Katiuskas*) que mandaba el entonces mítico comandante Leocadio Mendiola Núñez (Badajoz 1909-Barcelona 1998), quien actuó desde los aeródromos de San Clemente y Sisante (Cuenca), La Cenia (Sènia) en Tarragona, Celrà y Bañolas (Gerona). Este grupo se había creado precisamente en el verano de 1937.

—Había escuchado hablar de él, mandaba el Grupo 24 de *Katiuskas*, unos bimotores de bombardeo impresionantes, con capacidad para seis bombas de cien kilos o una de 500 kilos, ametralladora en la proa del avión, piloto, y detrás dos ametralladoras, una apuntando hacia arriba y otra hacia abajo, manejadas por un ametrallador que se tumbaba en el suelo para disparar hacia abajo, o sentado si lo hacía hacia arriba. No tenía tanta defensa como los Savoia pero era un bombardero muy rápido. El grupo lo componían cuatro escuadrillas de doce aparatos cada una. Estaba destacado en la provincia de Cuenca, cerca de San Clemente... Yo lo tenía clarísimo, dije: Me voy con Mendiola.

Militar, coronel y piloto de las Fuerzas Aéreas de la República Española, premiado y laureado por sus gestas y su constancia, Mendiola tomó parte en casi todas las batallas y frentes de la guerra civil, así como en

los ataques al crucero *Baleares* y al acorazado alemán *Deutschland*, que debía llevar a cabo patrullas de No Intervención en las costas españolas de la zona republicana cuando, en lugar de la neutralidad pactada, protegía a los barcos alemanes y transportaba suministros para los facciosos. El popular aviador contaba con cuatro mil horas de vuelo, siempre al límite del riesgo, siempre en el aire. En 1937 fue designado primero jefe de la 3.^a Escuadrilla y más tarde del Grupo 24 de *Katiuskas*, el mismo grupo al que se integró nuestro entrevistado Miguel de Miguel, dentro de la sección Foto-Aérea del Grupo 24.

De ideas claras, rapidez de acción, valiente y atrevido, Miguel llevó a cabo al mismo tiempo distintas misiones puntuales para luego regresar al Grupo 24. Destaca dos acciones concretas, la primera durante el mes de agosto de 1937, cuando es enviado al frente de Aragón.

—Fui allí cuando el mando republicano ordenó la ofensiva sobre Belchite hasta Quinto. Estaba Líster con su División, habían montado una tienda de campaña cónica con un frente de sacos terreros y él tenía allí su mando. Yo iba de azul marino de aviación y me proporcionaron un capote, una prenda de abrigo militar muy anchota, porque había que dormir en el suelo, al aire libre. Luego estuve con las Brigadas Internacionales, con dos Brigadas, la 12 y la 14. Entre Fuentes de Ebro y Belchite hay un pueblo que se llama Rodén, nos tocó atacar por ahí.

—¿Qué misión tenía que llevar a cabo? —pregunté interesada por la labor de un especialista fotógrafo en tiempos de guerra.

—Realicé tareas de enlace entre el Estado Mayor de las Fuerzas Aéreas, que se encontraba en un puesto avanzado en Candasnos (Huesca), y la Brigada. ¿Cómo lo hacía? Pues muy fácil, yo llevaba un chico a mi lado con un teléfono de campaña, siempre estábamos en primera línea, riesgo total. Un día recibí una orden, me llamaban desde el puesto de Candasnos y me decían: «Miguel, van a ir a tal hora tantos aparatos nuestros, van a hacer esta operación y tal y tal, ponles paineles»..., que eran unas grandes telas que se ponían en el monte para indicar a nuestros aviones dónde tenían que bombardear o ametrallar. Las ponía en forma de «V» indicando la dirección en que se encontraba el enemigo. Pero, claro, eso no se podía poner a lo lejos, sino yendo justo donde se estaban pegando tiros, cayendo las balas,

muy cerca del enemigo. Ésa era mi misión, situarlas en la avanzadilla. A la hora convenida, llegaban tres escuadrillas de *Chatos*, vieron las señales y se lanzaron en picado ametrallando las posiciones enemigas. Sobre la vertical de los paineles se formaban combates con 60 o 70 cazas entre un bando y el otro, se derribaron aviones, cayeron entre líneas. Aquel día fue un éxito. Como curiosidad te diré que en una ocasión no tenía suficientes paineles y requisé las sábanas del jefe de la Brigada... —dice con su habitual sonrisa.

—¿Siempre poniendo paineles? —pregunto.

—Bueno, y también dando parte del movimiento de la aviación enemiga, mi misión era informar.

—También podía ser atacada su Brigada en cualquier momento... —le repliqué.

—Sí, de hecho, un día apareció una sección de carros de combate, en fin que aquello fue tremendo, espantoso, espantoso, espantoso... porque teníamos cuatro mil hombres en la reserva, vino una escuadrilla de aviones facciosos y nos los bombardearon. Afortunadamente hubo pocas bajas, los heridos más graves salían en camillas y los menos graves en mulos con un baste que le llaman, que son dos asientos en cada lado, iban a paso ligero hacia los hospitales de campaña. Fue una lucha tremenda, tremenda, tremenda. Un día me llaman de Candasnos y me dicen: «Miguel, retírate y vente inmediatamente». Estábamos un grupo de informadores a lo largo del frente, recibíamos órdenes y había que actuar rápidamente.

Cuenta un entusiasmado Miguel que hasta aquel momento las fuerzas habían estado bastante equilibradas entre republicanos y facciosos porque a los *Chatos* les tenían miedo, iban armados con cuatro ametralladoras y les tenían respeto. Después todo cambiaría. Su relato, inevitablemente, salta la barrera cronológica, pues la guerra con sus múltiples frentes y ofensivas fue de gran complejidad. Miguel, en cada traslado de destino y de misión, siempre estaba a punto para trasladar en camiones todo el material de cartografía y de fotografía aérea. Recuerda, incluso, que después de su misión en San Clemente y Sisante (Cuenca), llegó a La Cenja (Sènia), Tarragona, donde organizó el laboratorio fotográfico.

—Era precioso —dice con emoción—, montamos dos camiones como los frigoríficos actuales, enormes y además llevaban sus ventanas para tener luz, entonces poníamos los dos camiones de espalda, bajábamos las piezas traseras que eran desmontables y hacíamos un vagón. Allí llevábamos un equipo electrógeno, un laboratorio fotográfico, zona de secado, zona de mapas y el despacho donde yo trabajaba en una habitación, que era como alargado. Allí trabajaba un equipo de fotógrafos y yo. Teníamos un equipo de secado por el que pasaba la película y se secaba, manejábamos máquinas rusas y francesas. Eran grandes, enormes, la placa de la foto era de 24 × 30 o de 30 × 30, eran fotos grandes y el foco, que es la distancia entre la placa y el objetivo de la máquina, era 50 centímetros o sea que eran unas maquinas tremendas.

—¿Dónde las instalaban en el avión?

—Ésas las instalábamos detrás de la ametralladora de cola. Habíamos puesto unos soportes flotantes para que la máquina no sufriera los golpes del aterrizaje ni del despegue, estaba anclada sobre cuatro soportes flotantes. Yo preguntaba al jefe de escuadrilla: «¿Sobre qué altura vais a volar?», y por ejemplo me decía: «Pues vamos a ir a cuatro mil metros», bien, entonces, instalábamos la máquina de tal modo que la cinta pasara a la velocidad necesaria para poder remontar un tercio, o sea, que no se separaran las fotografías, hacer una secuencia completa, que después se pudiera hacer un itinerario seguido. Se trataba de que fuera remontando foto, foto y foto, que no se quedara ni un solo objetivo sin fotografiar. Las cámaras que utilizaba, generalmente rusas o francesas, llevaban carrete, no tenían fuelle, eran fijas, enormes, montadas en el avión con cuatro soportes flotantes para que al aterrizar no interfirieran los golpes del avión.

Salía la escuadrilla hacia la misión, llevaba a cabo la secuencia fotográfica y cuando tomaban tierra los fotógrafos y cartógrafos entraban en acción rápidamente. Extraían el carrete de la máquina para proceder al secado y revelado de las imágenes captadas. ¿Cuál era la misión de Miguel? Situarlo en el mínimo tiempo posible sobre el *uno a cincuenta mil*, mostrar la zona al máximo detalle.

—Yo tenía una dificultad, y es que una fotografía de foco 50 a una altura de cuatro mil metros sale a escala 1/8 mil y el mapa era de 1/50 mil, lo cual quiere decir que la fotografía se me salía del mapa. Tenía que reducirla a escala cincuenta mil, que era como un cuadrito chiquitito. Tenía que estudiar la fotografía, verla, saber qué correspondía con cada detalle y lugar, o sea, situarlo todo. Naturalmente no emborronaba el mapa, sino que ponía una hoja de papel cebolla encima, en un tablero, ponía cuatro chinchetas y cogía unos lápices de colores y empezaba a dibujar. Por supuesto había un motorista esperándome. Una vez terminado cogía el rollo de papel cebolla, que es donde estaban todas las referencias, las situaciones, la hoja del mapa con todos los detalles, todos los datos, y las fotografías y el motorista salían zumbando hacia el puesto del mando.

—No habría muchos especialistas... ¿Cómo lo aprendió?

—Bueno, como ya había estado en Información en Albacete, conocía el sistema y conocía la cartografía porque unos comandantes compañeros estupendos me enseñaron a manejarlo, es el mapa que emplea el Estado Mayor. Cada kilómetro equivale a dos centímetros del mapa con todo el detalle, ríos, puentes, todo...

La eficacia del sistema consiste en que las fotografías llegaban al Estado Mayor con rapidez, acompañadas de un superponible a escala uno a cincuenta mil (1/50.000) con su situación exacta en el terreno. Como unidad de medida, un centímetro en la carta representa cincuenta mil centímetros, esto es, quinientos metros en el terreno. Podemos imaginar el detalle que debía de obtener Miguel sobre el campo de batalla utilizando una escala tan grande para conseguir información local o microrregional.

—¿Cuánto tiempo podía invertir para conseguir tanto detalle en el mapa?

—No había tiempo, cuando llegaba el rollo a nuestro poder ni se comía ni se cenaba ni se dormía, o sea que era inmediato, había que revelarlo y tirar las positivas. Intentábamos que el secado se hiciera lo más rápido posible, era prioridad absoluta. Es distinto ahora, los aviones de combate actuales llevan unas máquinas modernas, van haciendo la película y, en el momento mismo, el Estado Mayor tiene una pantalla y lo están viendo. Esto ha cambiado completamente.

—Podían ver gracias a sus mapas las posiciones enemigas, supongo...

—Hombre, claro, ¡incluso yo hacía montajes estereoscópicos! Tenía mi maquina, hacía mis montajes y de esa forma en la foto, por ejemplo si es un pinar o un arbolado, las copas de los árboles se levantan. Es un montaje estereoscópico que se dice y, claro, si había debajo cañones o carros de combate o tropas, se descubrían. Por ejemplo, uno de los objetivos que descubrí fue la barrera antisubmarina del puerto de Palma de Mallorca. Eso lo descubrí con fotografía aérea.

Mientras retrocede al pasado, ríe recordando aquel descubrimiento en la isla de Mallorca, en poder del ejército franquista y me transporta de nuevo hasta el crucero *Deutschland* cuando, al principio de la guerra, se formó un Comité de No Intervención en Europa para que no llegaran armas a los contendientes.

—Eso fue una mentira enorme porque resulta que el Comité de No Intervención les dice a los alemanes que hagan el bloqueo de las fuerzas del Mediterráneo y traen un crucero, el *Deutschland*, un crucero acorazado de diez mil toneladas, y el *Graf Spee*. La base era en Baleares, porque claro los republicanos teníamos Mahón, pero Palma e Ibiza eran nacionales, estaban en manos franquistas. Y se nos plantan allí. Nosotros los fotografiábamos, *taca, taca, taca*, y sabíamos dónde estaban en cada momento. Fue así cómo descubrí que había en la entrada del puerto de Palma una barrera antisubmarina. Porque nosotros teníamos submarinos, o sea que estaban preparados.

—Así pues, Miguel ponía los paneles en tierra, preparaba las cámaras para instalar en los aviones y elaboraba la cartografía... ¿Y el disparo dentro del avión era automático? —pregunté.

—Exactamente, era electrónico, iba automático, yo lo preparaba primero y luego programaba la máquina para que disparara a la cadencia, la velocidad, suficiente para que se remontaran un poco y realizaran un itinerario. Así era cómo funcionaba.

—¿Durante cuánto tiempo de vuelo se hacían las fotos?

—Bueno, los *raids* eran relativamente cortos, qué podían durar... tal vez una hora y media o dos, pero las fotos podían durar veinte minutos... Todos los reportajes fotográficos no tenían la misma dimensión, unos eran más

largos que otros, dependía del objetivo a fotografiar.

—¿Es posible recordar algún objetivo difícil de fotografiar?

—No lo había porque teníamos medios de estudiar foto por foto —dice con orgullo, profesionalidad y seguridad, tres cualidades inherentes a su personalidad—. Yo sabía leer las fotos, sabía si había carros de combate, si había cañones, si había infantería, lo que fuera, del enemigo... y si eran campos de aviación había que distinguir si eran maquetas o eran aviones de verdad. ¡Porque eso lo hacíamos nosotros también! Una estrategia de guerra consistía en crear campos artificiales, así los atacaba el enemigo y los nuestros estaban tranquilos. Por ejemplo, cuando ocurrió la ofensiva que te explicaba antes sobre Belchite, nuestros cazas estaban sobre la provincia de Lérida, pero en Aragón había unos cuantos campos que eran maquetas de cartón y de madera y allí se ponía un coche que diera vueltas para simular aterrizajes y despegues. Pero, claro, esto no siempre tenía éxito.

Estando todavía en el Grupo 24, en julio de 1938 se le encomendó una nueva misión, realizar reconocimientos fotográficos del frente del Ebro.

—Me llega la orden de presentarme en el aeródromo de Valls (Tarragona), se avecinaba la Batalla del Ebro. Así que me fui por carretera, veía a los camiones cargados de barcazas para la ofensiva.

Uno de los Atrapados, Antonio Cánovas, contaba en este libro cómo utilizaron unas doscientas barcazas para cruzar, con ocho o nueve soldados en cada una, el río y atacar por sorpresa al enemigo. Mientras, Miguel, enviado a la escuadrilla de aviones Grumman, instaló las cámaras en los Grumman G23 Dolphin, *los delfines*, como les llamaban simpáticamente, que jugaron un importante papel en la zona de Levante, defendiendo Valencia y actuando puntualmente en la Batalla del Ebro con misiones de caza y defensa costera. Para documentar aquellos hechos nos enseña un precioso libro de fotografía: *L'Aeròdrom de la Sènia 1937-39*, de Heribert García i Esteller.

—En Valls había esta Escuadrilla de Grumman, formaban el Grupo 26. No fue fácil conseguirlos, verás otra farsa del Comité de No Intervención... y sobre todo la actividad del duque de Alba en Londres, que aún no era embajador sino un agente de Franco en Londres, su hija, la duquesa de Alba, estaba con él, estudiaba en un colegio británico. Este hombre tenía

muchas influencias, sabía manejar los hilos e hizo todo lo posible por evitar que de la fábrica canadiense donde se fabricaba el Grumman pudieran salir aviones hacia la zona republicana. Y, como los agentes republicanos no eran tontos, se inventaron la trama turca, consiguieron que un funcionario turco pusiera el sello en unos documentos como que era Turquía la que compraba los Grumman. Se compraron tres escuadrillas, consiguieron llegar a las costas francesas dos de los tres barcos con las piezas. Fueron veinticuatro aparatos que dieron juego. Yo tenía unas máquinas de fotos manuales no muy grandes, y la tripulación del Grumman constaba de piloto y observador-ametrallador en cola, llevaba sus bombas, volaba a baja altura. Estos aparatos hicieron un reconocimiento de todo el frente del Ebro, de toda la orilla donde estaban las posiciones franquistas, el ejército nacional, ahí tuve mucho trabajo, mucho trabajo. Eran máquinas oblicuas, no eran fotos verticales como ocurría con los *Katiuskas*, que llevaban las cámaras ancladas en la cola, aquí el observador se levantaba, cogía la máquina y hacía las fotos, *flash, flash*, claro, dependía del ángulo. Entonces esas fotos me costaban más de situar en el mapa, pero aun así llegué a situar todas las posiciones que tenía el enemigo en la orilla del Ebro, las situé todas, todas, todas... —repite mientras se vanagloria, y con razón, de tanto esfuerzo en aquellos momentos previos a la batalla.

»Así la infantería marina supo por dónde podía cruzar el Ebro. O sea que se hizo un trabajo muy completo. Imagínate además la cantidad de pontones que pagaron los camiones, aquello fue tremendo, tremendo... bueno, la cuestión es que se cruzó el Ebro, pero después de meses de lucha, el Ejército Republicano se quedó casi sin munición y el general Rojo dio orden de retirada. Se perdió todo... Lo que hizo mucho daño a los pontones republicanos fue la apertura de las presas de los afluentes del Ebro situadas en territorio franquista. Las corrientes de agua que se generaron impidieron el paso de las barcas, se llevaron por delante todo lo que encontraban.

En noviembre de 1938, finalizada la batalla, se encontraba en Bañolas (Gerona) cuando le dieron la orden de desplazarse a Barcelona para incorporarse a la Segunda Sección de Estado Mayor de las Fuerzas Aéreas de la República y, un mes más tarde, sería ascendido a sargento.

—No me hacía ninguna gracia, pero había que obedecer, así que me fui a Barcelona para incorporarme al Estado Mayor. Me pusieron un despacho con teléfonos, comencé a recibir información, telegramas, papeles, montañas de todo, tenía que clasificar toda la información recibida, abreviarla, reducirla, con el fin de que el jefe de Operaciones no tuviera que leerse todo aquello porque era misión imposible. Él leía mi informe abreviado de lo que estaba pasando que yo le había preparado. Yo conocía absolutamente todo el despliegue nacional. Los cuerpos de ejército, divisiones, los flechas azules, flechas rojas, flechas verdes, italianos, porque estaban los flechas divididos en unidades... —cuenta en un ejercicio de memoria y dominio del campo de guerra.

Miguel siguió al detalle y con atención toda la ofensiva sobre Cataluña, por sus manos pasaron infinidad de informes.

—Sin parar, llegaban sin parar, sin parar mientras estuve en el despacho, pero también me asignaron un par de misiones peligrosas.

Obviamente, todos queremos saber cuáles fueron.

—Eso fue en Vic (Barcelona), había unos señores que se iban a quedar en zona de nadie porque nuestras tropas se estaban retirando de un sector que yo conocía perfectamente y un comandante me dijo: «Miguel, coge un naranjero y vente conmigo». No me dio opción a preguntar nada. Después de cenar salimos con unos coches americanos de mucha capacidad, veíamos que nuestras tropas se iban retirando carretera adelante y llegamos a un punto en que nos dieron el alto para avisarnos del peligro inminente, éramos los últimos que quedábamos por allí, en adelante ya no había nadie, sólo el enemigo. Apagamos los focos del coche, bajamos lentamente al pueblo, recogimos a aquellas personas y volvimos.

Silencio absoluto en la sala, sigo mirando a Miguel sin mover ni una ceja, observando y escuchando, esperando la continuación de su relato.

—El comandante hizo varias como aquélla, rescatando a aviadores que habían tenido que tirarse en paracaídas detrás de las líneas nacionales.

—¿Y la segunda operación peligrosa?

—Fue con otro comandante, teníamos que rescatar a un piloto, en coche. Estaban las carreteras embotelladas de gente intentando llegar a Francia, aquello era imposible de llegar, el caos era absoluto, imagínate, el

miedo, la huida de una masa de gente. Llegamos hasta donde nosotros pensábamos que había caído el aviador, lo intentamos, pero no conseguimos dar con él.

La guerra estaba perdida. Algo que recuerda muy bien fue la entrada de las tropas franquistas en la ciudad de Barcelona.

—Yo estaba en Barcelona, en el Estado Mayor, cuando los nacionales entraron por el Prat, que por lo visto entraron formados y cantando.

Su esposa, atenta al relato milimétrico de Miguel, de inmediato cuenta la escena y el pánico que la población vivió aquellos días, lejos de las historias heroicas y arriesgadas de los aviadores.

—Yo tenía once años y recuerdo todos los bombardeos desde el comienzo en Caspe, fue horroroso, tuvimos que emigrar. Vivimos once meses en Barcelona hasta que entraron los nacionales en la ciudad, todavía recuerdo cómo entraron, cantando, nos pareció horrible, no les costó ni un tiro.

El fin era inmediato, se esperaban graves represalias. Miguel, junto con un grupo del Estado Mayor, a bordo de una fila de coches, fue por Figueras, cruzaron la Junquera siguiendo camino a Francia hasta que una patrulla militar francesa les obligó a desviarse por Le Perthus. En unas horas llegarían al campo de Saint-Cyprien.

—Entramos por el sur, teníamos el Mediterráneo a la derecha, una doble alambrada a la izquierda, y otra que cerraba al fondo, el campo era un rectángulo pero entre lo que es la parte más larga, que era paralela a la costa, allí había desplegado un batallón de ametralladoras senegalesas, estaban allí los senegaleses, tropas coloniales francesas con sus ametralladoras de trípode emplazadas apuntándonos. Recuerdo que estuvimos en tiendas de campaña, pero no recuerdo barracones de madera.

—¿Y la familia?

—Con la guerra civil quedó totalmente desperdigada, unos en Venezuela, otros en Francia y la más pequeñina en Rusia. Somos hijos del exilio... Y, llegado a este punto, ahora te cuento la segunda parte de mi vida, completamente diferente.

Como es lógico también será un relato apasionante el de su tránsito por los campos de Saint-Cyprien y, a partir del invierno de 1939, en Gurs.

—Saint-Cyprien fue horroroso. El hambre lo pasamos grande, después de días sin comer nos dieron un pan redondo a dividir entre 25 hombres, eso fue muy duro, tocábamos a un cachito pequeño. Al que le tocaba repartirlo se ponía los trozos, uno en cada mano, en la espalda y cada uno decía qué mano quería, así no favorecía a nadie. Bebíamos agua de mar, por lo cual todos, todos acabamos sufriendo una colitis. Después el gobierno francés hubo un momento en que nos pidió perdón, soldados senegaleses con ametralladoras, que al menor intento de fuga disparaban, eso era tremendo. Eso no lo tenían que haber hecho porque muchos españoles murieron defendiendo a Francia del fascismo. También los de La Nueve entraron para liberar París y no digo nada de todos los españoles que murieron en la Unión Soviética y tuvieron que dedicarse a lo más sucio, meterse en la retaguardia alemana para actos de sabotaje, pilotos españoles, aviadores españoles, que murieron allí.

Cierto, los españoles merecen un reconocimiento que todavía no han recibido aun a pesar de los años transcurridos. Es una «asignatura pendiente» de nuestra Memoria Histórica.

En el transcurso de la primavera y el verano de 1939, las autoridades francesas ejercieron fuertes presiones sobre los españoles para que regresaran a España. A los que permanecieron en Francia el gobierno francés decidió utilizarles como mano de obra para fines militares o laborales, motivo por el que promulgó el decreto-ley de 12 de abril de 1939 que dispuso la creación de Cuerpos de Trabajadores Extranjeros (CTE) y movilizó a los extranjeros en edad militar. Miguel fue enviado a Gurs y también sería movilizado.

—En Gurs nos pilló el estallido de la segunda guerra mundial. Recuerdo que al principio llegó un grupo de médicos franceses, nos tuvimos que poner tal como vinimos al mundo, nos tallaron, nos pesaron, nos hicieron firmar un documento según el cual quedábamos movilizados para ir adonde el gobierno francés quisiera y ya está... Yo tuve la suerte de que el ingeniero que estaba construyendo la carretera de circunvalación del campo de Gurs era amigo y me colocó en la oficina del Genie, que era donde estaban las tropas de ingenieros militares franceses. Era una oficina pequeña, con dos o

tres soldados ingenieros, trabajé con ellos como traductor hasta que se formó la 185th Spanish Labour, creo que era enero de 1940. El compañerismo fue total, total, total...

La compañía 185th Spanish Labour, como apoyo defensivo en suelo francés, estaba constituida íntegramente por antiguos miembros de las Fuerzas Aéreas al mando del capitán Ferrándiz.

—En realidad era medio batallón porque estábamos diez secciones de 25 hombres cada una, o sea que la unidad se componía de 250 españoles. Quedó integrada en el número 4 del Cuerpo Expedicionario Británico el AMPC (Auxiliary Military Pioneer Corps) Nantes Subárea, que mandaba el inglés capitán Smith, del que guardo un salvoconducto, el *Soldiers Pay Book* firmado por el propio capitán para que pudiera circular por toda la zona de guerra.

Encima de la mesa, desde el momento de nuestra llegada, ha depositado una fotografía de la 185.^a Compañía, en blanco y negro, como si fuera una orla de graduación, apenas caben encuadrados dentro de la imagen.

—Éste soy yo, estoy detrás de Ferrándiz, jefe de Estado Mayor del grupo de caza, y del teniente intérprete, el capitán Smith, que era jefe de la compañía, el teniente Legrand, que era el segundo de a bordo, y éste, el oficial médico. Como éramos 250 y no cabíamos todos se hicieron varios grupos y yo me quedé la que estaba yo, claro.

Esta unidad partió inmediatamente de Gurs con destino a la Bretaña francesa, concretamente a un pueblo, la Chapelle-Launay, ubicado entre Saint-Nazaire y Nantes, donde permanecerían hasta el momento de la detención de toda la compañía, el 14 de junio de 1940, por las tropas alemanas que entregaron a estos excombatientes republicanos a Franco.

—Aquí íbamos preparando el terreno para acoger equipos del cuerpo del ejército. En ese pueblito nos escondieron a mí y a otros dos compañeros una familia francesa, los amos de un bar al que íbamos algunas tardes, nos llevaron a una buhardilla. Pero sentía rechazo a estar encerrado entre cuatro paredes, y una tarde que quería salir me fui a la calle. Sabía que entraban los alemanes, pero aun así me fui a un bar. Había una chica que tenía puestas dos mesas en la acera, me senté y le pedí un Pernod. Allí sentado, pasaron por delante cuatro o cinco motocicletas alemanas con la

ametralladora emplazada en el sidecar y detrás unos carros de combate, era la División Panzer. Era impresionante. A aquella chica francesa que estaba a mi lado empezaron a caerle las lágrimas. Yo me terminé el Pernod, 45 grados, muy fuerte, había que rebajarlo con agua... después me levanté y me fui desplazando poco a poco, hasta que llegué al refugio, intentando no ser visto. Pero da la casualidad de que los alemanes después de ocupar toda la Chapelle van e instalan las cocinas..., ¡justamente delante de donde nosotros estábamos escondidos! ¡Delante mismo!

—La imagen que describe es de película...

—No, no, es real, es una imagen real. Entonces esta familia que nos escondía nos dijo: «Mirad hay una familia belga que está en una casa nuestra a las afueras, iros allí porque estaréis más seguros». Sigilosamente nos deslizamos hasta aquella casa de la familia belga refugiada que nos acogió.

—¿Cómo aconteció la detención de toda la 185th Spanish Labour?

—Por una encerrona del alcalde de la Chapelle, nos tendió una trampa. Convocó a los españoles en la Plaza Mayor del pueblo y los alemanes pudieron aprovechar ese momento, para detenerlos a todos. ¡Pero yo no fui! Y dos de mis amigos tampoco. Fue horroroso. Vi cómo se los llevaban a todos detenidos, en filas de tres. Salí a la carretera a verlos. El que iba delante, que era el capitán Ferrándiz me dijo: «Chaval, vete y no te metas aquí, no te metas». Me marché. Pero, claro, nos estaban buscando, tenían las listas con todos los nombres y fuimos los tres a la *Kommandantur*, el puesto de mando alemán, nos tomaron nota y dijimos que trabajábamos con un almacenista francés de vino que les suministraba precisamente el vino a los alemanes. Nos dejaron libres sin posibilidad de salir del pueblo. Durante unos pocos días vi pasar numerosos camiones con soldados belgas presos camino de los campos de concentración...

Silencio, más silencio, Miguel, visiblemente emocionado en este momento del relato, se detiene, bebe un poco de agua y prosigue contando que pocos días después de la detención de la 185th Spanish Labour, le tocó el turno a él y sus dos compañeros. Fueron capturados y, junto con el resto de los 250 compañeros del Arma de Aviación, entregados a las autoridades españolas en la frontera de Irún.

—Cuando estábamos formados en la estación, las familias francesas nos trajeron cestitas con pan, queso, vino, quiere decir que nos llegaron a apreciar. Nos esperaba la policía secreta, llevaban fotografías en la mano y detuvieron a cuatro o cinco hombres que, supongo, serían comandantes de la aviación o lo que fuera, total que se los llevaron.

Serían destinados al campo de concentración de Miranda del Ebro durante unos días.

—En Miranda nos daban un rancho malo, pero al menos comíamos, cosa que no pasaba en Saint-Cyprien, un horror. Mis compañeros me designaron jefe de barracón porque no quería serlo ninguno... —dice riendo sarcásticamente de tan dramática e irónica situación—. Yo era el chaval del grupo, el comodín, y aquí me tienes mandando a... ¡250 aviadores! Porque, claro, había que formar, pasar lista y desfilar cuando te decían de hacerlo. Allí estuvimos hasta que nos llevaron a Madrid, al Miguel de Unamuno, centro de clasificación de prisioneros, donde, en pleno mes de julio, nos alojaron unos días en la terraza porque no había espacio. Nos metieron en un tren y tuvimos que cruzar todo Madrid con las mantas, maletas, íbamos doblados, rotos, la gente se compadecía... A mitad de camino, en alguna estación, nos ofrecían bocadillos a peseta.

Su próximo destino sería Marruecos, fueron enviados a un Batallón Disciplinario estacionado en Alcazarquivir y Larache durante once meses, hasta el mes de junio de 1941.

—Llegamos a Algeciras, en un corral nos dejaron a todos amontonados y al día siguiente embarcamos hacia Larache. De allí fuimos en camiones a una posición que se llamaba Yumaa et Tolba, en la región de Tánger-Tetuán, un monte cerca del río Lucus y la frontera del Marruecos francés. Total, estuvimos en Alcazarquivir y el mando del batallón lo teníamos en Larache. Mi familia de Zaragoza, que tenía buenas relaciones con el ejército enseguida hizo gestiones porque «a Miguelito hay que sacarlo de allí». Un buen día estábamos formados allí para coger el rancho y el capitán, señalándome a mí, dice: «A ver ése, vete adonde está el suministro de los picos y las palas y hazte cargo de ello». Ése fue mi destino en Marruecos, a primera hora de la mañana iba a buscar los suministros, repartía picos y palas a los compañeros.

Tras los once meses regresó a España donde, por si no hubiera sido suficiente su experiencia en la guerra y su paso por los campos, fue llamado a cumplir servicio militar.

—Un buen día se presenta la policía. ¡Me habían declarado prófugo! Me hicieron coger la maleta y me llevaron con ellos. ¿Yo prófugo? Ni me había enterado... y además, pensé, ya he hecho bastante mili en la guerra. ¡Ni pensaba en el servicio militar! Nada, nada, venga, decían, «apto para el servicio».

Tuvo que incorporarse al Regimiento de Línea n.º 50, más tarde Regimiento de Jaén n.º 25, en Barcelona, empezando como soldado raso, ascendiendo a cabo segundo el 1 de febrero de 1943 y a cabo primero el 28 de agosto de 1946, siendo destinado para movilización al Regimiento de Infantería San Fernando n.º 11 de guarnición en Alicante. Cuarenta y dos meses de servicio militar.

—Recuerdo que un día me llama el capitán y dice: «Vas a ir con una sección de 30 hombres a la playa entre el Besós y el Campo de la Bota, ese sector lo vas a guardar tú con 30 hombres». Y aquí tienes a un servidor con 30 hombres, un macuto de bombas de mano, dos fusiles ametralladores y al Campo de la Bota, patrullando toda la noche.

El Campo de la Bota era un barrio suburbial en la periferia de Barcelona, cuyo nombre, Bota, procede de principios del siglo XIX, utilizado por las tropas napoleónicas como campo de tiro que en francés se traduce como *butte*. Como barrio surgió con la llegada de obreros de otras poblaciones de España para trabajar en la Exposición Internacional de Barcelona en 1929, pero se hizo famoso en la posguerra por ser el escenario de la represión franquista, lugar donde se llevaron a cabo innúmeros fusilamientos. Al recordar tan horrible destino para este enclave del cual hoy no queda más que un plafón en memoria del pasado, Miguel dice:

—Alguna vez a algunos soldados de mi compañía les tocó ir a fusilar. Sí, porque llamaban a los veteranos, a los de la quinta del 39 o del 40 que habían hecho la guerra, eran los que iban a formar los piquetes de fusilamiento. Les daban un bocadillo, una cantimplora con coñac, lo que quieras, pero regresaban hechos polvo. Era horroroso.

—¿Qué ocurrió al finalizar el servicio militar, y la familia?

—La familia yo la tenía en Caspe. Me fui allí, pero no había forma de encontrar un trabajo aunque había mucho que hacer, construir puentes, carreteras, había mucho por hacer y mucha gente sin trabajo. Un amigo con una fábrica de ladrillos y tejas me dio trabajo, y al ir y venir del trabajo me encontraba con un fabricante de aceite de oliva, era un camisa vieja, un día me dijo que quería que le llevara la contabilidad, porque es lo que yo había estudiado, que controlara el movimiento de aceite, de aceitunas, la fábrica... así lo hice. Estuve tres campañas con él, luego se formó una cooperativa, estaba formada por los antiguos sindicatos agrícolas católicos que por una orden de Franco se convirtieron en cooperativas. Me presenté a oposiciones para cubrir la plaza de administrador de aquella cooperativa. Fui su administrador durante dieciséis años, que fue cuando conocí a mi mujer.

—¿No tenía miedo a sufrir represalias por su participación en la guerra?

—Miedo a ser represaliado por haber pertenecido a la aviación republicana... Bueno, bueno, yo cuando llegué a Caspe en el batallón, me tuve que presentar al alcalde, al puesto de la guardia civil y al señor cura párroco, me tuve que presentar a los tres. Pero tenía un primo hermano que había sido camisa vieja de Falange, me acompañó a ver al capitán de la guardia civil, al alcalde, a todos, me protegió. Yo lo único que quería era formar una familia y trabajar honradamente. Nada más. Y la demostración es que en todas las empresas en que he estado, que han sido pocas, tres o cuatro, me han querido, me han dado toda la confianza.

Miguel tiene su propia filosofía de vida, tiene muy en cuenta la cultura, el aprendizaje y el rescate del pasado por parte de los más jóvenes.

—Se tienen que preparar. Si yo no he tenido problemas en la vida es porque después de trabajar he seguido estudiando. Pedí unos libros a una universidad del País Vasco, me los mandaron y estudié todo el sistema europeo de contabilidad. Lo estudié y lo apliqué. Siempre hay que seguir aprendiendo, surgen cosas nuevas, en todas las profesiones y en todos los trabajos. La economía no es una línea horizontal sino quebrada, hay subidas y bajadas y, así ha sido mi vida, durante noventa y cuatro años lo he vivido y los jóvenes tienen que escuchar también a los mayores, saber qué ocurrió en el pasado.

Otros Atrapados, Marià Gadea y Enric Pubill, consideran fundamental el poder de la economía en tiempos de guerra y posguerra, como decía Pubill, «aprendí que quien tiene la economía tiene el poder». De Miguel opina lo mismo.

—Sí, te cuento una anécdota que me ocurrió tras el comienzo de la segunda guerra mundial. A los pocos meses de estallar el conflicto, Alemania había ocupado ya media Europa, media Polonia, media Francia, los países de los Sudetes... bueno, y me dice un compañero del regimiento un día: «Oye los alemanes ganan la guerra, ¿eh?». Y yo le respondí: «No, porque les falta lo principal, dinero». Para las guerras es imprescindible el dinero. Con dinero se construyen fábricas para montar aviones, tanques, barcos para traerlos a Europa y los alemanes no lo tienen, el capital es judío, el capital es europeo y americano. Está en manos de los judíos así que no la ganan. La información lo es todo, hay que tener mucha información, yo recibía siempre mucha información, pero el capital, el dinero, es fundamental, en este caso, para ganar una guerra. Y tiempo después, ya acabada la guerra con el triunfo de los aliados, se acerca aquel mismo compañero cuando nos licenciaron en Figueras, le veía sonriente recordando aquella conversación.

De igual modo sonreímos nosotros que después de horas de conversación y sendos vasos de agua para aclarar la garganta, Miguel aún tiene energía para revisar fotografías y documentos. Él no lo dice, su sencillez le inhibe, pero le percibo orgulloso de su labor, de su ardua tarea en dos guerras consecutivas en las que se vio atrapado. Lo percibo claramente por la mirada de sus ojos, por su gesticulación y, muy especialmente, por su despierta memoria y el tono de voz que emplea durante su relato.

¿Qué nos muestra? El *Diario Oficial* con los nombramientos y ascensos, el informe del accidente en avión de su hermano Pedro durante la guerra civil, el salvoconducto del capitán Smith... lo guarda todo, al igual que algunas transcripciones de sus múltiples conferencias impartidas y los premios de certámenes literarios que ha recibido por relatos y cuentos como «Sueños» o «El creciente fértil», donde hace un repaso de siete mil años de historia.

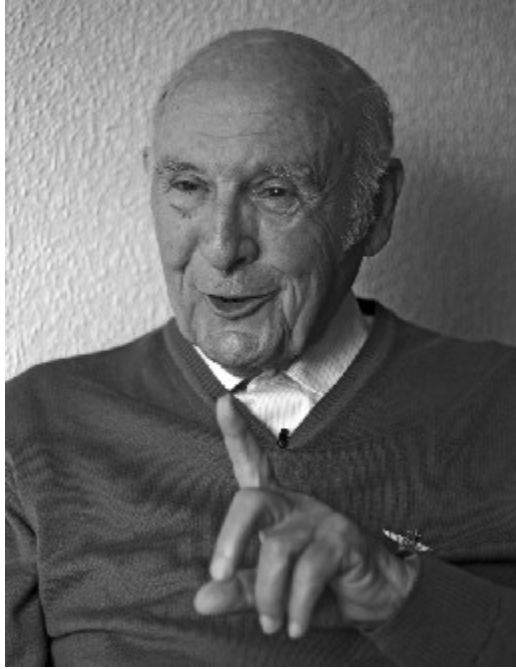
Nos olvidamos de algo, no sabemos qué ocurrió con su otro hermano, Mariano, que también combatió por la República. Nos cuenta que trabajó durante años con Pablo Picasso. ¿Cómo?

—Antes de fallecer el anterior secretario, como le conocía le recomendó al pintor para que le sustituyera. Le dijo que había sido capitán durante la guerra, que había hecho la teneduría de libros, que hablaba francés e, inglés, y entonces Picasso lo contrató durante años. Estuvo en California, en Cannes, en fin, le mandé muchas cartas, estábamos en contacto.

Sesenta y siete años de casados, observamos un retrato en el que parecen dos artistas de cine de los años cincuenta, en blanco y negro, elegantes, de traje y vestido, posando ante la cámara años después de finalizar la guerra civil. Su esposa, Carmen, todavía recuerda cómo vivió los bombardeos en Caspe, porque allí estuvo el puesto de mando de la división, el Estado Mayor republicano. Contaba:

—Había polvorines, muchos bombardeos. Nosotros éramos cuatro hermanos, cuando bajaban los soldados por Belchite hacia Caspe, decían gritando, «¡que bajan los moros!», y todos tenían miedo por las barbaridades que hacían. Cruzamos el Ebro y fuimos hasta Barcelona, donde estuvimos once meses y pasamos un poco de todo. Los moros en Aragón hicieron estragos, nadie les pasaba cuentas de nada, podían hacer lo que quisieran. Barbaridades. Después, al final hicimos el penoso regreso a nuestra casa de Caspe, de control en control, una vez los nacionales ganaron la guerra y sin saber si nuestra casa estaba destruida o no. Once años tenía yo. Íbamos con lo puesto, mucho miedo y poquito más. Horrorizada por el recuerdo, reitera una y otra vez un ferviente deseo:

—Sólo espero que mis nietos no vivan jamás una guerra.



Vicente Montejano Moreno

(Madrid, 6 de enero de 1919)

Amor y Muerte en Kok-Usek, un piloto republicano en los gulags de Stalin

Campos de trabajo forzado (1938-1954): Krasnoyarsk, Kok-Usek (Karagandá), Odessa

A mi amado «Yonji» le han llevado al campo de prisioneros de Krasnoyarsk, donde debía trabajar en un campo de obligación, en una fábrica de madera con máquinas con cuchillos abiertos, que no tenía seguridad para el trabajador. En una noche, trabajando con una de estas máquinas se cortó tres dedos y medio y una parte de la mano derecha [...] Hemos pasado mucha hambre, frío y enfermedades. El clima está muy mal, hemos sufrido de la malaria. En la estepa asiática hay muchos «Buranes», un viento muy fuerte con nieve en el invierno y arena durante el verano. Cuando hay Buran las barracas están completamente tapadas con la nieve y salir es imposible [...] Las mujeres viven en barracas separadas de los hombres. El trabajo es muy pesado y obligado para hombres y mujeres. Hay que hacer la canalización para los campos y muchos otros trabajos en la agricultura y en el campo [...] Hoy, todavía no puedo acostumbrarme a la libertad y estoy con mis pensamientos allí con los que han quedado. Tengo todavía siempre muchos sufrimientos, porque debo empezar con mi madre una nueva existencia. Además, he tenido siempre la esperanza de

encontrar a unos cuantos de mi familia, pero cuando he venido aquí, he conocido la triste verdad, que mi padre y todos los demás han muerto en el campo de concentración y así hemos quedado solas en este mundo.

(Carta de Hansi Weissenstein. Praga, 16 enero 1947)



LA OTRA HISTORIA de Vicente Montejano, piloto de la Cuarta Expedición de aviadores de la Segunda República a Kirovabad, tiene un nombre: Hansi. Era una joven judía de apenas veinte años, deportada a uno de los gulags soviéticos por los que también transitó un joven Montejano: Kok-Usek.

Nacida en Viena, de nacionalidad austríaca, emigró junto con su madre a Riga (Letonia) y sufrieron, a partir del 22 de junio de 1941, las consecuencias del plan de invasión de la Unión Soviética por parte de las fuerzas del Eje durante la segunda guerra mundial. Detenida y presa en Novosibirsk (Siberia occidental), terminaría en los campos de Kazajastán. Es una historia vivida con intensidad por el hijo de Vicente, Luis Montejano, médico de profesión, el depositario de la memoria de su padre, quien nos muestra este documento y nos transporta documental y emocionalmente hacia un pasado que él mismo logró rescatar con astucia, perseverancia y dotes de investigación.

Ésta fue la primera carta que, tras finalizar la segunda guerra mundial, una Hansi libre y apesadumbrada intentando rehacer su vida, enviaba a los tíos de su amado Vicente, todavía preso en la Unión Soviética. Serían las

primeras noticias que recibiría su familia del hijo «perdido» desde el inicio de la Operación Barbarroja en la Unión Soviética en 1941. La conexión se había cortado completamente. Hansi, al terminar la guerra, quedó libre y partió hacia Europa, desde donde escribiría ésta y posteriores cartas, consciente de que debía de ser comedida en su contenido, pues tenían que superar, primero, la censura de Checoslovaquia y, después, la de una España franquista. Las cartas llegaron a su destino pero jamás volvería a ver a Vicente, quien no regresaría hasta 1954 tras dieciséis años de presidio.

Hoy, finales de 2015, Madrid. Setenta y cinco años después del regreso a España de los últimos aviadores de la Segunda República, los pilotos formados en la Escuela de Aviación Soviética de Kirovabad son homenajeados en un Ateneo madrileño rebosante de público. «¿Queda alguno con vida?», se preguntaban algunos expectantes asistentes. «Sí —respondían otros—, uno, se encuentra sentado entre el público.» Ovacionado por una emoción que contagia, se levanta de su butaca, con la dificultad propia de los 97 años, un hombre cuya complexión apunta que fue un joven robusto y fuerte. Es Vicente Montejano.

Precisamente el día anterior había tenido la oportunidad de conocerle en su domicilio y recordar, durante toda una tarde, su impactante pasado. Se mostraba feliz de acudir a este evento organizado por la Asociación de Descendientes del Exilio Español y la Embajada en España de la República de Azerbaiyán en el que se proyectó el documental *Sobre el cielo de Azerbaiyán*.

Espíritu de solidaridad, riesgo y aprendizaje. Son tres cualidades que anidaban entre los jóvenes españoles que fueron a la Unión Soviética para perfeccionar su formación de pilotos. La instrucción se llevaría a cabo aceleradamente, en tan sólo seis meses. Su destino: la Escuela Militar de Vuelo n.º 20 en Kirovabad (Azerbaiyán).

Anteriores expediciones habían completado su programa y habían regresado a España para participar en la guerra civil. Sólo la última, la cuarta expedición que partió de España en el verano de 1938, quedó atrapada en aquellas lejanas tierras. Vicente Montejano se encontraba entre los alumnos-pilotos de la Cuarta de Kirovabad. Vicente, o *Morskoy*, su alias soviético que significa «marino», hizo en vano todas las gestiones posibles

para dejar la Unión Soviética y poner rumbo a España. Aquellos pilotos «invitados» en vano por los soviéticos para quedarse terminarían por convertirse en una molestia y un problema, tal como recuerdan los pocos sobrevivientes. La afrenta de la no integración en el sistema soviético sería castigada con un severo trato y una larga odisea durante años a través de numerosas cárceles y campos de trabajos forzados en la URSS.

Vicente, *Morskoy* o *Yonji* —como le llamaba su querida Hansi—, comenzaría su peregrinaje en la cárcel de Novosibirsk, en Siberia occidental, para luego ser preso en los gulags de Stalin: Kok-Usek, aledaño a Spassk99 —en Karagandá, exrepública soviética de Kazajstán— y Krasnoyarsk, en Siberia del Este, un campo denominado «de reeducación», donde perdió parte de su mano trabajando en un aserradero. Fatal accidente, sí, pero fue declarado inválido y le evitó el descenso al infierno de las minas o trabajos de esclavo similares que, unidos a las extremas condiciones climáticas y a la dureza del día a día con frío, hambre e insalubridad, podrían haber acabado con su vida.

En una noche trabajando con una de estas máquinas se cortó tres y medio dedos y una parte de la mano. Después de una operación le han hecho, quedado el pulgar, medio índice y la mitad de la palma de la mano derecha. Esto ha pasado el 15 de IX de 1942, después de trabajar ocho meses con esta máquina más peligrosa...

Así reportaba Hansi el accidente de Vicente a sus padres en aquella carta de 1947, las primeras noticias que tendrían de su hijo en muchos años. Es un acontecimiento que, a pesar de los achaques propios de los noventa y siete años y de una memoria a veces resbaladiza, nuestro protagonista recuerda aún perfectamente. Me mira, levanta la mano y, con su buen talante innato, dice.

—Pues mira, puedo incluso escribir con un lapicero cogiéndolo con el índice y el pulgar, me puedo defender.

Posee una resistencia poderosa durante horas de conversación en las que aflora un espíritu alegre y un excelente humor. Así lo demuestran algunas fotografías de su primera etapa de aviador, siempre sonriente, en grave contraste con las que le hicieron años después, en las que vemos un hombre sumamente delgado con la tez sombría y una mirada dura, inexpresiva, lejana.

Su vía crucis comenzó en el verano de 1938 y no terminaría hasta su regreso a España en 1954, a bordo del *Semiramis*. Ante las dificultades de habla de Vicente, su hijo Luis, la memoria histórica de su progenitor, nos irá apostillando sus comentarios.

—Éramos jóvenes y atrevidos y, además, estábamos en guerra, había que regresar para luchar en la guerra civil en España. De Murcia partió mi expedición, la cuarta hacia Kirovabad, el 5 de agosto de 1938, ¡día de Nuestra Señora de las Nieves y de África! —dice con su peculiar forma de reír y una curiosa costumbre, indicar siempre las fechas importantes con el santoral del día.

Siguiendo con su tradición, diremos que Vicente Montejano nació en Madrid en el año 1919, un día de Reyes, el 6 de enero, día de la Epifanía y Adoración de los Reyes Magos. Recuerda que de muy pequeño, tal vez en el año 1922, le vistieron como a un actor muy popular que acompañaba a Charlot en sus películas, un niño, el protagonista de *El Chico*, que siempre aparecía vestido con un mono y una gorra ceñida a la cabeza, un personaje característico de aquellas películas del cine mudo. Caracterizado de esta guisa, sus tíos le llevaron al centro de la ciudad y le fotografiaron. En una las imágenes, tal como indica su hijo Luis, aparece Vicente detrás de él se ve una mula tirando de un carro y una Gran Vía madrileña en obras. Es un dato curioso que surge espontáneamente en la conversación.

Vicente creció rápido, se vanagloria de que siempre lo aprendió todo de memoria y con celeridad. No tenía otra opción, era el mayor de ocho hermanos, perdió a su madre siendo pequeño y con apenas ocho años fue a vivir con sus abuelos, propietarios de una tienda de cerería en la que tuvo que trabajar, motivo por el cual se afiliaría a la CNT, rama de Químicas. Era un niño inquieto, activo y atrevido que también experimentó el furor social que conllevó la proclamación de la Segunda República, cuando él, con doce años, iba detrás de los tranvías para subirse corriendo de un salto.

Uno de sus primeros recuerdos de la guerra civil fueron los constantes asedios y bombardeos sobre Madrid. La ciudad no sería la tumba del fascismo tal como anunciaban aquellos grandes carteles ubicados en las calles que con el lema «No pasarán» propagaban los cartelistas republicanos, pero la defensa del ejército de la República logró detener el

avance de los insurrectos para conquistar la ciudad en un primer ataque. Nos sitúa en noviembre de 1936 cuando Montejano, junto con su tío, traslada material de la fábrica a la tienda de cerería de los abuelos. Se encontraban en uno de los barrios más castigados durante la Batalla de Madrid, Argüelles. El panorama era desolador, tal como cuentan algunos entrevistados, edificios derrumbados, boquetes de metralla, fachadas reventadas, incluso raíles de tranvías explotados y retorcidos.

—Estábamos por la calle Buen Suceso, con Ferraz, fuimos sacando cosas, material, velas, para llevarlas a la tienda. Me acompañaba para ayudarme mi tío Paco. Bombardeaba La Pava —la Aviazione Legionaria Italiana—. Yo me refugié en un portal y justo una bomba cae en el portal de enfrente de donde nos encontrábamos.

Los bombardeos de las tropas franquistas apoyadas por la Legión Cóndor y La Pava asediaron indiscriminadamente a los ciudadanos de ciudades enteras para infundir miedo y terror, para desmoralizar a la población y hundir la resistencia del enemigo. Montejano vivió durante días consecutivos el bombardeo de Madrid viendo, progresivamente, a una ciudad pobre, hambrienta y atemorizada.

En 1937 se presentó voluntario en el Ejército Republicano para luchar en la guerra. Inicialmente fue escolta de un aljibe que iba al frente; pasaban por Puerta de Arganda.

—¡Cuántas veces he tenido que correr con el agua y al carabinero que era el chófer le decía: «Venga, tira adelante». Me contestaba que no, que era peligroso y yo le respondía que sí, que había que seguir el camino. Íbamos en camión y nunca nos cayó una bomba cerca. En la calle Colón, cerca de la puerta de casa cayeron muchas, pero no nos tocó ninguna. Caían como quince a diario a veces durante el período de bombardeos. Sí, recuerdo que una cayó en la torre de la iglesia de San Ildefonso, otra en el edificio de Telefónica y otra cerca de nuestro portal.

A quien sorprendió la guerra en Madrid fue a un caricato mundialmente conocido, especialmente popular en los escenarios del Paralelo de Barcelona, cuyo nombre no escapa a la memoria de nuestros mayores: Alady. De padre aragonés y madre valenciana, Alady, Carlos Saldaña Beut (Valencia, 1902-1968) llegó a actuar con las principales artistas del

momento, como Concha Piquer e incluso la artista Josephine Baker, estadounidense nacionalizada francesa. A inicios de los años treinta se transforma en una estrella de la radio y en 1936 la guerra civil le sorprende en Madrid, cuando actúa en varios espectáculos. Canta, actúa, baila, recita e interpreta monólogos, los que ahora nos recuerda nuestro protagonista, Vicente Montejano, que acudía al teatro para escuchar a tan afamado artista en sus monólogos con los «partes de guerra del día».

—Hacía poco que había comenzado la guerra. Ahí estaba Alady, me gustaba mucho a mí y a todos, era un cómico muy bueno. Decía: «Hoy he madrugado y tengo el parte del día de la guerra, todo lo que ha pasado, ahora les muestro el periódico». Y seguidamente leía con el periódico en la mano: «Vamos a ver... bombardeo en tal sitio... mira pues han tenido suerte, no hay bajas... otra noticia, mira, aquí han ido nuestras tropas»... Pasaba una especie de parte de guerra relajado en el teatro, en directo, había teatro de variedades en esa época con Raquel Meyer, Concha Piquer, Conchita Montenegro y su hermana Juanita... Iba al teatro siempre que podía, pero claro, estábamos en época de guerra y algunos de los teatros quedaron incautados por los sindicatos.

Un año más tarde, el 2 de febrero de 1938, con apenas diecinueve años decidió incorporarse a la aviación y estudiar. Efectuó unos exámenes preceptivos para ingresar como alumno-piloto en las Fuerzas Aéreas de la República y, tras superarlos, fue enviado al complejo de Formación Aeronáutica de Murcia, alojándose en el monasterio de los Jerónimos a la espera del traslado a la escuela de aviación que el mando determinase. El destino de Montejano fue la Unión Soviética.

De Murcia, tras pasar por Sabadell —Barcelona—, partirá en ferrocarril hacia Francia y en el puerto francés de Le Havre embarcará, a finales de agosto de 1938, en el buque *María Uliánova* con destino Leningrado, integrado en una expedición comandada por el oficial observador Antonio Blanch Rodríguez. Era la cuarta expedición. Tras pasar por Moscú, se desplazarán en ferrocarril hasta la Escuela de Aviación de Kirovabad (Azerbaiyán), en el Cáucaso, donde se impartían los cursos para los pilotos españoles.

Kirovabad, República de Azerbaiyán, recibe este nombre desde 1935 hasta 1989 en memoria del lugarteniente de Stalin en Leningrado, Serguei Mirónovich Kóstrikos, conocido con el sobrenombre de *Kirov*, que fue asesinado en 1934. En este lugar los jóvenes alumno-piloto tenían que perfeccionar el pilotaje de los aviones. La barrera del idioma tampoco fue un impedimento pues allí, aunque las clases se impartían en ruso, disponían de intérpretes, presentes en todo momento, como Clara Rosen, una de las más citadas por los entrevistados de este libro.

—¡Eran los *perevodchiki*! A veces la traducción simultánea hacía que se dieran malas traducciones de expresiones, algunas eran divertidas. Yo aprendí algunas palabras también, lo justo para defenderme un poco.

—¿Cuáles fueron sus principales camaradas? —pregunté para conocer a sus compañeros de vuelo y riesgo.

—El avión —contesta tajante, y ríe.

Cierto, el avión era el mejor «compañero» de un aviador, lo refrenda también otro entrevistado, Gregorio Gutiérrez, «Guti», de la segunda expedición a Kirovabad, quien recuerda la importancia de aunar la pericia de un buen piloto a la destreza de un excelente mecánico. En Kirovabad se formaron pilotos, observadores, ametralladores... El aprendizaje consistía en clases teóricas combinadas con prácticas de vuelo en el avión escuela, un Polikarpov U-2, supervisados siempre por su instructor que, posteriormente, asignaba la especialidad de los alumnos: caza con el Polikarpov I-15 o I-16, o bombardeo en dos opciones, los Tupolev SB-2 o los R-5. Conocida es la imagen de un joven Montejano vestido de aviador posando ante un Polikarpov U-2, pero también voló con un R-5. Nos cuenta con bastante detalle una situación peligrosa de la que se salvó gracias a su audacia y sangre fría.

—Un día que estaba con el avión en el aire, me encontré con que me quedé colgado por falta de potencia, eran máquinas muy pesadas, motores alemanes en aviones rusos. Estaban montados con un límite de potencia, pero yo me sabía el truco. Estaba volando, no podía ir a más velocidad, entonces le di un zapatazo a la palanca —mientras, dice una palabrota—, un fuerte golpe para pasar el límite y salir de la situación de riesgo. Me libré por poco, había que tener sangre fría. Pero un amigo, le llamábamos Curro,

no lo consiguió, no sé si fue porque no sabía el truco o porque no pudo reaccionar, pero vi desde tierra cómo le pasaba exactamente lo mismo que a mí días antes y yo, que le veía, gritaba como si acaso pudiera oírme: «¡Dale a la palanca, dale, dale!». Pero se estrelló allí mismo.

El compañero del que habla es el madrileño Francisco Fernández Fouz, alias *Fonarev* para los soviéticos, quien murió trágicamente durante un vuelo de entrenamiento el 22 de marzo de 1939, poco antes de finalizar la actividad formativa en Kirovabad. Nadie podía imaginar que algo así pudiera suceder, oficialmente no se atribuyó tal accidente a ninguna causa concreta.

Tal hecho queda recogido en el libro *Los últimos aviadores de la República. La cuarta expedición a Kirovabad*, de Carmen Calvo Jung, hija de José Calvo, uno de los 25 aviadores detenidos y deportados a los gulags durante más de quince años. La autora entrevistó a Montejano en 2007, quien le contó aquella situación con detalle:

En ese modelo de avión, para modificar el ángulo del timón de cola, según se estuviese realizando la maniobra de despegue o aterrizaje, había que manejar un volante que, además de estar situado en una posición de acceso difícil, iba bastante duro. En un momento dado, cuando intentaba mover ese volante de cara al aterrizaje, tardé un poco más de lo conveniente y el avión empezó a dar síntomas de ir a entrar en pérdida; el problema añadido era que el motor era alemán y que como consecuencia de las limitaciones impuestas a Alemania tras la primera guerra mundial respecto a la potencia de sus aviones, la palanca de gases llevaba un limitador; o sea que, en ese momento, mi avión estaba entrando en pérdida y yo no tenía más gas que darle. Pero, como los alemanes habían aceptado las imposiciones «de aquella manera», yo sabía que, propinándole un golpe fuerte a la palanca, ésta superaba el limitador y se conseguía más potencia. Conseguí superar ese limitador, como consecuencia obtuve una potencia extra.

Kirovabad posee una cara menos amable con el gobierno de la República y con la cúpula del Partido Comunista Español en aquel país, especialmente tras el final de la guerra civil en España, cuando cogió por sorpresa a los integrantes de la cuarta expedición. Cerca de 180 pilotos quedaron atrapados en la URSS. Denunciaron el olvido al que les había sometido el gobierno republicano en el exilio, que lejos de rescatarlos, les había abandonado a su suerte, mientras Juan Negrín, presidente en el exilio, recuperaba a su hijo Rómulo, miembro de la tercera expedición de pilotos entrenados en la Unión Soviética y, más tarde, integrante de la 4.^a Escuadrilla de *Chatos*.

A pesar de que durante los primeros tiempos los alumnos-pilotos respiraron un ambiente amistoso, siempre estuvo presente un intenso adoctrinamiento político comunista, como apunta Montejano, aspecto también confirmado por otro entrevistado de este libro, «Guti», de la segunda expedición, que lo calificó de aborrecible instrucción política, especialmente durante los días festivos. Poco o nada imaginaban que su curso formaba parte de la secreta «Operación X» militar soviética que, bajo el mando del ministro de defensa Kliment Voroshilov, proveyó a la República de España, desde el inicio de la conflagración, de armamento y equipo humano (pilotos, mecánicos...) «facturados» con las reservas del Banco de España, el «oro de Moscú», trasladado a aquel país durante los primeros meses de la guerra civil.

Los roces entre algunos alumnos y el rígido comisario político de la escuela de Kirovabad, Jakob Mirov, fueron creciendo ante las evidentes desavenencias ideológicas. Rescatando el testimonio del que fuera gran amigo de Montejano y compañero de fatigas por los campos soviéticos, Miguel Velasco Pérez cuenta en su autobiografía *Invitado de honor* que, tras notificarles el final de la guerra civil en España y, consecuentemente, terminar sus clases en la escuela, las autoridades soviéticas les ofrecieron tres posibilidades: quedarse en calidad de oficiales de la aviación soviética, nacionalizarse en el país y trabajar como ciudadanos en sus fábricas, o marcharse a algún país no afín al fascismo.

Nos quedamos bajo el peso de nuestro pensamiento. ¿Qué hacer? Los tres grupos quedaron bien definidos: la minoría aceptó la responsabilidad de seguir perteneciendo al Arma Aérea soviética en calidad de pilotos —aunque días más tarde les prohibieron seguir volando—. Otros prefirieron el trabajo en las fábricas, y la mayoría, a la que tuve el orgullo de pertenecer, la de marcharnos al extranjero. Las naciones que podíamos elegir eran Francia y México [...] Nuestra principal preocupación seguía siendo la de recuperar nuestros pasaportes. Después de algún tiempo y vista su forma de actuar, nos dimos cuenta de que la comisión sólo pretendía engañarnos, ya que nunca estuvo en el ánimo de los rusos dejarnos salir del país. El acoso del comisario llegó a ser total [...]

Unos pocos lograron marcharse del país durante el período del pacto germano-soviético (agosto de 1939-junio de 1941), pero posteriormente ya no sería posible. Fueron presionados por militares y civiles españoles del Partido Comunista Español para que aceptaran la oferta de integrarse y

trabajar. Montejano habla con resentimiento de varios nombres, incluido el dirigente comunista Martínez Cartón, que llegó a desplazarse a Kirovabad para persuadirles de que se quedaran en aquellas tierras, que por su propio interés y por la libertad del pueblo español deberían ponerse a disposición del gobierno soviético.

El grupo se fragmentó y Montejano, junto con otros veinticinco alumnos-pilotos, se negó reiteradamente, solicitando su repatriación sistemáticamente. En mayo de 1939 serían enviados a Moscú para recibir clases de formación política —algunos decidieron no asistir— en la Escuela Política de la Internacional Comunista de Planiersnaya. Trasladados a sucesivos centros de reposo, Miguel Velasco Díaz transcribe en su autobiografía la visita del comisario Mirov, que se enzarza en una discusión con uno de los pilotos cuyo nombre no nos facilita:

—¿Le parece poco a Rusia las ciento ochenta mil pesetas en oro que ha dado el gobierno español por cada uno de nosotros? Nosotros hemos pedido marcharnos al extranjero.

Mirov, colérico, gritó:

—Trabajaréis. Si no lo hacéis por las buenas, se os obligará. Rusia tiene muchas bayonetas aún para los necios y también campos de concentración para los locos...

Su obcecación por marchar les acarreó el calificativo de «antisoviéticos», con el agravante de que en Moscú buscaron el apoyo de varias embajadas de países occidentales. Este proceder enfureció aún más al gobierno de Stalin, interpretando su gestión y su actitud como una afrenta. Para entonces, cualquier gesto, palabra o queja eran reconocidos como una traición.

Habría que sumar a estos hechos y acciones los informes negativos emitidos por el régimen estalinista, como por ejemplo los formulados por Lavrenti Beria, entonces dirigente del NKVD (Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos), organismo con funciones de seguridad de Estado y una macabra reputación de ser responsable de las persecuciones de los opositores al régimen. Por eso durante nuestra conversación surge en más de una ocasión el nombre de Beria, quien ordenó la detención y el internamiento de aquellos pilotos «traidores», así como el de decenas de marinos de buques españoles republicanos inmovilizados en los puertos de Murmansk y Odessa.

Cuando hablamos de Montejano en la Unión Soviética existe un antes y un después de una fecha: junio de 1941, momento en que comenzaron las hostilidades bélicas entre Alemania y la Unión Soviética al romperse el Tratado de no Agresión, el pacto Ribbentrop-Mólotov. El 24 de ese mismo mes fueron detenidos y trasladados a Novosibirsk, Siberia occidental, a tres mil kilómetros al este de Moscú, donde estarían temporalmente en una cárcel antes de iniciar su peregrinación por el cruel sistema del gulag soviético. Ni Vicente Montejano ni Miguel Velasco, autor del siguiente fragmento, sospechaban que allí permanecerían durante largos años y verían morir a algunos de sus compañeros.

Noche del 24 de junio de 1941, reinaba en la casa de descanso un silencio precursor de la tragedia. De madrugada me tocaron y me desperté sobresaltado. De pie ante mí, dos soldados me apuntaban con sus fusiles automáticos: «¡Silencio!», me dijeron poniéndome la boca de las armas en el pecho. Uno por uno fuimos levantados del lecho. Nos miramos comprendiéndolo todo y agachamos la cabeza en señal de desaliento [...] Ya en la calle, un doble cordón de soldados formaban hasta el coche celular dejándonos un estrecho pasillo al cual apuntaban todas las bocas de los fusiles.

Este relato se complementa con el de otro piloto, Hermógenes Rodríguez, cuyo testimonio sobre el momento de la detención de los 25 pilotos por parte del NKVD es impresionante y queda recogido en el libro de Carmen Calvo:

A las tres de la madrugada fuimos despertados por soldados armados de ametralladoras dándonos la orden de vestirnos inmediatamente, haciéndonos pasar seguidamente por entre un pasillo de soldados armados acompañados de perros policías, introduciéndonos en un coche celular y trasladándonos a la estación de ferrocarril de Kasan para subir a un vagón-cárcel que nos conduciría hasta Novosibirsk. Tardó casi veinte días en llegar a su destino. Nos llevaron a la cárcel Modelo de la ciudad donde permanecimos hasta el día 3 de octubre.

Fueron detenidos en régimen penitenciario, sin juicio, sin condena, sin los derechos de unos prisioneros de guerra. Nuestro entrevistado insiste:

—Las autoridades rusas decían solamente «están aquí por problemas burocráticos», estábamos presos sin condena y sin juicio. Y el Partido Comunista nunca reconoció que hubo republicanos en la Unión Soviética, ellos son los que ofrecieron nuestras cabezas al gobierno soviético.

El 3 de octubre de 1941 fueron trasladados a 600 kilómetros, a la cárcel de Krasnoyarsk durante dos meses para, luego, ser enviados a un campo de reeducación en el que permanecerían detenidos los siete meses siguientes. Escasa comida, mala higiene, frío siberiano, calor estepario, jornadas de trabajo agotadoras, enfermedades propias de la miseria, éste era el día a día para los pilotos y marinos presos. En este campo de trabajo forzoso había hombres y mujeres, civiles y presos políticos, la mayoría de los cuales fueron empleados en talleres de metal y madera, como fue el caso de Vicente. Es aquí donde, en marzo de 1942, sufre un grave accidente en el aserradero en el que trabajaba.

—Perdí más de media mano, la suerte es por donde me la corté, porque aún pude manejar parte de la mano, con el índice y el pulgar, y la cirugía hizo milagros recuperando algún tendón. Otro compañero se accidentó y se cortó tres dedos enteros, o más, fue peor. Se llamaba... —titubea.

—Salvador Almor —apostilla su hijo Luis, quien puntualiza—: Esa mano en realidad le salvó la vida, le evitó ir a trabajos forzosos porque le consideraron inválido. También hizo un buen trabajo la doctora que le operó allí, aunque la recuperación fue muy dolorosa. Manejaba una máquina para fresar la madera y se accidentó, creo que el problema era el funcionamiento de aquellas máquinas y las inexistentes medidas de seguridad.

En 1942 fue trasladado al campo de Kok-Usek, subsidiario del gran centro de reclusión de Karagandá en el que, como bien explica, confluyeron presos de distintos partidos y grupos sindicales, PSUC, UGT, CNT y otros sin afiliación de ningún tipo. Todos terminaron pisando el suelo de este vasto lugar en el que conocería a la austríaca Hansi, judía, presa igual que muchos otros judíos de diversas nacionalidades que también fueron deportados a este campo. El inicio de la guerra les atrapó en la Unión Soviética.

Seis años permaneció Vicente en Kok-Usek, hasta 1948, momento en que es trasladado junto con los demás aviadores hasta Odessa, donde se les promete la libertad si adoptan la nacionalidad soviética. Ésta será una nueva versión de la insistencia soviético-comunista por hacerles desistir de su empeño de marcharse del país. Algunos internados marinos y pilotos aceptaron quedarse y nacionalizarse, pero otros doce, entre los cuales estaba

Vicente, reiteraron sus posiciones. Nuevamente serán reclusos. En este momento de su cautiverio coincidirán con los prisioneros de la División Azul, con los que serán repatriados en abril de 1954 a bordo del buque *Semiramis* que atracará en Barcelona.

Franco utilizó la repatriación de los presos españoles como una maniobra de propaganda del Régimen, que para entonces intentaba proyectarse internacionalmente, centrando el foco en los Divisionarios y silenciando al pequeño grupo de pilotos republicanos. Fue una triunfal bienvenida dirigida a los más de doscientos prisioneros de la guerra de la División Azul. Los demás eran incómodos al franquismo e invisibles a la sociedad.

Para quien no fue invisible Montejano fue para su esposa. Hoy, presente durante nuestra conversación, también recuerda ese momento histórico. Trabajaba entonces en la secretaría del recién elegido delegado nacional de excombatientes, el militar Tomás García Rebull. Su influencia y el hecho de que fuera su testigo de boda ayudaron a que Vicente, con sus antecedentes republicanos, no fuera nuevamente preso, esta vez en las cárceles franquistas. En un momento determinado comenta:

—Todo el mundo hablaba de ese barco. El día que llegaron los doscientos y pico excombatientes de la División Azul y los doce o pocos de Kirovabad, estaba en la delegación, tenía mucho trabajo, muchos expedientes encima de la mesa. Y veía que los jefes estaban reunidos en un despacho, escuchando la radio, atentos, se encerraron en un momento dado. Era toda una noticia.

Quien movió los hilos fue la Federación de Deportados e Internados Políticos (FEDIP), entidad con sede en Francia que conoció la suerte de los españoles a raíz de la liberación de los primeros prisioneros de otras nacionalidades. El máximo responsable, su secretario era Josep Ester Borrás, veterano de la guerra civil, miembro de la Resistencia francesa y superviviente del campo nazi de Mauthausen-Gusen (Austria) quien, tras su propia experiencia con el nazismo y los campos de concentración, decidiría llevar a cabo una incesante labor para conseguir la liberación de los

compatriotas españoles. El mundo tomará conciencia de lo ocurrido gracias a su labor, a la aparición de cartas clandestinas y al trabajo de la Cruz Roja Internacional.

Diversos diarios como *La Republique*, *Le Populaire Girondin*, *Folha Carioca*, o *L'Humanité*, por citar algunos, contaron a la humanidad lo acontecido. Los titulares se sucedieron: «El “sepulcro vivo” de Karagandá», «S'est arrêté à Karaganda», «Traição de Stalin em favor de Franco», «La intelectualidad democrática española exige la libertad de los internados de Karaganda»...

Cincuenta años después, en 2004, a raíz del cincuentenario del regreso del barco *Semiramis*, el hijo de Vicente, sensibilizado por lo poco que sabía del pasado de su padre y la lectura de aquellas cartas, emprende una mastodóntica tarea. Contacta con entidades, supervivientes, familiares, asociaciones, escribe a diversos diarios, entidades judías, incluso llega a descubrir que Hansi partió en barco hacia Nueva Gales del Sur. Tira del hilo y sigue las pistas. Un día recibe un correo electrónico. Insólito, inesperado. Procede de Canadá: alguien leyó la petición de búsqueda de un médico español y a muchos kilómetros de distancia algunas personas comienzan a moverse para contactar con él. En un entramado difícil de explicar y mucho menos de resumir, Luis descubrirá que Hansi rehízo su vida, se trasladó a Australia, se casó con un judío centroeuropeo que, tras servir durante la segunda guerra mundial en los ejércitos británico y estadounidense, también se había exiliado a Australia y tuvieron una hija. Pero, lamentablemente, Hansi falleció años atrás. Hoy Luis mantiene una bonita amistad con su viudo y la hija de ambos, a la que conoció en persona en un viaje a Madrid en el que le dio las cartas de su madre.

Mientras Luis cuenta tan entrañable historia, uno no sabe si reír o llorar de emoción. Opto por sonreír, como hace siempre Vicente. Justo será finalizar la gesta de padre e hijo rememorando unas breves y significativas palabras de aquella joven, anónima, que jamás imaginó ser recordada casi setenta años después. Porque las cicatrices quedan y el pensamiento siempre vuela libre hacia el pasado.

Hoy, todavía no puedo acostumbrarme a la libertad y estoy con mis pensamientos allí con los que han quedado.

HANSI WEISSENSTEIN



16

Gregorio Gutiérrez, «Guti»

Madrid, 17 de noviembre de 1916

El aguerrido piloto de bombarderos *Katiuska*
que se enfrentó a la muerte



Soy Gregorio Gutiérrez. Me llaman Guti y les voy a explicar por qué. Porque cuando estuvimos en la escuela de Kirovabad en Rusia nos cambiaban los nombres y yo era Gutin Grigoriev, en ruso. Así me llamaron los de mi escuadrilla y así me he quedado siempre, pero sin la «n» final, soy Guti. He volado, he participado y he bombardeado durante la guerra de España, pero también casi me derriban. Tres años de guerra, otros tres los pasé en la cárcel. Estoy vivo casi de milagro.

(Entrevista en su domicilio, verano de 2015)

INQUIETO POR NATURALEZA, nervioso, siempre gesticulando con brazos y manos emulando los movimientos de un piloto a los mandos de su avión, Guti, a sus increíbles noventa y nueve años, posee una memoria poderosa. Autodidacta desde niño, amante de la fotografía y apasionado por la cultura, la ciencia y la tecnología, sus conocimientos se agolpan en su mente y, aunque volamos con su relato de una orilla a otra, siempre retomamos el hilo de la conversación y brotan espontáneamente detalles de ochenta años atrás. Es uno de los milagros de la mente humana, el recuerdo de un pasado remoto. «De niño era el primero de la clase, siempre he tenido cualidades extraordinarias para estudiar», dice con su habitual simpatía e inocencia este hombre que llegó a protagonizar momentos de guerra tan insólitos como históricos.

Ácrata en sus respuestas, uno puede formularle sus preguntas que él, irremediablemente, le conducirá a su territorio pulverizando las barreras del espacio y del tiempo. Republicano, responsable del servicio de transmisiones del general Kléber, aviador de la 4.^a Escuadrilla de *Katiuskas*, sargento al mando del bombardero más rápido de la época, el Tupolev SB-2, gracias a sus conocimientos y a su ingenio promovería, en octubre de 1938, la instalación de los primeros aparatos de radio en tres aviones *Katiuskas*. Después, al finalizar la guerra, sería preso en sucesivas cárceles franquistas de Madrid y Valencia, condenado a pena de muerte, conmutada por años de presidio. Y cuando finalmente era libre...

—Fui obligado a realizar el servicio militar, me tocó en la Legión. Ojo, esto hay que explicarlo muy bien, el por qué estuve en la Legión. Ya había hecho yo mucha guerra, mucha cárcel y encima esto. También lo pasé mal, especialmente la Nochebuena de 1944, cuando me quedé enfermo en un pajar, con la ropa de más de un mes encima...

Sabiduría, ingenio, inquietud y humor son cuatro características de este hombre, hijo de familia humilde, de agricultores —no campesinos como él reitera— con una taberna popular en su barrio natal de Ciudad Lineal, Madrid. Solamente tenía ocho años cuando le tocó vivir el drama de la muerte de su padre y las dificultades de su madre para sacar adelante a sus

cinco hijos y un sexto que venía de camino. Aun así estudió y trabajó en una imprenta a los trece años, cobrando a peseta diaria, como él recuerda. Se vanagloria de su capacidad autodidacta, lo cual es cierto.

—En aquella época imperaba una incultura enorme, mucha gente no sabía leer ni escribir. Por lo tanto, yo era como un superdotado, mi mente iba siempre por delante. Mi hermano, tenía tres años más que yo, enseñaba a leer a los niños, iba a las casas a veces. Yo era muy pequeño, pero de oírle me quedaba con todo. Te diré como anécdota simpática que una vez en un tranvía, en una de las paradas en que había una ferretería, a mí se me ocurrió decir la palabra en voz alta «Ferretería» y la gente decía: «¿Oh, pero sabe leer el niño?». Pues sí... Luego trabajé en una inmensa nave de industrias gráficas, contrataban a chavales de aprendices para trabajar en máquinas. A mí me tocó hacer lo siguiente. Antes se hacían muchos calendarios, almanaques, con relieve. Ya me veías a mí con una máquina y un oficial que supervisaba. Lo que yo tenía que hacer era humedecer el cartón, operar de tal forma que entrara en la máquina y *rrrrrum* el oficial lo prensaba y lo imprimía con relieve. Allí eran tan estrictos con la hora que no te dejaban llegar más de cinco minutos tarde. Una única vez que no llegué a tiempo se armó un revuelo tremendo. El oficial que estaba en la máquina se accidentó la mano con la máquina. Luego fue una inspección de trabajo y nos echaron, éramos chavales. Total, que yo no quería trabajar allí ni tampoco en la taberna, mi padre había muerto. Un desastre todo aquel panorama.

Su facilidad de estudio y su buena memoria fotográfica no escaparon a la comprensión de sus profesores, enseguida entraría a trabajar en una editorial, donde consolidó su afición por el mundo de la electrónica y la radio.

—En aquella editorial estuve durante tres años, entre los catorce, más o menos, y los diecisiete. Te digo dos nombres, Juan Ortiz Such y María de la Riva —recita sus nombres espontáneamente y sin dificultad alguna, como si los hubiera conocido ayer—. Eran funcionarios de la República, Ministerio de Educación, y entré a trabajar en su editorial, en la oficina. La mayoría de

los libros para la enseñanza que se publicaron durante la República eran editados por él con pseudónimo, firmaba J de Muro porque era de Muro de Alcoy, de Valencia.

Fue decisivo, allí leyó y se instruyó.

—A mí me interesaban los libros, me incentivó desde chico la librería pedagógica de la calle del Desengaño n.º 18 —otro nombre y número que rememora sin titubeo alguno—. Allí había de todo, me entró el gusanillo... «¿Qué quieres ser?», me preguntaban. Y yo decía: «¡Inventor!». Me sabía los nombres de los inventores de todo, todo me lo sabía. Y en la librería me documentaba e iba adquiriendo conocimientos.

—¿Cuándo surge esa pasión por la radio?

—Inmediatamente. En aquella época, en el año 1924 creo que era, comienza a funcionar Radio Ibérica. Mi madre me compró una radio de galena, la escuché y dije: «Ésta es mi profesión». Más tarde comencé a mirar escuelas por correspondencia, pero eran caras. Así que leí muchos libros sobre radio, revistas especializadas de electricidad, o sea autodidacta.

Radio Ibérica fue la primera emisora radiofónica de España en llegar a los oyentes. Inaugurada en noviembre de 1924, emitió en sus instalaciones de Prado del Rey, Madrid, durante el régimen militar de Primo de Rivera. Posteriormente la primera licencia de emisión recaería sobre EAJ-1 Radio Barcelona, de la cual se acuerdan otros entrevistados de este libro, y la madrileña EAJ-2 Radio España.

Gregorio llegó a construir sus propios aparatos de radio, reparaba y vendía con destreza hasta el punto que se convirtió en un radioaficionado, construyó su primera radio de válvulas hacia el año 1933, y poco después, comenzaría a incrementar su propio negocio, documentándose a diario, leyendo, comprando revistas especializadas que todavía recuerda.

—Para entonces, en los años treinta, sólo había dos: *Radio Sport* y *Radio Técnica*. Costaban una peseta. A los dieciocho o diecinueve años ya era un profesional, tenía el taller en casa, y, como había la taberna, era un buen lugar para propagar el negocio.

—¿Por cuánto las vendía?

—Depende, cuando estalló la guerra me pedían más aparatos. Unos compraban, otros querían que lo arreglara, todos querían escuchar las noticias. Algunas radios con cinco válvulas las llegué a vender por más de trescientas pesetas de la época. Me iba bien el negocio.

—¿Y recuerda alguna noticia que le impactara?

Me mira levantando las cejas, soltando una carcajada:

—Pues claro, precisamente la sublevación, el 18 de julio, estuve toda la noche escuchando la radio. Verás, llegué a montar un negocio muy bien organizado, con aparatos de galena y, además, un concesionario de Telefunken Phillips de la calle Núñez de Arce, 3, me dejaba receptores en depósito, los podía tener allí y me los financiaban. Además, revelaba fotografías. Lo hacía de noche porque no tenía un cuarto oscuro y, mientras tanto, tenía siempre un receptor de radio escuchando... Así me enteré de la sublevación, escuchando la radio mientras revelaba fotos... A partir de ahí ya vinieron los desmanes, la gente de los sindicatos que repartieron armas, la sublevación del cuartel de la montaña... En esas circunstancias veía que los demás se iban al frente, la juventud del barrio, los que habíamos jugado juntos, habíamos sido amigos... en resumidas cuentas, se fueron a luchar y en poco tiempo empezaron a llegar algunos muertos, otros amigos ya no regresaron. Pensábamos al principio que duraría unos meses, pero luego vimos que iba en serio. Me di cuenta de que tenía que hacer algo...

Se presentó voluntario al Regimiento de Transmisiones del Ejército, entonces ubicado en el Cuartel de Condeduque, quedando acuartelado junto con otros jóvenes, donde durante un tiempo amplió su formación en comunicaciones. Cuenta durante nuestra conversación que veía los aviones acercarse y bombardear la ciudad, especialmente por la zona de Argüelles, en Madrid, lo que refrenda la vivencia de otro piloto de este libro, Vicente Montejano, que en esos mismos días e idéntico barrio madrileño fue testigo de la caída de algunas bombas del enemigo, entre finales de octubre e inicios de noviembre de 1936.

—Eran los primeros días de noviembre, el día 6, se acercaban las tropas que venían por la parte de Extremadura, habían entrado ya y estaban en la Casa de Campo. Entonces entra uno de nuestros superiores, nos dice que todos a nuestros fusiles y a las trincheras. Esa noche la defensa la hizo el

pueblo de Madrid, porque los sindicatos habían mandado gente y habían hecho fortificaciones, trincheras en puntos clave, todo el pueblo estaba en la calle defendiendo la ciudad. Aquella noche tocó pegar los primeros tiros, en la Casa de Campo.

Para la defensa de Madrid llegó la XI Brigada Internacional, conocida también como Brigada *Thälmann*, de las primeras en formarse en octubre del 36 en Albacete con voluntarios, principalmente alemanes y austríacos, que participaron en las batallas más importantes de la guerra civil. Uno de sus batallones fue dirigido por el general Kléber, pseudónimo utilizado por Manfred Zalmánovich Stern (Bucovina, 1896-Unión Soviética, 1954), militar, político, militante comunista que utilizó este nombre de guerra en recuerdo de un general de la Revolución francesa, Jean Baptiste Kléber. Tras luchar y granjearse fama durante la guerra en octubre de 1938, con motivo de la retirada de las Brigadas Internacionales, fue reclamado por Moscú. Terminó sus días arrestado en la URSS, torturado, acusado de traición y en 1939 fue condenado a quince años de presidio en los gulags de Stalin. Murió en 1954 en el campo de trabajo de Ozerlag, en Siberia, un lugar terrible documentado en el libro *Ozerlag, 1937-1964. Le Système du goulag: traces perdues, mémoires réveillées d'un camp sibérien*, de Alain Brossat y Sonia Combe.

Guti recuerda bien al general Kléber porque le arregló unos teléfonos y un grupo electrógeno, acción que le valió ser destinado al puesto de mando del general haciéndose cargo del servicio de transmisiones.

Súbitamente, Guti me pregunta:

—En aquella época no había intercomunicadores ni nada, entonces... ¿Cómo se comunicaba uno con el puesto de mando? —me pregunta mientras me mira fijamente con los ojos que se ven tras las gruesas gafas de pasta negra.

—¿Con teléfonos? —respondí recordando la tarea de otro entrevistado, Miguel de Miguel Montañés, interpretador-fotógrafo que ponía paineles llevando un gran cajón de teléfono para comunicarse con el alto mando.

—¡Efectivamente! Pero claro, había que instalar el teléfono y tirar cable. ¿Y sabes cómo son los teléfonos de campaña? Pues eran una caja así de grande —dice ampliando la distancia entre ambas manos—, pesaban

mucho y había que tirar cable que se llevaba en una mochila, un rollo a la espalda. Total que me tocó realizar esta labor y, una de las veces que fuimos a una posición a instalar aquello, la contraofensiva artillera del enemigo no paraba de batir, ¡su ataque fue de campeonato! —dice gritando sujetando la cabeza con ambas manos como si escuchara un sonido estruendoso—. Me arriesgué, fue tremendo. De las Brigadas Internacionales venían efectivos, sí, pero no traían transmisiones, ni intendencia... ¡Pero vamos, cómo puede ser!

Fue precisamente estando en este destino, cuando se enteró de las convocatorias gubernamentales para la formación de aviadores y asistió al proceso selectivo. Después de haber superado los exámenes, se trasladó a Los Jerónimos (Murcia), donde recibió instrucción militar y se integró en un contingente de cerca de doscientos alumnos que embarcaron en el *Teóphile Gautier* hacia la URSS bajo el mando del capitán Andrés García Lacalle. Era la segunda expedición que partía para formarse como pilotos en la Escuela de Vuelo n.º 20 de Kirovabad (Azerbaiyán).

—En Kirovabad fuimos en junio o julio hasta diciembre, el último día de mes, que fue cuando regresamos a Madrid... Pero en lugar de seis meses acabamos en cinco... Una de las cosas que más nos sorprendió fue el estricto orden en todo, aquí, allá, lo otro... y una cosa curiosa, los rusos fuman las *papirosas*, unos cigarros de boquilla larga y un poco de tabaco solamente, en invierno pueden coger el cigarrillo con el guante por la parte del cartón...

El día a día de la instrucción es muy similar a lo que nos contaba Vicente Montejano, de la cuarta expedición: jornadas intensas, a veces de hasta dieciséis horas, levantándose antes de las cuatro de la mañana, ejercicios de gimnasia, aseo, pasar revista, desayuno y clases en la escuela, inicialmente teóricas y, más tarde, prácticas. De igual modo reitera el adoctrinamiento soviético del que fueron objeto los alumnos, con constantes charlas políticas por parte del comisario de la escuela, especialmente durante los festivos con pase de películas incluido, aunque con un cariz más relajado que el que vivió Montejano en la cuarta expedición.

¿Y los aviones? Cuenta Guti que, inicialmente, volaban con el avión escuela, un U2, biplano, motor de cien caballos y doble mando, el instructor iba detrás y el alumno en primera fila hasta que se lanzara a volar solo. Después, al igual que hizo Montejano en Kirovabad, se pondría al mando del R-5. «Cuidadito con el R-5, ése era ya un señor avión», dice Guti remarcando que era más potente que el anterior, alcanzaba los 500 caballos. Superados los entrenamientos con ambos aviones escuela, los alumnos, según designara su instructor, pasarían a volar en aviones de combate, podían ser cazas (*Chatos* o *Moscas*) o bombarderos (*Katiuskas*), que eran los que utilizarían en el frente. Nuestro protagonista sería uno de los primeros alumnos-pilotos designados por la Jefatura de la escuela para volar en el Tupolev SB-2, el denominado *Katiuska* en España.

Una vez finalizado el curso, emprendió el camino de retorno a España para participar en la guerra civil. Junto con otros alumnos partió de Leningrado por el mar Báltico en el barco *Andréi Zhdánov*, que toma su nombre del líder soviético, consuegro de Stalin, presidente del Soviet Supremo en julio de 1938. Aquel barco de carga con pasaje a bordo sufriría las inclemencias del tiempo flanqueado por un impresionante barco rompehielos en medio de un terrible vendaval. He rescatado el texto de *Alas de libertad* escrito por Manuel del Río Martín:

Había zonas por donde pasábamos con las luces apagadas porque se temía a los submarinos alemanes. Si hubiésemos seguido la ruta tendríamos que haber pasado por el Canal de Kiel, pero nosotros no lo íbamos a atravesar, sino que nos metimos hacia la Península de Jutlandia, hacia el Norte, para cruzar los estrechos: por ahí pasamos, todo esto para salir al Mar del Norte. Ya en el Mar del Norte, sí que cogimos mal tiempo. Había unas olas tremendas. Recuerdo que el barco se levantaba de proa y luego se metía y se quedaban las hélices al descubierto.

Regresaron a Madrid el 31 de diciembre de 1937 casi a media noche y, como Guti cuenta, amaneció un 1 de enero de 1938 con nieve. Una semana después se incorporó a las Fuerzas Aéreas de la República. A través de la Asociación de Aviadores de la República (ADAR) rescato al detalle la trayectoria de Guti durante su participación en la guerra de España. En enero de 1938 se incorporó al Cuadro Eventual, desde donde le llamaron para entrevistarse con el mítico aviador Leocadio Mendiola en Reus, Tarragona —al igual que lo hizo otro entrevistado, Miguel de Miguel—,

para formar parte de la 2.^a Escuadrilla dirigida por Juan M.^a Mendiluce en Los Llanos (Albacete), el jefe del grupo de *Katiuskas*. En esta unidad llevará a cabo algunos servicios, pero tras deshacerse se incorpora a la Escuadrilla de Reentrenamiento en la Rabasa (Alicante) hasta que, nuevamente, es reclamado a un nuevo destino: la 1.^a Escuadrilla de SB-2 en Bellpuig (Lérida), bajo el mando del soviético Alexander Senatorov. Finalmente, en marzo de 1938 es enviado a Celrà (Gerona) para unirse a la 4.^a Escuadrilla que se estaba formando en esos momentos bajo el mando de Máximo Ricote.

Estando en la 4.^a Escuadrilla de *Katiuskas* será nombrado sargento. Con esta unidad especializada en vuelos de altura, participa en todos los frentes de guerra, sufrirá terribles experiencias de la artillería antiaérea y los ataques de los cazas. Al respecto de este último punto, le pregunto por el momento en que más miedo tuvo. Para mi sorpresa, sin vacilar en ningún instante, me sitúa justo antes de que las tropas franquistas llegaran al Mediterráneo tras la ofensiva de Aragón.

—Horrible, eso lo tengo aquí... —dice un emocionado Guti al que, por unos segundos, me parece se le rasga la voz—. Íbamos a hacer un servicio por Teruel, me parece que era por Mora de Rubielos, éramos nueve aviones en formación, una escuadrilla, llevábamos cazas de protección. De repente, nos atacan diez o doce FIAT y comienzan a dispararse con nuestros cazas. Nosotros seguimos nuestro camino y según vamos llegando al objetivo veo los fogonazos de los cañones en tierra y durante un tiempo, *fa, fa, fa, fa...* —grita agitadamente mientras mueve la mano como si tuviera una metralleta en mano— poco después *pa, pa, pa*, los veo de nuevo, pero esta vez la hondonada estaba más alta y dije: «Peligro ¡a la tercera nos alcanzan!». Era la artillería antiaérea con sus cañones de 88 mm de los alemanes. Eran muchos. De repente, escucho *craaaaaaakkk* —dice, gesticulando como si se hubiera producido un estallido contra él— y toda la cabina se llenó de gasolina. Había trozos de metralla... Puedes imaginar, ¡era una bomba volante! Empapado en gasolina, cayendo en altura, abro la ventanilla para respirar aire —gestos de ahogarse—, el cuadro de mandos

alterado, los depósitos de gasolina vacíos los cierro, el motor derecho estaba roto. No quería desesperarme —dice ajustándose las gafas y alzando las manos, palma extendida, signo de horror e imploración.

Silencio, precisa agua. Una servidora puede decir que también se encuentra dentro de aquel avión, transportada por nuestro amigo Guti en el espacio y el tiempo...

—Y la tripulación... ah, la tripulación, el observador y el ametrallador, siempre estábamos conectados, pero ahora no contestaban. Intento no perder la calma, estábamos en terreno enemigo. Lo único que se me ocurrió fue cambiar el rumbo, hacia Valencia, nuestra zona, republicana. Yo no sé cómo fue milagrosamente aquello, pero cuando pensaba virar a un aeródromo cercano, de repente veo que me viene por detrás, directo. Ahí me despedí de todo... me dije «estoy viviendo las últimas horas de mi vida» —mientras se lleva las manos a la cabeza con resignación—. Al primer impacto soy una bola de fuego porque estoy empapado en gasolina, a la primera ráfaga *boom* me revienta... Ahí me despedí de todo —cierra los ojos tras sus gruesas gafas de pasta negra, extiende las manos con las palmas abiertas como encomendándose a lo que fuera con resignación—. Estaba perdido. Y mira, de repente, veo milagrosamente un *Mosca*... ¡Un *Mosca* a mi lado!, de esos que te contaba nos acompañaban para defendernos de los Fiat italianos, que, por cierto, luego he sabido por los historiadores que ese *Mosca* era un ruso de la 5.^a Escuadrilla... Este camarada se me acercó, yo iba allí en pésimas condiciones, muy mal, muy mal, muy mal y me hace gestos como diciendo «qué tal», y yo le hacía así como diciendo que «bueno, dentro de lo malo»... Total, me acompañó hasta salir fuera de territorio enemigo. En estas circunstancias salí ya al mar y puse rumbo a Liria o a Manises, que tampoco sabía si llegaría.

Ésta es la situación límite en la que Gregorio Gutiérrez atisbó, aunque fuera por minutos, el fin de su vida.

—Y no acabó aquí el asunto —replica— porque iba volando *ro, ro, ro, ro*, seguía intentando contactar con mi tripulación en balde, y al final... ¡Veo Manises! Pero, claro, tomar tierra con el avión en esas condiciones, imagínate. Despejaron toda la zona, iba empapado en gasolina y podíamos explotar todos. Entonces, enfilo la pista de Manises y me dije «vamos a ver

ahora», voy a sacar el tren de aterrizaje... funciona, veo que sale y las indicaciones las tengo bien. Bueno pues por ahora bien, y cojo la pista y me digo «vamos a ver ahora las ruedas»... y ya metido en la pista rodando veo que las ruedas van bien... «Bueno, ahora toca los frenos»... Y no, no funcionaban, iba desbocado ¡sin frenos! Y cuando llego hacia el final de la pista, viendo que me voy a estrellar contra los hangares, pienso: «Me hago un caballito». ¿Sabes lo que es el caballito?

Negativa gestual...

—... dar un giro al avión con el timón, así se queda dando vueltas sobre sí mismo y *roooooaaaaaa* —chirría mientras da la sensación de estar al mando del aparato allí mismo—. Al final, por inercia, va frenando. Total, que aterricé, lo conseguí y mi preocupación, la tripulación, veo que están bien, los dos compañeros saltan y se me cuelgan al cuello de alegría —hace un gesto abrazándose a sí mismo con los brazos riendo de felicidad—. Me abrazaron y me dijeron: «¡Eres un tío cojonudo!». Entonces viene el jefe del campo de Manises y me dice: «¿Cómo han podido ustedes llegar hasta aquí en estas condiciones? ¡Si es imposible!». El ametrallador era Fernando Goitia y el observador era José Gil Guerola. Todo eso lo tengo documentado, ese día fue milagroso.

Ante esta y otras experiencias, siempre luchando contra aviones enemigos posee también su opinión al respecto de nuestra guerra.

—El comienzo de la sublevación, de la guerra civil, para mí fue el inicio de la segunda guerra mundial. Hitler proporcionó a Franco un número de aviones Junkers JU52 para que trasladaran las fuerzas de África, ése fue el inicio de la guerra mundial y las unidades que venían de la Legión Cóndor eran unidades completas. ¿A qué venían? ¿Eh? Pues aparte de derribar y cazar, ¡a entrenarse!

Estando en la 4.^a de *Katiuskas*, el sargento Guti fue el encargado de ensayar la instalación de aparatos de radio para comunicarse entre los *Katiuskas*, los Tupolev SB-2. ¿Cómo surgió la idea? Partió de un servicio de bombardeo estando en la 4.^a Escuadrilla al mando del aviador Jaime Mata. En el aeródromo de Celrà, Gerona, una mañana partió una patrulla en la que estaba Guti, con Cecilio Rodríguez, al frente de quien me habla en numerosas ocasiones halagando su amistad. Al regresar al campo observó

que Cecilio tenía a medio cerrar el compartimiento de bombas, de tal modo que al tocar las ruedas en el suelo durante el aterrizaje, se desprendieron rodando por el campo de aterrizaje. Afortunadamente, no explotaron porque tenían los seguros de las espoletas, pero el peligro era máximo.

—Claro, yo desde el aire me preguntaba: «Y ahora ¿cómo le hago saber a Cecilio lo que pasa?». Porque entonces ningún *Katiuska* tenía radio y tampoco la tenían los aviones de Kirovabad. Yo siempre he ido por delante y comencé a pensar, se lo dije al jefe de la 4.^a Escuadrilla del Grupo 24, Mata, y enseguida vino alguien para hacer varias pruebas. Me espabilé, en una de las pruebas desde el aire vi que hasta unos 200 kilómetros la comunicación con la base podía ser buena.

Según cuenta, después de aquellas pruebas experimentales se instalaron tres radios en tres *Katiuskas* de jefes de escuadrilla, en octubre de 1938, una de las cuales fue en el avión de Leocadio Mendiola, entonces al mando del Grupo 24 de *Katiuskas*, piloto harto conocido por su constancia y participación en la guerra civil, así como por los ataques aéreos que llevó a cabo sobre el acorazado alemán *Deutschland* y, especialmente, en diciembre de 1938, sobre el aeródromo de la Sénia (Tarragona), donde se encontraba acantonada la Legión Cóndor.

Experiencia, amistad, lealtad y resistencia...

—Yo valoro mucho la experiencia, pero también moralmente la lealtad y la amistad. Un compañero al que conocí en el 38 se convirtió casi en mi hermano. Nació el mismo día que yo pero un año antes. Fue mi jefe de escuadrilla, Cecilio Rodríguez, y estuvimos también un tiempo juntos en la cárcel. Son tantas las vivencias de guerra y las batallas que hizo frente el protagonista de este capítulo que resulta imposible resumirlas en unas páginas. «En más de una ocasión me salvé de milagro», dice recordando que su escuadrilla, justo un día que él no volaba por estar de servicio, sufrió el mayor descalabro de la historia: tres bombarderos fueron derribados sobre la zona de Badajoz en septiembre del 38. Tres aviones, nueve bajas, pilotos, observadores y ametralladores. A partir de entonces todos los servicios fueron de alto riesgo.

Al finalizar la guerra, el 29 de marzo de 1939, Gutiérrez se entregó con su unidad en el aeródromo de Barajas. Comenzaba para él y otros pilotos, entre los que se encontraba su gran amigo y jefe de la 1.^a Escuadrilla el teniente Cecilio Rodríguez, un vía crucis que iban a compartir durante años. Despojados de todas sus pertenencias, fueron conducidos en camiones a la prisión de Porlier (Madrid) y pocos meses más tarde serán trasladados, el 18 de julio, a la cárcel celular de Valencia, la cárcel Modelo, en la tercera galería destinada a los condenados a muerte porque el 25 de agosto del 39 serían sometidos a Consejo de Guerra Sumarísimo por delito de «adhesión a la rebelión».

—A otros compañeros los fusilaron directamente —dice cabizbajo.

Hacinados, con frío, durmiendo en el suelo y en pésimas condiciones infrahumanas propias de las cárceles del primer franquismo, permanecieron tres meses. En noviembre se les conmuta la pena máxima y son trasladados al penal de San Miguel de los Reyes, también en Valencia, donde deberán cumplir la condena de veinticinco años que, después, sería reducida a ocho. Allí impartieron clases de matemáticas y de física gracias a un profesor recluso ingeniero.

—Aquello era terrible, apretados, repletos de piojos, pero estábamos vivos. A Cecilio le destinaron a otro lugar por unas gestiones de su familia y ya no supe más de él... ¡hasta treinta años más tarde!

Nuevo traslado, también en Valencia, a la cárcel de Santa María del Puig, un antiguo monasterio convertido en presidio del cual recuerda dormía en el suelo, sobre una colchoneta de lona con algún relleno de paja en su interior. Fue donde se propagó una epidemia de virus exantemático y casos de malaria que provocaron muchas muertes. Él también enfermó, pero logro salvarse.

En junio de 1941 llega un indulto, de los ocho años de condena habrá cumplido más de dos y a inicios de julio del 1941 Guti sale de la cárcel en libertad condicional. Regresó a Madrid, donde reabrió su negocio de venta y reparación de aparatos de radio, reuniéndose de vez en cuando con algunos camaradas de combate en algún café madrileño donde comentaban

el avance de las tropas de Hitler sobre territorio soviético y la preocupante situación internacional. Aún recuerda aquellas noticias que difundía la BBC de Londres en sus emisiones en español.

—Nosotros, como casi todos, esperábamos que ganaran los aliados y que su victoria se extendiera a España y terminara con el Régimen de Franco. Pero no...

Mientras en junio de 1941 el Reich lanzaba su poderosa máquina de guerra contra la Unión Soviética destrozando la aviación rusa y avanzando cien kilómetros diarios, llegando en quince días a las proximidades de Minsk, cercado a cientos de miles de soldados rusos —palabras de un emocionado Guti—, en España la represión franquista, inflada por sus socios fascistas europeos, ya no tendría fin.

Es entonces cuando los jóvenes que no habían hecho el servicio militar con el nuevo régimen tendrían que incorporarse a filas. Guti se reunió con sus compañeros para tomar una decisión, ser prófugos o entrar en los Batallones Disciplinarios por ser desafectos, o formar parte de la Legión.

Como él dice, ya habían pasado tres años de guerra, otros tres de miseria y enfermedad en las cárceles y pensaron que superarían la disciplina militar. Se expusieron y, tras numerosas discusiones, Guti y sus compañeros cumplirán el servicio militar alistándose en la Legión, el 18 de diciembre de 1941, durante tres años, hasta licenciarse el 15 de enero de 1945. Fueron conducidos a Melilla, acuartelados en la base del Tercio del Gran Capitán, en Tauima.

Lo recuerda como un gran recinto cerrado de varias hectáreas de un terreno semidesértico donde durante un mes recibieron instrucción de reclutas antes de tener un destino. «La vida en la Legión era difícil y dura, te sometían a un adoctrinamiento intenso para adquirir el espíritu legionario, endurecerte al límite someténdote a esfuerzos y trabajos innecesarios», dice en sus escritos sobre su etapa en la legión publicadas en la revista *Ícaro*, boletín trimestral de la Asociación de Aviadores de la República. Primero fue destinado a la 1.^a Bandera del Tercio Gran Capitán que se encontraba en el campo de Gibraltar, en San Roque y posteriormente, debido a sus conocimientos de radio y transmisiones, sería

enviado a la Plana Mayor, siendo una de sus misiones: «Salir al campo todas las mañanas e instalar los heliógrafos a unos 500 metros de distancia para hacer prácticas de enviar y recibir mensajes».

—Y, mira, que el personal oficial de la Legión no sabía nada de lo que éramos nosotros, republicanos.

Rescatando de nuevo su periplo a través de varios números de la revista *Ícaro*, en los que detalla su experiencia en la Legión, diremos que fue en la primavera de 1942 cuando sus superiores supieron de su estancia y formación con otros republicanos en Kirovabad. «Veía la cara de asombro de todos, el comandante me hizo más preguntas, de todas salía airoso. Me preguntó: “qué ha sido usted en la guerra?”, y le dije: “Piloto de aviación”. Fue entonces cuando se enteraron de que entre los legionarios había unos pilotos republicanos. Sonó como una bomba entre los oficiales.»

A pesar de la desconfianza provocada, debido a sus conocimientos, sería respetado y llegó a ser cabo legionario. La relación de Guti con los oficiales era correcta, aunque él marcaba las distancias, pero se fueron generando discusiones en aumento con motivo de las acciones durante la segunda guerra mundial, especialmente a raíz de la derrota alemana en territorio soviético. Será destituido, considerado desafecto al régimen y destinado a la 3.^a Compañía al mando del capitán Montilla, donde llevó a cabo misiones descabelladas hasta noviembre de 1944, cuando la 1.^a Bandera de la Legión al completo es trasladada a otro lugar.

A bordo de un tren de mercancías serán enviados al Pirineo catalán, momento en que los maquis habían penetrado por el Valle de Arán. Todavía cuenta cómo, junto con cinco legionarios, durmieron sin comer bajo un frío helador en un cobertizo repleto de nieve, justo cuando cumplía veintiocho años y le quedaba un mes para licenciarse. Su compañía se establece en Luzás-Lascuarre, alojados en un pajar, donde merodeaban ratas de noche, envueltos los pies con trapos y encima se calzaban las botas. «Salíamos a patrullar al monte. Un servicio que nos fue encomendado de gran responsabilidad fue conducir una caravana de mulos que portaban municiones, mantas, capotes, etc., a través de la sierra. Yo era el jefe de la expedición con mis cinco legionarios. Nos guiaba una persona que conocía la montaña, hicimos unos diez kilómetros. Temía toparme con maquis pues,

aunque de buen grado les hubiera dado todo, debería irme con ellos porque bajo ningún concepto podría regresar después de una emboscada y decir que le han quitado a uno todo. Al final todo salió bien.»

Tras licenciarse retomó su taller de radio en casa porque la perspectiva de negocio era buena y contaba con buena clientela de la taberna que regentaba su hermano Eugenio, tres años mayor que él. Después, en 1951 ingresó en Radio Intercontinental de España como técnico de radio, donde trabajó durante treinta y cinco años en esta entidad en la que su accionista mayoritario era nada más y nada menos que Ramón Serrano Suñer.

Mientras cuenta su trabajo en la emisora, muestra varias carpetas de las que extrae fotos y catálogos de Radio Volga y Radio Andorra, cuyo propietario, el francés Jacques Tremolet, era también el dueño de Radio Intercontinental.

—En la emisora había un compañero que había ingresado, no era técnico de radio pero era un universitario, Químicas o algo así, la cuestión es que la emisora fue montada por un tal Jaques Trémoulet, francés, dueño de las emisoras de Radio Toulouse, Radio África de Tánger y varias emisoras fantásticas y Radio Andorra que tenía un éxito extraordinario en España. Luego llegó Serrano Suñer dijo: «Aquí si yo tengo el 51% de las acciones y salimos mañana». Así se hizo la familia Serrano Suñer con la dirección de la emisora. Lo conocí porque tenía que despachar con él... ¡era mi jefe!

—Y no tuvo ningún problema sabiendo quién era Suñer o, mejor dicho, que él conociera su pasado republicano.

—Nada en absoluto, cuando yo entré en la radio tenían un problema y yo lo solucioné. Estuve allí treinta cinco años, todo ese tiempo no he estado en la radio pero sí vinculado porque con la jubilación me dijeron de ir dos veces al mes. Conocía a Ángel Echenique, la estrella de la radio del momento —me enseña unas fotos con el famoso y extrae un papel de otra carpeta—. Mira, esta carta es una felicitación de Serrano Suñer por un trabajo que habíamos hecho en la emisora, ese problema que te dije antes. Colocó a su hijo de director, salió de ingeniero sin tener idea de nada, él firmaba todo pero nosotros hacíamos los proyectos, planos, todo.

Selecciona un par de fotografías. En una aparece un Guti joven con bigote y otro técnico en una especie de sala de mandos de una nave espacial de film años cincuenta, pero no, es nuestro protagonista revisando el control, la cuestión técnica, las entrañas de la radio, mirando las máquinas ubicadas en la pared.

En una de las paredes de la sala donde estamos haciendo la entrevista se distingue un dibujo de un avión, coloreado, precioso. Guti se levanta de la silla y con un lapicero me indica su composición.

—Aquí va el piloto, o sea yo; aquí el observador y, aquí detrás, el ametrallador para defendernos de los cazas enemigos. Era un avión de 1.700 caballos, o sea 850 caballos por motor porque tenía dos. El verdadero nombre de este avión es Tupolev SB2, *Katiuska* se le puso aquí en España —me explica didácticamente.

Mirando el dibujo se queda en silencio, esbozando una sonrisa sin el puro nervio que le caracteriza y, tras murmurar un casi imperceptible, «qué buenos recuerdos», regresa a la realidad de un respingo y dice:

—Ven, te enseño otra cosa. Mira éste es otro libro, pero tiene una particularidad, te la cuento. *La guerra de España desde el aire*, de Jesús María Salas Larrazábal, que es un historiador cuyo hermano, Ángel, fue el piloto causante del duro golpe que sufrimos en una escuadrilla porque derribaron tres aviones *Katiuskas* el 2 de septiembre de 1938, en Extremadura. Te lo muestro para que veas las firmas... Se las enseñé al autor del libro en persona, con las firmas todas de republicanos —ríe despiadadamente—, el Larrazábal era del bando contrario. Pues bien, los aviadores, tras acabar la guerra, llevábamos mucho tiempo dispersos y la primera reunión que tuvimos clandestina fue el 1 de mayo de 1970, en Valencia. Firmó Mendiola: «A mi hermano Guti con un abrazo», y ves que hay un montón de firmas en la primera página, son todos compañeros aviadores... Pues bien, en el año 1999 se lo enseñé al propio autor del libro quien, como verás, me dedicó: «A mi amigo Guti, actor parcial de la historia».

En las estanterías de su despacho se distinguen otros libros como *Habla un aviador de la República*, de su amigo Juan Lario, *Sangre en el cielo*, de Francisco Tarazona, *El general SS*, algunos de la aviación republicana,

otros de la Legión Cóndor, la biografía de Franco escrita por Paul Preston, a quien conoce personalmente... Tiene muchos libros dedicados por su autor, como las memorias de Santiago Carrillo que dice: «A mi camarada de las JSU, piloto de *La Gloriosa*. Con un fuerte abrazo. Santiago Carrillo». En sus estantes preside un precioso cuadro de aviación pintado por Luis Mira, 2006.

A partir de 1970 intensificó sus contactos con sus compañeros de aviación a fin de constituir una asociación y se unió a la celebración de las comidas de Valencia en mayo de 1970 y, posteriormente, a la de Benidorm, encuentros que fraguaron la creación de la Asociación de Aviadores de la República. Hoy es el presidente de la directiva nacional de la ADAR.

Cuando finalizamos las horas de charla en su casa, hace un balance de sus tiempos de guerra y de paz:

—Yo pongo en una balanza mi vida y considero que he sido muy afortunado en todo, en mi familia, en mi trabajo, en todo. El tiempo que estuve en la guerra, luché con sentimiento, con todas las fuerzas que tenía. Pero al perder, cuando no hubo más remedio que aceptar la derrota, sufrí mucho, muchísimo, con resignación también. ¡Qué terrible guerra! Cuando comenzamos la contienda, en nuestra escuadrilla éramos 12 aviones, tres tripulantes en cada avión, piloto, observador y ametrallador. Formábamos casi una familia, nos entendíamos bien. De estas unidades, la mitad fue derribada. Por eso, haciendo un balance, siempre digo que me he librado milagrosamente de la muerte. ¿No es eso tener suerte?



17

Antonio Vilella Vallès

(Barcelona, 6 de diciembre de 1916-30 enero 2016)

Un mecánico de aviones de combate en primera línea del frente



FUE UNO DE LOS MEJORES mecánicos de la 4.^a Escuadrilla de *Chatos* (avión soviético de caza Polikarpov I-15), estuvo en primera línea del frente y arriesgó su vida reparando aviones averiados, bombardeados o ametrallados en los lugares más peligrosos e inhóspitos.

Enamorado de los aviones y apasionado por la mecánica y la aeronáutica, Antonio Vilella todavía revive aquel glorioso pasado de la aviación que, durante la guerra civil, entró en combate contra un enemigo despiadado amparado por el nazi-fascismo de la Legión Cóndor y la aviación italiana.

Quería conocerle en persona. Por eso una tarde, gracias a la acción de Antonio Valldeperes, vicepresidente de la Asociación de Aviadores de la República (ADAR), cuyo presidente honorario en Barcelona es precisamente Antonio Vilella, acudí a su domicilio para entrevistarle junto con Pablo Villarrubia, otro apasionado no sólo por los temas aeronáuticos sino también por la recopilación de testimonios históricos.

Al llegar no me sorprendió ver a nuestro veterano protagonista sin hablar, frágil y con escasa movilidad. Me habían prevenido. Sin embargo me pareció feliz a sus nada más y nada menos que noventa y nueve años. Aparece en el salón caminando lentamente, paso a paso, enfundado en unos grandes pantalones con tirantes, se sienta en uno de los sillones con dificultad pero rostro sonriente, irradia tranquilidad. Mientras conversamos, él emite monosílabos, un sí, un no por toda respuesta, pero intuyo que no pierde el hilo de la conversación, capta el mensaje, lo observa todo, está absolutamente atento y tiene el oído muy fino. Su mirada refleja bondad, la de una persona inteligente y un hombre ingenioso abanderado de sus ideales.

—La guerra les ha hecho muy resistentes —me dice su hijo, de igual nombre, Antonio, quien, junto con su otra hija, le cuidan con esmero y mimo.

Ojos nostálgicos, brillo respingón. No sé por qué pero me parece absorto en su pasado, protegido por sus recuerdos, sus objetos, documentos, fotografías, preciosos cuadros de aviación del pintor Casademont. Su hijo, nuevamente al rescate de la historia de su padre durante nuestra visita, responde:

—Ha sido siempre un republicano de cuerpo, mente, filosofía y espíritu.

Nos enseña la Medalla de Oro al Mérito Cívico que el Ayuntamiento de Barcelona, coincidiendo con el centenario de la Aviación, concedió en 2010 a la ADAR en su 30 aniversario de existencia como reconocimiento a su trayectoria y homenaje a los aviadores republicanos que lucharon en la guerra. Recogió el diploma Vilella, quien sucedió en la presidencia de la ADAR al piloto Francesc Vinyals (1915-2011), jefe de la 2.^a Escuadrilla de

Chatos. Poco después, en 2011, la entidad recibió otro distintivo, la Creu de Sant Jordi por su labor de difusión de la historia del Arma de la República, así como la preservación del material de sus veteranos de guerra.

De igual modo tiene expuesto, entre muchos documentos enmarcados en su domicilio, un diploma recibido en 1997 del Museo de Aeronáutica y Astronáutica por su colaboración con este organismo. Cientos de fotografías, algunas en su pequeño despacho, otras en carpetas. Destaco la de dos mujeres aviadoras: Dolores Vives Rodón (fallecida el 12-06-2007) y Mari Pepa Colomer Luque (24-05-2004) con una inscripción a mano en el reverso de la foto donde aparece el lema «Honor ante todo», y una fecha, 1934, Barcelona, aeródromo de El Prat.

—Las conocí, hablaba mucho con Pepa. Piensa que por esta casa han ido pasando bastantes aviadores, algunos míticos, como Mendiola o Robles... —dice el hijo.

Durante la conversación pregunto a los presentes por los años de la gestión de Vilella en la presidencia de la ADAR mientras él, sentado en el sillón, sigue sin prestarnos demasiada atención, aparentemente...

—¿Creo que son ocho años, verdad? —dije mientras comentábamos si acaso eran más, cuando súbitamente, alto y claro se oye.

—¡No, son diez años! —dice Antonio exactamente con todas las palabras y en voz alta.

Todos reímos por su buen oído y su espontaneidad.

Nació el 6 de diciembre de 1916 y, como la gran mayoría de los entrevistados de *Atrapados*, procede de familia humilde, padres traperos, esforzados por trabajar y dar lo necesario a sus cuatro hijos. Fue a la escuela hasta su adolescencia, a los trece años. Un año después ya comenzaba a trabajar de mecánico en un taller de motos de Barcelona donde inició su afición por los motores. Se afilió a la UGT y de noche estudió en la Escuela Industrial comenzando sus primeras conversaciones con otros alumnos interesados por la política de forma entusiasta. Democracia y tolerancia fueron sus bases.

En este momento comenzó la guerra civil. Él, al igual que otros entrevistados como el guerrillero Martí Bielsa o el aviador Gregorio Gutiérrez, observaba un movimiento revolucionario constante, consignas

eufóricas, camiones repletos de voluntarios con fusiles que partían a la guerra para recuperar Zaragoza de la franja *nacional*, de manos de los sublevados militares. En octubre de 1936 se presentó a una convocatoria de mecánicos de aviación en Barcelona, al igual que lo haría con otras pruebas para piloto de avión. No superó estas últimas debido a un estricto reconocimiento médico, por un pequeño margen, en un examen visual, pero sí aprobó las de mecánico. Junto con 152 alumnos elegidos, fueron conducidos al convento de Los Jerónimos en Murcia en enero de 1937 para llevar a cabo un intenso programa de instrucción militar y formación en materias como física y matemáticas para integrarse poco después en la Escuela de Mecánicos de Godella, Valencia, el 12 de marzo de 1937.

Su preparación era férrea y altamente competitiva, tenían que estar capacitados para resolver los problemas que pudieran encontrarse en el frente. Vilella era una auténtica enciclopedia viviente y poseía el temple necesario para reparar aviones bajo la presión de los bombardeos, soportando el sonido de las ametralladoras y el silbar de las balas. Situado entre los diez mejores clasificados de la escuela, sería conducido a San Javier, en Murcia, donde tendría contacto con el director de Escuelas de Vuelo, Alejandro Gómez Spencer, un personaje histórico de la aviación. Fue quien había llevado a cabo en Madrid, en febrero de 1923, uno de los vuelos de pruebas pilotando el autogiro, el precursor del actual helicóptero, ideado y construido por el ingeniero Juan de la Cierva.

Su primera misión sería en Alcantarilla, de voluntario, donde se le encomendó tareas de profesor de motores para los jóvenes que llegaban a la Escuela Elemental de Vuelo. Por desgracia, y a pesar de ser un hombre fuerte, allí contrajo el paludismo, en octubre de 1937. Mientras hablamos de ello y de su enfermedad, de repente me mira y dice:

—¡Herido nunca!

—¿Tuvo entonces buena salud siempre? —le pregunté.

—Sííí —responde serio incidiendo en una alargada «í».

—¿Y buena suerte también?

—Sííí —repitió y calló de nuevo.

Regresando a su biografía, en parte recuperada gracias a los comentarios de sus hijos, en parte a los emitidos por Valdeperes y una parte muy generosa gracias a *Alas de Libertad 3* (de Manuel del Río Martín), cabe decir que su siguiente destino oscilará entre Alcantarilla y El Palmar, donde hacían falta mecánicos y él, convertido ya en sargento, realizará el mantenimiento de las avionetas. Los mecánicos siempre se movían de un lugar a otro, trazando diferentes destinos, siguiendo fielmente a la Escuadrilla. Durante la guerra crearon los «trenes rodados», incluyendo todos los elementos precisos para el buen funcionamiento de una escuadrilla: coches, camiones, y material para reparación de aviones.

Entre las más diversas y arriesgadas misiones, un día tuvieron que partir al frente, a bordo de un camión que fue recogiendo a los mecánicos de las distintas escuelas para trasladarlos a Villafamés, en Castellón, con el fin de asistir a la 4.^a Escuadrilla de *Chatos* del Grupo 26, donde permaneció Vilella desde abril de 1938 hasta el final de la guerra. Allí reparó eficientemente los aviones soviéticos de caza, *Chatos* y *Moscas*, pero también experimentó situaciones de peligrosidad como el ataque de unos Messerschmitt en vuelo rasante ametrallando la zona.

Durante la guerra se produjeron sucesivos y constantes cambios de destino en función del movimiento de las tropas y de los aviones. Primero Alcublas (Valencia), después El Toro (Castellón), que es donde aconteció, el 24 de mayo de 1938, en plena guerra, uno de los hechos más narrados de la aviación. El jefe de mecánicos, Juan Martínez Bellido, avisa a Vilella de que un avión ha caído entre líneas, es preciso ir a recuperarlo, a unos treinta kilómetros de distancia del aeródromo donde se encontraban. Prepararon las herramientas y, en previsión, cargaron un bidón de gasolina. Llegaron casi anocheciendo, los disparos iban amainando con la caída del día y decidieron entrar en acción de noche para evitar ser descubiertos por el enemigo. El trabajo no fue fácil, el depósito estaba agujereado y completamente estancado. Con grandes dificultades lograron extraerlo y reemplazarlo por el que tenían con las herramientas. Tan difícil acción casi les cuesta la vida. Amanecía y el avión seguía en tierra...

Allí estaba Vilella con otro mecánico y el conductor del vehículo de la puesta en marcha, un Hispano-Suiza de gran velocidad, seis cilindros, excelente suspensión y resistencia pero el avión seguía sin arrancar a pesar de que estos vehículos «volaban» para hacerlo despegar. Los conductores de las puestas en marcha debían ser valientes, arriesgados hasta el límite mientras a su alrededor caían bombas. Los mecánicos también. El día clareaba, runruneaba el motor del coche, el avión no funcionaba y los disparos del enemigo volvían a la carga. El ruido de los motores hizo que les descubrieran. Comenzaron a dispararles con morteros y, en el momento más crítico, el avión despegó finalmente. Misión cumplida.

Si los mecánicos fueron imprescindibles en la aviación, en el «eslabón de tierra», los hombres de las puestas en marcha hacían un trabajo encomiable, tenían que arrastrar con sus vehículos de potencia el avión para lograr que despegara. Mecánicos, conductores de las puestas en marcha, armeros que abastecían de munición, fotógrafos, cartógrafos... Todos ellos, menos citados que los pilotos al hacer referencia a las Fuerzas Aéreas de la República, tuvieron un papel decisivo para que los aviadores llevaran a buen puerto sus misiones.

La relación piloto-mecánico es fundamental en el campo de batalla. Tanto es así que pilotos como Guti suelen decir que son como hermanos. Después de una hora de vuelo, y bombardeo, la tensión y la atención a la que estaban sometidos durante el combate era extenuante. Acabada la misión y una vez descendían del avión entraban en acción los mecánicos, que revisaban el aparato para detectar cualquier fallo, anomalías, agujeros... y pasaban el parte al jefe de mecánicos quien, a su vez, daba parte al Estado Mayor de la escuadrilla. Luego, repostaban gasolina y aceite y, finalmente, de nuevo salían a volar. Así lo contaba el propio Vilella en *Alas de libertad* 3.

Un camión-taller con repuestos servía perfectamente para solucionar las reparaciones menores. Para las más importantes, cada Grupo disponía de un impresionante coche-taller, de los cuales seis fueron adquiridos en Estados Unidos y estaban equipados con el mejor utillaje y las máquinas más modernas. Dicho camión medía unos doce metros de longitud y poseía tornos, máquinas de perforar, limadoras, máquina de serrar, fresadora, equipo de soldadura eléctrica y autógena. Los mecánicos estábamos maravillados con aquellas selectas herramientas [...]

De noche, dos horas antes de levantarse los pilotos, los mecánicos nos dirigíamos al campo para probar el motor y las ametralladoras de los aviones. Nos sentábamos en la cabina con el chaquetón de cuero y cuando era pleno invierno nos caían los chorros de agua por encima del cuerpo a medida que el calor del motor fundía el hielo acumulado en los planos. La puesta a punto de las cuatro ametralladoras del *Chato* era un espectáculo de luz y sonido. Cuando las balas incendiarias y las trazadoras salían de los aparatos desperdigados por el campo formaban brillantes rayas multicolores y se entrecruzaban. Terminadas las pruebas, repostábamos y realizábamos otra concienzuda inspección al aparato.

Hablando de peligros, nos comentó Antonio Valldeperes, vicepresidente de la ADAR, que uno de los peores bombardeos que siempre le explicó Vilella tuvo lugar en Villar del Arzobispo, donde permaneció un tiempo reparando aparatos *Moscas* de otras escuadrillas. Las bombas caían a pocos metros, se lanzó al suelo. Él contaba que escuchaba algo definible como un potente retumbar, como un soplido. A cada bomba que caía, sentía cómo la onda expansiva le hacía elevarse del suelo hasta medio metro de altura, antes de caer nuevamente a tierra. Eran los aviones de las tropas franquistas, en realidad, aviones alemanes, Heinkel HE-111, que mataron a algunos de sus compañeros mecánicos e hirieron a muchos otros.

Durante la guerra fue destinado a diversas bases y aeródromos, especialmente en Murcia y Valencia, hasta ser trasladado a Cataluña hacia el final de la Batalla del Ebro. Saceruela y La Garganta (ambas en Ciudad Real), La Senyera y Utiel (en Valencia), La Rabassa (Alicante), El Carmolí (Murcia) son algunos de sus destinos. Resistencia e instinto de supervivencia constituía el día a día de este veterano teniente de la aviación republicana hasta el final de la contienda, cuando afrontó la derrota con entereza y amargura. Desde el frente de Levante organizó la entrega, «en perfecto estado de revista», del material de la 4.^a Escuadrilla de *Chatos* del Grupo 26 a las fuerzas franquistas. Es un momento que siempre recordó emocionado e indignado. Distribuyó a los hombres con todos sus equipos, coches, talleres rodados, otros vehículos y, organizadamente, una caravana partió de madrugada hacia Manises, Valencia, para hacer entrega de sus unidades.

—Después de Manises a Barcelona fue en tren, llevaba un maletín de hierro hecho por él mismo con la munición, porque él es mecánico y chapista y mañoso. Dentro llevaba su documentación —comenta Antonio al recordar el pasado de su padre.

—¿Y nunca emitió su opinión sobre la segunda guerra mundial que comenzaría al poco de finalizar la guerra civil?

—Mira, durante la segunda guerra mundial él ya estaba en España. Fuera de casa no podías hablar, solamente podías hacerlo dentro de casa, con prudencia o te podían detener —comenta la hija de Vilella—. Para conseguir trabajo y alimentos tuvo que hacer de traperero, iba con un carro a Vallvidrera y, con los años, llegó a fundar una empresa, medio cooperativa, que fue creciendo. Para él fue muy duro comenzar de cero en el franquismo. De traperero pasó con los años a los transportes de camiones, que era su empresa. La madre estaba en casa. Los aviadores hacían encuentros clandestinos. Él era presidente de la sociedad de transportes, fue bien y sigue funcionando actualmente. Un día se reencontró con antiguos compañeros aviadores de la guerra, uno de ellos era Jaume Mata, impulsor de los reencuentros y de la ADAR tras la muerte de Franco.

Terminada la guerra buscó trabajo en una fábrica de *Chatos* de Sabadell, donde permaneció un cierto tiempo, contratado por su gran experiencia en el cambio y montaje de motores, algo que era capaz de hacer en tres horas cuando generalmente los demás tardaban hasta una jornada entera, pero le llegó un requerimiento por el que se debía presentar en el Palacio de Justicia. Le condenaron por «auxilio a la rebelión» a cuatro años y un día pero no entró en presidio debido a una disposición según la cual los que tenían cuatro años o menos no cumplirían condena. Poco después fue llamado para incorporarse a los batallones disciplinarios de trabajadores. Primero fue enviado a un campo de trabajo en Horta de Sant Joan (Tarragona), donde desempeñó un trabajo duro a pico y pala en pésimas condiciones. Después fue conducido a la frontera con Francia para cavar trincheras, más tarde tuvo que reconstruir carreteras en Tortosa y acabó como conductor de camión. Así transcurrieron sus tres años más difíciles en los cuales, aunque él no lo cuenta pero sí lo transmiten sus hijos, Vilella se vanagloria de mantener siempre su ideal de izquierdas.

Como mecánico de *Chatos* y de *Moscas*, una de sus alegrías fue colaborar en un hermoso proyecto: la construcción de una réplica de un *Chato*, promovido por el Museo de Cuatro Vientos, Madrid. Se convirtió en un intenso trabajo desde sus inicios, en 1986, hasta su finalización en mayo

de 1988. A partir de la documentación recopilada se dibujaron los planos necesarios para construir con exactitud las piezas. Él, personalmente, se encargó de la instalación del motor y los accesorios de este aparato para cuya construcción se emplearon cerca de seis mil horas de intenso trabajo. El resultado fue todo un éxito, lograron reproducir fielmente uno de aquellos míticos aviones.

De igual modo, Vilella, abanderado de la defensa y la memoria de los veteranos del Arma Republicana, fue el impulsor del monumento en memoria de los aviadores de la República, en el parque de La Bassa, Gandesa, provincia de Tarragona, donde anualmente se reúnen familiares y amigos que rinden homenaje a sus veteranos de guerra. Es precisamente aquí donde se creó el Centro de Estudios de la Batalla del Ebro y donde se organizan sendos homenajes en el marco de actividades de Memoria Histórica, como la exposición «Aviadores de la República», organizada por la ADAR. Gandesa es un enclave especial, escenario sangriento de duros combates durante la Batalla del Ebro, la batalla de las batallas y el fin de la guerra.

A punto de editarse *Atrapados*, conozco la noticia del fallecimiento de Antonio Vilella, algo que me entristece. Hombre querido y respetado, su entierro fue una demostración más de cariño y solidaridad. Parientes, descendientes y amigos de sus compañeros de guerra, de lucha y de vida, acompañan a sus familiares en un último adiós al que se suman autoridades locales, instituciones y representantes de asociaciones. Detrás de su féretro y sobre una gran corona de la ADAR, cuelga la bandera de la República con las alas de la aviación. Todo un homenaje para un veterano que, desde joven, tomó como lema de vida dos premisas: la primera el Honor; la segunda, tal como leo en *Alas de Libertad 3*, la máxima del filósofo Bertrand Russell que dice: «El entusiasmo es fuente de salud y de bienestar». Inolvidable Antoni Vilella.



TESTIMONIOS

POR MAR

Niños de la guerra en barco rumbo a la Unión Soviética

Tengo el presentimiento de que os veo por última vez,
que os pierdo para siempre...

(Memorias de Lara,
TATIANA/JOSEFINA PÉREZ)

18

Teresa Alonso Gutiérrez

(San Sebastián, 18 de marzo de 1925)

Una española en el Sitio de Leningrado.
«Los muertos transitaban bajo el hielo de
Leningrado; los vivos comían carne humana»



Una de las escenas más dantescas que recuerdo era la muerte en las calles. Una muy concreta, dentro del Sitio de Leningrado, la tengo clavada: la de un hombre sin cabeza —silencio, se quiebra su voz—. Invierno de 1941-42. En medio de una ciudad destruida, miserable, helada y hambrienta, sacábamos a los muertos de sus casas para evitar epidemias. Un día bajaba por la escalera con un muerto, fue horrible, no podía con él, no tenía fuerza suficiente y escuchaba cómo, al arrastrarlo, su cabeza

golpeaba revotando contra el suelo... plop plop, plop. Ese sonido lo tengo en la cabeza metido. Miro para atrás y veo que no tiene cabeza. Quien iba conmigo me dijo que ya daba igual y le dije, no, no, me fui por donde había venido, la encontré, la cogí y cuando dejamos su cuerpo junto a otros, puse su cabeza al lado. Primero pasaba una camioneta a recoger los cadáveres, después fueron tantos que hacían un hoyo en un jardín o donde fuera y allí los iban echando. Luego ya no había sitio y los tiraban al río... el río, ay, el río... los cuerpos transitaban por debajo del hielo. Qué visión, era horrible. Cuando se descongeló aún fue peor, parecían maderas. ¿Sabe alguien lo difícil que era hacer un agujero en tierra helada? —dice mientras llora—, es que no podías... Alguien tenía que llevarlos en trineo o como fuera, buscando dónde enterrarlos. El enterrador, de haberlo, lo hacía a cambio de pan. Pero había tanta hambre que, buscando obtener más pan, cuando nadie le veía, sacaba aquel cuerpo del hoyo y lo utilizaba para otro muerto a cambio de otro pedazo de pan. Nosotros, el voluntariado de jóvenes del Komsomol, pasamos mucho frío y mucha hambre, pero nos obligábamos a movernos, a seguir activos. Quien se caía o se sentaba, moría congelado, era su sentencia de muerte.

(Entrevistas en su casa, abril-mayo, octubre 2015)

ESCUCHARLA ES ESTREMECERSE, entrar en las venas de la Unión Soviética de Stalin y, especialmente, en el horror cotidiano en el interior del Sitio de Leningrado. Teresa Alonso llegó al país con doce años, en 1937, huyendo de la guerra civil en España, estudió en una casa de niños de Kiev, después en una escuela de segunda enseñanza, aprendió el idioma, compartió su cultura, se impregnó de su alma. Mil quinientos niños en su expedición, veinte años en aquellas tierras antes de regresar a una España desconocida. Eran los hijos adoptivos del pueblo soviético.

Pero la vida idílica de los primeros años de amistad y aprendizaje se truncó con el ataque de las fuerzas del Reich en la URSS, segunda guerra mundial, en su intento de conquistar Leningrado, la actual San Petersburgo.

Entre el 8 de septiembre de 1941 y el 27 de enero de 1944, los casi novecientos días de horror, exactamente 872, y más de cien mil bombas costaron la vida a cerca de un millón de personas.

Nuestra protagonista estuvo allí, vivió el peor momento, el invierno de 1941-1942, cuando el cerco alemán se había completado y los accesos vitales de Leningrado estaban cortados, sin comida, ni agua corriente, ni electricidad, ni transporte público...Teresa decidió participar, estuvo en el frente los primeros días de la guerra, también en la retaguardia. Hacía barricadas, cavaba trincheras, ayudaba a los moribundos, auxiliaba a la gente, formaba parte de una brigada sanitaria, fabricaba material de guerra... siempre evadiendo las bombas y los morteros que caían por doquier reventando la ciudad de Leningrado y vidas humanas. Con el bloqueo y los más de treinta y tantos grados bajo cero se desbordaron el hambre, la muerte y la desesperación de la población. Por haber estado en el Sitio, por haber participado como voluntaria en las brigadas del Komsomol, recibió finalmente un homenaje. «En honor a la defensa de Leningrado», reza una inscripción, pero la distinción recibida es el reconocimiento a un arduo trabajo de humanidad, respeto y dignidad.

Al hablar de la invasión nazi alemana de la Unión Soviética en el marco de la segunda guerra mundial, en su frente Oriental, se suele hablar de una de las víctimas más conocidas, Rubén Ruiz Ibárruri, hijo de La Pasionaria, acontecida en otra batalla, la de Stalingrado, actual Volgogrado (del 23 de agosto de 1942 al 2 de febrero de 1943), pero muchos otros anónimos españoles murieron en tan lejanas tierras defendiendo aquel país, luchando contra el fascismo europeo invasivo, apoyando al Ejército Rojo y a la población soviética devastada. Unos eran soldados del Ejército Republicano español y aviadores de la República; otros, los niños de la guerra, aún adolescentes, mentían sobre su edad para participar en la defensa del pueblo ruso.

Después, durante la evacuación, Teresa transitó por el helado lago Ládoga en una caravana de camiones cuyo paso hacía retumbar el hielo con peligro de agrietarse y hundir la expedición. Era el día de su cumpleaños, diecisiete años. Sus vidas aún peligraban en aquellos tiempos de guerra. Cruzaron las nevadas montañas del Cáucaso, fueron detenidos por los nazis,

ella escapó al galope. Aquellos jóvenes, algunos españoles que ya no sobreviven, eran los *molodchi*, tal como escribe en sus memorias Teresa, los jóvenes valientes como les llamaban las tropas soviéticas.

Herida de guerra en la espalda por un obús, aún perduran también otras heridas más profundas, de vida y de muerte, las que no se ven y habitan en la mente para siempre. Una de ellas es la separación de su familia durante la guerra civil en España. Otra, la pérdida de compañeros y las dantescas imágenes de un Leningrado incendiado con olor a putrefacto. La tercera, las del amor, la pérdida de su amado Ignacio, niño de la guerra y aviador que terminó derribado en batalla y enterrado en Estonia. ¿Qué puede opinar una persona como ella sobre la guerra y el fascismo?

—A mí el fascismo me deshizo la vida. No pudimos luchar en España porque éramos niños, por eso estuvimos en la URSS luchando por su liberación, combatiendo contra el fascismo, enemigo común. Así también nos vengábamos de los familiares que murieron y padecieron aquí en España. He vivido dos guerras. No, no soy niña de una guerra, soy niña de dos guerras.

Para mí era desconocida su historia, no he visto jamás ningún artículo de su vida, permaneció en silencio siempre, o casi siempre porque ahora, en su casa, me enseña una breve biografía que escribió hace bastante tiempo para su familia. Me pregunto: ¿Cuántas personas todavía viven sin hablar? Son los últimos testimonios de acontecimientos históricos que hace falta rescatar, son Historia Viva.

El primer día que la conocí me impresionó. Su inicial mirada algo adusta se tornó enseguida en puro afecto y entrega. Creo que su discurso y su experiencia son una lección de vida necesaria. Más de cinco horas ininterrumpidas, de cuatro de la tarde a nueve y media de la noche, duró nuestro primer encuentro en su casa. El tiempo voló sin darnos cuenta. Si al inicio las lagunas de la memoria afloraban en algunos momentos, poco a poco, brotó espontáneamente regresando a un pasado, casi ochenta años atrás, cuando su madre decide protegerla de la guerra civil, enviándola a la URSS, aquel país amigo de la República.

—Mira esta foto —dice Teresa, siempre alerta abriendo carpetas, enseñando artículos, fotos, y recortes—, mira, mira...

Es una fotografía de agencia de la época, publicada en un diario que desconocemos pues se encuentra recortada. A mano, veo anotado *XXX aniversario del Komsomol*, octubre de 1948. Se observa en grupo de hombres y mujeres jóvenes, conversando amigablemente, camaradas, de entre los cuales, aunque escrito en cirílico, destaca el nombre de nuestra protagonista, Teresa Alonso. Sentada vemos a Amaya Ruiz Ibárruri, hija de La Pasionaria. Son tiempos cuyo recuerdo guarda con cariño, habían transcurrido tres años desde el final de la segunda guerra mundial.

Repasando los orígenes de Teresa Alonso, conviene decir que proviene de familia sencilla y humilde, padre maquinista ferroviario y madre ama de casa, oriundos de pueblos segovianos —su madre de Cedillo de la Torre— que, al casarse, se marcharon a vivir a Madrid, donde logró abrir una frutería. En Madrid nació una primera hija y, tras un traslado laboral del padre a San Sebastián, nacería Teresa, el 18 de marzo de 1925, en el barrio de Eguía enfrente de los jardines del parque de María Cristina. El ambiente era el propio de todos los entrevistados, dificultades económicas y estudios, quienes pudieran, en escuelas municipales y, cuanto antes, comenzar a trabajar, la mayoría de niñas en talleres de ropa y confección.

Durante la revolución de Oviedo en 1934 mataron a su tío, el hermano de su padre, activista del movimiento obrero, sector minería del carbón. Afectado por su muerte, el padre se implicó aún más en el sindicato UGT, participando en reuniones y mítines, llevándose en ocasiones a nuestra Teresa, que se fue impregnando de todo aquel movimiento. Por ese motivo ella suele decir que ya de pequeña su idealismo iba creciendo.

Las grandes e inocentes víctimas de la guerra civil fueron los niños. Tras la sublevación del 18 de julio de 1936, lo que en principio consideraban sería un conflicto de corta duración se tornó una guerra cruenta. El gobierno de la República acordó con los gobiernos de algunos países como la Unión Soviética o México el traslado de los pequeños.

Situándonos en el San Sebastián de Teresa, a diario aumentaban los rumores de la pronta entrada de las tropas sublevadas. Tenían que evacuar a la población inmediatamente, su madre recogió los enseres más

imprescindibles y con sus dos hijas se encaminaron hacia la estación, donde se separaron del padre, previo acuerdo de reencontrarse más adelante en Bilbao.

—Me acuerdo perfectamente, fuimos a la estación de Atocha de Santander, todo el mundo quería marcharse, los vagones iban repletos. Mi padre se quedó porque habíamos dejado al gato Tomasín encerrado con las prisas en casa, fue a por él y cuando regresó a la estación el tren ya no estaba. O eso me dijeron a mí, que era jovencita. Íbamos dirección a Bilbao, por el camino nos bombardearon dos veces, pasamos mucho miedo, el tren paraba y bajábamos para protegernos donde podíamos y luego reemprendíamos el camino.

En Bilbao su primo, militar, un gudari, con un cargo en el gobierno autónomo vasco presidido por José Antonio Aguirre, les consiguió un piso. Su hermana trabajó en un taller de modista de la Unión Femenina de izquierda republicana, cosiendo pantalones para los milicianos y Teresa con su madre confeccionaban ropa de punto en casa, guantes, bufandas, calcetines para la Cruz Roja que, luego, enviaban a distintos frentes de la zona republicana. Los bombardeos aumentaban en frecuencia e intensidad. Me cuenta Teresa el sufrimiento de su madre ante su negativa a entrar en los refugios y que un día un bombardeo sorprendió a ambas en la calle. La gente corría desesperadamente sin saber dónde protegerse, vio a muchas personas heridas, sangrando, inertes en el suelo, su madre la protegió con su cuerpo. Esa visión, ese terror y ese contacto maternal tan al borde de la muerte no lo ha olvidado jamás.

—¿Y por qué no quería entrar en los refugios? —le pregunto rememorando el refugio de mis abuelos en Barcelona.

—Porque tenía claustrofobia. Siempre les he tenido manía porque mi madre se metía en un refugio de las Arenas donde había una estación de tren. Era un túnel, y una vez pasó una desgracia, estaba lleno de gente y entró un tren. Me daba miedo, prefería resguardarme en un portal o en los arcos de la plaza y no moverme hasta que pasaba el ataque.

La situación empeoraba. Un día la madre de Teresa la mandó junto con una vecina a comprar a Guernica carne de caballo, estaba cerca.

—Íbamos en el coche y el conductor dijo: «Hemos de parar porque aquí pasa algo». Entonces bajamos del coche, subimos a un montículo para mirar y vimos todo aquel espectáculo horrible, vimos Guernica cómo estaba ardiendo. Fue cuando el bombardeo. Cuando regresé mi mamá me dijo: «Dios mío, están dando en la radio todo el rato que han bombardeado y destruido Guernica, ¡adónde he mandado yo a mi hija!». Se asustó mucho, decidió hablar con mi primo, quien le dijo que se preparaba una expedición para la Unión Soviética. Mi madre no sabía qué hacer, pero Bilbao estaba asediado, en el mar estaba el buque *Almirante Cervera*, la ciudad era bombardeada y los sublevados estaban cerca. Nos disparaban por tierra, por aire, por mar... Una locura. Mi madre me preguntó si quería irme, yo dije que sí pensando que sería para tres o cinco meses.

12 de julio de 1937. Teresa Alonso, la pequeña Tere, con doce años, partía de España rumbo a una supuesta libertad durante unos meses, en la Unión Soviética. Nadie imaginaba que terminaría allí atrapada durante años, sin poder regresar a una España gobernada por Franco y una URSS atacada por la Alemania del Reich en la segunda guerra mundial. Pero aquella mañana, Tere iba con su madre, observando el drama de tantas familias y padres viendo a sus pequeños marcharse tan lejos. Estaban en la estación de cercanías de Bilbao, lugar de concentración de las familias para llevarles a Santurce, puerto de mar de donde partiría el barco.

—Mi mamá me preparó una maletita, había pequeñines de cuatro añitos, incluso menos, llorando todos, las madres les decían: «Daos las manitas, no os soltéis, no os separéis», era difícil no llorar, algunos pequeñines no lo soportaban y no había forma de separarles de sus madres. Algunos iban con su hermano mayor, agarrado fuertemente de la mano, su único vínculo a partir de ahora. Mi madre todo el rato me daba consejos, sé que se le partía el corazón, y eso que yo ya tenía doce años. Nos acompañaban algunos miembros de la Cruz Roja a bordo del tren que nos dejó en Santurce.

Embarcaron en *El Habana*, el tan conocido barco con los niños de la guerra. Tal como cuenta, comenzaron la identificación de los niños contrastando sus nombres con las listas de inscritos. Les entregaron una tarjeta, un cartón. «Yo tenía el mil quinientos y pico...» —dice—. El barco

zarpó con dos expediciones a bordo: una se quedó en Burdeos, Francia, y otra, la de la joven Tere, fue trasladada a otro barco, un buque francés de nombre *Sontay*. Surcaron los mares oteando en el horizonte la amenaza del barco *Almirante Cervera* y, como cuenta ella, protegidos por los aviones cazas soviéticos durante parte de su trayecto, los *Chatos*.

—En *El Habana* estaba sola, en la cubierta, vi una chica de mi edad, sentada, me acerqué, nos presentamos, era Vicenta. Nos hicimos grandes amigas, ya para siempre. En Burdeos bajaron niños que iban a Francia, a Suiza a Inglaterra...Y a los que íbamos a Rusia nos hicieron subir a otro barco, un mercancías, el *Sontay*. En las bodegas habían puesto colchones y dormíamos allí. Todo fue rápido. Cuando pasamos por Alemania hubo un temporal horrible, acabamos todos mareados, los colchones moviéndose de aquí para allá, niños chiquitines llorando desesperados. El director de la expedición era un señor ruso, venía y nos hablaba, decía que estuviéramos tranquilos, los empleados del barco eran cariñosos... En este segundo barco vi a una niña llorando y le digo «qué te pasa», me contesta «he perdido a mis hermanos y a mi primo», en esto que viene un chico con otro niño y la niña fue hacia él corriendo. Era Ignacio, así les conocí. Con Ignacio nos miramos y algo pasó porque desde entonces no nos separamos hasta que la guerra se lo llevó. Pero en esos viajes hice amigos, éramos una piña, acordamos ir siempre juntos y, de hecho, estuvimos juntos en todas las casas de niños.

Podemos imaginar la escena del temor de aquellos jóvenes y pequeños en un barco con rumbo incierto, aún sin entender por qué estaban allí ni el porqué de las guerras, escuchando el zumbido del viento, la sirena sonar mientras el buque avanzaba en plena niebla y las olas levantaban el barco emitiendo un chasquido al caer de nuevo sobre el mar. A los pocos días dice Teresa que avistaron unos submarinos soviéticos que les iban escoltando.

La llegada a Leningrado es algo que no olvida ninguno de los niños de la guerra. El recibimiento en el puerto fue espectacular, repleto de gente, adultos, niños...

—Fue una cosa fantástica, los niños con banderas republicanas, rusas, tocando canciones españolas. Nos metieron en autocares, nos llevaron a unos colegios que habían organizado y nos pasaron revisión médica, nos

cortaron el pelo, iban algunos con miseria y enfermos, nos limpiaron, nos llevaron a las escuelas. Las camas eran para niños y a los que ya éramos un poco mayorcitos nos salían los pies por la cama y, al día siguiente, venía gente a darnos regalos, comida, gente a vernos, felicitarnos, nos vistieron a todos de blanco con camisita y pantalón, un uniforme de los pioneros, un pañuelito de rojo...

Durante un tiempo estuvieron en un sanatorio de Crimea.

—Crimea es muy bonito. Íbamos a los bosques y jardines con nuestros educadores, nos enseñaron canciones rusas, bailes rusos, hacíamos hogueras y venían niños de otras escuelas, gente del partido a que vieran los que habíamos aprendido, estuvimos cuatro meses allí. Tuve profesores rusos, tártaros, de Ucrania, hacíamos excursiones, nos enseñaban a cantar, a bailar, era un intercambio de culturas e, incluso, hicimos una gran fiesta con todo lo aprendido. Aquí hice aún más amistad con Vicente y con Ignacio, ¡mi Ignacio! Yo era feliz, nos íbamos recuperando un poco del mal trago de la guerra en España.

Comenzó el curso escolar, destino casa número 13 de Kiev, a diez kilómetros de la capital, en la aldea de SbiatHosino, antes lugar de descanso, adentrado en un bosque con un lago y varias casas de madera en un entorno repleto de jardines y árboles. Teresa lo describe como una población de menos de mil habitantes con casas de madera y una escuela, un edificio de cuatro plantas rodeado de buenas instalaciones deportivas.

—Éramos poquitos en mi casa, quizá un centenar —dice—, porque en otras casas había hasta quinientos niños. Las educadoras aprendieron enseguida el idioma español y nosotros el ruso, claro, qué quieres, ¡en veinte años ya podíamos aprender el idioma! —dice sonriendo—. Nos trataron muy bien, estudiábamos y hacíamos deporte, campo de fútbol, tenis, esquiábamos en invierno...

»Vente conmigo al despachito que tengo —me dice súbitamente mientras me conduce a una habitación en cuya pared observo una foto con sus amigos de la casa de niños.

—Creo que nos hicieron esta foto en el año 38 o el 39, debía de tener trece o catorce años. Aquí está Ignacio —dice señalando a un joven guapetón de pie— y ésta soy yo —de pie en el margen izquierdo—, al lado

del profesor argentino, León, que nos enseñaba a bailar. Sentados están Blanca y su hermano Enrique Peñafiel, la educadora Lolita, José Muguruza, Joaquín Idígoras o Joaquinchu y éste es el que se casó con la prima de Juanita.

Han pasado ochenta años y dice todos sus nombres como si fuera ayer, especialmente el de otra niña de la imagen, María López, a la que pude visitar en su casa antes del fallecimiento de su marido, el aviador de la República Francesc Pararols.

El director de la escuela, persona humana y afectuosa, había sido colaborador del pedagogo y escritor Antón Makárenko, quien destacó por su trabajo con los niños marginados tras la revolución de octubre, fundador de las casas cooperativas para huérfanos de la guerra civil, y autor, de entre muchas obras, del *Poema pedagógico*, base de muchos educadores.

Todo el relato de Teresa Alonso sobre su estancia en la Unión Soviética desde su llegada en 1937 y los años posteriores está repleto de felicidad. En la Unión Soviética todas las escuelas tenían la misma estructura tanto en las aldeas como en las capitales: trabajos en los talleres, actividades culturales, círculos artísticos de coro y baile, confraternización absoluta, intercambio de culturas, paseos por el bosque, contacto con la vida animal del bosque... Era el pleno equilibrio mente-cuerpo en una vida sencilla pero saludable y un ambiente de amistad y camaradería. Así lo definiría resumidamente. Discos y bailes españoles se intercambiaban con películas y canciones soviéticas, visitas a museos.

—Teníamos un educador argentino, el que te mostré en la foto, bailábamos tango, y, cosa divertida, les gustaba vernos bailar la jota, nos aplaudían mucho. Estuve así, estudiando en escuelas y en verano vacaciones de los doce a los quince años. Además, de mi casa salió un chico y mi amiga Vicenta muy buenos bailarines.

Mientras rememora el dulce pasado de niña, o de joven, de guerra, veo al lado de la fotografía de su grupo unos bonitos dibujos. Son mándalas — término de origen sánscrito que designa representaciones simbólicas propias del budismo y del hinduismo—. Enseguida advierte mi interés y matiza que no sólo los diseña, los dibuja y los pinta, sino que también

confecciona puntos de libros y otras manualidades. Sirvan estas líneas para decir que son preciosos y que nuestra Tere tiene muy buen gusto y atino en sus dibujos. Ella ríe cuando se lo comento.

—¿Tal vez influyó su educación en la URSS?

—Tal vez, pero eso lo hago desde hace pocos años. Si te digo la verdad, estoy enganchada a los mandalas, me gusta mucho hacerlos. En el encuentro que hacemos del día de la República con la Asociación Catalana de Expresos políticos en Barcelona, el año anterior les preparé ciento y pico puntos de libro para todos los invitados. Y ahora verás, se precisa pulso... pues hace veinte años que me diagnosticaron un párkinson, estoy bajo tratamiento y mi doctor no da crédito.

Abre una carpeta con un montón de dibujos coloreados y otros no desarrollados, todavía esbozos, trazos interrumpidos. Eran los primeros que hizo en vida de su marido, incluso señala una fecha, el 28 de febrero de 1980.

—¿Treinta y seis años dibujando?

—Estos que ves eran los primeros, iba haciéndolos por temporadas, todo es casero, es mi instinto de superación y me sale de dentro hacerlo.

Mientras sigue mostrando mándalas, puntos de libro, estrellas diseñadas por ella misma con los materiales más sencillos y agudizado ingenio, sigo allí, en su despacho, preguntándole por su pasado.

—Cuando estaban en la URSS, ¿tenían contacto con España, con sus familias?

—No o casi nada, seguía la guerra y después con el franquismo aún peor.

—Pero ¿les informaban del desarrollo de la guerra civil? Porque ya tendría unos trece o catorce años...

—Sí, nos lo iban contando, incluso se llegó a hacer un mapa con banderitas para señalar los dos frentes, dónde estaban, y veíamos que cada vez el frente republicano era menor, esto ocurría en 1938.

—¿Cómo se enteraron del final de la guerra civil?

—Por los educadores. Nos quedamos muy mal, preocupados, algunos lloraron. ¿Y las familias? Pensábamos en nuestros padres y hermanos. No era fácil. En las escuelas nos dijeron que continuaríamos allí, que éramos

hijos adoptivos del pueblo soviético. La verdad es que fui muy feliz en la URSS, pero echaba de menos España. No teníamos ningún contacto ni cartas ni nada. Después sabría que a mi padre lo desterraron de San Sebastián. Mi madre y mi hermana pasaron a Francia, donde encontró a una vecina y le preguntó por mi padre... «Si le hemos visto con un carro con chatarra, está vivo...». No sé qué pasó, pero cuando regresé veinte años después los reencontré a todos. Mis padres habían envejecido, habían sido interrogados con frecuencia por la policía franquista al saber que yo estaba en Rusia. Pobrecitos.

Año 1940, han transcurrido tres años desde el inicio de la casa de niños de Kiev, y los compañeros de Teresa, para entonces con edades que oscilaban entre los quince y los diecisiete años, fueron separados y conducidos a casas de jóvenes, para los adolescentes, en dos grupos: unos a Leningrado, como Ignacio; otros, a Moscú, como ella y su amiga del alma, Vicenta.

—Cuénteme de Ignacio...

—Desde el principio que nos conocimos en el barco, desde que nos miramos, no sé, algo pasó... Después nuestra amistad se convirtió en un sincero y respetuoso amor. Fue mi gran amor, en la URSS, Ignacio Aguirregoikoa Benito, casi platónico, tan limpio, tan limpio que cuando te besabas era ay, ay... —ríe nostálgica—. Yo tenía quince años y él apenas dieciocho. Cuando nos enviaron a casas distintas en el verano del 40, Ignacio fue con siete jóvenes más de la casa de chicos donde estábamos en Kiev hacia Moscú. Estudiaron, se hicieron aviadores y se fueron al frente. Eso lo supe después. A Vicenta, a mí y a otros nos tocó ir a Leningrado, donde seguimos con nuestra formación y, además, trabajamos.

En Leningrado fueron destinados a un edificio en la Avenida Nevski, en una escuela con unos doscientos cincuenta alumnos, en la que eran sólo cincuenta chicas, la mayoría del norte de España. La escuela estaba regentada por un director ruso y era supervisada por dos educadores españoles. Las chicas se fueron organizando y llegaron a tener una buena y sólida amistad. Teresa cuenta que siempre le gustó la electricidad y la mecánica, por lo que decidió estudiar...

—¿Perito electricista? —dije con sincero asombro.

—Sí, junto con mi amiga inseparable Vicenta, estudiaba y trabajaba al mismo tiempo. Estuvimos en una fábrica de componentes de alta precisión para los aviones, Etalón se llamaba. Hacíamos teoría y práctica, nos enseñaban a montar amperímetros y voltímetros, nuestros profesores eran condecorados, eminencias. No nos daban la pieza hecha, sino que a partir de un plano, que aprendimos a interpretar correctamente, teníamos que comenzar a construir. Así estuvimos desde 1940 hasta que empezó la guerra en Rusia. Me gustaba mucho montar amperímetros y voltímetros, montaje, soldadura, pruebas de resultados, era muy interesante. ¿Verdad?

Para mí, inaudito. No sé si es una pregunta o una afirmación, en cualquier caso, quien suscribe estas líneas es de letras y está encantada de conocer a esta española que, en época de guerra, sería fresadora de bombas de mano.

—Hablabamos de Ignacio...

—Ah, mi Ignacio... Siempre venía a verme. Me contaba que los estudios le iban muy bien y que llevaba consigo en el avión una fotografía mía para sentirme más cerca. Le hacía jerséis y guantes porque me decía que pasaba frío, decía que no podía estar sin mí y yo no podía estar sin él. Le conocían como el aviador amigo de la Tere, venía un día y tenía que marcharse al siguiente, era muy poco tiempo. Llegó un día en el que fue a hablar con un educador nuestro, Federico Pita, madrileño, quien, casualmente, su señora compraba la fruta en el puesto de frutería de mis tíos, el Espíritu Santo. Total, que vino Ignacio vestido ya de aviador, el día de mi cumpleaños, en marzo de 1941, en la mesita de noche tenía yo un ramo de flores y fue directo a hablar con Pita, le dijo: «Yo no puedo ya vivir sin mi Tere, vengo a por Tere», y el educador le respondió: «Espera al año que viene y os daré permiso para que os caséis». Me llamó a mí y también me convenció. Estaba ilusionada, esperando el día de casarnos. Nunca más volví a verle... —rememora cabizbaja con tristeza.

Domingo, 22 de junio de 1941, Alemania invadía la Unión Soviética rompiendo el pacto de no agresión germano-soviético firmado por ambos países desde el inicio de la segunda guerra mundial. Era el principio del fin.

En el interior de la casa o colectivo de jóvenes de Leningrado se preparaban para ir a una visita cultural. El director y el educador, el español Pita, suben el volumen de la radio del centro para que los estudiantes estén alerta.

—Era el primer día de la declaración de guerra, hablaba por las ondas el ministro de Asuntos Exteriores de la Unión Soviética, Viacheslav Mólotov, decía: «Ciudadanos de Leningrado, os tengo que dar la noticia de que la guerra ha comenzado».

Silencio...

No sabría transmitir con exactitud al lector la mutación del rostro de Teresa Alonso, el difícil equilibrio de emociones que sufre al hablar de su amado Ignacio y del drama de los años venideros atrapada en el Sitio de Leningrado.

—Maldigo las guerras, ¡las maldigo mil veces! —dice con rabia, mirándome fijamente, emitiendo todas las palabras con voz lenta, pausas, silencios sórdidos y dolorosos, todo con una cadencia cíclica que le confiere un tono especial a su relato. Uno solo puede escucharla respetuosamente, con la misma fijeza con que ella te mira a los ojos para contarte que su amado murió en un combate, que vio morir a mucha gente, que vivió momentos de canibalismo por la desesperación humana, que vio pasar los muertos bajo la capa de hielo del lago siberiano... ¡Malditas guerras!

—Mi casa de jóvenes desapareció porque casi todos se apuntaron para ir al frente. Como aún eran muy jóvenes nadie les quería, iban a alistarse a un distrito, les decían que no, que eran chavales, luego iban a otro, lo intentaban de nuevo más veces, así hasta que en algún lugar los cogían... Éramos unos doscientos cincuenta en aquella casa, nos sentíamos ciudadanos soviéticos, amábamos aquel país que nos había acogido. Ahora teníamos la obligación moral de ayudarles en lo que fuera posible.

Por la radio proseguían los llamamientos a la movilización de la población para organizar la defensa de la ciudad, construir barricadas, una fortificación antitanque sobre su perímetro para reforzar la posición de los más de doscientos mil soldados del Ejército Rojo que defendían Leningrado. Fueron apoyados por españoles que lucharon a su lado, hasta setecientos soldados del Ejército Republicano batallaron por la defensa de Moscú, en Leningrado, de Varsovia, en definitiva, de la Unión Soviética.

Teresa y su amiga Vicenta se apuntaron de inmediato, al igual que lo hicieron más de cincuenta mil ciudadanos en distintas zonas o distritos. En las primeras horas de guerra fueron a levantar barricadas.

—Cayeron bombas en los almacenes de alimentación, nos dejaron sin víveres, no teníamos qué comer, fue lo primero que hicieron. Nosotras fuimos a hacer barricadas, estuvimos tres días trabajando hundidas en el agua y a los tres días veíamos silbar las balas, entonces los que mandaban nos dijeron a los jóvenes: «Mejor que os vayáis porque en Leningrado también os necesitan». A los dos días aquello estaba ya ocupado por los alemanes. Y cuando íbamos para allá, en tren, nos bombardearon, tenía que parar el tren, nos echaban a todos fuera del tren, porque había vagones que estaban incendiados. Yo tenía dieciséis años, me gustaba el deporte, era fuerte como un roble y tenía una gran vitalidad.

La casa de jóvenes quedó vacía y la fábrica donde trabajaba, la Esperimentalni Savod Etalón, era objetivo enemigo por tener cerca una academia militar. Fue bombardeada varias veces, primero destruyeron el laboratorio cuando Teresa y algunos empleados ya no hacían aquellos amperímetros de tiempo atrás, producían material de guerra, ella era fresadora, bombas de mano. Trabajaba diez horas de jornada diaria y, después, formaba parte del voluntariado en tiempos de guerra.

—Un día me tocó a mí, de repente, un obús, su onda expansiva me estampó contra una pared. Quedé en shock, luego me recuperé. Me lesionó la mano, que era cuando trabajaba de fresadora y tenía unos dolores terribles. Me dolió muchísimo, pero la espalda fue la que recibió el impacto, aguanté el golpe, a pesar de los fuertes dolores que tenía fui aguantando hasta que me operaron cuando regresé a España años después porque mi situación se había agravado y ya no podía andar.

Mientras, fue soportando el dolor como pudo, a veces creo que ni lo sintió al ver un país desangrándose por todos los frentes.

—Yo me apunté a las brigadas del Komsomol. Eran muy activas. El gobierno dio las gracias a la juventud, a los hombres en el frente, a las mujeres por resistir... La juventud era la que estaba aguantando todo... Sustituíamos en los trabajos a los hombres que iban a luchar al frente, hacíamos de bomberos, de enfermeras, de barrenderos, enterrábamos,

comprábamos leña, íbamos a hacer barricadas, de todo hacíamos, de todo. Pero, claro, yo con mi casi metro setenta de estatura llegué a pesar menos de 40 kilos, menos incluso, perdí mucho peso por el hambre, dábamos pena, poca gente se veía andar por la calle. Al principio veía un muerto y miraba hacia otro lado, pero al poco ya pasábamos todos al lado como si nada.

El cerco era día tras día más férreo, imperaba el miedo, el pánico y el hambre. Imagino a una Teresa firme y solidaria incorporándose plena y activamente a las actividades del voluntariado para ayudar a los ciudadanos desesperados. Por días, la ciudad amanecía cubierta de una densa humareda a causa de los incendios, ardía una fábrica, ardía un arsenal de armamento, ardían empresas, calles, las casas, todo. El aire se tornó irrespirable, los alimentos comenzaron a escasear, y un helado invierno amenazaba con sacar sus garras.

La gran mayoría de viviendas estaban en ruinas y las que quedaban en mejores condiciones no tenían cristales ni ventanas, había que tapanlas con cartones y maderas. Empezaron a aparecer las enfermedades de difteria, distrofia, tífus... Algunas eran por causa de los alimentos que ingeríamos, que no eran aptos para comer y en algunos de los cuales como el pan se mezclaba harina con serrín, celulosas, engrudos de colas, se comían cosas que hoy parece imposible, pero el hambre que se pasaba era tal que había que llenar el estómago con lo que fuera. La ración de pan oscilaba entre los 75 y los 100 gramos diarios y para que durase más lo cortábamos en trocitos y lo tostábamos en la estufa y lo comíamos mojándolo en agua caliente, el agua se conseguía derritiendo nieve y hielo. En las viviendas no había agua corriente ya que las tuberías estaban congeladas, tampoco funcionaba la calefacción. Ni siquiera había agua para apagar los fuegos provocados por los bombardeos.

Leo en voz alta este texto que ella escribió años atrás en unas hojas personales donde reflejaba su experiencia. Al finalizar la lectura la miro, me observa fijamente, no hablo, sólo observo y escucho...

—Saqué muchos cadáveres...

Llora, se le quiebra la voz, tose, pero prosigue.

—Los voluntarios ayudábamos allí donde hacíamos falta. Íbamos por las casas, asistíamos a los enfermos, sacábamos a los muertos a la calle para que los recogieran. Es cruel, pero no había otra forma de hacer nada. También ayudaba a los heridos, es algo que me impactó muchísimo.

Llora otra vez, prosigue de nuevo.

—Era impresionante, los heridos... eran tan agradecidos, a uno a lo mejor le faltaba el pie o la mano, otros no tenían ojos o la cara deshecha, no tenían calmantes, padecían dolores terribles, iba allí y les lavaba la cara mojándola con el hielo porque no había ni agua, intentaba peinarlos, les cantaba una canción al oído, les daba unas palabras de aliento... ¡te lo agradecían tanto!, es una cosa...

Vuelve a llorar y esta vez, sí, precisa hacer una pausa, pero no quiere levantarse ni perder el hilo de su historia, por lo que, fuerte y guerrera como es, afronta el reto de contarme a mí y a la cámara con la que la estoy grabando su pasado.

—Íbamos por las casas para ayudar y, a lo mejor, entrabas en una y les veías a todos enfermos y veías alguno muerto en la cama. Tenía que sacarlo, llevarlo, pero ¿cómo si ya no tenía fuerzas? Arrastrando. Tenía que sacarlo a rastras, te dolía. ¡Pero cómo voy a sacarlo por las escaleras! Bajando las escaleras, lo que fuera, una no tenía entonces ya mucha fuerza, me había debilitado también, como todos... Era un espectáculo doloroso, intentábamos hacerlo con dignidad pero llorábamos, nos afectaba mucho. Pero cuando alguien, una madre o una esposa, decía: «¿Dónde me lo llevan?, no me lo lleven al frente», ¡no veían que ya estaba muerto!... Me quedaba, al igual que mis compañeros, sobrecogida. Alguna vez también aparté algún muerto de en medio de la calle, hundido en la nieve, lo arrastrábamos hasta un lado. Mucha gente moría de hambre y de frío. Si te sentabas a pensar que no comías, te morías, tenía que moverme, cortar leña, evitar el frío.

Las mujeres tuvieron un papel destacado y esencial en la defensa de la ciudad. Teresa era sólo una pequeña parte de muchas otras que Hitler no logró doblegar. Tanto horror y espanto me recuerda a los testimonios de un libro impresionante, *Escritos de mujeres desde el Sitio de Leningrado*, de dos investigadoras, Cynthia Simmons, profesora de Estudios Eslavos en la Universidad de Boston, y Nina Perlina, niña sobreviviente de Leningrado y profesora emérita en el Departamento de Lenguas y Literaturas Eslavas en la Universidad de Indiana.

Abnegación, valor, solidaridad y altruismo, cuatro de las muchas cualidades de las asediadas, las *blokádnitsy*, como las llamaban, en su descenso a los infiernos. Teresa las reúne todas.

—Sufrimiento, sí las mujeres sufrieron mucho, con rotundidad. Los hombres caían antes, las mujeres aguantábamos más. No sé si es porque podíamos aguantar más comiendo menos o porque soportamos mejor el dolor.

Se emociona de nuevo y yo, lógicamente, también.

—¿Qué cree la gente que es una guerra? Esto fue terrible —dice pausadamente, cogiendo aire para no interrumpir la narración con su propio llanto—. No lo puedo olvidar. Jamás. Yo no sé qué pensaría Ignacio, mi aviador, con el que tenía planes de futuro, durante ese tiempo de guerra siempre pensaba: «A lo mejor está volando por aquí cerca» —dice con nostalgia—. Le derribaron. Pobrecito mío. Y, mientras, en las calles no había colchones, dormíamos en el suelo de cualquier manera, esto lo tengo clavado, iba a ayudar también a los hospitales, oías gritos de dolor porque no había calmantes, los heridos me apretaban las manos y me decían: «Teresita ¿mañana vendrás?». Y yo decía: «Sí vendré».

La escasez de alimentos y la miseria en la ciudad llegó a su punto culminante durante el invierno de 1941 y 1942, con temperaturas heladas que a veces eran de cuarenta grados bajo cero, tal como explica en su diario:

En la ciudad los únicos recursos humanos que había eran las Brigadas del Komsomol. Las filas habían sido terriblemente diezmadas. En junio de 1941 éramos 235.000 participantes, en enero de 1942 sólo quedábamos 48.000.

—Llegó la desesperación. Era tanta el hambre que se hacía cualquier cosa. A veces entre la nieve había un cuerpo, le faltaba parte de las nalgas, las cortaban y se las comían, necesitaban comer algo, el hambre era extrema, se hace cualquier cosa, la gente se convierte en bestia. Algunas veces he tenido alguna que otra discusión con otro niño de la guerra que decía que comía carne de vez en cuando. «¡Claro!», le respondía, «¿pero alguna vez preguntaste de dónde procedía la carne?». Muchos cortaban las nalgas, que es donde había más chicha.

Asediada, la ciudad quedó sin alimentos por imperativo del alto mando del Reich con el fin de erradicar la población y tomar la ciudad. Tal situación provocó que los habitantes, a causa del pánico, llegaran a comer cualquier cosa tal como narraba Teresa, algo que ella misma experimentó: desde hervir agua con cola mezclada con serrín, cinturones, suelas de zapatos, con la poca harina o unos gramos de pan... hasta episodios de canibalismo como el que también nos ha narrado.

En el libro *Sitio de Leningrado, 1941-1944*, Michael Jones, doctor en Historia por la Universidad de Bristol, refrenda que durante el invierno el hambre y el pánico desataron episodios de canibalismo y saqueos silenciados durante mucho tiempo por la Unión Soviética. El historiador cuenta la existencia de bandas criminales destinadas a obtener carne humana para venderla en los mercados, así como el arresto de más de mil cuatrocientas personas acusadas de tal práctica, siendo trescientas de ellas ejecutadas. Expone el relato de algunos supervivientes, su visión de cadáveres mutilados, mujeres sin pechos, un horror inimaginable. El objetivo de los nazis, según Jones, era sellar la ciudad, exterminar de hambre a su población civil, dos millones y medio de personas, por un motivo de odio ideológico y racial. Opina que el asedio se llevó a cabo con rigor casi científico.

Las autoridades reconocieron que hubo más de seiscientos mil ciudadanos muertos, pero para la gran mayoría de fuentes y libros superan ampliamente el millón. La defensa de la ciudad se consiguió a muy alto precio.

—Un día nos dijeron que habían abierto el lago Ládoga, que teníamos que evacuar de inmediato. Así que nos fuimos un grupo de diez jóvenes.

—¿Y el resto de la casa de niños, sus antiguos compañeros?

—El grupo de españoles se fueron, no pensaron, cada uno iba a lo suyo. Ellos estaban en la casa de jóvenes, tenían su vaso de leche, su cacho de pan, su sopa aunque fuera con cuatro lentejas... con sus educadores. Pero los que no estábamos en la casa de niños sino en las brigadas Komsomol [organización juvenil del Partido Comunista de la Unión Soviética], que actuábamos voluntariamente, las pasamos muy canutas.

Durante el bloqueo, al ser cortados todos los accesos por tierra, el único camino que comunicaba la ciudad con el resto del país era el lago Ládoga, el denominado «Camino de la vida». Era la ruta que permitió el transporte de alimentos a la ciudad y evacuar civiles a la costa opuesta controlada por los soviéticos. Hoy forma parte del Patrimonio de la Humanidad como Centro Histórico de San Petersburgo, y por el heroísmo de su población Leningrado recibió el título honorífico, en 1945, tras finalizar la segunda guerra mundial, de Ciudad Heroica.

Ésta es una historia que hoy nos parece apasionante, pero entonces fue demoledora. Cruzaban el lago en convoyes de camiones, atacados constantemente por la artillería y la aviación enemigas. Teresa en una ocasión estaba con su grupo en el interior de uno de los camiones militares. El peligro en aquellos momentos era el deshielo, cualquier grieta sería fatal. Se encontraron aislados en un mar blanco, sin horizonte, envueltos en una espesa niebla y un hielo difícilmente transitable en el mes de marzo, cuando el grosor mínimo era de un metro.

—Estaba dentro del camión, había otros chicos, a uno se le habían congelado los pies, una señora mayor que era la madre de una de las niñas, no iba mi amiga Vicenta conmigo, en total mi grupo éramos unos diez. Estábamos acurrucados, hacía un frío terrible, decían que cuarenta bajo cero, con un viento que era un vendaval... apretaditos así, dándonos calor, con miedo, sin movernos, sin hablar y casi sin respirar, todos pensábamos lo mismo, íbamos escuchando el ruido del camión, poco a poco, y el ruido de otros motores de otros camiones, *run, run, run, run* lentamente, en caravana, a treinta kilómetros o menos, porque hubo otros camiones que se hundieron antes de que llegáramos nosotros. El trayecto era muy lento, duraba mucho tiempo, o eso nos parecía, interminable... Nos mirábamos adivinando por el ruido del ralenti si todo iba bien... despacio, despacio... — reitera gesticulando con las manos y una mirada de pánico— ese ruido no lo olvidaré nunca... «a ver, a ver, a ver...». Y al final escuchábamos que cambiaba el sonido del motor y que, de repente, podía acelerar. ¡Estábamos por fin en tierra firme! Habíamos cruzado el lago y respiramos aliviados.

Tal como lo cuenta lo revive y me aconseja una película cuyo eje principal es la batalla sobre el hielo, *Alexander Nevsky*, de Serguéi Eisenstein, uno de los films soviéticos más importantes.

Una vez en la otra orilla del lago, ya en tierra firme, vivirían otra aventura. Los militares les condujeron hasta unos barracones provisionales para recibir un poco de comida, algunos suministros y encaminarlos hacia la estación de tren.

—Nos dijeron que los españoles de la casa de niños se habían marchado, pero que podríamos reunirnos en la siguiente estación con ellos. Al final subimos a un tren de mercancías repleto de rusos y nosotros, los diez españoles del grupo. Estuvimos en aquel tren cincuenta días. Una barbaridad, pero a veces nos dejaban en vías muertas porque tenían que pasar con prioridad otros convoyes de los militares para ir al frente. A uno de los chicos nuestros se le helaron los pies, los llevaba ya muy mal y la mujer enferma se nos murió... Cuando llegamos a la ciudad de Barisoglesk los dejamos en un puesto de la Cruz Roja para que les atendieran. Era la ciudad donde Ignacio estaba estudiando, pensé en él, me decía: «Dios mío y si yo me quedara aquí, tal vez le vería», pregunté y me dijeron que los aviadores habían sido evacuados a otro sitio, que ya no existía la escuela...

—¿Y su expedición? Porque ya estaba reducida a ocho personas de las diez iniciales, ¿qué hicieron? —pregunto embelesada por su narración y por cómo relata aquellos momentos.

—Nuestro objetivo era ir en busca de la expedición de españoles que había partido antes que nosotros, los que eran de nuestra escuela. Continuamos viaje hacia el sur, pasando por Stalingrado, antes de la batalla que comenzaría en agosto del 42. Tengo que decir una vez más que en todas las ciudades nos atendieron muy bien, siempre me trataron muy bien en Rusia.

Recorrieron ciudades y aldeas del Cáucaso, diversos centros, sanatorios, buscando a sus compañeros. Alguien les habló de que «los niños» —aunque ya eran mayores utilizaban siempre este término— estaban en Krasnodar. Allí se encontraron, en un *koljós*, comunidad que trabaja la tierra, donde se incorporaron de inmediato.

—Me deja usted más tranquila... —dije en un suspiro.

—Pero tampoco pudimos permanecer allí porque el enemigo avanzaba. En el grupo había dos chicas atropelladas por un tren, una estaba muy mal, había perdido una pierna. Las subimos a un carro y las arrastramos. En aquella evacuación ¿sabes qué hacían los rusos? —dice mirándome con esos ojos negros como sólo hace ella, acercándose a mí fijamente.

Inmóvil esperé su respuesta...

—Quemaban las casas, se llevaban los animales, ovejas, vacas, todo, pero quemaban las casas y todo lo que había alrededor antes de huir, no querían dejar nada a los alemanes... veías a mucha gente con carros y carritos encima subidos, sentados, tumbados los inválidos y heridos, como si fuera una película de las que hemos visto, gente mutilada, ancianos... Y nosotros íbamos detrás.

Si es posible describir un averno además del infierno de Leningrado, éste es el que nos describe Teresa, se había extendido a las zonas comunitarias del campo. Los campos ardían, las casas también, la gente, en retirada durante varios días hacia un destino incierto, la caravana de la población dejaba muertos por el camino.

—¿Adónde fueron?

—A un bosque, para resguardarnos. Se encontraba a pie de montaña y allí los árboles nos protegían, estábamos escondidos, comenzamos a subir por zonas escarpadas y densas, difíciles de acceso, llegó un momento en que el carrito era imposible, teníamos que alzarlo, coger a las chicas, los que estaban más fuertes. Ya verás, nos metimos en el bosque, atravesamos las montañas del Cáucaso, andando, yo llevaba un abrigo de estos que pesaban un montón, el educador me decía siempre: «¡Ojo no lo pierdas!». Pues con ese abrigo nos tapábamos todas juntas. Por suerte era verano. Nos comíamos la hierba, estábamos escuálidas. Al final de tanto comer frutas y verduras recuperamos un poco de peso...

—¿Y las chicas heridas?

—A una de las dos chicas lesionadas la subieron a un caballo y se fue con un grupo que iba delante, de avanzadilla; a la otra la llevamos como pudimos. Estaba muy mal y no teníamos medicamentos, nada, como mucho le lavábamos las vendas en el río que teníamos cerca. Esta chica sobrevivió, llegó a terminar una carrera. A las dos las vi mucho después en Moscú.

Una noche llovió, encendieron una hoguera para calentarse alrededor del fuego escuchando, de fondo y como siempre, el habitual sonido de la aviación. Tal vez fuera la lumbre lo que desveló al enemigo su situación. Por la mañana una chica a orillas del río se desmayó y los chicos comenzaron a gritar: «¡Alemanes, alemanes!». Los habían localizado.

—Yo los vi, estaban todos camuflados, con metralleta. No nos dispararon. Alguien gritó: «¡Corred!». Y, sin pensar, agarré a Vicenta y salimos corriendo como galgos, saltando troncos, hierbas, lo que hubiera por delante, otros también corrían a la desesperada, daba igual si te disparaban por la espalda, no pensabas, sólo corrías. Cuando nos fuimos corriendo mi amiga Vicenta decía: «El abrigo, hay que coger el abrigo», pero yo le decía: «Deja el abrigo», nos fuimos corriendo sin saber bien adónde, hasta que encontramos al ejército y nos unimos a ellos para ir más protegidos. Cogieron a unos treinta o cuarenta. Los nazis nos querían coger vivos para devolvernos a España, a Franco. Mucho después de acabar la guerra supe que a la chica sin pierna de mi grupo se la llevaron a una clínica de Krasnodar y la salvaron.

—¿Y los que fueron devueltos a España?

—Muy mal. Supe que una chica se prostituyó, a otro chico lo mataron en un pueblo asturiano por ser rojo...

Siguieron camino cruzando las montañas heladas del Cáucaso, amparados por las tropas del ejército soviético. Cruzaban montañas, abismos, tendían puentes colgantes con madera y cuerdas. Tres mil metros de altura, aguas heladas al fondo.

Llegarían a orillas del Mar Negro, a Sujumi, capital de Abjasia, Georgia. Antes de llegar, por el camino, recuerda que en una ocasión se vieron sorprendidos por disparos que casi terminaron con ellos.

—¿Sabes quién nos bombardeaba?

—¿Nazis?

—No, eran los chechenos —dice casi escudriñándome con la mirada generando un ambiente de intriga—. Sí, los chechenos, un proyectil cayó, preguntamos al ejército cómo podían estar aquí los alemanes lanzándonos proyectiles y nos dijeron que no eran alemanes, sino chechenos, que estaban en contra del poder soviético.

Fueron conducidos en tren a Tbilisi, después a otro pueblo, Majaradse, donde durmieron en camastros en unos barracones de madera y comenzaron a trabajar en fábricas de hilaturas de seda. Allí se asentarían durante los siguientes años. Teresa, por sus conocimientos, fue destinada a trabajar en la estación hidroeléctrica de la fábrica cuyos propietarios eran unos déspotas.

—A mí tres veces me han querido violar en el Cáucaso. Una noche me dijo el jefe que tenía que bobinar un motor urgentemente y que tenía que estar listo por la mañana. Me quedé por la noche y al salir para irme a casa me estaba esperando en un jardín que había y me quiso violar. No lo consiguió porque luché que ni te imaginas. Aquel hombre me destrozó el vestido y me arañó. Como tenía amistad con unos amigos armenios, hablaron con sus padres y dijeron: «Que venga esta chica a vivir aquí con nosotros». Acepté enseguida. Fue así cómo me adoptaron la familia Kerupián, tenían una tienda-taller de calzado en Majaradse. Me enseñaron el oficio, daban trabajo, les llamaba papá y mamá. Me enseñaron el oficio de coser, hacer dibujos en las zapatillas. Les debo la vida. Su vivienda, donde yo estaba, era en Batumi, costa oriental del Mar Negro, Georgia, cercana a la frontera con Turquía. Los Kerupián eran armenios, tenían dos hijos y otro que había muerto en el frente. Estuve tres años con ellos hasta que el Partido Comunista empezó a recoger a los que estábamos por ahí esparcidos cuando terminó la guerra. Esa familia me sacó de ese pozo en el que podía haber caído como otras chicas, en el Cáucaso quedaban en estado, luego no se casaban, terminaban en la prostitución. A esa familia le he dado siempre las gracias por su protección. Fueron mis padres.

Pero, irremediablemente, como en todo momento, su historia vuelve a dar un nuevo giro para regresar a su querido Ignacio. Porque transcurridos los tres años con sus padres armenios, seguía aún pensando en él. ¿Estaría vivo?

—Es lo que más me preocupaba, saber de él. Seguíamos los acontecimientos de la guerra y esperábamos la derrota del fascismo, porque el nazismo retrocedía y se iban liberando ciudades. El ejército ruso comenzó la gran ofensiva y, finalmente, el 2 de mayo de 1945 Berlín

capituló. El ejército ruso había vencido recuperando todo su territorio y llegado hasta la propia capital del Estado alemán en Berlín. Atrás quedaron más de 20 millones de muertos rusos y miles de heridos.

—¿Y tus padres armenios?

—Con lágrimas los dejé. Pero yo quería encontrar a Ignacio de alguna manera.

Me enseña un libro terrible, el de los muertos del Cáucaso y la Unión Soviética, niños de la guerra que dejaron su vida en aquellas lejanas tierras. *Memoria* se titula, editado casi artesanalmente por la Fundación Nostalgia, un álbum ideado por el Centro Español en Moscú. En letras blancas sobre fondo negro destacan los nombres de todos los fallecidos, como el de Ignacio Aguirregoicoa: «Eibar (1923), casa de niños de Kiev, aeroclub de Moscú, escuela de aviación de Borisoglevsk, piloto de la 274.^a División de Aviación de Caza, cayó cerca de Tallín (Estonia) el 9 de marzo de 1944».

En verano de 1947 una joven y guapa Teresa, tal como se ve en una foto suya de la época que me enseña, embarcó hacia Moscú separándose de forma dolorosa de los Kerupían. Tras mucho preguntar y buscar, supo que Ignacio había muerto en una misión con el ejército soviético, estuvo en el Sitio de Leningrado, le derribaron en Estonia, donde está enterrado.

—En septiembre de 1948 me dieron la noticia de su fallecimiento. Demoledora. Cayó encima de mí como la peor de todas las bombas. Estuve seis meses ingresada porque no quería vivir. Pero, ante el cariño que la gente me dispensó, un día tuve que reaccionar...

Sería en Moscú donde tendría contacto con el que se convertiría en su primer marido, Vicente Carrión, teniente coronel del ejército ruso quien, junto con Joaquín Idígoras, compañero de la casa de niños de Teresa, y ella misma, tenía una misión encomendada por el partido: visitar las fábricas y contactar con los colectivos de obreros. Así conoció a Vicente. En esta ciudad, Teresa trabajaría primero en una fábrica de máquinas de escribir al mando del control de calidad y, posteriormente, en un colectivo de la fábrica n.º 2 donde se fabricaban cojinetes. Eran trabajos que ella podía desarrollar teniendo en cuenta su lesión de espalda.

—Mira este artículo —dice mostrándome una fotocopia.

Es un reportaje de una publicación de *Mujeres Antifascistas Españolas* titulado «En el seno de la gran familia de los obreros soviéticos», por Teresa Alonso, obrera de la fábrica de cojinetes n.º 2 de Moscú. ¿La fecha? Septiembre de 1949. A pie de página, un anuncio indica: «¡Mujeres españolas, escuchad Radio España Independiente!».

—¿Supo que existieron los gulags?

—En Rusia sólo se hablaba de los campos nazis, jamás de los gulags. Yo me enteré después en España, nos quedamos con la boca abierta, Stalin era como un Dios para nosotros, los niños españoles. Cada celebración del 1 de mayo quería tener niños españoles con él en la tribuna. De mi casa no iban, pero había otras en Moscú que sí iban y estaban con él. En Georgia había muchos hombres que no iban a la guerra, según decían, porque Stalin era georgiano y no quería que fueran.

Teresa se casó con Vicente en el año 1949, poco después nacería su hija y, por acuerdo mutuo, decidieron que ellas dos se avanzarían para regresar a España en 1956 y él lo haría más tarde. Pero no fue así, jamás volvieron a verse. Éste es otro episodio doloroso en la vida de Teresa.

Regresó en una expedición de repatriados a España con su hija de seis años. El 12 de diciembre partía de Odessa el barco soviético *Krim* (Crimea) rumbo a España, con puertos de destino Valencia y Castellón, donde ella desembarcó el 18 de diciembre de 1956.

—Me fue a buscar mi hermana y su marido. La policía estaba mezclada entre la tripulación, atisbando cualquier cosa dudosa. Sabía con qué me enfrentaba, pero quería regresar a España, ver a mis padres, mi familia. Después, en sucesivas ocasiones me interrogaron. Un día llega una carta a casa, decía: «Tiene que presentarse en la Delegación del Gobierno de Madrid, el 23 de junio de 1958 en la calle Orense para asuntos de los repatriados». Pedí permiso en el trabajo, porque finalmente tenía trabajo, y fui allí muy nerviosa. Preguntaban cosas absurdas. Me enseñaban fotografías, presionaban mucho, hasta me mostraron un plano de Moscú haciéndome más preguntas de lugares en el mapa... Alguien nos dijo que eran de la CIA. Esto duró tres semanas, cuatro horas de interrogatorio por la

mañana y otras tantas por la tarde. Me amenazaron con mi hija, me daban vivienda si les decía lo que querían saber. ¡Pero si yo no sabía nada! Ésta fue mi vuelta a la España de Franco.

—¿Y el trabajo?

—Estuve cinco años trabajando en un hotel, primero de telefonista. Un día vino David Oistrakh, violoncelista ruso, tuve que hacer de intérprete, y cuando el propietario del hotel se enteró de que yo era una niña de la guerra, no le gustó nada, me martirizó, me sacó de teléfonos para hacer de camarera. Después, aunque sabía mi problema de espalda y que cojeaba, me destinó al servicio de habitaciones y, claro, hacía las camas de rodillas porque no podía curvar la espalda. Lo pasé muy mal. Pero sí recuerdo con cariño que cuando estaba en teléfonos venían muchos rusos a los que yo hacía de intérprete.

Posteriormente trabajaría en la conocida marca Pepsi-Cola en calidad de telefonista durante veinte años, hasta el momento de su jubilación.

—¿Y su espalda?

—Muy mal, llegué a ir a dos médicos y tuve seis operaciones en todos estos años.

Enfrente de su casa vivía un matrimonio, ella modista, él escenógrafo, con una hija. Fueron grandes amigos, se ayudaron siempre. Cuando la esposa, tras una larga enfermedad falleció, Teresa comenzó su relación con el viudo, Rafael Mora. Un año más tarde le propuso en matrimonio.

—Yo llevaba veintidós años sola, no me atrevía. Pasó el tiempo y le conocí mejor, era un buen hombre que adoraba a mi hija. Pero yo estaba casada y mi contacto con mi esposo siguió hasta el año 1960, que dejó de escribirme. Haciendo gestiones descubrimos que el matrimonio estaba anulado. Era un problema de papeles, pero finalmente se arregló y me casé con el escenógrafo. Tenía un taller de escenografía con otro socio y eran autónomos, los decorados de los teatros de Barcelona eran hechos por ellos y también solía llamarles El Molino y, especialmente, trabajaba montando los decorados del Liceo de Barcelona.

Todo esto lo va contando mientras enseña una fotografía enmarcada del rostro de Rafael.

—Le quise mucho, era todo un hombre. ¿Sabes quién era su sobrino? — pregunta sin dar tiempo a la respuesta—, pues Víctor Mora, el autor del cómic mundialmente famoso *El Capitán Trueno*.

Víctor Mora, de brillante carrera como guionista de cómics y novelista, autor también de la serie *El Jabato*, ambientada en la época romana o *El Corsario de Hierro* cuyo protagonista era un navegante español del siglo xvii.

—Y la «Canción de amor y guerra», zarzuela, durante años prohibida por el franquismo, el libretista era el hermano de Rafael. Se marchó cuando la guerra a Argentina o México, creo que fue México. Él era republicano, y Víctor era del partido, del PSUC. Fueron años muy felices con mi segundo marido, Rafael. Por desgracia enfermó, le cuidé mucho, con esmero, pero falleció el 28 de diciembre de 1988.

—¿Qué les diría a los jóvenes?

—Mi filosofía de vida hacia los jóvenes es que fuesen más humanos, menos egoístas, mirar por los otros. Si das un abrazo a un débil les das un poco de fuerza, con un simple abrazo le transmites mucha fuerza.

Su narración y su forma de contar los hechos taladran los sentimientos. Para finalizar le pido que mire a la cámara y diga lo que el alma le indique:

«Soy Teresa Alonso, nacida en San Sebastián, Donosti, en 1925, el 18 de marzo. Fui evacuada en el año 37 a la URSS. El fascismo deshizo mi vida. He vivido dos guerras. No soy una niña de una guerra, soy la niña de dos guerras. Soy española pero, después de pasar veinte años allí y todo lo vivido, me siento soviética, mi espíritu está allí. Viví la guerra como un adulto, tenía dieciséis años, tuve que participar y me fundí con el acero. Por ello me siento satisfecha y orgullosa por todo lo que hice. Nos llamaban “los niños”, pero ya éramos muy mayores. Somos y seremos los eternos niños de la guerra. Gracias, *Spasibo*».



19

Manuel Arce Porres

(Oña, Burgos, 23 marzo 1929)

De niño mutilado en la URSS a neurorradiólogo.
El hombre de hierro detrás del Telón de Acero.



No sé cómo habría sido mi vida si no me hubieran enviado a Rusia, pero fuimos bien tratados en aquel país en el que viví cerca de treinta años, superé las más duras pruebas de la vida, la guerra, la muerte y el hambre, hice grandes amigos, me licencié en Medicina y, a mi vuelta a España años después, conocí a mi esposa, María. Me siento feliz y agradecido.

(Entrevista en su casa, verano 2015)

SU VIDA ESTÁ PLAGADA DE ANÉCDOTAS acontecidas durante su estancia en la Unión Soviética entre los años 1937 y 1966, que es cuando regresa a España. Es uno de los cerca de tres mil quinientos niños que, entre los dos y los dieciséis años fueron enviados a la Unión Soviética en barco huyendo de la guerra civil en España. Su espíritu positivo le hizo superar la adversidad, su fortaleza le convirtió en un superviviente de su propia catástrofe, un accidente fatal que le hizo perder ambas piernas. Si uno le pregunta: «¿Cómo se desplazaba?», él responde: «Pues con un carrito que yo mismo hice». Y sonríe. Un niño hecho hombre, español de nacimiento, soviético de sentimiento. Llegó a estudiar Medicina, a especializarse en neurorradiología y, al llegar a España, fue rápidamente solicitado por su preparación.

Ya lo decía otra niña de la guerra, Teresa Alonso, cuando me mostró el libro *Memoria*, editado por la Fundación Nostalgia con los nombres de los españoles que dejaron su vida en defensa del pueblo ruso: «La preside Manuel Arce, ¿no le conoces?, su historia es única». Dicho y hecho, una mañana de verano nos encaminamos Pablo Villarrubia y una servidora para conocer a este niño de la guerra cuyas *Memorias de Rusia* atrapan de principio a fin.

Cuando llegamos a su casa de verano, en una población a las afueras de Madrid, nos encontramos con un hombre de piel clara, ojos muy pequeños y con una constante sonrisa en el rostro. No le costaba reír y nosotros, a medida que profundizábamos en su pasado, no dábamos crédito a que, después de haber vivido tantas penurias antes, durante y después de la segunda guerra mundial en la URSS, estábamos ante un auténtico «hombre de acero» templado en la tierra del telón, fabricado con la misma y resistente aleación...

Pero a diferencia del Telón de Acero de los soviéticos, su forma de ser denota un hombre abierto, sin tapujos, dispuesto a revelarnos cómo fueron sus duros años de vida en aquella tierra que él, a pesar de todo, ama y quiere como a su propia patria, especialmente el sufrido pueblo ruso que sacrificó a 20 millones de sus seres queridos para luchar por su libertad frente al nazismo y fascismo.

Huyendo de la guerra civil, sus padres le enviaron a la URSS cuando tenía ocho años y su hermano mayor doce. Pero antes dejemos que él mismo nos cuente su historia personal desde el principio:

—Yo nací en 1929 en un pueblito del norte de Burgos, en Oña, donde había un gran convento en que se exhibían animales disecados que me impresionaban mucho, como un león, un tigre y un cocodrilo espeluznantes. Mi padre era el encargado de la conservación y vivíamos en el propio convento. Mis padres eran amigos del padre del que sería el célebre naturalista Félix Rodríguez de la Fuente.

—¿Usted conoció a Félix? —le pregunté, porque de niña veíamos en casa todos los documentales de aquel gran divulgador de la naturaleza.

—Sí, pero no me acuerdo bien, era muy pequeño. Sólo sé que jugaba junto con él en Poza de la Sal, donde su padre trabajaba como notario. Cuando llegué de Rusia, después de muchos años, le llamé por teléfono porque ya era muy famoso. Le recordé nuestra infancia y me dijo que le gustaría verme pero no nos volvimos a ver. En Oña viví hasta los cinco años y luego nos fuimos a Burgos, donde mi padre ingresó en el cuerpo de funcionarios de Correos. De ahí, en 1937, fui trasladado a Algorta, cerca de Bilbao y, por supuesto, con toda la familia, es decir, con mi madre y mis dos hermanos, César de doce años, Félix de cuatro y yo mismo que entonces tenía ocho años.

De la guerra en España recuerda poco, pero sí mantiene la imagen indeleble y el sonido de unos bombardeos que espantaban a una población lanzada a resguardarse en los refugios.

—Tengo muy grabado un día que cayó una bomba allí y eso me transformó totalmente. Murió gente, una casa o más se derrumbaron y a mi padre se lo llevaron al frente a luchar con los republicanos. No recuerdo mucho más de la guerra.

Ante este peligro sus padres decidieron embarcarlo a él y a su hermano mayor en *El Habana*, repleto de niños de la guerra rumbo a la Unión Soviética. Arribaron primero a Francia y desde el puerto de Le Havre partieron a bordo del *Sontay* hacia Rusia. Manuel describe un espantoso viaje en aquel barco tripulado por rusos y chinos, cruzando bajo un vendaval terrible el Atlántico y el Báltico durante una semana en que

pequeños y jóvenes permanecieron hacinados en sus bodegas. Es la misma descripción que hizo para este libro, Teresa Alonso, ambos en el mismo barco, sin conocerse, cuyo destino era el puerto de Leningrado —actual San Petersburgo— el 22 de junio de 1937.

—¡Jamás pensamos que nos quedaríamos treinta años lejos de casa! — dice Manuel con aquella sonrisa casi infantil—, fue un viaje duro pero éramos niños y todo nos parecía nuevo, diferente. En Leningrado, además de las autoridades, una muchedumbre nos recibió con auténtico entusiasmo. Una vez desembarcados nos cortaron el pelo porque teníamos muchos piojos, nos ducharon, nos dieron ropa y nos ofrecieron un gran banquete incluso con caviar negro que, como puedes imaginar, lo dejamos porque no sabíamos qué era. Recuerdo con mucha emoción nuestra llegada, sólo de imaginarlo se me ponen los pelos de punta.

—Imagino el trauma de la separación de la familia a causa de la guerra, difícil de superar...

—Lloraba al principio, pero te vas acostumbrando, veías a un montón de niños y chavales igual que tú, el que sufrió más fue mi hermano que ya tenía doce años. Lo cierto es que no tuvimos mucho tiempo para lamentarnos, nos mantuvieron siempre ocupados y nos ofrecieron muestras de cariño. En Leningrado estuvimos poco tiempo y luego nos trasladaron a Óbninskoye, a unos 100 kilómetros al sur de Moscú, al internado o casa de niños número cinco. Lo habían terminado de construir para niños soviéticos enfermos, débiles, pero nosotros llegamos primero y lo ocupamos. Cerca, había dos o tres casas donde vivían nuestros educadores. La mayoría eran españoles, algunos habían viajado con nosotros en el mismo barco, y otros eran rusos. Éramos unos 500 niños, la mayoría vascos y algunos asturianos. No había pueblo en la zona, solamente un apeadero de tren, en pleno bosque. El día empezaba a toque de corneta e, inmediatamente, hacíamos gimnasia, aseo, desayuno y acudíamos a las clases. Estuvimos allí desde 1937 hasta 1941, cuando estalló la guerra patria en Rusia. Pero fueron años felices. Al principio estudiábamos todas las asignaturas en español a excepción de la lengua rusa. Poco a poco, fueron aumentando las asignaturas en ruso. También había talleres de varios oficios, por ejemplo de carpintería que lo llevaba un alemán llamado Hans, un brigadista durante

la guerra civil española. Me acuerdo que tenía la cara toda quemada porque, durante un combate, su tanque se había incendiado con él dentro. Apreciábamos mucho a Hans, era una excelente persona.

—¿Y su hermano?

—Al cabo de dos o tres años de llegar a Óbninskoye mi hermano César, por su edad, fue enviado a Leningrado para estudiar la carrera de radiotécnico. Eso sí me marcó mucho, me sentí solo de repente, y además sólo volvería a verlo en el año 1946, ya finalizada la guerra mundial.

Los niños de la guerra fueron distribuidos en dieciséis casas de niños españoles o internados en distintos lugares junto con maestros llegados también de España. A través de nuestros Atrapados, conocemos la casa n.º 13 Kiev (Ucrania) de Teresa Alonso, la casa n.º 5 de Óbninskoye (Moscú) de Manuel, donde permaneció entre 1937 y 1941, y la casa n.º 12 de Moscú donde la profesora Alejandra Soler impartió clases.

Retomando el curso de la historia de Arce, también le marcó de niño la desaparición de uno de sus educadores rusos, de educación física, en 1939, durante la guerra ruso-finlandesa. Había sido reclutado para aquella guerra que duró poco tiempo y, más tarde, se supo que murió en combate.

—Él era de Omsk y nosotros, los niños, le queríamos mucho. Nos decían que eran los finlandeses que habían atacado a Rusia pero más tarde, ya de adulto, supe que era al revés, que los rusos habían atacado a Finlandia.

Aquel período de felicidad terminó para Manuel y otros 500 niños el 22 de junio de 1941, cuando Alemania invadió la URSS. Previendo futuros bombardeos, el director de la casa de niños tuvo una peculiar idea, organizar simulaciones de bombardeos y de evacuación hacia los refugios subterráneos que ellos mismos, los niños y adultos, habían cavado dentro del bosque cercano al edificio.

—Cavábamos a más de dos metros de profundidad, cortábamos pinos del bosque y los poníamos de techo. Luego cubríamos los refugios con hierba y tierra. No se veía nada. Hacíamos ensayos. Por lo general las sirenas tocaban de noche y teníamos que salir corriendo al bosque, a los refugios. Al principio todo parecía un juego, salvo el engorro de ser despertado en medio del sueño, pero un día cayó la primera bomba cerca

del bloque donde vivíamos. Yo dormía profundamente o no hice caso de la alarma pensando que era otro simulacro de bombardeo. El impacto de la explosión me despertó y me vi solo en la oscuridad. Me metí debajo de la cama y allí me quedé hasta que regresaron los profesores y alumnos del refugio —recuerda riéndose Manuel Arce de aquella situación que entonces le parecería amarga.

Ante el aumento de los bombardeos y la incesante amenaza del Reich en los distintos frentes de guerra, las autoridades soviéticas decidieron evacuar algunas casas de niños, como la de Arce, la casa n.º 5 de Óbninskoye, hacia el este, a zonas más seguras. En el verano de 1941 emprenden un viaje de noche, se dirigen al apeadero de la población para subir a un tren que les llevará hasta Moscú, navegarán por el canal rumbo a la región de Sarátov, situada en el curso medio del río, una zona habitada por descendientes de colonos alemanes que llegaron allí en el siglo XVIII durante el reinado de Catalina II. Nos remarca Arce que fueron unos trescientos cincuenta mil, conocidos como los «alemanes del Volga», dedicados a actividades agrícolas y ganaderas. Entre 1923 y 1941 decretaron la República Autónoma Socialista Alemana pero, con el avance de los nazis, las autoridades rusas decidieron deportarlos hacia Siberia y Kazajstán temiendo que se aliaran con los invasores.

—Fue terrible, Stalin les dio 48 horas para que abandonaran sus casas con lo poco que pudieran llevar encima, lo dejaron casi todo... Esta deportación también la sufrió nuestro querido profesor de carpintería, Hans, que era de esa zona. Nunca más volvimos a verlo. Nosotros llegamos a uno de sus pueblos, llamado Básel, justo en el momento en que los deportaban: había unas balsas muy grandes en el Volga y los vimos embarcar allí. El pueblo quedó totalmente sin habitantes. Nosotros ocupamos una casa para establecernos. Al echar un vistazo en las casas abandonadas y en los almacenes vimos que acababan de recoger las cosechas pues tenían mucho trigo y hortalizas. Como el gobierno requisó la mayoría de los animales, incluidos caballos, lo único que dejaron para transporte eran camellos.

—¿Camellos?

—Sí, camellos, los de dos jorobas, que lo resistían todo, calor extremo, frío helador, todo. Nosotros, en la casa de niños, disponíamos de tres, me acuerdo y lo he contado varias veces, que uno era ciego y, como no podía ver, acabó muerto de hambre. Supongo que fue así... Nos lo comimos, su carne era dura, pero teníamos todos mucha hambre, eran tiempos difíciles, ya no era cómo cuando llegamos a Rusia. Empezamos a pasarlo muy mal cuando las reservas de cereales y las cosechas de los almacenes o silos de los alemanes empezaron a escasear y luego se agotaron —recuerda Arce ya sin sonreír ante el cambio de tono de su discurso.

Insistimos en la sorpresa de camellos en el Volga pues siempre los hemos ubicado en otras zonas más desérticas.

—Con esos camellos íbamos a buscar agua al río, piensa que no había agua corriente. En el invierno poníamos una cuba en el trineo tirado por un camello. Hacíamos un agujero en la superficie del río Volga congelado y llenábamos la cuba. Pero también los empleábamos para traer leña a la casa. Mira si son resistentes que en invierno quedaban cubiertos bajo la nieve toda la noche a la intemperie y, por la mañana, de un respingo, se levantaban sacudiéndose la nieve.

Con el invierno empezó el hambre. Manuel cuenta que cuando llegaron los refugiados soviéticos se organizaron los *koljós*, granjas estatales, colectivas, donde en ocasiones entraban a hurtadillas para coger un poco de trigo o, incluso, algún animal. El hambre era atroz. Para suplirla utilizaban ingeniosos recursos como freír peladuras de patatas en una sartén, o tostar granos de trigo, convertidos en un auténtico manjar para los niños. Miles de detalles curiosos y otros absolutamente dramáticos los cuenta en su autobiografía, *Memorias de Rusia: vivencias de un «niño de la guerra»*, editado por él mismo en 2009.

A partir de ese invierno el hambre empezó a hacer mella entre los niños, sus maestros y tutores. Muchos enfermaban de tuberculosis, otros de paludismo o de otras enfermedades, especialmente tifus, bronquitis, pulmonías o difteria. Aún recuerda al doctor Castaños, un español encargado del estado sanitario y de la atención médica de la casa de niños,

que, por prescripción facultativa, alegando desnutrición, los ingresaba en la enfermería durante unos días para que obtuvieran una doble ración de comida.

—Así estuvimos del 41 al 43, pasando hambre. Casi tres años, que se dicen pronto.

—¿Usted conoció episodios de canibalismo? —le pregunté recordando lo que me contó Teresa Alonso de su experiencia en el Sitio de Leningrado, donde llegó a ver cuerpos mutilados en la calle.

—No, pero casi, es una historia un poco truculenta. En 1943 fui al mercado de Sarátov a comprar comida. En un puesto había una mujer que vendía un producto casero, una gelatina hecha con carne llamada *jolodéts*. Le pedí unos doscientos gramos y, mientras me lo pesaba, vi que asomaba una falange de dedo humano metido en el trozo. Me quedé blanco pero reaccioné diciendo a la mujer que no llevaba dinero suficiente pero que me guardara el trozo que volvería para comprárselo. Ni corto ni perezoso acudí a la policía y les conté lo del dedo. Ellos fueron hasta el puesto de la vendedora y la arrestaron. No sé si troceó algún cadáver o qué ocurrió, pero yo lo denuncié —afirma con rotundidad.

Ellos, los niños y jóvenes cazaban ratas grandes como gatos a cambio de una recompensa de comida, bebían té albino, agua hirviendo con un azucarillo y poco más. El hambre agudizaba el ingenio y la supervivencia.

Sin embargo, al hablar de situaciones dramáticas o difíciles, sitúa siempre un acontecimiento que desencadenó, en cierto modo, su futuro. Imaginemos a un joven Manuel Arce a inicios de octubre de 1943, con catorce años. Meses antes habían recibido, en la casa de niños de B́asel, la visita de un coronel, músico del ejército ruso, que buscaba jóvenes con talento y oído musical. Era una oportunidad única para poder ingresar en una escuela militar y acceder a una mejor alimentación.

—Tenías que hacer unas pruebas de audición y el coronel me aceptó. Yo estaba contentísimo pero, nuestro educador, Adolfo Lagos, que me odiaba, no sé por qué, le dijo al coronel que yo no podía ir. La prueba era para estudiar y formar parte de una orquesta de viento, y el maestro le dijo al

coronel que yo estaba enfermo del corazón y los pulmones, pero eso era mentira. Desgraciadamente perdí esa oportunidad y algo más... —me dijo señalando sus dos piernas.

—¿Cómo? ¿No entiendo? —le pregunto.

—Resulta que ese mismo maestro que tanto me odiaba, a la semana siguiente de impedirme ir a la escuela militar de música, me envió a trabajar de aprendiz en una fábrica militar de Sarátov, se llamaba Kombáin, hacíamos piezas de aviones, yo era fresador. Entonces yo era un chaval y me conformé, triste, pero luego con los años me indigné. ¿Para este trabajo más duro ya no estaba enfermo y para la música sí?

—¿O acaso había alguna consigna de altas instancias?

—Por supuesto que sí, estoy seguro de que fue una orden, pero procedente del Partido Comunista Español en la URSS. Teníamos que luchar o, los jóvenes, participar en la industria de guerra. El trabajo en la fábrica era durísimo. A veces trabajábamos dieciséis horas sólo parando para comer. Normalmente estábamos divididos en dos turnos seguidos de siete horas cada uno. Incluso, en muchas ocasiones, dormíamos en un rincón de la fábrica o sobre las calderas calientes porque no nos daba tiempo de ir a dormir a la casa. La fábrica no podía parar porque teníamos que hacer las entregas para la guerra. La disciplina era militar pues la fábrica también lo era y había que llegar puntualmente al trabajo. Pero apenas había transporte público y al ir al trabajo tuve el fatal accidente.

—¿El que le desgajó las piernas? —dijimos al unísono...

—Solamente podía ir con el tranvía y siempre circulaba abarrotado, hasta los topes, con gente colgada fuera o en el techo. Era el uno de octubre y, como siempre, me dirigía al trabajo colgado del lateral del tranvía. No sé cómo, pero descarriló, chocó con otro tranvía que venía de frente. Imagínate un choque frontal cómo puede ser. Mis piernas quedaron allí. Para otros fue peor, fallecieron varias personas. Yo al menos me salvé.

Ésta es una forma de observar el drama desde otra perspectiva. Manuel Arce, el hombre que al principio de este capítulo menciono como templado de acero realmente lo es. Cuenta su historia sin pena, tan sólo cómo fue.

Sonríe, como siempre hace, y afirma que afrontó la situación con entereza. Cuando le ingresaron en el hospital de Sarátov muchos amigos e, incluso, desconocidos fueron a visitarle.

—Seguramente —continúa diciendo con resignación—, si yo no hubiera ido a esa fábrica tal vez no habría perdido mis piernas.

Al hablar sobre los hilos invisibles, más aún para un niño, que movían su destino, Arce se muestra resentido con la gestión del Partido Comunista en la Unión Soviética.

—Sobre el hecho de que aquel maestro me impidiera ir a la escuela militar de música y en cambio me enviara a una fábrica de aviones, hay una sombra detrás de él, un motivo: las órdenes venían de la dirección del Partido Comunista Español en Rusia. Nosotros, los niños de la guerra, estábamos bajo su custodia y eran ellos, los políticos, los que decidían por nosotros. Eran ellos quienes elegían si tú ibas a hacer prácticas o trabajar en una fábrica, estudiar en una universidad o cultivar la tierra.

No es la primera vez que oigo estas palabras. Vicente Montejano, cuyo testimonio está presente también en este libro, se mostraba claramente crítico con el partido, pues le habían dejado junto con otros aviadores republicanos a merced de los gulags de Stalin.

—El partido español allí se comportó muy mal, por lo menos con algunos como yo. Estábamos organizados en grupos llamados «colectivos» y cada colectivo estaba a cargo de un representante del Partido Comunista Español, que debía cuidar de nosotros, de nuestro bienestar, de la repartición de las ayudas que nos llegaban y de nuestra educación. Dolores Ibárruri, La Pasionaria, dio una orden en aquellos tiempos: «Estudiar en las universidades es cosa de los burgueses. En España hacen falta obreros, por lo tanto, a las fábricas». Allí fui yo, sin más opción, a la fábrica, a donde no quería ir. Ellos decidían por ti y tú a callar.

Arce cuenta en sus memorias, y refrenda mientras conversamos, que para el colectivo español de Sarátov, donde él trabajaba, había dos responsables del PCE, de cuyos nombres no se acuerda pero sí de sus apellidos: Talón y Huete. Nunca los vio, ni siquiera le visitaron en el hospital, ni mucho menos le ofrecieron ningún tipo de ayuda. Nuestro entrevistado de Atrapado no critica al pueblo ruso que le acogió con los

brazos abiertos viviendo alegrías y sufriendo padecimientos, sino que su crítica se dirige a los responsables políticos del partido que miraban sus propios intereses, el de sus hijos y amigos. Según cuenta, ninguno de los dirigentes del PCE, excepto Rubén, el hijo de La Pasionaria, «estuvo en primera línea del frente de guerra, ni luchó en la guerrilla, ni trabajó 14 horas en una fábrica, ni, por supuesto, murió de hambre». De igual modo remarca a modo de inciso del hilo narrativo que, doce años después del accidente, en 1955, cuando estudiaba Medicina en Moscú, supo, a través de otro joven minusválido, que tenía derecho a una pensión por su minusvalía, algo de lo que tampoco se le informó.

Tras ser dado de alta en el hospital y faltándole ambas piernas nos preguntamos cómo se las arreglaría para caminar.

—Empecé a desplazarme en un carrito que yo mismo me hice con unas ruedas y cuatro tablas. En invierno tenía un pequeño trineo del cual tiraban mis amigos de la casa de niños. Sillas de ruedas yo nunca vi ninguna.

—¿Supongo que ésta sería su vivencia más cruel y dramática? — pregunté esperando una respuesta de pena y lamentación. Pero, una vez más, Arce me sorprendía.

—Yo no pensaba en eso, yo pensaba en otra cosa: en qué hacer para no depender de nadie, en aprender un oficio. En la casa de niños había una zapatería y estuve casi un año arreglando zapatos pero seguía estudiando en el colegio.

—Usted es un hombre optimista...

—No me quejo de lo que he conseguido. Pero te cuento que, en 1944, hubo un tiempo en que a mí me mandaron a otra casa de niños, en Orlovskóye y me alojaron en la enfermería. Allí había otro chico español enfermo de tuberculosis. Como yo siempre tuve hambre —ríe con su habitual forma de hacerlo—, me comía lo que el chico dejaba en el plato, con su misma cuchara y nunca me pasó nada, no contraí su enfermedad. Me acuerdo que me pusieron en la zapatería de dos griegos, Pantelí y Grisha. El primero estaba soltero, era un mocetón de veintitantos años y las chicas del pueblo se volvían locas con él. Es que no había hombres pues se habían ido al frente de batalla y los zapateros, por ser extranjeros, estaban exentos del reclutamiento para la guerra. Entonces las chicas le traían

comida a Panteléi para conquistarle. Como eran muchas, el bueno de Panteléi siempre me daba algo para comer. Gracias a ellos la vida me resultó más llevadera. Buena gente, buena gente —repetía Arce con alegría en los ojos.

Finalizada la guerra en la URSS, en mayo de 1945 trasladaron a los niños de la guerra españoles desde la región del Volga hacia Najábino, localidad situada a 60 kilómetros de Moscú. Allí, al año siguiente, aunque la población iba recuperándose de las heridas, el hambre seguía azotando al país, son las consecuencias de las guerras. Arce y sus amigos españoles solían «agenciar» —una de sus palabras favoritas que pronunció varias veces durante la entrevista— alguna gallina de corral supuestamente perdida, alguna zanahoria o patata en un huerto ajeno a la casa de niños.

—Los españoles éramos muy apreciados por los rusos y siempre hemos sido muy bien tratados por ellos —destaca en todo momento nuestro entrevistado al recordar que salvó la vida de milagro.

Aconteció que los bosques quedaron plagados de armas y municiones abandonadas. Para entonces, los zapateros antes mencionados también se trasladaron a Najábino y Arce les siguió ayudando.

Un día, cuando se encontraba en la zapatería, alguien entró con un detonador de mina antitanque que encontró en el bosque. Entonces llamaron a un militar artificiero para desactivar aquel detonador. Arce, curioso como él solo, miraba de cerca cómo el experto manipulaba el peligroso artefacto cuando, de súbito, irrumpió por la puerta de la zapatería su profesor de física que le reprendería:

—¡Pero qué haces! ¿Novillos, no? ¡Pues ahora mismo vas a ir al colegio! —dijo indignado, cogiéndole por el cuello y arrastrándole hacia la salida.

Nada más poner los pies fuera del local escucharon una explosión allí dentro: el detonador explotó y mató, de golpe, al pobre artificiero e hirió a los demás presentes. El irritado y responsable profesor de física le había salvado la vida. Eso será algo que no podrá olvidar jamás el joven estudiante. Pero había un detalle que desconocía sobre el militar trágicamente fallecido al intentar desactivar la mina. Era un *vlásovets*, uno de los soldados rusos aprisionado por los alemanes después de entregarse.

—Durante la guerra patria todo soldado o militar de la URSS que cayera prisionero de los nazis era considerado un traidor de la patria y era condenado por tal delito. Los que pudieron ser liberados por los soviéticos después de la guerra debieron prestar trabajos forzados y, entre ellos, estaba el desafortunado artificiero que murió en nuestra zapatería.

Después de entrevistar a algunos aviadores como Vicente Montejano, preso en los gulags soviéticos, y a otros niños de la guerra cuyas dificultades fueron, según cuentan, desatendidas por el Partido Comunista instalado en la URSS, empecé a tener noción de algunas situaciones y castigos ocultos tras el duro régimen del inflexible Iósif Stalin.

—¿Qué pensaba de Stalin? —pregunté sin remilgos.

—Cuando vivíamos allí Stalin era un dios, no teníamos información alguna sobre lo que hacía por detrás. Por lo tanto, todo lo que supe de la verdad sobre Stalin fue aquí, ya estando en España. —es lo mismo que repiten otros entrevistados—. Hizo barbaridades. Por su culpa murieron millones de soviéticos. Los mandaba a los gulags a hacer trabajos, como el Transiberiano, que lo hicieron presos políticos. Si contabas un chiste o emitías una opinión sobre Stalin o sobre el sistema comunista, podías ser detenido y adiós, nunca más volvías, quizás aparecieras más tarde en un gulag.

Incluso las esposas de los altos dirigentes del partido no estaban exentas de la represión stalinista. Arce recuerda en sus memorias un episodio, la visita, tras la guerra, de Polina Zhemchúzhina a la casa de niños de Najábino. Aquella era una visita protocolaria que solía realizar alguna persona importante a las casas de huérfanos o de otros niños en la URSS, tal como hoy hacen algunos deportistas a hospitales o lugares asolados por las guerras donde hay niños que padecen las consecuencias. Polina era como la «madrina» que, simbólicamente, apadrinaba a los jóvenes y era la esposa del conocido ministro de Exteriores, el célebre Vyacheslav Mólotov.

Impresionó a los niños una manta de piel que cubría las piernas de la dama antes de salir del coche oficial que la transportó aquel invierno hasta Najábino. Nunca más volvieron a verla, no tuvieron noticias de su «madrina». ¿Qué había pasado? Poco tiempo después, en 1948, Polina fue detenida por traición —presuntamente bajo falsas acusaciones— después de

que Stalin obligara a Mólotov a divorciarse de su esposa. El dictador soviético no alimentaba grandes simpatías por aquella dama que se había convertido en amiga de su segunda esposa, Nadezhda Alilúyeva, quien, en noviembre de 1932, apareció muerta aparentemente a causa de un suicidio, algo que varios historiadores discuten hoy en día. A esto se sumaba que Polina apoyó al Comité Antifascista Judío durante la guerra en el frente Oriental.

Tras ser detenida en 1948, Polina fue condenada a pasar cinco años en un campo de trabajo o gulag y sólo en 1953, tras la muerte de Stalin, la mujer pudo reencontrarse con su marido y volvió a vivir con él hasta su muerte en 1970 ya apartada de los círculos del poder.

María, la esposa de Manuel Arce, de la que hablaremos unas líneas más adelante, intervino en la conversación para decirnos algo curioso sobre la muerte de Stalin, puesto que ella también vivía en la antigua URSS.

—Durante las famosas exequias por la muerte de Stalin, en marzo de 1953, mucha gente murió aplastada en medio de la histeria colectiva que se generó. Y de eso, nada se habló —nos revela la esposa de nuestro entrevistado, una académica y decana de la Universidad Complutense de Madrid, Doctora Honoris Causa de la Academia de Ciencias de la Federación Rusa.

Hablar con Manuel Arce quiere decir seguir una cronología con obligados retornos al pasado ante tantas situaciones vividas. Regresamos a la casa de niños de Najábino por un motivo sumamente importante en su vida. Fue el director quien logró que, finalmente, con dieciséis años, tuviera sus necesarias prótesis de las piernas para poder caminar. Aprendió a hacerlo una noche, tras varias caídas y trompicones, pero aprendió.

—¿Sabes cómo me sujetaba?

—Con muleta, bastón o un palo...

—Casi, ¡con un atizador para brasas de chimenea! Mi vida cambió espectacularmente.

En 1947 finalizó el período de racionamiento de alimentos y la URSS empezaba a recomponer su economía tras una guerra que asoló una parte de su territorio. Los niños españoles habían crecido y empezaban a abandonar

las casas de acogida. En este momento hablamos de algo que no menciona, o apenas lo hace, en sus memorias. ¿Qué fue de su hermano César?

—Como te conté, a mi hermano César lo mandaron para hacer estudios de radio creo que en Leningrado, quizá entre 1939 y 1940. Desde ese momento no tuve noticias, sólo cartas antes de salir de Sarátov. Un día, recibí una carta del gobierno diciendo que mi hermano había muerto en la guerra, en Leningrado. Pero en uno de mis viajes a Moscú me entero de que no estaba muerto. Fue apresado por los alemanes con otros quince españoles con la intención de enviarlos a Alemania y luego a España. Pero mi hermano se escapó, se escondió tres días debajo de un montón de paja para animales. Al salir estuvo vagando por los bosques hasta que los guerrilleros rusos lo encontraron. Comía setas crudas, estaba muy enfermo, tenía tuberculosis. Después de la guerra lo visité en Moscú en un hospital para tuberculosos donde, al poco tiempo, murió.

Una triste historia en boca de un Arce afligido que en 1947 se traslada de Najábino a Lebedián, en la provincia de Riazán, hoy Lípetsk, donde podría alimentarse mejor por tratarse de una escuela con su propia hacienda. Fueron años en que nuestro Atrapado cursó sus estudios, ganó nuevos amigos y, como él mismo dice... ¡hasta comió lentejas! Sí, porque allí en Lebedián descubrió que no era costumbre comer este alimento sino darlo a los animales.

Año 1951, pasa el tiempo y un Manuel Arce universitario en la URSS en lugar de aceptar una oferta de maestro en la República de Buriat-Mongolia, en Siberia, logra entrar en la Facultad de Medicina de Riazán, a 200 kilómetros de Moscú. Tres años más tarde consigue, junto con su amigo Francisco Angulo, el traslado a la Facultad de Medicina de Moscú. Pero, inesperadamente, en 1956, aún sin completar los estudios, quedándole medio año para terminar, decide regresar a España. Quería ver a sus padres y a su otro hermano, Félix.

—¿Cómo hizo para poder salir del Telón de Acero? —pregunté.

—Había adquirido la ciudadanía soviética pero era el PCE quien decidía lo que debíamos hacer y ellos no querían que nosotros regresáramos a España gobernada por Franco pues seríamos considerados como traidores. Hasta 1953, con la muerte de Stalin, no había comunicación con España,

con nuestros amigos y familiares pero, en 1956, empezó nuestra repatriación en masa, gracias a la Cruz Roja Internacional. Salí, en un barco desde el puerto de Odessa y llegué a Castellón de la Plana el 21 de noviembre de 1956 y desde el barco vi a mis padres y a mi hermano menor, Félix, fue un momento muy emocionante. Allí había policías que nos interrogaron, uno a uno. Nos tomaron fotos, nos sacaron las huellas digitales y nos colgaron un número en el pecho. Nos entregaron una hoja, un documento de identidad provisional, y de ahí me fui con mis padres a Burgos, donde vivían. Allí, la policía me vigilaba y a la mayor parte de la gente. Preguntaban si los comunistas se comían a los niños y si los rusos tenían rabo... —recordó nuevamente bromeando nuestro interlocutor.

Curiosamente es el mismo relato y el mismo barco de Teresa Alonso en su regreso a España, sólo que ella permanecería en el país y Arce, inquieto una vez más, pasados unos meses, decidió volver a Rusia para terminar sus estudios de Medicina. Sabía que era imposible llegar a Rusia directamente, por lo que decidió hacerlo desde Francia. Logró un pasaporte en el consulado galo en Madrid le estampó el visado. Pero en una pensión en Madrid, Arce conoció a un tal Ramos que sabía ruso y cometió el error de confesarle su verdadera intención.

—Error, grave error cometí —dice ladeando la cabeza.

Cierto, al cabo de una hora, se personaron en la pensión dos policías de paisano y se llevaron a Arce a la Dirección General de Seguridad (DGS), donde se encontró a su delator: el presunto Ramos. Fue recibido por el comandante Teodoro Palacios Cueto, excombatiente de la División Azul, a quien le contó la verdad, que quería ir a Rusia para concluir sus estudios. Para su sorpresa, el comandante le ofreció apoyo y le dijo que volviera el lunes para, supuestamente, arreglarle la situación. Pero Manuel Arce no esperó, y aquella misma noche partió en tren hacia Hendaya y luego, desde allí, a París. Mientras conversamos sobre este personaje, remarca que las memorias de Palacios Cueto fueron noveladas por Torcuato Luca de Tena en una obra donde retrata los once años en los gulags rusos.

—Conseguí llegar a París, donde me fui directamente a la embajada de la URSS en la ciudad y estuve dos semanas esperando a que nos contestaran. Éramos cuatro españoles que intentábamos volver a Moscú. A

dos nos lo dieron y a los otros dos les negaron el permiso. Uno de los rechazados, Juan Díaz, era sobrino de José Díaz Ramos, antiguo secretario general del Partido Comunista Español, un chico que dibujaba muy bien. Después de la guerra hicieron unas obligaciones, unos bonos del Estado. Tenías que comprarlos quisieras o no que, al final, nadie los cobró nunca. Juan Díaz, que dibujaba muy bien, falsificaba estos bonos. Así se ganaba algún dinero. Pero en la embajada de URSS en París ya sabían que él era un falsificador...

Arce llegó a Moscú —en viaje en tren con escala en Praga— en la primavera de 1957 donde se instaló en la misma residencia de estudiantes donde estaba. Allí compró un coche, un Moskvich 407, y pasó a trabajar como taxista pirata por las noches para pagarse el vehículo y sus gastos personales.

—Acabé la carrera de Medicina e ingresé en el Instituto de Neurocirugía Burdenko de Moscú, el más importante de Rusia, y me especialicé en neurorradiología a lo largo de más de cuatro años de estudios. En 1964, yo ya trabajaba como neurradiólogo en el Instituto cuando el director me llamó a su despacho. Viene la secretaria y me dice toda asustada: «Venga usted, que le llaman por teléfono». Acudí al aparato y, del otro lado de la línea, me dijeron que eran del Comité Central del Partido Comunista... «¡Madre mía!». Me asusté, aquello no tenía buena pinta. Me preguntaron: «¿Usted está ahora libre?». No me quedaba más remedio que decir que «sí». Me mandaron un coche a recogerme sin más explicaciones. Imagínate la tensión...

—¿Qué ocurrió? —preguntamos al unísono.

—Salí a la calle a esperar el coche. Me imaginaba que sería uno de los temidos «cuervos negros», coches especiales para llevarse a los presos políticos. Al final apareció un coche oficial, como los que usaban los jefes del Partido Comunista. El chófer me hace un gesto para que entrara y yo le pregunto que a dónde íbamos. Me contesta que a Barvija, una especie de balneario para los jefes del partido, cerca de Moscú. Cuando llegamos, en medio de un bonito bosque, vimos varios edificios de dos o tres plantas, con piscinas. Allí iban los enfermos, los convalecientes, pero miembros más importantes del partido a trabajar. El chófer me llevó a una zona donde

estaba todo rodeado de vallas metálicas. En el portal había varios centinelas con fusiles. El chófer les enseñó un papel y nos dejaron pasar. De ahí nos llevan a un edificio de dos plantas. Una vez dentro me senté en un sillón. En esto que se aproxima una mujer con un niño en brazos y me habla en español: «Soy Tina, la hermana menor de Fidel Castro. Estoy pasando unos días aquí, con mi marido, Silvio, y el niño se ha puesto malo y yo no hablo nada de ruso y por eso le han llamado para que me haga de traductor», me dijo la joven. «¡Vaya susto me ha dado!», pensé para mis adentros. Al final la criatura no tenía nada grave —respiró aliviado como si acabara de ocurrir.

Por si fuera poco, existe un segundo y definitivo regreso a España en la vida de Manuel Arce, el 1 de marzo de 1966. Entregó, nuevamente, la solicitud a la Cruz Roja de Moscú puesto que no existía embajada española en la ciudad. Mientras, en Madrid, su padre debería solicitar su permiso de entrada en España en la Dirección General de Seguridad (DGS), pero en los archivos constaba su condición de prófugo al no haberse presentado al comandante Palacios en 1957 y fugarse a Francia.

—Mi padre intentaba hablar con la policía para que yo volviera a España pero no conseguía nada. Volví a la Cruz Roja de Moscú y me inventé una historia un poco compleja que voy a resumir. Alegué que había recibido un telegrama de mi padre diciendo que las autoridades franquistas me dejaban entrar en España. Entonces una secretaria me pidió el telegrama. Simulé que lo tenía en un bolsillo pero le dije que no lo encontraba. En ese exacto momento, de forma providencial, apareció otro español, Pedro Cepeda, que me dice delante de la secretaria: «Sí, te lo has dejado allí en mi casa cuando lo celebrábamos anoche». Era mentira, yo no tenía ese telegrama, me lo inventé y Cepeda me refrendó la mentira. La mujer se lo creyó, me hizo la autorización, en ruso y puso un sello, pero se quedó con mi pasaporte soviético. Yo pensaba ir en tren, aunque no había uno directo. El trayecto requería pasar por diversos países, visados, y no tenía pasaporte soviético, pues al salir de la URSS me lo quitaron. Decidí viajar en avión hasta Madrid para evitar pasar por varias fronteras en tren. Pero antes tuve que ir a la embajada francesa en Moscú y les pedí que me sellaran el papelito en ruso que me autorizaba salir de Rusia para entrar en

España, puesto que no había vuelo directo a Madrid y estaría de tránsito en Francia. Pues al final me sellaron el visado de tránsito en el dichoso papelito, algo verdaderamente insólito. Vendí mi coche y con ese dinero compré el billete de avión hasta Madrid.

Silencio, es preciso digerir el vaivén de gestiones y estrategias de Arce en su empeño por regresar a España.

—¿Y qué hizo al llegar a España? —indagué esperando una respuesta igualmente insólita para la burocracia de la época.

—Era un viernes, nueve de la noche. Enseñé el papelito en ruso y en francés. Miraron aquello con mala cara y me hicieron pasar a una sala dentro del aeropuerto de Barajas. Como era de noche no había nadie en la DGS. No sabían qué hacer, nunca habían tenido un caso como el mío. Yo había avisado a mi padre de mi llegada a Madrid y lo dejaron pasar a la zona de seguridad donde yo me encontraba. Mi padre les dijo a las autoridades presentes que conocía al comandante Palacios. Pues, imagínate, yo temblando y ellos llaman, sí, ¡al comandante Palacios! Pensé que inmediatamente me iban a deportar pues él se acordaría de mi fuga en 1957. Pero, ¡no! Les dijo a las autoridades en el aeropuerto que me dejaran pasar bajo su responsabilidad. No me lo podía creer... Me fui a la casa de mi padre y a los tres días recibí una notificación de la DGS instándome a presentarme urgente, ante el señor Comín Colomer, su director. Cuando entré en su despacho empezó a gritarme, estaba furibundo. «Usted viene aquí, entra y sale de España cuando le da la gana, sin contar con nadie, ahora mismo va a escribir a sus compañeros de Rusia y les va a decir que si hacen lo mismo que usted las cosas no les saldrán tan bien como a usted»... Mucho gritar, pero era una buena señal, al final no me detuvieron, y me fui a casa. Más tarde llamé al comandante Palacios y le agradecí el hecho de haberme protegido.

—¿Qué hizo después?

—Al tercer día llamé, busqué trabajo. Tenía que trabajar con neurocirujano. El neurocirujano más conocido era el doctor Sixto Obrador. Quedé con él y me presentó a su equipo. «Y ahora va usted a trabajar como

neurorradiólogo en la Paz», me dijo. Me quedé atónito pero luego me di cuenta de que no había neurorradiólogos como yo en España en aquella época.

Nosotros también nos quedamos atónitos con todo lo que nos cuenta este médico-niño de dos guerras. Sería el doctor Obrador quien le presentó a Masha, a María, su futura esposa, quien también nos acompaña durante la entrevista.

—María era su profesora de ruso. En tres meses nos casamos —me explicó abriéndose en una gran sonrisa y cogiendo a María, cariñosamente, de la mano. Allí estaban, casi cuarenta años juntos, unidos por la misma pasión: Rusia.

Pasaron los años y a principios del mes de noviembre de 1975 Manuel Arce estaba de guardia en el Hospital de la Paz. De pronto, una llamada urgente lo reclamaba en el palacio del Pardo, residencia del generalísimo Francisco Franco Bahamonde. Lógicamente, cuando lo cuenta nos mantenemos en vilo por saber qué aconteció.

—Querían que hiciera una radiografía a Franco. Cogí el coche y me presenté en el palacio mostrándoles, a los guardias, mi documento de identidad. Me sorprendió la escasez de medios con los que contaban. Había un armario de cristal con pinzas, jeringas, poco más, y había también un aparato de rayos X pequeñito, muy antiguo, con ruedas. Pregunté: «¿Y el cuarto oscuro para revelar? ¿Placas, chasis?», «No, no tenemos», fue la escueta contestación. Llamé a la Paz para pedirles ese material. Antes de subir a su dormitorio, conecté el aparato a la corriente eléctrica aunque no supiera cómo funcionaba. Nada más enchufarlo saltaron chispas y se fue la electricidad en el palacio. Les dije que no podíamos hacer nada con aquellos medios y que sería mejor llevar al Generalísimo al Hospital de la Paz.

—Lleven a Franco al hospital —ordenó tajante mientras yo imagino a Arce en ese trance...

—Bueno, yo no llegué a verlo con todo lo que había pasado. Pero sí, se lo llevaron a la Paz. ¡Menos mal! porque si hubieran sabido que yo había estado en la Rusia comunista durante treinta años y me hubieran dejado a

solas con él quizá me hubieran acusado de algo que no hice —me reveló el médico nuevamente riéndose con su esposa.

Masha, María Sánchez Puig, esposa de Manuel Arce. Fueron presentados, como decíamos antes, por el doctor Obrador en septiembre de 1968, en una recepción de neurocirujanos. Se casaron a los tres meses y llevan juntos toda la vida. Hija de españoles, nacida en Rusia, ¿quién era María?

—Mi padre, Dositeo Sánchez Fernández, mecánico de coches, era de una aldea cerca de Lugo y, mi madre, María Puig Tost, era de Reus, trabajaba en una sastrería. Mi madre empezó a trabajar en el sanatorio del doctor Matas para cuidar de los heridos de la guerra civil y así conoció a mi padre. Entre bomba y bomba se casaron. Mi padre fue voluntario en el bando republicano, estuvo en la sierra de Madrid, en la Batalla de Guadalajara, y terminó en la Batalla del Ebro. Tenía tres cicatrices, en la muñeca, en el cuello y, creo, que en el hombro. Durante la retirada de la Batalla del Ebro cayó herido. Papá era comandante y mandaba una brigada. Junto con mi madre huyeron a Francia.

—Estuvieron en campos, supongo...

—Sí, contaban que, según cruzaban la frontera, a los soldados de mi padre, heridos, los recibieron los guardias senegaleses, con látigos, les pegaban latigazos. Los guardias franceses de frontera confiscaban todos los bienes. A mi padre lo llevaron a rastras al campo de SaintCyprien y a mi madre al de mujeres; pero ella ¡se escapó por un hueco de una alambrada! Se escondió en un vagón de mercancías parado, fuera de servicio, dentro se encontró con otra española que también había hecho lo mismo. Estaban ahí cuando, de repente, las vio un vigilante, pero no las denunció sino que, al día siguiente, se acercó con un matrimonio francés, unos campesinos, que se llevaron a mi madre a su casa y la tuvieron allí muchos meses trabajando para ellos.

Tal como lo cuenta, me hace recordar súbitamente la importante labor de «apadrinamiento» y solidaridad que la población francesa antifascista llevó a cabo con los refugiados y detenidos.

—¿Y el padre?

—Le habían trasladado al campo de Argelés-sur-Mer, en el peor momento, al principio, cuando no había ni tiendas de campaña frente al mar, ni agua potable, a la intemperie. Padeían de disentería, enfermaron, se quedaron esqueléticos, mi padre también. Fue cuando empezaron a llegar ofertas de asilo político y la primera que llegó fue la de la URSS. Mi padre fue trasladado, por la Cruz Roja, a Leningrado. Mi madre estaba en una aldea y se quedó cinco o seis meses en la casa de los campesinos, de madame Georgette. Mamá era muy morena, muy latina, muy guapa, y madame Georgette dijo: «Siendo tú una mujer guapa y yendo bien vestida se te abren todas las puertas». La vistieron de pies a cabeza, le compraron un billete a París, le dieron un poco de dinero y se fue a la Cruz Roja directamente, a saber qué había sido de su marido. Y allí, al cabo de unos días, le dijeron dónde estaba su amado Dositeo.

—¿Dónde?

—Se encontró con un grupo de mujeres que también buscaban a sus maridos. Juntas se marcharon al puerto del Havre y, de ahí, a Leningrado. Finalmente se encontraron en un pueblo, llamado Járkov. Y los llevaron juntos a un sanatorio porque muchos españoles venían enfermos. Una vez restablecidos, empezaron a trabajar, los dos, como obreros en una fábrica de tractores. Ahí nací yo y empezó la guerra. Una vez más mi padre se fue voluntario al frente. Mi madre y yo vivimos la epopeya de la evacuación: nos llevaron a Stalingrado, mal sitio, porque al poco llegaron los alemanes. En Stalingrado, según contaba mi madre, ya estaban bombardeando los alemanes, y destruyeron los depósitos de petróleo que bajaban por el río Volga ardiendo, era un espectáculo terrorífico.

Su descripción me hace recordar a otra Atrapada, Alejandra Soler, que también vivió tan dura batalla...

Mientras lo cuenta casi le falta el aliento, no hay pausas, genera una emoción incontenida. Su historia es fascinante, merece un libro de memorias. Pero dejemos que ella nos siga resumiendo aquel período tan convulso de la historia de la humanidad:

—Por suerte pudimos navegar por una parte del río Volga que no estaba en llamas hasta desembarcar en Ufá. Allí conocimos a otra española, la valenciana María Listó, que también era modista, tenía una niña nacida el

mismo día que yo. Aún no teníamos ni un año, pero por obra y gracia de los dirigentes del partido español, no nos dejaron quedar en la ciudad, donde mi madre podría haberse ganado la vida con su nueva amiga. Pues por culpa del PCE nos llevaron a un pueblo a 50 kilómetros del ferrocarril, donde no había absolutamente nada. ¿Quién iba a necesitar de modistas en un lugar como aquél? Era gente de campo que apenas tenían ropa para vestirse... Las dos mujeres pasaron todo el invierno allí y pensaron: «Aquí nos vamos a morir, está claro, de hambre, o de alguna enfermedad».

—¿Sabéis qué hicieron? Vendieron todo lo que tenían para que un hombre que tenía un carro y un caballo las llevara a la estación de ferrocarril. Entraron en el tren sin billetes y sin un céntimo. Llegaron a Ufá y se enteraron de dónde vivían bien calentitos los del partido y les dijeron: «Tenéis que darnos trabajo y alojamiento». Gracias a esta acción ahí estuvimos hasta 1944, cuando la guerra ya estaba fuera de la frontera rusa y volvimos a Moscú.

—Reconstruirían al final la familia...

—Yo ya no me acordaba de mi padre, pues se fue al frente cuando yo no tenía tan siquiera un año. Me acuerdo de que un día llamaron a la puerta y entró un señor flaco, chupado, con un abrigo militar largo, y mamá me dijo: «¡Mira! ¡Éste es papá!». Mi padre encontró trabajo como conductor, chófer, en un ministerio, y mi madre se puso a coser. Y a partir de entonces pasamos a ir como todo el mundo, muy modestos, a veces rayando la pobreza, pero yo tuve una infancia feliz. Estudié en el colegio con niños rusos, judíos, tártaros, ucranianos, éramos todos iguales, con muchos amigos. Siempre hubo la predisposición de los rusos a ayudarnos; yo era muy traviesa, se me perdonaban cosas que no se perdonaban a un niño ruso, por ejemplo decían: «es que es española, es así».

Finalizó el colegio en la Unión Soviética y, cuando sus padres decidieron regresar a España, ya tenía dieciséis años, era a finales de 1956.

—Fue empezar de cero. Después he vuelto muchas veces a Rusia, por trabajo, a visitar a amigos, me he dedicado siempre a la enseñanza de la lengua y la literatura rusa...

También sabemos que ha estado con todos los presidentes de gobierno que ha habido en España como traductora jurado del Ministerio de Asuntos Exteriores...

—Y cuando hay una visita oficial de países de lengua rusa, yo ejerzo mi trabajo —dice con simpatía esta mujer positiva, guapa y luchadora, como su marido.

Le preguntamos por cuál debería ser el mejor futuro para España, a lo que responde:

—El de la República. Sigo creyendo que la forma natural de gobierno en el siglo XXI es una República, hay que aprender a crearla sin conflictos ni verter una gota de sangre.

Hablando de sangre y de muerte, traspasamos la barrera de los tiempos de la conversación y le pregunto a Arce por la Fundación Nostalgia que él preside. Se constituyó en 2001 para conseguir una pensión para los 220 españoles que, con más de setenta años, para entonces —y ya han pasado quince años— se encontraban en Rusia y no podían regresar. ¿Se ha conseguido algo?

—Hace años sí, realizamos muchas gestiones en el Congreso de los Diputados durante mucho tiempo y, finalmente, logramos que los que quedaban allí cobraran unos quinientos euros al mes y pudieran al menos realizar un viaje al año a España. No tienen recursos, es una vida dura. Actualmente son 620 euros.

Mientras almorzamos seguimos comentando que los españoles emigrados a la URSS en el 37 se vieron atrapados en una segunda guerra aún más cruenta, la segunda guerra mundial. Arce los tiene contabilizados. De las cerca de cinco mil personas que allí fueron, tres mil quinientos eran niños de guerra y el resto, mil quinientos, adultos. Ante la invasión nazi, en junio de 1941, los españoles, el Ejército Republicano, lucharon con el ejército soviético. La mayoría se alistaron voluntarios, combatieron en tropas regulares o en destacamentos guerrilleros. Muchos cayeron en combate.

—Son más de cuatrocientos, sus nombres aparecen en el libro *Memoria* editado por la Fundación Nostalgia. Una primera parte contiene los nombres de los fallecidos en servicio y la otra mitad los de aquellos que

fallecieron en la retaguardia rusa, durante la guerra, a causa de los bombardeos, del hambre o de las enfermedades. Las tumbas están diseminadas por todo el vasto territorio soviético...

Él mismo, junto con su esposa, realizaron un viaje en el año 2014 a la antigua casa de niños de Manuel, la n.º 5 de Óbninskoye, ahora Óbninsk, a unos 100 kilómetros al sur de Moscú, donde vivió su primera etapa en Rusia. Cuentan que en 1946 se construyó allí la primera planta nuclear civil de la historia, y que ahora es un moderno instituto científico dedicado al estudio de la energía atómica. Es de suponer qué emoción embargó a Manuel al pisar el lugar donde pasó su niñez...

—Salí casi llorando de emoción. No podía ser de otra manera, nos acompañó el director todo el rato y le dije: «Dentro no ha cambiado nada. Yo me acuerdo de cada centímetro de tabique, de cada habitación, de donde yo tenía mi dormitorio y el despacho del director de la casa de niños». El hombre se quedó estupefacto.

Nosotros también nos quedamos estupefactos con Manuel Arce Porres y María Sánchez Puig, por su gran historia, su sencillez, y nos fuimos de su casa imaginando todas aquellas escenas, hoy tan irreales, de tiempos tan duros y de tierras tan lejanas, las de la antigua Unión Soviética.



20

Alejandra Soler Gilabert

(Valencia, 8 de julio de 1913)

La profesora que salvó a sus alumnos de las
bombas en la Batalla de Stalingrado



ALEJANDRA SOLER, MAESTRA de niños y adultos, ejemplo de vida, inconformista por naturaleza, es una mujer que, desde pequeña, atisbaba una visión diferente del mundo. Su universo gira alrededor de tres palabras: «solidaridad», «altruismo» y «entrega». Una más: «cultura». Es una enciclopedia viviente, testimonio de dos guerras y numerosas batallas, ciento tres años de vida, treinta y tres de exilio fuera de España y ochenta de militancia comunista. Sorprendentemente activa y activista hasta que el cuerpo se lo permita, se muestra crítica con la violencia y las desigualdades

sociales. Educa y compromete con su sencillez y candidez a los más jóvenes, apasiona a todos los que la escuchan, es una mujer que «otea el horizonte».

Lo que no sabe ni sospecha es que algo la une a dos entrevistados de Atrapados: María Salvo y Teresa Alonso. La primera de ella, María, al finalizar la guerra civil tras la derrota republicana cruzó la frontera con Francia, donde fue detenida y recluida en diversos campos de concentración, el primero de los cuales fue Le Pouliguen, en la Bretaña francesa, cerca de Saint-Nazaire y después en la isla de Saint-Brévin. Alejandra, en su exilio francés, estuvo detenida también en Le Pouliguen. La segunda entrevistada, Teresa Alonso, una niña de la guerra de la casa n.º 13 en Kiev que vivió el Sitio de Leningrado, formó parte de las juventudes del Komsomol y Alejandra fue precisamente secretaria de dicha organización. Niña y profesora, ambas comunistas, poseen una experiencia al borde del abismo en terreno soviético.

Si uno mira sus fotografías del pasado, incluso en tiempos de guerra, Alejandra siempre sonríe, refleja una mirada fresca, pureza de alma y fortaleza de espíritu. Se nota. Y hoy es exactamente igual. De caminar lento, pequeña y delgadita pero enérgica en sus convicciones, aparece en el salón de su casa con ánimo de hablar de su querida Rusia.

Influida por su padre, maestro aunque no ejerciera como tal, hombre letrado, avanzado a su época, inteligente, liberal, republicano y ateo, siempre ampliando con la cultura su perspectiva del mundo. Ésta es la descripción que hace de su padre Alejandra, pero a medida que lo dice, ahora que la conozco, me parece que es su propio retrato.

Hija única en una familia de clase media, de niña cursó el bachillerato en el Instituto Luis Vives de Valencia, formó parte de la Federación Universitaria Española (FUE), un movimiento estudiantil progresista cuyo objetivo era modernizar una enseñanza accesible a la población, y en 1932 inició sus estudios universitarios en la Facultad de Filosofía y Letras de Valencia, sección Historia.

—Mi padre se enteró y me matriculó y yo fui de las primeras licenciadas universitarias de España. Quería estudiar, ser investigadora de historia. Eso no era habitual en aquella época entre las chicas. Lo conseguí,

mi padre me apoyó siempre. Fue maravilloso. Cada vez me entusiasmé más y estudié la carrera con verdadera pasión. Me licencié en marzo de 1936, estaba haciendo la tesis de mi doctorado pero se truncó...

—Por la guerra, supongo...

—Sí, tres meses más tarde teníamos la sublevación militar, ahí estaba Franco y la maldita guerra civil.

Pero remarca que antes vivió la proclamación de la Segunda República.

—Durante la República estuvimos felices y contentos, mi padre más que nunca, y yo también a pesar de que mis padres se divorciaron. Yo tenía dieciocho años. La proclamación de la Segunda República, el 14 de abril de 1931, aquí en Valencia fue una explosión de entusiasmo tremendo. La gente por la calle gritando. También fue el despertar de la mujer. La mujer había sido durante la monarquía un verdadero peón en un tablero de ajedrez, que no servía más que para cosas imprescindibles del día a día o ser ama de casa. Y lo peor es que estaban convencidas de que habían nacido para eso. Pero después todos los avances se truncaron en el segundo bienio y, peor, con el levantamiento de Asturias, hubo una gran represión de la huelga asturiana. Esa represión bestial que hizo Franco, aplastando a la gente, fue tan bestial que decidí afiliarme al Partido Comunista en 1934 y todavía soy del partido aunque, todo hay que decirlo, hay gente del partido que no me ha gustado. En fin, que mi padre era miembro de un círculo de gente liberal, ellos ya se decían republicanos mucho antes de que se proclamara la República.

Alejandra cuenta que su padre leía siempre *El Pueblo*, el diario republicano fundado en Valencia en 1894 por el escritor, periodista y político Vicente Blasco Ibáñez y se mantendría hasta 1939, justo hasta el final de la guerra civil.

Cada aspecto de la figura paterna parece su propio reflejo. Por eso reímos acerca de la herencia cultural y genética de nuestros progenitores, comprendemos la importancia decisiva que, aun sin quererlo, un hombre de ideales y letrado ejerció sobre ella, su hija. Por eso siempre dice que hay dos hombres en su vida y, de hecho, mientras hacemos la entrevista en su domicilio, pone de fondo los retratos de ambos, especialmente el de su padre, Emilio Soler, una fotografía del año 1938. El segundo hombre, su

esposo durante cincuenta años, es el periodista y escritor Arnaldo Azzati, hijo menor del también periodista y traductor Félix Azzati (1874-1929). Una amistad iniciada cuando ambos eran miembros del Partido Comunista y de la Federación Universitaria Española (FUE), desembocaría en matrimonio el 3 de noviembre de 1936.

—Se casaron en plena guerra...

Levanta la ceja y emite un sonido divertido acompañado de un «¡Ya...!»

—Precisamente fue por causa de la guerra. Como la situación iba de mal en peor y podían enviarnos a lugares distintos, sólo legalmente casados podíamos conseguir que respetaran nuestro deseo de seguir juntos. Él era entonces periodista de la Agencia Internacional del Movimiento Antifascista (AIMA).

Hablamos también de un acontecimiento histórico que tuvo lugar en Valencia durante la contienda, mundialmente conocido. El II Congreso Internacional de Escritores en Defensa de la Cultura, organizado por la Alianza de Intelectuales Antifascistas, que fue convocado oficialmente en octubre de 1936 y se celebró el 4 de julio de 1937. Fue inaugurado en Valencia, entonces capital de la República, y se celebraron también reuniones en Barcelona y Madrid, de las que nos habla en su capítulo el escritor y poeta Marcos Ana.

—Yo estuve, asistí como delegada del partido. Tuve mucha suerte, pues en ese congreso hice amigos para toda la vida, españoles y extranjeros, como Rafael Alberti, María, María Teresa León, también Lorca, al que conocía de vista antes... Para mí eran astros, era maravilloso. Y también tuve amistad, aunque aún yo no hablaba su idioma, con el periodista ruso Ilyá Ehrenburg, que también asistió, seguimos con los años nuestra amistad en la URSS y nos ayudó a hacer una exposición de cuadros de Picasso. Él era amigo íntimo de Picasso.

Enseña la foto del mencionado evento una amiga íntima de Alejandra, Pilar Sanz, profesora de la Universidad de Valencia, autora de publicaciones de enseñanza en lengua extranjera, mujer siempre pendiente de nuestra entrevistada. En la fotografía que nos muestra, en blanco y negro, aparecen sonrientes, una vez más, Alejandra Soler, Irene Falcón y el periodista ruso mencionado bajo el título «Exposición en honor de Pablo Picasso en su 35

Aniversario». La Casa de los Españoles, ubicada entonces cerca de la Plaza Roja, organizó esta muestra del afamado pintor, en 1958, cuando ya había muerto Stalin.

—¡Si no hubiera muerto no se habría hecho! Incluso en los depósitos del Museo Ermitage había cuadros de Picasso que no se exponían, era algo provocativo, no se mostraban a la intelectualidad rusa que quería saber quién era este pintor.

Pero esto acontecía años después. Antes, en el verano de 1937 la guerra civil continuaba avanzando. Cuando el gobierno republicano se trasladó de Valencia a Barcelona, la Agencia de noticias para la que trabajaba Arnaldo le destinó a Barcelona y ella se trasladó con él. Impartiría clases en un Instituto como profesora de Historia y Geografía. Permanecerían en la Ciudad Condal hasta el 26 de enero de 1939.

—Era el fin de la guerra, la caída de Cataluña...

—Sí, nos fuimos porque ese día entraron los franquistas. Pero antes vivimos a mediados de marzo de 1938 tres días horribles en Barcelona con muchos bombardeos, sometían a la ciudad a ataques que destrozaron el puerto, parte de la ciudad y atemorizaron a mucha gente.

Su relato me hace recordar un documento que pude leer en los Arxius Nacionals de Catalunya, un comunicado de prensa emitido por la Generalitat catalana, concretamente el 20 de marzo de 1938 con el título «Los aviadores alemanes e italianos al servicio de Franco desahogan su sadismo contra Barcelona». Concebido como el martirologio de la ciudad, el texto de tres páginas detalla los dieciséis bombardeos que acontecieron en treinta y seis horas, dejando miles de muertos y heridos, así como cientos de edificios derruidos los días 16 a 18 de marzo. Fueron horas dramáticas, de dolor y sangre que presenció Alejandra.

Tal como han contado otros Atrapados, una vez los sublevados llegaron al Mediterráneo cortaron las comunicaciones entre Barcelona y Valencia. Alejandra perdió la conexión con su padre, no se verían hasta veinte años más tarde. A partir de aquí todo se desarrolló muy rápidamente. Después de la marcha de las Brigadas Internacionales —por imposición diplomática de una Europa que desde el comienzo había hecho un Pacto de No Intervención—, y tras la derrota republicana en la Batalla del Ebro,

comenzó una imparable ofensiva del ejército franquista sobre Cataluña que se concretaría con su derrota y casi el fin de la guerra el 26 de enero de 1939.

—Hasta el último momento Arnaldo y yo permanecemos activos. El partido nos envió a infundir ánimos y moral a los soldados republicanos en momentos tan duros cuando los franquistas ya estaban en el Tibidabo. Nos habían dado una consigna, que si las cosas no iban bien nos reuniéramos en el local de Radio Horta, al norte de la ciudad, para salir de Barcelona juntos. Cuando llegamos a la radio ¡se habían ido todos! Era de película, estaba todo vacío, se escuchaban disparos y teníamos que irnos deprisa. No había coches, nada, a pie. En la calle veías soldados republicanos que corrían de un lado a otro sin orden y los franquistas disparaban sin piedad.

—¿Arnaldo escribió su última crónica en Barcelona? —tenía curiosidad.

—Sí, pero todo se ha perdido, tantas cosas se han perdido.

—¿Se desmoralizó?

—No, ni siquiera cuando fue herido por una onda expansiva que le afectó en un bombardeo.

—¿Y cómo escaparon de Barcelona?

—Tuvimos suerte, un camión de guardias de asalto pasó por allí, nos vieron y dijeron, «corred», y subimos corriendo, al vuelo. La cosa estaba muy mal, no teníamos otra opción que caminar hacia el norte, pero por la carretera para salir hacia Mataró, venía ese camión, a una marcha tremebunda con guardias de asalto, y nosotros, los dos, hicimos gestos, y casi sin parar, desde arriba, nos subieron a la caja del camión, a Arnaldo y a mí y la máquina de escribir —reímos todos ante la imagen de la máquina de escribir como uno más de la tropa—. Nosotros salvamos la vida, no se podía ir sin un vehículo. Preguntamos adónde iban; «lo más lejos posible», dijeron. Fuimos con ellos hasta Mataró, allí, en medio de la carretera, había un camarada que paraba a todos y decía: «Si hay alguien del Partido Comunista, por orden del Comité Central, que se baje». Nosotros bajamos, había que acatar órdenes.

Alejandra y Arnaldo abandonaron España.

—Me fui de España no porque tuviera las manos manchadas de sangre ni nada, había hecho política sí, pero no tenía que temer nada. Aun así, por ser comunista, si me hubiera quedado estaría en la cuneta, seguramente.

Pasaron por Gerona bajo las bombas de los últimos tiempos de contienda. De allí se separaron en distintos vehículos que les debían conducir hasta Figueras, en cuyo castillo tuvo lugar la última reunión de las Cortes de la República Española. Allí se separaron, la dirección del partido encomendó a Arnaldo una tarea específica y Alejandra, encaminada hacia Francia por el puerto fronterizo de La Junquera a mediados de febrero de 1939, no vería a su marido hasta meses más tarde, directamente en Moscú. Por caminos diferentes, ambos tendrían un mismo destino, los campos franceses, eran los *Indésirables*.

—Yo partí unas horas antes de que llegase a la frontera el ejército de Franco. Era horrible, veías montones de personas desfilar, cientos, miles, todo un pueblo, mujeres, niños, ancianos sin fuerzas. Al cruzar la frontera la policía nos pidió la documentación. A los refugiados españoles nos concentraron en Le Boulu, pueblito francés cerca de la frontera, y al día siguiente en tren nos llevaron a Le Pouliguen.

Le Pouliguen no era un campo de concentración al uso, sino más bien un centro de detención, tal como cuenta en su capítulo otra española antifranquista presa en este lugar mencionado anteriormente, María Soler.

—Nuestro refugio era un campo diferente, no era tan severo como otros. Estábamos en un caserón, casa vieja, grande, no podíamos salir a la calle, permanecíamos allí encerrados, pero teníamos una vida correcta. Venía un médico por higiene, todos los días, nos cuidaba. No era un campo terrorífico ni mucho menos. Gracias a ese médico que se interesaba por nosotros y a que yo tenía carrera universitaria y hablaba francés perfectamente, tuve la osadía de pedirle auxilio al médico. Necesitaba saber si mi marido estaba bien o, por el contrario, le habían hecho prisionero.

Fue precisamente en este centro donde Alejandra, con la ayuda de aquel doctor, mucho trabajo, perseverancia e ingenio, pudo enviar cartas por correo buscando a su marido por todos los campos franceses. Lo que puede parecer imposible o disparatado hizo su efecto, porque lograron cartearse. Supo que se encontraba en Argelès-Sur-Mer.

Ahora conviene hacer un breve inciso para remarcar la labor humana del Partido Comunista Francés y de diarios como *L'Humanité*, que permitieron la comunicación de personas en busca de sus familiares tejiendo una red de solidaridad en la que tuvieron también gran importancia las mujeres antifascistas francesas. Crearon una estructura, especialmente en Saint-Nazaire, que a modo de apadrinamiento, ofrecía apoyo moral y los materiales imprescindibles para el aseo cotidiano o la comida.

Pero, de vuelta a la narrativa de Alejandra, gracias a este peculiar contacto que establecieron por carta entre Le Pouligen y Argelès, ella supo que el hermano de Arnaldo les ofrecía la posibilidad de exiliarse a México, sin problemas, pues Renán era subsecretario del Ministerio de agricultura de la República y estaba con el gobierno en París. Tentadora decisión...

—Su hermano mayor, eran cuatro muchachos y dos mujeres, estaba a punto de irse a México, y entonces Arnaldo me decía que nos proponía marcharnos con él. Yo dije que sí. Era un país con el mismo idioma, yo era ya profesora y teníamos abierto el horizonte, pero casi inmediatamente Arnaldo me manda otra carta diciendo que la URSS nos reclamaba a los dos, a él como periodista para radio Moscú y a mí como profesora de niños españoles un poco más mayores. Éramos comunistas y acatamos la petición. Fuimos a la Unión Soviética, considerábamos que era como nuestra casa. ¿Cómo no nos íbamos a ir? Era nuestra ideología. Traspasamos al otro lado del Telón de Acero. Eso fue en 1939, aún no había guerra en el mundo.

—Él se marchó de Francia en el buque *María Uliánova*, el nombre de la hermana de Lenin, el mismo barco que me conduciría a mí un mes más tarde. Era mayo de 1939 y él llegó a Leningrado. Yo antes tuve que pasar por París. Me vinieron a buscar un par de policías franceses de paisano, como si fueran amigos míos, fuimos en un tren, y me condujeron hasta la puerta de la embajada rusa en París porque me había reclamado oficialmente el partido. Nos quedamos dos días en París, sin salir de la embajada, hacían un pasaporte plural a varios compañeros, como por ejemplo a Kety Levi Rodríguez, la hermana de Irene Falcón, y a Teresa Falcón. Allí me encontré con gente que había trabajado conmigo en un

organismo en Barcelona que dependía del Ministerio de la Guerra, el Auxilio Femenino al Frente, era sobre todo, comunista. Embarcamos en el puerto francés de Le Havre.

Llegó con su grupo a Leningrado el 4 de junio de 1939, deseosa de reunirse en Moscú con su marido después de tanto tiempo sin verse, desde su estancia en los campos franceses. Sin embargo, para su monumental enfado, observa cómo es enviada a un sanatorio de una ciudad diferente, Járkov, en Ucrania, para hacerse chequeos médicos al venir de una guerra y un campo francés. Tras un bombardeo, pero esta vez de protestas dirigidas a la dirección del Partido Comunista y a la Komintern, consiguieron avanzar su reencuentro en la capital. Sin embargo, hemos de decir que en Járkov conoció a alguien de la que me han hablado diversos aviadores de la República, hombres que lucharon durante la guerra civil y que se formaron en la URSS, en Kirovabad. Hablamos de Clara Rosén, Clarita, como todos la llamaban con cariño. Soviética nacida en Argentina, de padres judíos rusos emigrados durante los últimos tiempos del zarismo. Ella, que acompañó a Alejandra desde Járkov a Moscú, también fue la traductora de muchos alumnos-pilotos en las sucesivas expediciones de aviadores a Kirovabad.

—La mandaron conmigo para que me ayudara porque yo no tenía ni idea de ruso. Desde entonces fuimos íntimas amigas. Y de Járkov ¡finalmente me enviaron a Moscú! Hacía año y medio que estábamos casados pero entre que nos habían dado misiones diferentes y después la separación de los campos franceses, no nos veíamos nunca. Él dijo un día: «¿Me he casado con una tanquista?» —y de nuevo nos reímos todos los presentes.

Cuando Alejandra y Clara llegaron a Moscú, él no estaba en la estación. Era evidente que ni el partido ni nadie le había informado de su llegada.

—Nos fuimos a Radio Moscú. Arnaldo se encontraba en su despacho: ¡por fin! Estábamos muy felices. Pero siempre hay un pero: Moscú es una ciudad encantadora, la quiero muchísimo, pero al igual que todas las ciudades rusas tiene un problema espantoso: falta de vivienda. Es algo endémico que nace de la revolución. Cada empresa que contrataba a un trabajador tenía que darle vivienda, pero la mayor parte de las empresas no

tenían lugares edificados, había que alquilar una habitación donde fuera y era difícilísimo encontrar una. El partido buscaba, preferentemente, viviendas para las familias con hijos. Nosotros tuvimos que buscarnos, por nuestra cuenta, un lugar para vivir. Al final conseguimos un sitio insólito, una habitación en un hotel, el mítico Metropol, de cinco estrellas, el que está en la plaza del teatro Bolshoi, al lado de la Plaza Roja y que aún existe con la misma categoría. Pese a que la comida era barata y a que teníamos buenos sueldos, el alquiler de la habitación ¡nos costaba un ojo de la cara! —nos decía con su habitual humor.

Alejandra había conseguido trabajo de maestra en la casa de niños de la guerra n.º 12 de Moscú, la mayoría de los cuales rondaba los doce años. Por la noche acudía a Radio Moscú, donde Arnaldo seguía trabajando en las emisiones para América Latina en castellano y ella también ejerció de locutora. Pero no sabían ruso. Para Alejandra, que tampoco conocía el difícil idioma de caracteres cirílicos, era angustioso no poder entender las noticias de lo que acontecía en el resto del mundo, especialmente en Europa, con una guerra iniciada por los nazis alemanes.

—Por suerte, allí en la radio, Arnaldo recibía periódicos en inglés y francés. Gracias a ellos nos enteramos de los movimientos bélicos en Europa. Me acuerdo de que, después de un día entero de trabajo agotador, debíamos, ya de noche, estudiar ruso. Era imprescindible para poder comunicarnos, para movernos, en fin, para hacer de todo en nuestro nuevo país de acogida.

Pero en junio de 1941 los alemanes pusieron en marcha la Operación Barbarroja para invadir el territorio soviético, rompiendo el Pacto de No Intervención con Stalin, algo que nadie esperaba, como comenta nuestra entrevistada:

—Para mí fue muy extraño, nunca había imaginado que la guerra se iba desarrollar en Rusia tal como se desarrolló. Nos habían dicho que el Ejército Rojo era una coraza, que era imposible atravesar las fronteras de Rusia, es lo que pensábamos. El Ejército Rojo falló desafortadamente. ¿Por qué ocurría eso? ¿Cómo podían estar tan desmoralizados? Era imposible de comprenderlo.

Parecía como si no hubieran pasado tantos años desde aquella acción bélica porque Alejandra se emocionaba, se indignaba, se sorprendía aún ante nosotros a causa de la debacle del ejército soviético frente a la invasión extranjera. Y los allí presentes viajábamos, en la «máquina del tiempo» a través de las palabras, de los sentimientos, de las muecas y expresiones que aquella mujer de impresionantes ciento tres años nos transmitía en su pequeño piso en Valencia.

Hacemos una pausa, su voz, temblorosa pero comprensible, necesita un poco de agua antes de proseguir. Pausa también de la grabación y me acerco a ella para peinar unos pocos sus grisáceos cabellos, siempre bien peinados por cierto. Apasionada por la temática, ella sigue dando su opinión:

—Mira, el Ejército Rojo tardó mucho tiempo en reaccionar. Era inaudito para nosotros. Los alemanes avanzaron fácilmente por las estepas, sin obstáculos y destrozaron a los ejércitos rusos y capturaron a miles y miles de prisioneros. Hubo tres frentes de ataque nazi: el de Leningrado, donde establecieron un cerco que duró más de dos años, donde sus habitantes aguantaron estoicamente, dando ejemplos de heroísmo estremecedor. El otro frente se dirigía hacia el centro, hacia Moscú, pero el pueblo y los militares lograron detener a los invasores y, finalmente, el tercer frente de los nazis se orientó hacia el sur, hacia Kiev, capital de Ucrania y los Urales. Hubo una tremenda avalancha invasora hacia el Cáucaso en demanda de petróleo. En ese momento Rusia estaba entregada a Hitler. ¿Por qué llegó ese momento? ¿Cómo pudo degenerar la fortaleza del país del socialismo? Imposible de entender. Uno se volvía loco —seguía, inconformista, Alejandra.

En ese período, Stalin ordenó consumir la estrategia de tierra quemada, es decir, de dismantelar las fábricas y no dejar las cosechas para los nazis. Trasladó las fábricas más allá de la cordillera de los Urales, para emprender la fabricación de armamento, tarea en la que se involucraría toda la sociedad civil y militar.

Ante el ataque de Hitler, Alejandra intentó comprender el motivo de la debacle del ejército soviético. Más que al pacto «antinatural» —como ella misma lo califica— de Stalin con Hitler de no agresión mutua que hubiera permitido, según dice, a Stalin a ganar tiempo y aplazar en lo posible el

ataque de Alemania, nuestra heroína cree que el problema surgió de los procesos judiciales de 1937 y 1938 contra el general Mijaíl Tujachévski, una de las víctimas de la Gran Purga de Stalin. Tujachévski había modernizado el ejército soviético y desarrollado el modelo de «guerra relámpago» que, más tarde, los nazis pondrían en práctica. Pero las desavenencias con Stalin ya venían de 1920, durante la guerra ruso-polaca, en la que Tujachévski no logró conquistar Varsovia.

El militar, que llegó a ser mariscal de la URSS, fue arrestado en 1937 acusado de «conspiración militar-trotskyista» y de espionaje a favor de Alemania junto con otros siete altos cargos militares. Tras un juicio sumarísimo, él y sus compañeros fueron ejecutados, fusilados.

—Era un genio militar. Pero en aquel momento, cuando Stalin dijo que Tujachévski era un espía al servicio del capitalismo y que lo había confesado en los interrogatorios, todos nosotros lo creímos. Con estos fusilamientos se descabezó el ejército soviético. Si no habría sido por ese proceso, la URSS habría sido invencible —seguía lamentándose.

Los alemanes se fueron acercando a Moscú a partir de junio de 1941 pero Alejandra y su marido Arnaldo no se marcharon de la ciudad hasta octubre de aquel año. Durante este período de casi cuatro meses ambos fueron movilizados, al igual que el resto de la población civil, para inutilizar bombas incendiarias lanzadas por los bombardeos alemanes sobre la ciudad.

—Las cogíamos con unos guantes muy gruesos y las tirábamos en bidones repletos de arena, era la única forma de apagar esas bombas incendiarias, todos lo hacían. Pienso que los nazis creían que en Moscú había muchas edificaciones de madera y por eso las lanzaban —nos explicaba convencida.

Llegó el día en que la casa de niños de la guerra n.º 12, donde trabajaba Alejandra, debía ser evacuada. Todos los niños, maestros y tutores rusos y españoles, incluida nuestra heroína, lo hicieron por el río Volga, hacia el sur. Arnaldo fue enviado a la ciudad de Ufá —capital de la actual República de Baskortostán, un importante centro industrial al oeste de los Urales— y, una vez más, el matrimonio se separó.

Allí tuvo a su cargo a un grupo de chicos españoles destinados a trabajar a la fábrica de munición en Ufá.

—Desde los Urales y otras zonas del sector asiático soviético se instalaron las industrias armamentistas. Pero había un gran problema: el transporte de armas y municiones de esta zona hacia el frente de guerra, al oeste. La URSS apenas tenía carreteras y faltaban más ferrocarriles. Las «carreteras» soviéticas eran los grandes ríos, pero éstos sólo cruzaban el territorio de norte a sur o a la inversa, pero no de oeste a este, donde debían desplazarse los materiales y las tropas y su abastecimiento. Además, teníamos el problema de que los ríos se congelaban en invierno y no había forma de llevar a cabo el transporte. Cuando los ríos se deshacían, se formaban grandes masas de hielo o témpanos, que, al desplazarse, chocaban entre sí y producían estruendos estremecedores, eso yo lo viví, fue apocalíptico —recordaba Alejandra con sus ojitos desorbitados.

—¿Cómo evacuó a los niños desde Moscú? Fue un verdadero acto de heroísmo —afirmé.

—Se ha tomado como una heroicidad pero no lo es. Sin ayuda del ejército soviético, que nos dio cobertura, los niños, yo misma y los demás maestros y tutores seríamos abono de sangre para la tierra —ríe Alejandra por la macabra ironía—. Embarcamos en un barco fluvial donde también estaban los niños de la casa n.º 3, que venían de una casa situada en un pueblo cerca de Moscú llamado Krasnovídovo, donde estaba Carmen Roure, de la que me hice muy amiga. Navegamos varios días por el Volga hasta llegar a un pueblo llamado Léninsk, a las orillas del río Ajtuva, un afluente del Volga y cerca de Stalingrado que hoy se llama Volgogrado. Allí encontramos a los miembros de otra casa de niños españoles evacuada de Kiev, es decir, nos reunimos tres casas de niños de la guerra con sus correspondientes maestros.

Fue en Léninsk donde, al igual que los demás españoles, conocerían el verdadero invierno de la estepa, con temperaturas inferiores a los cuarenta grados y un viento cortante. Los grupos de las tres casas trabajaron en la construcción de la línea del ferrocarril que uniría Moscú al Mar Negro y al Cáucaso, mientras ayudaban a los campesinos a recoger y moler la cosecha

de trigo. Allí los animales de carga y de tiro eran los camellos, tal como nos contó otro Atrapado, Manuel Arce, un niño de la guerra que también vivió aquellos tiempos de guerra en Rusia.

Hoy nos parece imposible entender cómo bajo aquel frío extremo, ella, junto con los niños, tuvieron que atravesar a pie un Volga congelado en varias ocasiones para ayudar en el transporte de abastecimiento.

A inicios de 1942 algunos profesores solteros se marcharon al frente de guerra y llegó una orden del Ministerio de Educación soviético para que Alejandra y sus niños se trasladaran a la orilla derecha del Volga, a una casa muy grande donde, aparentemente, iban a estar mejor alojados que en la apretada casa de Léninsk.

—¿Por qué esa orden? —preguntamos todos al unísono.

—A mí me pareció una tremenda locura, no porque la casa fuera más grande, sino por el lugar al que nos mandaban, ¿sabes dónde estaba?

—No, pero lo imagino...

—¡Cerca del frente de guerra! Era por donde seguramente los alemanes iban a querer pasar, hacia el sureste y donde, probablemente, el ejército ruso no podría hacer nada para impedir avanzar a los nazis. Más tarde, en Stalingrado, me acerqué a las oficinas del Ministerio de Educación para quejarme del nuevo emplazamiento pero, además de no hacerme caso, me tacharon de derrotista y me dijeron que, por disciplina, debía cumplir con lo que ellos me ordenaban —dice indignada, incluso alterada, faceta que, a medida que avanzamos en su historia y se adentra en su entramado político, aumenta considerablemente.

Aquél era un ejemplo de los muchos absurdos de la burocracia o del pensamiento de los burócratas soviéticos que vivió la joven maestra valenciana.

—Yo era la secretaria del Komsomol, la organización de los jóvenes del Partido Comunista, no tenía familia conmigo, no tenía hijos. Entonces fuimos a ver cómo estaba aquella casa. Formé un grupo de los chicos mayores, con más de dieciséis años, entre los cuales estaban dos sobrinos de Dolores Ibárruri, La Pasionaria, y un sobrino de José Díaz Ramos, quien había sido dirigente del PCE en Rusia, además de un hijo de Irene Falcón, que era la secretaria de Dolores. En marzo de 1942, cuando aún los

alemanes no habían llegado a Stalingrado, quedé allí con Dolores Ibárruri, porque ella quería ver a sus dos sobrinos y al del fallecido Pepe Díaz. Todo estaba cubierto de nieve y el trayecto de Léninsk a Stalingrado lo hicimos en trineo con los chicos. Se oían estruendos, ruidos raros y nos asustábamos. Pensábamos que el río se estaba deshelando y que acabaríamos tragados por las frías aguas para siempre. Pero no, el deshielo empezaría más tarde, a partir de abril y todo quedó en un susto.

Alejandra siguió hablando de aquella nueva casa situada en una zona tan peligrosa, cerca de un pueblo habitado por cosacos a orillas del río Don.

—La casa era estupenda. Teníamos que hacer alguna transformación pero poca cosa. Pero, al cabo de un par de días de estar allí trabajando, no lejos de la casa, se produce un ataque de una unidad alemana de paracaidistas interceptada por el ejército soviético. A raíz de este ataque, los militares soviéticos se replegaron y ocuparon el pueblo donde estaba nuestra casa de niños. Como era la casa más grande, los altos mandos se instalaron en la casona. Así que se toparon con chicos y una mujer muy rara que hablaba el ruso muy muy mal —se ríe nuestra interlocutora.

A partir de aquel momento el grupo pasa a ser protegido por el ejército, pero no escapan del asedio alemán que seguirá sobrevolando y bombardeando la zona. Ante el avance constante de las tropas del Reich, deben abandonar la casa, partir hacia Stalingrado. Alejandra, niños, militares, todos se subieron a un tren, que en su trayecto sufrió los ataques de la Luftwaffe, la aviación alemana. Algunos vagones saltaron por los aires, destrozados, pero el grupo de españoles, afortunadamente, salió ileso y llegaron, sanos y salvos, a Stalingrado.

Debemos la batalla por Stalingrado, una de las más sangrientas, tuvo lugar entre el 23 de agosto de 1942 y el 2 de febrero de 1943 y costó la vida de dos millones de soldados y civiles, de entre los cuales más de un millón doscientos mil eran soviéticos y casi ochocientos mil alemanes. Durante el ataque alemán, Stalingrado vivió un verdadero infierno, donde los aviones nazis lanzaban miles de bombas y los francotiradores soviéticos defendían el corazón de la ciudad.

—¿Cómo era Stalingrado en aquel momento de la guerra? —pregunté recordando haber visto muchos documentales sobre tan terrible guerra.

—Era una ciudad extraña, primero porque no era una ciudad redonda, agrupada, era longitudinal, en la parte derecha del Volga. Los soviéticos la habían convertido en un fortín, todas las autoridades civiles se habían marchado, sólo veíamos militares por las calles. Nada más llegar nos dijeron que una bomba había caído justo sobre una zanja donde se había refugiado un grupo de niños españoles, junto con su maestro, Félix Allende, y habían muerto todos aplastados... Nosotros llegamos a Stalingrado al mismo tiempo que los alemanes, en agosto del 1942: ellos llegaron por el sur y nosotros por el norte. Estuvimos juntos pero no nos vimos, los sentimos por las bombas y cañoneos, pero no los vimos. Aquello era el frente de batalla. Todos los puentes del río Volga habían desaparecido, los había dinamitado el mismo Ejército Rojo para que no pasaran los alemanes. ¿Cómo podíamos salir de Stalingrado? Sin comida, sin tranquilidad, sin porvenir y con una nube de aviones sobre nuestras cabezas desde la mañana hasta la noche... Vimos sangre, sangre y muchos muertos tirados por todos los lados. Durante cinco o seis días comimos gracias a los militares que se apiadaron de nosotros y dormimos en la calle. Menos mal que era verano, si no hubiera sido trágico. Al final logré convencer a los soldados rusos que estaban cargando un convoy para transportar armas, tanques, cañones y camiones de la parte izquierda a la derecha del Volga. Cuando ellos volvieron les suplicamos que nos llevaran al otro lado si no a todos, de tres en tres, en unos cuantos viajes. Iba en contra de la disciplina militar en tiempos de guerra, pero conseguimos convencerlos y, de tres en tres, pasamos. Yo fui la última, y me acuerdo como si fuera hoy que navegamos por un anchísimo Volga, tenía casi dos kilómetros y medio de una orilla a otra. Todo eso navegando en una barca y con aviones alemanes tirando bombas sobre el río, era tremendo. Queríamos ir más deprisa, pero los barcos no podían.

La sucesión de imágenes que nos planteaba Alejandra durante aquella entrevista casi me abrumó. Podía ver, a través de los ojos de una mujer de ciento tres años, cómo había sido la batalla por Stalingrado hacía ahora más de setenta y cinco años. Era como poder viajar en una máquina del tiempo gracias a aquella encantadora mujer. Para mí era un auténtico privilegio poder entrevistarla.

—¿Qué pasó con nuestra heroína y con sus niños después que alcanzaron la orilla izquierda del río Volga? —le pregunto mientras sonrío con gracia por lo de «heroína».

—Cuando llegamos a la orilla no había medio de transporte hasta Léninsk, donde estaba nuestra casa. Tuvimos que recorrer a pie no sé cuántos kilómetros y, además, atravesar el río Aytuva, el afluente del Volga que pasa por Léninsk. Como no nos quedaba otra opción, nos fuimos caminando tranquilamente, pero la tranquilidad se esfumó de golpe cuando llegamos al pueblo y vimos que éste se había convertido en una villa fantasmal: todos sus habitantes habían huido despavoridos ante el temor del avance de los nazis. Allí no nos podíamos quedar y, sin pensarlo demasiado, corrimos hasta el apeadero del ferrocarril que nosotros mismos habíamos ayudado a construir el verano anterior, el de 1941. Era el ramal que llevaba a la línea principal que unía Moscú con el Cáucaso y con Crimea. Por suerte, llegó un tren que nos condujo hasta los Urales. Era una verdadera tartana pero nos sacó de allí, sí que nos sacó —se mueve de arriba abajo la cabeza centenaria de nuestra protagonista.

Mientras tanto, en Stalingrado se libraba una batalla aterradora, cuerpo a cuerpo, casa por casa, que terminó con la derrota estrepitosa de los alemanes que deseaban llegar hasta los pozos de petróleo del Cáucaso. Allí empezó la derrota total del Tercer Reich, en la misma Stalingrado, la tumba de casi ochocientos mil militares de la Wehrmacht. De los más de cien mil prisioneros alemanes y aliados de éstos que hizo el Ejército Rojo, poco más de seis mil sobrevivirían a las duras condiciones de los gulags de Siberia. En aquella batalla murió uno de los hijos de La Pasionaria, Rubén Ruiz Ibárruri, pero también otros españoles, entre ellos aviadores, guerrilleros y marinos que habían estado en la guerra civil española y ahora luchaban con el Ejército Rojo.

Alejandra, otros maestros y los niños españoles llegaron, por fin, a un pueblo llamado Safárovo, en la región de Bashkiria, hoy República de Baskortostán habitada por una mayoría de tártaros musulmanes. Allí, la casa a la que les destinaron era pequeña pero aun así juntaron a los niños de la casa n.º 12 de Moscú con la de Kiev.

Pero ¿por dónde andaba Arnaldo, el marido de Alejandra?

Siempre que era posible, se carteaban, pero ahora, a causa de la guerra y la huida de Stalingrado, Alejandra no recibía contestación a sus cartas. Seguía en un pueblo de los Urales, Bieloriesk, como tutor de un grupo de chicos españoles que estaban trabajando en una fábrica de armamento. Ella, hábil y estratega, se enteró de que había caído gravemente enfermo de malaria y, en plena guerra, salvando todos los obstáculos, la valiente maestra decidió cruzar un amplio territorio para encontrarse con su amado haciendo lo imposible para subirse a un tren y llegar hasta Bieloriesk. Pero logró llegar hasta la casa donde Arnaldo se encontraba solo y convaleciente. Mujer decidida y de carácter, luchó para que el PCE trasladara a su marido hasta Safárovo, junto a ella. Tuvo que esperar hasta la Navidad de 1943 para que su deseo se cumpliera. Desde entonces nunca más se separaron hasta la muerte de Arnaldo, muchos años después.

A principios de 1944 llega un nuevo traslado, esta vez a otro pueblo de los Urales, Yashicovo, a otra casa de niños españoles evacuada de las afueras de Moscú, de Tarásovka, la n.º 2. Allí conoció a los maestros José Laín Entralgo y su esposa Carmen González con los que entablaron una gran amistad. Entralgo había formado parte del Estado Mayor de la República y fue director de la Escuela de Comisarios del Pueblo como miembro suplente del Comité Central del PCE participando como comisario político del Ejército Popular de la República.

En septiembre de 1944 partieron hacia Moscú cuando la amenaza de la guerra había prácticamente desaparecido de las fronteras de la URSS. Dejaron atrás la casa de niños —algunos ya eran mayores—. Arnaldo volvió a trabajar en Radio Moscú como redactor y traductor del ruso al español, idioma que había aprendido perfectamente, y Alejandra se incorporó como profesora de español y cultura española en la Escuela Superior de Diplomacia que formaba parte de la Universidad de Lomonósov de Moscú, relacionada con el Ministerio de Asuntos Exteriores de la URSS.

Una de las fechas que recuerda con más emoción es la del fin de la segunda guerra mundial que vivió en Moscú. El día 9 de mayo de 1945 ella, junto con otros tres millones de ciudadanos, se lanzaron a las calles para celebrar el fin de la contienda.

—En la Plaza Roja, alrededor del Kremlin, en la plaza del teatro Bolshoi y en la Plaza de Maniez la multitud se agolpaba, gritaba, lloraba o bailaba o hacía todo a la vez —ríe complaciente nuestra entrevistada—, yo lo viví y nunca lo olvidaré pues era un espectáculo grandioso.

Después de esta apoteosis popular llegó a Moscú el marido de la hermana de Arnaldo, Paz Azzati, el periodista italiano Andrés Familiari. Comunista, se fugó del fascismo de Mussolini y residió en España en tiempos de la República, donde se casó con Paz durante la guerra civil. Como Arnaldo conocía a Andrés, era su cuñado, le recomendó para trabajar en la sección italiana de Radio Moscú.

Durante este tiempo Paz se encontraba presa en España y condenada a muerte por Franco por sus actividades clandestinas en el PCE. Andrés, su marido, inició una campaña para sacarla de España con el argumento de su nacionalidad italiana. Después de un largo peregrinaje, logró su objetivo y, durante el tiempo que permaneció en Italia haciendo estas gestiones escribió un libro, con el pseudónimo de Ettore Vanni, titulado *Yo, comunista en Rusia*, publicado en Roma en 1950. Las autoridades soviéticas consideraron que el libro era crítico, atacaba a la URSS y a su régimen.

Pero algo desagradable y doloroso ocurriría con Arnaldo Azzati en 1952. Cuenta Alejandra que Fernando Claudín, líder del PCE en Rusia, llamó al periodista de Radio Moscú para conminarle a escribir una carta condenando a su hermana, Paz, por haberse casado con un «traidor» del comunismo como era Andrés Familiari y que debía renegar de su hermana. La carta debería ser publicada en los medios comunistas internacionales para más escarnio. Este episodio es sumamente delicado en la vida de Alejandra.

—Arnaldo rechazó esta humillación y farsa que, al final, tuvo malas consecuencias: le acusaron de introducir, en Radio Moscú, a Familiari, ya considerado un traidor del comunismo. Arnaldo se reunió nuevamente con Claudín y con un agente del NKVD, que más tarde sería el KGB y, tras un largo interrogatorio, decidieron expulsar a Arnaldo de su trabajo pero de tal forma que pareciera a petición suya. Pero mi marido se había forjado una excelente reputación profesional y, al cabo de unos días, le llamaron del semanario de política internacional *Tiempos Nuevos* para trabajar de

traductor y redactor de estilo en la sección española, puesto que mantuvo hasta nuestro regreso a España en 1971 —dice casi con un temblor de voz entre la rabia, el balbuceo y la impotencia que vivieron decepcionados con la iniciativa del partido.

Durante más de un año Alejandra y Arnaldo vivieron muy preocupados por el temor de que, en cualquier momento, aparecieran en su casa los temidos agentes del NKVD y se llevaran a Arnaldo para siempre.

En su libro *La vida es un libro caudaloso con peligros rápidos* (publicado en 2009 por la Universidad de Valencia), narra algunas de las discusiones, disensiones y luchas intestinas del PCE en Rusia y lo hace sin compasión. Incluso narra cómo Irene Falcón, secretaria de Dolores Ibárruri, fue defenestrada por el PCE de Fernando Claudín y represaliada por el régimen comunista porque su novio, Bedrich Geminder, había sido acusado de tener relaciones con los trozkistas, de «ser un judío nacionalista y cometer otras desviaciones burguesas capitalistas». Geminder acabó fusilado. Irene y su hermana, expulsados del trabajo y totalmente marginadas deciden partir hacia China para emprender Radio Pekín, en sus emisiones en español.

Con la muerte de Joseph Stalin, en 1953, las pocas ilusiones que Alejandra y Arnaldo aún depositaban en este dictador se disiparon completamente.

—Aparte de que no sentíamos más pasión por aquel hombre, temíamos morir aplastados por la turba que se movía, lentamente, sobre un suelo resbaladizo, hacia la Casa de los Sindicatos para rendir su último homenaje a Stalin. Los dos hemos sido comunistas de verdad pero nunca fanáticos. Y por eso hemos pagado caro. Hubo quien nos dijo que éramos anticomunistas, antisoviéticos, yo decía lo que pienso, sin ninguna traba. Y no por eso dejó de ser comunista —observa nuestra entrevistada.

Pese a la posibilidad de conseguir la repatriación a España entre 1956 y 1959 gestionada por la Cruz Roja Internacional y aprobada por Franco, el matrimonio no quiso regresar. Alejandra, en 1958, fue nombrada jefa de la cátedra de Lenguas Romances de la Escuela Superior de Diplomacia de Moscú, cargo que mantuvo hasta que, finalmente, volvió a España en 1971.

Al llegar a Madrid, emocionados, fueron recibidos por sus viejos amigos José Laín Entralgo y Carmen, su esposa, además de otros amigos. Fue el inicio de una nueva vida en Madrid, donde estuvieron siete años.

En 1986 falleció Arnaldo, un duro, durísimo golpe para Alejandra. Su marido, compañero de tantas batallas, se había ido para siempre. Nuestra heroína de derrumbó, se sentía, como ella mismo expresó, «como un zombi» pero, con el paso de los años, fue dejando para tras la apatía y el desánimo.

En los años noventa volvió a tomar parte en diversos eventos organizados por los partidos de izquierda. En 2013, ya con ciento un años, participó como activista en el primer aniversario de la llamada «Primavera Valenciana» —contra los recortes y directrices negativas en la enseñanza pública—, por lo que fue conocida como la abuela del 15-M (movimiento surgido el 15 de mayo de 2011) o movimiento de los «indignados». Aunque son odiosas las comparaciones, se la podría comparar con el célebre diplomático y escritor Stéphane Hessel —capturado y torturado por la Gestapo y preso en varios campos de concentración—, que abrió la mente de muchos ciudadanos del mundo con su librito titulado *¡Indignaos!* Pues ésta es nuestra «indignada», una mujer con letras mayúsculas, un ejemplo para jóvenes y mayores, un emblema moral que todos nosotros tendríamos que tener presente.



EPÍLOGO

Las heridas de la memoria y la desmemoria

Trauma, ciencia y psicología

La tortura es peor que el asesinato, porque, al torturar a un ciudadano, no me conformo eliminando aquel que me estorba, sino que obtengo una satisfacción de su padecimiento, de su exclusión de la humanidad, y este goce dura mientras él viva.

(TZVETAN TODOROV)

Con los años, todos aquellos horrores y miedos pueden llegar a superarse, pero sólo de forma relativa, porque el trauma, en el momento menos pensado, puede regresar súbitamente a un pasado estremecedor.

ME LO DECÍA LA POETISA ya fallecida Ángeles García-Madrid, presa en las cárceles del primer franquismo, durante una de nuestras conversaciones para este libro. Lo afirmó con tal contundencia y rotundidad que advertí que este y otros rasgos eran comunes a las más de cuarenta personas que he entrevistado, supervivientes de la guerra civil, de la segunda guerra mundial, del Sitio de Leningrado, de la Batalla de Stalingrado, incluso del conflicto de las islas Kuriles. Todos vivieron historias de guerra, lucha y muerte, situaciones extremas, pero sobrevivieron. Luego, fuera de España, rehicieron sus vidas, en ocasiones con una capacidad asombrosa. En el interior de nuestro país, los vencidos descendían a los infiernos de las cárceles franquistas.

De una u otra forma, la vivencia y su recuerdo duelen. ¿Indefinidamente? A raíz de las sensaciones, percepciones y «explosiones» emotivas de las personas entrevistadas, todas vencidas de diversas guerras, percibí que una mayoría escondía sus heridas, mal cicatrizadas, a punto de rebrotar en cualquier momento de su vida, casi siempre durante la ancianidad.

¿Es idéntico el trauma/dolor del que lucha en la guerra sometido a los horrores del frente de batalla al del preso torturado en las cárceles franquistas o campos de concentración?

La participación en el desarrollo de una guerra implica lucha, acción, resistencia, la mayoría lo recuerda como algo cruel, pero, al mismo tiempo, podían actuar por unos ideales, había esperanza.

En cambio, el momento de la derrota, de la reclusión en las cárceles o campos franquistas, o, en el caso de la guerra mundial, en los campos nazis, implica la derrota, el sentimiento de perdedor, el sometido. Es entonces cuando emergen todo tipo de emociones durante las entrevistas. Maricuela

llora al recordar a las compañeras jóvenes y apaleadas de la cárcel Modelo de Oviedo, Ángeles García-Madrid lo hacía al recordar la terrible noche del fusilamiento de Las Trece Rosas o los ataúdes de niños en la cárcel de Ventas, y Teresa Alonso, niña de la guerra, se emociona al revivir la imagen de los muertos transitando bajo el hielo de Leningrado.

En otros momentos, inesperadamente ríen. Supongo que es una respuesta de autoprotección al recordar situaciones límite, o tal vez se debe a que el dramatismo queda muy lejos en el espacio y el tiempo.

En *Atrapados* quería concluir con una perspectiva médico-científica sobre el espíritu de superación del ser humano, así como la estructura y herencia del trauma en el afectado y sus descendientes. Por ello decidí formular algunas cuestiones a médicos y especialistas en la transmisión del trauma en la unidad familiar, en psicobiología y en neurociencia cognitiva. Sus respuestas y reflexiones giran en torno al efecto devastador de la violencia, la guerra y la tortura sobre el ser humano.

MANUEL MOROS PEÑA

Médico y escritor, autor de *Los Médicos de Hitler*

Los conflictos armados crean un estado de suspensión de los derechos, dan carta de ciudadanía a la muerte, convierten en normal la barbarie y desmoronan las frágiles barreras morales que retienen al sádico que todos llevamos dentro. Por ello, no debe resultar extraño que los estudiosos estén de acuerdo en que las guerras suponen una fuente de desórdenes psiquiátricos tanto para los combatientes como para la población civil, cuyo paradigma es el Trastorno Por Estrés Traumático (TPET). Los síntomas que lo caracterizan pueden variar de unas personas a otras, pero tres de ellos se repiten en mayor o menor medida.

En primer lugar, las víctimas suelen revivir la experiencia traumática en forma de recuerdos involuntarios y repetitivos, de pesadillas y de *flashbacks* o alucinaciones acompañadas de un malestar psicológico profundo.

En segundo lugar, tienden a evitar los estímulos asociados a ella, incluso rechazando hablar con sus seres queridos sobre lo ocurrido.

Por último, muestran una respuesta de alerta exagerada que se manifiesta en dificultades de concentración, en irritabilidad y especialmente en problemas para conciliar el sueño. Aunque no se dispone de datos precisos sobre lo ocurrido entre 1936 y 1939 en nuestro país, podemos asegurar con unos márgenes razonables de error que entre el 30 y el 35% de los combatientes de ambos bandos sufrió estrés de combate que, a su vez, y en un número igualmente importante, acabó produciendo un TPET. Un tipo particular de TPET es el llamado «síndrome del superviviente», descrito en quienes consiguieron salir con vida del horror de los campos de concentración nazis, caracterizado por síntomas como depresión, insomnio, ansiedad y enfermedades psicosomáticas que se creen originados en sentimientos de culpa por ser quienes los experimentan únicos o casi únicos supervivientes de un desastre en el cual perecen otras personas emocionalmente cercanas al enfermo.

Para superar el trauma es fundamental el tipo de apoyo social y familiar que reciban las víctimas, pues cuanto mayor sea, más rápida será la recuperación. Por el contrario, una respuesta hostil por parte de la comunidad potenciará el daño y agravará el trauma psicológico.

Los límites del sufrimiento humano son imposibles de establecer. El que tiene un *porqué* para vivir puede soportar casi cualquier cómo. Muchos de los supervivientes de los campos contaron que una de las motivaciones que les dieron fuerzas para superar el umbral de esa muerte en vida fue poder dar algún día testimonio del horror vivido, provocar la reflexión y evitar que las voces de las víctimas quedaran silenciadas para siempre. También les aferraba a la vida el recuerdo de sus seres queridos y el deseo de reunirse con ellos aun sin saber si seguían vivos. Tras la liberación pudieron contarlos, escribir libros y dar conferencias. Algunos pudieron reintegrarse a una vida normal en su comunidad y otros muchos iniciar una nueva, tal vez con algún otro superviviente con el que pudieron compartir sus experiencias, tal vez lejos de un país cuya mayor parte de la población veía pasar los transportes de ganado llenos de seres humanos y no hizo nada. Pero, al contrario que los vencedores, que sí pudieron dedicarse plenamente a superar sus traumas y a ensalzar a sus caídos, los vencidos de nuestra guerra civil no tuvieron la oportunidad de experimentar el proceso de duelo

necesario para superar estas experiencias porque, tras la barbarie de los tres años de contienda, lo único que encontraron al volver a casa fue un ambiente hostil que les estigmatizó como *rojos* y les obligó a reprimir su dolor, a ahogar sus lágrimas, a renegar de sus ideas y a autoimponerse el más negro de los silencios durante cuarenta años. Nadie hablaba, ni siquiera en su propia casa, por miedo a ser delatado, y esos «secretos vergonzosos» se transmitieron a sus hijos.

La feroz represión de la dictadura de Franco, que nunca incluyó entre sus planes ni el perdón ni la reconciliación, impidió que se cerraran las profundas heridas psicológicas heredadas de la guerra, por lo que podría decirse que la guerra civil causó un auténtico trauma psicosocial, ya que dejó traumatizados no sólo a los perdedores sino también a sus hijos, creando en ellos efectos como la polarización de la sociedad, el deseo de venganza y el miedo a cuestionar y a denunciar al poder. Tampoco el proceso democratizador ayudó a cerrar esas heridas, pues la élite política procedente de la dictadura y los políticos de la oposición se esforzaron por colocar el olvido de los crímenes y de la represión del franquismo en un destacado primer plano como un ingrediente fundamental en la construcción de la futura España.

No hubo ninguna política de homenaje ni de restitución simbólica o de reparación de las víctimas del bando republicano ni de los represaliados, ni se exigieron responsabilidades por los 100.000 desaparecidos ni por los cerca de 30.000 niños robados. Democracia a cambio de olvido e impunidad. La dictadura franquista ha sido un caso único en Europa. Es la tercera generación tras la guerra la que está reclamando la restitución y el reconocimiento de las víctimas y la recuperación de la memoria histórica. La Alemania nazi tuvo su Nuremberg, y las víctimas de su barbarie tuvieron tarde o temprano su merecido reconocimiento.

Aquí no. Sólo silencio. Y el silencio nunca ayuda a la víctima. Sólo a su verdugo...

MANUEL MARTÍN-LOECHES

Profesor de Psicobiología de la Universidad Complutense de Madrid (UCM) Director de la Sección de Neurociencia Cognitiva del Centro de Evolución y Comportamiento Humanos (UCM-ISCIH)

¿Existe alguna teoría científica que explique la capacidad de supervivencia y superación del ser humano expuesto a situaciones límite, como por ejemplo guerras y torturas?

Todos los recuerdos y experiencias que tenemos en el cerebro los guardamos en forma de circuitos. El sistema nervioso, especialmente el cerebro, es muy flexible, mucho más de lo que pensábamos hasta ahora, incluso en el adulto. Esto quiere decir que, motivados por el instinto de supervivencia, es factible que se establezcan circuitos neuronales en el cerebro que pudieran compensar las reacciones (los actos, los pensamientos, el sufrimiento) que provoquen el trauma. Habitualmente esto son «parches», no es un verdadero remedio (sería por ejemplo enmascarar el dolor, pero éste aún existe). La mayoría de las veces esto simplemente se hace de forma inconsciente: el propio cerebro genera estrategias que compensen el daño, busca maneras alternativas de activar circuitos que puedan enmascarar, o incluso impedir, el afloramiento a la consciencia de recuerdos o vivencias cuya reactivación causa gran dolor y emociones altamente negativas, paralizantes, que impedirían una vida normal y una supervivencia óptima. Otras muchas veces, por voluntad propia o mediante un tratamiento sistematizado por parte de un profesional (por ejemplo, un psicólogo), se pueden plantear esas estrategias alternativas que el propio cerebro no ha sido capaz de desarrollar por sí mismo. Esto es también muy habitual, y de hecho es parte del trabajo de los psicólogos que suelen asistir a las víctimas de un accidente o un atentado.

Incluso en algunos casos puede haber una verdadera corrección, una minimización —o desaparición— de la intensidad de los circuitos negativos; no haría falta compensarlos. Pero esto no es lo habitual. Lo más frecuente es que esos circuitos negativos sigan activos y persistan durante toda la vida. De esta manera, aunque se haya compensado su actividad mediante la activación o formación de nuevos circuitos, el cerebro nunca será «normal»: tendremos un trauma activo, produciendo efectos nefastos

sobre el resto de actividad cerebral (puede dar lugar a situaciones o personalidades de excesiva vigilancia, desconfianza, rabia, frustración, etc.), junto con los circuitos que intentan compensar esos efectos del trauma. Esto es algo que no ocurriría en un cerebro sano.

¿Por qué algunos sucesos quedan registrados en la memoria con tanta fuerza y riqueza de detalles y durante tanto tiempo?

Para que algo se guarde en la memoria, normalmente es necesario que tenga cierto impacto emocional, negativo o positivo. Sabido es para todos los enseñantes que se aprende mejor aquello que motiva, que interesa, que emociona, si quiera sea sutilmente. Esto se debe a que una de las zonas cerebrales que se necesitan para consolidar los recuerdos es el hipocampo, una estructura de nuestro lóbulo temporal que está inmersa en el cerebro emocional. También lo es la amígdala, también en el lóbulo temporal, y más proclive y sensible aún a las emociones.

Por tanto, aquello que conlleve emociones es más fácilmente recordable. Por poner un ejemplo, puedo acordarme de las vacaciones de hace un par de años, pero no de lo que cené ayer, simplemente por una diferencia en el tono emocional de ambas experiencias. Qué duda cabe de que un trauma importante, una vivencia o experiencia acompañada de activación emocional de gran intensidad, como son las situaciones bélicas, son proclives a ser recordadas toda la vida, pues los recuerdos se consolidan más cuanto más intensidad emocional haya conllevado la situación.

Lo que tienen los acontecimientos traumáticos, las situaciones emocionalmente intensas, es que además suelen venir a la consciencia con bastante frecuencia (aunque se elaboren circuitos compensatorios, como decíamos más arriba). Es decir, que se reviven repetidas veces y, claro, con cada una de esas reactivaciones (re-vivencias) se vuelve a insistir en el recuerdo, se «revisa» y entonces se consolida cada vez más. No obstante, sobre esto hay que hacer algún matiz, que corresponde a la respuesta a la siguiente pregunta.

¿Qué hace que una persona reviva en la vejez su experiencia traumática del pasado con tanta claridad y mayor intensidad que en su juventud/madurez? ¿Por alguna actividad cerebral concreta? ¿Psicológica?

Como decía antes, los recuerdos traumáticos lo pueden ser para toda la vida, a pesar de los esfuerzos que podamos hacer por minimizarlo o borrarlos. Por un lado, el hecho de repasarlos, como decíamos también, los acaba haciendo más robustos. Pero muchas veces ocurre a la par un fenómeno bastante habitual: la memoria se reconstruye cada vez que recuperamos un recuerdo, y en esta operación de reconstrucción puede ocurrir (es frecuente) que se añadan cosas, acontecimientos o hechos que o bien no estuvieron presentes o lo estuvieron de otra forma. La memoria es muy falsa, es muy susceptible a errores. Cabe por tanto que se hayan añadido detalles que en un principio no estaban o no fueron importantes, y sobre esos añadidos hayan ido creciendo otros recuerdos que no serían tales, sino más bien «invenciones» que con el tiempo aparecen en los subsiguientes repasos y cobrar cada vez más fuerza.

No es necesario que sean recuerdos falsos o invenciones posteriores, sino detalles que en un principio no estaban en primer plano, pero que en reelaboraciones posteriores fueron surgiendo y cobrando fuerza, sean ciertos o no. De ahí que sea posible que la intensidad de ciertos recuerdos o vivencias —verdaderas o no— pueda aumentar con el tiempo, más incluso que cuando la situación era aún reciente.

¿Cómo se manifiestan las enfermedades mentales después de una guerra?

Por supuesto, y tiene un nombre: Trastorno por Estrés Postraumático (TEP) (*Post-Traumatic Stress Disorder* en inglés). Es muy común en veteranos de guerra (se está estudiando ahora mucho en veteranos de la guerra del Golfo) y, por supuesto, en todo tipo de personas que hayan sufrido una situación traumática de gran importancia. El TEP aparece en los manuales de diagnóstico psicológico y psiquiátrico como un síndrome con entidad propia, y en la mayoría de los casos resulta muy limitante para la vida de los pacientes. Normalmente cursa con ideas obsesivas acerca de lo

vivido (se recuerda persistentemente), aparece en los sueños, etc. Lo habitual es que conlleve trastornos de ansiedad graves, hasta el punto de producir efectos en la memoria (para otros sucesos) y la atención del paciente; en definitiva, para su funcionamiento cognitivo. La persona vive condicionada por su trauma. La ansiedad extrema viene también acompañada, con frecuencia, de síntomas fisiológicos como temblor, sudor de manos, malestar y trastornos del aparato digestivo, etc.

¿Perviven las heridas de la memoria, son eternas?

Claro que perviven y aunque no son eternas pueden durar toda la vida de un individuo. Es imposible transmitir las heridas a la descendencia, el recuerdo concreto. Sin embargo, con lo que vamos conociendo de la epigenética, no sería descabellado pensar que como consecuencia del trauma pudiera haber una respuesta extrema del sistema nervioso que desencadenara al final un reajuste de los sistemas moleculares de lectura del ADN, por poner un ejemplo, y que éstos se transmitieran a la descendencia. La epigenética es una rama reciente de la genética que va demostrando que lo que heredamos no son sólo los genes, sino también la forma de leerlos y procesarlos (cuándo, cuántas veces, de qué manera, etc., etc.). En este sentido, es factible que una sobreactivación de determinados circuitos neuronales en una persona que haya sufrido un trauma, mantenida en el tiempo, acabe provocando cambios de diverso tipo en el organismo y que éstos acaben afectando a los mecanismos moleculares de lectura de ADN. Es un caso hipotético y sin ninguna evidencia, simplemente plausible.

Un ejemplo muy conocido al respecto es el de los niños nacidos en Holanda durante y después de la segunda guerra mundial. Hubo una gran hambruna que afectó a miles de mujeres embarazadas. La gran mayoría de los niños nacidos tras este trauma presentaron en su vida adulta numerosos problemas de diverso tipo, entre ellos mentales (ansiedad, depresión, etc.), parece que como consecuencia de las alteraciones del organismo de la madre gestante sobre el desarrollo del feto. Entre estas alteraciones podrían existir aspectos que afectan a la lectura del ADN, y sería posible que la descendencia de estos individuos vuelva a mostrar estas anomalías.

ESTEBAN GONZÁLEZ LÓPEZ

Médico

ROSA RÍOS CORTES

Profesora de Historia

Profesores de la asignatura El Holocausto, una reflexión desde la Medicina, en la Universidad Autónoma de Madrid

¿Son equiparables los traumas producidos en las víctimas de distintas guerras/conflictos, como por ejemplo la guerra civil, y los supervivientes del Holocausto?

Hoy sabemos que cualquier situación estresante y más sí es continuada puede producir una serie de traumas. En el caso del Holocausto las secuelas físicas y psicológicas han sido muy estudiadas. Estos estudios nos permiten aproximarnos a los trastornos que aparecen en víctimas de la guerra civil.

Si pensamos que en ambos casos se dieron situaciones como el miedo constante, la falta de noticias, la persecución, o la pérdida violenta de seres queridos, es fácil establecer un cierto paralelismo.

También en ambos casos, las víctimas se vieron obligadas a rehacer su vida. En España los que marcharon al exilio tuvieron que vivir alejados de sus raíces pero los que se quedaron se impusieron a veces su propio silencio.

Sufrimiento y silencio, ¿lo heredan los hijos y nietos?

La generación de sobrevivientes del Holocausto durante mucho tiempo no habló de su sufrimiento ya que no había interés en escucharlos.

En el caso de España, los que de una forma u otra habían sufrido la represión en cárceles, campos de concentración o trabajos forzados, no sólo no pudieron hablar sino que además tuvieron que buscar la integración en la misma sociedad que les había perseguido.

Hasta tiempos recientes convivían en los hogares de nuestro país los abuelos, padres y nietos. Si tradicionalmente son los abuelos los encargados de transmitir la historia familiar, se da la circunstancia de que muchos de

los que habían sufrido encarcelamientos no hablaron, siendo aún más doloroso para las mujeres que se vieron obligadas a sacar a su familia adelante, muchas veces solas y en un entorno hostil.

Esta represión de los sentimientos va a influir en aquellas personas con las que se convive y de forma inconsciente se transmite a la siguiente generación.

Otro hecho a destacar es que muchas familias se han visto privadas de la posibilidad de elaborar el duelo por los fallecidos por no saber dónde se encuentran. Esto tiene repercusiones para todos en una o dos generaciones.

¿Qué secuelas físicas y psíquicas surgen en generaciones futuras de los afectados?

El término de síndrome de estrés postraumático nos describe una serie de alteraciones que sufren las personas que han estado expuestas a un hecho muy estresante y trágico en un momento de su vida.

Se trata de una enfermedad psiquiátrica crónica que se puede transmitir a las siguientes generaciones. Los estudios realizados en sobrevivientes del Holocausto así lo confirman. En España la mayoría de las víctimas que hayan padecido o padezcan alguna forma de estrés postraumático no han sido reconocidas como tales ni tratadas adecuadamente.

Si pensamos en situaciones como presenciar la detención y el asesinato de familiares o personas cercanas, o vivir escondido durante años, podemos establecer algún paralelismo con hechos sucedidos en el Holocausto.

Además de los problemas psíquicos también están las secuelas físicas. Es muy evidente para los sobrevivientes del Holocausto que estuvieron en guetos o campos de concentración debido a la falta de alimentos, infecciones, traumatismos y a todo tipo de enfermedades derivadas de las condiciones de vida extremas.

Pero hoy en día se sabe que algunas enfermedades cardiovasculares y metabólicas (hipertensión, diabetes), que aparecen en la segunda generación de sobrevivientes, tienen su origen en la deficiente alimentación de sus madres durante el embarazo.

El estudio sobre el hambre realizado por los médicos judíos en el gueto de Varsovia es clave para conocer las consecuencias de la carencia de alimentos. En España no sólo durante la guerra sino en la prolongada posguerra gran parte de la población vivió con una alimentación muy deficiente. Algunos autores sugieren que muchas de las enfermedades cardiovasculares y óseas padecidas hoy en día tienen su origen en ese déficit alimenticio.

¿Cómo responde el cuerpo humano ante una acción tan agresiva como la tortura o la cárcel/campos de concentración?

Es indudable que en los campos nazis se vivieron situaciones límite. En esas circunstancias el cuerpo humano segrega sustancias como el cortisol en un intento de luchar contra la agresión.

Si la situación estresante dura poco tiempo esta sustancia cumple su objetivo, pero a la larga la alteración hormonal puede tener efectos negativos.

En cuanto a la explicación psicológica, Viktor Frankl, prisionero en Auschwitz, en su libro *El hombre en busca de sentido*, nos habla de la capacidad de superación del ser humano y cómo en el campo de concentración la esperanza y las ganas de vivir eran lo único que podían hacer soportable cada día.

Cuando finaliza la segunda guerra mundial y los campos nazis son liberados, los sobrevivientes han de adaptarse a una nueva realidad y crear nuevos vínculos afectivos tras haber perdido a su familia.

Es significativo el gran número de bodas que se celebran en los campos de desplazados donde los sobrevivientes del Holocausto esperan antes de ser aceptados en los nuevos países de residencia.

En España, tras la guerra civil, el gigantesco esfuerzo que realizaron hombres y mujeres por luchar por un futuro a cambio de callar y sufrir en silencio sólo se verá recompensado en la siguiente generación, que en general mejorará su nivel de vida y sus expectativas.

¿Existe un límite en el establecimiento del sufrimiento humano?

Probablemente el sufrimiento humano no tenga límite, pero la capacidad de afrontarlo es diferente según las personas. Muchos sobrevivientes del Holocausto nos cuentan que pudieron mantener la esperanza porque las relaciones afectivas creadas durante su infancia habían sido muy fuertes. Otros nos cuentan cómo la idea de crear su propia familia en el futuro les ayudaba a soportar el sufrimiento.

ANNA MIÑARRO

Psicóloga clínica (col. 130)-Psicoanalista

Docente, investigadora, supervisora y asesora institucional.

Codirectora de la primera investigación sobre Trauma Psíquico y

Transmisión Intergeneracional. Co-compiladora del libro *Trauma y Transmisión*

¿Arrastramos todavía las consecuencias de la guerra civil y la represión de la posguerra en nuestra sociedad?

Después de más de setenta y seis años, podemos constatar el miedo, a veces invisible, de muchos ciudadanos que sufrieron las consecuencias de esta terrible guerra, de la represión, de la dictadura y de la Transición. Consecuencias que han sido transmitidas a segundas, terceras y hasta cuartas generaciones.

El proceso más eficaz para resolver esta situación es llegar a poder utilizar aquel concepto que en salud mental llamamos simbolización. Pero la simbolización de una catástrofe es difícil por muchas razones: porque fue imprevisible, brutal y se convirtió en un choque traumático y, sobre todo porque el sujeto, en general, no ha encontrado interlocutores a quien poder transmitir sus experiencias.

Así, cuando los procesos psíquicos de una generación no se transmiten a las siguientes, queda detenido el desarrollo de la humanidad y sabemos que sin la continuidad de la vida psíquica no puede existir la psicología colectiva. Y ello porque el individuo tiene conciencia de ser «el propio fin para sí mismo», pero a la vez forma parte de un grupo que él constituye y

que le constituye. Por tanto, el ser humano se halla inmerso en la cadena de generaciones como eslabón de transmisión, beneficiario y heredero, a la vez, del conjunto subjetivo.

Y aquí, las víctimas no han tenido interlocutores para tomar conciencia de sus representaciones.

Así, como que no han sido nombradas las experiencias emocionales de los padres, no pueden ser objeto de representación verbal en sus descendientes, y ello lleva a un proceso frustrado de simbolización. Esa falta de simbolización se produce, especialmente, cuando la primera generación ha sufrido una experiencia con elevada carga emocional en uno o ambos miembros de la pareja. Cuando aparece la angustia, los estados depresivos y otras patologías, los hijos han de hacer un trabajo psíquico destinado a comprender lo que está pasando.

En este ambiente dramático, los actos incomprensibles y la falta de palabra, el silencio, pueden acabar en el descendiente en extrañas construcciones. Aquello que no puede nombrarse puede llegar a tomar forma de fobias, compulsiones obsesivas, problemas de aprendizaje, etc., que no sólo están vinculados al conflicto entre el deseo y la prohibición, sino también al conflicto entre el deseo de saber y comprender y las dificultades que el contexto impone al conocimiento.

De forma mucho más clara podemos constatar estos síntomas en el caso de niños exiliados, robados o evacuados. Todos consideran que se les robó la infancia, y se identifican con una generación perdida. Ellos están de acuerdo en que es imposible salir indemne de un terror tan espantoso.

Por todo ello, podemos afirmar que esa herencia pertenece a toda la comunidad, especialmente cuando se trata de la violencia más extrema, la máxima crueldad que un ser humano puede ejercer sobre otro; violencia que de forma diferente impregna todavía el vínculo social actual.

¿Es comparable el trauma de los exiliados de la guerra en España ochenta años atrás con el de las actuales víctimas de otros conflictos como Siria?

En ambos casos la catástrofe social, el choque y el trauma pueden considerarse de la misma manera y ponen de manifiesto la paradoja de la condición humana; al mismo tiempo que construye y crea cultura y civilización, es capaz de procurar destrucción y barbarie.

Aquí y a diferencia de guerras recientes, después de tantos malos tratos, se impuso el silencio como única posibilidad de sobrevivir, el silencio se convirtió en la voz de los sin voz. Se constituyó en la metáfora de todos los horrores sufridos por una sociedad secuestrada por el terror, rota por el dolor y la pérdida de todo aquello que tenía valor, es decir, el ser humano.

El silencio deja heridas abiertas que no pueden cicatrizar y que, como podemos observar, perduran hasta nuestros días. En estas circunstancias el síntoma más grave que podemos encontrar es la tristeza, especialmente en aquellos testimonios en que el silencio y la represión se encarnizaron más, como es el caso de las mujeres de clase baja.

Porque no ha habido palabra para lo invisible, para los maltratados, para los torturados, para los exiliados, para los desaparecidos. Aquello innombrable es la huella del exilio forzado de la palabra, en que se silencia lo esencial.

El silencio abraza dos aspectos bien diferenciados: por un lado el silencio social que impuso el Estado español, que inducía a una identificación alienada con su mandato, y por el otro la necesidad personal de mantener el silencio posterior a una situación traumática.

Esta inducción tuvo mucha importancia, no sólo por su potencia y por la extensión de su vigencia en el tiempo, sino también por la gravedad de sus efectos, que llevó a un intento de denegación social.

Debemos asimismo, por tanto, analizar el silencio teniendo presente las políticas de memoria: es decir, el silencio impuesto por el poder.

Odio, dolor y resentimiento del vencido en la guerra civil y en la segunda guerra mundial. ¿Perviven las heridas de la persona torturada-encarcelada aun a pesar de los años transcurridos?

En el Estado español, a pesar de haber sufrido un genocidio, una de las represiones más antiguas y largas, no se ha reparado a las víctimas. Sólo recientemente se ha iniciado el trabajo de recuperación impulsado por

instituciones, por historiadores y por periodistas. Esta recuperación no se inició antes como consecuencia del pacto no escrito entre los partidos que lideraron la Transición con el objetivo de no «abrir heridas» y de «no desvelar fantasmas del pasado». Por tanto, los «perdedores» fueron privados de su palabra, de su cultura, de su lengua y de su identidad.

La impunidad coexistió con la represión política de la dictadura y fue avalada mediante diversos instrumentos legales, llegando hasta el día de hoy, tal como afirma e informa Amnistía Internacional. La impunidad sería, en sí misma, y por sí sola, una violación de los derechos humanos. Esto lo diferencia de las víctimas del nazismo, al menos con las víctimas de la Shoah, porque aunque sea superficialmente, ya que ha habido mucho criminal que no ha sido condenado ni tan siquiera importunado, se ha realizado un ejercicio de restitución a las víctimas y de punición a los responsables de los crímenes.

En lo demás, existen grandes similitudes entre las víctimas de la guerra civil y las víctimas del nazismo. La tortura, el encarcelamiento se convierte en un espacio de horror, de terror y de maltrato continuado a los ciudadanos recluidos, que comportó numerosos y graves síntomas, que, como acabamos de decir, se extienden a las generaciones siguientes. La vinculación de ciertos problemas psicopatológicos con la represión política es preciso también buscarla fuera de las personas que son víctimas.

De hecho, algunos de esos síntomas no deberían considerarse como de una persona enferma, sino como problemas de una persona previamente sana, pero ahora enloquecida social y psíquicamente que presenta cambios significativos: retraimiento, desconfianza, soledad, marginación, privación de las necesidades básicas, es decir, anomia.

Por otro lado, la carencia de verdad integral y la ausencia de justicia tienen mucha importancia en la aparición de cuadros clínicos. Contra ello tenemos entre otras herramientas el testimonio, como instrumento efectivo que reduce los síntomas. Y ello porque el testimonio no sólo cumple una función terapéutica sino también pedagógica para el conjunto de la comunidad. Convierte las sensaciones e imágenes en palabras, y las memorias traumáticas de los que sobrevivieron pierden toxicidad.

Tal y como definió Todorov:

La tortura es peor que el asesinato, porque, al torturar a un ciudadano, no me conformo eliminando aquel que me estorba, sino que obtengo una satisfacción de su padecimiento, de su exclusión de la humanidad, y este goce dura mientras él viva. La tortura deja una marca imborrable en el torturado, pero también en el torturador. Y la tortura institucional es peor todavía que la tortura individual, porque subvierte el fundamento mismo de toda idea de justicia y de derecho.

Ante una situación de encarcelamiento y de tortura aparece el miedo, el temor, la inseguridad, que implica la conciencia de indefensión biológica y de desamparo social en esta situación amenazadora.

El miedo es una emoción intensa. Indica que el significado que el sujeto atribuye a la situación en la que se encuentra es de peligro. El sujeto la percibe como una amenaza vital.

Esta amenaza vital es percibida en situaciones de internamiento en campos de concentración y de exilio como amenaza de muerte física, muy a menudo real, y como peligro de ser agredido, golpeado, violentado, torturado, es decir, como amenaza a la integridad corporal.

En algunos casos el miedo derivó en conductas sociales menos reconocidas, subjetiva y socialmente, y ha producido una privatización obligada del dolor manteniendo encubiertos los malestares y los efectos psíquicos.

Clásicamente estos conceptos fueron aplicados a las reacciones observadas después de un hecho de características particulares identificables (situaciones de combate, campos de concentración, catástrofes, maltrato físico o psíquico), que se producen por sorpresa, de forma inexplicable y brutal y que significan una amenaza a la integridad física y/o mental. Se encuentran fuera de las experiencias cotidianas del sujeto, y no se puede ejercer ningún control sobre ellas.

En cualquier caso, la experiencia clínica indica que no todos los sujetos expuestos a la misma situación traumática presentan alteraciones en la salud mental, posterior y relacionada con el hecho. Y, cuando lo hacen, son de diversa naturaleza, cualidad y magnitud.

Muchos ciudadanos internados y torturados confirman el trato inhumano dispensado a los republicanos, las condiciones de vida indescriptibles, la estricta vigilancia a la que estaban sometidos, los campos

de castigo, las múltiples situaciones de agresión y/o de violencia. Algo también habitual en los campos nazis, donde fue sublimado hasta el paroxismo el exterminio total.

Por otro lado, la agresión es una actitud o acción que provoca dolor o mal a otro. El agresor se posiciona como tal, emite signos que alertan al otro y permite desarrollar actitudes y actos de defensa. La agresión está vinculada a la angustia y al desarrollo de patologías vinculadas al padecimiento.

La violencia es también una actitud o acción que provoca dolor y mal en el otro, pero que no se detecta, es oculta y solapada. A veces, tiene forma de normalidad y, sobre todo, imposibilita que el otro se defienda. El ciudadano objeto de violencia queda atrapado en esta situación. La violencia, pues, la podemos relacionar con la angustia automática. El ciudadano queda sometido a la vivencia de colapso de las relaciones entre lo psíquico, lo social, lo temporal y lo espacial, y, obligatoriamente, se produce una vivencia traumática.

Que te quiten la identidad da una significación de pérdida fundamental, como si te pidieran hacer un luto sobrehumano: dejas de ser quien eres, y esto equivale a la más profunda desestructuración, a aquello que los profesionales de la salud mental vinculamos a la psicosis. Instalarse y asumirse como el número que les habían otorgado requería una fuerza personal que sólo aquel que ya se encontraba en una situación de equilibrio excepcional previa pudo superar.

La pérdida de identidad es una primera conmoción que genera en los sujetos una crisis importante, porque su continuidad se ve afectada. Deja de ser sujeto y sólo permanece un recuerdo de lo que fue antes. En el campo, en la cárcel, no es nadie, el futuro es incierto, y desconoce si tendrá un futuro o si enfermará y morirá. Ésa es la única certeza del ciudadano dentro del campo y ésta se convierte en su vínculo con la salud.

En estas condiciones el psiquismo estaba obligado a recurrir a conductas defensivas que lo protegieran. La única posibilidad: LA ESCISIÓN. A través de esta defensa el ciudadano separa su cuerpo de su psiquismo para poder sobrevivir. Se produce una muerte emocional: evita

añorar a los seres estimados y evita mirar hacia la suciedad que lo rodea (muertes, enfermos, personas torturadas, trata de blancas). Hace el esfuerzo de no guardar en la memoria nada para mantener sano su psiquismo.

Estamos, pues, en condiciones de afirmar que el maltrato grave y continuado en el tiempo, sufrido por tantos ciudadanos reclusos en los campos, comportó numerosos y graves síntomas a nivel de la salud física y la salud mental individual y familiar.

A pesar de todo lo descrito, en la mayoría de los casos no aparece ni el odio ni la venganza. El deseo fundamental es la necesidad de recuperar la verdad, de que se consiga justicia y de que se repare a los ciudadanos maltratados.

¿Cuándo se genera el trauma? ¿Es heredable, se transmite con la misma intensidad a los descendientes?

Etimológicamente la palabra «trauma» proviene del verbo griego que significa *hacer daño, agotar, dejar exhausto*. Todos estos términos denotan herida o injuria, y,

Los traumas vividos —sobre todo en situaciones denominadas de catástrofe «social»— no se agotan en la generación que los sufrió directamente, sino que son transmitidos a sus descendientes y afectan a segundas, terceras y cuartas generaciones.

El trauma no se elabora, es intramitable para el sujeto, pero se transmite y persiste por generaciones, va pasando de padres y madres a hijos, como la vivencia de un horror amenazante. Pasa como una pesadilla y entra en la persona de la generación siguiente como algo que hace daño y perdura porque se trata de situaciones como a la que nos estamos refiriendo, donde su intensidad y efectos impiden dar respuesta adecuada al sujeto, es decir, cuando el traumatismo sobrepasa la capacidad de elaborar psíquicamente las circunstancias de la vida. Y todos los excesos de estímulos que no se han metabolizado, que no se han transcrito, persistirán como restos traumáticos.

Así, los momentos estructurantes del psiquismo, vinculados a los procesos de transmisión de una generación a la siguiente, estuvieron marcados violentamente por situaciones límites respecto a las posibilidades de preservación del psiquismo y de sus vínculos.

Hemos podido constatar que en la primera generación aquello traumático no se puede decir, se conoce y se reconoce pero no puede ser hablado. Se produce una cripta y un espacio en el que queda clausurado aquello no dicho.

En la segunda generación se perciben los indicios de lo que no se ha dicho. El sujeto será portador de un fantasma que lo habita heredando lo encriptado y este fantasma operará desde el inconsciente. El hecho no puede ser objeto de ninguna representación verbal. Sus contenidos son ignorados y su existencia sólo presentida. *Los hechos pasan a estar en el orden de aquello innombrable.*

En la tercera generación *los hechos han pasado a ser impensables*: se ignora la existencia misma de un secreto que pesa sobre un traumatismo no resuelto en la primera generación y que produce síntomas, aparentemente inexplicables. El sujeto puede tener sensaciones, imágenes o emociones que le parecen demasiado complicadas, inexplicables.

Para Abraham, las influencias entre generaciones no se producen en relación a los contenidos psíquicos que estarían presentes «como un agujero», sino alrededor de símbolos fragmentados y desmenuzados.

Es decir, que aquello no metabolizado tiene efectos directos en la vida de quien sufre, restringe las capacidades del sujeto, promueve actuaciones, favorece la irrupción de patologías mayores o produce síntomas más específicos, y por lo tanto, afecta de forma diversa a las generaciones siguientes.

Dice Carmen, una testimonio con la que tuvimos ocasión de hablar durante nuestra investigación «Trauma y transmisión intergeneracional»:

Mi madre se pasaba todo el día llorando, hiciera lo que hiciera, barriendo, limpiando o haciendo la cama. Para evitar el dolor, yo no preguntaba nada. Un día me dijo que no podía hablar con nadie, me dio instrucciones y formas de cuidarme. Hoy sufre de una psicosis paranoica.

¿Qué origina el impacto psíquico? ¿Qué patologías genera? ¿Cómo recuperar la salud mental?

La importancia del testimonio, la escritura, la pintura, la terapia, todas han sido herramientas que han permitido resignificar todo lo padecido.

Recordar y decir la verdad sobre situaciones traumáticas son tareas esenciales para recuperar la salud mental, no sólo de las víctimas, sino también de las familias e incluso la de los perpetradores de los abusos humanos con el fin de restaurar el orden social.

El crimen de lesa humanidad no es de ninguna forma cualquier crimen, se distingue porque es expresamente ideado y planificado por los agentes de Estado.

No hay ninguna duda de que la violencia, la exclusión y el trauma son el origen de los impactos psíquicos que producen fenómenos de desestructuración. Depresiones graves; varias neurosis traumáticas y trastornos de ansiedad; dificultad en el funcionamiento social y en las relaciones interpersonales; conductas autodestructivas; aislamiento social y/o abuso de sustancias.

Evidentemente las patologías citadas siempre dependen de determinadas variables como la primera estructuración del sujeto, el tiempo de la acción violenta y la frecuencia de las agresiones.

Recuerdos tan traumáticos no se borran pese a que pasen los años. Es entonces cuando el testimonio con el acompañamiento de los profesionales de la salud mental es indispensable. Como nos dice Freud, «el recuerdo que no re/vive no tiene ningún valor».

El proceso psíquico original es preciso que sea reproducido con la más gran nitidez, de tal forma que las experiencias traumáticas puedan ser convertidas en conocimiento. Re/producir aquello vivido para liberarse de la marca del trauma es precisamente aquello que hacen los testimonios. Pese a la duda que plantean algunas teorías sobre la capacidad del lenguaje para trasladar el horror vivido, los testimonios hablan porque quieren dejar constancia de lo que pasó, no para mirar hacia atrás, sino también para que quede inscrito en la memoria y en la historia colectiva.

Como decía otro testimonio, «al acabar la guerra una clausura despiadada y mortal cayó sobre todos nosotros».

Los vencidos, los sometidos, tuvieron que enfrentarse a la hostilidad, al desconcierto, a la frialdad o a la piedad, y, sobre todo, al rechazo.

En este ambiente de terror en el que los vencidos y sus familias habían sido segregados del resto de la sociedad, es indispensable que la narración testimonial se convierta en una alternativa para romper la barrera del silencio.

Sin ninguna duda el testimonio ayuda a la reintegración de las experiencias traumáticas, y promueve el bienestar general.

Y no sólo hace función terapéutica sino también pedagógica para el conjunto de la sociedad. Porque la memoria es asimismo una construcción mental que utilizamos los sujetos para dar sentido a la experiencia traumática. El poder terapéutico de la palabra señala los estrechos vínculos existentes entre lenguaje y curación.

El testimonio es, pues, un instrumento efectivo que reduce los síntomas y, por lo tanto, produce mejoría. Porque convierte las sensaciones e imágenes en palabras, y las memorias traumáticas de los que sobrevivieron pierden su toxicidad.

Los testigos han dejado constancia del infierno que significa la estancia en un campo de concentración, del exilio, de la desaparición de un familiar y el posterior maltrato y represión, y ellos son los que nos han ayudado a comprender el comportamiento humano en situaciones extremas.

Y ni que decir tiene cómo de trágico era ser mujer en los campos o en las cárceles: maltratadas e internadas como sus compañeros, recibieron también el castigo y el olvido posterior por el hecho de ser mujer. Quizás en los campos de internamiento también tenían en cuenta aquello que decía el psiquiatra del régimen fascista A. Vallejo Nájera:

... toda mujer que haya defendido la República acontece inmediatamente una clase de monstruo responsable de horribles asesinatos, incendios y saqueos y son las que animan a los hombres para que cometan toda suerte de desmanes.

Ello permitiría entender el más profundo silencio interior de la mujer republicana represaliada dentro y fuera del país, a veces maltratada incluso por sus propios compañeros, y el pánico, la degradación de la condición humana sometida. En definitiva, se trataba de actitudes machistas que tampoco habían quedado suficientemente elaboradas durante la República.

La amnesia colectiva, aquella que buscaba anestesiar la sociedad durante la Transición, fue en sí misma una constatación de que las heridas del pasado no han (ps)cicatrizado y de que el trauma perdura, no sólo en los ciudadanos sino en el imaginario social, por lo tanto, en toda la comunidad.

Y así, tal y como habían sido los maltratos, fue también la impunidad: decisión interesada del franquismo. Una forma de llegar al olvido. Olvido que, en el caso de los crímenes y maltratos contra la humanidad, es

imposible porque quedaron grabados en el recuerdo, en la memoria de los ciudadanos directamente afectados, pero también en la sociedad, en el imaginario colectivo que lo transmitió a las generaciones posteriores.

También se produce una gran pérdida de los derechos económicos, sociales y culturales.

La carencia de trabajo, la exoneración, la imposibilidad de acceder a una atención adecuada en salud, y salud mental, y a una vivienda digna... Muchos obreros que llenaron los campos de concentración, al regresar a su casa, ya no tenían una fuente laboral estable. La mayoría se habían convertido en trabajadores temporales, o tenían un trabajo inestable sin garantías. Ello generó un sentimiento todavía más grande de pérdida.

Esto se ha traducido en un sentimiento de impotencia, de frustración de no sentirse ciudadano de derecho, en definitiva, la sensación de no tener el derecho a tener derechos.

Otros se sintieron obligados a negar su historia, y/o a ocultar los traumas vividos para que no se les identificara, y así evitar perder un trabajo, si es que lo encontraban, que tanto les había costado.

Quizás algunos de estos trastornos no podrían considerarse como de una persona enferma, sino como problemas de una persona previamente sana, pero ahora enloquecida social y psíquicamente que presenta cambios significativos: retraimiento, desconfianza, soledad, marginación, privación de las necesidades básicas, es decir, anomia.

El franquismo trató de borrar a sangre y fuego la memoria colectiva de los vencidos. Y todo aquello marcó de forma indeleble su memoria y la de sus descendientes, que no sólo sufrieron la crueldad de los tres años de guerra, sino que fueron objeto de una despiadada persecución cuando acabó la guerra. La represión durante la posguerra y la carencia de profesionales de salud mental que pudieran atender a los ciudadanos no sólo impidió cualquier posible curación de heridas psicológicas causadas por la guerra, sino que añadió padecimiento a las familias.

Desgraciadamente con la guerra perdimos importantes teóricos de la salud mental que tuvieron que exiliarse: Emili Mira, Francesc Tosquelles o Angel Garma (padre e iniciador del psicoanálisis en Argentina).

Emili Mira había introducido, mucho antes, una nueva visión en la medicina, definiendo al enfermo como todo aquel que sufre o hace sufrir por lo tanto, «la medicina integral requiere, la adecuada y constante combinación de todas las formas y recursos terapéuticos ante el sujeto».

La lucha de los testimonios demuestra también cómo la Transición española no pudo borrar del imaginario social el sentimiento de culpa por lo que pasó. En consecuencia, es preciso elaborar un programa integrado a la comunidad, sensibilizar y dar formación a los profesionales para la detección del maltrato a los ciudadanos que fueron sometidos a diferentes situaciones consideradas de violencia social.

APORTACIÓN DE UN CASO REAL

Testimonio de Quico, carpintero, afiliado a ERC y al sindicato CNT

Volvió del campo de concentración porque quería volver con su mujer, y respondiendo al llamamiento de que «todo español que no tenga las manos manchadas de sangre no recibirá represalias». Al llegar a su ciudad natal fue encarcelado inmediatamente, y así sucesivamente todas las veces que el dictador viajaba a Barcelona. Nunca tuvo un trabajo digno. Nunca pudo ser padre porque había quedado estéril como consecuencia de las torturas recibidas. Después de muchos años, encontró un trabajo: repartía ensaimadas de un horno a bares con una bicicleta, sin ningún tipo de contrato.

Quico enloquecía cada vez que alguien pasaba por detrás de su silla en casa, o en la calle mientras tomaba un café... exhalaba un grito de padecimiento y dolor y daba un salto que lo disparaba hasta el techo. Entonces se aguantaba con las dos manos a la mesa donde estaba sentado y temblaba como una hoja durante media hora.

Quico murió siempre sufriendo, rechazado por la sociedad y despreciado por una parte importante de su familia, que lo consideraba un inútil y sobre todo un perdedor loco, explica su mujer.

Su hermano también volvió para encontrar a su familia y fue asesinado por las milicias falangistas, en la puerta de casa al día siguiente de llegar. Hasta hace muy poco nadie de la familia había hecho nunca referencia a las penurias y los malos tratos recibidos por los dos, tanto en el campo, como posteriormente durante la dictadura. Nadie explicó sus historias, y desde luego, Quico no fue nunca escuchado por profesionales de la salud o/y salud mental.

Para los internados en campos de concentración y/o cárceles y posteriormente exiliados o retornados, los vínculos sociales tradicionales habían quedado destruidos y toda organización verdaderamente colectiva se hizo secundaria respecto al Estado.

Es decir, que la carencia de verdad integral y la ausencia de justicia tienen mucha importancia en la aparición de cuadros clínicos. Los orígenes de ciertos problemas psicopatológicos vinculados a la represión política, es preciso, también, buscarlos fuera de las personas que son víctimas. Aun cuando, tal y como decía antes, cada ciudadano los incluye en su psiquismo de forma diferente.

Hace un tiempo que empezamos el camino indispensable de recuperación de la memoria en un país que parecía condenado a la amnesia. Cruzaremos los dedos y continuaremos trabajando. Porque, ¿qué sería de nosotros sin preguntarnos ¿cómo fue posible tanta maldad, tanta crueldad, tanto maltrato y tanta muerte? ¿Qué sería de nosotros sin memoria y sin dignidad?

Es, por tanto, indispensable hacer una reflexión sobre la violencia y la teoría del trauma y de cómo se transmite, pero también hacer el salto de espectador pasivo o indiferente al de testimonio comprometido en la denuncia del horror y de sus consecuencias.

Bibliografía

TESTIMONIOS

- Arau, Ramon, *De la utopia al camp de concentració. Records d'un soldat de la lleva del biberó*, Viena, Barcelona, 2014.
- Arce, Manuel, *Memorias de Rusia. Vivencias de un «niño de la guerra»*, Multipress, Madrid, 2009.
- Associació Les Dones del 36, *Les dones del 36*, Associació Dones del 36, Barcelona, 2002.
- Català, Neus, *De la resistència y la deportación: 50 testimonios de mujeres españolas*, Adgena, 1984.
- Cayuelas Robles, Ramón, *Relatos inéditos de los submarinos republicanos de la guerra civil española*, Club Universitario, Alicante, 1999.
- Cuevas, Tomasa, *Mujeres en las cárceles franquistas*, Casa de Campo, Madrid, 1982.
- , *Cárcel de mujeres (1939-1945)*, Sirocco, 2 vols., Barcelona, 1985.
- , *Mujeres de la Resistencia*, Sirocco, Barcelona, 1986.
- En el centenario de Alejandra Soler*, Universitat de València (Vicerectorat de Cultura i Igualtat), FUE, FEIS, CC. OO., Valencia, 2014.
- Flórez Peón, Ángeles, *Memorias de Ángeles Flórez Peón, «Maricuela»*, Fundación José Barreiro, Gijón, 2009.
- , *Las sorpresas de Maricuela*, Trea, Gijón, 2013.
- García-Madrid, Ángeles, *Réquiem por la libertad*, Ed. Copiasol, Madrid, 1982.
- Llarch, Joan, *Batallones de trabajadores*, Plaza & Janés, Barcelona, 1978.
- , *Campos de concentración en la España de Franco*, Producciones Editoriales, Barcelona, 1979.

- Martí Bielsa, Lluís, *Un d'entre tants. Memòries d'un home amb sort*, Llibres de Matrícula, Calafell, 2012.
- Núñez Targa, Mercedes, *Cárcel de Ventas*, Éditions de la librairie du Globe, colección Ebro, París, 1967.
- , *Destinada al crematorio*, (traducción de Pablo Iglesias Núñez y Ana Bonet Solé) Renacimiento, Sevilla, 2011.
- O'Neill, Carlota, *Una mujer en la guerra de España*, Turner, Madrid, 1979.
- Pararols, Francesc, *Un català a l'exèrcit roig*, Llibre dels quatre cantons, Girona, 2002.
- Sánchez, Clemente, *En las cárceles de Franco*,. Oberon, Madrid, 2003.
- Soler, Alejandra, *La vida es un río caudaloso con peligrosos rápidos*, Publicacions de la Universitat de València, Valencia, 2009.

ENSAYO

- Aguilar Fernández, Paloma, *Políticas de la memoria y memorias de la política*, Alianza, Madrid, 2008.
- Álvarez Fernández, José Ignacio, *Memoria y trauma de los testimonios de la represión franquista*, Anthropos, Madrid, 2007.
- Applebaum, Anne, *Gulag. Historia de los campos de concentración soviéticos*, Debate, Barcelona, 2012.
- Arasa, Daniel, *Los españoles de Stalin*, Vorágine, Barcelona, 1993.
- , *La batalla de las ondas en la guerra civil española*, Gregal, Maçanet de la Selva, 2013.
- Associació Catalana d'Expresos Polítics, *Notícia de la Negra Nit. Vides i veus a les presons franquistes (1939-1959)*, Diputació de Barcelona, Barcelona, 2001.
- Aviadores de la República*, libro-catálogo de la exposición organizada por la Asociación de Aviadores de la República –ADAR–, Fundación Aena, 2011.
- Balsebre, Armand y Rosario Fontova, *Las cartas de La Pirenaica*, Cátedra, Madrid, 2014.
- Batista, Antoni, *La carta. Historia de un comisario franquista*, Debate, Barcelona, 2010.

- Beevor, Antony, *La guerra civil española*, Crítica, Barcelona, 2005.
- Calvo Jung, Carmen, *Los últimos aviadores de la República. La cuarta expedición a Kirovabad*, Ministerio de Defensa, Centro de Publicaciones y Fundación Aena, Madrid, 2010.
- Cano Gómez, Rosa, *El comandante*, Carena, Barcelona, 2014.
- Carrillo, Marc, «L'aparell legal de la repressió franquista: l'1 d'abril de 1939 no va acabar la guerra», en *Noticia de la negra nit. Vides i veus de les presons franquistes (1939-1959)*, Associació Catalana d'Expresos Polítics, Diputació de Barcelona, Barcelona 2001, pp. 17-40.
- Casanova, Julián, *República y guerra civil*, vol. 8, en *Historia de España*, Josep Fontana y Ramón Villares (dirs.), Crítica/Marcial Pons, Barcelona, 2007.
- , *et al.*, *40 años con Franco*, Crítica, Barcelona, 2015.
- Caunedo, Amaya, Irene Díaz y Pedro Alonso, *Asturias, 70 años, 70 voces*, Laria, Oviedo, 2007.
- De Estella, Gumersindo, «Tres años de asistencia a los reos 1937-1941», Archivo Biblioteca Hispano Capuchina (ABHC).
- Del Río Martín, Manuel, *Alas de libertad: historias de vida de aviadores de la República en la guerra civil española*, vol. 3, Fundación Progreso y Cultura, Madrid, 2011.
- Dreyfus-Armand, Geneviève, *L'exil des républicains espagnols en France*, Albin Michel, París, 1999.
- Fernández, Alberto, *Españoles en la Resistencia*, Zero, Madrid, 1973.
- Fernández López, José Ángel, *Historia del campo de concentración de Miranda de Ebro (1937-1947)*, Miranda de Ebro, Burgos, 2003.
- Ferrándiz, Francisco, *El pasado bajo tierra. Exhumaciones contemporáneas de la Guerra Civil*, Anthropos, Madrid, 2014.
- Fontana Lázaro, Josep (ed.), *España bajo el franquismo*, Crítica, Barcelona, 2000.
- Gallardo Romero, Juan José, *El cinturón rojinegro: radicalismo cenetista y obrerismo en la periferia de Barcelona (1818-1939)*, Carena, Barcelona, 2004.

- García, Muñoz, *Ochenta mujeres. Las mujeres fusiladas en el Madrid de la posguerra*, La Librería, Madrid, 2014.
- García La Calle, Andrés, *Mitos y verdades. La aviación de caza en la guerra española*, Oasis, México, 1973.
- Gómez Bravo, Gutmaro, *La redención de penas: la formación del sistema penitenciario franquista, 1936-1950*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2007.
- , *El exilio interior: cárcel y represión en la España franquista, 1939-1959*, Taurus, Madrid, 2008.
- González, Valentín «El Campesino», *Yo escogí la esclavitud*, Plaza & Janés, Barcelona, 1977.
- Guillamón, Agustín, *Los Comités de Defensa de la CNT en Barcelona (1933-1938)*, Aldarull, Barcelona, 2011.
- Hernández de Miguel, Carlos, *Los últimos españoles de Mauthausen*, Ediciones B, Barcelona, 2015.
- Íñiguez, David, *El vesper de la gloriosa. L'aviació republicana*, Llibres de Matrícula, Calafell (2002), 2008².
- , y David Gesalí, *Guerra aèria a la Batalla del l'Ebre*, Dux, colección Polemos, Barcelona, 2010.
- , *La guerra aèria a Catalunya (1936-1939)*, Rafael Dalmau, Barcelona, 2012.
- Julià, Santos (coord.), Julián Casanova, Josep María Solé i Sabaté, Joan Villarroya y Francisco Moreno, *Víctimas de la guerra civil*, Temas de Hoy, Madrid, 2006.
- Lázaro Ávila, Carlos, *Colosos del aire*, Nowtilus, Madrid, 2013.
- , *Breve historia de los dirigibles*, Nowtilus, Madrid, 2016.
- , y Cecilio Yusta Viñas, *Descubrir las mujeres en la aeronáutica*, Aena, 2009.
- Lefebvre, Michel, *Kessel-Moral, dos reporteros en la guerra civil española*, Historia Inédita, traducción del francés de Glòria Roset, Barcelona, 2007.
- Léger, Alain, *Les Indésirables. L'histoire oubliée des Espagnols en pays charentais*, Le Croît Vif, París, 2000.
- Leguineche, Manuel, y Jesús Torbado, *Los topos*, Argos, Barcelona, 1977.

- Lordache, Luiza, *En el Gulag. Españoles republicanos en los campos de concentración de Stalin*, RBA, Barcelona, 2014.
- Martín-Loeches, Manuel, y Juan Luis Arsuaga, *El sello indeleble. Pasado, presente y futuro del ser humano*, Debate, Barcelona, 2014.
- , *Qué es la actividad cerebral*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2013.
- Marques, Pierre, *Les enfants espagnols réfugiés en France (1936-1939)*, Autor-Editor, París, 1993.
- Mateo Merino, Pedro, *Por vuestra libertad y la nuestra*, Disenso, Madrid 1986.
- Meroño, Francisco, *Aviadores españoles en la Gran Guerra Patria*, Progreso, Moscú, 1986.
- Miñarro, Anna, y Teresa Morandi (comps.), *Trauma y transmisión. Efectos de la guerra del 36, la posguerra, la dictadura y la transición en la subjetividad de los ciudadanos*, Xoroi Edicions, Barcelona, 2014.
- Molinero, Carme, Margarida Sala, y Jaume Sobrequés, *Una inmensa prisión. Los campos de concentración y las prisiones durante la guerra civil y el franquismo*, Crítica, Barcelona, 2003.
- Moros Peña, Manuel, *Los médicos de Hitler*, Nowtilus, Madrid, 2014.
- Naharro-Calderón, José María, «Memorias ¿qué memorias?», *Migraciones & exilios. Cuadernos de la Asociación para el Estudio de los Exilios y Migraciones Ibéricos Contemporáneos*, n.º 5 (2004), pp. 9-14.
- , «A pesar de las alambradas. Memorias, visiones y campos de la “retirada” republicana de 1939», *Revista canadiense de estudios hispánicos*, vol. 36, n.º 1 (2011), pp. 43-82.
- Nash, Mary, *Rojas. Las mujeres republicanas en la guerra civil*, Taurus, Madrid, 1999.
- Núñez Díaz-Balart, Mirta, y Antonio Rojas Friend, *Consejo de guerra: los fusilamientos en el Madrid de la posguerra (1939-1945)*, Compañía Literaria, Madrid, 1997.
- Palma, María José, *Identidad femenina y poder*, Editorial Peter Lang, Berlín, 2010.
- , *Mujeres y memoria. Exilios y silencios en el siglo xx*, Catriel, Madrid, 2014.

- Pons Prades, Eduardo, *Republicanos españoles en la segunda guerra mundial*, Planeta, Barcelona, 1975.
- Preston, Paul, *La política de la venganza. El fascismo y el militarismo en la España del siglo xx*, Península, Barcelona, 1997.
- , *El holocausto español. Odio y exterminio en la guerra civil y después*, Debate, Barcelona, 2011.
- Puente, Moisés, *Yo, muerto en Rusia. Memorias del alférez Ocañas*. Ediciones del Movimiento, Madrid, 1954.
- Rodrigo, Antonina, *Mujer y exilio 1939*, Flor del Viento, Barcelona, 2003.
- , *Una mujer silenciada. M.^a Teresa Toral. Ciencia, compromiso y exilio*, Ariel, Barcelona, 2012.
- Rodrigo, Javier, *Los campos de concentración franquistas. Entre la historia y la memoria*, Siete Mares, Madrid, 2003.
- , *Cautivos. Campos de concentración en la España franquista, 1936-1947*, Crítica, Barcelona, 2005.
- , «Internamiento y trabajo forzoso: los campos de concentración de Franco», *Hispania Nova*, n.º 6 (2006).
- Romeu Alfaro, Fernanda, *El silencio roto. Mujeres contra el franquismo*, Ed. Intervención Cultural, Mataró, Barcelona, 1994.
- Serrano, Daniel y Rodolfo, *Toda España era una cárcel*, Suma de Letras/Punto de Lectura, Madrid, 2003.
- Serrano, Secundino, *Espanoles en el Gulag, Republicanos bajo el estalinismo*, Península, Barcelona, 2011.
- Simmons, Cynthia, y Nina Perlina, *Escritos de mujeres desde el sitio de Leningrado*, La Uña Rota, Segovia, 2014.
- Suárez, Ángel/Colectivo 36, *Libro blanco sobre las cárceles franquistas, 1939-1976*, Ruedo Ibérico, París, 1976.
- Sueiro, Daniel, *La verdadera historia del Valle de los Caídos*, Sedmay, Madrid, 1976.
- Torres, María, et al., *Franco, la muerte. Veinte relatos contra el olvido*, Arcane 17, París, 2015.
- Vinyes, Ricard, *Irredentas. Las presas políticas y sus hijos en las cárceles franquistas*, Temas de Hoy, Madrid, 2002.

- , *El daño y la memoria. Las prisiones de María Salvo*, Plaza & Janés, Barcelona, 2004.
- Viñas, Ángel, *La República en guerra. Contra Franco, Hitler, Mussolini y la hostilidad británica*, Crítica, Barcelona, 2012.
- , *La otra cara del Caudillo. Mitos y realidades en la biografía de Franco*, Crítica, Barcelona, 2015.
- y Fernando Hernández Sánchez, *El desplome de la República*, Crítica, Barcelona, 2009.
- *et al.*, *Los mitos del 18 de julio*, Francisco Sánchez Pérez (coord.), Crítica, Barcelona, 2013.
- *Las Armas y el Oro*, Pasado & Presente, Barcelona, 2013.



Colección particular. Por cortesía de Alejandra Soler.

Año 1961, en la Casa de los Españoles de Moscú con motivo de una exposición de Picasso, celebrando su 80 aniversario: Alejandra Soler con Irene Falcón y el periodista Ilyá Ehrenburg, amigo del pintor y propietario de ocho cuadros originales.



Colección particular. Por cortesía de Alejandra Soler.

Alejandra Soler y su esposo, el periodista Arnaldo Azzati, en la URSS, con Dolores Ibárruri, La Pasionaria, celebrando el cumpleaños de su nieto Fidias.



Colección particular. Por cortesía de la familia Villarrubia.

En plena guerra civil. Segundo por la izquierda, de pie: el abuelo de *Vivos en el averno nazi* muerto en Gusen, Pablo Villarrubia Martín. A la derecha, con camisa de cuadros, su hermano Nicanor, uno de los supuestos fusilados de Carabanchel en 1947.



Derechos reservados. AESA.

Ángeles García Madrid en el centro, sentada, trabajando durante la guerra civil como cobradora de tranvía, en 1938. Compartía trabajo con Julia Conesa, una de las Trece Rosas ejecutadas.



Por cortesía de ADAR, Asociación Aviadores de la República.

Agosto de 1938, la 4ª Escuadrilla, Grupo 24, aviadores de la República con Gregorio Gutiérrez «Guti», el tercero por la izquierda.



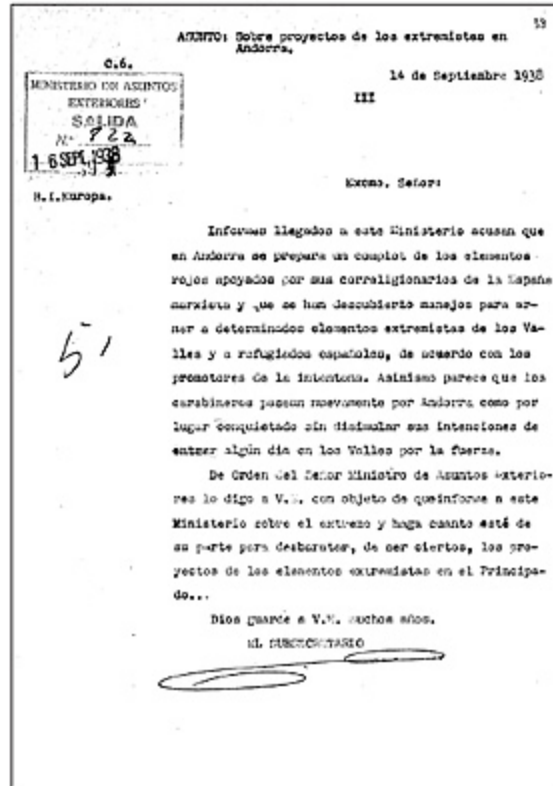
Por cortesía de la Associació catalana d'Expresos Polítics.

Misa obligatoria en la galería de la cárcel de mujeres de Segovia (entre ellas se encuentra María Salvo) en 1955.



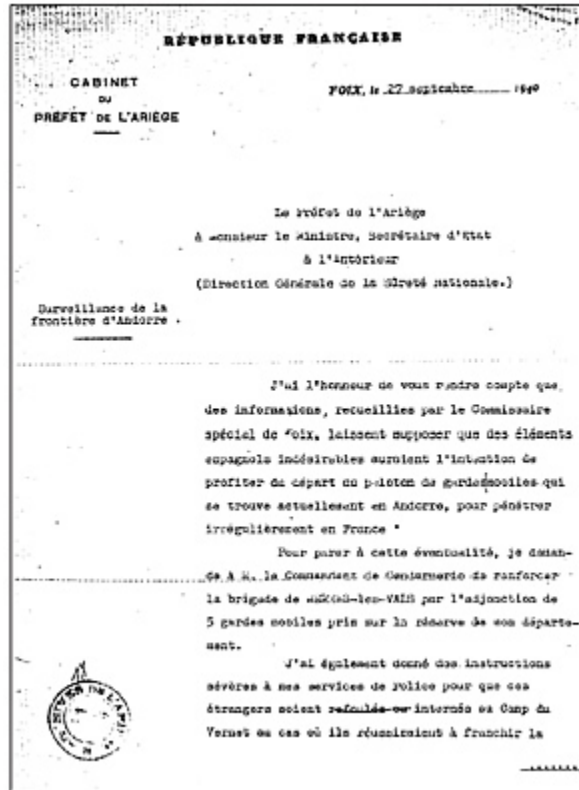
Colección particular. Por cortesía de Miguel de Miguel Montañés.

La 185th. Spanish Labour Company quedó integrada en el 4º Group Auxiliary Military Pioneer Corps (AMPC), al mando del Capitán Smith, del Cuerpo Expedicionario Británico, en Francia. Fue integrada por 250 hombres. Miguel de Miguel es el quinto de la segunda fila comenzando por la izquierda.



Por cortesía de ANA (Archivo Nacional de Andorra), AMAEE r.1316 exp.4, Ministerio de Asuntos Exteriores España.

El Ministerio de Asuntos Exteriores de Franco alerta al gobierno de Andorra, en septiembre 1938, de un complot en la frontera por parte de «elementos rojos, extremistas y correligionarios de la España marxista» y conmina a «desbaratarlos».



Por cortesía de ANA, ADA (Archivo Departamental de Ariège), 5M104.

Septiembre 1940. El prefecto de Ariège avisa a la Dirección General de Seguridad del gobierno francés de la llegada inminente de los «indésirables» españoles y da orden de que sean inmediatamente conducidos al campo de Vernet. Curiosamente utiliza el verbo «refouler» que significa «reprimir» y posteriormente lo tacha encima.



De izda a dcha: el periodista Pablo Villarrubia, sobrino-nieto de Nicanor, el presunto fusilado de Carabanchel; Miquel Comas, hijo del mítico aviador de la República Joan Comas Borràs; y Antonio Valldeperes, vicepresidente de la Asociación de Aviadores de la República –ADAR–, en Barcelona.



Colección particular. Por cortesía de la Familia Villarrubia.

Recorte de un diario de 1947 denunciando los crímenes franquistas, destaca el fusilamiento de 17 fusilados en Carabanchel, incluido uno de los protagonistas de este libro: Nicanor Villarrubia. Este recorte, junto con otros, ha permanecido guardado en una caja hasta la actualidad.



© Montserrat Llor

Marià Gadea sostiene unas fotos de cuando, tras su paso por la cárcel, fue obligado a hacer el servicio militar, siendo soldado de una compañía de esquiadores y escaladores. «Tuve en mis manos todas las fortificaciones franquistas del Pirineo fotocopiadas en casa».



© Pablo Villarrubia

Alejandra Soler, de 103 años, la heroína que salvó a un grupo de niños de la guerra, españoles, en medio de la cruenta batalla de Stalingrado. En su casa de Valencia con la periodista Montserrat Llor.



© Pablo Villarrubia

La poetisa y represaliada por Franco, fallecida a finales de 2015, Ángeles García Madrid, con la periodista autora de *Atrapados*, Montserrat Llor, en una de las últimas entrevistas.



© Montserrat Llor

La veterana María Salvo, represaliada y presa durante dieciséis años, se reencuentra (enero 2016) con Núria, la que fue una niña nacida de la prisionera Isabel Vicente en el campo de Moisdon-la-Rivière (Francia). El reencuentro se produce gracias al evento *Franco 40/40* en

la ruta del *Bus de la Memoria* organizado por EUROM -Europeanmemories- y la Universitat de Barcelona.



© Montserrat Llor

María Salvo junto con Enric Pubill, presidente de la Associació Catalana d'Expresos Polítics, durante el mismo evento de EUROM en homenaje a la extinta cárcel de mujeres de Les Corts y el espacio de fusilamientos del Campo de la Bota, Barcelona.





Colección particular. Por cortesía de Ángeles Flórez Peón, «Maricuela».

Dos tarjetas modelo de las que recibieron Ángeles Flórez Peón, «Maricuela» y su hermana Argentina en el Penal de Saturrarán, cuando al final podían intercambiar correspondencia previo paso por la censura de la época. Ángeles fue presa en este penal hasta el mes de agosto de 1941, momento de su liberación.

Notas

1. Fragmento publicado en el diario *ABC* de 23 de julio de 1936.

2. En *Víctimas de la guerra civil*, edición coordinada por Santos Juliá, Temas de Hoy, 2006, se establece que las investigaciones realizadas arrojaban un cómputo fiable de 94.699 fusilados por los militares sublevados y las autoridades franquistas durante la guerra y la posguerra, pero también matiza que se trata de una cifra susceptible de ser corregida e incrementada en posteriores estudios de investigadores, p. 411.

3. Paul Preston, *El Holocausto español*, Random House, 2011, p. 24, Debolsillo, 2013.

4. *Información para el comité contra la desaparición forzada. La jurisdicción universal, una herramienta contra la impunidad para las víctimas de la guerra civil y el franquismo en España*, de Amnistía Internacional. También en *La Victoria Sangrienta 1939-1945*, Francisco Moreno Gómez, pp. 19-21.

5. La cifra total de presos en las cárceles en 1940 es de 280.000 según el *Breve resumen de la Obra del Ministerio de Justicia por la pacificación espiritual de España*, Ministerio de Justicia, Madrid, 1946.

El historiador Ricard Vinyes (*Irredentas. Las presas políticas y sus hijos en las cárceles franquistas*, Temas de Hoy, 2002, pp. 20, 25, 32 y *El daño y la memoria*, pp. 167-168) especifica que en 1952 el ministerio entregó datos con una cifra algo inferior, 270.719 presos encarcelados por causa anterior al 1 de abril de 1939. También pone en duda esta cifra oficial, necesariamente en aumento pues incluye solamente presos de guerra, pero eludía los miles de presos pendientes de Consejo de Guerra o de sentencia firme de condena si éste se había celebrado y excluía a los detenidos y juzgados posteriormente a la fecha de la Victoria. Tampoco incluía a los reclusos de los campos de concentración, ni los de los batallones disciplinarios ni las colonias militarizadas.

En *40 años con Franco* (Crítica, 2015), Julián Casanova estima, según datos del *Anuario estadístico de España*, una cantidad global de personas privadas de libertad, entre cárceles y campos, que ronda las 363.000 entre finales de 1939 e inicios de 1940. Es el resultado de sumar las 270.719 oficiales (de las cuales 23.232 eran mujeres) a un mínimo de 92.000 internadas en campos de concentración.

6. Javier Rodrigo, *Cautivos, campos de concentración en la España franquista*, Crítica, p. 24.

7. Marcos Ana, *Decidme cómo es un árbol*, Umbriel editores, 2007, pp. 54-63.

8. *Ibidem.*

9. Joan Llarch, *Batallones de Trabajadores*, Plaza&Janés editores, 1978. Su bibliografía comprende unas cincuenta obras de distintos géneros, con una producción especialmente intensa en la década de los años setenta cuando publica, entre muchos otros títulos: *La batalla del Ebro* (1971), *La muerte de Durruti* (1973), *La trágica muerte de Companys* (1978), *Batallones de Trabajadores* (1978), *El dictador no ha muerto* (1979), *Negrín. ¡Resistir es vencer!* (1983).

10. Joan Llarch, *Campos de concentración en la España de Franco* (1978).

11. Antony Beevor, *La guerra civil española*, Crítica, 2005, p. 612 y *The Battle for Spain. The Spanish Civil War, 1936-1939*, Londres, Penguin Books, 2006, p. 404. También Javier Rodrigo, *Cautivos, campos de concentración en la España franquista*, Crítica.

12. Daniel y Rodolfo Serrano, *Toda España era una cárcel*, Punto de Lectura, 2003.

13. Clemente Sánchez, *En las cárceles de Franco*, Oberon, 2006.

14. Colectivo 36 Ángel Suárez, *Libro blanco de las cárceles franquistas*, Ruedo Ibérico, editorial creada en París en 1961 por refugiados españoles de la guerra civil como Nicolás Sánchez Albornoz. También en Stanley G. Payne, *Los militares y la política en la España contemporánea*, Ruedo Ibérico, París, 1968, pp. 367-368.

15. Colectivo 36, *Libro blanco de las cárceles franquistas*.

16. Joan Llarch, *Batallones de Trabajadores*, Plaza & Janés, 1978.

17. Antony Beevor, *La guerra civil española*, Crítica, pp. 617-619.

18. Gabriel Jackson, *Breve historia de la guerra de España*, Ruedo Ibérico, París, 1974.

19. Stanley G. Payne, *Los militares y la política en la España contemporánea*, Ruedo Ibérico, París, 1968, pp. 367-368.

20. Francisco Moreno, *Víctimas de la guerra civil*, p. 278 y José Ignacio Álvarez Fernández, *Memoria y trauma en los testimonios de la represión franquista*, p. 29.

21. C. Molinero, M. Sala, J. Sobrequés, *Una inmensa prisión*, capítulo: «Cuelgamuros: presos políticos para un mausoleo», de Nicolás Sánchez-Albornoz, Crítica, 2002.

22. Cada nombre se acompaña del capítulo donde se encuentra su testimonio (se indica sólo la primera vez).

1. Ricard Vinyes, *Irredentas. Las presas políticas y sus hijos en las cárceles franquistas*, Temas de Hoy, 2002. También *El daño y la memoria*, Plaza&Janés, 2004.

2. Montse Armengou, Ricard Vinyes, Ricard Belis, *Los niños perdidos del franquismo*, Debolsillo, 2003, y *Els nens perduts del franquisme*, Edicions Proa, 2003, pp. 55-70.

1. Josep Maria Folch i Torres (Barcelona, 1880-1950), novelista, narrador, autor en lengua catalana muy popular en su tiempo con una extensa producción destinada al público juvenil. Famoso por sus obras teatrales infantiles *Els Pastorets* (Los Pastorcillos), 1916, o *La Ventafocs* (Cenicienta), 1920. Dirigió y escribió en revistas y semanarios satíricos catalanes como *L'Atlàntida*, *¡Cu-Cut!* y *La Tralla*, pero se hizo más popular por su labor al frente de la revista infantil ilustrada *En Patufet* desde el año 1909 hasta 1938, en plena guerra civil, en la que falleció uno de sus hijos en la Batalla del Ebro. Años después, en los sesenta, otro hijo recuperaría la popular revista iniciada por su padre: *Patufet*.

Atrapados. Guerra civil y represión. Hablan las víctimas de Franco
Montserrat Llor

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Compañía, 2016

© de la imagen de la portada. Arriba: Avión alemán usado por los nacionales sobrevuela Burgos durante la guerra civil española. Album / Universal Images Group / Universal History Archive \ UIG.

Centro: Refugiados de la guerra civil española en Luchon (Pirineos franceses), 3 de abril de 1938.

Album / akg-images. Abajo: Guernica después de ser bombardeada por tropas alemanas e italianas, 1937. Album / Universal Images Group / Universal History Archive \ UIG

© de las imágenes interiores, Colecciones particulares de los entrevistados, Pablo Villarrubia y Montserrat Llor

© Montserrat Llor, 2016

© Editorial Planeta S. A., 2016

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

www.ed-critica.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2016

ISBN: 978-84-9892-958-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com